





HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA



HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR

DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA DESDE DICHA ÉPOCA HASTA NUESTROS DÍAS POR

DON JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

TOMO VIGÉSIMO CUARTO



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309-311

1890

LIBRO DÉCIMONONO

PERÍODO CONSTITUYENTE

CAPÍTULO PRIMERO

Primer ministerio de la revolución.—Manifestaciones.—Orden público

La llegada de Prim á Madrid apresuró la necesaria formación del ministerio, que se constituyó bajo la presidencia de Serrano, con Prim en Guerra, Sagasta en Gobernación, Lorenzana en Estado, Romero Ortiz en Gracia y Justicia, Figuerola en Hacienda, Topete en Marina, y en Fomento y Ultramar, Zorrilla y Ayala.

El señor Lorenzana, como ministro de Estado, escribió el Memorándum dirigido el 19 de octubre á nuestros representantes en el extranjero, participándoles, para que lo hiciesen público, la revolución que se había efectuado, las causas que la produjeron y las consecuencias que naturalmente se derivaban; porque «la caída de un monarca y la perpetua desheredación de su descendencia, consumadas á impulso de una revolución que escribe al mismo tiempo en su bandera la declaración de los principios más avanzados del liberalismo moderno, son fenómenos que conviene examinar maduramente, y lecciones que no deben desaprovechar reyes ni pueblos.» Combatía el desconsolador espectáculo de los dos últimos reinados, las contradicciones, veleidades y el infatigable pensamiento en el de doña Isabel II para impedir que la moderna civilización se arraigara en nuestro suelo y fructificase, desorganizando los partidos, gastando á sus hombres más notables, oponiendo un gobierno secreto al ostensible, y seguía haciendo una admirable y gráfica pintura de aquella situación, en la que el trono estaba desierto y privada la monarquía de una manifestación exterior y sensible, dejando de ser la persona que le ocupaba una fuerza viva en el organismo político de la nación, desde que infiel á sus sagrados juramentos, rompió el pacto que, escrito y sellado con la sangre más generosa y pura, era el título verdaderamente irrefragable de su poder supremo. «Una obstinación que sorprende, por lo desacordada é invencible, en seguir el camino que conducía derechamente al precipicio, fué sucesivamente despojándola de los más esenciales y preciosos atributos de la soberanía. Había depuesto la *majestad* y con ella el derecho á la veneración que la sociedad debe al depositario de la autoridad suprema. Había dejado tambien de ser *augusta*, y por lo mismo la prerrogativa de la irresponsabilidad, perdiendo su significación constitucional en el sentido real de la palabra, quedaba reducida á una mera ficción, á una fórmula insustancial y vana. Sólo así se explica lo rápido de la catástrofe y el vivo sentimiento de satisfacción ó la glacial indiferencia con que fué universalmente recibida.—El pueblo español, adoctrinado por amargas enseñanzas y plenamente convencido que sobre arrepentimientos forzados y enmiendas simuladas, no era dable que pudiera sólidamente levantarse el

edificio de la prosperidad y de la libertad de la nación, hizo un supremo esfuerzo para desembarazarse del elemento constantemente perturbador que llevaba dentro de su seno, y como Europa ha visto, lo feliz del éxito ha correspondido á la generosidad de la resolución concebida y á la nobleza de los medios empleados.—Se disipó el fantasma de la *media legitimidad*, que era el principio á que desde la muerte del penúltimo monarca venían obedeciendo siempre las diversas formas de nuestras combinaciones políticas; y el pueblo español, rompiendo de una vez con la tradición en este punto, retiró definitivamente sus poderes de las manos en que por su mal los había depositado; se erigió en árbitro de su suerte y destinos, y se dispone con ánimo viril y corazón entero á arrostrar la inmensa responsabilidad que es inherente á la posesión de una libertad que hoy no tiene más límites que los trazados por el buen sentido y la conciencia.»—Exponía que el pueblo español se proponía ganar el tiempo que le habían hecho perder los bastardos intereses de la superstición y la política conjurados en su daño, recorrer el camino de la civilización moderna, y colocarse de un salto dentro de los dominios del derecho moderno; trataba con circunspección y delicadeza la cuestión de la libertad religiosa, diciendo que el celo exagerado y el ardor de la fe que no razona, salvan sin dificultad los límites que dividen la verdadera religión del fanatismo; que las constituciones más liberales respetaron todas esta viva y constante preocupación de nuestra patria; y que si en 1856 se intentó arriesgar tímidamente un paso en dirección opuesta, se vió que la opinión no estaba madura todavía; la consideraba á la sazón modificada, no ocultaba el extraño maridaje que muchos hacían y hacen de la religión con la política, que la proclamación de las juntas populares probaba que no nos quedábamos rezagados ni solos en el movimiento religioso del mundo, y se alzaría por lo tanto el entredicho, desapareciendo de nuestros códigos prevenciones inútiles y sanciones ilusorias, no induciendo ya más las diferencias dogmáticas, incompatibilidades y exclusiones que rechazaba y condenaba á voz en grito la conciencia de los pueblos libres. Que esta política en vez de excitar alarmas estrecharía más las relaciones con los Estados europeos y las daría un carácter de cordialidad y sencillez que no habían antes revestido; porque «cuando móviles y pasiones de carácter meramente personal, y cuya calificación nos impide el decoro, son el regulador de la gobernación de un Estado; cuando la política no obedece á leyes ni principios, cuya proclamación se puede hacer sin lastimar profundamente altos y dignos sentimientos, es natural que, de parte de los extraños una fría reserva, muy próxima al desvío, acabe por aislar al pueblo á quien un funesto destino ha colocado en estas condiciones.»

El primer ministerio de la revolución debía dar su programa, y así lo hizo el 25 de octubre. Después de exponer que había sido posible en pocos días el derrumbamiento de un poder que fué aflojando y rompiendo todos los vínculos de la obediencia y el respeto, que había terminado la misión de las juntas, y constituídose el gobierno, creía conveniente y necesario concretar las varias manifestaciones de la opinión pública. Pasado el momento de la queja y de la cólera, debía meditar la nación con toda la calma de su razón y de su fuerza sobre sus aspiraciones y necesidades, no siendo

digno de la libertad, á tanta costa recuperada, que en ocasión tan grave y árbitra de sus destinos procediese con el irreflexivo entusiasmo de un triunfo, no por esperado menos sorprendente: no esperaba el gobierno provisional que un pueblo vigoroso para conquistar sus derechos, fuera inhábil para ejercerlos con acierto. Sentando como punto de partida el hecho del destronamiento y expulsión de una dinastía cuya abierta oposición con el espíritu del siglo había sido rémora á todo progreso, y sobre la cual el gobierno, por respeto á sí mismo, creía oportuno tender la conmiseración de su silencio: que destruído el obstáculo y expedito el camino, la revolución había establecido el sufragio universal, como demostración de la soberanía del pueblo, fortaleciendo el concurso no limitado de la opinión general, los nuevos poderes é instituciones; consignaba en primer término el principio de la libertad religiosa, como necesidad perentoria de la época presente, y medida de seguridad contra difíciles, pero no imposibles eventualidades; que la revolución había proclamado la libertad de enseñanza y se apresuraba el gobierno á satisfacer esta reforma, tanto más necesitada cuanto que la reacción había cometido excesos contra las espontáneas manifestaciones del entendimiento humano, arrojado de la cátedra sin respeto á los derechos legal y legítimamente adquiridos y perseguidos hasta el santuario del hogar y de la conciencia; que la imprenta, voz perdurable de la inteligencia, rotas sus ligaduras, saldría del seno de la libertad resucitada y radiante, como Lázaro de su sepulcro; que la libertad de reunión y de asociación pacíficas, perennes fuentes de actividad y de progreso, reconocida como dogma fundamental por la revolución, se ejercería sin ser intervenida ni perturbada; que armada la nación con todos los derechos políticos y todas las libertades públicas, mayor de edad y emancipada, á la vez que los deberes que la libertad imponía estaba la responsabilidad como consecuencia; se ofrecían profundas reformas económicas que rompieran las trabas de la producción y facilitaran el crecimiento de la riqueza pública, y radicales pero estudiadas economías que levantaran el crédito, gozando también de las ventajas y beneficios de la revolución las provincias de Ultramar, que tenían derecho á intervenir con su inteligencia y con su voto en las arduas cuestiones políticas, administrativas y sociales que se habían planteado.

«Sobre los fuertes pilares de la libertad y el crédito, decía el ministerio, España podrá proceder tranquilamente al establecimiento definitivo de la forma de gobierno que más en armonía esté con sus condiciones esenciales y sus necesidades ciertas, que menos desconfianza despierte en Europa, por razón de la solidaridad de intereses que une y liga á todos los pueblos del continente antiguo, y que mejor satisfaga las exigencias de su raza y de sus costumbres.—Sin que el gobierno provisional pretenda prejuzgar cuestión tan grave y compleja, debe hacer notar, sin embargo, un síntoma grandemente significativo que en medio de la agitación entusiasta y provechosa producida por el movimiento revolucionario, descubre hasta cierto punto la verdadera tendencia de la voluntad nacional. Todas las juntas, expresión genuina de aquel movimiento, han proclamado los principios cardinales de nuestra nueva organización política; pero han guardado silencio sobre la institución monárquica, respon-

diendo sin previo acuerdo y por inspiración propia, á un sentimiento de patriótica prudencia. No han confundido, á pesar de lo fácil que era en horas de perturbación apasionada, las personas con las cosas, ni el desprestigio de una dinastía con la alta magistratura que simboliza. Este fenómeno extraordinario ha llamado seriamente la atención del gobierno provisional que le expone á la consideración pública, no como argumento favorable, sino como dato digno de tenerse en cuenta para resolver con acierto problema tan trascendental y difícil.

»Verdad es que se han levantado voces elocuentes y autorizadas en defensa del régimen republicano, apoyándose en la diversidad de orígenes y caracteres de la nacionalidad española, y más que nada, en el maravilloso ejemplo que ofrece, allende los mares, una potencia nacida ayer, y hoy envidia y admiración del mundo. Pero por mucha importancia que relativamente se conceda á estas opiniones, no tienen tanta como la general reserva con que sobre asunto tan espinoso han procedido las juntas, en las cuales, hasta la formación del gobierno provisional, ha residido por completo la iniciativa revolucionaria. Además, compréndese bien que un pueblo joven, perdido en medio de selvas vírgenes, y limitado solamente por vastas soledades inexploradas y tribus errantes, se constituya con entera independencia, libre de todo compromiso interior y de todo vínculo internacional. Mas no es probable que acontezca lo mismo con pueblos que cuentan larga vida, que tienen antecedentes orgánicos indestructibles, que forman parte de una comunidad de naciones y que no pueden de repente, por medio de una transición brusca y violenta, torcer el impulso secular al cual obedecen en su marcha... Pero de cualquier modo, el gobierno provisional si se equivocara en sus cálculos y la decisión del pueblo español no fuese propicia al planteamiento de la forma monárquica, respetaría el voto de la soberanía de la nación, debidamente consultada.»

Entretanto, ofrecía el gobierno guardar el sagrado depósito que la revolución le había confiado, defendiéndole contra todo género de hostilidades, hasta el día en que pudiera devolverle íntegro; reclamaba la confianza del pueblo, revelada por medio de la tranquilidad y el orden, que sólo podía ser perturbado por sus enemigos, y si se pretendiese perturbar el desenvolvimiento de la revolución, castigaría severamente á los que incurrieran en este crimen de lesa nación, ofreciendo dar en su día cuenta del uso que hiciera de sus facultades extraordinarias ante las Cortes constituyentes.

Propúsose el gobierno hacer la libertad compatible con el orden, justificar ante la Europa la revolución, purificar la administración pública, emancipar la enseñanza, desarrollar el tráfico y la industria, preparar las reformas reclamadas por los progresos de la época, robustecer el crédito y vivir la vida moderna sin fanatismo ni superstición. Se ordenó á las juntas la elección de los ayuntamientos y diputaciones que habían de sustituirlas, hasta que se nombraran aquellas corporaciones por el sufragio, rigiéndose en el ínterin por las leyes complementarias de la Constitución de 1856, con las modificaciones exigidas por las nuevas necesidades del país. Declaróse libre la imprenta, sujetándose los delitos comunes que por medio de ella se cometieran á las disposiciones del código penal, derogán-

dose en esta parte el artículo 7.º del mismo, por el cual «no están sujetos á las disposiciones de este código los delitos militares, los de imprenta, los de contrabando, los que se cometen en contravención á las leyes sanitarias, ni los demás que estuviesen penados por leyes especiales;» se sancionó el derecho de reunión pacífica para objetos no reprobados por las leyes, avisando á la autoridad con 24 horas de anticipación; sancionóse también el derecho de constituir asociaciones públicas; se promulgó el decreto sobre el ejercicio del sufragio universal; se convocaron las Cortes constituyentes para el 11 de febrero de 1869; se organizó la fuerza ciudadana de los voluntarios de la libertad; se contuvo el afán demoledor de muchos ayuntamientos, diciendo oportunamente el ministro de la Gobernación que no eran ruinas lo que más necesitaban los pueblos; se autorizó á los municipios á disponer para obras de utilidad pública y prestar á los labradores necesitados, de las inscripciones intransferibles que tuvieran en su poder ó se les fueran entregando, en equivalencia del 80 por ciento de los bienes de propios vendidos, convirtiéndolas al efecto en títulos al portador de la deuda consolidada del 3 por ciento para su enajenación, y se adoptaron otra multitud de providencias reclamadas generalmente por la opinión pública ó por el interés de la revolución. Por ligereza unas veces, por pasión otras, que no era fácil sustraerse á la presión de las circunstancias, se incurrió en faltas graves; que achaque es de los partidos políticos, ó más bien de sus jefes, no tener preparadas las disposiciones que deben realizar los principios políticos que en la oposición se proclaman, perdiéndose así un tiempo precioso, exigido por el estudio de las nuevas necesidades, ó para el vencimiento de las dificultades que vayan saliendo al paso, que son muchas después de una revolución, y tan radical como la que acababa de efectuarse.

Si esto era una gran dificultad para el gobierno, éralo mayor el que la revolución no fuera bien dirigida, lo cual es frecuente; y más de una vez tuvo Sagasta que ordenar á los gobernadores civiles refrenaran el abuso que de la libertad se hacía, con actos y sugestiones de palabra y por escrito, atacando la seguridad personal, la propiedad, la ordenanza y disciplina del ejército, procurando soliviantar los ánimos, encender las pasiones y concitar á la rebelión; que esto y más sucedía, haciendo á las masas instrumento de aviesas pasiones.

La elección de diputados era el primero y el más importante acto político que había que ejercer después de la revolución. Aprestáronse los partidos, y la conciliación procuró presentarse compacta, á cuyo efecto quiso atraerse algunos miembros importantes de la democracia, aunque los rechazaban bastantes monárquicos; pero cedieron éstos ante la conveniencia de la unión de los tres partidos, el unionista, el progresista y el democrático. Obtenida la conformidad de los señores Rivero, Martos y Becerra, disintió García Ruiz, porque habiendo votado él en 1854 contra el trono de Isabel II, y por consiguiente por la república, no podía firmar un manifiesto monárquico, sin aparecer inconsecuente. En el deseo de hallar una fórmula que hiciera posible la firma del señor García Ruiz, se encargó á Rivero la redacción del manifiesto, que al fin no le suscribió aquél, por declararse en él la conveniencia de erigir una nueva monarquía. Suscri-

biéronle otros demócratas, y se publicó el 12 de noviembre, declarando con firme resolución y serena conciencia, «que la forma monárquica es la forma que imponen con irresistible fuerza la consolidación de la libertad y las exigencias de la revolución: que, venidos de campos diversos, pero estrechamente asociados, así en los días de proscripción como en los de combate, por el común esfuerzo para derrocar una dinastía ingrata y perjura, romper las deshonrosas cadenas de un régimen corrompido y reparar el honor mancillado del pueblo español, creen hoy con profundo convencimiento, que en la unión perfecta, en la identidad de propósitos y de acción de cuantos contribuyeron á la grande obra de la restauración nacional, se cifran el afianzamiento de las libertades públicas, la consolidación de las conquistas revolucionarias, la independencia y grandeza de nuestra patria;» que España acababa de consumar la más gloriosa, la más legítima y la más admirable de las revoluciones; se declaraban identificados con los derechos proclamados en Cádiz y por las juntas revolucionarias, cuyos principios democráticos serían la bandera del partido nacional de España; proclamaban la monarquía, pero no la que acababan de derribar. no la de derecho divino, no la de origen familiar, no la monarquía que se consideraba superior á la nación y hacía imposibles su soberanía y su libertad, porque esa monarquía había muerto para siempre en España: así decían: «Nuestra monarquía, por el contrario, la monarquía que vamos á votar, es la que nace del derecho del pueblo; la que consagra el sufragio universal; la que simboliza la soberanía de la nación; la que consolida y lleva consigo todas las libertades públicas; la que personifica, en fin, los derechos del ciudadano, superiores á todas las instituciones y á todos los poderes. Es la monarquía que destruye radicalmente el derecho divino y la supremacía de una familia sobre la nación; la monarquía rodeada de instituciones democráticas, la monarquía popular.»

No debían estar muy arraigados tales sentimientos en muchos de los firmantes de este manifiesto, porque la falta de convicción ó el tiempo se los ha hecho olvidar. Entonces se necesitaba alardear mucho liberalismo, grande espíritu democrático, para que no pareciera sospechoso el monarquismo, sincero en unos, mentido en otros y acomodaticio en los más. Era general el temor á la república y había que hacer necesaria la monarquía. De aquí la gran manifestación monárquica celebrada en la explanada de las que acababan de ser reales caballerizas, en cuyo acto, cuantos dirigieron la palabra al público, santificaron la revolución que acababa de hacerse y presentaron á la dinastía caída como incompatible con la honra de España ¡Cuántos borrarían hoy, para que no existiesen, las palabras que entonces pronunciaron con tan fervoroso entusiasmo! ¡Cuántos obedecieron entonces más á las circunstancias que á sus propias convicciones! Los defensores de la forma monárquica consideraron aquella manifestación como un triunfo para el establecimiento de la monarquía, como su base, y lo fué en efecto. Madrid no había presenciado una reunión más numerosa y más lucida por lo distinguido de la concurrencia.

Libre el derecho de reunión, no podía menos de ejercitarle el partido democrático ó republicano, que publicó á su vez un extenso manifiesto electoral, proclamando la república como forma esencial de la democracia

y condenando la monarquía como institución injusta y absurda: celebró su manifestación republicana, no tan numerosa y escogida como la monárquica, pero sí tan ordenada; siendo los honores de ella para Castelar, que no quiso hablar junto al real palacio, sino en el Campo de la lealtad, donde se guardan las cenizas de las víctimas del Dos de mayo; pues aunque no hubiese que invocar aquellos sagrados manes para proclamar y defender la independencia nacional, necesitaba apelar al sentimiento de libertad para hacerle hasta cierto punto incompatible con la monarquía y sólo práctico con la república.

Tan opuestas manifestaciones las presenció tranquilo Madrid, evidenciando una vez más su cultura. No sucedió lo mismo en otras partes. En Valladolid nadie molestó la manifestación republicana, y al efectuarse la monárquica, la silbaron algunos grupos de nuevos republicanos; quienes al ver que se ponía en el balcón del ayuntamiento la bandera de los monárquicos, fué más acentuada la hostilidad contra éstos, pudiendo haber tenido graves consecuencias á no haberlas evitado las autoridades y el buen sentido de la población. En Tarragona se perturbó el orden por la misma causa: en Badajoz tuvo que hacerse fuerte el alcalde en las Casas consistoriales con la guardia municipal, mientras el gobernador civil con las fuerzas ciudadanas atacaba á los insurrectos republicanos.

Estos actos, y los que iremos viendo, se prestan á muy graves consideraciones. Cuando hacía falta que los pueblos ayudasen á los que preparaban la revolución, mostráronse inertes; después del triunfo se ostentaron belicosos. Antes sufrían hasta los latigazos del poder; ahora no se contentaban con la libertad conquistada, y la convertían en desorden. ¿Obedecían á un fatal instinto ó eran inconsciente instrumento de falsos amigos y aviesas pasiones (1)? Perturbado el orden público en Cádiz, en Sevilla, en Orense, en Gandía y en otras poblaciones, donde minorías turbulentas no se mostraban dignas de las libertades que se les concedían cuando no las habían conquistado, el gobierno se vió embarazado en su marcha, sufriendo el castigo de su imprevisión. Abierto el palenque de la lucha legal no tenían derecho los partidos para imponerse por la fuerza, y esto exigía de parte del ministerio y de sus delegados la energía que reclamaba el

---

(1) Esto era lo más frecuente, y entre las muchas pruebas que podríamos presentar, baste el testimonio del Sr. García Ruiz, que testigo de todos aquellos sucesos y actor en muchos, y por constarnos también lo que dice, ha publicado lo siguiente en sus *Historias:* «Desde los primeros días de la revolución algunos periódicos, especialmente uno de los nuevamente creados titulado *La Igualdad*, en que luego redactó, siendo copropietario de él, un Pérez Luzaró (que había sido carlista y después polaco) (*) para desacreditar la revolución con exageraciones estudiadas, como de ello se jactó al pedir su recompensa cuando el advenimiento de Alfonso XII, desbordáronse de un modo lastimoso, predicando ideas disolventes, dando tras de los patriotas más puros y arrojando semillas de insurrección, que pronto habían de fructificar, mientras que una porción de gritadores, *republicanos del siguiente día*, llevaban al pueblo por la senda de las malas pasiones en vez de ilustrarle, por la de la holganza en vez de inclinarle al trabajo, y por la de las bullangas en vez del respeto á las leyes, á los magistrados y á los hombres encanecidos en el servicio de la libertad.»

(*) Y progresista debió haber añadido

bien de la patria y la seguridad de todos, y pudo y debió emplearse esta saludable y necesaria energía, cuando hasta desde el púlpito se concitaban los ánimos, difundiendo la discordia en vez de las fraternales doctrinas del Evangelio. No tenía razón de ser aquella perturbación pública: no era justo que miles de trabajadores se negaran tumultuariamente en Madrid á que se les rebajase el jornal, cuya rebaja se hacía por su bien, para poderles así pagar más tiempo: pero bastó la oportuna intervención de algunos concejales para volverles á la razón sin hacer uso de la fuerza. Así se evitó que un hecho que no dejaba de revestir gravedad, tomara las proporciones que tomó en el Puerto de Santa María y otros pueblos de la provincia de Cádiz, donde no sólo pedían los jornaleros armados y tumultuariamente trabajo, que se les concedía, sino mayor jornal y la destitución de autoridades, levantando barricadas y trabándose lucha.

Vencidos fueron los insurrectos; pero no cedieron por esto en su propósito. Se unieron con los de otros pueblos inmediatos, se enseñorearon de Cádiz, apoderándose de gran número de fusiles del parque, con los que armaron aún á los que no eran sus correligionarios. Creyéronse fuertes, y excitado su entusiasmo por el joven Salvoechea y otros, sostuvieron tres días de combate; al cabo de los cuales hubo un armisticio de 48 horas en el que pidieron la retirada del bando del gobernador militar, el brigadier Peralta, que ordenaba el desarme de los voluntarios. Más necesario éste ahora que antes, por el mal uso que se hacía de las armas que la patria daba para su defensa y la del orden, se rechazó la petición; mas no desistieron por esto, y tratando de imponerse y demostrar que no les faltaban bríos, les alentaban diciendo: «Si el fuego vuelve á romperse, si las negociaciones son inútiles, es necesario concluir la obra que con tanto heroísmo hemos comenzado. ¡Es necesario morir antes que humillar nuestra bandera!... ¡Es necesario que la república federal española se funde sobre nuestros cadáveres!»

Ante declaraciones de esta naturaleza era imposible toda transacción, aunque mediaran como mediaron Castelar y Figueras, y se ordenó á Caballero de Rodas dominar la insurrección. Al dirigirse desde Jerez á Cádiz al frente de considerables fuerzas, anunció su propósito en una alocución á los gaditanos, y bastó esto para que se rindieran los insurrectos, que no se veían secundados por los que ofrecieron ayudarles.

Ahogada aquella criminal insurrección en Cádiz, se propagó á Málaga, y á combatirla también fué Caballero de Rodas, presentándosele en Córdoba una comisión para que se detuviera: no consiguiéndolo, siguieron los comisionados á Madrid y el general á Málaga, en cuyos barrios del Perchel y de la Trinidad se ostentaban briosos los insurrectos. Ordenó Rodas el desarme de los milicianos que no habían respetado la ley, y encargado el coronel Burgos de publicar este bando, fué recibido á balazos. Aun el gobernador militar, Pavía, después de distribuir las tropas, envió un comandante al frente de dos compañías con instrucciones reservadas para los insurrectos, á las que contestaron con una descarga. Ante tamaña agresión se trabó el combate, tomando en él parte dos goletas de guerra surtas en el puerto: al día siguiente exigieron los republicanos un plazo y condiciones inaceptables, y continuó la lucha tremenda, personal, encarnizada, verdadera

pelea de titanes, empleando unos y otros un valor heroico. Allí conquistó Burgos con su sangre el entorchado de brigadier, allí fué inmolado el coronel Abascal que acababa de sufrir dos años de emigración en Bélgica, y seguramente que no habría entre los matadores quien pudiera ostentar más títulos de liberalismo. Mucha sangre se derramó en la pelea, pero ni en Málaga ni en Cádiz se ensangrentó el triunfo, que fué del ejército; hasta se indultó á los vencidos.

En cuanto supo Montpensier, que se hallaba en Lisboa, los sucesos de Cádiz, temió por la revolución, y vino á compartir con el ejército la gloria de asegurar la libertad de la patria combatiendo á los que contra ella atentaban. El gobierno consideró un peligro su venida y le ordenó regresar inmediatamente á Portugal: obedeció el duque, lamentándose de su indefinido destierro, cuando tan poderosamente había contribuído á abrir á todos los emigrados las puertas de la patria.

Rodeado de conflictos el gobierno provisional, y acercándose las elecciones de diputados, que eran la constante preocupación de todos, creyóse en el deber de dar cuenta de sus actos para obtener la aprobación de su conducta, y dijo el 11 á los electores, que había cumplido los compromisos que contrajera, que estaba resuelto á mantener libre el campo electoral, reprimiendo audaces intimaciones, lamentándose de la flaqueza de espíritu de muchos ciudadanos, estimulaba el patriotismo de todos para que usasen de su derecho, uniéndose para salvar la revolución y levantar un trono rodeado de prestigio, deseando, antes que la aprobación de su conducta, la honra de la revolución. No se miraba mucho por ella en ciertas manifestaciones, en las que hasta mujeres tomaban una parte ostensible; y si era disculpable en su amor maternal el rechazar las quintas, en pedir la libertad de cultos obedecían á extrañas sugestiones, pues una religión sin María, sin todo lo que poetiza la cristiana, no puede comprenderla ni amarla la mujer española. Estaba en su elemento, exponiendo en favor de las monjas que se exclaustraban y de las iglesias que se derribaban, y tomando parte en la sociedad abolicionista de la esclavitud de Cuba, donde podía ostentar la generosidad de sus sentimientos; pero le faltó constancia.

Algún tanto sobrexcitada la opinión pública con la lucha electoral, alarmó al país un deplorable acontecimiento. Habíase ordenado la incautación de todos los archivos, bibliotecas, etc., de las catedrales, cabildos, monasterios ú órdenes militares, considerándose su contenido como riqueza nacional, y al cumplir este decreto el gobernador civil de Burgos, señor Gutierrez de Castro, fué asesinado sacrílegamente dentro de la Catedral, ocasionando una alarma que pudo producir terribles consecuencias sin la sensatez de los voluntarios de la libertad. Culpóse al fanatismo religioso, excitado con encontrados fines, aconsejó el gobierno la calma, y efectuáronse las elecciones con gran concurrencia de electores, excepto los moderados: no hubo coacciones por parte del poder, aunque sí las hubo, y algo más, de la de las turbas en Cataluña, Andalucía y otros puntos. Triunfó el partido progresista y sobre los amigos de Olózaga los partidarios de Espartero: el número de los unionistas fué importante y de calidad; la fracción democrático-monárquica, la formaban algunos ex re-

publicanos, varios economistas, cuatro antiguos progresistas y constituyentes de 1854, y otras individualidades; los republicanos que constituían la verdadera oposición, eran bastantes, formando con ellos antiguos moderados transformados en carlistas unos y en realistas otros, siguiendo al arzobispo de Santiago, al obispo de Jaén, y al canónigo Manterola, y como testigos ó protesta de lo que allí se hiciera, había tres ó cuatro unionistas que sin compromisos con la revolución conservaban afecto á la dinastía derribada.

Doña Isabel II publicó entonces, fechada en París el 5 de febrero, su protesta declarando nulo y de ningún valor cuanto se había ejecutado y se iba á ejecutar. En aquel escrito, en el que rebosaba la pasión, se calificaba de ilegal la convocatoria de las Cortes, que se suponían elegidas por medios violentos y culpables, que iban «á reunirse al llamamiento de cuatro ambiciosos, que reduciendo fuerzas militares los unos, y acaudillando criminales los otros, han logrado sustituir, por medio del terror, su torpe y funesta tiranía á la Constitución del Estado que casi todos han jurado.» Formulaba su protesta por querer guardar incólumes sus derechos, porque su autoridad legítima y constitucional que heredó de cien reyes, con el consentimiento de cien generaciones, tenía la obligación de acudir en lo que alcanzare. á detener el curso de calamidades que amenazaban la ruina completa de la religión, de la monarquía y hasta de la unidad del suelo en que nació; que acudiría con su propia persona si le fuera dado en aquellos momentos de injusticia, de sinrazón y de violencia: «cuando impera la calumnia en vez de la verdad, añadía, cuando los beneficios se olvidan y el remordimiento se ahoga con el miedo de la traición y de las desgracias con que la Providencia castiga algunas veces á los pueblos, y de los errores inculpados á cuantos los ministros han sido, se forma un tejido solo de acusación artificiosa contra el monarca, único en el reino á quien las leyes constituyen sagrado é inviolable.—Pero si Dios acorta los días del castigo y se disipan las nubes que formó el engaño y espesó la calumnia, y me llaman, como espero, hasta aquellos que por error me despidieron, sin saber lo que es á una hija de reyes comer este pan amargo de la emigración y subir la escalera de casa ajena, y apurar esta copa de lágrimas y acíbar; si la verdad, en fin, segura aunque tardía, enciende el fuego del entusiasmo con que mi pueblo me saludó tantas veces y que hoy necesito como alivio de mi pena más que como reparación de mi agravio, y se despierta, como no dudo un instante, el amor de mi nombre para inspirar el general respeto á cuya sombra sólo pueden crecer en tan antigua y católica monarquía los frutos preciosos de la paz, del buen gobierno y de la atinada administración, fundamento de la pública ventura, entonces, españoles, en medio de vosotros, no tendré memoria más que para el recuerdo de la fidelidad y los servicios.» Recomendaba se hiciera conocer esta su protesta que la hacía en descargo de la grave responsabilidad que sobre aquella señora pesaba, sin ambición alguna de poder y sólo movida del sentimiento de amor á la patria y á su dinastía, y que todos acudieran al remedio del general trastorno, y en el círculo en que cada uno pudiera para salvar las leyes, el derecho, los templos y la religión.

No tuvo gran eco el anterior documento; abriéronse las Cortes el 11 de

febrero con la debida solemnidad, acompañando al gobierno sendas comisiones de la Diputación y del Ayuntamiento; leyó el general Serrano el discurso de apertura en el que, después de mostrar su satisfacción por ver reunidos á los que habían de construir el nuevo edificio político, definir y determinar por medio de leyes sabias las libertades proclamadas, evitando que chocando unas con otras por falta de límites fijos, llegaran á confundirse y perderse; manifestaba que, si se había tomado alguna resolución no conforme con esas libertades, había sido como medida salvadora de la revolución, porque las asociaciones religiosas á que se refería, formadas á virtud de exclusivos privilegios y aun de caprichos autocráticos, y llenas del espíritu del antiguo régimen, eran un obstáculo á esa misma revolución; que habría sido gloriosa la tarea del gobierno si no hubiera tenido que atender á defenderse, y vencedor, no derramó después una gota de sangre; que los que pelearon, extraviados por el sentimiento liberal, no emplearon las armas de que hicieron uso los que queriendo impedir el progreso de la revolución, apelaban al asesinato con alevosía y crueldad; que había tenido que combatir el desorden y la disipación de algunas administraciones anteriores, y las costosas guerras sustentadas en remotos países; que había que cambiar la organización administrativa de los servicios del Estado, consolidar las conquistas de la revolución, disipar todo recelo de continuos trastornos é infundir esperanzas para hacer renacer la confianza y elevar el crédito, pagando sus intereses y haciendo economías; que la triste herencia de la guerra civil en Cuba había que sofocarla para restablecer sobre la paz el fundamento de las reformas liberales, viniendo diputados de tan distantas comarcas y rompiendo las cadenas del esclavo; que no se habían alterado las buenas relaciones con las potencias civilizadas del mundo, y que después de las reformas llevadas á cabo, bendecida por la Providencia la obra de la revolución, tocaba á los diputados llevarla á feliz término.

Bajo la presidencia de don Nicolás María Rivero se constituyeron las Cortes el 22 de febrero: resignó Serrano los poderes que recibió de la Junta de Madrid; se le concedió un voto de confianza; se le autorizó para constituir gabinete; continuó al frente del que hasta entonces fué provisional, llamándose ahora Poder ejecutivo; presentaron todos los ministros sendas memorias de todos sus actos, y abundando en los mejores deseos de regenerar el país, comenzaron las Constituyentes sus tareas. Aprobóse sin discusión la amnistía para los delitos de imprenta, y al pedir el gobierno 25,000 hombres para el reemplazo del ejército, echáronle en cara la promesa de abolición de quintas. Aceptaba el gobierno esa abolición como incuestionable progreso y deseaba realizarla tan pronto como le fuera posible; pero no entonces que se sublevaban los republicanos en Jerez y otros puntos; que en Alcalá del Valle no sólo proclamaban el principio de que las mesas electorales se habían de ganar á tiros, sino que lo practicaban, yendo á matar á uno, y no encontrándolo, mataron dos en la calle é hirieron á seis personas más, algunas de ellas mujeres de la familia de los muertos; se protestó de la quinta con barricadas, cuya conquista fué sangrienta; agitábanse en otras partes los carlistas, aumentándose así la perturbación que existía en bastantes provincias, según declaró

el gobierno. lamentándose, y con razón, de que cuando se tenía la libertad más grande que se conocía en ningún otro país, cuando el pueblo de Madrid, que jamás se había sublevado contra la libertad, con jornaleros casi desnudos, sin pan algunos días que llevar á sus hijos, daba insigne ejemplo de cordura conservando el orden como el único medio de conservar la libertad, hubiese pueblos en los que unos cuantos perturbadores tuviesen amedrentadas las familias y dominasen al vecindario con la amenaza, la violencia y la fuerza Para restablecer y mantener el orden público, sin el que es imposible todo gobierno, diéronle las Cortes su apoyo; se aprobó también el nuevo reemplazo. aunque el proyecto del gobierno no resolvía la cuestión de quintas. ni la de reforma del sistema que adolecía de graves defectos y se verificó el sorteo á pesar de protestas y manifestaciones.

Entre los varios proyectos de ley que aprobaron las Cortes, merece citarse el que autorizaba la contratación de un empréstito de 100 millones de escudos efectivos, para cubrir el déficit de 1868 á 1869 y el remanente de los anteriores. ¡Triste herencia que suelen dejar todos los gobiernos empeñados durante su gestión administrativa en ocultar sus apuros, consecuencia en lo general de su despilfarro!

CAPÍTULO II

Constitución de 1869.—Regencia del duque de la Torre.—Insurrección federal. Perturbación política.—Abdicación de doña Isabel II

Urgía la constitución del país: obró activa la comisión nombrada para formar el código político; la consignación explícita de los derechos individuales exigida con tenaz empeño por los demócratas, mantenidos lealmente por los progresistas, y algo resistida por los unionistas, triunfó al fin: la cuestión religiosa se dejó para lo último, proponiéndose evitar votos particulares; pero á pesar de esta reserva mediaron ciertos tratos por los que se concibió la esperanza de un arreglo sobre la base de la separación, de la que se suponía partidario al arzobispo de Santiago, que se encargó de desvanecer la ilusión que se habían formado los señores Rivero y Moret; pues aquel prelado y el obispo de Jaén aspiraban á la unidad religiosa, que la someterían á la tolerancia si las circunstancias la imponían, rechazando la libertad de cultos y la idea de la separación como pestilente é infernal. Sin resolver la cuestión religiosa, terminó la comisión el título primero: la fórmula adoptada para garantir la inviolabilidad del domicilio. fué redactada por Ríos Rosas; el punto concerniente á la inviolabilidad y respeto de la propiedad. le sostuvo calurosamente Posada Herrera, que en todo lo demás no se mezclaba, limitándose á decir que concurría como voluntario de la libertad; se transigieron las dificultades que se ofrecieron en cuanto á la suspensión de las garantías: respecto á la fórmula de las prerrogativas de la corona, veto y potestad legislativa, se excogitó un modo de expresión que difería de todos los usados en anteriores constituciones; se establecía en la descentralización la mayor latitud posible: se adoptó por unanimidad el jurado después de la más

amplia y luminosa discusión, resumida por don Salustiano de Olózaga con gran precisión y claridad, haciendo notar que ningún país civilizado, incluso Rusia, carecía de jurado; acordó la comisión dejar la puerta abierta para limitar el número de delitos que se sometería á su jurisdicción, comprendiendo en ellos los más graves comunes y todos los políticos; temióse una ruptura completa en las grandes y agriadas contiendas de que fué objeto la cuestión del Senado, acordándose en principio la existencia de dos cámaras; pero la constitución que se debía adoptar para el Senado no adelantaba un paso, hasta que al cabo de discutir dos días con sus noches, se aceptó la capacidad propuesta por unos, las elecciones de corporaciones ideadas por Becerra, la base de elección, aunque de segundo grado, que formaba parte del pensamiento de Olózaga, se llegó á una transacción entre todos y se salvó este escollo que puso en gran peligro la obra de la comisión, á pesar de su gran interés en cumplimiento de su cometido.

Planteada resueltamente por los demócratas la tan temida cuestión religiosa, en el terreno de la absoluta libertad de cultos y de la separación de la Iglesia y del Estado, sostuvieron los unionistas la tolerancia, aceptaba Olózaga la libertad si se presentaba el artículo constitucional de una manera condicional en cuanto á los españoles; se llamó al gobierno al seno de la comisión para vencer las dificultades que se suscitaban y evitar la ruptura que se preveía; sostuvo Romero Ortiz la fórmula de tolerancia algo más lata que la de 1856, adhiriéndose á esta opinión el duque de la Torre, Topete y Zorrilla, guardando silencio Prim y Sagasta; sin haber conformidad y continuando la sesión empeñadísima por la noche, vencieron á Rivero los ruegos de Ríos Rosas y Topete, arrastró consigo á Martos y Becerra, más por cansancio que por convencimiento, y al terminar la sesión, ya á las cinco de la mañana, manifestó Romero Girón, que se había ausentado antes, á Rivero, Martos y Becerra, que no aceptaba la fórmula de tolerancia adoptada, por lo que formaría voto particular. Esto hizo que se volviera á plantear la cuestión en la junta siguiente; surgió más imponente y grave el conflicto, trasluciéndose á la mayoría de las Cortes, y en vista de tales dificultades y no pudiendo evitarse el voto particular, indicó Olózaga que presentaría también el suyo, retocando el proyecto de 1856, estableciendo la condicional para los españoles en materia de libertad religiosa, y cortando, así decía, «el brazo secular á la Iglesia,» en cuya frase condensaba todo su pensamiento.

Esta resolución desconcertó á los demócratas, que temieron por los derechos individuales á tanta costa obtenidos, poniéndose en tela de juicio toda la obra del partido democrático, y como al lado de Olózaga estaban los progresistas y se colocarían los unionistas, adoptaron la fórmula adicional de aquél en cuanto á la libertad religiosa, respecto á los españoles; convino Olózaga en todo, aceptando el artículo, que redactó en seguida Romero Girón; sorprendió á los unionistas el sesgo que tomaba el asunto, resistieron algo, quedando al fin convenida y aceptada la fórmula del artículo 21, y el proyecto de constitución terminado en 25 días.

Al discutirse en la Cámara la Constitución, tomaron parte los primeros oradores, defendiendo sus principios con elocuencia y erudición, y los

debates, que comenzaron tranquilos, se hicieron borrascosos, porque no podían menos de chocar los sentimientos libre-cultistas de Castelar y sus correligionarios, con los teocrático-absolutistas de los señores Manterola, Cruz Ochoa, Vinader y los suyos. Unos pedían la libertad religiosa como consecuencia y complemento de las demás libertades, y otros consideraban como la mayor de las profanaciones, como una grande herejía, el tolerar siquiera la celebración de todo otro culto que no fuera el cristiano: no era, ni es fácil la inteligencia de principios tan opuestos. Todas las opiniones estaban representadas en aquella Cámara, en la que se emitieron toda clase de ideas políticas, sociales y religiosas: allí Cánovas del Castillo recordó la oposición que había hecho al poder dos años antes, profetizando la pérdida de la dinastía y de las instituciones; demostró que una vez puesta aparte de la Constitución del Estado, en la cual estaba consignada la inviolabilidad del monarca y la personalidad, de la persona que le representaba, desaparecería de hecho y de derecho semejante responsabilidad, que sólo podía existir por la Constitución del Estado; dudaba si sería verdad el dicho de Platón de que los reyes estaban destinados perpetuamente á hacer leyes contra los pueblos, y los pueblos perpetuamente destinados á hacer sólo leyes contra los reyes, y la sentencia de Aristóteles, que la noción de la justicia, que la idea del derecho, que el sentimiento del deber, sólo se reflejan siempre con claridad completa en la conciencia de los débiles; declaró que ni por un momento siquiera había pertenecido al partido moderado, que no le espantaban los derechos individuales y «los aceptaba también en la forma en que estaban generalmente consignados en el proyecto de constitución que se discutía;» le examinó con verdadera elocuencia y admirable lógica; mostróse excelente liberal; dijo que no defendería jamás la intolerancia religiosa y aconsejó que se pusieran los debidos límites á los derechos, que se salvara la libertad, la religión y la monarquía, proponiéndose no aparecer partícipe de la revolución.

Manterola fué el adalid de la unión católica; Salmerón (don Francisco) defendió elocuente las doctrinas progresistas y la candidatura de Espartero para el trono; ensalzó admirablemente Castelar la república federal que tantos disgustos le había de dar después; dió á conocer su talento don José Echegaray, su ingenio Sánchez Ruano, muchos facilidad en la palabra, y el 1.° de junio se aprobó por 214 votos contra 55, aquella constitución, acatada pero no aceptada por la minoría republicana, consentida y votada por la unión liberal, y rechazada por los tradicionalistas hasta el punto de no tomar parte en la votación. Mientras se discutía la base religiosa presentaron unas 9,000 exposiciones con cerca de 3.000,000 de firmas, protestando contra la libertad de cultos. El 6 del mismo mes, fué solemnemente promulgado el nuevo código político.

Antes se amnistió á los que tomaron parte en las insurrecciones de diciembre, enero y marzo, aprobaron las Cortes algunas leyes, y se trató de los escandalosos sucesos de Tafalla—1.° de mayo—en los que no estuvieron prudentes las autoridades, que excitaron más que contuvieron las pasiones de liberales y carlistas, y cuando la guerra civil amenazaba. No era de extrañar que á autoridades subalternas faltara la prudencia nece-

saria, cuando ni en el mismo ministerio abundaba esta virtud cardinal. Si la tuvieron trabajosamente al discutirse la Constitución, pusiéronse en pugna en la cuestión de monarca por la oposición que á Montpensier hacían progresistas y demócratas; no asustaba á algunos la república; promovió el presidente de las Cortes una reunión de periodistas y diputados para provocar una crisis ministerial que rompiera la conciliación; para precipitar este rompimiento se presentó á la Cámara la exclusión de los Borbones en todas sus ramas, y á todos los miembros de la familia real emparentados con ellos, á la corona y de todo cargo público en España; combatieron esta proposición Serrano y Topete, por los compromisos que habían contraído con Montpensier para hacer la revolución, declarando que era preciso escoger entre él y la república; procuró Prim calmar los ánimos, ya sublevados; dijo Topete que los demócratas, que á la sazón tanto influían, eran los que menos habían hecho por la revolución, pues no los vió en Cádiz, ni en Sevilla, ni Alcolea, por cuya declaración tuvo que dejar el ministerio; mientras se hallaba monarca se nombró regente del reino al duque de la Torre, considerándosele encerrado *en jaula de oro*, y en el discurso que leyó al encargarse del mando que se le confería, dijo que empezaba un nuevo período para la revolución de setiembre, habiendo pasado la época de los grandes peligros y comenzado otra de reorganización, en la que nada había que temer como no fuera nuestra impaciencia, desconfianza ó exageraciones, y que desde el puesto á que se le había elevado, no veía partidos políticos sino el código fundamental que á todos obligaba.

Encomendada á Prim la formación de un nuevo gabinete, le constituyó al fin el 19 de junio con los mismos ministros excepto Lorenzana y Romero Ortiz, sustituídos por don Manuel Silvela y don Cristóbal Martín de Herrera. En Marina había reemplazado antes Ayala á Topete.

Como si no fuera de suyo grave la situación que se atravesaba, pues apenas publicada la Constitución que por todos debía ser observada, empezó á ser combatida por unos como demasiado democrática, y como monárquica por los republicanos, disgustó á éstos la entrada en el ministerio de los señores Silvela y Martín de Herrera, contra el que presentaron un voto de censura por un decreto sobre la organización de los tribunales. Triunfó en la votación el ministro, pero quedó lastimado; dimitió, reemplazándole Zorrilla, y á Figuerola don Constantino Ardanaz; se encargó don Manuel Becerra de la cartera de Ultramar; quedó en Marina Topete y entró en Fomento don José Echegaray, teniendo así participación en el gabinete el elemento democrático.

El 15 de julio se suspendieron las sesiones de Cortes; se notaba su cansancio. Habían hecho la Constitución, discutido los presupuestos, concedido empréstitos, indultos y amnistías, otorgado pensiones, desestancado la sal, legislado sobre Hacienda, ferrocarriles y otros asuntos, y á la vez que se acordó la conservación como monumentos históricos de los edificios que lo merecieran, se declaró que los restos de personajes célebres eran dignos de ocupar un lugar en el decretado panteón nacional, para lo cual ya se había hecho una ley en 1837.

La clausura de las Cortes que debía permitir al gobierno inaugurar

una campaña administrativa, tan necesaria, le obligó á emplear toda su actividad y su fuerza para defender la sociedad amenazada por los que abusando de los derechos individuales y confundiendo la libertad con la licencia, se permitieron en Málaga vergonzosos crímenes, levantaron partidas en Sevilla y Alicante, se saquearon sillas-correos, se asaltaron establecimientos de baños, se asesinaron alevosamente alcaldes y regidores, se atentó contra la propiedad, y para reprimir tanto exceso hubo que declarar en toda España la ley de 17 de abril de 1821. La minoría republicana consideró esto como una infracción del artículo 11 de la Constitución que prohibía la creación de tribunales extraordinarios y comisiones especiales para conocer de ningún delito; que infringía también el artículo 31 del mismo Código y usurpaba las atribuciones legislativas, protestó, y hasta llegó á formar sus *pactos federales*, reunió sus congresos en Córdoba, Tortosa, Valladolid, Santiago y en Eibar, y preparóse á la lucha No podía hacer más para justificar las medidas del gobierno; y si la justificación no fuera completa, se la dieron las partidas carlistas que comenzaron á levantarse, obedeciendo exhortaciones belicosas de quienes por su sagrado ministerio debían predicar la paz. Si algunos prelados secundaron de mala manera las órdenes del gobierno para que recomendaran á sus párrocos y diocesanos la obediencia á las autoridades constituídas, otros se hicieron jueces de la oportunidad de los edictos pastorales que se les exigió en el término de ocho días. Esto produjo un nuevo conflicto entre el poder civil y la autoridad eclesiástica.

La derrota de las partidas carlistas fué un cuidado menos para el gabinete, no dándole este triunfo la fuerza y alto concepto que necesitaba para hacer frente á otros enemigos. El mayor, sin embargo, estaba en la misma situación política que se acababa de crear: se establecía la monarquía sin haber monarca, y esto á raíz de la revolución, que debió haberse apresurado á llenar el vacío que produjo. No podía España, á no declarar *ipso facto* la república, dejar huérfano el trono por mucho tiempo. El partido republicano era ya grande, y contribuyó, como no podía menos, á prolongar una interinidad funesta. Pudieron haberla terminado los mismos jefes de la revolución, poniendo el pie en el pedestal en que constantemente tropezaban, y á ello les estimulaban muchos, pero ninguno quiso imponerse, ostentando así verdadero patriotismo. Correspondía á las Cortes constituir el país, pero había en ellas elementos muy heterogéneos, opuestas tendencias, y aunque se consiguió hacer la constitución, excelente para los que la hacían, é incomprensible para los que habían de practicarla, no se aunaban para cumplir inmediatamente el artículo 33, de donde nacieron las dificultades, no por falta de candidatos, sino de resolución. Sin prestigio el gobierno para imponerle, se le separaron muchas personas acomodadas que contribuyeron á la revolución ó la acogieron sinceramente, esperando ver en ella el reinado en todo de la justicia, del orden, de las economías y de la más perfecta administración. Cansaba ya al país la interinidad, se deseaba una solución, que trabajaban por realizar los monárquicos y combatirla los republicanos, rechazándola con la fuerza, lo cual era ilegal, poseyéndose todas las libertades políticas. Se comprende que defendieran el plebiscito, y que el país y no las Cortes eli-

gieran el monarca, porque aunque los diputados fueron elegidos por el sufragio universal para dar á la nación la forma de gobierno más conveniente, nadie les dió poder para proclamar á este ó al otro rey; así tuvieron mucho cuidado los candidatos á la diputación al solicitar votos, en guardar una prudente reserva y no soltar prendas que les comprometieran. No era seguramente muy halagüeña aquella situación política, que si no dió origen, consintió que funcionara una especie de sección de policía ejecutiva que se llamó *partida de la porra*, que pretendiendo defender la causa de la revolución la deshonraba.

Engrosando cada día más el partido republicano, aunque en él se introducían sus mayores enemigos, los que sólo aspiraban al descrédito de todo lo existente, estaba su principal fuerza en el número de sus inconscientes masas, más dispuestas á obrar que á reflexionar. Excitado constantemente el sentimiento político por sus jefes, pues á la vez que Orense predicando las más avanzadas doctrinas con el más sencillo lenguaje recorría la costa cantábrica desde San Sebastián á Oviedo, recibiéndole en Santander las mujeres con estandartes, Castelar arrebataba con su poética elocuencia á los aragoneses, Pierrad entusiasmaba á los catalanes por su presencia y la convicción de sus palabras, y otros recorrían diferentes provincias, produciendo esa agitación febril que precede á la lucha. De aquí el lanzarse á atentados como el de que fué víctima don Raimundo Reyes-secretario del gobierno civil de Tarragona, que haciendo las veces de gobernador, por ausencia del propietario, se presentó solo ante una manifes, tación republicana á recomendar el orden, y á la vista del mismo general Pierrad, y aclamando la república federal, se arrojaron las turbas sobre aquel desgraciado joven, le hirieron y arrastraron vivo hasta el muelle, y unos carabineros evitaron le arrojasen al mar, aunque no que muriese. ¡Y los que tal crimen cometían proclamaban los derechos individuales y la abolición de la pena de muerte! Pierrad, acerbamente acriminado, marchó á Tortosa, y preso, entró en la cárcel pública de Tarragona en medio de un sepulcral silencio: desarmóse después á los voluntarios de ambas ciudades sin la menor resistencia.

En cuanto el gobierno vencía una dificultad surgían otras como la cuestión obrera en Cataluña y Valencia: cundían las huelgas; hizo el ministerio un alarde de energía reemplazando á los gobernadores civiles de Zaragoza y Barcelona; pero le faltó esa energía para otros asuntos y para otras personas. Lo que más interesaba era cumplir el artículo 33 de la Constitución; se buscó afanosamente candidato, alarmó esto á los republicanos, quienes dejándose guiar por la pasión más que por la razón y la justicia, desconociendo gloriosos antecedentes, faltando á la ley y á la patria, encendieron la guerra civil, comenzándola, aunque á su pesar, con asesinatos, saqueos, robos, incendios y horrores. Sueño parece, porque no se concibe, que un partido del que es el porvenir, que se propone triunfar por la bondad de sus doctrinas, que proclama la fraternidad como el derecho universal, la abolición de la pena de muerte como el derecho de la vida, la autonomía individual divinizando el derecho de cada uno, hasta anteponiéndole al colectivo, teniendo en más al individuo que á la sociedad, se permitiera los atentados y crímenes cometidos en Barbastro, Valls

y otros puntos. Aunque nunca pueden achacarse á un partido los excesos de unos pocos, perjudicaron grandemente al éxito, y se vió que en muchos puntos no eran los jefes los que mandaban, sino los más osados é irresponsables. Arde en guerra Cataluña, se alzan en armas grandes masas, obstruyen la vía férrea y el telégrafo, causando destrozos, se pronuncia Reus, se dirigen al Priorato, se cometen en Valls asesinatos en personas inermes, se queman casas y archivos, y se saquea y se desatiende á los mismos jefes que tratan de evitar tales excesos, imponiendo hasta pena de la vida á sus perpetradores.

No en todas partes se mostró de tal manera la insurrección republicana: pero en todas fué ilegal y absurda. Así que, vencida en Barcelona, abandonadas por los insurrectos Reus, Valls, Balaguer y cuantas poblaciones ocupaban, se limitó á los campos y se vió perdida. Poco importaba resistir en Carmona y en alguna otra ciudad, careciendo de una capital importante como base; no supieron Paul y Angulo, Salvoechea, Guillén y otros aprovechar los grandes elementos con que contaban en la provincia de Cádiz; ni aun los recursos proporcionados por los filibusteros cubanos, de los que se aprovecharon algunos de los que menos dieron la cara, porque había republicanos que, aunque querían libertades para Cuba, no renunciaban á la integridad de la patria: pero no ayudaban mucho á esta integridad, basada en la unidad nacional, proclamando el federalismo en Medina Sidonia, Los Arcos, Paterna, Alcalá de los Gazules, y Puerto de Santa María. Seductor era para aquellas inconscientes masas la abolición de las quintas y matrículas de mar, el desestanco de la sal y del tabaco, la disolución del ejército, etc., etc., no quedando abolida la pena de muerte hasta no terminar el período revolucionario; pero sólo consiguieron aquellos alardes de fuerzas y tales programas, introducir el desorden y la perturbación. Bastó el anuncio de la llegada de tropas (1) para que se disolvieran las masas, dirigiéndose unos grupos á la serranía, guiados por Guillén, y alcanzados por las columnas mandadas en los primeros momentos sobre Paterna y Medina, murió Guillén, y se ahogó la insurrección, retrocediendo á sus pueblos los que ya estaban en marcha y conteniéndose los que se preparaban á salir.

Terrible lucha se trabó en Zaragoza para combatir las barricadas levantadas por los federales guiados por Soler y Pruneda en el Coso, San Pablo, la Seo y el Pilar; mas triunfó el gobierno, y en Valencia, donde también construyeron hasta 900 barricadas, que recibieron 400 proyectiles huecos además de multitud de disparos de metralla y bala rasa, sin oponer los federales más que el fusil y su pecho. Este fué el último baluarte de la insurrección, quedando Béjar y otros puntos sin importancia. No ensangrentó el gobierno su triunfo; harta sangre se había derramado, y muchas desgracias pudieron haber evitado algunas autoridades, con más previsión y celo.

---

(1) El gobernador civil de Cádiz, señor Somoza, telegrafió al alcalde del Puerto de Santa María preguntándole si estaba dispuesto el cuartel para alojar un batallón, que no existía, que debía llegar inmediatamente, y divulgada la noticia se dispersaron los insurrectos.

Al regresar Prim de las aguas de Vichy, se celebró el primer consejo de ministros, al que asistió el regente, que se mostró enérgico para que se abandonara el marasmo político en que estaba sumido el poder, y se adoptara una política que inspirara garantías de orden y de seguridad: deseaba terminara aquella interinidad, amenazando con su dimisión, si así no se hacía, y marcharse al extranjero. Sagasta propuso algunas medidas restrictivas, que no fueron aprobadas porque había leyes para el caso y sólo se necesitaba hacerlas cumplir, acordándose al fin la circular de 26 de setiembre, protestada por los republicanos, que también se opusieron á la suspensión de las garantías constitucionales, que aprobaron las Cortes al reanudar sus tareas el 1.º de octubre. Eran sus compañeros y correligionarios Suñer, Blanc y otros que se habían puesto al frente de los insurrectos, y no podían menos de simpatizar con ellos, mucho más cuando el levantamiento había sido por acuerdo de todos. Por esto el empeño de Sagasta al increparlos por los excesos cometidos, para que declarasen si estaban con los sublevados ó con el gobierno. En tan terrible situación, consideraron los republicanos indispensable retirarse de la Cámara; tratóles Prim con benevolencia; Figueras y Castelar conferenciaron con el presidente de las Cortes, y aunque no produjeron grandes resultados estas conferencias á las que se dió colosales proporciones, empezó después á elaborarse en el partido republicano una transformación que no podía menos de serle beneficiosa. Lo era desde luego el que se separaran de los federales personas de valer que querían la república, no sus excesos.

La continuación de la interinidad ayudaba á los republicanos unitarios, y les alentaba la división de los monárquicos, cada día más acentuada. Faltaba energía, arrastraban las Cortes una existencia lánguida; se suspendieron á los pocos días las sesiones por no haber asuntos de que tratar, y ¡estaban sin discutir los presupuestos, la ley de orden público y otras no menos necesarias!; reanudaron sus sesiones á los seis días para declarar por iniciativa del gobierno que el ejército, la armada y los voluntarios de la libertad habían merecido bien de la patria; Moret manifestó que si el ejército había salvado el orden y la libertad, debían los diputados cumplir con su deber constituyendo el país y levantando una monarquía que terminara la interinidad; Prim aseguró que se ocuparía pronto de la cuestión de monarca; se suscitaron diferencias por los asuntos administrativos y rentísticos; se procuró á toda costa no romper la alianza de los partidos unidos; se manejó una solución, y como ninguno tenía grande interés en el rompimiento, se transigió en la cuestión del presupuesto y reforma del clero, en la marcha política del gabinete, adoptándose un temperamento medio, que ni remediaba males ni producía bienes. Consideróse así terminada la disidencia de los unionistas, comprometiéndose Sagasta á restablecer por completo el orden moral; pero surgieron nuevas dificultades que se esmeró Prim en vencer para que no se rompiera la coalición hasta elegir monarca. Esto era un nuevo motivo de discordia, porque el candidato de la mayoría del ministerio era el duque de Génova, lo cual consideraron los unionistas imposible y hasta ofensivo. Propusieron algunos á don Fernando de Portugal; no faltó quien indicara á don Alfonso con regencia revolucionaria; pero los unionistas insistían en la can-

didatura de Montpensier, que era la de la revolución. Inútiles sus esfuerzos y disgustados del absurdo de obligar al clero á jurar la Constitución, se retiraron del ministerio Ardanaz y Silvela, manifestando explícitamente que no por esto se separaban de la coalición. No se rompía ésta, pero quedaba quebrantada. Aun trató Prim de que continuaran los dimisionarios y se ofrecieron sus carteras á otros unionistas; no aceptaron, y Figuerola volvió á Hacienda, entrando Martos en Estado para demostrar su sinceridad monárquica Topete, que también dimitió, produjo un gran conflicto por lo que significaba su nombre, é intervinieron los radicales mostrando su gratitud á Topete, y el deseo y la necesidad de que continuara en su puesto.

Si en el gobierno se efectuaba esta reorganización, era también precisa entre los republicanos, pues los federales, especialmente después del acuerdo de las Cortes, tenían que adoptar una nueva marcha política. Halagábanles los demócratas procurando atraérseles; pero no querían abdicar de sus principios, aunque renunciaron al empleo de la fuerza. Lo que debían hacer ya lo indicaba Suñer y Capdevila en su manifiesto desde Tours, á donde llegó *roto, sucio, pobre,* y *triste;* y en verdad que más habrían ganado combatiendo con el boletín electoral, como deseaban las ilustraciones del partido. Tenían la fuerza y las masas, porque ningún otro, excepto el carlista, pudo presentar en un momento dado sobre 40,000 hombres en combate (1), ni ofrecer la terrible y heroica resistencia que en Barcelona, Zaragoza y Valencia, sin tener en cuenta las hechas antes en Cádiz y Málaga. Así que, si el movimiento hubiera sido unánime, apurado se habría visto el gobierno, y la solución fuera dudosa. Con unas mismas fuerzas fué venciendo el ministerio la insurrección en diferentes puntos. Evidente la ventaja de decidirse por la propaganda, llevando á las masas el conocimiento de los deberes, ya que aprendieron el de los derechos, y mostrar así á todas las clases que la república quería la justicia, que es el derecho; el orden, que es su garantía; y la moralidad, que es la virtud política que enaltece á un partido y engrandece á una nación; no renunciaban algunos á apelar á la fuerza, diciendo Pi en plena sesión «que los obreros catalanes y los de Europa toda preparaban con justicia una revolución social en favor suyo y contra las demás clases.»

Procuráronse con afán ciertas fusiones, rompiéronse otras, aspiraba cada partido á dominar solo, mostrándose así la perturbación que existía; pues á la vez que periódicos ministeriales combatieron á los unionistas hasta arrojarlos del gabinete, conseguido esto, empezaron otros á destruir el consorcio de progresistas y demócratas, diciéndose que el progresista llevó á la revolución la bandera, el unionista la fuerza material, y el demócrata, que nada había hecho, recogió la mejor parte del botín. Y el gobierno en tanto, que pudo haber aprovechado estas circunstancias, caminaba como navegante sin brújula. Su falta de iniciativa perjudicaba á todos, lastimaba al país y mataba la revolución, que consideraron muchos falseada por no estar á su altura los que la dirigían.

---

(1) La provincia de Gerona que no dió un hombre para la revolución preparada en agosto de 1867 contra el gobierno de González Brabo, dió á Suñer unos 8,000

Los únicos que sabían aprovechar estas circunstancias eran los carlistas, porque los moderados, no muy unidos, formaban proyectos absurdos. Se explotó á la reina, que mermó mucho su fortuna; se procuró la restauración hasta valiéndose de los carlistas; se crearon periódicos para injuriar y dividir á los partidos triunfantes; no pudo menos el gobierno de disponer de algunos generales que evidentemente conspiraban: al ordenarse al general Gasset se trasladase á Canarias, increpó al duque de la Torre y á Prim recordando su anterior antagonismo, y no menos incisivo estuvo el conde de Cheste al verse aprisionado, renunciando la dignidad que tenía en la milicia. Dirigía los trabajos para la restauración el general Lersundi; se mostró poco activo, por lo que disgustó á sus correligionarios; y más cuando se opuso á la abdicación de la reina en su hijo don Alfonso, lo que le obligó á renunciar sus poderes. No por esto cesó la lucha, entablada no ya sobre la abdicación de doña Isabel, sino sobre su oportunidad. Esto ahondó más la división entre los moderados, á pesar de los patrióticos esfuerzos del conde de San Luis y otros tan ilustrados como el conde, que sacrificó inútilmente hasta su salud y vida.

Las Cortes entretenían el tiempo en interpelaciones y acusaciones, faltando número de diputados para votar leyes, sin haberse hecho ninguna reforma salvadora: disminuía la contribución industrial por la paralización de los negocios y aumentaba el déficit del presupuesto general de ingresos, por nulo el producto de algunas rentas como la de las sales, saqueadas las salinas, mermada la de tabacos por el contrabando; los pueblos se hallaban en el estado más deplorable por la supresión de sus productos; era grande la perturbación en todo, y la interinidad continuaba. La vuelta de los republicanos á la Cámara, después de dar cumplido manifiesto, no la sacó de la atonía en que se hallaba sumida; pues si hubo alguna animación al discutirse el voto de censura contra el ministerio, cuyo voto apoyó Pi y Margall, disculpando la rebelión republicana, diciendo que no había promovido el combate sino aceptádole en el terreno que se le presentó al disponerse el desarme de la milicia en varios puntos, no produjo resultados de utilidad esta discusión. El gobierno esquivó aceptar la batalla, dejando que Pi defendiera la república federal: tenía aquél segura la votación. Para poner fin á aquella inercia parlamentaria, y ver la manera de que los diputados asistieran en número suficiente para votar leyes á las comisiones, y se completara la de Constitución para que pudiera elegirse el monarca, se reunió la mayoría en el Senado, y se acordó formar listas de los que votasen ó no, para saber los que asistían á las sesiones, etc. A pesar de tan significativa determinación, continuó el mal. Ningún partido estaba en su centro, ninguna fracción contenta; se acechaba unos á otros, desconfiaban todos, se votaba todo lo que no se quería, faltaba la fe, se desconfiaba del porvenir, y de aquí la falta de vitalidad en aquella Cámara, que parecía haberla agotado toda haciendo la Constitución. Si entonces hubieran constituído el país en monarquía ó república, y declarádose ordinarias ó disuelto, habrían conquistado eterna gloria, de la que participaran muchas nulidades que había en aquellas Cortes, como las hubo en otras anteriores y las ha habido en posteriores.

No dejaba de comprender el regente la necesidad de salir de aquella

situación, así lo manifestaba y su deseo de que viniera un rey verdad; pero tales deseos no vencían la general inercia. Amenazóse por alguno con el *salto mortal*, que consistía en cerrar las Cortes y enviar á sus casas á los diputados; y aunque fácil la empresa, porque nadie defendería á los que ni servían para remediar tanto mal, habiendo podido hacer tanto bien, no se hizo porque no importaba mucho la muerte de aquellas Cortes. No podían ser menos consideradas. Pretextando las festividades de fin de año suspendieron las sesiones por 15 días, no estando discutidos los presupuestos. Disgustó este alarde de ineptitud, y para salir de aquel marasmo, volvió á resonar el nombre de Espartero como única esperanza. Barcelona envió una exposición con 27,000 firmas aclamándole rey: de casi todas las provincias llovieron exposiciones pidiendo lo mismo; Logroño recibía diariamente multitud de comisiones suplicando al duque no se opusiera á lo que constituía el deseo de tantos; periódicos que habían defendido la candidatura del duque de Génova, proclamaban entonces al pacificador de España; pero la mayor oposición estaba en éste. Le lisonjeaba la aclamación, pero temía el poder por el trabajo y la responsabilidad. La vida patriarcal y descansada que con tanto placer disfrutaba, había aumentado su indolencia, y ésta era superior á su ambición.

Hallábase, pues, España, al finalizar el año de 1869, con una monarquía sin monarca, una regencia nula, una Constitución inobservada é infringida, una Cámara mal dirigida y agonizando, una casi dictadura sin dictador, un tesoro sin dinero, una revolución en retroceso, y el país en expectativa, lamentándose de la carencia de uno de esos genios que, aun sin imponerse, dominan. Sólo quedaba á esta nación el triste consuelo de que no era mucho más venturosa la situación política de las demás naciones de Europa, que atravesaba un período crítico de elaboración, del que no se veía libre ni la Inglaterra, perturbada su secular normalidad por irlandeses y fenianos. Convierte Napoleón su imperio de dictatorial en parlamentario, y tiene que seguir la pendiente de las concesiones evidenciando su falta de previsión: pugna la Italia en laboriosa crisis: Turín, Nápoles y Milán se rebelan contra la política de Florencia: sucumbe el gabinete el mismo día que creía haber ganado una victoria: el piamontés Lanza se opone al florentino Marí; triunfa la izquierda; procura Lanza imponerse; mas no puede vencer los obstáculos ni aun Cialdini formar el ministerio. El Papa, confiando más en la fuerza del derecho que en el derecho de la fuerza, inauguró el concilio ecuménico que fijó la atención de todo el mundo. El Austria, por la indiscreción de sus prefectos, se veía en guerra con la Dalmacia, pequeña región de su imperio, pero importante por el valor de su gente y la naturaleza del terreno montañoso; en la Alemania del Norte es derrotado Bismarck, representante de la política de anexión: en Baviera caía un gabinete sólo por haberse inspirado en la política del canciller; en el Schleswig alemán se aspiraba á la reivindicación danesa, y por todas partes reclamaban los pueblos su autonomía, y las instituciones se armonizaban con las exigencias del progreso moderno, de la civilización del siglo.

En España viajaba Zorrilla por Valencia, Cataluña y Aragón, donde vió rechazada la candidatura del duque de Génova, á lo que se dió pre-

texto para la crisis del ministerio, siendo el verdadero el querer plantear, en unión de Martos, el jurado, el matrimonio y el registro civil. Pero como Prim necesitaba de los unionistas para la elección de monarca, sacrificó á aquellos dos ministros, reemplazándolos con don Eugenio Montero Ríos y Rivero, al que sustituyó Zorrilla en la presidencia de las Cortes. Topete volvió á encargarse de la cartera de Marina.

Desistiéndose por completo de la candidatura del joven duque de Génova, y asustando el porvenir, volvieron en sí los diputados trabajando día y noche para discutir los presupuestos. Arreciando en su empeño monárquico los montpensieristas, sostuvo Castelar un proyecto de ley para declarar inhabilitados á todos los individuos de la familia Borbón, no sólo de la rama primogénita ó descendiente de Luis XIV, sino también de la rama segunda ó descendiente de Felipe de Borbón, duque de Orleáns, para ejercer la dignidad que al jefe del Estado concedía la Constitución. Aunque fué desechado por gran mayoría, estuvo á punto de romperse la fusión entre unionistas y demócratas con motivo del proyecto de ley sobre el matrimonio civil, el de la Constitución para Puerto Rico y otros; opusiéronse muchos á que las reformas de Ultramar se discutieran hasta que estuvieran en las Cortes los diputados por la Habana, prodújose algún conflicto, terminado por una transacción; pero dejó huellas. Luchan de nuevo progresistas y demócratas, produciendo Rivero con poco tacto la disidencia por cuestión de personas, necesitándose de toda la prudencia de los demás ministros para que no se rompiera la unión por motivo tan baladí. Más falta hacía, ya que todo era *inestable* y que reinaba por doquier *una mansa anarquía*, que el mismo señor Rivero, como ministro de la Gobernación, tardara menos en confeccionar las leyes orgánicas y no hubiera dado tan triste prueba de su indolencia gubernativa y de su falta de tacto, defraudando las esperanzas que algunos fundaron en sus hiperbólicas ofertas de reformas administrativas (1).

Dividido el Congreso en homeopáticas fracciones, gastaba sus fuerzas en pequeñas luchas intestinas, diciéndose así de aquellas Cortes que eran impotentes para hacer bien, no para dar espectáculos como el de la noche del 19 de marzo, en la que cansado Prim del proceder de los unionistas, pronunció aquellas notables palabras: *Radicales á defenderse; los que me quieran que me sigan*. Rompióse estrepitosamente, como no podía menos, la forzada armonía entre los unionistas, progresistas y demócratas; empeoró esto la situación del regente, del gobierno y del país; la Cámara puso más en evidencia su confusión, y para que todo fuera anómalo, era incomprensible el entusiasmo de los radicales por la ruptura de la coalición, como si un partido solo pudiera gobernar en aquellas circunstancias,

(1) No quedó mejor parado su concepto político. Al presentar García Ruiz en la sesión del 16 de enero – 1870 – una exposición con numerosas firmas de Santander pidiendo se enmendara el art. 33 de la Constitución para que se declarase la república, preguntó Rivero desde el banco azul, con aire de broma: «¿Qué república es esa, federal ó unitaria?» y contestó rápidamente García Ruiz: «La república, señor ministro, que su señoría y yo votamos el 30 de noviembre de 1854.» Enmudeció Rivero, una salva de aplausos en todos los lados de la cámara y tribunas saludó tal respuesta, felicitando á su autor sus mayores contrarios, diciéndole que les había vengado.

dar solución á los difíciles problemas que había que resolver y consolidar la revolución.

Presa la asamblea de fatal marasmo, aprobó casi sin discusión la ley de orden público, que al establecerse destruía la Constitución. Lo mismo sucedió con la ley electoral. Becerra y Echegaray produjeron nuevas crisis, que procuró aprovechar Rivero sorteando la poco arraigada armonía entre demócratas y progresistas para sobreponerse; pero se eclipsaba su estrella. Los que destruyeron los consumos los restablecieron, y Rivero pidió á las Cortes un reemplazo de 40,000 hombres, el mayor que se había pedido hacía tiempo. Produjo esto desórdenes, no tuvo la insurrección en Barcelona las proporciones que se la dió, ni el ministro de la Gobernación y alguna otra autoridad estuvieron oportunos ni acertados. Apenas sumarían 500 los insurrectos, mal armados, sublevándose en un momento de indignación, al ver que se les había prometido no habría quintas, y que las operaciones para ella se ejecutaban de una manera irregular, por la intemperancia y violencia de carácter de Rivero, cuando nadie menos que este señor tenía derecho á ser tan exigente, no habiendo aún entregado el cupo de soldados ó el dinero de su redención de los que el año anterior fueron sorteados en Madrid. Esto hizo tomar las armas á algunos grupos; les engrosaron trabajadores; guareciéronse en Gracia, pueblo grande y abierto; hicieron barricadas sin gente para defenderlas, y la autoridad militar, en vez de tomarlas con algunas compañías, sitió á Gracia, la cañoneó disparándole 1,500 proyectiles que causaron grandes destrozos, y al cabo de seis ó siete días, una sola columna entró sin resistencia por las barricadas, pudiendo hacer apenas una veintena de prisioneros. Se quiso atemorizar, sustituyendo con la fuerza la carencia del don de gobierno. Así se vió la incierta marcha de éste, perdiendo cada día el prestigio que le quedaba. A la vez que dejaba impunes graves delitos, castigaba con exageración, y algo más, otros, como en Andalucía (1): la cuestión del juramento no le producía amigos y exacerbaba á los enemigos; se daba la razón á los que se oponían á las quintas, á la vez que éstas se establecían, é insostenible aquella situación, pensaron unos dar mayores atribuciones al regente, otros formar una regencia trina con Serrano, Prim y Topete; mas para todo había dificultades, y ni se elegía rey ni se establecía la república. «Parece imposible, escribía un diputado, que la situación por que el país atraviesa pueda empeorarse, y sin embargo, el tiempo viene á desmentir nuestras creencias, y á enseñarnos prácticamente que la confusión aun puede ser mayor, la salida más difícil, el porvenir más tenebroso, la resolución, en fin, del problema revolucionario, más insoluble, intrincada y laberíntica... Un decaimiento moral, doloroso, se apodera de nosotros; una angustia política penetra en nuestro espíritu; algo que se asemeja á la vergüenza asoma á nuestras mejillas al escribir estos renglones, contemplando el estado en que se encuentra el país en que hemos nacido.»

Era verdaderamente imposible la continuación de aquel estado de co-

(1) Se perpetraron sobre 100 asesinatos, que concluyeron por entonces con el bandolerismo.

sas, máxime ante la actitud que mostraron los federales en las reuniones celebradas en la cuesta de Areneros y en el Prado; en los diferentes clubs que tenían en Madrid, en los que se predicaban las doctrinas más disolventes, verificándose aquellos *pactos sinalagmáticos*, frase tomada de los internacionalistas ó comunistas, que sólo tendía á la disolución de la nacionalidad española. El común peligro volvió á unir á progresistas y demócratas, discutiéndose la ley para la elección de monarca, según la cual bastaba la mitad más uno de todos los diputados que podían tomar asiento en el Congreso. Era llegado el momento de dar fin á la interinidad eligiendo rey, para cuyo acuerdo se reunieron en el Senado; pero en vez de discutirlo las Cortes, terminaron éstas su segunda legislatura sin resolver lo que tanto importaba.

Los partidarios de Montpensier aprovecharon este interregno parlamentario en favor de su candidato, proponiéndose algunos sustituir á Prim con Rivero. La negativa de éste impidió un nuevo conflicto, pues Prim, sabedor de la trama, se presentó en el Consejo con la dimisión en el bolsillo.

Fracasada la candidatura del príncipe Hohenzollern, se reunió la comisión permanente de las Cortes, para la convocatoria de éstas, pero no se podía aún presentar candidato por la oposición de don Fernando de Portugal, con quien se negociaba. Agitáronse los ánimos, y en esta ocasión supo el gobierno hacer frente á tales peligros y aun se ostentó fuerte dando una amplia amnistía, mal agradecida y peor pagada por los que más ganaron en ella, que se levantaron en armas en algunas provincias. Para esta amnistía habían facultado las Cortes al gobierno.

En medio de las dificultades y complicaciones con que tropezaba la revolución para constituirse definitivamente, no podía pasar desapercibido el completo olvido en que se tenía á la reina y á su dinastía; así que, perdida por doña Isabel toda esperanza restauradora, consintió al fin en abdicar en su hijo los derechos á la corona de que había sido desposeída, firmando muy afectada el siguiente documento:

«A los españoles de mis reinos y á todos los que la presente vieren y entendieren, sabed:

»Que atenta sólo á procurar por todos los medios de paz y de legítimo derecho la felicidad y ventura de la patria y de los hijos de mi amada España;

»Considerando que á los votos de la gran mayoría del pueblo, cuyos destinos regí por espacio de 35 años, puede corresponder el acto que por esta mi declaración ejecuto, con la única forma que consienten lo azaroso de los tiempos y lo extraordinario de las circunstancias;

»He venido en abdicar libre y espontáneamente, sin ningún género de coacción ni de violencia, llevada únicamente de mi amor á España y á su ventura é independencia, de la real autoridad que ejercía por la gracia de Dios y por la Constitución de la monarquía española promulgada en el año 1845, y en abdicar también de todos mis derechos meramente políticos, transmitiéndolos con todos los que corresponden á la sucesión de la corona de España á mi muy amado hijo don Alfonso, príncipe de Asturias.—*Isabel.*»

Á la lectura de este documento y de los que eran su consecuencia, asistieron diferentes personajes; no el rey don Francisco de Asís, que no autorizó con su presencia ningún acto político, por estar divorciado de hecho de la reina. Esta señora dió un manifiesto trazando á grandes rasgos y convencionalmente la historia política de su reinado, «sin hallar camino para acusarme de haber contribuído con deliberada intención, ni á los males que se me inculpan, ni á las desventuras que no he podido conjurar.» Da cuenta de su abdicación espontánea y libérrima, reservándose los derechos civiles, y el estado y dignidad personales que le conceden las leyes, conservando bajo su guarda y custodia á don Alfonso, «hasta que proclamado por un gobierno y unas Cortes, que representasen el voto legítimo de la nación, os lo entregue como anhelo y como alienta mi esperanza.» Decía también la reina que don Alfonso había de ser el rey de los españoles, no el rey de un partido; y los partidarios de la abdicación, los nuevos ó primeros defensores de don Alfonso, se esmeraron en presentarle así, llegando á decir el periódico borbónico más autorizado, que «si algunos, más realistas que el rey, rechazaban estas nobles palabras, y sentían despecho porque el príncipe no hubiese de ser un rey para ellos, tanto peor para ellos, y tanto mejor para la causa del inocente niño, única esperanza de un porvenir político de paz, de libertad y de orden.»

La reina Cristina, abuela de don Alfonso, el infante don Sebastián, las infantas y cuantos personajes estaban reunidos para aquella ceremonia celebrada en el palacio de Basilewski, en París, el 25 de junio, le prestaron homenaje y besaron la mano del que era para ellos el rey de España.

CAPÍTULO III

Reanudan las Cortes sus tareas.—Candidatos regios y misión del conde de Kératry

La importancia de los sucesos que narramos, indujo á los federales á dar un manifiesto anunciando, en sentido hipotético, el derecho de reunirse las Cortes sin convocatoria de la comisión permanente, y haciendo la proclamación de los Estados-Unidos de Iberia, en sustitución á la república federal ibérica. Era, pues, urgentísimo reunir las Cortes para salir de la interinidad, y así lo pidieron diputados respetables y el cumplimiento de lo que al país se había ofrecido, porque era preciso terminar el estado de disolvente incertidumbre, de insoportable anhelo, que era el tormento, no ya de los partidos, sino de todas las clases: llamaban á la interinidad cáncer político y social; que elevada á sistema era absurdo reinado en los dominios de la lógica, anarquía y disolución en el campo de los hechos, crisis general é indefinida suplantando al estado normal, é inversión ó subversión de las leyes que gobiernan al mundo, deseando la fundación de una monarquía, verdadera emanación de la soberanía nacional. Aun cuando no todos se prometieran un resultado favorable á sus aspiraciones, era general el deseo de convocar las Cortes, y las reunió el gobierno para presentar resueltamente la candidatura del duque de Aosta.

Había sido Montpensier, ó su esposa, el primer candidato regio de la revolución, considerándose con algún derecho por lo que á ella habían contribuído y por las ofertas que les hicieron; pero no les perjudicó poco la impaciencia que mostraron, poniendo en graves apuros á veces á nuestro representante en Portugal señor Mazo, asediado por lo que pretendía el duque y el cumplimiento de lo que le ordenaba el gobierno de Madrid. Desaprovechado el primer momento de la revolución para imponer esta candidatura, se hizo cada día más difícil su triunfo, y para que fuera imposible, tuvo el duque la desgracia de hacerse impopular, y la desventura de matar en duelo á su pariente el infante don Enrique. Reconocíase en Montpensier fuerza de voluntad, energía de carácter y otras excelentes cualidades; mas nada le hacía conquistar el favor popular y se descartó oficialmente su nombre del de los candidatos al trono.

Antes de la revolución de 1868 se había escogido por muchos liberales, para que reinara en España, á don Fernando de Portugal, y cuando en 1864 fué una comisión de progresistas á aquel reino por los restos de Muñoz Torrero, efectuó alguna conferencia particular sobre el asunto con Casal Riveiro, mas sin consecuencias. Ligado á este candidato el lisonjero pensamiento de la unión ibérica, tuvo muchos partidarios, y los hubiera tenido igualmente don Luis, presentado en una proclama publicada en Lisboa.

Pareciéndole bien al gobierno la candidatura de don Fernando, obtuvo por medio del señor Olózaga, nuestro representante en París, el asentimiento de Napoleón: daba á la vez instrucciones al señor Mazo, y para mayor seguridad, corrió á Lisboa don Ángel Fernández de los Ríos á desempeñar una misión secreta que se le encomendó, que no era otra que el ofrecer á don Fernando la corona de España (1); pero éste manifestó que debía ser Montpensier el que ocupara el trono español. Replicóle Fernández de los Ríos que lo que había que tener en cuenta era el deseo de los españoles, que se manifestaría de otra manera que por una simple carta en cuanto don Fernando se mostrara dispuesto á ello; á lo que contestó: «No puedo hacer eso después de haber dicho siempre lo contrario, después de haberme negado en otros casos y de haber hablado de esto con Montpensier. Yo no puedo dar ninguna esperanza: este es un caso de conciencia, además de que yo dudo si tendría fuerzas para hacer el bien de un país como España.» Ríos le suplicó entonces, según refiere en su diario, que no le pusiera en el caso de llevar una negativa en que se aventurase gravemente la suerte de ambos países. «Yo ruego que aceptéis, no públicamente, no en este momento, sino que deis á las personas que aquí me envían, palabra de aceptar, el día en que aceptándoos el gobierno provisional, votándoos las Cortes y aclamándoos la nación, podáis ir al palacio de

---

(1) Sus credenciales eran la siguiente carta:—«Señor: Los que suscriben, autorizan á su dignísimo amigo y compañero D. A. F. de los R, para que someta á S. M. el rey de Portugal, una cuestión diplomática de la más alta trascendencia.

»Suplican también á V. M. que una vez leído este documento, vuelva á poder de los firmantes.—Madrid 11 de enero de 1869.—Juan Prim.—Práxedes Mateo Sagasta.—Laureano Figuerola.—Manuel Ruiz Zorrilla.»

Madrid, rodeado de un entusiasmo que difícilmente os figuráis ahora. Los miembros del gobierno provisional cuya carta acabo de presentaros, no os piden más que eso; si están equivocados, para ellos únicamente el desaire; si aciertan, para V. M. el trono de España, la grandeza de vuestra familia, y lo que está sobre todo, la grandeza de la Península, las bendiciones de la posteridad, el reconocimiento de la historia.—No se esfuerce V. más en convencerme, me dijo; nada puedo añadir, es caso de conciencia.—¿Es decir, me atreví á replicarle, que si el gobierno, si las Cortes, si la nación entera aclamaran á V. M., V. M. diría que no?—He dicho que no puedo dar ninguna esperanza, que es un caso de conciencia, y esa es mi última palabra.»

La contestación de don Fernando, según escribió el marqués de Niza, que fué quien proporcionó la regia conferencia con el señor Fernández de los Ríos, era en su opinión afirmativa, pues «no habiendo dicho que *no*, es *sí*, sin responsabilidad ulterior.—Hablando de conciencia, añadía, pensaba que su hijo había tenido veleidades por sí mismo, y su conciencia de padre y de caballero, no le permitían entrar en concurrencia con su propio hijo. No habiendo dicho *no*, ha dejado abierta la posibilidad de aceptar un hecho consumado.»

Al regresar á Madrid el señor Fernández de los Ríos continuó las negociaciones el señor Mazo, y se ha manifestado que don Fernando no se negó terminantemente, sino que pensando en la actual instabilidad de los reinados, temía que terminado el suyo perdiera la renta que en Portugal disfrutaba. A zanjar este inconveniente vino á Madrid el señor Soveral y se acordó poner fondos suficientes en cuatro casas extranjeras que asegurasen á don Fernando una respetable renta, levantándose de esto acta secreta.

El asentimiento de Napoleón á esta candidatura se cambió en hostilidad tan resuelta, que no le hicieron desistir de ella cuantos desde Lisboa y Madrid corrieron á París á procurar convencerle. Decisivo este veto para don Fernando, eran inútiles los esfuerzos del señor Mazo, en lucha á la vez con la prevención que le tenía Zorrilla, que creía á nuestro representante en Portugal inclinado á Montpensier, habiendo afirmado el mismo Mazo que se indispuso con él y hasta perdió su amistad, no queriendo convencerse el duque de la imposibilidad de su candidatura. Y tan firme era la negativa de don Fernando que, cuando supo que iba á ir á Lisboa una comisión para convencerle, envió al representante portugués en Madrid el famoso telegrama de 5 de abril (1), que tanto disgusto causó por considerar herido el sentimiento nacional; si bien no hubo tal intención, según se esmeró en demostrar el representante de Portugal en Madrid señor Andrade Corvo en su excelente libro titulado *Perigos;* y sobre todo el mismo don Fernando que escribió á los cinco días al ministro portugués en Madrid, manifestando su pesar de que se diese á su telegrama el sentido que se le había dado, pues él sólo deseaba plantear más clara-

---

(1) «Queira V. E. manifestar officialmente a touto o goberno espanhol que o senhor rey don Fernando nao acepta a coroa de Hespanha é que por o tanto nao poude receber a comisao que dizen vinrá a Lisboa.»

mente sus ideas, «mais de uma vez expedidas acerca do que se chamava minha candidatura ao trono d'Hespanha;» que no le irritaba más que se dudara de su palabra; que cuando envió el dichoso telegrama «con toda a boa fe e nao julgando offender a ninguem,» se propuso evitar al gobierno español la poco agradable ocurrencia de ver regresar una comisión á Madrid sin haber conseguido su objeto, ni don Fernando poder satisfacer el deseo del gobierno, exponiendo otras sinceras excusas que revelaban su buen propósito. Como si esto no fuera terminante, aun esperaban algunos la aceptación de don Fernando. Llamóse á Madrid al señor Mazo; negóse á dimitir un puesto en el que en nada había faltado; opúsose á relevarle Lorenzana, que dejó la secretaría de Estado á don Manuel Silvela, quien envió á Mazo á Viena y á Lisboa á don Ángel Fernández de los Ríos, esperándose fuera más afortunado en las gestiones de la candidatura portuguesa, si bien manifestó el señor Ríos que no llevaba instrucciones en tal sentido. Para las que hubiera respecto á don Fernando, la publicación de su matrimonio con madama Hénsler, elevada á condesa de Elda por el rey de Prusia, con intención quizá, concluyó con toda clase de tratos por entonces. Quedó además malparado en la discusión á que dió lugar en las Cortes la pregunta de por qué no teníamos aún rey en España.

La candidatura de don Luis, que leal, ó mal intencionadamente se presentó en la prensa, suponiéndose que abdicaría la corona de Portugal en su hijo el príncipe don Carlos y aceptaría la de España, la destruyó el mismo don Luis (1) que no quería que «tan infundado rumor tomara incremento, ni se atribuyan en asunto de tanta gravedad intenciones que están lejos de mi ánimo;» y encargaba á Loulé hiciera desmentir semejante noticia. «Si la Providencia, añadía en su carta, tiene reservados á mi patria días de dolorosa prueba, espero confiado en el amor del país y en la alianza sincera de la libertad con el trono, poder resistir á esas terribles eventualidades. Mi puesto de honor es al lado de la nación. He de cumplir los deberes que el amor á las instituciones y la lealtad de mi patria me imponen. Portugués nací, portugués quiero morir.» Nuestro representante en Portugal no dió á la sazón el menor paso en favor de tal candidato, ni en él pensó el gobierno, como lo declaró Prim solemnemente en las Cortes; pero no sucedió lo mismo algún tiempo después respecto á la de don Fernando, esto es, en mayo de 1870. Volvióse á pensar en él, ya admitido por Napoleón, que hasta llegó á escribirle manifestándole lo grata que le era su candidatura; mas ésta seguía siendo tan difícil ó imposible como antes. Otorgó don Fernando una conferencia á Fernández de los Ríos, y cuando le pidió la segunda le escribió el portugués una carta autógrafa—15 de mayo—diciéndole que no se la podía conceder y le añadía: «Me parece mejor que yo le escriba diciéndole, que sigo siempre firme en mis antiguas y tantas veces expresadas ideas de no *aceptar*. Le pido por tanto, por la buena amistad que siempre me ha patentizado, que no me hable más en este asunto tan serio, y para mí imposible.» Parecía esto

(1) En carta fechada en Zafra el 26 de setiembre de 1869, dirigida al duque de Loulé.

terminante, y sin embargo, aun se insistió después; y reunido en Lisboa el consejo con asistencia del rey, la reina, don Fernando, que acudió de Cintra y don Augusto, Saldanha llevaba una carta que había escrito pintando la gravedad de las circunstancias, los peligros que entrañaba para Europa y la posibilidad de que hubiera un momento dado en que pudiera conjurarlo todo la aceptación de don Fernando: la entregó á don Luis, que se la devolvió aconsejándole se la diese él mismo á don Fernando, quien al leerla se mostró muy sorprendido de lo que se le decía, tomándose tiempo para contestar: Consistía su sorpresa en la insistencia en su candidatura estando decidida la de Hohenzollern.

Al día siguiente de la anterior reunión—11 de julio—se celebró en Lisboa otro consejo que duró todo el día; se envió á Cintra, residencia de don Fernando, al ministro de Obras públicas y dos damas amigas de la condesa; contestó don Fernando que las coronas no se pretenden, se dan; que él no había de quitar á su hija las probabilidades de ser reina; que de aceptar había de ser á instancias de las potencias y que la elección fuera por plebiscito. Esta era la versión del ministro portugués, pero en la conferencia que tuvo dos días después Fernández de los Ríos con el rey viudo de Portugal, dijo éste «que él no había autorizado á nadie para que dijera que había cambiado de ideas; que no decía si variaría ó no... que lo del plebiscito había sido un pretexto para deshacerse del emisario, sin decirle que no, pero poniéndole una condición irrealizable después de la ley de las Cortes; que no era cierto que las potencias interesadas en evitar la guerra le hubieran hecho instancia alguna para aceptar, é insistió en que no había variado de ideas, y que no decía si variaría ó no.»

Varió, en efecto, aceptando, según anunció á Prim Fernández de los Ríos (1); confirmó esta aceptación, y le dirigió á su virtud el conde de Reus la carta oficial—22 de julio—para que se dignara aceptar la corona que tenía el honor de ofrecerle en nombre del gobierno y autorizado por el re-

(1) «Lisboa 15 de julio 8 noche.—Reservadísimo. Al fin puedo responder de que don Fernando acepta.—Bien haya la fecha de hoy en el porvenir peninsular. Exige que esta declaración se considere enteramente confidencial. Bases y condiciones. Acepta, después meditar peligros Península, pero no quiere aparecer pretendiente. No busca la elección, espera que le elijan, porque haciéndole variar su propósito desea alejar de sí toda responsabilidad porvenir: sería injusto exponerse, elección desairada que no cree imposible. No ha de quedar expuesto á dejarlo á los pocos meses, sino que han de garantizarle cierta estabilidad algunas potencias. Ha de definirse posición personal condesa, aquí esposa del rey regente, ahí de monarca reinante, merecedora por tanto consideración mundo oficial. No se le ha de obligar á montar la corte con la rancia etiqueta de los Borbones, sino con el decoro y dignidad de monarquía democrática fundada por Constitución. No han de saber aceptación más que V. E. y yo hasta momento indispensable. Se ha de hacer inmediatamente elección dentro de este mes si es posible»...

En otro telegrama del 18 decía entre otras cosas: «Don Fernando cada día más decidido; ansiedad recibir carta de V. E. que espero mañana.»

Y dice después el señor Fernández de los Ríos: «El 19 me escribía la señora condesa, que don Fernando aprobaba todo lo que había comunicado al general Prim, vistas las copias que remití á Cintra, para tener la seguridad que mi memoria no me había sido infiel.»

gente, para el caso de que las Cortes constituyentes se sirvieran elegirle rey de España.

Al trasladarse á don Fernando copia de esta carta, parecióle bien; pero quiso antes de contestarla «que se fijase de un modo no equívoco la posición» de su esposa, lo cual era para él la primera de las condiciones de aceptación. Se trató sinceramente de arreglar este asunto á gusto de todos; y antes de contestar la aceptación presentó don Fernando nuevas dificultades, queriendo «estipular condiciones honorables que sirvan de garantía al porvenir independiente de Portugal, á la seguridad y al decoro de mi persona y á los de mi querida esposa la condesa de Elda;» que se arreglara el modo de que las dos coronas de España y Portugal jamás pudieran recaer en la misma cabeza; que la votación en Cortes no fuese inferior á tres cuartas partes cuando menos de los diputados que componían la asamblea, y que en el caso de abdicación ó de otra cualesquiera eventualidad por la que tuviera que retirarse á la vida particular, se quedara con la misma dotación garantida por España que á la sazón tenía en Portugal. A las juiciosas observaciones que le escribió nuestro representante, apremiándole para que diera contestación á la carta de Prim del 22, y fijara en ella todas las bases personales, dejando al gobierno portugués las políticas, y consignando en carta aparte las relativas á la condesa, que ya estaban aceptadas, contestó don Fernando que se comunicaran al duque de Saldanha las condiciones políticas que el mismo don Fernando exponía, para que el gobierno portugués tuviera el conocimiento y la responsabilidad de ellas. Así se hizo; Saldanha aceptó y tomó sobre sí la responsabilidad que se pedía (1) con la íntima convicción de que prestaba un señalado servicio á don Fernando, á Portugal y á España; y aun escribió don Fernando á nuestro representante que sin recibir una contestación formal y auténtica sobre las condiciones políticas y personales que fijó, no podía discutir este objeto.

Aquí se vió ya de una manera evidente que don Fernando había cambiado de parecer. La contestación auténtica de Madrid era materialmente imposible por falta de tiempo, la del gabinete portugués la tenía nuestro ministro que se esforzaba en vano por obtener una audiencia de don Fernando, y esto cuando faltaban algunas horas para reunirse la comisión de las Cortes que había de convocar éstas, y no se quería hacer hasta tener candidato seguro. Ríos, entonces, dirigió á don Fernando un escrito (2) historiando brevemente cuanto había sucedido desde su aceptación y le añadía: «Que una vez autorizado por V. M. para dar conocimiento de este importante asunto al presidente del Consejo de ministros de S. M. Fidelísima, me creo en el deber imprescindible de darle cuenta de lo ocurrido desde ayer acá, y de los gravísimos telegramas que anoche recibí del general Prim, momentos antes de mis desgraciadas tentativas para ser recibido en las Necesidades.—Y bien acreditado, como á V. M. le consta, que no se ha omitido medio alguno de llevar este negocio al feliz

(1) Carta del duque de Saldanha á S. M. el rey don Fernando en Lisboa á 29 de julio de 1870.

(2) En 29 julio.

término á que le tenía seguramente encaminado el general Prim; probado también que el señor duque de Saldanha, que comprende en toda la extensión la conveniencia del asunto, y agotados todos los medios, no podré prescindir de telegrafiar á las tres de esta tarde, dando cuenta del curso y estado de la negociación, con lo cual, jamás podrá pesar sobre España la responsabilidad de futuros males.»

Apremiado don Fernando, si no recibió á nuestro ministro, le escribió —30 julio—pudiendo colegirse lo poco dispuesto que estaba á insistir en su aceptación, que no la presentaba ya tan afirmativa como en un principio, sino diciendo: «pero habiéndome expuesto últimamente el peligro que corrían las dos naciones de la Península por falta de una solución monárquica en el país vecino, dije, que *en circunstancias dadas* haría el sacrificio, que para mí lo era, de aceptar la corona si me fuese ofrecida.» Más condescendiente se mostró al siguiente día al saber que eran aceptadas sus condiciones, y sólo se fijó en que quedase bien garantida la independencia de ambas naciones peninsulares, no pudiendo en caso alguno reunirse las dos coronas en una sola cabeza, considerando también como de alta conveniencia política la conformidad de los gabinetes de París y Londres. Prim telegrafió que si don Fernando se obstinara en sostener sus condiciones acerca de la sucesión, serían inútiles los esfuerzos y deseos de todos, por ser pretensión contraria á la Constitución, en cuyo artículo 77 se determinaba el orden de suceder; y don Fernando replicó: «Veo con pesar mío que no nos podemos entender, pues mi conciencia no me permite alterar nada en la importante cuestión de la sucesión.» Aun suplicó Prim encarecidamente á don Fernando en que no insistiera en aquella condición que podía por el momento responder á indicaciones que merecían ser respetadas, puesto que tanta fuerza le hacían, si bien para el porvenir pudiera ser fatal, mientras que omitiendo toda indicación sobre sucesión, quedaría en perfecta libertad para tratar el asunto, durante ó después del reinado de don Fernando.

No accediendo este señor á conferenciar con Fernández de los Ríos sino por escrito (1), mediaron cartas y telegramas sobre este asunto; propuso nuestro representante someterlo á un consejo con los reyes, el gobierno, consejo de Estado y elevadas eminencias portuguesas; negóse don Fernando á que otros decidieran de un negocio que le era enteramente personal, que dependía de su única voluntad, lo cual lo consideraba como una abdicación de su libre albedrío y una renuncia á su libertad de acción, de que no prescindía; aun se continuó insistiendo, aplazándose la convocatoria de las Constituyentes; el 4 de agosto escribió don Fernando «que ya no podía discutir ni la cuestión de sucesión, y consideraba este negocio como terminado, no pudiendo suponer que no se creyeran sus palabras;» nuevo telegrama de Prim, proponiendo esta fórmula: «la sucesión al trono se fijará de modo que establezca la independencia de las dos naciones peninsulares, para que en el caso de que llegaran á

(1) Según ha declarado el señor Rios, temía el resultado de las conferencias un consejero oficioso, que llevaba una vida afanosa intrigando entre las sombras de los dos palacios portugueses.

recaer las dos coronas en una misma persona, esta reunión no pueda realizarse sin constar la voluntad de los dos pueblos, la unión de ambas coronas no tendrá lugar si una de las dos naciones se opusiese;» lo cual se consignaría en la ley que determinase la persona que había de ocupar el trono, y según lo prevenido formaría esta ley parte de la Constitución: propuso Fernández de los Ríos como adición á la cláusula de don Fernando, «salvo el caso de que las dos naciones, de común acuerdo declarasen convenirlas otra cosa;» no aceptó don Fernando esta adición, añadiendo que su convicción era inalterable, y Prim, lleno de profunda pena, telegrafió al representante de España para que le hiciera saber al rey viudo de Portugal «lo poco que se ha cuidado de la dignidad personal y política del presidente del Consejo de ministros de España, el cual nunca hubiera escrito la carta fecha 22, si no hubiese tenido la seguridad de la aceptación, la cual cree en conciencia el conde de Reus estaba dada clara y explícitamente, y en ello me confirma la causa misma de la terminación de este asunto; pues si don Fernando veía motivo para no aceptar, en la condición de sucesión, debería haberla presentado desde el primer día que V. E. le habló del asunto y no después de haber recibido mi carta y haber dicho, que para contestar á ella era preciso se aclarase la posición de la condesa, punto esencial entonces para la aceptación, según su carta de 24 de julio.» Dió don Fernando extensas explicaciones por escrito para tratar de justificar su proceder y demostrar la consideración que le merecía el presidente del gabinete español, y éste no quiso dejar sin contestación tales explicaciones, precisando los hechos para que cada uno ocupara el puesto que le correspondiese.

Incontestable y verdadero candidato de la revolución don Fernando de Portugal, era sin embargo la antítesis de la aspiración de aquélla, ó de muchos de los que la impulsaron, que hacía tiempo consideraban como la solución más salvadora la unión ibérica. Esta esperanza hizo que se insistiera tanto en aquella candidatura, que fuera aquella negociación la más larga, laboriosa y empeñada de cuantas se siguieron para dar monarca á la revolución; y no era seguramente la familia real portuguesa la que menos simpatías tenía y especialmente don Fernando, que no correspondió á las grandes pruebas de afecto que se le dispensaron.

Fuera ó no por inspiración del conde de Bismarck, es lo cierto que ya en marzo de 1869, la prensa que le era afecta pronunció el nombre del príncipe Leopoldo de Hohenzollern para ocupar el trono español. Como se insistía entonces en la candidatura portuguesa, no consideró Napoleón formal la alemana, y cuando tiempo después la vió formalizada, creyó, muy equivocadamente, que las famosas conferencias de los diez y nueve días habían sido un lazo que le tendieron. De aquí su ofuscación: Prim sólo pensaba en don Fernando, y era el emperador el que empezó á formar juicios erróneos, á navegar sin brújula, y comprendiéndolo Bismarck le condujo al abismo.

Es evidente que el gobierno español, lealmente y con nobleza, al ver que Napoleón se opuso tan resueltamente á don Fernando, y que no podía vencer tan poderoso obstáculo, no ocultó el primer fracaso de la candidatura portuguesa, y hasta en el Parlamento lo hizo público. Entablá-

ronse negociaciones con la casa de Saboya, y en tanto, un banquero de Berlín escribía el 14 de julio de 1869 al general Serrano recomendándole como la más conveniente la candidatura Hohenzollern: el joven diplomático señor Salazar y Mazarredo dirigióse de parte de Prim al padre del príncipe, anunciando en sus credenciales completos poderes para el mejor desempeño de su importante misión, en la que le acompañó don Juan Pablo Marina. Estableciéronse inteligencias con el príncipe alemán, y muy satisfecho regresó Mazarredo á España á convenir con Prim algunos detalles, teniendo participación directa en el asunto Ríos Rosas, Zorrilla y Martos, únicos á quienes Prim inició en el asunto.

La reserva con que se llevaban las negociaciones, las hizo lentas, aun cuando fueron bien acogidas en Berlín las pretensiones del comisionado español. El rey y Bismarck lo remitían todo á la resolución del príncipe Leopoldo y de su padre, sin que por esto dejara el célebre ministro alemán de manifestarse completamente de acuerdo con los que llamaba amigos de Madrid. Así leemos en un documento que original poseemos: «Es posible que veamos una fermentación pasajera en Francia y sin duda es necesario evitar todo lo que sirviese á conducirla ó aumentarla. Si esto fuese así, ¿sería conveniente introducir mi nombre en la relación de estas negociaciones? Yo creo que no, que al contrario, se debería poner mi persona completamente fuera de todo. En verdad, yo no estoy comprometido, *engagé*, oficialmente. Se trata de un acto de voluntad, de una parte, de la nación española, de otra parte, del príncipe que es mayor, dueño de sus acciones, particular. Si ha tenido ó no razones para obtener el consentimiento de su padre y del jefe de la familia, esto es una cuestión de un orden privado, no un negocio de Estado. Prevenir al rey sobre parecidos proyectos, es el deber del ministro de la casa real. Mas yo ne le he ayudado con mis consejos en mi calidad de presidente de los ministros, sino en la de encargado de los negocios extranjeros, como el hombre de confianza, lo mismo que los demás servidores del Estado que están en el secreto. Yo creo que el gobierno español hará mejor en no publicar más que la carta del general Prim del 17 de febrero y la contestación de éste. Así tendríamos una posición inexpugnable ante el público europeo. Si se mete ruido en Francia, preguntaremos sencillamente: ¿Qué quieren ustedes? ¿Quieren ustedes dictar las decisiones de la nación española y de un particular alemán? Entonces será la ocasión de utilizar lo que usted, Doctor (1), me propone. Sin embargo, se gritará intriga, se pondrán furiosos contra mí, sin precisar el punto de ataque. No se trata, en cuanto á mi respuesta, más que de una cuestión política respecto al general. He contestado á su carta. Espero que no dudará de mis más respetuosos sentimientos para su persona, ni de mi adhesión al proyecto cuya realización no pende más que en él y en las Cortes. No he llevado el negocio al estado en que está sin considerables inconvenientes que M. Gama, con su conocimiento del terreno, podrá figurarse y explicar al general.»

Las Cortes españolas continuaron abiertas hasta muy entrado el verano esperando la aceptación del príncipe alemán; vino al fin el telegrama,

(1) El personaje á quien se dirige el escrito.

y mal interpretado por Zorrilla, se creyó que el asunto se dilataba, y se suspendieron las sesiones. Seguramente no estaba resuelto el negocio, que no dejó de sufrir extrañas vicisitudes y peripecias, y ateniéndonos en este tan importantísimo asunto, á los documentos que tenemos á la vista y que al ocuparnos de ellos en otra obra (1), no han sido, ni podían ser por nadie contradichos, veremos que por el ministerio de Estado español se encargaba confidencial y reservadamente en 8 de octubre de 1870, se averiguasen las intenciones del príncipe Leopoldo, si la mayoría de las Cortes convocadas para el 31 pensara en él para rey; lo cual «suministraría al gobierno un dato que serviría de base á importantes y urgentes resoluciones;» y decíase desde Berlín al gobierno, con la mayor reserva, «que el rey no podía... (2), como jefe de la confederación, en el asunto del príncipe Leopoldo, pero que el gobierno español podía dirigirse á S. A. R.» Haciéndose esto, aseguraba Thiel se obtendría un resultado favorable; que no había agradado la última resolución del gobierno de Madrid, y que si todavía no había un compromiso definitivo con Italia, y se quería se hablase con el príncipe Leopoldo, pediría un salvoconducto para el cuartel general. Al mismo tiempo preguntaba el ministro de Italia en Berlín, en nombre de su soberano al ministro prusiano, si la candidatura del príncipe Leopoldo se había retirado definitivamente, contestándole Bismarck que no creía hacer semejante pregunta al rey, é insistiendo el italiano, replicóle Bismarck que el rey no podía mezclarse en un asunto que correspondía sólo al pueblo español: pidió el ministro de Italia un salvoconducto para el cuartel general y se le negó.

Vino por entonces á Madrid el mayor Von Versen, comisionado por Bismarck, conferenció con Prim sobre la candidatura regia y la cooperación de España en la guerra contra Francia, contentándose Bismarck con que enviáramos 30,000 hombres sobre Bayona y otros tantos sobre Perpiñán, pues según opinión de Moltke, con la excelente artillería Krupp que teníamos, igual á la prusiana, asegurábamos completamente el éxito de la guerra. Propúsose, pues, formalmente que tomáramos en ella parte; tratóse en consejo de ministros; algunos de los paisanos defendieron la alianza; no armonizaba el parecer de todos, y la razón más poderosa que decidió la negativa, fueron consideraciones muy caballerescas, sí, pero poco políticas, cuando menos. No se trataba ni debía tratarse de cuestiones de delicadeza, sino de la conveniencia nacional, que tanto importaba, sin que para atenderla se incurriera en faltas graves.

Considerada por Francia la candidatura de Hohenzollern como un acto de hostilidad de la Prusia, no debía ignorar que unas negociaciones seguidas bajo la impresión de una amenaza, en condiciones contrarias á los principios establecidos en las relaciones internacionales, conducirían necesariamente á la guerra. Queríala Napoleón, pero no tuvo la calma necesaria, y la que imperiosamente exigía la circunstancia de no estar preparado para luchar, cuando el canciller alemán, sabiendo que la lucha era

(1) *Historia Contemporánea. Anales desde* 1843 á la conclusión de la última Guerra civil.

(2) Falta aquí una palabra en el despacho, que debe ser la de intervenir.

inevitable, estaba bien dispuesto, y conocía á fondo los recursos de la Francia, lo que á ésta no le sucedía respecto á Prusia. No quería ésta ser la agresora por no tener contra sí la opinión de Europa, y Napoleón ofuscado, sin reflexionar que debiera haberse contentado con la negativa del padre del príncipe Leopoldo, y seguir sus aprestos esperando la agresión de Prusia, se precipitó, dejándose guiar por los impulsos de un gobierno personal que lo subyugaba todo, aun cuando con tan poderosas razones se opuso Thiers, que no consideró como cuestión nacional la que lo era de amor propio. En asuntos de vanidad, los pueblos suelen ofuscarse como los individuos.

A la famosa circular de 21 de julio, de M. Grammont, contestó el 28 el gobierno español, habiendo antes explicado á los gobiernos de todas las potencias las gestiones que se habían hecho cerca del príncipe Leopoldo para inclinarle á aceptar la candidatura al trono de España, en la que era imposible ver una intriga para favorecer la preponderancia de una nación en contra de los intereses de otra, ni en perjuicio del equilibrio europeo. Pero la circular de Grammont, no comunicada oficialmente al gobierno de Madrid, haciendo una excepción injusta, sorprendió, y más después de declarar Grammont y su colega Ollivier en las cámaras francesas sus amistosos sentimientos hacia España. El gobierno español no podía menos de reclamar contra las expresiones y conceptos de la circular y pedir las explicaciones convenientes. Hablaba la circular francesa de «un plan combinado contra la Francia, de una inteligencia preparada misteriosamente por emisarios que aun se ocultaban, para conducir las cosas hasta el punto de que la candidatura de un príncipe prusiano á la corona de España se habría revelado repentinamente en las Cortes reunidas, para arrancarlas por sorpresa una votación que proclamara al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, heredero del cetro de Carlos V, sin dar al pueblo español el tiempo necesario para la reflexión.»

La reserva que seguramente había guardado el gobierno español, exigida por la actitud de los partidos políticos, no fué tan absoluta que autorizase á creer ni menos á decir, que había *un plan combinado, una inteligencia preparada misteriosamente por emisarios que aun se ocultaban*. Además, en octubre de 1869 publicó el señor Salazar y Mazarredo su folleto defendiendo aquella candidatura, y cuando hubo que renunciar á la del duque de Génova, comenzaron realmente las negociaciones; se ocupó de ellas la prensa y alguna reunión de diputados, y al participar Prim á las Cortes, el 11 de junio, el estado de la cuestión de candidatos, aludió al príncipe Leopoldo de un modo que nada tenía de misterioso. Asombraba que el duque de Grammont insistiera en que el gobierno español trataba de preparar una sorpresa, cuando en su misma circular demostraba que las previsiones del gobierno imperial se adelantaron en mucho á las gestiones del gabinete de Madrid. No pensaba éste seguramente en marzo de 1869 en hacer ni la más remota indicación al príncipe Leopoldo sobre su candidatura al trono de España, cuando ya, dice la circular, el señor conde Benedetti trataba de ella en sus conferencias con el canciller de la confederación de la Alemania del Norte y con el subsecretario de Estado. Diez meses después empezó el gobierno español sus ne-

gociaciones, no con el gabinete prusiano, sino directamente con el príncipe; y fué una desgracia que el gobierno imperial no tuviera noticia de esas negociaciones, que, si fueron reservadas, no llegaron á revestir el carácter de misterio impenetrable. Prueba de ello son las palabras de míster Otoway en la cámara de los Comunes el 21 de julio, el mismo día en que firmaba su circular el ministro de Negocios extranjeros. Contestando á una pregunta de Mr. Reylands, manifestó el subsecretario del Foreign Office que la primera noticia que recibió Mr. Layard fué el 9; porque la candidatura era ya antes un asunto de conocida notoriedad, «a matter of notoriety,» y podía decir que Layard en 11 de mayo, le hablaba en un despacho de la probable candidatura de un príncipe alemán.

Mientras éste no consintió que se le presentase como candidato, el gobierno español nada podía decir sobre el asunto; y en el momento en que llegó á Madrid su carta aceptando la corona de España en el caso de que fuera elegido por las Cortes, sometió el ministerio la aprobación de la candidatura al regente del reino: señaló éste la celebración del Consejo en la Granja, bajo su presidencia, pero antes de salir para aquel punto, el gobierno se apresuró á comunicar al barón Mercier de Lostende el acuerdo que se acababa de tomar, cuando todavía no podía considerarse el príncipe Leopoldo como candidato oficial, pues faltaba el consentimiento del regente. Gran ofensa nos infería el duque de Grammont suponiendo que podía arrancarse por sorpresa una solución; y nuestro gobierno, no satisfecho con las garantías de la ley, bastantes sin embargo para evitar toda sorpresa, fué más allá en este punto; pues al declarar oficial la candidatura de Hohenzollern, puso inmediatamente su resolución en conocimiento del país, de todas las autoridades; pidió á la comisión permanente de las Cortes que convocara éstas en un plazo breve, pero no angustioso; dió la mayor publicidad posible á todos sus actos y documentos referentes á la presentación de la candidatura, y fijó un mes de término al país y á sus representantes, para que con detenido examen y madura reflexión, pesaran las ventajas é inconvenientes de la solución que se les presentaba para coronar la revolución de setiembre.

Pero se había precipitado la revelación de esta candidatura, por haberse revelado la noticia del señor Salazar y Mazarredo, ausente Prim y suspensas las Cortes (1). Los acontecimientos se sucedían á la vez con una

(1) «Prim se hallaba de caza en los montes de Toledo cuando llegó á Madrid nuestro compañero Salazar Mazarredo, portador de la carta en que Leopoldo de Hohenzollern aceptaba su candidatura al trono español. Hubo de saberlo un diputado influyente á quien, por otra parte, no se le podía ocultar, y cometió la indiscreción de decir:

—»¡Ya tenemos rey!

»Esto bastó para que se investigase, se averiguase y se descubriese.

»Hízose luz sobre la candidatura de Hohenzollern antes de que Prim volviese de los montes de Toledo.—El día, ó mejor dicho, la noche que Prim llegó á Madrid, de vuelta de su cacería, dos amigos fuímos á la estación del ferrocarril para recibirle, y le manifestamos nuestra satisfacción como monárquicos al ver que teníamos candidato y que aceptaba.—El general se quedó atónito y nos interrogó.—Le dijimos entonces lo que ya sabía todo el mundo político en Madrid, el nombre del candidato y la aceptación de éste.—Prim frunció las cejas, y estrujando un guante que tenía en la mano exclamó:

rapidez vertiginosa. El gobierno español, que había tenido que rechazar las inculpaciones del ministro del emperador, se vió á poco asediado por un delegado de la república francesa, el conde de Kératry, que salió de París en globo en la mañana del 14 de octubre. A las cuatro horas de estar cruzando el espacio, desembarcó á seis kilómetros de Bar-le-Duc, en plena línea enemiga, que logró salvar, y sin detenerse á curar las heridas que recibió en su caída, vino á Madrid á obtener recursos militares, cuya posibilidad se había hecho entrever indirectamente. Conferenció con Castelar, Figueras y Pi Margall, y el mismo día con el general Prim, que animado de los mejores deseos por la Francia, se mostró propicio á demostrarlos, y mediante cierto apoyo moral, financiero y marítimo de aquella nación estaba dispuesto á formar con ella una alianza ofensiva y defensiva. Kératry expuso la situación de su país, á la que no era ajena España, y que aunque los franceses esperaban vencer con sus propias fuerzas, se abreviaría la lucha con el concurso efectivo de España. Conviniendo ambos interlocutores en el secreto de lo que se hablase, contestó Prim deplorando que nuestro gobierno fuera la causa inocente de las desgracias de la Francia, que lloraría siempre el desastre de Méjico y el de Sedán; que había hecho grandes esfuerzos para vencer la desgraciada candidatura que había de ensangrentar el suelo francés; se quejó del lenguaje de Grammont y de Ollivier, por declarar estos ministros que no permitirían que la España dispusiese de sus destinos; que la Francia había querido la guerra, y que pasando él noches enteras sobre el mapa, siguiendo poco á poco los movimientos del ejército francés, al notar las faltas cometidas en Reims, Metz, Verdún y Sedán, comprendió, y así lo dijo, que estaban perdidos; que si antes de Sedán se hubiese hecho un llamamiento á Italia y España, hubiesen respondido á su llamada; pero, ¿qué había de hacer hoy una nación de tercero ó cuarto orden como la nuestra, cuando el solo y único elemento de resistencia estaba reducido á la defensa de París? Kératry demostró entonces que Italia y Prusia, diez años antes, eran menos que á la sazón la España; alentó á Prim para que fuera su restaurador; procuró convencerle que la república francesa tenía vitalidad, y tarde ó temprano salvaría la Francia, siéndole difícil permanecer monárquico al lado de una república que «por respetar vuestro poder, ha cerrado momentáneamente los oídos al llamamiento de vuestro partido republicano. Creedme, añadió, ha llegado la hora de que toméis la iniciativa y conservéis la gloria de un movimiento liberal del que ya no podréis ser el dueño ni el regulador de aquí á tres semanas. No ignoráis que desde la reunión de las Cortes, la unión liberal os va á exigir la declaración de la

---

»Trabajo perdido; candidatura perdida... ¡Y Dios quiera que sea esto solo!

»En efecto, se perdió el trabajo, se perdió la candidatura, y no fué aquello solo, por desgracia. La guerra entre Francia y Prusia ha sido consecuencia de aquella indiscreción.—A seguir las cosas conforme Prim quería, la aceptación del príncipe Leopoldo debía quedar reservada hasta que él hubiese podido efectuar á Francia cierto viaje que para este caso tenía en proyecto. Prim confiaba que, después de haberle oído Napoleón III hubiera entrado en sus planes, como había entrado ya el conde de Bismarck.»

(Víctor Balaguer: *Memorias de un Constituyente.*)

liga ofensiva y defensiva de la España con la Francia; y las Cortes que todo lo prefieren á vuestra república anónima, incierta como su gobierno, serán el apoyo natural de la unión liberal. Poneos valerosamente á la cabeza del movimiento, sed el presidente de una república basada sobre la unión ibérica, fundada con el consentimiento de dos pueblos—porque sabéis que el partido antiunitario de Portugal, sólo se compone de los príncipes de Braganza y de los empleados celosos de sus prebendas;—declaraos presidente de la república, y os prometo, debidamente autorizado, el apoyo del Directorio republicano y del gobierno francés. En cuanto á la pobreza momentánea de España, tan rica en recursos no explotados, recordad que nunca habéis acudido en vano á nuestra hacienda, y en cambio de 80,000 hombres en aptitud de entrar en campaña á los diez días, os prometo su paga y un subsidio de cincuenta millones á vuestra disposición.» Ofreció además los buenos oficios y buques de Francia para asegurar la posesión de Cuba, y que nada omitiría para hacer de España y Francia las verdaderas hermanas unidas por el mismo espíritu de libertad (1).—Prim estuvo más explícito con Kératry; pero le manifestó que aunque amaba á Francia, no podía acceder á su pretensión; que España, esencialmente monárquica, no quería la república, y el partido verdaderamente conservador y no reaccionario, era considerable y á ningún precio quería la república. «Yo no temo decirlo: los principales jefes son mis amigos, pero viven de ilusiones. Son generales sin soldados.» Recordóle entonces Kératry la insurrección de Cataluña y la heroica resistencia de Barcelona, y le respondió que aquella lucha había separado al ejército de los republicanos.—Esto quiere decir, replicó el conde francés, que es cierto el futuro reinado del duque de Aosta, y yo creo que la Italia tiene algún compromiso con Francia.—Sí, añadió Prim; Italia marchará si España la precede; mas yo os diré á la vez: obtened que Italia marche la primera y España seguirá. No son hermosos regimientos los que os faltan, sino cañones que se cargan por la culata.—Creo que tenéis bastantes prusianos, contestó.

Kératry alabó nuestro ejército, al que había estudiado en sus recientes viajes por Andalucía; creía que debía soñar en combates y en gloria, por lo que se haría su aliado con placer, desembarazándose además el tesoro español con los recursos facilitados por Francia, con los cuales podría pagar el próximo cupón de la deuda. Prim dijo que el ministro de Hacienda estaba tranquilo sobre este punto: y viendo Kératry que era ya tiempo de terminar la conferencia, lo hizo con estas palabras: «General, regreso con profundo sentimiento: V. y la España los compartirán algún día. Yo espero que no podrán librarse Vds. de la guerra civil, porque desguarnecidas las fronteras francesas de las tropas que necesitamos, no podrán ser vigiladas según vuestro deseo, y los carlistas pasarán á pesar de todo; y

(1) Se me ha dicho, añadió, que estáis en relaciones constantes con M. de Bismarck: no quiero creerlo, porque ya me habéis prevenido; mas si esto fuese así, M. de Bismarck estaría aún más convencido, porque estos últimos días nos ha hecho proposiciones indirectas de armisticio por el general Burnside, y nosotros estamos resueltos á todos los sacrificios para salvar nuestra integridad.

Le 4 septembre et le gouvernement de la défense nationale.—Mission diplomatique à Madrid—1870—pour le comte E. de Kératry

tened cuidado que vuestro futuro rey, presente de la Prusia, no experimente la suerte de Maximiliano. La república hubiera salvado á España y Francia »—«He preferido el papel de Monck al de Cromwell, replicó Prim sonriendo y dirigiéndose hacia la puerta, y no habrá en España república mientras yo viva. Esta es mi última palabra »

En la reunión que aquel día había tenido Kératry con Castelar, Figueras y Pi Margall, secundando el deseo de Orense, á quien había visto en Burdeos, y les había escrito en sentido favorable á los intereses de la Francia, fué súbitamente contrariada su conversación por presentarse el general Miláns del Boch; pero habíase acordado en ella: 1.° Ofrecimiento leal por Kératry al general Prim de la presidencia de la república española con el apoyo legal de todos los republicanos comprometidos por su directorio.—2.° En caso de rehusar el general. . . . .

. . . .

en cambio del envío inmediato de tres millones en oro destinados á la paga de las tropas. Pidió esta suma á Gambetta para enviarla al directorio republicano español, pero «M. Gambetta était jaloux de sauver la France à lui seul, et l'Espagne continua d'assister impassible à nos désastres.»

En cuanto á la candidatura del duque de Génova. joven de 16 años, que aun se hallaba en un colegio en Inglaterra, sólo significaba el deseo de tener un rey; siendo ocioso seguir paso á paso aquellas negociaciones ineficaces, tantos viajes inútiles, y cuando se trataba á la vez de otros candidatos.

Había dicho el ministro de Estado señor Martos (1) que entre las varias cuestiones que ocupaban la atención del gobierno, ninguna de tan vital interés, de tan reconocida gravedad, ni de tan notoria urgencia como la relativa á la elección de monarca, por lo que «creyó necesario fijarse en un príncipe, ni tan inmediatamente unido á casas reinantes que sus eventuales derechos pudieran despertar recelos en pueblos amantes de la independencia, ni tan íntimamente ligado con familias destronadas que sus naturales lazos de sangre y de intereses pudiesen infundir sospechas á ningún poder constituído, ni tan desprovisto por otra parte de relaciones y vínculos con potencias amigas, que su adopción no pudiera ofrecer á España el beneficio de alianzas provechosas para los propios sin perjuicio de los extraños.» Se consideró al duque de Génova con tales circunstancias; se comunicó así á los representantes de España en el extranjero, y se les advirtió que por el pronto bastaría que utilizando sus relaciones en el país en que cada uno se hallaba acreditado diese á conocer el pensamiento del gobierno, las ventajas que ofrecía y el apoyo con que contaba en las Cortes constituyentes; no tratándose de buscar oficial ni oficiosamente para España una sanción previa que no solicitaba, ni un auxilio material que no reclamaba, sino preparar la opinión pública para que recibiera con agrado un candidato conveniente á todos. Se hizo, sin embargo, imposible aquella candidatura á pesar de lo que trabajó el señor Montemar, y hasta la misma prensa italiana se opuso á ella.

Era Espartero indudablemente el candidato más popular, aunque no

(1) Despacho del 17 de diciembre de 1869.

una solución definitiva; pero era el término de una interinidad peligrosa. El fracaso de las anteriores candidaturas hizo que los partidarios de Espartero y Montpensier arreciaran en sus trabajos, y aunque no era el duque de la Victoria el candidato del gabinete, las circunstancias obligaron á Prim á escribirle (1) que, al tratarse del nombramiento de monarca y acordándose de él sus adictos, el gobierno, debidamente autorizado, deseaba se dignase decir si aceptaría la corona de España en el caso de que las Constituyentes le eligiesen; que el gobierno no tenía candidatura, pero estaba en el caso de evitar que alguna fracción se agitara en favor de un candidato que no aceptase. Espartero contestó como no podía menos, á



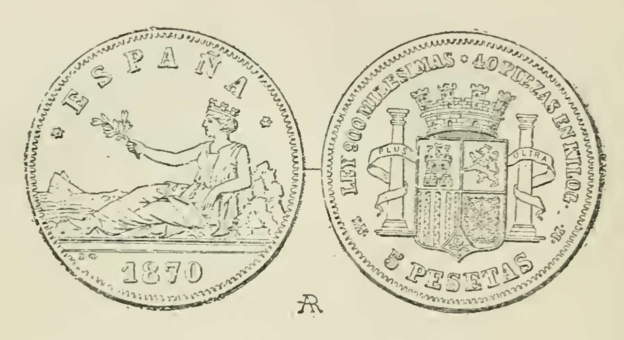
REVOLUCIÓN DE 1868 GOBIERNO PROVISIONAL

una carta que llevaba en sí la respuesta, agradeciendo de corazón las consideraciones que el gobierno le dispensaba; que estaba dispuesto á sacrificar su vida por la libertad y ventura de la patria; «pero un deber de conciencia me obliga á manifestar, respetuosamente, que no me sería posible admitir tan elevado cargo, porque mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño.»

Por esta respuesta consideró el gobierno eliminada la candidatura del duque; insistieron sus partidarios; fueron comisiones á Logroño; pero nadie pudo vencer la decidida resistencia de Espartero, de la que soy evidente testimonio. Ni aun le convenció la oferta formal y autorizada de proporcionarle todos los votos de los montpensieristas, si aceptaba la corona. Una comisión respetable de Zaragoza le propuso, de acuerdo con muchos catalanes, proclamarle rey de Aragón y Cataluña, disuadióles el duque recomendándoles que lo patriótico era seguir apoyando al gobierno, y se negó á que le dieran guardia voluntarios zaragozanos, como lo desearon al ver que ni un soldado de infantería había en Logroño, estando Espartero á merced de cualquier partida carlista. El 30 de mayo publicaron los diputados esparteristas un manifiesto «jurando en el santuario de su conciencia, que Espartero rey, es España con honra:» insistieron los montpensieristas en darle sus votos, y contestó Espartero que, «irrevocable su propósito, deseaba que desprendiéndose los diputados sus amigos de todo afecto personal é inspirándose tan sólo en el más puro patriotismo, como las circunstancias lo exigían en aquellos momentos solemnes para las libertades y el porvenir del pueblo español, apoyasen con sus votos al candidato que juzgasen más digno de ocupar el solio, prescindiendo de su nombre.»

(1) 13 mayo 1870.

Cuando por primera vez se inició la candidatura del duque de Aosta, al invitarle su padre aceptase la corona que el gobierno español le ofrecía, contestó: «¿A qué soy llamado? ¿A regir los destinos de un país dividido, trabajado en mil partidos? Esta tarea, ardua para todos, lo sería doblemente para mí, por ajeno completamente al difícil arte de gobernar. No sería yo ciertamente quien gobernara, sino que me impondrían la ley los que me hubiesen elevado al poder. Estas razones son bastante poderosas para decidirme hoy mismo á poner en manos de V. M. mi formal renuncia á la corona de España, rogando la haga transmitir á quien corresponda.» Renováronse en agosto de 1870 las gestiones, fracasada ya la candi-



GOBIERNO PROVISIONAL

datura de don Fernando; obtuvo el señor Montemar el consentimiento del rey Víctor Manuel y de su ministerio; ausente á la sazón don Amadeo llegó á Florencia á principios de octubre; manifestóse á nuestro representante que se explorase el ánimo de las demás potencias para si en el caso de aceptar el duque sería bien recibida su aceptación, á lo que contestó Prim que creía depresivo, cualquiera que fuese la forma que se emplease, consultar á potencias extranjeras, cuando España tenía un derecho indisputable á constituirse como conviniera á sus intereses, así como Italia de disponer libremente del que le daba á la corona de España un pueblo dueño de sus destinos; que ninguna potencia podía ser hostil, ni publicarse la candidatura, mientras no fuese un hecho oficial; insistió en la consulta el ministerio italiano; replicó Prim que no encontraba forma para hacerla que no fuese depresiva para los dos países, fundándose en el carácter altivo de nuestro pueblo, y en el mal efecto que produciría saber que nuestra libérrima acción se había sometido á la voluntad de una potencia que no viera con agrado nuestra reconstitución; no modificó Italia su actitud, y formuló la exploración en esta forma: «Que el gobierno español, en caso de que acepte el duque de Aosta, presentará su candidatura á las Cortes; y que verá con gusto que es recibida con simpatía por las potencias;» añadiéndose que, aunque España no necesitaba tal exploración, su carácter generoso y noble no podía permitir se creara un embarazo á Italia. Accedió Prim; exploró á los gobiernos de Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia por medio de sus representantes en Madrid; autorizó don Amadeo se presentara á las Cortes su candidatura; presentóse el 3 de no-

viembre, expidiendo el mismo día Sagasta como ministro de Estado una circular á nuestros representantes en el extranjero, anunciando el suceso y haciendo una breve historia del fracaso de la candidatura del príncipe alemán, y sólo á la Prusia no agradó la del duque italiano, por confiar en que el resultado de la guerra suscitaría de nuevo la presentación de Ho-



GOBIERNO PROVISIONAL

henzollern, mostrándose Bismarck refractario al hijo de Víctor Manuel, con quien estaba ofendido por sus simpatías con la Francia.

Los esfuerzos del gobierno para obtener mayoría consiguieron que de 311 votantes obtuviera el duque de Aosta 191 votos, proclamándosele en su consecuencia rey de España.

De esta proclamación protestaron doña Isabel II y don Carlos: aquélla porque la revolución acababa de desconocer los derechos de su hijo, llamando á un extranjero para rey; y el nieto de don Carlos, porque habien-

do Carlos Alberto reconocido como rey de España á su abuelo don Carlos María Isidro, y Víctor Manuel á su tío el conde de Montemolín, la corona aceptada por don Amadeo, decía que le pertenecía de derecho. Estas protestas nada significaban por sí mismas, si detrás de una de ellas, la carlista, no se trabajara de la manera que ya se trabajaba para encender la guerra civil, como si no fueran bastantes los infortunios que abrumaban á la patria.

CAPITULO IV

Asuntos carlistas.—Muerte del conde de Montemolín y de su hermano don Fernando.—Sumisión de don Juan de Borbón.—Manejos de la princesa de Beira en favor de su nieto don Carlos.—Juntas carlistas en Londres y en París.—Trabajos carlistas.—Sus recursos.—Conferencias para la fusión de las dos ramas borbónicas.—Actitud de Cabrera.—Excursión de don Carlos á España.—Resentimiento de Cabrera y su dimisión.—Descontentos.

Los sucesos de la Rápita y las consecuencias que produjeron, anonadaron al carlismo; y ya fuera para despertarle del letargo en que quedó sumido, ó para justificar sus actos contradictorios, dió el conde de Montemolín en Trieste el 1.° de diciembre de 1860, un manifiesto en el que declaraba llegada la oportunidad de romper el silencio y decir que vivía resignado en su injusto ostracismo. Refiriendo hechos pasados, decía que de diferentes puntos de España se habían elevado voces suplicantes, entre ellas las de muchos de sus antiguos enemigos, desengañados ahora, conjurándole á que saliese á tender la mano para poner un dique á la anarquía, que vió próxima, por lo que no vaciló en aceptar los medios que se le ofrecieron, suficientes para llegar en poco tiempo y sin efusión de sangre á asegurar la paz y prosperidad del pueblo español; que el éxito de la empresa fué muy diferente del que debía esperarse; que prisionero y su hermano, sabía que su vida no corría riesgo alguno, cuya seguridad se les dió en el momento que se les prendió; pero temiendo por la suerte de Ortega y otros, el deseo de salvar su vida prevaleció sobre toda consideración personal, y por esto el acta de renuncia que firmó en Tortosa, y que estaba resuelto, como lo había prometido, á ratificar en Francia; aunque, teniendo en cuenta las circunstancias en que se había verificado, y la omisión de ciertas formalidades, no podía menos de considerarse como legalmente nula; á lo que uniendo los sacrificios de su partido, los consejos de que no podía ni debía ratificar la renuncia y la proclamación por don Juan de principios revolucionarios, le hicieron resignarse á firmar el acta que anulaba su renuncia. Para justificarse de la acusación de falta de patriotismo por haber acometido su empresa cuando la nación se encontraba comprometida en una guerra extranjera, dice que no ignoraba que después de los triunfos obtenidos, nada podía empañar el brillo de nuestras armas; que los recursos con que él contaba hacían fácil el éxito de su empresa que calculaba terminar en quince días; pensando dar, si era posible, nuevo impulso á la guerra, haciendo ingresar á sus dos hermanos en el ejército, dejando el mando del mismo á los dignos jefes que le desempeñaban con tanto valor y habilidad: compara con nuestra situación la de Francia de 1830; dice que la revolución de julio continuó la guerra de África y no se acusó á los autores de aquella revolución de falta de patriotismo, sin duda porque fué vencedora; que se le habían atribuído máximas de gobierno opuestas á sus sentimientos; evocando los viejos fantasmas del des-

potismo, del oscurantismo, y de la inquisición, queriéndole hacer pasar por enemigo de las luces, de las conquistas del siglo, de la libertad, del progreso, del bienestar y de la prosperidad del pueblo español, cuyas acusaciones se habían hecho ridículas á fuerza de exponerse y ser refutadas, presentando su programa de religión y moralidad, constitución hecha por los mismos españoles, el progreso en la agricultura, en la industria, en el comercio, en las artes, en las ciencias; libertad, pero no licencia, pocas leyes y bien observadas, y las indispensables contribuciones; que aborreciendo los partidos no quería más que españoles; que habría imprenta sin previa censura ni depósitos, pero sujeta á una ley que harían las Cortes, y que respetaría y haría respetar las leyes y reglamentos vigentes hasta sentirse la necesidad de sustituirlos con otros. No podía ser más evidente la abdicación de los principios carlistas; si bien estaba este programa en armonía con el manifiesto dado al lanzarse á la intentona de San Carlos de la Rápita.

La muerte destruyó los propósitos de Montemolín. Un tifus agudo acabó en pocos días con el conde, su esposa y don Fernando. Las noticias que sobre estas muertes se propalaron, fueron calumniosas y están con documentos desmentidas (1).

Imposible don Juan para el partido carlista que no admitía los principios políticos y religiosos que aquél proclamara, y considerándole como demente, se introdujo alguna perturbación y desconcierto, se ideó proclamar al hijo de don Juan, se pensó también en formar una regencia compuesta de la archiduquesa Beatriz, esposa de aquél, de la princesa de Beira y de Cabrera; pero se negó la primera y los carlistas esperaron.

Don Juan, lejos de retractarse, anunció que quería ver consagrados sus legítimos derechos por la soberanía nacional, recordó las desgracias que había producido al carlismo la exageración política; culpó á los hombres que habían rodeado á su padre y á su hermano, y llamó á los que habían combatido y estaban ligados á su suerte. Pocos se le unieron; si bien tampoco atendieron á la prensa liberal, que obedeciendo elevadas inspiraciones, procuró atraer al partido carlista á someterse á la reina. Vino don Juan á Madrid, conversó con algunas personas de importancia, liberales y carlistas, que habían ofrecido su cooperación; se trató en una reunión á la que asistieron varios oficiales generales, algunos con mando y jefes de cuerpos, de efectuar un pronunciamiento, aplazándose para cuando don Juan resolviese el nombramiento de jefe, y aunque nombró á Lazéu, se apeló antes á la diplomacia. Si Lazéu no tuvo que vencer grandes obstáculos con Napoleón, los encontró en Cavour, intransigente con los Borbones, y al regresar á Londres expuso á don Juan su convicción de que se conspiraba contra la dinastía borbónica, aconsejándole que su deber como príncipe era servir á la reina sometiéndose á ella. A este efecto comenzaron las negociaciones que fracasaron ante el marqués de la Vega de Armijo; entabláronse de nuevo, menos francas y desinteresadas, por apoyadas en razones no muy escrupulosas, aunque más convincentes para ciertas clases indignas de la sociedad, de lo que fué instrumento un anti-

(1) Véase la *Historia Contemporánea*, etc., que ya hemos citado.

guo banquero de París; medió en este intermedio una notable correspondencia entre la princesa de Beira y don Juan, recomendándole aquella señora que no se separase de los principios carlistas, y se volviera á reunir con su esposa Beatriz y con sus hijos, pues su divorcio era un escándalo público, que duraba ya diez años, que no podían los carlistas reconocer como rey legítimo á quien renegó de su padre, de toda su familia y del partido, añadiéndole: «¿Dónde encontrarás tú entre los demócratas de toda Europa un ejército de 40,000 hombres, que sirvan como sirvieron nuestros voluntarios en medio de privaciones y de miserias, contentándose con mal uniforme y poca ración, y esto no obstante siempre dispuestos á pelear? Y sin embargo á estos hombres los has llamado mezquinos y desleales.» Aconsejábasele se retractara sincera y públicamente, ó abdicara sus derechos en sus hijos. Don Juan se afirmó más y más en sus declaraciones liberales, y respecto á su separación dijo que procedían sus desavenencias de que no quería que sus hijos fuesen educados por jesuítas, fundándose en que los que habían estado encargados de su educación y de la de sus hermanos, no les habían dado la instrucción que debían darles: lo cual y algunas observaciones que en política hizo, le produjeron la animosidad de la familia de su esposa, hasta el punto de verse expulsado de los Estados de su cuñado, no teniendo otro remedio que separarse de su familia; y como cuando había tratado de reunirse á ella se le exigía fijase su residencia en Austria y en Módena, la hacían imposible, porque ni sus intereses ni sus simpatias le permitían vivir allí; que para tener á su lado á su esposa había acudido hasta al emperador de Austria, y todo había sido en vano, no siendo culpa suya que su esposa prefiriese las ideas absolutistas de su hermano á las liberales de su marido.

Considerándose don Juan el jefe del carlismo, procuró modificar las ideas de éstos, publicó manifiestos, continuó Lazéu sus viajes, vió que Ratazzi seguía respecto á España la misma política que el difunto Cavour, regresó á Londres, y no esperando ya nada de los carlistas, prosiguió las negociaciones para someterse á la reina, sosteniéndose frecuente correspondencia con la infanta doña Luisa Teresa á la que se envió la sumisión de don Juan—26 julio 1862. En ella renunciaba en su nombre y en el de toda su descendencia, á cuantos derechos pudiera darle la interpretación cualquiera de antiguas leyes, reconociendo á doña Isabel por su reina, jurándola fidelidad y obediencia, y á la Constitución vigente.

No era posible al gobierno admitir la renuncia de unos derechos que no podía reconocer constitucionalmente, y para que aquel documento no quedara en poder del ministerio, ni se apercibiesen de él los periódicos, le recogió la reina, devolviéndoselo á la infanta para que lo entregase á don Juan, á quien advirtiera que lo más sencillo era que viese al ministro español en Londres y manifestase ante él sus deseos. Aunque pudo pensar don Juan que se habían tenido más deferencias con don Sebastián á cuya casa fué el ministro de España en Londres y en ella prestó el juramento, urgía sin embargo á don Juan someterse, y no pudiendo lograr ser recibido en la embajada, ni contestación á sus cartas, vino de nuevo Lazéu á Madrid, y díjole O'Donnell que nada se podía resolver por entonces, y que se volviera pronto sin meter ruido.

A petición de la de Sessa, de parte de la reina, envió don Juan la tercera sumisión, concebida en estos términos:—«Señora: La magnanimidad de V. M. me anima á prestar mi sumisión á V. M. por mi reina y señora, acatando las instituciones nacionales.—Suplico, señora, á V. M., se digne acoger con benevolencia mi sumisión, y créame, con el más profundo respeto, su súbdito y afectuoso primo Q. S. P. B, Juan de Borbón.—Londres 8 de enero de 1863.» Entregada á O'Donnell y tardando su resolución, vino don Juan á Madrid, volviéndose sin obtener más que esperanzas: reclamó y esperó en vano desde Londres; el marqués de Miraflores que reemplazó á O'Donnell no se mostró mejor dispuesto en su favor; expuso á la reina y al gobierno su deseo de que se removiera cualquier obstáculo que se opusiera á su sumisión, y se le contestó que en vista de la ley hecha en Cortes excluyendo al difunto don Carlos y á su línea de la sucesión á la corona de España, prohibiendo su residencia en territorio español, se consideraba á don Juan de Borbón fuera del derecho común en cuanto se refiriese al juramento y sumisión á S. M. mientras otra ley hecha en Cortes, de conformidad con los preceptos y prácticas constitucionales, no derogase la anteriormente citada, no estando por tanto en sus facultades admitir, ni menos deliberar sobre solicitud alguna de don Juan de Borbón. De esta decisión protestó, calificando de injusta la ley de 1834, cuya derogación pedía, para poderse restituir á su patria como simple ciudadano español y recuperar sus hijos para educarlos conforme sus ideas.

El primogénito de don Juan, don Carlos, era á la sazón un niño; había nacido en 1848, y cuando su padre se mostró liberal y súbdito de doña Isabel II, pensaron su tío y su madre en que diese un manifiesto á los españoles, conviniendo al fin en publicar un folleto (1) que proclamase en Carlos VII la legitimidad á la corona de España. Siguió á esto un cambio radical, por la aversión de la madre de don Carlos á que éste tomara parte en ningún asunto político; mas no pensando así la princesa de Beira, publicó ésta una carta á los españoles, en la que presentaba á su nieto como su rey legítimo, fundándose en la renuncia de su padre don Juan. Fueron la consecuencia de aquella carta varios folletos inspirados por la misma señora, especialmente el titulado *La voz del partido carlista*, que irritó á la madre de don Carlos, porque en él se decía que éste estaba cautivo y aislado de todo elemento español. El nuevo ayo que dieron á don Carlos, don Luis García Puente, le permitió recibir á algunos españoles, á Marichalar, Algarra, Tristany, Mergeliza, Bas y otros, con los que empezó á darse á conocer. Don Pedro de la Hoz levantó á poco en *La Esperanza* la bandera de don Carlos, y éste convino en una conferencia con don Vicente de la Hoz el modo de ir reformando el partido carlista, verdaderamente desorganizado.

La situación en que don Juan había puesto al partido carlista era necesario aclararla. Al efecto escribióle su hijo en setiembre de 1866 preguntándole lo que hubiera de verdad respecto á su renuncia, que podía hacerla de sus derechos, no de los que correspondían á los demás. «Yo me

(1) Titulado *La légitimité en Espagne et Charles VII.*

debo á mí mismo y á tantos como se han sacrificado por nuestra familia... El partido carlista exige con justa razón saber quién es hoy su jefe; y si V. renunciando á sus derechos no quiere serlo, yo lo soy desde aquel momento. Mi corta edad, el respeto á V., y la esperanza de ver dicha declaración y otras afirmaciones de principios, desmentidas por V. mismo, me han impedido hasta ahora aclarar esta cuestión.» Don Juan no contestó á esta carta; y cuando recibió la en que su hijo le participaba su casamiento con la princesa doña Margarita de Borbón y Borbón, hija de la duquesa de Parma, efectuado el 4 de febrero de 1867 le escribió una afectuosísima, pero sin decirle una palabra de política.

Don Carlos continuó sus trabajos prescindiendo por completo de su padre. Hallándose en Gratz á principios de 1868, vió inminente la caída de doña Isabel, y que era preciso un acto que mostrara la vitalidad del partido carlista. A su virtud, se decidió celebrar en Londres un consejo al que citó á varios personajes carlistas para el 20 de julio. Inútiles las gestiones que se hicieron para que asistiese Cabrera, que reprobaba cuanto se ejecutaba, se acordó en una reunión preparatoria no hacer pública la disidencia de aquél. Al celebrarse la junta el día designado, fué recibido don Carlos al grito de ¡viva el rey! En ella se discutió y aprobó que teniéndose por válida la renuncia de su padre á la corona de España, se reconocía como rey á don Carlos VII, sin perjuicio de procurar que dicha renuncia fuese publicada y ratificada por don Juan; que ínterin no pudiese sentarse en su trono, adoptase el título de duque de Madrid; que se procediese á la organización civil y militar del partido, á fin de tomar una fuerte actitud y aprovechar la primera eventualidad que se presentase en España; y que no siendo posible arbitrarse fondos en la Península, atendido el estado triste á que la revolución había reducido al partido carlista, se procuraría buscarlos en el extranjero, por medio de empréstitos ó de donativos voluntarios.

Efectuado este primer acto político de don Carlos, regresó por París á Gratz, y preocupándole la actitud de Cabrera, hizo esfuerzos para contar con su decidida cooperación, sin obtener el mejor resultado.

Viendo don Carlos inminente la revolución en España, corrió de Gratz á París, desde donde envió comisionados á prevenir á sus amigos que iniciasen el movimiento en su favor. La contestación fué que nada podía hacerse sin armas y sin organización. Era necesario pensar en un plan, que es por donde debió haberse empezado. En tanto se resolvía una cuestión importante. Había ido también don Juan á París al ruido de la revolución de setiembre, con objeto de presentarse al gobierno revolucionario, visitóle don Carlos, sorprendióse aquel señor de encontrar en su hijo, al que no conocía, un joven gallardo, decidido é inteligente, y se decidió á firmar esta acta: «No ambicionando más que la felicidad de los españoles, es decir, la prosperidad interior y prestigio exterior de mi querida patria, creo conveniente abdicar, y por la presente abdico todos mis derechos á la corona de España en favor de mi amado hijo don Carlos de Borbón y de Este. Dado en París á 3 de octubre de 1868.—Juan de Borbón y Braganza.» Siguen las firmas de los testigos. Tomóse de aquí ocasión para decidir á Cabrera por don Carlos; mas todo fué inútil: estaba descontento

por el giro que se daba á la política, por los hombres que «necesitados de todo y los más desacreditados en el manejo de sus asuntos privados,» no podían dar cima honrosa y feliz á la empresa.

Don Carlos empezaba ya á representar su papel de rey: multitud de españoles acudían á París á rendirle homenaje: antiguos jefes carlistas y comisionados de diferentes provincias pedían instrucciones para sus trabajos; formóse un consejo en París, demasiado numeroso, con el que consultaba don Carlos, decidiendo lo primero comunicar á las cortes extranjeras la abdicación de don Juan; organizar el partido en todas las provincias de España, poniendo comandantes generales al frente de la parte militar, y comisarios regios para la civil; arbitrar recursos por medio de empréstitos y donativos, empezando por invitar al duque de Módena, al conde de Chambord y á los legitimistas franceses; trabajar en la prensa española y extranjera y con folletos, á fin de popularizar la persona y la causa de don Carlos; contratar armas y municiones para introducirlas en España, y procurar indagar las intenciones de la corte romana y del episcopado español con respecto á la causa carlista.

Escribió en seguida don Carlos cartas autógrafas á Su Santidad, á los emperadores de Francia y Austria, al rey de Portugal y á la reina de Inglaterra, contestando el Santo Padre autográficamente que hacía votos porque Dios concediese á España la paz y un gobierno que protegiese la religión católica, y los ministros de Estado de las otras potencias respondieron sólo que habían entregado las cartas á sus soberanos. El duque de Módena contestó á la petición de recursos que no era bastante rico para proporcionar los fondos necesarios para una restauración, lo cual podían hacer los realistas españoles. El conde de Chambord respondió que nada podía hacer por su parte, y que aunque vería con satisfacción que legitimistas franceses hicieran algún sacrificio, no podía ordenárselo en atención á lo que por él hacían. Aquel partido, invitado por don Carlos, manifestó los mejores deseos por medio del presidente del comité de París; pero contribuyeron pocos con algún donativo, cubierto posteriormente con bonos del empréstito hecho en Amsterdam. El episcopado español, aunque una parte se decía carlista, no quiso comprometerse ni dar dinero. Podía, pues, considerarse fracasado el propósito de adquirir recursos por los medios á que se había apelado.

Comenzóse la organización del partido carlista, teniendo que vencer muchas dificultades, ocasionadas principalmente por celos y rivalidades de las personas, y poco discretas las más, se vieron perseguidas teniendo que refugiarse en Francia, abandonando así sus provincias en manos de agentes subalternos sin prestigio. Todos pedían dinero y armas; fracasaban los proyectos de empréstito; se habían contratado algunos vestuarios y municiones y no había con qué pagarlos; la miseria de los refugiados aumentaba los apuros, y los salvó por el momento un rasgo de doña Margarita que quiso vender sus magníficos diamantes, y sólo se consintió que los depositase en garantía de una suma de 100,000 francos que, con los 200,000 que regaló á don Carlos el duque de Módena, 50,000 que dió el duque de Pozzo di Borgo, y otros 100,000 que se reunieron entre diferentes personas, se pudo hacer frente á los compromisos perentorios y

mandar algo á los agentes de España. Pero, ¿qué era todo esto, dice con razón uno de los personajes que más intervinieron en aquellos sucesos, para una conspiración semejante, en una época de desmoralización como la nuestra?

No faltaban decididos partidarios que procuraban suplirlo todo con su entusiasmo, llegándose á proclamar belicosamente á don Carlos en Calzada de Calatrava y pueblos inmediatos, en Almodóvar del Campo y en las inmediaciones de Ciudad Real; mas fracasó aquí la conspiración, y destruyóse todo.

Contaban los carlistas con muchas personas y elementos, y á haber contado con más dinero se hubieran presentado si no invencibles muy poderosos. Por unos tres millones de reales se pudieron haber hecho con una plaza ó castillo de verdadera importancia, cuyo gobernador la entregaba por ese precio y se embarcaba para el extranjero; se proponían otras fáciles entregas de fuertes; Aparisi y Guijarro, poseído de un envidiable optimismo, organizaba juntas á granel y se congratulaba de tenerlas en 37 provincias, en las que se aumentaban los casinos carlistas y se multiplicaban los socios de ellos, anunciando que había más de 60 periódicos defensores de aquella causa, y reconocida la importancia de este elemento, una comisión del consejo se encargó de su dirección. Gratuitamente unos periódicos y subvencionados otros, se defendió en Francia y en España la causa carlista. Y es importante consignar que algunos consejeros opinaron por que se expusieran ideas algún tanto liberales, para no caminar en abierta oposición con la época, y atraer á ciertos españoles monárquicos; y aun cuando estas ideas habían sido iniciadas por don Carlos en su carta á los soberanos, se escribió un folleto en tal sentido para explorar la opinión pública, pero fué mal acogido por los carlistas, mirado con desconfianza por los liberales y se comprendió la necesidad de encerrarse en las ideas tradicionales del partido carlista, publicándose con este objeto diferentes opúsculos y folletos, que contribuyeron admirablemente á la propaganda, para la que también se emplearon la poesía y la fotografía.

Conferenciaron por este tiempo en París doña Isabel y don Carlos para efectuar la fusión de ambas familias, é imposibles cuantas proposiciones se hicieron, terminaron sin resultado alguno aquellas entrevistas que tuvieron por algún tiempo soliviantados los ánimos de los que temían y de los que esperaban la solución que hubiese.

Los que dirigían los trabajos de conspiración en Madrid, Valencia, Aragón y Cataluña luchaban con dificultades para proveerse de armas. Indispensable atraerse al ejército, encontraban más facilidad de la que esperaban; pero como había más ambición que moralidad, todos exigían dinero ó empleos y muchos ambas cosas; no faltando quienes desde luego abandonaron su posición y se presentaron sin condiciones. Del antiguo partido carlista sólo existían dos tenientes generales, seis mariscales de campo, de los cuales tres de ellos pasaban de 75 años de edad, y unos veinte brigadieres: consideraron justo aumentar este E. M., máxime existiendo muchos coroneles que nada habían recibido desde 1839, y á su virtud se concedieron empleos á discreción desde la clase de sargento. Corriéndo-

se la escala de la plana mayor general, se nombró un capitán general, cinco tenientes generales y catorce mariscales de campo. Esta prodigalidad proporcionó muchos adeptos, á la vez que fué base de grandes injusticias, pues se dieron empleos á virtud de comprobantes falsos. Para recompensar á los hijos de títulos de Castilla y de familias distinguidas que corrieron á alistarse á la bandera carlista, no queriendo aquellos jóvenes seguir la carrera militar, se organizó con ellos una escolta real, asimilándoles con los guardias de Corps.

Realizados al fin los deseos de don Carlos de tener por consejero á don Antonio Aparisi y Guijarro, escribió éste con acierto y aconsejó con oportunidad, aunque se mostró inocente á veces. Aumentóse el consejo en el que se encargó don Bienvenido Comín de la parte política y civil, Labandero de la Hacienda, Cevallos de la parte militar, y Elío de lo concerniente á Navarra y Provincias Vascongadas, con una comisión que entendía en armamento y municiones.

La cuestión de recursos seguía siendo apremiante: don Carlos y doña Margarita empeñaron todas sus alhajas; el conde de Orgaz, que había ya proporcionado cantidades considerables de su fortuna, propuso levantar un empréstito de 3 ó 4 millones de francos, dando su firma é hipotecando la mayor parte de sus bienes: los condes de Fuentes, de Samitier, de Robres, de Faura, el marqués de la Romana y otros, tuvieron este acto de abnegación y buscaron banquero que lo hiciera, mas ninguno quiso admitir esta combinación. El conde de Breda, agente secreto de Suecia y Dinamarca cerca de Napoleón, recomendó á M. Cramer, banquero del Papa en Amsterdam, que se encargaría de realizar un empréstito; se aceptó, hiciéronse pagarés por valor de 10 millones de reales firmados por don Carlos, su esposa, Orgaz, Robres, Tamarit, Vallecerrato y Calderón, y tan mala suerte tuvieron estos pagarés, que cuando se necesitó dinero, por uno de 500,000 francos ofrecían el 44 por 100, y aceptada la oferta, al ir á realizarle se arrepintieron los que habían de dar el dinero. No había más remedio que recoger estos pagarés sobre los que nadie daba una peseta, y el negociador M. Lambert no devolvió más que cuatro de los cinco, y gracias á la actividad y energía con que se procedió, se le obligó á la restitución de aquel pagaré. Fracasado el empréstito Cramer en Francia, en Holanda y en Alemania, convino este aprovechado banquero en colocarlo en España, donde desde luego se hicieron pedidos; pero al presentar su primera cuenta se abonaba la comisión total como si todos los bonos estuviesen negociados: hubo que convenir en una transacción por la que el banquero abandonaba el negocio, si bien abonándosele la comisión total del empréstito. No podía ser más oneroso el contrato en el que además del gran interés que se consignaba por sumas que no proporcionaba, se estipuló que todas las cantidades que por cualquier otro concepto percibiese don Carlos, ó cualquier otro préstamo que se le hiciese, se había de referir al empréstito; de modo que, cualquiera que ofreciese ó diese dinero á don Carlos, se le habían de dar en cambio obligaciones del empréstito. Así Cramer y Breda cobraron una comisión de más de 9,000 francos por 75,000 prestados á don Carlos sin la menor intervención de aquéllos. Aun prescindiendo de que se autorizó la emisión de 35 millones de francos

y se emitieron 42, no pudo saberse lo que produjo el empréstito por ignorarse lo que se había recaudado.

Iniciose después nuevo empréstito con el 25 por ciento de beneficio; luego otro de diez millones de francos, y otro posteriormente de cuya colocación en el extranjero se encargó el señor Lasuén. Cabrera no pudo adquirir fondos por medio de empréstito, y recurrió á la suscrición, á la que invitó á los capitalistas y propietarios carlistas, para que hicieran un adelanto reembolsable después del triunfo de la causa. Nada de esto producía resultados lisonjeros, y para salir del apuro de pagar 19,000 fusiles comprados por Olazábal, pagóse una parte de ellos con dinero recaudado en la provincia de Gerona. Propusiéronse empréstitos absurdos y hasta indecorosos; la escasez de recursos imposibilitaba á Cabrera proseguir sus trabajos; don Carlos vivía con estrechez por haber dado cuanto tenía y haber empeñado sus rentas y joyas; sólo se podían remitir en pequeñas cantidades las armas y municiones que se contrataban para la frontera de Navarra y de Cataluña (1); sin dinero era imposible contratar armas, porque había que depositar previamente su importe, y considerándose que si Cabrera tomaba una parte activa en los asuntos carlistas no faltarían recursos, se le enviaron emisarios, se hicieron esfuerzos de todo género, y se le presentaron los grandes elementos con que se contaba y de los que no se podía disponer por falta de dinero. No se pudo obtener el auxilio que se esperaba, y en cuanto á tomar la dirección de los negocios se excusó con la falta de salud y de fuerzas físicas é intelectuales.

Esta actitud de Cabrera desazonaba á don Carlos, y era el tormento de los carlistas que estaban en autos de lo que pasaba: la mayoría le consideraba interviniendo en todo, pues no podía ni aun figurarse que pudiera emprenderse la guerra sin aquel caudillo. Se insistió con tenaz empeño: Elío ofreció á Cabrera ser su segundo para servirle y ayudarle como tal: un duque legitimista francés se mostró dispuesto si Cabrera se ponía al frente de la causa carlista, á prestar 600,000 francos para armas y municiones, el mismo don Carlos corrió á Baden-Baden, donde aquél se hallaba, y le significó de palabra y por escrito que era llegado el momento oportuno de que tomara la dirección absoluta del partido y el mando en jefe del ejército, poniéndose desde luego á sus órdenes todos los jefes; nada podía convencer á Cabrera, y ofendido don Carlos al verle marchar reprobando cuanto se hacía, exclamó columpiándose en una mecedora: «Si no amas á España como yo la amo, pobre de tí; si no sirves á la patria como puedas, te fusilo lleno de tristeza, pero te fusilo.»

Hubo momentos de confusión en el centro carlista de París; dimitieron algunos consejeros; continuaron las negociaciones con Cabrera, quien creyendo variadas las circunstancias que le impedían tomar el mando y dirección de los negocios, no tuvo inconveniente en aceptar uno y otra desde luego, á pesar del estado de su delicada salud, por hacer por su patria y por su partido el último esfuerzo de una vida toda consagrada al

(1) La conducta destinada á Cataluña, confiada al marqués de Benavent y á Tristany, cayó casi toda en poder de las autoridades francesas.

triunfo del principio que don Carlos representaba (1). En otra carta expuso á don Carlos el delicado estado de su salud habiéndole prohibido los médicos montar á caballo por largo tiempo, fatigarse ni recibir emociones, y aunque conocía claramente lo que podía sobrevenir «de tomar hoy la dirección de los asuntos militares, y en su día ponerme al frente de las tropas, no dejaré de cumplir de la mejor manera que pueda, porque así lo he ofrecido á V. M.; pero siempre con las reservas de que ya tiene conocimiento, y entre ellas la tantas veces narrada de que el movimiento tenga lugar en condiciones racionales de triunfo, pues justo es que yo, si por los compromisos contraídos, puedo marchar y marcharé sereno á una muerte casi segura, procuraré evitársela *en lo posible* á todo español, si su sacrificio ha de ser inútil para el triunfo.»

Parecían zanjadas las grandes dificultades que se habían presentado; pero no lo estaban sólidamente. Don Carlos y Cabrera abrigaban mutua desconfianza: aquél creía que la aceptación había sido por compromiso y con ánimo de nada hacer y de gastar tiempo; Cabrera por desconfiar de don Carlos.

Éste siguió trabajando secretamente por su cuenta. Al recibir un mensajero del marqués de Benavent, comisario regio de la provincia de Gerona, asegurándole la entrega de la plaza de Figueras, y exigiendo su presencia para tan importante adquisición y para secundar el movimiento que debía verificarse en su favor, aunque Elío y los que consultó don Carlos trataron de disuadirle de tal viaje, temió se le juzgara cobarde y corrió á la frontera, donde nada había preparado para proteger ni secundar su entrada en España. Todos los elementos que tenían allí reunidos los carlistas eran unos 120 á 150 hombres entre oficiales y tropa, con 100 fusiles malos y sin un caballo (2).

No podía ser más temeraria la empresa de don Carlos; esforzóse Ceballos por disuadirle enviándole mensajeros y marchando él mismo en su busca: le escribió que la conspiración de Figueras se había descubierto y estaban presos sus autores; que su permanencia en la frontera perjudicaba á la causa y atraía sobre su persona los mayores peligros y el ridículo, suplicándole se volviese á París antes que se divulgase su salida y el gobierno francés tomara serias providencias.

No desatendía don Carlos tan fundadas advertencias; pero creía poder impunemente pisar tierra española, puesto que nadie le había conocido y podía conservar el incógnito. Al efecto, desde el establecimiento de los baños de Amelie, se dirigió el 11 de julio—1869—á España, hospedándose en la pobre rectoría de Montalba, en cuyo pueblo oyó misa por ser día festivo. Sirviendo de guía el rector, vistiendo don Carlos gorro catalán y faja de seda, y acompañado de Tristany, Vallecerrato, Benavent (3) y un

(1) Esta aceptación fué con las condiciones de que si no podía evitar la guerra é hiciese dimisión, se le admitiera en seguida, y una vez conseguido el triunfo de don Carlos, no se le pusiera inconveniente para retirarse con todos sus honores á Inglaterra ó á otro punto del extranjero.

(2) Los 500 vestuarios de infantería, 100 de caballería, sables, monturas, etc., que se habían mandado á la frontera, esperaban aplicación.

(3) El doctor Vicente quedó enfermo en los baños de Amelie.

mozo con las caballerías, teniendo que andar casi siempre á pie por lo escabroso del terreno, se arriesgó á entrar en España, y cuando dijo el guía: *allí está,* señalándole á unos 40 pasos, «echó á correr el señor y todos tras él; y parándose de repente en su territorio, y desde donde se descubría un magnífico é impresionable panorama, tira al aire con toda su fuerza el gorro catalán para saludar á sus queridos catalanes, dando un grito aterrador de ¡viva España! sobre cuyo suelo se postró de rodillas, besándolo como si lo hiciera con una reliquia la más sagrada. A su grito de ¡viva España! contestaron todos con el de ¡viva el rey don Carlos VII! y aquí fué la escena conmovedora con el cura de Montalba, guía de la expedición, que apercibiéndose que había tenido el honor de acompañar al rey de España don Carlos VII, se postró de rodillas bañando con lágrimas de gozo las manos de S. M. del cual no sabía desasirse, y diciendo que Dios le había concedido la mayor dicha que podía esperar.—Desde este punto contemplaba el rey impresionado centenares de pueblos y caseríos españoles, teniendo á la vista el famoso castillo de Figueras y la muy liberal villa de Masanet, donde residía el comandante Roger, caudillo republicano de toda aquella camarca... Comieron todos con la mayor alegría y tranquilidad bajo unas pequeñas encinas... Concluída la comida, en la que hubo brindis, el rey saludó á su querida España, de la que con tanto sentimiento se despedía, disparando los seis tiros de su revólver, contestando con los suyos Tristany, Benavent y Vallecerrato. Levantóse acta de aquel suceso firmándola sobre una roca que servía de mesa, y los nombramientos de comandante para don Alfonso etc., etc. (1).»

Regresó don Carlos á París, guardando el secreto de la anterior excursión, y ordenó á Sala, comisionado por la provincia de Barcelona, para que los carlistas catalanes se pusieran de acuerdo con los comprometidos en Valencia y Madrid é iniciaran el alzamiento.

Al saber Cabrera la excursión de don Carlos, se volvió resentido á Londres sin pasar por París. Esto produjo tan graves disgustos que ocasionaron la muerte del conde de Fuentes.

Ofrecida la entrega á don Carlos de la plaza de Pamplona, se facilitaron algunos fondos, corrió aquel señor desde Fontainebleau, donde se había establecido, á Azcáin, al pie de los Pirineos orientales, para ponerse al frente del movimiento de Navarra, iniciado en la capital, que debía ser secundado en las demás provincias, avisando el conde de la Patilla que en Madrid y en Castilla estaba todo preparado; pero fué descubierta la conspiración que debió haber comenzado por apoderarse de la ciudadela de Pamplona, y sólo se efectuó el levantamiento de Sabariegos en la Mancha. A pesar del fracaso se repitieron las órdenes para que ayudaran en las demás provincias á Polo y Sabariegos, á cuyo fin se fueron introduciendo en España algunas armas.

En tan supremos momentos clamaban muchos por Cabrera. Le escribió don Carlos, y contestó reprobando cuanto se hacía y vaticinando desastres, por el desconcierto é insubordinación que imperaban en la frontera y en la Península; razones más que suficientes, añadía, para que

(1) Memoria inédita del marqués de Benavent.

el ejército comprometido no se hubiese movido, y no habiéndolo hecho á la señal dada, ya no lo haría, acabando por exigir que se retirase don Carlos de la frontera á un punto de Alemania, el más lejano posible al teatro de los acontecimientos de España, si es que se habían de poder reanudar los trabajos tan bruscamente interrumpidos con la intempestiva marcha de don Carlos á la frontera y señalamiento del día para el fracasado golpe. Nuevamente escribió don Carlos á Cabrera para que se pusiera al frente del movimiento en Cataluña, y se negó por haberle prohibido los médicos hacer ejercicio á pie y á caballo, y ocuparse en cosa alguna que pudiera producirle la menor emoción, por todo lo cual presentaba su dimisión. Aceptóla don Carlos esperando se restableciera pronto; mas no era cuestión de salud. Don Carlos hubiera llegado á entenderse con Cabrera; pero éste no se podía entender con cierta parte del partido carlista que arrastraba á don Carlos.

Procuróse el movimiento en Cataluña, donde parecían grandes los elementos con que se contaba para efectuarle, contándose con poderosas promesas en el ejército; se aproximó don Carlos á la frontera de Cataluña, se hizo entrar una partida con Bosch, y se convenció en seguida de que eran nulos los elementos que habían estado encargados de reunir en aquel territorio el marqués de Benavent, Tristany y otros agentes. De las órdenes que se dieron á los diferentes jefes, sólo Estartús y unos 200 hombres las cumplieron, entrando en España á pesar de las pocas probabilidades de triunfo. Ceballos aconsejó entonces á don Carlos la conveniencia de mandar retirarse á todos y hacerlo él á Suiza, evitando de este modo la vigilancia de la frontera, y poder introducir las armas compradas en Inglaterra para los guipuzcoanos y navarros, sin las que nada podían hacer. además de que no estaban debidamente organizados.

La dimisión de Cabrera y cuanto sucedía produjeron un núcleo de descontentos en Bayona, que fomentaron las rivalidades, ocasionaron el cisma é introdujeron la discordia. Trató de conjurarla don Carlos, celebrando una junta en Bayona, á cuyas cercanías acudió; no creyó conveniente Aparisi y Guijarro que aquel señor asistiese á ella por si cometían alguna inconveniencia los que tan exaltados estaban por el mal éxito de los negocios, y pareciendo prudente el consejo marchó don Carlos á Ginebra.

CAPÍTULO V

Carta-manifiesto de don Carlos.—Partidas.—Dirección de Cabrera.—Junta de Vevey Levantamiento de nuevas partidas.—Proyectos y alianzas

A pesar de las vicisitudes que ha tiempo experimentaba el partido carlista, no se había quebrantado la fe de las masas: era el mismo su credo político. Don Carlos, sin embargo, quería exponerle; deseaba demostrar públicamente sus sentimientos y aspiraciones. Creía de este modo atraerse más partidarios á la vez que afirmar las creencias de los que ya lo eran. No lo necesitaban éstos, que veían en su rey la personificación de todo un ideal político, si alguno tenían que no fuera el que defendieron sus padres, el que miraban como tradicional, condenando todo lo que

éste hubiera siempre condenado. Para ellos nada significaba el tiempo; nada el movimiento de la humanidad en su incesante marcha progresiva: en todos los sucesos veían ó pretendían ver la continuidad de sus ideales por más que á éstos fueran aquéllos refractarios y aun contradictorios. ¡Sublime fe! que sólo tiene igual en la religiosa, participando de ésta quizá por lo que á ella procuran ligarla.

Desechada la idea de que don Carlos hablara al país publicando un manifiesto, lo hizo en forma de carta dirigida á su hermano, redactada por Aparisi y Guijarro. Considerándose rey de España por derecho propio, deseaba que su derecho fuese confirmado por el amor del pueblo, por el que quería morir ó salvarle, no ser rey de un partido sino de todos los españoles, sin rechazar á los que se dijeran sus enemigos, á los que pareciesen más extraviados, pues si no necesitaba de todos para subir al trono de sus mayores, quizás necesitase de todos para establecer sobre sólidas bases la gobernación del Estado; ofrecía con el concurso de las Cortes dar á España una ley fundamental definitiva y española; acometer una inmensa reconstrucción social y política, conservando á todo trance la unidad católica, aceptando los concordatos, que las Cortes se compusieran de procuradores de los pueblos, incorruptibles, no de diputados empleados ó pretendientes que sólo forman mayorías serviles y minorías sediciosas; dar vida propia al municipio y á la provincia y á la «España amada la libertad, que sólo conoce de nombre; la libertad, que es hija del Evangelio; no el liberalismo que es hijo de la protesta; la libertad, que es al fin el reinado de las leyes, cuando las leyes son justas, esto es, conformes al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.» Reconociendo que no era el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo, debiendo ser el hombre más honrado y el primer caballero, debía gloriarse además con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles: que para salvar el mal estado de la hacienda pública, él daría el primero el ejemplo para toda clase de reducciones, así como en proteger la industria y la agricultura; declaraba que la virtud y el saber eran la principal nobleza; que convenía crear instituciones nuevas si las antiguas no bastaban para evitar que la grandeza y la riqueza abusasen de la pobreza y de la humildad; que no apeteciendo en el mundo un rey cristiano sino el bien de su pueblo, nada le podía faltar por ser feliz sino el amor de ese pueblo; que pensando y sintiendo así era fiel á las buenas tradiciones de la antigua y gloriosa monarquía española, creyendo ser á la vez hombre del tiempo presente que no desatendía el porvenir, aceptando la responsabilidad de su empeño y buscando tal gloria.

Insinuamos el levantamiento de Sabariegos, y debemos añadir, que sorprendió á la guardia civil de Picón y Piedrabuena, alarmó á las autoridades, la columna que guiaba Tomasseti alcanzó á los carlistas cerca del segundo pueblo, y en la pequeña refriega que se trabó, murió el joven teniente de húsares Núñez de Zuloaga. En ayuda de Sabariegos acudió Polo, y aunque ambos protegieron el levantamiento de algunas pequeñas partidas, no se levantaban las fuerzas que lo ofrecieron, lo cual hacía imposible que se sostuvieran, incesantemente perseguidas, hasta que fueron alcanzadas en los palacios de Torroba, quedó prisionero Polo, y Sabariegos

no tuvo ya más remedio que emigrar por cuarta vez á Portugal, no sin haber sabido burlar la constante persecución de diez ó más columnas.

Si el partido carlista contaba con una gran parte del clero, no estaba de ello exenta la revolución por haberse enajenado á tan respetable clase, cuando debió haberla halagado, procurando á toda costa interesar al parroquial en la conservación del orden al menos; pero no era el mejor medio dejarle morirse de hambre. Aun cuando todo él no fuese carlista, nada perdía en interesarse por aquella causa, y lo hizo con resolución. Túvola grande el clero de Astorga, cuyos párrocos debían presentar el día del levantamiento el número de hombres armados que cada uno había ofrecido, por lo que unos recibieron dineros y otros le dieron. Esperando para la insurrección que la campana María de la catedral diera la señal para apoderarse en son de guerra de la ciudad tratando como implacables enemigos á los liberales, se presentó una comisión al alcalde para que resignase el mando á fin de evitar mayores males; se negó, tomó las medidas convenientes recogiendo las llaves de la catedral y de las parroquias cuando ya estaban preparados los campaneros; se amedrentaron los conspiradores; los reunidos en el inmediato pueblo de Valdeviejas cumplieron echando á vuelo las campanas sin que pudieran secundar los de Astorga, lo cual produjo gran escisión entre algunos curas y especialmente contra un canónigo: merodearon varias partidas, volvieron otras á sus casas, el seminario convertido en cárcel se llenó de prisioneros, muchos de ellos eclesiásticos; la partida mandada por el presbítero y catedrático del seminario de Astorga señor Cosgaya se permitió algunos excesos, ocasionando la muerte de un digno alcalde; levantáronse varias partidas en diferentes puntos, principalmente en Rioseco de Tapia, San Martín de la Falamosa y Santa María de Ordax en León, mandadas algunas también por eclesiásticos, contando más de 200 hombres la que capitaneaba el beneficiado de aquella catedral don Antonio Milla, y la menor del canónigo don Juan José Fernández se disolvió al ver lo perseguida que era; el cura de Alcabón se presentó con una partida en Higueras de las Dueñas, provincia de Ávila, aumentó su gente en Fresnadilla y se vió dispersada en Iglesuela. Dos de los prisioneros fueron fusilados, y al indulto publicado después se acogieron casi todos. Al de Alcabón se le perdonó. Antes había ordenado Prim se pasara por las armas en el acto cuantos con ellas fuesen aprehendidos y aun los que las arrojasen en la persecución: quería evitar á toda costa la guerra civil, y consideró menor mal el sacrificio de algunas víctimas, al abundoso derramamiento de sangre que la guerra producía. De aquí algunos abusos y arbitrariedades, como las cometidas en Montealegre, pues aunque iban á reunirse para formar partida é iniciar el levantamiento en aquella parte de Cataluña, guiándoles Larramendi, no llegaron ni aun á reunirse. El plan, sin embargo, fracasó, y Larramendi debió la vida á su serenidad.

En la provincia de Palencia levantóse en armas don Pedro Balanzátegui Altuna; le faltaron los que debieron ayudarle; persiguiéronle con tesón; abandonado, cayó en poder de la guardia civil, y sentenciado á muerte, la sufrió resignado. Pocos merecían el perdón como el obcecado Balanzátegui, que, como escribió antes de morir, opuesto siempre á la po-

lítica, sólo salió de su casa para defender la unidad católica, que consideraba personificada en don Carlos, sin rencor á nadie, «y para que no se sospeche que el esquivar el encuentro de los que me perseguían era efecto de miedo, declaro que lo hice así para evitar derramamiento de sangre, convencido de que todos somos hermanos, y que muy en breve tenemos que ser, ó mejor dicho, tienen que ser unos.»

Don Francisco García Eslava levantó una partida en las inmediaciones del Burgo de Osma, dispersándose á poco; en Madrid y en algunos otros puntos se impidió el levantamiento de otras, y en Valencia, en el Maestrazgo, en Aragón y en Cataluña, se presentaron algunas, aisladamente, mal dirigidas por lo general, viéndose en todo la carencia de un plan acertado y de una dirección experta, por lo que pudieron ser fácilmente destruídas.

Era Pamplona la base del movimiento carlista, y sabedores de la trama el general Moriones, Lagunero, el gobernador civil y el secretario del gobierno, siguieron los hilos de la conspiración en la que estaban complicadas muchas personas tanto civiles como militares, siendo uno de los principales agentes el capitán de artillería don Félix Aguado, ayudándole el marqués de las Hormazas, el oficial Apérregui y otros: fijóse la noche del 25 de julio para dar el grito en la ciudadela, debiendo ponerse al frente del movimiento el brigadier carlista don Mariano Larumbe, oculto de uniforme en una de las cantinas, y al sonar un cañonazo, tenían orden de penetrar por la puerta del socorro en la ciudadela paisanos armados y sin armas que afluirían de los pueblos del contorno, secundándose el levantamiento en Puente, en Estella y otros puntos; pero al ir los conspiradores á ocupar sus puestos, fueron presos, incluso Larumbe, exceptuándose Aguado que pudo huir con algunos otros.

El sigilo con que todo esto se ejecutó le interrumpieron los tiros de revólver que se dispararon al *Corellano*, activo agente del marqués de las Hormazas que pretendió huir, y le produjeron la muerte; esto introdujo la alarma, siendo más ostensibles las precauciones militares que se consideraron necesarias y el que hubiera que lamentar las heridas que recibió el marqués de las Hormazas. Algunos temerarios se acercaron á la noche siguiente á la ciudadela creyendo verse secundados por la guarnición, que les hostilizó, contentándose los agresores con disparar algunos tiros en su huída

Sucesos de esta naturaleza aumentaban la perturbación en las filas carlistas, considerando de indispensable necesidad que Cabrera tomara la dirección de los negocios. Fueron á Londres nuevos mensajeros, escribióle don Carlos, expusieron, rogaron, y al fin accedió con la condición de que don Carlos había de darle la más amplia autorización, no sólo para organizar y dirigir la parte militar, sino también la política, debiendo Cabrera retirarse á Londres después de colocado don Carlos en el trono, porque nada quería ni ambicionaba. Escribióle entonces don Carlos una cariñosísima carta felicitándole de su decisión y acompañando el decreto encargándole la dirección absoluta de los asuntos militares; pero ó no satisfizo este decreto á Cabrera ó tenía otras intenciones; de todos modos, contestó que el estado de su salud no era tan halagüeño como habían dicho á don

Carlos, y que se reservaba aceptar ó no la dirección que se le concedía según le informaran los médicos de Inglaterra á quienes consultaba. Pocos días después manifestó que los facultativos certificaron unánimes el quebrantamiento de sus facultades físicas, á pesar de lo cual, posponiendo su conveniencia particular y por no defraudar esperanzas de todos, aceptaba la dirección absoluta de los negocios militares en la parte correspondiente á la organización hasta la iniciación del período de operaciones; é imposibilitado de montar á caballo ni soportar fatiga alguna, consultaba á don Carlos si llegado este segundo período, le facultaba para que dirigiesen dichas operaciones las personas que él delegara, de las que habían de depender los demás jefes, obedeciendo unos y otros lo que Cabrera les dictase. A esto y á cuanto de palabra expuso don Manuel Homedes de parte de Cabrera accedió don Carlos, manifestando que las bases de su política estaban en su carta á los soberanos y en la que dirigió á su hermano, y respecto á las observaciones que le expuso Homedes le decía «que confiando en la sensatez é ilustración del pueblo español, no tendré inconveniente después de obtenido el triunfo que espero, en convocar por medio del sufragio universal las Cortes que he prometido, á fin de que voten la constitución definitiva española que he de sancionar.»

Complacido Cabrera con estos sentimientos de don Carlos así se lo manifestó, celebrando «se inspirara en el espíritu de civilización de nuestros días, que parecido á la savia, se inocula en nuestra existencia política y modifica y renueva leyes é instituciones que, tales como nacieron, llenaron ya su cometido histórico; comprende y acepta lo bueno de todas las épocas, sin asustarse de las conquistas modernas, porque modernas sean, ni de dar á la nación lo que justamente pidan como saludable.» Tales ideas están consignadas en documentos originales que poseemos.

Para mejor desempeñar Cabrera la dirección de los negocios carlistas, se trasladó á Burdeos, donde celebró una reunión para organizar el partido, presentándose como su jefe civil y con los necesarios medios para que, dejando el carlismo el carácter clerical neo, se regeneraría y obtendría el apoyo de Europa. En cuanto á fondos no dudaba hallarlos.

Los propósitos políticos de Cabrera se oyeron con indiferencia por los carlistas, que sólo pensaban en la guerra, esperando que la sola presencia del antiguo caudillo levantaría grandes masas que le seguirían gustosas adonde las llevase. El partido carlista buscaba al guerrillero, al que era el héroe de su causa, y Cabrera se hacía la ilusión de la importancia de su nombre para llevar al partido adonde quisiera: todo lo creía fácil quitando al carlismo lo que llamaba parte de sacristía haciendo entrar el resto en el terreno legal, para lo cual organizó el periódico *La Fidelidad;* pero pronto pudo convencerse de que los carlistas, en general, no querían programas sino armas, en vez de discusión, pelea, y en lugar de oradores, caudillos.

Para la formación de cuadros de jefes y oficiales, ganar en el ejército elementos de ventajosa influencia y entender en cuanto á la organización militar se refiriese, creó Cabrera una junta central compuesta de Elío y Martínez Tenaquero y como auxiliares don Vicente Alcalá del Olmo y don Cándido Ortiz de Pinedo. Establecióse la junta en Bayona; conservó casi

todos los comandantes generales, suprimió los comisarios regios y asumió toda la autoridad en los jefes militares. Los había de éstos que hubieran asombrado á haber sido entonces sus nombres conocidos, como el que lo fuera de Barcelona el general Villalonga, marqués del Maestrazgo (1).

Después de organizar don Carlos una comisión político-administrativa y enviar á Cabrera el Toisón que había usado su abuelo en la anterior guerra civil, excusando Cabrera su admisión por la carencia de merecimientos para ella, marchó á visitar elevados individuos de su familia en Claréns, Munich, Salzburgo, Viena, Frohsdorf, Brunshee, Gratz, Trieste, etc., pues en todos estos sitios los tenía don Carlos.

Al regresar de este viaje—febrero 1870—se agitaba la cuestión de recursos. Para facilitarlos ofreció la de Beira un crédito contra Portugal procedente de intereses no satisfechos de su dote, cuyo crédito podría ser garantía de un empréstito; pero considerado incobrable por inútiles las gestiones hechas antes para ello, no le aceptó Cabrera. No le daban resultado favorable los medios que puso en juego, se empezó por pedir cuentas á los que habían manejado fondos y bonos, pues de éstos se habían enviado muchos á España, se tropezó con grandes dificultades y declaró Cabrera que las personas que rodeaban á don Carlos, casi todas desacreditadas en el manejo de sus intereses privados, no le merecían confianza, ni á ellos los que debían ayudarles en la empresa; «invirtiéndose los fondos recaudados de modo que nadie sabe para qué sirven, y á mí me consta que sirven para todo menos para la causa.»

Este antagonismo era evidente, y crecía porque no veían adelantos en los trabajos de Cabrera, ni se hallaba dinero á pesar de la confianza que algunos fundaron en su crédito, ni se aumentaban las adhesiones. La junta central de Madrid, presidida por el marqués de Villadarias, que emprendió una magnífica campaña electoral, se quejaba de no recibir órdenes ni instrucciones: el descontento empezaba á ser general, sin que de él se eximieran don Carlos ni Cabrera, conociéndose que éste deseaba un motivo decoroso para retirarse por completo. Como el que tales pretextos busca, en breve los halla, si no los únicos, fueron los más poderosos su pretensión de quitar del lado de don Carlos algunas personas que ejercían cargos de confianza, y no merecían la de Cabrera que tenía motivos para dudar de su discrecion; y aunque accedió en parte don Carlos, no pudo evitar que Cabrera dimitiese de una manera resuelta y definitiva, sin acceder á la entrevista que aquel señor propuso, hasta prestándose don Carlos á ir donde residiese Cabrera.

Los defensores de este caudillo dicen que merced á él, una gran parte del ejército y algunos generales para quienes pidió á don Carlos autógrafos, estaban dispuestos á ponerse á las órdenes de Cabrera, que enfermo en Wentworth y en Baden, y aparentemente retraído en Bruselas y en París, no cesó nunca de estar en inteligencia con jefes militares de categoría y con guarniciones de primera importancia; que su plan era, nada

(1) En la *Historia Contemporánea*, que ya hemos citado, se han publicado por primera vez las listas de todos los jefes militares, comisarios regios é individuos de todos los comités carlistas de España.

de volver á la parodia monárquica de otro tiempo, ni á la vida aventurera de una guerra civil, sino dar autoridad al príncipe, haciéndole digno de la corona, rodeándole de personas respetables, y allegar dentro de España tal suma de elementos, que hubiera seguridad de arrollar todos los obstáculos é ir sobre Madrid; que no siendo esto posible, más valía, en su concepto, renunciar á la empresa que acometerla por medios desastrosos que no habían de servir más que para hacer odiosa la causa.

Mientras el partido carlista veía en Cabrera el intransigente caudillo que ni aun le hizo deponer las armas el convenio de Vergara, pretendiendo inutilizar en el Maestrazgo lo pactado en el Norte, en él confiaba y á todas partes le seguiría; pero admitiendo ideas liberales, queriendo transigir y no pelear, que no contara con las masas carlistas. En general, se había atendido más al hombre que al partido; mas desde el momento que se comprendió que el hombre no personificaba las genuinas y arraigadas ideas del partido, no tiene explicación la conducta seguida. Cabrera, al frente de los carlistas con su bandera tradicional, les habría llevado á la victoria; ostentando la Constitución que presentó á don Carlos el señor Vilarasau, le habrían seguido algunos jefes, pero no habría formado dos batallones. Y sin embargo, Cabrera quería lo que consideraba una necesidad para que el partido carlista pudiera ser poder, lo cual juzgaba enteramente imposible continuando esclavo de sus antiguas tradiciones. No supo aprovechar don Carlos la actitud de Cabrera, ni éste para sus fines las condescendencias de aquél. Ambos se colocaron en un terreno poco favorable á su partido.

Apurado don Carlos y conociendo su posición convocó la célebre junta de Vevey, que se celebró el 18 de abril de 1870 en la Tour de Peitz, cantón de Vaud en Suiza, á la que acudieron sobre cien personas entre grandes de España, títulos de Castilla, oficiales generales y jefes, diputados, representantes de las juntas y de la prensa carlista, cuyos nombres constan en el acta (1). Saludado don Carlos al grito de ¡viva el rey! manifestó desde la presidencia que no pudiendo menos de admitir la no motivada dimisión de Cabrera, él se encargaba personalmente de la dirección del partido; y porque la convocación de aquella junta fuera un testimonio de que el rey cuando se trataba de asuntos graves, oía antes, para resolver acertadamente, el dictamen de personas ilustradas, consultaría la marcha que debían seguir para continuar con fe y entusiasmo la obra emprendida y con la ayuda de Dios llevarla á pronto y feliz término. Leyéronse las cartas de Cabrera, y después de mostrar Elío su adhesión á don Carlos como rey y vitorearle, repitiendo todos el mismo viva, se levantó la sesión sin discutirse ningún punto.

Esto lo ostensible. Lo que no se veía era la división de los reunidos, pues á la vez que los representantes de las provincias eran partidarios de Cabrera, los calificados como neos seguían á Aparisi y Guijarro. La sesión habida evidenció las disidencias, porque se evitó toda discusión, que habría sido tormentosa, pues muchos llevaban datos de cuestiones graves. Hubo sin embargo discusiones acaloradas en las reuniones parciales que

(1) Publicada en la citada *Historia Contemporánea.*

se efectuaron después, se evidenció más y más el antagonismo de unos y otros carlistas, las rivalidades que les separaban y el odio que muchos se tenían, aunque protestando todos de su leal adhesión á don Carlos.

La mayor ventaja que se sacó de aquella junta, fué una cuestación en la que cuatro títulos del reino aprontaron cerca de dos millones de reales, y uno de aquéllos, además de los veinticinco mil duros que dió entonces, contribuyó después con otra igual suma.

A consecuencia de la junta de Vevey, nombró don Carlos un consejo que se dividió en tres secciones, de política, de guerra y de hacienda. Este consejo encomendó á Elío las fuerzas que se reunieran en Navarra y en las provincias vascongadas, y á Cevallos se le encargó de Cataluña, donde había muchas juntas y pocas armas (1).

Mal aconsejado don Carlos, nombró poco después un ministerio compuesto de Elío, Aparisi, Labandero, la Hoz (don Vicente) y Samitier, y prevaliéndose de la gran tirantez de las relaciones de Napoleón con Prim, se procuraron los carlistas cartas de eficaz recomendación de Lady Hámilton para el ministerio francés, que estaba resuelto á molestar al español, por lo que llegó á permitir la entrada en España de las armas que aquéllos tenían en la frontera; pero como los encargados subalternos de introducirlas no estuvieron muy activos, apercibióse de ello Olózaga, y ayudado por la emperatriz, no muy amiga de Lady Hámilton, desbarató los planes de los carlistas y tranquilizó al gobierno francés respecto á la actitud de España en la guerra franco-alemana. El aprovisionamiento de armas sufrió grandes vicisitudes: hubo buque, que después de bordear las costas de Cataluña y Valencia, tuvo que ir á Orán donde fué decomisado por los franceses.

La guerra entre Francia y Prusia se consideró aprovechable ocasión para lanzarse al campo, á lo cual impulsaba la impaciencia de todos. Don Carlos negó el permiso que le pidieron para empezar el movimiento en Navarra y las provincias vascongadas, fundando su negativa en que Cataluña ni las demás provincias estaban en situación de secundarlo. Para ponerlas en tal estado se trabajaba en todas, se reunían grandes elementos, se contaba con fuerzas del ejército, había provincia en Castilla en que estaba comprometida hasta la guardia civil; pero la mayor parte de los que dirigían estos trabajos no sabían aprovechar estos mismos elementos, hacían estériles los esfuerzos de otros, no apreciaban valiosas adhesiones, y á la vez que su pobre inteligencia evidenciaban tales agentes lo poco acertada que su elección había sido.

No ignoraban las autoridades liberales muchos de los trabajos de los carlistas: el destruirlos era un deber. El coronel de carabineros don Antonio Escoda, que se hallaba en la frontera de Navarra, consideró como un acto estratégico preparar una celada á sus enemigos, y sin reparar en los medios concertó su plan; contó con auxiliares, que se presentaron á Rada de parte del coronel ofreciéndole su adhesión á don Carlos, y después de

---

(1) Según el estado que tenemos á la vista firmado por José Abril, que era el nombre de guerra del presidente de la junta de Barcelona don Francisco de Segarra, había sólo 1,580 armas para 8,324 hombres que consideraba seguros.

no pocas peripecias en una reunión verificada en Saré á la que asistieron diputados carlistas navarros, firmó Escoda el acta en la que consignaba su compromiso. Era el proyecto de Escoda apoderarse de Rada y de cuantos le acompañaran, y aunque el jefe carlista sospechó fundadamente de Escoda, se presentó en el lugar convenido por que no se atribuyera á temor su falta, adoptando sin embargo las debidas precauciones, merced á las cuales se salvó de la celada que se le tenía dispuesta regresando á Francia desengañado.

La adhesión de Escoda con su gente era la base del levantamiento en Navarra y provincias vascongadas. Aun frustrada aquélla, insistieron algunos en llevar adelante el movimiento, efectuándole pequeñas partidas que obedecían más á su impaciencia que al plan trazado, ni á órdenes que recibieran, pues aun no se habían dado; así que las partidas levantadas en Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Rioja y Burgos, evidenciaban el poco orden que reinaba en asunto de tan grave trascendencia.

Don Carlos había ido en tanto á Alemania, Austria y Rusia á interesar á los soberanos de estas naciones por su causa, sorprendiéndole lo sucedido con Escoda, cuando lo supo. Al regresar, estuvo perplejo sin decidirse á que secundaran ó no las demás provincias, á pesar de lo que apremiaban las circunstancias, porque interesaba sobre todo tomar una decisión respecto á Cataluña. Para saber si estaba dispuesta á secundar con sus propias fuerzas el alzamiento iniciado en las provincias del Norte, reunió Cevallos una junta en Perpiñán que acordó suspender todo movimiento en Cataluña, sin cejar en los trabajos de conspiración y compra de armas. Era indudablemente una temeridad cualquiera otra decisión, porque en las provincias de Lérida y Gerona sólo se podía disponer de unos 600 fusiles con su correspondiente dotación de municiones y 3,000 duros en metálico; la junta de Barcelona no había podido comprar y distribuir en su provincia más que 2,200 fusiles y tenía muy pocos recursos, quedando apenas en su poder unos 2,000 duros; en la provincia de Tarragona, según su representante don Cosme Puig, sólo había disponibles sobre 1,500 fusiles; y todos cuantos asistieron á la reunión estuvieron unánimes en que vista la carencia de los elementos reunidos, si el ejército no tomaba la iniciativa, que sería secundado inmediatamente, era una locura el levantamiento de partidas.

Las que se levantaron en las provincias vascongadas obedecieron á mayores elementos, aun cuando la falta de armas impidió que el levantamiento fuera más general. Acudió activo el general Allende Salazar á conjurar los desastres que anunció sobrevendrían con la pérdida de los fueros, que le interesaban á él tanto como á todos los demás, porque era vizcaíno, publicó enérgicos bandos, y aunque desvirtuados por los mismos liberales, dieron por el pronto el apetecido resultado.

Aquella insurrección murió al nacer; así nos será permitido prescindir de la historia de aquellas partidas que en varios puntos se levantaron y en breve desaparecieron. Hubiera sido el principal núcleo la fuerza de migueletes que se sublevó con los diputados vizcaínos, á no ser en breve derrotados, como lo fueron también los paisanos que se les unieron, por las fuerzas que súbitamente envió en su contra el gobernador militar de Vizcaya.

Los carlistas perdieron bastantes armas, 1,400, no tantas como se supuso, cinco individuos y dos oficiales prisioneros. En cuanto á los voluntarios, á los que se trató con marcada consideración, todos se retiraron á sus casas.

La generosidad con que obró el gobierno amnistiando pasados sucesos, fué bien explotada por varios jefes y oficiales que se hallaban en el extranjero al lado de don Carlos revalidando los títulos que de éste obtenían (1); y fueron tantos y produjo tal escándalo, que el mismo don Carlos suspendió el reconocimiento de cuantas gracias se habían concedido, exceptuando las del 4 de noviembre de 1868 hasta la clase de coroneles. Ocasionó aquella suspensión gran descontento entre los agraciados; sostuvo sin embargo don Carlos la suspensión de aquellas gracias que llamó enriqueñas, considerando «honrado que el rey corrigiese al rey, si comprende que se equivocó, puesto que no lo puede todo.»

Gran triunfo hubiera sido para don Carlos poder siquiera dominar la desunión de su gente, con especialidad de los que constituían las juntas y de cuantos pululaban en la frontera, precisándole á dirigirles enérgicas palabras, amenazando al que no respetase á las personas depositarias de su confianza, con borrarle del número de los leales. Enérgico unas veces, débil ó sobrado condescendiente otras, y con frecuencia mal aconsejado, no sacaba todo el partido que podría haber sacado de las circunstancias políticas por que España atravesaba. Es verdad que luchaba con la más grande de las dificultades para tales empresas, la carencia de dinero. A falta de este necesario elemento procuraron los carlistas utilizar el ardimiento de los republicanos, especialmente después de la presentación de la candidatura del duque de Aosta; y en la conferencia celebrada en Toulouse con el marqués de Albaida, manifestó éste buenos deseos para ayudarles, pero pedía armas y dinero. Elío aconsejaba que se esperase á que el gobierno estuviera enredado con los republicanos, puesto que de todas partes ofrecían lanzarse á la pelea en cuanto las Cortes eligieran rey: en Valencia los republicanos y carlistas, sin formar coalición, estaban de acuerdo; en Madrid se trabajaba en el mismo sentido, se contaba con una elevada autoridad militar, el general P... que exigió el depósito de 20,000 duros en el Banco de España, que se depositaron; se tenían inteligencias con otras, y aunque con no pocas se hacían muchas ilusiones, tenían algún fundamento, porque hubo jefes militares que sostenían esperanzas y relaciones con los carlistas, sin adquirir serios compromisos, en expectativa de futuros acontecimientos; política acomodaticia de buenos resultados materiales generalmente.

Por el buen estado de algunos trabajos, creyó don Carlos oportuno el momento de obrar, por lo cual corrió á la frontera; Cevallos reunió en

---

(1) «La facilidad de las revalidaciones y concesiones de grados y empleos por don Carlos, llegó á adquirir proporciones alarmantes, y su adquisición á constituir un verdadero negocio. Muchos de los oficiales del ejército liberal acudían á Francia haciendo protestas de carlismo, obtenían grados y empleos, volvían al ejército de que procedían como arrepentidos, presentaban su credencial y obtenían tan injusta revalidación.» *Historia Contemporánea.*

Perpiñán á los jefes que debían secundarle en Cataluña; el coronel don Ángel Romero regresó de Barcelona diciendo que todo estaba listo y dispuestos los republicanos; le mandó á ponerlo en conocimiento del centro, y éste le dirigió á Aragón, donde debían secundar á Cevallos, estando dadas las órdenes para responder al pronunciamiento que debían iniciar los republicanos; mas contestó la junta carlista de Zaragoza que no tenía bastantes armas ni recursos. Hubo otro suceso que contuvo á los republicanos: el asesinato de Prim. Al ver el centro gubernativo que no tenía auxiliares ni dinero, se aplazó el movimiento hasta nuevo aviso, y se retiraron de la frontera los que residían en Francia. Todo lo esperaban de los futuros acontecimientos.

El centro carlista de Madrid, en tanto, trabajaba, pero con poco provecho por falta de acierto. Forma legajos su correspondencia, llena toda de puerilidades, alimentando todos los señores que la componían cándidas ilusiones, haciendo juicios políticos absurdos, que no informaban gran perspicacia en sus autores, pues en más de una ocasión no veían lo que tenían delante de sus ojos: contaban con un militar de elevada jerarquía, cuando ni éste contaba con sí mismo, pretendiendo inspirar confianza á todos: esto es, se ofrecía á los conspiradores y estaba bien con el gobierno. Así escribía Elío á don Carlos (1): «Van adjuntas ó en la otra carta, tres copias de comunicaciones de Madrid, la última para Labandero llegada hoy: V. M. verá en ellas generalidades que nada dicen, pues no puedo conseguir de Alejandro (2) que precise algo. Creemos que esto consiste en que no tenía más que su confianza en el sujeto, y me ratifico en que de allí nada sacaremos, á no ser que haya lo que el señor Aparisi llama el galop infernal; pero entretanto piden siempre dinero, siendo de extrañar que no hayan podido jamás reunir un real.» Si no producían beneficiosos resultados para la causa carlista, daban en cambio bastante que hacer á la central de Bayona y al mismo don Carlos, aunque los principales sinsabores empezaron después, por antagonismos que hasta el presente duran, y más violentos, y de los cuales nos iremos ocupando, porque enseñanza ofrecen.

No reinaba tampoco el mayor orden en otras juntas, dando algunas bien tristes espectáculos, y exponiendo las de Galicia, que en vez de formarse en Santiago una central, se confiriesen todos los poderes á la autoridad militar. No hallaban modo de entenderse. Así esterilizaron muchos y muy valiosos elementos. A haber habido una dirección acertada, pudieron haber aprovechado los que tenían y comenzado la guerra civil, de bien funesta manera para los liberales, que atravesaban circunstancias en extremo críticas.

(1) En 3 de diciembre de 1870, cuya carta original tenemos á la vista.
(2) El Conde de B.

LIBRO VIGÉSIMO

REINADO DE DON AMADEO

CAPÍTULO PRIMERO

Diputación á Italia.—Asesinato de Prim.—El rey en Madrid.—Su primer ministerio
Primeras Córtes.—Rompimiento de la coalición

Cumplida la misión de las Constituyentes con la elección de rey, oponíanse algunos á su clausura, porque faltaba discutir la dotación de la casa real, que constaba de un artículo, la breve ley de incompatibilidades, una de hacienda de pocas líneas, la división de distritos electorales y el ceremonial para la recepción del monarca. Los que no transigían con el restablecimiento de la monarquía, pretendiendo prolongar el período constituyente, no se avenían con el término de catorce días que se señaló, y se opusieron; pero venció la mayoría y la razón, y las Cortes completaron patrióticamente su obra mereciendo bien de la patria; pues si antes había sido aquella asamblea digna de justa censura, en sus postrimerías hizo un esfuerzo gigante, y á través de tantos obstáculos borró algo de su pasado, y honró en parte á la revolución de 1868, tan temida por creerse fuera el desencadenamiento de todas las malas pasiones y que dejara atrás los excesos de la francesa en el siglo pasado. Si en el interregno que medió entre el nombramiento de rey y la llegada de éste á Madrid hubo que lamentar algunos punibles y criminales excesos, como los que se permitió la partida de la *porra*, de ellos protestaron todos los partidos, los condenó el gobierno, estigmatizó la conciencia pública á sus autores, y hasta los federales nombraron un jurado que sentenciara los delitos que ejecutase aquella partida que á Madrid deshonraba.

Elegido rey don Amadeo, nombraron las Cortes en el mismo día la comisión que había de ir á ofrecerle la corona; cuya comisión se trasladó á Cartagena donde esperaba lucida escuadra y los individuos del Almirantazgo elegidos para reunirse á los representantes de la Asamblea. Zarpó la escuadra en la mañana del 26, celebrándose la noche antes á bordo de la *Villa de Madrid* un banquete en el que pronunció el señor Zorrilla un famoso discurso, en el que después de referir lo que se había hecho, exponía lo que aun faltaba hacer, especialmente para establecer la moralidad más severa en todas las clases sociales, en todos los ramos de la administración, en todos los actos de la política. Quería fuesen tan dignos como honrados cuantos rodeasen al rey; que se encerrasen todos los partidos dentro de la legalidad, y si salían de ella se les exterminara, porque ante todo era la salvación del país; que había que nivelar el presupuesto para salvar la cuestión económica; que siendo la inmoralidad una de las llagas de la sociedad española, había que combatirla sin tregua ni descanso hasta que desapareciese; que la administración y la justicia no estuviesen al servicio de los merodeadores de la política; y hacía un gráfico retrato de éstos.

Desembarcó la comisión en Génova, se trasladó la misma noche á Flo-

rencia, donde recibida por el rey de Italia el 4 de diciembre, formada la tropa y guardia nacional en la carrera hasta palacio, manifestó el señor Zorrilla que cumplidor del honroso mandato de las Cortes constituyentes, iba la diputación á ofrecer el trono de España al duque de Aosta, para lo que impetraba el permiso de S. M. como jefe de la real familia, y que antes de obtenerlo le fuese lícito expresar su reconocimiento por la honrosa y cortés acogida dispensada á la diputación desde su arribo á las costas italianas. El rey contestó que la súplica que se le hacía, honraba á su dinastía y á la nación italiana; pero era un sacrificio para su corazón; que otorgaba á su hijo el permiso para aceptar el glorioso trono que le daba el voto del pueblo español, y confiaba en la Providencia y en la lealtad de la noble raza castellana, podría cumplir aquél su alta misión, consiguiendo la prosperidad y grandeza de España.

Zorrilla entonces, dirigiéndose al duque de Aosta, le refirió la elección que de él habían hecho las Cortes, para ocupar el trono que tantos reyes ilustraron; trazó á grandes rasgos la historia y lealtad del pueblo español hacia sus monarcas, la fidelidad á sus juramentos y su decisión á volver por sus fueros y libertades, ofreciéndole la corona en nombre de ese mismo pueblo español, correspondiendo á S. A. resolver si el regir los destinos de España, cuyos antiguos timbres se habían confundido á veces con los de su familia, y cuyos antecesores en el trono eran sus abuelos, brindaba estímulo bastante al levantado corazón de un príncipe joven, deseoso de emular con sus actos los grandes ejemplos de sus predecesores.

Verdaderamente conmovido contestó don Amadeo, exponiendo la profunda emoción que experimentaba por la oferta que se le hacía, aceptándola con la asistencia de Dios y el consentimiento del rey su padre; extendióse en sentidas y modestas consideraciones sobre su juventud y los vastos horizontes que de improviso se le abrían; reconocía la inmensa responsabilidad que se imponía; que no podía menos de seguir lealmente el ejemplo de tradición constitucional en que estaba educado; que sería el primer ciudadano ante los representantes de la nación; que estando llenos los anales de España de tantos nombres gloriosos, no sabía si le tocaría la fortuna de verter su sangre por la nueva patria, y si le sería dado añadir alguna página á las muchas que consignan las glorias españolas, y «en todo caso, terminaba, tengo la seguridad, porque esto depende de mí y no de la fortuna, que los españoles podrán siempre decir del rey que han elegido: su lealtad sabe sobreponerse á la lucha de los partidos, y no tiene otra aspiración que la concordia y prosperidad del país.»

Al concluir estas palabras fué entusiastamente aclamado Amadeo I como rey de España, no cesando la multitud que inundaba la gran plaza del palacio de Pitti de vitorear y aplaudir á sus reyes y á la nación española: levantóse acta del suceso, retiróse la diputación á su alojamiento en el que se presentó á poco el nuevo rey á visitarla, sin ceremonia ni previo aviso (1); en honor de ella celebróse aquella noche un gran ban-

(1) En esta visita preguntó el rey don Amadeo si continuaba la fiebre amarilla en Barcelona, y al contestársele que no, añadió: «Si así no fuese, si todavía reinase allí el terrible azote, preferiría verificar mi desembarco en ese punto.»





SEPULCRO DEL GENERAL D. JUAN PRIM, EXISTENTE EN LA BASÍLICA DE ATOCHA (MADRID)

quete en el palacio Pitti; al día siguiente en la apertura de las cámaras italianas, dijo el rey Víctor Manuel, en medio de prolongados vivas y aplausos, que mientras la Italia avanzaba por la senda del progreso, una gran nación, hermana por la estirpe y por la gloria, confiaba á uno de sus hijos la misión de regir sus elevados destinos, honrando así á su dinastía y á la Italia, y asegurando que España sería grande y feliz, mediante la lealtad del príncipe y el concurso de su pueblo todo, cuyas condiciones eran el más firme fundamento de los Estados modernos, que veían por tal arte asegurado un risueño porvenir de concordia, de libertad y de progreso.

El júbilo era grande y sincero, celebrándose suntuosos banquetes y magníficas fiestas, en todas partes se aplaudía á los diputados españoles, á cuyo paso se apiñaba la multitud, pero en medio de tan gran contento no faltó alguna nube de siniestro presagio que se procuró disipar, y que á no haberse disipado hubiera producido un verdadero conflicto. Aunque no de tan lamentables consecuencias, fué sentida la muerte de don Pascual Madoz que había prestado importantes servicios á la causa liberal, y evitó algunos disgustos entre varios individuos de la comisión que perturbaron la armonía que debía haber reinado en todos.

Al regresar dijo el rey de Italia al señor Zorrilla: «A vuestra lealtad, y á la lealtad del pueblo español, fío la vida y el porvenir de mi amadísimo hijo.»

En la *Numancia* llegó don Amadeo á Cartagena en la mañana del 30 de diciembre.

En este mismo día sucumbía Prim. Hasta entonces había marchado nuestra revolución sin sacrificar las ilustres víctimas que la de Inglaterra y de Francia, sin desmembrar su territorio como la de Bélgica. Había estado dirigiéndola aquel hombre valiente, perseverante, que amaba la libertad y respetaba el Parlamento, que á veces apasionado y estoico á veces, sonreía al oirse acriminar injustamente, aplacaba tempestades, y si produjo la del 19 de marzo, nadie hizo más esfuerzos que él para disminuir sus efectos. Sacrificándose con frecuencia por la unión de todos, cediendo hasta en sus afectos y compromisos, se elevó Prim á grande altura. Todo lo pudo, y dió su vida por dar rey á España.

Y nunca se mostraba Prim más satisfecho, porque consideraba coronado dignamente el edificio revolucionario. De aquí la saña no sólo de los federales, sino de todos los enemigos de la revolución, que amargaron cruelmente los últimos días de aquel general. Insultado en las Cortes, denigrado en clubs que eran la aberración de todas las libertades, aunque Rivero los llamó *tonterías dignas de desprecio*, y atreviéndose periódicos como *El Combate* á llamarle cobarde, amenazándole con matarle en la calle como á un perro, no había denuestos que sus enemigos no le dirigieran con esa pasión, con ese encono, con esa saña con que se lucha en política deshonrándola y deshonrándose.

Terminada en las Cortes la sesión del martes 27 de diciembre, detúvose Prim en un corro conversando de buen humor, y preguntó á un republicano federal: «¿Por qué no viene V. á Cartagena á recibir á nuestro rey?» Contestó en tono de broma y en el mismo continuó la conversación, y al despedirse dijo Prim: «Que haya juicio, porque tendré la mano

muy dura.—Mi general, le respondió, á cada uno le llega su San Martín.»

Diferentes anónimos avisaban á Prim que se atentaba contra su vida, y se preparaba una insurrección ayudando á los republicanos algunos elementos monárquicos despechados. Despreció los avisos, desdeñó tomar precauciones para asegurar su persona, y con sólo dos ayudantes, como de costumbre, salió del Congreso á las siete de aquella noche de gran nevada, y al aproximarse la berlina que les conducía á desembocar á la calle de Alcalá por la del Turco, se acercaron tres hombres por cada lado al carruaje, rompió uno el cristal con la boca del trabuco, y diciendo á Prim *prepárate que vas á morir*, dispararon los seis trabucos Habíase interpuesto una berlina de plaza; bregó el cochero del general por salvar aquel obstáculo que obstruía el paso, dando latigazos á la vez sobre los grupos de asesinos, y al fin logró seguir rápidamente su carrera.

No desconoció Prim lo mortal de las heridas que recibió en el hombro y el pecho. Atendió lo primero á que Topete se encargara interinamente de la presidencia del Consejo de ministros y fuese en busca del rey á Cartagena y como no había sacrificio imposible en aquella situación, Topete, declarando que al ver herido al general Prim, sintió herida la revolución, la libertad y la honra nacional, creyó un sagrado deber, sin abdicar de sus creencias, ni retractarse de nada, sostener el voto legal de la Cámara, defender la revolución, la libertad y la sociedad é ir en busca del rey elegido por las Cortes, servir de escudo con su pecho, y responder con su vida de la del rey que se le confiaba.

Todos los partidos protestaron en la sesión del día siguiente de tan horrendo crimen, rechazando á sus infames autores; los monárquicos de todas procedencias se unieron, y los republicanos declararon que si hubieran lanzado sus huestes á la lucha en el instante de pisar el rey extranjero el suelo español, sin tener en cuenta el cambio violento operado en la situación con la inopinada desgracia del general Prim, las clases conservadoras y las indiferentes á la marcha de los acontecimientos se hubieran agrupado alrededor del trono, dando prestigio á don Amadeo.

Mortales las heridas de Prim, falleció en la noche del 30 de diciembre. Levantó el trono para don Amadeo y se abrió el sepulcro para sí! Aquella misma noche se intentó por muy pocos perturbar el orden en Madrid, harto consternado por la desgracia que se acababa de experimentar, pero se restableció inmediatamente la tranquilidad, deteniéndose á algunos de los que hicieron disparos de fusil en la calle de Belén.

Del asesinato de Prim, culpa el señor García Ruiz en sus *Historias*, al joven Paul y Angulo. Nosotros, que quisiéramos borrar este hecho de la historia de nuestra patria, no podemos ser explícitos. No puede deducirse mucho de la voluminosa y embrollada causa que se formó; alguno de los que pudieran hacer luz fué muerto por la guardia civil, tiempo después; hasta ahora ha sido impotente la justicia para averiguarlo, y no podemos asegurar hasta qué punto será exacto el juicio de la conciencia pública.

Las Cortes honraron la memoria de Prim, pronunciando sentidos discursos los más elocuentes oradores de la Cámara.

Por afrontar peligros, acompañaron á Topete á Cartagena los generales Concha y Zavala.



AMADEO I

Entusiasta recibimiento dispensó al rey la ciudad de Asdrúbal, que pudo á su vez quedar satisfecha del proceder del joven monarca, religioso en los templos, generoso en los hospitales y sencillo y confiado en la población, por cuyas calles paseó á pie prescindiendo de todo aparato ostentoso. Lo mismo sucedió en Murcia y Albacete.

La muerte de Prim avivó el deseo de don Amadeo de llegar á Madrid. Se inflamó su valor ante la expectativa del peligro, y arrostrando la saña y barbarie de los que no reparaban en medios, por inicuos que fueran, para conseguir sus fines, abrevió el viaje, pernoctó en Aranjuez el primer día del año 1871 y el 2 hizo su entrada en la corte, entapizada con alfombra de armiño, á causa de una gran nevada, precediendo á todos, á caballo, arrancando aclamaciones producidas por su apostura, por su arrogancia sin ostentación, por sus elegantes maneras y por la valiente y digna serenidad que mostraba. Produjo entusiasmo en las señoras, simpatía en los hombres, admiración en todos: nuestra generación no estaba acostumbrada aún á ver un rey joven, con fama y hechos de valiente, desafiando la cruel intemperie y los enconos asesinos, con valor sin arrogancia, con cortesía sin afectación, y hasta con galantería simpática: arrancaba aplausos sin solicitarlos, aclamaciones sin buscarlas. Los que otros candidatos tenían, abrigaban en su pecho una esperanza que les abría el camino de la adhesión sincera y resuelta. Oró en Atocha breves momentos, contempló el cadáver del que tanto trabajó para aclamarle rey, fué recibido en el Congreso con el ceremonial preparado; después de entregar al regente sus poderes, juró el rey la Constitución con la palabra enérgica del que tiene la resolución de cumplirla, y tomada posesión de corona y cetro, en medio de entusiastas aclamaciones, antes de ir á palacio, fué á saludar á la ilustre viuda, á identificarse con ella en su dolor, á rendir el rey el tributo del caballero. Sin descansar apenas en palacio, visitó sin ostentación al regente, y comenzó su reinado dando ejemplos de digna modestia. Aquí parecían extraños y son comunes en casi toda Europa.

Aun no contaba 26 años cuando vino á reinar don Amadeo, hijo de Víctor Manuel y de María Adelaida Francisca, que lo era del archiduque de Austria Raniero. Sus ilustres y antiguos ascendientes fueron infantes de Aragón y de Castilla, pues la primera alianza de la casa de Saboya con el trono de España fué la de Beatriz, hija de Amadeo IV, llamada la Condesita, habida en Cecilia de Baux, denominada por su hermosura la Malva Real, quien casó en segundas nupcias con Jaime, infante de Aragón. En 1269, muerto don Jaime, casó con don Manuel, infante de Castilla, hijo segundo de San Fernando, siendo hijo de ellos el célebre don Juan Manuel, autor del famoso *Conde de Lucanor*.—Formado por su madre el corazón del niño y desenvuelta por su padre la razón del príncipe, enseñóle fácilmente el coronel de E. M. Ricci el arte de la guerra y el no menos difícil de guiar las huestes con la inteligencia del que aprende antes á obedecer los deberes del soldado; con el coronel de artillería Giovanetti, aprendió esa ciencia, que hace del arma más temida, cuando es bien manejada, no sólo el poderoso auxiliar de los ejércitos sino el decididor de las batallas, y el general Rossi, cultivando en todo su inteligencia y haciendo provechosos sus estudios, viajó con él, recibiendo así esa instrucción que pene-

tra por los sentidos, se arraiga en la mente y va creando la experiencia. Inspiróse en Génova en el amor al comercio, en Florencia y Roma sintió nacer en su corazón el sentimiento artístico que dió inspiración á Miguel Ángel y á Rafael; se condolió al ver la decadencia de la Turquía, visitó Suecia y Dinamarca, cuando estos países escandínavos ofrecían el deplorable espectáculo de un venturoso desenvolvimiento interior limitado por peligros exteriores que le comprometían: la Dinamarca, para quien los nuevos episodios de su lucha con Alemania la iban á traer una crisis suprema, tenía, aun en víspera de tales extremidades, la hacienda próspera y un gobierno amante de todas las reformas útiles, y Suecia perfeccionaba su legislación y administración, protegía su industria y comercio, y se iba procurando una venturosa hegemonía en el norte escandínavo, recogiendo los frutos del excelente reinado de Oscar I que sabía desenvolver su hijo Carlos XV. Recorrió la Francia y la Inglaterra, emporio de los adelantos de todos los ramos del saber humano, examinándolo todo, y no olvidó en sus viajes á España, visitándola como vimos, no con el propósito de emparentar con la familia real, según se supuso, sino con el mismo objeto con que viajaba por Europa, con el de conocerla y estudiar hasta sus costumbres. Encargósele el mando, á los 20 años de edad, de una legión de la güardia nacional de Milán, entró después en el ejército mandando diferentes cuerpos, con los que tomó parte en las grandes maniobras militares, sufriendo con veterana impavidez los rigores del vivac como los demás oficiales; y á poco, en la guerra con Austria, en los campos de Custozza, supo demostrar su bizarría y derramar su sangre por la patria, cayendo herido en el puesto de los valientes, en el más avanzado, y en el momento de alentar á sus soldados que le siguieran.

Su enlace en 1867 con doña María Victoria, que también contaba entre sus ilustres ascendientes distinguidos títulos, generales, almirantes y grandes de España, fué entusiastamente celebrado en toda Italia, porque reunía en sí aquella ejemplar señora, todo lo más digno y elevado de sus dignos y elevados ascendientes. Religiosa sin fanatismo, virtuosa sin ostentación, noble sin orgullo, ilustrada sin vanidad y señora siempre, era verdaderamente digna de ocupar un trono.

España tenía, pues, un monarca sin adhesiones que premiar ni agravios que vengar. La historia enseña con triste elocuencia, que los reyes por los que más sacrificios han hecho los pueblos, les pagaron peor, y aunque esta nación hidalga ha recompensado con amor los agravios, tiempo era para que sin faltar á lo que la nobleza de los sentimientos obliga, se atendiera más al bien de la patria que á la satisfacción de afectos personales, á los que ligan vínculos políticos; lo cual ha sido origen de no pequeños males. No se comprende por lo tanto, cómo la comisión permanente de la grandeza de España, suspendió su presentación como cuerpo del Estado, por no rendir el debido homenaje al rey Amadeo. Y esa grandeza cuyas glorias son las de la patria, que no debe ni puede vivir enajenada del pueblo, que la ha considerado, se debe más á su país que á personales afecciones por respetables y sagradas que sean. Los más decididos partidarios de doña Isabel II fueron siglo y medio antes los mayores enemigos de la Casa de Borbón, los que más pelearon contra Felipe V. Mu-

chos grandes asistieron á las Cortes de Bayona, donde se juró rey á José Bonaparte, que se imponía por la fuerza, y otros aceptaron sus favores. Si las circunstancias modificaron en todos tiempos la conducta de los grandes, pudieron y debieron, sin menoscabo de su dignidad, estar al lado de don Amadeo, teniendo así ocasión de prestar importantes servicios á la patria. Pero la grandeza española, desconociendo su importancia y su misión desde 1833, ha contribuído más que nadie á su anulación como poder, á su desprestigio como cuerpo, y á interrumpir su gloriosa historia, contentándose con la de sus viejos pergaminos, los que los conservan.

Perplejo se vió don Amadeo para la formación de su primer ministerio por las diversas opiniones de sus consejeros, aunque todas inspiradas en el mejor deseo; pues importantes unionistas sostuvieron la conveniencia de un gabinete exclusivamente progresista, que hubiera permitido la organización de un partido menos avanzado, aun cuando no en todos hubiera la suficiente calma para saber esperar; pero se opusieron á la formación de un gabinete homogéneo los mismos que habían de constituirle, y Serrano formó al fin el gobierno con los señores Martos, Sagasta, Zorrilla, Moret, Ulloa, Beranger y Ayala, dando una prueba de sinceridad los elementos más avanzados, tomando las carteras de Estado y Fomento Martos y Zorrilla, dejando á Ulloa la de Gracia y Justicia, objeto constante de unos para avanzar, y de otros para resistir y aun retroceder. Era muy grato para el rey ver unidos á hombres de opuestas tendencias, y el país concibió lisonjeras esperanzas.

Convocadas Cortes ordinarias para el 3 de abril, aprestáronse á luchar legalmente republicanos y carlistas, haciendo uso de ese derecho que pocas veces ó ninguna hay razón para abandonar; juró el ejército lealtad al rey Amadeo, y al comunicarse á los representantes de España en el extranjero el establecimiento de la nueva monarquía, podía augurarse que en la levantada por la soberanía nacional, se fundaba la esperanza de la reorganización de este gran pueblo, para que ocupara en el concierto europeo el lugar que de derecho le corresponde. Contábase para esto con un monarca sinceramente constitucional, que no podía ser un obstáculo á cuanto pudiera contribuir al engrandecimiento de la patria; si bien necesitaba la ayuda de todos; y desde un principio, sin esperar los actos del nuevo ministerio, los partidarios hostiles á la naciente monarquía se coligaron contra ella en nefando consorcio. Era legal, sin duda, la lucha á que se aprestaron, pero excitando las más exageradas pasiones, los instintos más turbulentos y la ignorancia de las masas. Extenso campo hallábase para ello en este pueblo que aun no ha desterrado antiguos hábitos de holganza; en que las clases más privilegiadas no han sido las más instruídas, contentándose unos con malgastar las fortunas heredadas, y otros con escalar altas posiciones por el favor, más que por los propios merecimientos; creyendo que llenarse de títulos y condecoraciones, cubrir la cabeza con una mitra, ó ceñir una faja, dan patente de saber, no se cuidan más que de conseguir mayor medro, y no por el estudio y el trabajo, sino por el fecundo campo de la política perturbadora. Y como no hay causa, cualquiera que ella sea, que carezca de partidarios, y los tiene siempre la vida aventurera, no faltan masas inconscientes que se sacrifican por los

que hacen de ellas escabel de encumbramiento. Así sucedió, y así se vió, porque no era posible otra cosa, que una coalición entre los partidos más opuestos, pudiera ser benéfica ni provechosa para el país, ni aun para los mismos que la formaban. Esto sin contar con quienes sin ser carlistas, ni republicanos, alentaban á éstos en su empresa destructora.

Prolongáronse las elecciones municipales, como garantía de mejor resultado, y al acercarse las de diputados provinciales convocaron los carlistas á sus correligionarios á las urnas para destruir al gobierno y á la dinastía; los republicanos declararon que no aceptaban la monarquía por evitar el escarnio del mundo civilizado y la maldición de la historia, y los moderados lanzaron un manifiesto para ostentar ideas harto lastimosamente conocidas, hacer alarde de principios de honor, mejor sentidos que entendidos, porque está el bien de la patria por encima de todo, y se vió con dolor que hombres de brillante historia se encerraron en el estrecho círculo de un partido de esperanzas, pudiendo aún ser útiles al país con su ilustrado concurso en un campo á todos abierto.

Por desgracia para la situación y para el país, la conciliación ministerial se quebrantaba. Sólo ante la coalición de sus mayores enemigos tenía que mostrarse unido el gabinete, creyéndose obligado á intervenir en la contienda electoral, del único modo que le era lícito, demostrando su pensamiento, fijando la atención del país sobre la situación que atravesaba, considerando llegado el momento de hacer enérgicas afirmaciones, quitar la esperanza á propósitos insensatos, someter todas las rebeldías al orden constituído, y evitar que afectos personales, despechos pueriles, ó vergonzosos rompimientos, debilitando lo presente, remitieran el porvenir de la patria á nuevas y sangrientas oscilaciones: quería que se olvidaran antiguas diferencias, y sometiendo resueltamente todo lo secundario á lo principal, aparecía unido ante el país, compacto, fundido en el crisol del patriotismo y en la inquebrantable voluntad de sacar triunfantes los altos intereses encomendados á su custodia; hacía el programa de la política que se proponía seguir, combatía la coalición de carlistas y republicanos, y dijo que si pretendían que la situación no tuviera más heredero que el caos, el gobierno se colocaría á la altura de sus deberes, firmemente resuelto á no dejarse sustituir por la anarquía. Excelentes teorías, que se deseaba ver traducidas en actos concretos, para que los hechos correspondieran á las palabras.

El cuerpo electoral dió al gobierno importante mayoría, si bien era grande también la minoría de las oposiciones, y especialmente la carlista, sin ejemplo en ninguna legislatura: su número podía decidir las cuestiones al lado que se inclinara. De aquí las pocas esperanzas que se fundaron en aquellas Cortes, cuya mayoría no pertenecía á un solo partido; pero como más que la política importaba la administración, y era de interés común el arreglo de la hacienda, se creía que esta necesidad suprema, generalmente reconocida, daría tregua á las candentes cuestiones políticas.

Después de haber ido don Amadeo á Alicante á recibir á la reina doña María Victoria, que conquistó desde luego las más vivas simpatías de cuantos la trataron, abriéronse las Cortes el 3 de abril, asistiendo el rey con espartana sencillez y sin el boato de costumbre. En esta segunda vez

que se encontraba en el seno de los representantes de la nación, les manifestó que la primera, obligado á encerrarse en la fórmula de un juramento, que tendría siempre para S. M. la doble sanción de la religión y de la hidalguía, no le fué dado manifestar á los constituyentes los sentimientos de su corazón por verse elevado por ellos á la suprema dignidad de este pueblo magnánimo; pero en esta cuestión le cumplía manifestar ante los diputados y el país, los sentimientos de su alma agradecida, en la cual se fortificaba cada día el propósito de consagrarse á la difícil y gloriosa tarea que leal y voluntariamente había aceptado, y que conservaría mientras no le faltase la confianza de este leal pueblo, á quien *jamás trataría de imponerse.* Refirió cómo, alejado de las luchas políticas, le sorprendió el ofrecimiento de la ilustre corona de Castilla, que si hubiera sido en él atrevimiento pretender, habría sido agravio el rehusar cuando la espontánea voluntad de un pueblo heroico le asociaba con sus votos á la obra de su regeneración y engrandecimiento; que la aceptó seguro de que no podía comprometer la paz de Europa ni lastimar los intereses de ninguna nación amiga; proclamó su derecho como una emanación del de las Cortes constituyentes, considerándose investido de la única legitimidad que la razón humana consiente, de la más noble y pura que reconoce la historia en los fundadores de dinastías, cual es la legitimidad que nace del voto espontáneo de un pueblo dueño de sus destinos; que había recibido inequívocas muestras de simpatías de los gobiernos extranjeros, que habían acreditado á sus representantes diplomáticos cerca de su persona; que le sería satisfactorio el restablecimiento de relaciones con la Santa Sede, confiando en que no se haría esperar la concordia con el Sumo Pontífice, que sinceramente deseaba en su carácter de jefe de una nación católica; que le lisonjeaba la esperanza de la pronta pacificación de la isla de Cuba; que el gobierno sometería al examen de las cámaras las mejoras necesarias para la buena administración y desarrollo moral y material que el país tenía derecho á esperar, y que eran fáciles de obtener cuando se practica sinceramente la libertad; que el gobierno daría preferente interés á la cuestión de hacienda, y añadió:

«Al pisar el territorio español formé el propósito de confundir mis ideas, mis sentimientos y mis intereses con los de la nación que me ha elegido para ponerme á su frente, y cuyo altivo carácter no consentirá jamás extrañas é ilegítimas ingerencias. Dentro de mi esfera constitucional gobernaré con España y para España, con los hombres, con las ideas y con las tendencias que dentro de la legalidad me indique la opinión pública representada por la mayoría de las cámaras, verdadero regulador de las monarquías constitucionales. Seguro de vuestra lealtad, como lo estoy de la mía, entrego confiado á mi nueva patria, lo que más amo en el mundo, mi esposa y mis hijos; mis hijos, que si han abierto los ojos á la luz en tierra extraña, tendrán la fortuna de recibir las primeras nociones de la vida, de empezar á hablar la lengua de Castilla, de educarse en las costumbres nacionales, y de inspirarse desde sus primeros años en los últimos ejemplos de constancia, de desinterés y de patriotismo que la historia de España ha trazado como una estela luminosa á lo largo de los siglos. Señalado por la voluntad del país mi puesto de honor, mi familia

y yo hemos venido á participar de vuestras alegrías y de vuestras amarguras; á sentir y á pensar como sentís y pensáis vosotros, á unir en fin, con inquebrantable lazo nuestra propia suerte á la suerte del pueblo que me ha encomendado la dirección de sus destinos. La obra á que la nación me ha asociado es difícil y gloriosa, quizá superior á mis fuerzas, aunque no á mi voluntad, pero con la ayuda de Dios, que conoce la rectitud de mis intenciones; con el concurso de las Cortes, que serán siempre mi guía, porque siempre han de ser la expresión del país, y con el auxilio de todos los hombres de bien, cuya cooperación no ha de faltarme, confío en que los esfuerzos de todos obtendrán por recompensa la ventura del pueblo español.»

Si políticos descontentadizos entendieron que se ocupaba el rey en el anterior discurso mucho de su persona, importaba al país bastante tener cabal conocimiento del que ocupaba el trono. Cuidábase poco don Amadeo que se discutiera su persona, é interesaba al país que se conocieran sus antecedentes. Estrictamente constitucional su política en los tres meses que llevaba en España, si se efectuaron algunos actos políticos, calificados de fuertes, contra varios generales que se opusieron á jurar al rey, la voz pública proclamó, y á nosotros nos consta, que á seguirse los deseos de S. M., nadie habría experimentado el menor contratiempo por que no le jurase, interesándose doblemente por lo mismo que le afectaba personalmente Era cuestión de gobierno, y no quiso provocar una crisis en aquellas críticas circunstancias, por un asunto en el que la opinión pública le hacía justicia. No estaba el defecto en hacer cumplir lo mandado, sino en haberlo mandado.

El discurso del rey fué recibido con sinceros aplausos y aclamaciones, y cuando con acento firme y resuelto dijo de su propia cuenta *que jamás trataría de imponerse*, tres veces se levantaron en masa diputados y senadores para aplaudir con entusiasmo.

Compacta la mayoría en la elección de presidente del Congreso, obtuvo don Salustiano Olózaga 168 votos contra 110 papeletas en blanco. Para presidir el Senado fué elegido don Francisco Santa Cruz. No era muy poderoso el resultado de la votación, pero satisfizo á los monárquicos de aquella situación y al rey, que autorizó el regreso de los generales desterrados que tanto le apenaba su destierro, pues sobre no querer que nadie sufriese, no permitía que fuera por su causa; quiso también don Amadeo se llevaran á Puerto Rico las conquistas de la libertad, en cuanto se le dijo que podían participar de ellas, y se convocó á sus electores para que eligieran diputados. Público el comportamiento de don Amadeo y sus patrióticas aspiraciones, supo mostrarle el pueblo su agradecimiento, ratificando con vítores y aplausos el voto de las Constituyentes, protestando á la vez de la sistemática oposición que se hacía á la nueva dinastía.

Una infanda coalición llevó al Congreso tan considerables minorías que hacían imposible todo gobierno en cuanto la mayoría tuviera algunos pocos desprendimientos. El consorcio de los partidarios de Suñer y Capdevila con los del obispo de Urgel y Manterola, sublevaba á toda honrada conciencia católica, porque lastimaba y ultrajaba las creencias: en el orden moral eran un insulto, y en el político un anacronismo, un semillero

de desastres: coalición para destruir, no para edificar: oposición infecunda por falta de afirmación; así que carecía de solución en el orden religioso, moral y político, y venía, sin embargo, á combatir en todos estos terrenos. Todo aconsejaba y exigía la más estrecha unión entre los partidarios de don Amadeo, cuyo leal y noble proceder era la sanción del derecho, de la razón, de la conveniencia. Cada acto del rey justificaba más esta necesidad; porque en todo se mostraba identificado con los sentimientos del pueblo español. Y más patriota y más español se mostró Amadeo I asistiendo á las fiestas cívicas del 2 de mayo, que los que en aquel memorable aniversario pensaron locamente en contrariarle, y ¡eran ó se llamaban españoles, y combatían al rey por extranjero! De este rey que honraba con su presencia las cenizas de los que derramaron su sangre por la patria, de los que dieron su vida por la salvación de España ¡Y aun había españoles que fraternizaban con los que querían derribar el monumento que encierra tan sagrados restos! Comprendemos las aberraciones del entendimiento, no las del patriotismo, si pueden tenerle los que podemos llamar verdugos de la historia.

Tales elementos entraban en la coalición parlamentaria, formada de tradicionalistas, federales, alfonsinos y despechados: combatían al gobierno, á la dinastía, á la familia, á la sociedad, á todo; no podía esperarse otra cosa de la alianza de la demagogia blanca, de la roja y de la negra, de los elementos discordantes de tan monstruosa coalición, en la que había simpatizadores de la *Commune* de París, defendiéndola en el Congreso con su palabra y con su voto. Preveíanse males más ó menos cercanos, y deseando la mayoría atajarlos, quiso reformar el reglamento de las Cortes para hacer también más provechosas sus tareas; produjo esto una crisis; acordó la mayoría regirse por el reglamento de 1854; propuso Moret un nuevo empréstito sobre la riqueza mobiliaria, restablecer los consumos, y procurar desenvolver los gérmenes de nuestra riqueza para levantar el crédito y con él la prosperidad de la nación; llevaron las oposiciones al debate hasta la existencia de la monarquía; y si estaban en su derecho los republicanos, no los defensores de los Borbones, ya lo fueran de don Alfonso ó de don Carlos, combatiendo por extranjero á don Amadeo, como si no lo hubiera sido Felipe V, como si reconociera mejor derecho una intriga tenebrosa á la cabecera de un moribundo imbécil que la elección hecha en Cortes; como si el derecho electivo no se hubiese antepuesto al hereditario eligiendo en Caspe á don Fernando de Antequera, bastando sólo las dos terceras partes de los votos, si no la elocuencia de San Vicente Ferrer, para que reinara un príncipe extranjero con preferencia á los príncipes naturales del país, y que éstos le prestaran pleito homenaje, confirmando después las Cortes la elección de Caspe, sancionando así el principio hereditario. «Los derechos de sucesión al trono, dice el P. Mariana, han sido entablados más por una especie de consentimiento tácito del pueblo, que no se ha atrevido á resistir á la voluntad de los primeros príncipes, que por el sentimiento claro, libre y espontáneo de todas las clases del Estado, como á su modo de ver era necesario que se hiciese. ¿Hemos de tener en más los bajos raciocinios y razones que la salud de muchos?... siempre que se puso en litigio la legitimidad, el vencedor lo fué más por la

gloria de las hazañas y esclarecidas virtudes, que por la fuerza del derecho que le competía.» No es doctrina moderna el derecho de los pueblos, la soberanía nacional: *Non est potestas nisi á Deo: non quia republica non creaverit, sed quia id fecerit divinitas erudita,* proclamó San Pablo y explicó Soto.

Sin causa constitucional ni parlamentaria, por mutua divergencia en los ministros, dimitieron, y el rey se negó á admitir la renuncia hasta que una votación en las Cortes le enseñara dónde estaba la mayoría. Fué transigiendo el ministerio sus diferencias y aquietando la impaciencia de la gente moza; pero produjo á poco la salida del ministro de Hacienda un expediente de tabacos, aun cuando en nada efectaba á la justificada honradez del señor Moret, y se hizo general la crisis por la insistencia en retirarse Zorrilla, Martos y Beranger, que encontraban un obstáculo á su política radical en los elementos menos avanzados del gabinete. No se trataba, en general, de altas cuestiones políticas, sino de personas, de distritos, de influencia respectiva en las provincias, recelos y envidias; todo lo cual produjo una lucha que nos limitaremos á calificar sólo de antipatriótica. Los unionistas creyeron encontrar un auxiliar en Sagasta por su enemiga con los republicanos, y le asediaron, y hasta procuraron con esmero cultivar las relaciones con la reina, á la que se pretendió hacer el centro obligado al que convergerían todos los elementos conservadores. Como estos tratos, y otros, no se ocultaban á los demócratas, se produjo definitivamente la ruptura; se suspendieron las sesiones de Cortes; vióse precisado el rey á encomendar al general Serrano la formación del nuevo ministerio, y tuvo empeño entonces en realizar la tan necesaria formación de dos partidos dentro de una legalidad común, que pudieran alternar en el poder. Por no herir susceptibilidades, ó no conseguir vencer algunas impaciencias, que tanto daño hacen á los partidos, quiso Serrano continuara la coalición, y tener por compañero á Sagasta; é imposible la formación de este ministerio, resignó el duque el encargo de formarle.

Conferido á Zorrilla, aceptó tan grave cometido, aun comprendiendo la inseguridad notoria de un gabinete formado bajo tan desfavorables auspicios, y lo hizo con los señores Córdova, Montero Ríos, Ruiz Gómez, Madrazo, Beranger y Mosquera, reservándose la presidencia, y la cartera de Estado para Sagasta, que ofendido con los anatemas que le lanzaron, no se consideró satisfecho con las alabanzas que le prodigaron cuando su negativa á formar parte del ministerio Serrano, é inutilizó el propósito de éste.

Base de toda buena administración la necesaria nivelación de los presupuestos constituía lo principal del programa del nuevo ministerio, que comenzó á retocar todos los ramos de la administración. Tenía el firme propósito de armonizar el orden con la libertad, arraigar en todo los principios de moralidad y justicia, y quería dejar sentado que una parte del partido progresista sabía gobernar y labrar la felicidad pública. Su decisión era grande, el rey otorgaba su confianza omnímoda, y no podían ser obstáculo á la práctica de su programa las Cortes, cuyas sesiones se suspendieron por dos meses. No podía estar animado Zorrilla de mejores deseos, y obedecía en ello los impulsos de su corazón, su acendrado libe-

ralismo; pero en breve empezaron á ponerle obstáculos los que acababan de ser sus coligados. Muchos generales unionistas hicieron dimisión de los cargos que ejercían, y el rey se negó á admitir sus dimisiones, sentando el buen principio de que el ejército sirve á la patria. Era tan decidido este propósito, que se negó á admitir la dimisión de un general, su ayudante, contestándole que los cargos que se ejercían en su casa, fueran militares ó civiles, no tenían relación alguna con la política, y que el que estuviese investido con el carácter de representante del pueblo, podía votar libremente con arreglo á su conciencia y á sus opiniones políticas.

Pasó el rey el estío en la Granja, regresando los sábados á Madrid, para no interrumpir los acostumbrados Consejos y evitar á los ministros la molestia del viaje, tomándosela S. M. En setiembre recorrió las provincias de Albacete, Valencia, Tarragona, Barcelona, Gerona, Lérida, Zaragoza y Logroño, regresando por Tudela, Calatayud, Sigüenza y Guadalajara, recibiendo en todas partes finos obsequios, delicadas atenciones y gran cosecha de vítores y aplausos. A este viaje precedió una absoluta y amplia amnistía, sin excepción de clase ni fuero, á todas las personas sentenciadas, procesadas ó sujetas á responsabilidad por delitos políticos de cualquier especie, cometidos hasta el 31 de julio del año anterior; así que, si este acto de generosidad política merecía cuando menos la gratitud de los que el beneficio recibían, la humanitaria prodigalidad que usó en todo el viaje dejó imperecederos recuerdos en los establecimientos de beneficencia y en todos los necesitados.

Iba el rey conquistando el afecto de los españoles; pero los partidos políticos parecían estar de acuerdo para destruir aquella monarquía. Aprovechando las disensiones de los monárquicos y lisonjeados con el desenvolvimiento de la política radical, se atrevieron los republicanos á pedir al ministerio alguna hospitalidad ó benevolencia de que habían menester para fortalecerse: aunque no se les negaba, preocupaban mucho al gobierno las economías; todo lo posponía á este salvador empeño; no pensaba más que en rebajar sumas y publicar en la *Gaceta* las economías que se iban haciendo, así como el magnífico y asombroso éxito del empréstito de los 600 millones, que probaba el crédito que tenía en la opinión pública, que hubiera dado aún más beneficiosos resultados sin la división y el rompimiento de quienes hasta entonces habían estado unidos, de los señores Zorrilla y Sagasta.

CAPÍTULO II

Zorrilla y Sagasta.—Junta y jurado de conciliación.—Caída del ministerio

Zorrilla había caído el 2 de enero de 1870 cediendo el puesto al presidente de la Cámara y ocupando el de éste: el mismo procedimiento idearon los amigos de Sagasta; pero el gobierno se comprometió á sostener en la próxima legislatura la presidencia de Rivero, y hasta ocho días antes de la apertura de las Cortes no se apercibió de lo que se preparaba, cuyo tiempo aprovecharon perfectamente los partidarios de la candidatura de Sagasta Ofreciendo éste retirar la suya si Zorrilla retiraba la de

Rivero, se hicieron para ello los esfuerzos más patrióticos, se emplearon las amistades más valiosas á fin de evitar un rompimiento funesto á todos, que no podía menos de ser germen de grandes desastres, cualquiera que fuese el vencedor; todo fué inútil. No se hallaba una solución conciliadora, aunque se buscó hasta el momento de abrirse las Cortes, en las que presentó el ministro de Hacienda los presupuestos, se dió la batalla en la elección de presidente, triunfó Sagasta, y la derrota de Zorrilla en aquella cuestión tan imprudentemente conducida por todos, motivó su dimisión.

No podían ser más difíciles las circunstancias. Había en el Congreso dos minorías poderosas, la republicana y la carlista, cuyo empuje combinado, apenas si podía resistir aquella mayoría híbrida; un pequeño grupo de moderados; una porción crecida de antiguos unionistas; otra poco numerosa de demócratas que aceptaban la monarquía, y una masa enorme de elementos del progreso histórico. Aun reunidos los dos últimos grupos y compactos, era muy problemático su triunfo; ¿qué había de suceder desde el momento en que el más numeroso de ellos se dividía en dos porciones iguales? No era dudoso el resultado. La minoría carlista, acaudillada por Nocedal, diestro en estas lides, no tenía otro objetivo que hacer imposible todo gobierno: su voto siempre se sumaba con las fuerzas de la oposición, salvo muy raras cuestiones; la minoría moderada, aunque no tan inclinada por ese camino, lo seguía con frecuencia, y la republicana tendía al mismo fin, siquiera muchas veces procurase realizarlo mediante el procedimiento de la abstención. La división de los progresistas completó este cuadro. Era precisa la unión de éstos, y el rey ofreció á Espartero la formación del gabinete para que con su prestigio uniera á los divididos; mas aquel ilustre veterano se vió imposibilitado, bien á pesar suyo, de aceptar el honor que se le dispensaba; le declinó Sagasta, ó más bien presentarse en primer término, y designó á Malcampo, que echó sobre sí la inmensa responsabilidad que se imponía, diciendo que la empresa era superior á sus fuerzas; la consideró como un sacrificio, y formó su ministerio con Candau, Bassols, Colmenares, Angulo, Montejo y Balaguer. Calificado este gabinete de verdadera *coterie* por sus adversarios, no satisfizo grandemente ni aún á los antiguos progresistas, de cuyos elementos se componía, aunque no de los culminantes en general, salvas algunas excepciones. Túvosele por transitorio, considerada unida su existencia á la ya efímera de aquellas Cortes, á las que se presentó y su programa progresista-democrático, ofreciendo continuar la obra del anterior gabinete.

Inconvenientes y amañadas manifestaciones, que se calificaron de atentatorias á las Cortes, pidieron su disolución; se proclamó á Zorrilla jefe del partido progresista-democrático; *Al partido progresista y á la Nación* dirigió Sagasta y sus amigos un manifiesto, y con el mismo título se publicó tres días después—15 de octubre de 1871—el que firmaban Zorrilla, Martos y mayor número de diputados correligionarios que los que suscribían el anterior. Ambos escritos, dignos en la forma, casi idénticos en el fondo, olvidaban decir que, con la división de sus autores, se desmoronaba el trono de Amadeo I y se mataba la revolución de setiembre.

Viéndose esto claro, conferenció Fernández de los Ríos, que acababa de llegar de Portugal, con Sagasta y Zorrilla, proponiéndoles la formación

de un jurado para unir á los separados y organizar el partido progresista. Aceptaron, sin querer ninguno designar nombres, y se reunieron el 28 de octubre en casa del marqués de Perales, don Angel Fernández de los Ríos, don Cipriano Segundo Montesino y don Francisco Javier Moya, á los que manifestó Fernández de los Ríos estar dispuestos Sagasta y Zorrilla á todo género de sacrificios para llegar á la reconciliación del partido, cuyo porvenir creían gravemente comprometido si continuase la escisión (1). En su vista, y siendo generales los anhelos de reconciliación, propuso el mismo Fernández de los Ríos á Sagasta y Zorrilla encomendar á un jurado de amigos consecuentes y probados de ambos la solución del conflicto. Unánimes en el pensamiento, acordaron asociar otras cuatro personas de reconocida consecuencia en el partido, y al exponerlo así á Zorrilla, advirtió que tenía que poner antes en conocimiento de los señores procedentes de la democracia cuanto se estaba haciendo y había de hacerse para la realización del objeto que á todos animaba, y Sagasta expuso también que tenía el deber de participarlo á los ministros para saber si estaban conformes con el pensamiento. Los ministros mostraron su conformidad á que se procurase la reconciliación á todo trance, y lo mismo contestaron los demócratas.

Asociados á los cuatro anteriores los señores don Ramón María Calatrava (2), don Joaquín García Briz, don Leandro Rubio y don Álvaro Gil Sanz, aprobaron en la reunión del 29, como primer acuerdo del jurado, conferenciar con Sagasta y Zorrilla para saber su conformidad con los miembros del jurado, si le daban autoridad y facultades para establecer las bases del acuerdo y de la conducta sucesiva del partido en el poder, y si tenían alguna condición previa que establecer para determinar el procedimiento. Sagasta manifestó la absoluta confianza que le inspiraban los elegidos, sometiéndose á su resolución; que no tenía compromiso con persona alguna ni fracción, sino con su conciencia y su partido, al que había pertenecido, pertenecía y pensaba pertenecer toda su vida; que no determinaba condición alguna para la reconciliación, consignando que no tenía más interés que el de salvar los principios establecidos en el manifiesto que había firmado y el compromiso de marchar unido con los amigos que también lo habían suscrito, y en cuanto á su conducta, que se atenía á la consignada en el referido manifiesto, advirtiendo en conclusión, que no podía menos de hacer presente á los individuos del jurado, que consideraba necesario sostener al ministerio que lo era á la sazón, en su obra patriótica.

Zorrilla se mostró tan conforme con los individuos del jurado, que sin vacilación y sin necesidad de nuevas conferencias se comprometía á firmar el acuerdo que adoptaran; que no tenía más condición que fijar que

(1) Como tenemos en nuestro poder las actas de las reuniones celebradas y los documentos que en este asunto mediaron, todo hasta hoy completamente desconocido, dada su importancia y trascendencia, nos permitiremos alguna extensión, que si pugna con la sobriedad de una historia general, satisface la ávida curiosidad del lector que en hechos de menos importancia nos pide detalles, de que en otro caso no nos hubiéramos ocupado, ni nos ocuparíamos. Sacrificamos la forma al fondo.

(2) Este señor no asistió á ninguna junta por el estado de su salud.

la del respeto á los principios expuestos en el manifiesto que había firmado con sus amigos, con quienes estaba unido por vínculos de inalterable fidelidad; que respecto á conducta estaba dispuesto á seguir la que una vez verificada la reconciliación se creyera por el jurado la más conveniente; y uno y otro de ambos señores aseguraron al referido jurado que le reconocían autoridad completa para dirimir las diferencias que habían dado origen á la escisión, que ambos deploraban, y les reconocían el poder y las facultades necesarias para establecer la línea de conducta sucesiva, sin más apelación que al partido, y sin perjuicio de ponerlo previamente en conocimiento de sus respectivos amigos.

No hallando el jurado diferencia esencial en ninguno de ambos manifiestos, acordó se oyera separadamente á Sagasta y Zorrilla para que expusieran la que encontrasen: manifestó el primero que sólo hallaba en el de Zorrilla estar poco explícito respecto á ciertos puntos de interés sumo y lo excitaban grande entre las gentes que de política se ocupaban; que el gobierno debía oponerse al desarrollo de la Internacional por los medios que la Constitución determinaba, no apelando al sistema preventivo, sino al represivo en la medida que el Código penal había previsto, y estándolo el caso de que no haya una asociación contraria á la moral ó que comprometa la seguridad del Estado, el gobierno, respetando el derecho de todos los ciudadanos á emitir y propagar sus opiniones, no debía prescindir de emplear los recursos que la Constitución le facilitaba para impedir que por una asociación como la Internacional se abusase de ella para poner en peligro los más preciosos intereses sociales, garantizados por la ley fundamental y el Código; creyendo Sagasta que debía llamar la atención del jurado sobre la omisión precitada para que Zorrilla pudiera hacerse cargo de esta cuestión gravísima. Entendió asimismo que era poco explícito el manifiesto sobre los derechos individuales que él también consideraba ilegislables en el sentido de que anteriores y superiores á la Constitución por su cualidad de inherentes á la condición del hombre, como ser racional que ha venido al mundo para cumplir su destino, no pueden limitarse más que por el propio derecho que con relación á los demás ciudadanos y á la sociedad se traduce para el individuo por la idea correlativa del deber. Se extendió en algunas consideraciones sobre este punto, y concretando su pensamiento se declaró ardiente defensor de la Constitución, vigilante guardián de los derechos que reconoce, porque así también quería no desprenderse en el gobierno de ninguno de los medios que ponía á su disposición para reprimir enérgicamente todo atentado culpable, todo abuso de los derechos que pusiera en peligro la misma libertad que les era tan cara.

Otro de los puntos, que en opinión del señor Sagasta no estaba tampoco muy explícito en el manifiesto del señor Zorrilla, era el relativo á las provincias de Ultramar, creyendo que sobre esta cuestión era necesario inspirar al país la confianza de que el partido progresista estaba resuelto á sacrificarlo todo para conservar la integridad del territorio español en las Antillas, alentando así también á los voluntarios en el nobilísimo empeño contraído de conservarlas á toda costa para la patria. Recordó por último las declaraciones que sobre el particular hizo Ruiz

Zorrilla en su programa como presidente del Consejo de ministros, y dijo que se adhería á ellas, contentándose con el espíritu patriótico que se las inspiró.

Enterado Zorrilla de las observaciones de Sagasta, expuso que sobre la cuestión de la Internacional no era necesario salirse de la Constitución para reprimir lo que por su objeto y los medios de que se servía hubiese de inmoral, considerando bastante el Código penal para contenerla en los límites que no debía traspasar, y peligroso que el Parlamento declarase si sus fines eran ó no inmorales, porque competía á los tribunales de justicia, y aplicar en su caso la pena correspondiente: así recordó lo que había hecho durante su ministerio, estando conforme en que el gobierno debía excitar la acción del ministerio fiscal para que no se violase la ley del Estado por la Internacional, adquirida la convicción de que comprometía la seguridad del Estado, llevase á las Cortes el proyecto de ley para su disolución. Acerca de los derechos naturales, afirmó que los creía ilegislables por ser naturales, y en tal concepto necesarios al hombre para el goce de su libertad, sin que esto significara que careciese el gobierno de atribuciones para imponer á todos el cumplimiento del deber y el respeto al derecho; sostenía la integridad de los derechos individuales como los definía y reconocía la Constitución, comprendiendo que la soberanía nacional no tenía el de amenguarlos, porque si lo hiciese violaría el principio en que ella misma descansa; y respecto á Ultramar estaba en perfecto acuerdo con Sagasta.

Unánime estuvo el jurado después de oídas las anteriores explicaciones, «en convenir en la conformidad en el fondo de la doctrina por ambos expuesta;» en el principio de que competía exclusivamente á los tribunales de justicia determinar si la Internacional es contraria á la moral y en caso afirmativo aplicarle la pena correspondiente, no incumbiendo al gobierno más facultad que la de excitar su acción por medio del ministerio fiscal y cuando lo creyese conveniente proponer á las Cortes su disolución; en la cuestión de los derechos individuales y en la de Ultramar; y después de detenidas discusiones dirigió á los señores Sagasta y Zorrilla una carta (1) en la que les manifestaba que, terminada felizmente la hon-

(1) Acompañada del siguiente documento: «Autorizados los que suscriben por los señores don Práxedes M. Sagasta y don Manuel Ruiz Zorrilla, cada uno en representación de sus amigos los señores senadores y diputados progresistas democráticos que han firmado los manifiestos de los días 12 y 15 de octubre, para constituirse en jurado que dirima las diferencias surgidas en el seno del partido, con motivo de la elección de presidente del Congreso de los diputados y termine la deplorable disidencia en que se hallan las dos fracciones que se agrupan al lado de cada uno de estos hombres políticos fijando las bases del acuerdo que sin duda alguna anhelan cuantos se hallan afiliados en la comunión progresista democrática;

Teniendo en consideración las declaraciones que en el Congreso de los diputados se hicieron con repetición por los señores Sagasta y Ruiz Zorrilla en armonía con el programa de éste al encargarse del gobierno;

Habiendo leído y meditado los manifiestos de 12 y 15 de octubre publicados como aspiración de los dos grupos en que hoy están divididos nuestros amigos los señores senadores y diputados progresistas democráticos;

Recordando la discusión que hubo cuando se trató de conciliar la disidencia moti-

rosa cuanto delicada misión que se les había confiado, manifestaban su definitivo parecer en el acta que adjuntaban, y va en nota, creyendo además hacer observar *acerca de la conducta futura del partido*, que fuese conforme al programa del ministerio Ruiz Zorrilla proclamado por el que lo era á la sazón, y á la primera conclusión de la fórmula de Sagasta; que se procurase por el gobierno se ocuparan las Cortes con toda preferencia de la discusión de los presupuestos; que cuando ocurriera una crisis, cualquiera de los dos que fuera llamado para formar ministerio lo organizase con el otro de común acuerdo respecto á su personal y línea de conducta, y que cuando ocurriesen elecciones generales entendiera la junta directiva del partido en todo lo relativo á ellas, poniéndose de acuerdo con el gobierno é inspirándose en las indicaciones de las juntas provinciales y locales del mismo después de reorganizarse.

Conferenciaron los señores Zorrilla y Sagasta para tratar de una reunión general de los senadores y diputados del partido, que sancionaran el acuerdo que aquella misma tarde—2 de noviembre—había ya aceptado la junta directiva de la fracción Zorrilla, pero la de Sagasta no conocía aún tal acuerdo, por esperar, según manifestó dicho señor, aviso de Ruiz Zorrilla para dar á la citada junta lectura de las establecidas bases; objetando además que, antes de proceder á ese acto, creía necesario convenir en el medio de terminar de una manera digna para el gobierno y todo el partido, la cuestión pendiente en el Congreso sobre la Internacional, no fuese que al ocurrir la votación estallase otra vez la disidencia; que sobre este punto creía que no había más medio de conciliación que votar la propo-

---

vada por la elección de presidente del Congreso de los diputados, y el sentido de la fórmula votada por una parte de los señores senadores y diputados entonces reunidos;

Teniendo presente la adhesión del señor Sagasta y otra parte de los señores senadores y diputados á dicha fórmula, aunque estableciendo la condición de que se apoyase por todos al actual ministerio;

Habiendo oído, en fin, las explicaciones que han tenido la bondad de darnos los señores Ruiz Zorrilla y Sagasta relativas á los enunciados manifiestos para que completemos nuestro juicio, en uso de las facultades que uno y otro señor nos han conferido, declaramos:

1.° Que no existe diferencia esencial entre ambos manifiestos, ni fundamento, ni disidencia política entre ambos grupos y que no debe subsistir la división que se ha efectuado;

2.° Que los señores Ruiz Zorrilla y Sagasta tienen el deber patriótico de unir sincera y lealmente su acción política excitando á sus respectivos amigos á que sigan formando un solo partido;

3.° Que si S. M., en el ejercicio de su prerrogativa constitucional, encargase la formación del ministerio á cualquiera de los dos expresados señores, haya el otro de ser miembro del mismo gabinete con los amigos recíprocos que según las circunstancias crean conveniente asociarse;

4.° Que se forme una sola junta directiva cuando nuestros amigos lo crean oportuno.

5.° De esta declaración se dará copia á los señores Sagasta y Ruiz Zorrilla, y á quienes más pueda convenir, quedando archivado el original (*).»

(*) Este documento, los demás que se escribieron y actas, no quisieron confiarlos á escribientes, por la reserva que se habían impuesto y guardado.

sición asunto del debate, porque de lo contrario sobrevendría una crisis que á la sazón no convenía provocar. Zorrilla observó que para encontrar un medio de avenencia importaba tener nombrada la junta que se entendiese con el gobierno para determinar la transacción más satisfactoria; Sagasta consideró esto sumamente peligroso, porque con tal motivo podría surgir de nuevo la disidencia, y que, como no había enterado á la junta directiva de su fracción de las bases del acuerdo, necesitaba hacerlo, para lo cual la tenía citada para el día siguiente, y el resultado, así como la disposición en que se encontrara el ministerio respecto á esta cuestión, lo comunicaría á Zorrilla.

En vista de lo expuesto, convocó Zorrilla el jurado para que allanara el camino de la reconciliación, asegurando que por su parte creía autorizados á los miembros de aquél para resolver en definitiva lo que debía hacerse, insistiendo en que consideraba de interés para el partido conservar al ministerio hasta la época en que uno nuevo pudiese disolver las Cortes, dispuesto por lo que á él se refería, si fuese llamado por S. M., á darle el consejo de que encargase al señor Sagasta la organización del nuevo gabinete.

Reunido el jurado en la mañana del 3, se trasladó á casa del señor Sagasta, que ratificó lo manifestado al señor Zorrilla, afirmando que en su sentir no había más dificultad que la cuestión pendiente de la Internacional para la inmediata reunión general del partido, siendo tales los compromisos del gobierno y los suyos acerca de ella, que en su concepto no era honroso para el partido abandonar al gobierno al peligro de ser vencido en una votación por las oposiciones coligadas, si éstas sabían que llevada á cabo la fusión de las fracciones disidentes, sólo tomaba parte en aquélla la que era conocida como ministerial; manifestando por último que los intereses del partido reclamaban, en su juicio, sostener al gobierno en la cuestión pendiente de debate, y mostrarse unidos después de este acto para organizar un ministerio fuerte cuando pudiera oponer á la probable mayoría de las oposiciones reunidas en el Congreso la facultad de apelar nuevamente al país. Sobre estos puntos ofreció consultar á la junta directiva de su fracción y comunicar á Ruiz Zorrilla y al jurado el resultado.

A las dos de la tarde se volvió á reunir el jurado, discutiendo sobre el desagradable incidente que había sobrevenido, y acordó, á propuesta del señor Moya, celebrar nueva sesión por la noche citando á Sagasta y Zorrilla á tener ante el jurado una conferencia final que permitiera resolver la cuestión incidental pendiente. Verificóse, en efecto, con asistencia de ambos señores, y Fernández de los Ríos historió ligeramente el objeto y trabajo del jurado, y que habiendo surgido una cuestión de dificultad de conducta en un punto dado, se molestaba á los señores Sagasta y Zorrilla para que vieran en presencia del jurado el modo de zanjarla, pues el jurado se había propuesto la unidad del partido progresista democrático y si no lo conseguía dejar consignado claramente dónde se habían estrellado sus esfuerzos. El señor Montesino explicó la dificultad surgida; el señor García Briz esforzó la conveniencia de ensayar un medio de que los señores Zorrilla y Sagasta hallaran forma práctica de que la diferencia fuera

sometida á la nueva junta directiva, y el señor Sagasta dijo que la cuestión podía considerarse, más que medio, base de conciliación; que sus amigos habían mirado mal la forma propuesta, suponiendo que los había abandonado y al ministerio, contra lo establecido como base de conciliación, por lo que se hallaban preocupados y desconfiados (1), y continuó exponiendo las dificultades que se habían ido suscitando.

Después de desvanecer el señor Ruiz Zorrilla las quejas de los amigos del señor Sagasta, rectificar algunos hechos acerca del veredicto, y explicar su entrevista con aquel señor para convenir la reunión de las juntas parciales á fin de convocar la general y elegir definitivamente la directiva, procuró demostrar que no existían para este su propósito los inconve-

---

(1) Que también les había sorprendido, añadió, que en el acta se consignara la aceptación por su parte del manifiesto de Zorrilla y no la de éste de el del suyo como se le dijo la había prestado; lo cual explicaría para evitar reparos. Refirió lo ocurrido en la conferencia con Zorrilla, habida el día anterior y origen de la dificultad surgida; dijo que éste le había propuesto reunir la junta general para manifestarla las conclusiones del jurado y que él había contestado que creía peligrosas las reuniones generales, siendo más prudente tomar primero el acuerdo definitivo en el seno de las respectivas juntas directivas y sancionarla después en la general; manifestó que la cuestión de la Internacional no había venido ahora, sino que venida estaba ya, y podía dar lugar á dificultades por tener aún que hablar el señor Zorrilla y por los compromisos contraídos por el gobierno y por los que le apoyaban; que en su opinión la junta general no podía resolver los puntos de doctrina, porque, en cuestiones científicas, es imposible buscar acuerdo dentro de un partido, á lo único que puede aspirarse es á una serie de transacciones, fuera de los principios abstractos de la ciencia, para venir á un acuerdo, y que consideraba por tanto expuesto que se saliera de la reunión peor que se entrara; que Ruiz Zorrilla le había hecho observaciones sobre las diferentes apreciaciones que acerca de la Internacional había emitido el señor Candau, y que la entrevista había terminado quedando el señor Sagasta en consultar al ministerio; que éste por su parte consideraba la cuestión de la Internacional de tal naturaleza, que no creía poder ceder en ella, pero que dejaría el poder después de haber prestado un servicio, estando pronto á realizarse, no bien parado en verdad, despidiéndole la conciliación sin tener en cuenta las circunstancias difíciles en que se había constituído; refirió la oposición de Malcampo á formar ministerio y el argumento final que para decidirle empleó, que fué el siguiente: «Si no acepta, no extrañe que aconseje al rey llame al duque de la Torre: puesto que el partido progresista se niega, yo no dejo abandonado y sin gobierno al rey y al país: V. tiene circunstancias especiales: ha estado defendiendo la integridad de nuestro territorio en Ultramar, sin tomar parte en las cuestiones políticas de aquí y carece de pasiones y de odios: si persiste en la negativa, yo que no quiero que la dinastía se quede abandonada, aconsejo que se llame al partido conservador.» Malcampo accedió entonces, prestándose á hacer el sacrificio que se le pedía.—Añadió Sagasta que después de conferenciar con el ministro de la Gobernación sobre la manera de acudir á la conciliación, se vió claramente que no había medio de ello, sino á costa del ministerio: con lo cual decidió que era imposible retroceder de otra manera que correspondiendo al servicio prestado en su sacrificio: que la opinión de la junta á la que había leído los acuerdos del jurado era que no se abandonase al ministerio: que en la cuestión de actualidad, ni éste ni la junta podían retroceder sin desdoro para todos y sin el desdén de las clases conservadoras que, si no convenía halagar, convenía atraer, y concluyó diciendo que no era posible reunir la junta general sin acordar clara y terminantemente la solución en la cuestión de la Internacional y la suerte del ministerio.

nientes que se presentaban, y creía más concluyente la reunión general para conseguir la conciliación por todos deseada, sin menoscabo para el gobierno, que era transitorio (1).

---

(1) Zorrilla dijo que, después de sentada desde el primer momento, como base de ejecución del veredicto del jurado, la sanción de todos los amigos políticos, empezó por reunir la junta directiva de los suyos, y leyó los documentos que fueron aprobados por unanimidad, significando la junta los mayores deseos de que el partido progresista democrático recobrara su unidad: que así lo dijo el señor Sagasta ante don Manuel Gómez, y estando la junta de sus amigos completamente conforme, no quedaba más que citar para la reunión general: refirió lo dicho por el señor Sagasta de que habiendo recibido tarde los documentos no pudo enterar de ellos á sus amigos ni al gobierno, y que era preciso zanjar previamente la cuestión pendiente con el Congreso, á lo cual observó Zorrilla que esa cuestión, como todas, se decidiría por la junta directiva, dando en tanto largas á la discusión en el Congreso para que aquélla hallara los términos de un acuerdo, añadiendo que, sobre la obligación contraída de someterse á la decisión del jurado, había la posibilidad de hacerlo cuando lo que éste proponía era el pensamiento propio y genuino del partido de buscar siempre la fuerza y la consistencia de sus acuerdos en las reuniones generales: que no veía peligro en eso, porque siendo general el deseo de concordia, nada importaría que pudiera haber algún díscolo que quisiera estorbarla: que una vez nombrada por la junta general la directiva, ella acordaría lo más conveniente, tanto más, cuanto que no habiendo llegado aún mi turno en la cuestión pendiente, podré dar á mi discurso el giro que sea más oportuno, dentro de las doctrinas del partido progresista democrático, teniendo presente lo dicho por el ministro de la Gobernación y por los amigos que han tomado parte en el debate, y decidida, ya la abstención, ya una nueva proposición, procedimiento, en fin, que seguramente encontrará la práctica, no ya de una junta, sino que encontraría cualquier persona medianamente experimentada en resolver dificultades mucho más graves, que tantas veces han surgido y se han allanado sin grande esfuerzo: que en cuanto al ministerio, era evidente que, no por las personas que lo componían, sino por su manera de ser constituía un peligro: el de la interinidad, y había que buscar el medio digno de que saliera por una crisis promovida en su seno, pues tratándose de amigos no quería otra cosa.—«El señor Sagasta me hizo entonces una pregunta, añadió el señor Zorrilla: si el ministerio desaparece ¿cuál ha de sustituirle? ¿cómo se organiza el sucesor? De una manera muy sencilla, le contesté, si se quiere la conciliación. El señor Sagasta es presidente de la cámara: si llegado ese caso y S. M. me consulta, yo diré que él debe formar gabinete, y me ofreceré á entrar en él y á decir al rey que debemos formar la base del gabinete el señor Sagasta y yo. Siendo esta la situación, ¿hay motivo para que después del veredicto del jurado se diga que existe una cuestión previa, la de que todos los firmantes del manifiesto de mis amigos políticos apoyen al ministerio antes de hacerse la conciliación?—El jurado ha oído lo que el señor Sagasta y yo hemos dicho con respecto á la Internacional y lo ha hallado conforme; después de esto no cabe suponer abismos con ese pretexto, ni es bastante una cuestión de circunstancias para prescindir de las conveniencias de partido y de que vuelva á hallarse en la situación en que se hallaba antes de la formación del ministerio actual: yo estoy seguro de que la junta que se nombre hallará solución para avenirnos á todos, y de que no hay progresista ni demócrata que no desee ardientemente la unidad del partido. En la reunión general nadie se opondrá á la conciliación, porque sabe de antemano que la opinión se pronunciará contra el que ponga obstáculos á que el partido progresista democrático y la nación se salven de la crisis que atraviesan.—No encuentro, pues, dificultades serias que estorben el cumplimiento de la decisión del jurado, ni que puedan ser obstáculo á ella algunos amigos del señor Sagasta. Creí que en eso no pondrían reparos: los que no quieren la conciliación quedan destrozados y perdidos.—Y ¿es

El señor Sagasta replicó que recordaba haber oído al señor Zorrilla que esa reunión estaba rodeada de peligros sin un acuerdo previo: y él por su parte creía que la junta general era contraria á los deseos del jurado, pues dentro de las bases que asentó había medios de buscar el acuerdo en la cuestión que pudiera suscitar diferencias; por lo cual le extrañó la proposición de la junta general, que no podía reunirse sin consultar antes á los amigos del gobierno y de las juntas directivas; que era otro error el que Sagasta no podía enseñar los documentos del jurado á la junta de sus amigos, sin preguntar si había llegado la ocasión de presentarlos, pues el señor Zorrilla dijo que luego que los tuvieran conferenciarían y acordarían lo que creyeran conveniente; así es que, teniendo Sagasta los documentos en el bolsillo, dijo que no podía darlos á conocer sin estar autorizado para ello; que estaba bien que se acudiese á la junta directiva para las cuestiones íntegras, en que no hubiese compromisos previos, pero que en las resueltas no podía aceptarlos ni el ministerio transigir (1); que unida la cuestión de la Internacional á la caída del gabinete producida por la conciliación, nada se adelantaba con esto si mañana no habían de estar conformes; que si Zorrilla decía ¿qué importa la cuestión de la Internacional ante la unidad del partido? era preciso tener en cuenta que lo que el gobierno pedía, y el partido había pedido siempre, era que, conciliado, hiciera antes de la ruptura lo que Sagasta había hecho peleando con los republicanos, con la aprobación de todos los progresistas, y ahora pedía lo mismo, no abjurar de las ideas. «Si la conciliación es

fácil procedimiento reunir las juntas directivas, tratar y discutir en ellas la cuestión y reunir después la general para la misma discusión? ¿Es ese el método que puede satisfacer la ansiedad de todos? ¿Podemos estorbar así que sigan arruinándose familias en las oscilaciones de la Bolsa? ¿Es eso lo que el jurado ha dispuesto? ¿Es el medio de salvar los intereses de partido?—Veamos cuál es la situación en este momento.—En que el ministerio es de transición conviene él mismo. ¿Se hace la conciliación? El ministerio tiene entonces el apoyo del partido para cumplir su misión transitoria y el de todos nosotros para que deje el poder como conviene á amigos nuestros.—¿Se trata de reemplazarle? Si S. M. el rey llama al partido progresista democrático, el señor Sagasta es presidente de la Cámara y yo aconsejaré que forme el nuevo gabinete y entraré con él. Dejando á salvo la dignidad del ministerio y queriendo la conciliación, claro es que debe adoptarse el procedimiento más sencillo para llegar á ella.—Con el de acordar las reuniones de las dos juntas, la consulta y la discusión en ellas de la cuestión de conducta, la cosa no concluye en 48 horas, se da tiempo para que los que no quieren la conciliación busquen el pretexto de que lo que yo diga no les guste, y la conciliación está desprestigiada y perdida. Con el procedimiento que señala el jurado, con la reunión general y la elección de la junta directiva, que es el que siempre ha seguido el partido, todas las dificultades se resolverán prontamente, se hallarán soluciones convenientes para el partido y para el ministerio, y la conciliación será rápidamente un hecho sin que en el estado de la opinión puedan evitarla aquellos á quienes no conviniera: que este además había sido el acuerdo del jurado, al que habían entregado la cuestión, y este es el verdadero modo de poner á salvo la dignidad del gobierno.

(1) Volviendo á la conferencia con el señor Zorrilla, añadió: «Lo que á mí me sobresaltó fué que veía irremediable la caída del ministerio. El señor Zorrilla me contestaba: caben varias soluciones para prestarle un apoyo que, de faltarle, podría ocasionar su caída. Es que yo, señores, no quiero la conciliación si por ella se ha de sacrificar al ministerio, único puente para salvar esta crisis.»

tan buena, tan santa, ¿es posible que la Internacional sea la causa de las diferencias cuando no hay medio de que faltemos á nuestros compromisos? ¿Qué fuerza no tomaría la Internacional si nos pusiéramos en contradicción con lo sostenido hasta aquí? Conciliémonos, pues, pero quitando fuerza á la Internacional.» Este era el firme propósito de Sagasta (1), concluyendo por decir, «que no creía buena la conciliación produciendo la caída de un ministerio, y que éste, que deseaba la conciliación, no se hallaba tampoco dispuesto á salir de esa manera.»

Zorrilla recordó que no había hablado de la Internacional ni de derechos individuales, no pudiendo consentir que pudiera pensarse siquiera en que procurase que adquiriese fuerza la Internacional á la que había combatido siendo gobierno; que esta cuestión había sido violentamente planteada; que él acudía con ánimo de no reñir y de no entrar en cierto género de discusiones, absteniéndose de demostrar que se había escogido ese medio para ver si alguno de los que estaban con él daban fuerza á un gobierno que no la tenía; que no podía querer que cayera el ministerio por la Internacional; pues conformes en la interinidad de aquél, hecha la conciliación era interés de todos abandonara el poder dignamente y con el concurso del partido; insistió en la junta general y en someterse en absoluto al jurado (2).

---

(1) «Pero hay más, decía, si se quiere que se busque por la junta directiva, de acuerdo con el gobierno, el que ha de recaer en la cuestión de la Internacional, al unirnos al gobierno nadie tiene compromisos adquiridos en esta cuestión más que el señor Zorrilla, que no ha hablado aún: hecha la conciliación podría hacerlo de distinta manera. Si dos han de reunirse, si uno tiene compromisos adquiridos y otro no, ¿qué inconveniente hay para éste en no humillar al primero? No habiendo ninguna exigencia extraordinaria, ni nada que no pueda ser aceptado, lo natural es que previamente nos pongamos de acuerdo en la cuestión de conducta.—Dice el señor Zorrilla, esa es una nueva cuestión que viene aquí después de habernos sometido al jurado, de haber dado éste un veredicto y de haberle aceptado nosotros. Yo observaré que no viene ahora, sino que vino cuando hablamos de los derechos individuales: yo dije entonces mi punto de vista anterior, durante el tiempo que formé parte del gobierno. El jurado me significó que no debía entrarse en esa cuestión sino dejar á un lado los principios abstractos: yo cumplí con ello en la conferencia con el señor Zorrilla teniendo presente la urgencia del caso y acomodando estrictamente mi conducta á las observaciones del jurado, que no quiso entrar en detalles sino fijar medios de acercarnos, sin hablar de la junta general sino de las conferencias entre los dos.—Aceptando las bases del jurado, lo que correspondía era conferenciar con el señor Zorrilla para llegar al acuerdo.—Ahora bien, yo creo que no hay dificultad en una solución que es digna para el ministerio, para los dos grupos, para el partido y el país.—Mi actitud respecto á la Internacional y al modo de entender los derechos individuales, es eco fiel de mis amigos y de los del señor Zorrilla que pedían se pusiera coto á los abusos de los derechos individuales, si no hay otro medio de evitar que estén hoy peor que en tiempo de González Brabo, cohibida la libertad por carlistas y reaccionarios, dueños de la situación en los pueblos; ¿qué dificultad hay en eso cuando no existe compromiso que nos impida hacer lo que hemos hecho, siguiendo una conducta que no sea en beneficio de la Internacional sino del país?—Veamos si es posible destruir la Internacional. 1.° llevándola á los tribunales, 2.° aplicándola los artículos del Código penal y después por una ley. Así daremos gran fuerza al partido, le conquistaremos las simpatías de otros, quitaremos fuerza á la unión liberal y daremos garantías de orden á las clases acomodadas.»

(2) Dijo además: «Dice el señor Sagasta que desde que se estableció que se eli-

El señor Sagasta dijo que habló de la Internacional por los compromisos del gobierno consecuentes con los de partido; y que si había dicho Zorrilla que la cuestión fué llevada violentamente á la Cámara, él decía que la llevó el señor Jove y Hevia y llegó al Consejo de ministros que tuvo en cuenta los inconvenientes de retrasar la discusión y la ventaja que traía al partido de votar juntos, restableciendo así inteligencias naturales y provechosas. Repuso Zorrilla que no había hablado de discusión en la junta general sino en la directiva; que no se había referido á la interpelación sino á la proposición; que contaba con la interpelación, para lo cual había leído cuanto se había publicado en el extranjero, y reunido muchos datos para estudiar bien la cuestión; pero lo que había pasado no revelaba el interés de que sirviera para acercar á las dos fracciones del partido, porque ni se le había consultado, ni dicho á nadie una palabra acerca del debate; «lo que hay de verdad en todo eso, añadió, es que se ha cogido esa cuestión en la vana esperanza de que sirviera para colocarme en un *impasse*. Pues así y todo, yo no quiero que padezca el decoro del gobierno: la junta directiva examinará lo que haya dicho y cuidaremos de que quede en buen lugar, porque yo no quiero la humillación de nadie, y menos la de mis correligionarios.»

El marqués de Perales, cuya primera impresión desagradable había desaparecido al ver que sólo se trataba ya de una cuestión de conducta, cuya manera de resolverla estaba prevista en las conclusiones del jurado, expuso lo que se había hecho, la conformidad de opiniones, y lo que á todos interesaba el decoro del gobierno, de todo lo cual había de ocuparse una junta directiva; que si se había de respetar este acuerdo del jurado se procediese al nombramiento de aquélla por una junta general á la que Zorrilla y Sagasta llevarían una candidatura de comisión nominadora que eligiera la directiva, á cuyo cargo quedaba hallar solución á todas las cuestiones de conducta: proponía se designara aquella misma noche la comisión nominadora, para reunir al día siguiente la junta general que

---

giera la junta directiva hemos matado al ministerio, y pregunta si se cree que la Internacional deba ser causa de esto: yo pregunto á mi vez si la Internacional debe ser pretexto para que no se cumpla la decisión del jurado: para que ciertos periódicos me atribuyan cosas que supondrían que estaba loco, y sobre todo para que el partido pierda su amistad. Yo tengo el mismo punto de vista de siempre. Yo no he hablado aún de esa cuestión en el Congreso: hecha la conciliación, mis amigos, y yo, y el gobierno, que amigo sería nuestro, buscaríamos la manera de salvar los compromisos del partido progresista democrático y los del ministerio, sin humillación para nadie. En la situación en que nos encontramos, en vista de las fracciones de la Cámara, dije ayer y repito hoy, que no hay nada más fácil ni más sensato que reunir al partido, como se ha hecho siempre, darle cuenta de la conciliación y nombrar la junta directiva que, claro es, había de tener presente los compromisos del gobierno, ¡como que éste no había de querer nuestra ruptura. ¿Perdía algo con ese procedimiento? Pues adoptando el otro de consultar á los amigos, de reunir las respectivas juntas directivas, de discutir con ellas y provocar luego la general para elegir la definitiva, conseguimos que, diciendo mañana que la conciliación estaba hecha, se riñera en todas partes entre unos y otros antes de llegar á la reunión general. Repito, pues, hoy lo que dije ayer después de hablar con el señor Sagasta: Estoy como el primer día: lo que el jurado haga, eso doy por hecho desde ahora.»

eligiera la directiva y añadía: «El gobierno no puede quejarse de esto; así viene á ser nuestro jefe, y nosotros todos ministeriales, y ministeriales nada sospechosos, cuando tenemos dicho que para evitar cuestiones que puedan poner en peligro al gobierno se dé la preferencia sobre todo á la de presupuestos.» Zorrilla contestó que aceptaba el medio que se juzgase conveniente para la unidad del partido; Sagasta, que lo que quería evitar era la coalición hoy y la ruptura mañana, y á eso replicó Zorrilla que «aunque no fuera más que para evitar la eventualidad de la abstención, que el gobierno no apareciese apoyado por sólo 55 votos en una cuestión en que todos estaban de acuerdo, debía adoptarse lo que se proponía; ¿por ventura no condenamos juntos la misma cosa? ¿no vemos de idéntica manera hasta las huelgas mismas? ¿no pensamos lo mismo en punto á la aplicación de leyes? ¿Qué queda?: apreciar la importancia de la Internacional en España; buscar los medios de que no se desarrolle. Para esto tenemos la Constitución y con ella todo lo que necesitamos para acudir al Código penal; tenemos la facultad de la suspensión en caso necesario para entregar la asociación á los tribunales, acreditando que los principios de ella atacan á la moralidad pública ó que comprometen la seguridad del Estado. Para eso puede y debe servirse el gobierno de sus agentes, cuyo celo puede excitar oportunamente; para eso hay el procedimiento de oficio, la acusación fiscal, y la acción popular ó la instancia de parte, que corresponde á todo ciudadano.—Por lo demás, son tan encontradas las opiniones sobre el modo de condenar los ataques á la moral pública, que Ríos Rosas está más cerca de Salmerón que yo, que en el caso de que ocurran delitos que escandalicen al país entiendo que debe ante todo empezarse por una circular del ministerio fiscal excitando el celo de los tribunales para que los persigan. Así las cosas, ¿cómo no se han de encontrar medios decorosos de que yo, que aun tengo que hablar, facilite la conciliación en la Cámara?»

Entonces recordó el señor Sagasta que el gobierno tenía hechas sus declaraciones, que se aceptaban, pero ¿qué se hacía con la proposición?—Votarla, exclamaron todos.

Podía considerarse favorablemente resuelta la misión del jurado, y lo fué en cuanto á los amigos del señor Ruiz Zorrilla que se sometieron incondicionalmente; y de parte del señor Sagasta, si bien la junta directiva «reconocía en el jurado las facultades necesarias para dirimir todas las diferencias y cuestiones peculiares á los dos grupos en que se hallaba dividido el partido, sin condición ni reserva alguna, en cuanto á la cuestión relativa al gobierno no podía dar las facultades de que carecía, porque no tenía la representación del ministerio, y sólo podía referirse á la que había recibido de su fracción, que era cuanto daba la otra junta directiva al jurado.» Y añadió el señor Sagasta: «que habiendo conferenciado sobre este punto con el gobierno, encontró á todos sus individuos en el sentido más favorable á la conciliación, y si como progresistas, dispuestos á entregarse á la decisión del jurado, como gobierno no podían encomendarle una cuestión que ya tenían resuelta.»

A virtud de esta declaración, el jurado se declaró incapacitado para resolver concretamente la grave cuestión suscitada, con posterioridad al

acuerdo de la noche del 3 y resolvió escribir á los señores Sagasta y Zorrilla, como se ejecutó en la misma noche del 5 de noviembre, historiando en la carta ligeramente lo sucedido, y dando por terminado su honroso al par que difícil encargo.

El comportamiento del jurado fué dignísimo; no existió en sus indivi duos, en general, la menor diferencia de apreciación; los acuerdos fueron unánimes; propusieron el medio de restablecer la armonía entre los progresistas; aun creyeron podía conseguirse á pesar del obstáculo que por mera cuestión de forma se había interpuesto; podían estar satisfechos de sí mismos. Sagasta y Zorrilla procedieron de buena fe, pues los escrúpulos que al primero asaltaron los vió desvanecidos; si hubiera dependido de los dos solos, la conciliación hubiera sido un hecho para bien del partido progresista, del rey y de la patria; pero tomaban parte en aquel importante asunto personas que no habrían ocupado el mismo lugar con la conciliación que sin ella, y fueron un obstáculo estos políticos de segunda fila á la realización de lo que tantos y tan caros intereses exigían, sacrificados á interesadas miras, mezquinos propósitos, bastardas ambiciones y sentimientos parricidas. ¡Así fueron terribles las consecuencias!

La división de los progresistas quedó claramente marcada; la lucha era más cruenta cuanto más fratricida, corriendo ambas fracciones por una pendiente en la que ninguna podía ser dueña de contenerse donde quisiera, sino adonde le condujese la violencia de la bajada. Tímidas protestas de unos, manifiestos avanzados de otros, la oposición hostigando diariamente al gobierno, al que asediaban y estrechaban los unionistas revolucionarios, entre los que se distinguía por su osada impaciencia y ardor revolucionario el señor Romero Robledo, y amenguaba no poco el amor propio de algunos progresistas de limpia y noble historia dirigieran á este partido los que nunca fueron sus correligionarios.

Siguieron las discusiones en las Cortes sobre la Internacional, y preparados estaban á la batalla los elementos radicales capitaneados por Zorrilla, no sin apercibirse también en las antesalas de Palacio por medio de agentes secretos, de lealtad problemática, cuando surgió una cuestión que así afectaba á los derechos individuales mantenidos por los radicales, como se refería á intereses muy vitales de los carlistas: se trataba de la libertad de establecimiento de las comunidades religiosas, y en este campo común se dieron cita las oposiciones. La sesión se declaró permanente: el ministerio se vió abrumado por una coalición monstruosa que no podía combatir ningún acto concreto: secretas influencias trabajaban á la vez cerca de SS. MM., que comprendían la imposibilidad de la marcha del gobierno, el peligro de la dinastía, por ser los carlistas los árbitros de aquella Cámara, tan divididos los liberales, y no se decidió á disolverla esperando que la razón, la conveniencia y el patriotismo abrieran los ojos de los ofuscados, accediendo sólo á suspender las sesiones, cuyo decreto se leyó á las siete de la mañana del 18 de noviembre, habiendo durado la sesión diez y nueve horas.

Cinco fracciones constituían la mayoría que derrotó al ministerio, y cuatro de ellas eran enemigas declaradas de las instituciones vigentes. No habiendo una mayoría que representara legítimamente al país, siguió

el rey dispensando su confianza al gabinete derrotado, que procuró aprovechar el interregno legislativo. Si de una parte se habían echado los cimientos de la coalición entre republicanos, carlistas, moderados y radicales, Sagasta de otra, comenzó sus gestiones y tratos con los elementos primitivos del unionismo, y concentró bajo su mano los despojos del partido progresista que por distintas causas ligaron su suerte á la suya. Comprendió el rey, ó le hicieron comprender, la crítica situación que se atravesaba; quería reanudar las sesiones de Cortes para que mejor aconsejados los partidos se ocuparan de los verdaderos intereses del país y se viera quiénes representaban en mayor número la opinión pública, y escribió una carta al presidente del Consejo mostrando su deseo de que la legislatura llegara á su período legal para que se discutieran y votaran los presupuestos y se resolvieran con el concurso de las Cortes las graves cuestiones pendientes. Si circunstancias ajenas á su voluntad se opusieran á la realización de tales deseos, «entonces, decía, cumplidos en conciencia mis deberes, haría uso de las facultades que la Constitución me concede, pidiendo á Dios luz y acierto.»

Constitucional era sin duda esta carta, pero con ella se hizo el rey instrumento de los que querían derribar aquel gabinete, que no podía gobernar con las cámaras y que no hallaría en ellas la inspiración que se buscaba, aun cuando convenía en que debían reanudar sus tareas. Había recibido un voto de censura, y el sacrificio de continuar en el poder sería estéril, aun posponiendo su honra política: era imprescindible la dimisión y la presentó.

CAPÍTULO III

Disolución de las Cortes.—Crisis.—Nueva legislatura.—Cambios de ministerio
Atentado contra el rey.

Encargado Sagasta de la formación del nuevo gabinete, lo constituyó con Malcampo, Colmenares, Angulo y De Blas, á los que se añadió Topete, Groizart y Gaminde, habiéndose negado Zorrilla resueltamente á ser ministro, á pesar de las instancias de Sagasta en una conferencia de más de dos horas.

Terminada la legislatura el 6 de enero—1872—convocáronse las Cortes para el 22 del mismo mes, esperando Sagasta en este tiempo atraer algunas voluntades al gobierno. Dió una patriótica circular declarando á la *Internacional* comprendida en el Código penal, y al presentarse á la asamblea expuso su programa, declarándose progresista, desplegando la bandera del partido constitucional, llamando á cuantos sintieran verdadero entusiasmo por la causa de la revolución y quisieran conservar lo conquistado, rindiendo solemne culto á la ineludible ley del progreso: proclamó una política de atracción y pidió á las oposiciones una tregua que permitiera discutir amplia y convenientemente los presupuestos, aun cuando hubo de condolerse del espectáculo que presentaba el Congreso. Era una necesidad la decisión, como declaró el gobierno, de adoptar medidas severas dentro de las leyes para castigar á los traidores que en la

misma Península conspiraban contra la integridad nacional, fingiéndose hipócritamente sus defensores.

Pronto vió el ministerio la imposibilidad de gobernar con aquellas Cortes, que empezaron por dar un voto de censura al señor Martín Herrera que presidía el Congreso, y hubo que disolverlas, señalando el 2 de abril para las elecciones y el 24 para la reunión del nuevo Parlamento, despidiéndose el disuelto con una sesión borrascosa.

Abierto el palenque electoral, acordaron los ex diputados republicanos tomar parte en las elecciones, lo mismo decidieron al fin los radicales, constituyendo un comité central presidido por Zorrilla, y celebrando un ruidoso *meeting* en el Circo de Price, en el que se pidió se orease el palacio real. Autorizados los carlistas por su jefe para tomar parte en las elecciones y coligarse con republicanos y radicales, formóse una coalición monstruosa, levantándose acta del pacto que hicieron los que estaban obligados á sostener á don Amadeo, con los irreconciliables enemigos de su dinastía.

Los unionistas se estrecharon por que se les diera participación en el poder, que le pretendieron igualmente algunos individuos del grupo del señor Cánovas, de quien dijo un periódico no sospechoso (1), que *el conjunto de la legalidad revolucionaria era muy aceptable y hasta conservadora;* «que él y sus amigos, en uso de un perfecto derecho, habían querido sumarse con los sagastinos y con los fronterizos, y *que querían el orden dentro de la legalidad y de la actual dinastía.*»

Los constitucionales formaron otro comité presidido por Santa Cruz; Sagasta quería valerse sólo de los progresistas, lo cual irritó á los unionistas; emprendieron todos grandes trabajos, y el desdichado asunto del nombramiento de generales produjo la crisis que creyó conjurar Sagasta ganando tiempo. Para que no apareciese ante el rey la disidencia del ministerio, convino éste que, aquel día 17, que era sábado, no hubiese Consejo de ministros en Palacio, como de costumbre. Al manifestarlo así el presidente á S. M. preguntó la causa y se le contestó que por falta de asuntos que tratar; á lo cual repuso el rey: «Si el gabinete no tiene nada que decirme, yo tengo cosas muy serias de que hablarle: ruego á V. que cite á los señores ministros, á quienes quedo esperando.»—Reuniéronse en seguida, y el rey les leyó un escrito, conocido por el *Papelito*, que probaba la evidente ingerencia de personas irresponsables, que no mostraban tampoco la mayor competencia (2).

---

(1) *El Debate*, de 24 de enero de 1872.

(2) El escrito, cuyo original poseemos, dice así:—«Circunstancias graves me impulsaron á escribir la carta de 18 de diciembre; y la gravedad de aquellas circunstancias consistía en que, reconociendo todos que yo debía ser el que resolviese el conflicto, nadie, sin embargo, esperaba que encontrase la fórmula conveniente. Expresé en aquel documento el firme propósito de cumplir mis deberes constitucionales, como expresé también mi deseo de ser imparcial y justo con todos los intereses y con todas las aspiraciones. Hoy me animan los mismos deseos y los mismos sentimientos; y sólo podré seguir mostrándome imparcial y justo, mientras me mantenga, como hasta aquí, sereno y desapasionado, fuera del palenque donde se agitan y luchan los partidos. Empeñada mi palabra de rey y mi fe de caballero en el juramento, tan espontáneo como leal, que

Mientras los ministros discutían su situación, tomó el rey consejo de los presidentes de las cámaras y de importantes personalidades políticas, y contando con la unidad de ideas de Sagasta y Topete, encomendó al primero la organización del gabinete, consignando el rey por escrito que, consecuente en sus propósitos y regla de conducta, les manifestaba su deseo de continuarles su confianza al frente de un ministerio que realizara la política proclamada, sostenida y votada por ellos en la última discusión del Parlamento, en representación compacta y homogénea de uno de los dos partidos legales que debían funcionar ordenadamente, en todo régimen constitucional, dejando libre su esfera de acción al otro partido que representaba política distinta; esperando que harían este nuevo servicio á la patria y al rey, afirmando su determinación con un acto público que fijara definitivamente la situación de los partidos.

Previa la discreta retirada del señor Topete, constituyó Sagasta el ministerio bajo su presidencia con los señores De Blas, Colmenares, Mal-

---

presté á la Constitución del Estado, en debida correspondencia al honor que me hacía este noble pueblo escogiéndome por su primer magistrado, todo mi esfuerzo, toda mi ambición debe consistir y consiste en guardar y cumplir fielmente esa Constitución, que me traza con perfecta claridad el recto camino que debo seguir, para inspirar á todos los españoles una confianza inquebrantable en el espíritu de imparcialidad que me anima y que ruego á Dios me conserve. Pretendo con esta prudente y equitativa conducta ofrecer la garantía más firme, tanto á la seguridad de los unos, como á las legítimas esperanzas de los otros; porque espero que ello ha de fortalecer y avivar en todos el patriotismo y las virtudes que los partidos necesitan en épocas de turbación, para vencer las dificultades, para salvar los obstáculos, para arrostrar los peligros que siempre encuentra la legalidad que se propone tomar nuevo y mejor camino para la gobernación de un gran pueblo. Con esa imparcialidad, con ese criterio, he querido y creído resolver la última dificultosa crisis: si no puedo aspirar á que por todos se reconozca el acierto de la solución, tengo el derecho de exigir que se respete la sinceridad de mis intenciones. Yo busqué por todos los medios constitucionales la verdadera expresión de la opinión pública; y si afortunadamente la encontré unánime en uno de los extremos de la cuestión, no tuve igual suerte en el otro, sobre el cual forzosamente tuve que decidir, y decidí en conciencia, contando confiadamente con el patriotismo, con la abnegación, con las virtudes cívicas de todos á que antes me he referido. Creía, y sigo creyendo, que á la resolución adoptada, de cuyo cumplimiento debía encargarse el gobierno que sostuvo la lucha, correspondía que inmediatamente siguiese la realización de la política, que proclamada por su jefe en el Parlamento, había merecido el apoyo del mayor número de votos de los representantes que reconocen la legalidad existente. Esta política enarbolada como bandera alrededor de la cual se agruparon para defenderla, como su símbolo, todos los que le prestaron acatamiento y adhesión, debía ser considerada como la enseña de uno de los partidos constitucionales destinados á funcionar dentro del mecanismo legal, con perfecto deslinde y clara definición, dejando libre su campo al otro partido, que representando y sosteniendo política contraria, pero también dentro de la legalidad común, tiene legítimo, incuestionable derecho para pretender que prevalezca, llevándola al poder donde pueda plantearla y desenvolverla. De una y de otra debe ser juez supremo é inapelable la pública opinión, libremente expresada en los comicios, y á cuyo fallo todos sin excepción debemos someternos. Un suceso posterior á la expresión de mis anteriores pensamientos y que ha excitado unánime y fuertemente la opinión pública, ha fijado mi atención sobre la conveniencia de que ciertas resoluciones sean discutidas y examinadas en mi presencia, para que yo pueda formar juicio exacto de su importancia y oportunidad.»

campo, Martín Herrera, Camacho y Romero Robledo. No satisfizo á muchos este desenlace de la crisis. Al ir á jurar los nuevos ministros estuvieron á punto de sucumbir; S. M. deseó conocer el manifiesto del nuevo gabinete que probara la completa armonía de los elementos conservadores ó conciliados, y al cabo de estar cerca de dos horas en la regia cámara, y teniendo lugar fuera de ella escenas muy ajenas de aquel lugar y de aquella ocasión, se orillaron las nuevas dificultades y juró al fin el ministerio. Su programa le consignó en una circular á los gobernadores civiles, sosteniendo el anterior y anunciando que era un hecho la fusión de los dos grupos afines de la pasada mayoría, como necesario resultado de la política de atracción, recomendando la más estricta legalidad en las elecciones. Hasta publicarse esta circular se negó el rey á firmar los decretos que le llevaron sus ministros.

Las elecciones eran el campo de batalla, y ésta había de ser reñida, tremenda. Los radicales exasperados proclamaron la coalición nacional para las elecciones á fin de «purificar el sistema representativo de esta política inmoral y corruptora, arrancar en el campo de la vida pública esta cizaña que hace imposible la marcha ordenada de los partidos y de la vida natural en los gobiernos;» añadiendo «que el partido progresista democrático entraba en esta grande, si bien transitoria alianza, para llevar á cabo una obra verdaderamente patriótica.

Alentaron á los carlistas los señores Nocedal, La Hoz y Liniers, Vildósola y Tamayo y Baus á que fueran á las urnas á luchar con decisión; añadiéndoles que retraerse era morir; que el enemigo se empeñaba en aumentar sus fuerzas, facilitarles ocasiones y prepararles el campo para vencerle, y «que así como sus esfuerzos de ayer habían creado la situación insostenible de hoy, los esfuerzos de hoy precipitarían los sucesos y dispondrían el terreno para alcanzar en breve el triunfo definitivo.» Llamaban á los hombres de buena voluntad, *vengan de donde vengan*, y terminaban diciendo: *ahora á las urnas, después adonde Dios nos llame.*

Contra la bandera de aquella coalición monstruosa, en la que cada partido conservaba íntegros sus principios y aspiraciones, opuso el gobierno la que llevaba por lema «libertad, Constitución de 1869, dinastía de Saboya, integridad del territorio nacional.» A las fuerzas naturales del gobierno se oponían las numerosas de la coalición, por lo que la lucha tenía que ser terrible y lo fué, empleando unos y otros la arbitrariedad, la corrupción, todo linaje de violencias. Los radicales estaban ofuscados, los republicanos no tenían interés por la dinastía, ni era hechura de ellos la revolución, y los carlistas contaban sus huestes y las alentaban para el combate. Así se apresuraron éstos á romper la coalición apenas terminadas las elecciones, no acudiendo al Congreso sus 35 diputados, protestando de la farsa de las elecciones y lanzándose á las armas.

Obtuvo el gobierno mayoría en las elecciones, pero la actitud de los carlistas le puso en grave apuro. Para salvarle acudió el general Zavala suplicándole y rogándole se encargara del ministerio de la Guerra, condescendiendo sólo al exponerle el gran peligro que corrían las instituciones liberales por el levantamiento carlista en la provincia de Gerona.

La apertura de las nuevas Cortes se verificó en el Senado el 24 de

abril con el ceremonial de costumbre, diciendo el rey en su discurso que quería vivir y reinar con el amor y confianza del pueblo español; que confiaba no se haría esperar por largo tiempo la concordia con la Santa Sede, que tan sinceramente deseaba; que se procuraría resolver la cuestión de Hacienda; se propondría la corrección de los defectos de algunas leyes, la discusión de otras y la proposición del establecimiento del jurado; que lo serían asimismo los presupuestos de todas las provincias de Ultramar, y los medios de extinguir la deuda que pesaba sobre las cajas de Cuba, adonde quería llevar todas las reformas compatibles con su estado social, lamentándose de no poder compartir los sufrimientos, penalidades y peligros del ejército, de la marina y de los voluntarios; dedicó también un testimonio de reconocimiento al ejército de Filipinas; ofreció se sofocaría prontamente la rebelión carlista; alabó al ejército y á la fuerza ciudadana, y confió hallar en los votos de los representantes del país, norte para su conducta; pues así como no se impondría, tampoco tendría que acusarse de abandonar el puesto que por voluntad de las Cortes ocupaba, ni olvidar los deberes que la Constitución le imponía.

Constituído el Congreso bajo la presidencia de Ríos Rosas, hízole al gobierno ruda oposición, en la que tomó parte, como era natural, la prensa coligada, si bien rebasando hasta los últimos límites del decoro, sin perdonar ni aun á las más elevadas personas. Quebrantó al ministerio la discusión de actas, y dióle el golpe mortal la transferencia de dos millones de reales desde los cajas de Ultramar al ministerio de la Gobernación, para aplicarlos á las elecciones y á conservar el orden público. Nada tenía seguramente que temer el señor Sagasta de aquel expediente, pero no se meditó mucho sobre su presentación, por la clase de documentos que contenía, y aunque salvó su honra el gobierno, perdió su prestigio. Dimitió el 22 de mayo; le sustituyó el 26 el presidido por el duque de la Torre, compuesto de los señores Topete, Ulloa, Groizart, Candau, Elduayen y Balaguer, pues Ayala no llegó á jurar, y presentóse á las Cortes al día siguiente, manifestando el presidente interino del Consejo señor Topete, por hallarse el duque al frente del ejército del Norte, que salidos los ministros del seno de la mayoría aceptaban la política del anterior gabinete; pedía la cooperación de las minorías para legalizar la situación económica, dándose tregua á las pasiones para poner al país en una situación normal fructífera á todos; protestó de su respeto á la Constitución, á las leyes y á los derechos de todos; dedicó un cariñoso recuerdo al ejército y á los voluntarios, hizo especial mención del general Zavala por los eminentes servicios que había prestado como ministro de la Guerra, y pagó también tributo de agradecimiento al señor Sagasta y demás individuos de su ministerio, por la formación del partido constitucional, que conservando todas las conquistas de la revolución, estaba dispuesto á turnar en la gestión de todos los negocios del Estado con otro partido.

No tardaron los hechos en demostrar el sincero optimismo del señor Topete. Uno de sus ministros, el señor Elduayen, tomó la iniciativa para reunir apresuradamente el 9 de junio aquella mayoría, que no era compacta ni homogénea, para impedir otra reunión de varios diputados y senadores fronterizos sagastinos, á fin de crear un nuevo centro político, fu-

sionándose en él unionistas y progresistas, cuya reunión se verificó al fin, y adelantó la realización del Círculo liberal á que aspiraban. Reunióse, pues, la mayoría; explicó el señor Candau los temores que tenía el gobierno de verse sorprendido por una nueva sedición, más temible que la carlista, por contribuir á ella todos los partidos antidinásticos en coalición nefanda; ayudáronle en su tarea Alonso Martínez y algún otro, y la mayoría, sorprendida en realidad con tan pavorosos anuncios, mostrábase al menos un tanto disgustada del giro que parecía darse á la reunión, hasta que Santa Cruz formuló más concretamente la idea, declarando que se trataba de acordar y votar si el gobierno merecía ó no la confianza omnímoda y absoluta de la mayoría. Sagasta abordó entonces sin ambajes ni rodeos la cuestión, exponiendo que, por lo visto, se trataba sencillamente de facultar al gobierno para que en caso necesario adoptara medidas extraordinarias, puesto que con el sistema político y administrativo que se seguía, eran inevitables muchos riesgos, y el gobierno carecía de medios para salvar la sociedad. Esta franqueza alentó al gobierno y puso de su parte á muchos indecisos. Elduayen pidió más, si se había de contar con recursos suficientes y legales para cubrir desde 1.° de julio las atenciones del nuevo año económico, y salvar la comprometida situación del Tesoro, para lo cual pedía el apoyo á los presupuestos presentados, y no se demorase su discusión con enmiendas impertinentes. Trataron algunos diputados de justificar las suyas; pero era decidida la actitud de Elduayen apoyada por Ulloa y Camacho, y se accedió á lo que el gobierno deseaba.

Estos triunfos del gobierno exasperaban á las oposiciones intransigentes, y se hizo público que los demócratas antidinásticos pactaron con los republicanos acudir á las armas. No había de seguirles Zorrilla en este terreno, y para que su nombre no sirviera de bandera, renunció el cargo de diputado retirándose á la vida privada.

Para hacer frente el gobierno á los propósitos de sus enemigos, creyó necesaria una situación de fuerza, insinuándolo así en las Cortes más de una vez y hasta diciendo que los enemigos de las instituciones se aprestaban á la lucha. De aquí la resolución de suspender las garantías constitucionales, cuyo proyecto de decreto se llevó al rey. Preguntó éste si se había meditado bien lo que se le proponía y si no se hallaba camino de evadir medida tan extrema, contestándosele que no había otro medio de conjurar los graves peligros que amenazaban al país y á la monarquía; reunió el Consejo de ministros, emitiendo cada uno su opinión, y alguno bien explícita, pero estaba el rey predispuesto en contra por algunos de sus más allegados, que no informaban con exactitud y buen juicio de la verdadera situación del país; no le halagaba tampoco al rey la suspensión de las garantías, é imposible el gabinete, presentó su dimisión que le fué admitida al instante.

Otra vez se invitó á Espartero con el poder, que excusó, y se encomendó al general Córdova la formación del nuevo ministerio al que había de pertenecer Zorrilla, quien, como dijimos, había renunciado el cargo de diputado y retirádose á la vida privada; porque, según manifestó al presentar su renuncia, «las circunstancias le habían creado una situación para con su partido, para con la España liberal, para con la España revo-

lucionaria, para con los otros partidos, cada uno desde su punto de vista, que era superior á las condiciones que necesitaría para cumplir con los buenos propósitos que pudiera tener de servir á su país y á la libertad, á la cual había de amar y querer siempre.» Firme en su resolución se ausentó de Madrid: no quería violentar sus convicciones. Otros conspiraban con opuestos fines, y adelantada estuvo una conspiración para derribar al ministerio Serrano, contando con algún jefe militar en campaña, que dimitió el 8 de junio su mando y reiteró el 12 su dimisión.

Habían interesado al rey por los radicales, y escribió á Zorrilla para que acudiera á Madrid á formar ministerio, contestándole que, no habiendo intervenido nunca en la política por móviles personales, y convencido de que no podía hacer el bien del país, no se hallaba dispuesto á volver á la vida pública: insistió Córdova, á cuya carta no contestó; pidióle Martos por telégrafo se pusiera al habla, y no accedió: eran inútiles las instancias que de todas partes se le hacían, y resolvieron por último gran número de amigos importantes y hasta de aficionados, de comisiones de la milicia, del ayuntamiento, ir á sacarle de Tablada de grado ó por fuerza. Hiciéronle inútilmente toda clase de súplicas, hasta «que hubo quien con una vehemencia (proporcionada á su reciente flaqueza) declaró que si no cedía emigraba, y cedió.»

Aclamado en Madrid cual nuevo Cincinato, se encargó de la presidencia del ministerio formado con los señores Martos, Córdova, Montero Ríos, Beranger, Ruiz Gómez, Echegaray, y Gasset y Artime. Al noticiarse estos nombramientos á las Cortes, al día siguiente, 14 de junio, se suspendieron las sesiones de aquella legislatura, con cuya mayoría no podía contar el gabinete, aun siéndole favorable todo el partido radical, que no lo era, porque empezaron las escisiones por el reparto de los ministerios, y aun de subsecretarías.

Reunidas el 15 las mayorías de ambos cuerpos colegisladores. acusaron ante el rey al gabinete por la responsabilidad en que había incurrido aconsejando la suspensión de las sesiones cuando el concurso de las Cortes era más necesario para resolver la cuestión de Hacienda, la de reemplazo del ejército y la económica de Cuba; y á fin de que el gobierno pudiera cobrar legalmente los impuestos y se discutieran é hiciesen las leyes anteriores, declaraban que en todas estas cuestiones se hallaban dispuestos á prestar al gobierno, cualquiera que fuese, su apoyo tan decidido como desinteresado; y si el ministerio responsable no aceptase esta patriótica cooperación, sabría el país que la infracción de las leyes sería tanto más indisculpable, cuanto que era innecesaria. Rechazado su concurso, declararon infringidos desde el 1.° de julio todos los artículos constitucionales que se referían á la imposición y cobranza de las contribuciones, y apelaron á la nación para que «juzgara y presenciara el espectáculo nuevo en la historia, de una oposición que ofrecía todos los acomodamientos de la prudencia, y de un gobierno que voluntariamente se lanzaba á todas las aventuras de la arbitrariedad.»

También los republicanos se declararon contra el ministerio, protestando de que por el cambio operado en las regiones del poder, estuviesen dispuestos á modificar sus opiniones y á alterar su línea de conducta.

Valiente el gobierno en medio de aquella situación, se dirigió al país por medio de una circular á los gobernadores civiles, ofreciendo poner término á la violenta situación que se atravesaba, con la práctica sincera de los principios de la escuela radical, sin medidas extraordinarias, bastando para salvar la libertad, la libertad misma; que no se proponía lanzarse á los azares de la política aventurera é irreflexiva de que se le acusaba; que establecería el jurado y organizaría el ejército y armada sobre bases que hicieran de la fuerza militar una verdadera institución nacional, permitiendo la inmediata abolición de las quintas y matrículas de mar; ofrecía respetar las creencias religiosas, mejorar la hacienda, regenerar las provincias de Ultramar, sostener la Constitución, las leyes y el orden público, y si sucumbía, le quedaría la satisfacción de haber intentado regenerar la patria por medio de la libertad.

Disuelto el Senado y el Congreso, se convocaron Cortes ordinarias para el 15 de setiembre, comenzando las elecciones el 24 de agosto. No presentaban éstas la mejor expectativa. Los republicanos mostraban en sus reuniones un peligro y una amenaza á todo lo existente, alardeando de sus propósitos en Jerez y en Sevilla: en la reunión de los constitucionales dijo Topete que al partido conservador se le había colocado en la impotencia, y para ser consecuente con la revolución debía protestar y aguardar los sucesos; Romero Robledo se declaró partidario del retraimiento por no exponer á sus electores á las consecuencias de una lucha tremenda, diciendo que, cuando se atacaba la honra de España, debía protestarse y *caiga el que caiga;* sostuvieron otros el retraimiento, lo rechazaron victoriosamente León y Castillo y Ríos Rosas, y éste presentó como una transacción el manifiesto escrito por Ayala, por aclamación aprobado. Pintábase en él á grandes rasgos la situación que se atravesaba, los peligros que inspiraba el gobierno y la imposibilidad de la lucha electoral; que si era lícito en aquella ocasión, se decía, el desesperado recurso del retraimiento, habidas respetables consideraciones, aconsejaba que si en determinadas provincias y distritos hubiera alguna esperanza de luchar con medianas condiciones de libertad, se acudiera sin entrar en funestas coaliciones; que los futuros diputados exigirían la responsabilidad de tantas infracciones, «aguardando con calma el cercano momento de la justicia, seguros de que cada uno ha de ocupar el lugar que le designen sus obras, y confiados en que manteniendo nuestra concordia, no podrá impedir ningún futuro acontecimiento que sea tan grande como provechosa la influencia que el partido constitucional ha de ejercer en los destinos de la patria.»

Mal parado se veía el gobierno por las oposiciones, y publicó una circular electoral, haciendo un nuevo programa político respecto á las reformas que se proponía llevar á cabo, y trató de inspirar una confianza que él mismo no sentía, porque tenía enfrente partidos tan osados como los que se lanzaban al regicidio. Intentóse en la noche del 18 de julio, al regresar el rey con la reina de los jardines del Retiro, disparando con trabucos sobre el carruaje abierto, hiriendo gravemente á uno de los caballos que le arrastraban. Vigilante la policía, si no impidió los primeros tiros, se presentó inmediatamente disparando á su vez sobre los asesinos, mató á uno, hirió á otro y pudo apresar dos con las armas todavía en la mano.

De este inicuo atentado protestó el pueblo haciendo objeto al rey de las más entusiastas aclamaciones cuando en la mañana siguiente se presentó á pie y sin acompañamiento en la calle del Arenal, reconociendo los sitios desde donde se le había disparado.

Suspendido un día por este suceso el viaje proyectado, le efectuó sin variar el itinerario, y fué á Valladolid, Burgos, Palencia, Santander, Bilbao, San Sebastián, Gijón, Oviedo, el Ferrol y la Coruña, precediendo la orden de que no se gastara en festejos oficiales. En todas partes fué recibido con más ó menos entusiasmo, pero en ninguna dejó de captarse, por su comportamiento, verdaderas simpatías.

CAPÍTULO IV

Trabajos carlistas.—González Brabo y Nocedal.—Dirección de Nocedal.—Discordia Levantamiento carlista.—Oroquieta

El movimiento carlista continuaba aplazado; no los tratos con algunos republicanos, que se reanudaron (1), sirviendo á unos y otros de pretexto las elecciones para provocar la guerra civil. Había disuelto don Carlos el centro de Bayona, cuyas atribuciones encomendó á Elío, á quien encargó además todos los trabajos de organización y armamento.

No dejaba de tomar una parte activa en éstos don Luis González Brabo, uno de los últimos ministros de doña Isabel II, y que hacía ya más de un año que estaba en relaciones con don Carlos (2). Se puso en corresponden-

(1) El 14 de abril se presentó al jefe carlista don Hermenegildo Cevallos el señor A....., comisionado por el jefe de los intransigentes de Cataluña, para ponerse de acuerdo á fin de derribar el gobierno de Madrid; le mandó con Sagarra á entenderse con Elío y regresó con todas sus proposiciones aprobadas por don Carlos, pero sin los 8,000 duros que exigía para mover su gente y no se movió.

(2) Como lo prueba el siguiente documento que poseemos, escrito todo él de puño y letra de González Brabo. Dice así:

«Señor: He recibido la muy estimada carta con que V. M. se ha dignado favorecerme, y le doy la debida contestación tan pronto como me ha sido posible.

»Mucho agradezco lo que en ella hay de lisonjero y honorífico, y siempre conservaré memoria de esta distinción, sean cuales fueren las vicisitudes que en sus impenetrables designios nos reserve la Providencia divina.

»Sigo en la persuasión que ya he tenido el honor de exponer á V. M. de que, acomodando la iniciativa de un esfuerzo inteligente á las necesidades de la época y á los elementos constitutivos de nuestra nacionalidad, es muy probable que V. M. logre reunir en sí y alrededor suyo la suma de fuerzas morales y materiales, la autoridad y el poderío que se necesitan para poner término al desorden y abominable confusión en que se extenúa y agoniza la infeliz España.

»Obedeciendo á una convicción sincera, teniendo muy á la vista las lecciones que la experiencia ha dado inexorablemente desde fines del último siglo, no á uno sólo, sino á todos los partidos y á todas las instituciones, no á España únicamente, sino á otras naciones más poderosas y cultas, y los duros escarmientos con que Dios ha castigado en todas partes la soberbia de las pretensiones excesivas, estoy dispuesto á emplear las pocas fuerzas de que yo puedo disponer, en fundar un gobierno justo, fuerte y durable bajo cuya protección puedan vivir en España tranquilos los hombres de bien, sean cuales fueren sus opiniones políticas, restaurarse el imperio de la moral y de la

cia con algunos individuos de la guarnición de Bilbao, y para acordar el medio de proclamar á don Carlos en esta población y en Santoña, fueron en julio de 1871 Rada y el joven oficial de ingenieros don Amador Villar á la capital vizcaína, conferenciaron con algunos oficiales de la guarnición, convinieron en la cantidad y forma para hacer el pronunciamiento, fué Villar á Santoña con los señores A .... y O....., vieron que si había buenos deseos faltaba resolución, regresó Villar á Bilbao á dar cuenta á Rada de su cometido, éste le envió á Biarritz á informar detalladamente á González Brabo, el cual contestó:—«Créame usted, mi querido Villar, en el estado actual de las cosas, con un entorchado en mi manga y autorización de don Carlos para obrar, en veinte días en Madrid. Así, pues, se hace preciso á toda costa decidir al rey á que se obre, y para esto obligar al general Elío á que se lo aconseje (1).»

Corrió Villar á San Juan de Luz, habló á Morales y á Manterola para que influyesen en favor del movimiento, vió en Bayona á Elío, le pintó la difícil y apurada situación de Rada en Bilbao, le suplicó órdenes prontas, contestóle Elío se fuera á descansar que ya le avisaría, no lo hizo al día siguiente, y al otro volvió Villar á recordarle lo que en Bilbao estaba pendiente de la orden de don Carlos y la peligrosa situación de Rada, á quien se buscaba ya por las autoridades para fusilarle; le dijo Elío que esperase, hacíalo Villar inútilmente, y pasando tiempo y apurado, consultó con González Brabo, que aconsejó regresara inmediatamente Rada, cómo y por dónde pudiese, pues era inútil todo sacrificio. Hemos detallado algo este incidente, que no era él solo, para poder mejor comprender y apreciar los trabajos y situación de los carlistas.

Deseaban éstos se efectuara el movimiento en setiembre, y sin ponerse de acuerdo, así lo pidieron á don Carlos juntas y comandantes generales; pero negociaba entonces secretamente aquel señor con la ex reina Isabel una fusión de familia, á lo que daba la mayor importancia, porque

---

virtud cristianas, y desenvolverse con libre holgura las semillas de poder y prosperidad que entre nosotros se encierra.

»No dudo de que, cuando llegue la oportunidad, contribuyan á la realización de estos nobles propósitos las distinguidas personas de quien me habla V. M. Para lograr su cooperación, así como la de todos los que se sientan animados de un verdadero patriotismo, es preciso, sin embargo, saber anticipadamente lo que se va á hacer, y que esto sea bueno y practicable; inspirar, desde el primer día, por el acierto, la seguridad y la prontitud de la acción suprema, una sólida confianza en la justicia, en el vigor y en la eficacia del sistema que se trata de establecer.

»Faltaría de todo punto á mis deberes para con mi patria, á mi conciencia y á mi propia dignidad; no merecería en manera alguna el afecto con que me honra V. M. y al cual correspondo hablándole con leal franqueza, si no hiciese estas formales indicaciones, resumen, aunque muy corto, significativo de las explicaciones dadas anteriormente.

»Deseo que V. M. las acoja como un testimonio de los impulsos elevados que mueven mi conducta, y con este motivo le ruego reciba favorablemente con las vivas demostraciones de mi personal simpatía los debidos homenajes de mi más profundo respeto.—*Luis González Brabo.*

»Biarritz 13 de marzo de 1875.»

(1) *Historia Contemporánea.*

le habían hecho creer que de este modo su triunfo era más inmediato y menos costoso. No veían los carlistas en estas negociaciones más que nuevos aplazamientos, ó caer en las redes que algunos moderados les tendían; criticaron que sólo estuviese acompañado don Carlos de su secretario el señor Arjona; se produjeron nuevas disidencias; las negociaciones no dieron resultado; deseábase la lucha, llegando á manifestar las juntas de Cataluña que si no se efectuaba el movimiento se retiraban, fundándose en que con tanto esperar decaía mucho el ánimo de los comprometidos; temieron otras juntas que su gente, desesperada de tanto quietismo, se fuese con los republicanos, y Elío, para aplacar aquellos belicosos deseos, ofreció que el movimiento se efectuaría hacia el 15 de aquel mes—julio—con lo que volvieron muy satisfechos á Cataluña los que habían ido á Perpiñán á proponer el levantamiento. Terminó julio sin darse ninguna orden; á principios de agosto mandó Cevallos á Sagarra á inspeccionar los trabajos y ver al coronel C..: que se hallaba con su regimiento de guarnición en Gerona, cuyo jefe envió á decir urgía se hiciese el movimiento á últimos de aquel mes ó primeros de setiembre, pues teniendo que reemplazar al comandante general, que había obtenido licencia para baños, le era más fácil hacerse dueño de la provincia. Así se lo comunicó á Elío, quien consultando con González Brabo, lo participó á don Carlos. Al mismo tiempo llegaron los presidentes de las juntas de Madrid y Zaragoza con la pretensión de que se efectuara el movimiento á principios de setiembre (1); se ordenó el 29 de agosto á todos los comandantes generales

(1) «El 15 de agosto de 1871 reuniéronse en Madrid el conde de Belascoáin, don Ángel del Romero Wahh, don Romualdo Martín Viñalet, don Antonio de Arjona, don Antonio Díez de Mogrovejo, don Bartolomé de Benavides y Campuzano, don Manuel Salvador y Palacios, don Manuel Marco, don Antonio Lizárraga y don Francisco Bermúdez; y previo el juramento de guardar reserva, se les manifestó que el objeto de la reunión era saber los elementos con que se contaba para un movimiento, en la inteligencia de que no había más recursos pecuniarios que los que cada provincia pudiera proporcionar.

»A su virtud escribieron sendas Memorias todos los jefes militares, demostrando don Antonio de Arjona, que lo era de las provincias andaluzas, que tenían compromiso formal, hasta cierto punto, de facilitar fondos para el alzamiento, Córdoba, Granada y Jaén; que en Almería no había esperanzas, y se tenían más ó menos fundadas en Málaga, Sevilla, Cádiz y Huelva, y que la base habría de ser el ejército, en el que existían algunos trabajos, sin poder asegurarse que cumplieran sus compromisos. Se aumentaron después las dificultades; la junta de Jaén, que había ofrecido 4,000 duros, los redujo á la cuarta parte; el relevo de guarniciones inutilizó muchos trabajos; se acusó de apáticas á las juntas de Sevilla y Huelva, y la falta de recursos era el mayor inconveniente para todos.

»Benavides contaba en las provincias de Ciudad Real y Toledo con una fuerza de 400 á 500 infantes y 60 caballos procedentes del ejército y guardia civil, pero sujetos estos últimos á variaciones: respecto á la parte civil había mucho entusiasmo y decisión para tomar las armas, pudiéndose contar con 1,000 infantes y 300 caballos, armados 200 de los jinetes con lanzas.

»Don Manuel Salvador y Palacios manifestó contar en las provincias de Guadalajara y Cuenca con unos 900 hombres armados con diferentes clases de armas, y algún elemento militar, aunque corto é inseguro. También se lamentaba de falta de dinero, así como don Antonio Mogrovejo respecto á la parte de Castilla la Vieja que le estaba

remitieran un informe del armamento, municiones y fuerza de que podían disponer; fué obedecida esta orden, aunque sólo se vió en ella un pretexto para ganar tiempo, y así era.

Quería oir don Carlos las razones en que se apoyaba don Cándido Nocedal para que no se emprendiera la guerra, y llamóle á Ginebra, adonde marchó desde Saturraran, deteniéndose en Biarritz á dar cristiana sepultura á González Brabo, que acababa de morir repentinamente, y siguió á Suiza, resuelto á aconsejar á don Carlos que de ninguna manera consintiera en el levantamiento ni en la guerra civil, que era, á juicio suyo, el modo más seguro de destruir todas las probabilidades que tenía de llegar al trono. Cuando se enteró de los datos y notas que le comunicó don Carlos, se ratificó más en su idea, y resueltamente aconsejó que la guerra no se emprendiese. Conforme entonces don Carlos con esta opinión, expidió el 8 de setiembre una orden autógrafa á Elío, en la que manifestaba que los datos que se le enviaban probaban celo y energía en todos, pero ninguno, por razones sin duda atendibles, remitía los compromisos que exigió respecto á las fuerzas del ejército; que examinado todo y oídas opiniones respetables, escuchados consejos prudentes, meditado sobre la ocasión presente y el porvenir que se dibujaba, y puesto todo en la balanza de sus determinaciones, con la ayuda de Dios y cabal conocimiento del caso, resolvía: «Que no hay medios suficientes para un alzamiento ni la ocasión para intentarlo es propicia. Al dar conocimiento de esta determinación á todas las autoridades, hazles saber que es mi voluntad continuar los trabajos con igual celo y energía que hasta aquí, para que los elementos que se aumenten suplan con ventaja á los que necesariamente han de perderse. Díles que la verdadera ocasión se acerca y mucho, y que ese día debe encontrarnos fuertes, unidos y vigilantes.»

Causó esta resolución un disgusto tan general y tan grande, que sin mutuo acuerdo dimitieron todos los comandantes generales, la junta de Madrid y las de varias provincias: los emigrados empezaron á aceptar la amnistía que concedió el gobierno el 30 de agosto, y todo anunciaba la próxima disolución del partido carlista. Para atajar don Carlos la discordia disolvió el centro de la frontera, sustituyéndole con la jefatura militar de Elío, para dar más unidad á la acción y al mando; celebró conferencias con importantes carlistas, destituyó á varios de los dimitentes, tratando de mostrar una energía inconveniente é inoportuna, salían de su residencia cartas para los periódicos, diciendo que siendo Cabrera liberal, el que era cabrerista no era carlista, y se enviaba á la vez á la prensa de Madrid un telegrama en el que declaraba don Carlos que ni debía ni quería ser rey sino de todos los españoles; que no rechazaba ni aun á los que se decían sus enemigos, porque un rey no los tenía, por lo que á todos llamaba afectuosamente en nombre de la patria: pero no fundía sus principios con los de nadie, ni admitía arbitraje de nadie en cuestiones que las leyes de España habían decidido; aludiendo al arbitraje del Santo

---

encomendada, pues sin fondos no podía contar con alguna fuerza del ejército.»—*Historia Contemporánea.*

Padre para fallar sobre el derecho de don Carlos ó el de doña Isabel, propuesto por algunos moderados y carlistas.

Los antiguos y consecuentes carlistas, el elemento militar, del que había de necesitarse en los apuros, confiaban más en su fe ciega, en la excitación de sus sentimientos belicosos, que en las más elocuentes consideraciones de los que esperaban el triunfo de don Carlos por los medios pacíficos: los hechos daban la razón á los que preferían la lucha legal; pues la célebre sesión del 17, que duró diez y nueve horas, y acabó con aquella legislatura y aquel ministerio, demostró el poder legal de los carlistas. En éste confiaba Nocedal para hacer imposible todo gobierno liberal. Razón tenía don Carlos para escribir, como lo hizo, á los señores conde de Orgaz y Nocedal, que los resultados obtenidos en el Congreso eran una verdadera y útil victoria, por haber introducido la disolución en el campo revolucionario, alentándoles á seguir la senda de combatir en todos los terrenos, con todos los medios lícitos, al poder. «Cada uno tiene su día: hoy es el nuestro, mañana será el de otros, pero todos conspiran al mismo fin, y no sólo no se rechazan, sino que se prestan y se prestarán esfuerzo y energía.»

Más hubieran conseguido los carlistas sin la división que les destrozaba. Creyendo remediar este mal se nombró á don Cándido Nocedal director de la prensa carlista; representaron en contra los periódicos que dirigían Villoslada y Canga Argüelles, mostróse contrario á ellos don Carlos, haciendo que «fuese pública y notoria la satisfacción con que veía la brillante campaña que sostenía la *Esperanza*, y que supiera España que tan valiente periódico es uno de los órganos genuinos de las aspiraciones y de las ideas del gran partido español y de su egregio representante (1).»

Estas y otras manifestaciones produjeron la muy notable representación á don Carlos firmada por Aparisi y Guijarro, Canga Argüelles, Tejado y Villoslada, en la que insistiendo en que no debía ser Nocedal el director de la prensa ni del partido, pedían justicia contra la ofensa que se les infería en la anterior carta. Protestaban de su amor á don Carlos aunque alguno de ellos se había despedido de él hasta la eternidad; exponían los grandes errores que se habían cometido hasta mayo, y que desde este mes «había entrado la causa en un período tristísimo, en una verdadera decadencia moral y material, que hacía presentir un fin funesto y una irreparable ruina... que se estaba verificando en la gobernación del partido carlista una transformación dolorosa que comenzaba á hacerse pública en la doctrina y venía experimentándose hacía tiempo en la conducta. La monarquía cristiana se retira y se abre paso el cesarismo.» Rechazaban que se pretendiera establecer un absolutismo á palos, exponían que siempre fué en Castilla máxima inconcusa que el rey no podía proceder sin el consejo de los varones más probos y competentes del reino; que sustituyera por un consejo las personas á quienes había encomendado la dirección y representación del partido; que se había sorprendido el ánimo de don Carlos en su procedimiento contra *La Regeneración* y *El Pensa-*

(1) Carta del secretario de don Carlos, don Emilio de Arjona, dirigida á *La Esperanza* el 14 de febrero de 1872.

miento Español; censuraban acremente la conducta y proceder de los señores Arjona y Nocedal, y daban á don Carlos consejos suaves en el modo pero fuertes en el derecho, en lo que creían cumplir su deber como cristianos y carlistas verdaderos, que no debían ocultar por consideración alguna lo que cumplía á su dignidad como hombres y lo que debían á su partido y especialmente á su religiosidad cristiana, que la ponían por encima de todo.

La contestación de don Carlos fué que el rey no descendía á personalidades; que su política estaba escrita en su carta-manifiesto: monarquía cristiana; restauración de lo bueno antiguo y aceptación de lo bueno moderno; rigidez en los principios; llamamiento á todos los españoles de buena voluntad; que era rey de veras y no sombra de rey, porque «en todos tiempos, y singularmente en los de revolución, el que no manda es mandado, el que no arrastra es arrastrado.» Sometiéronse por fin los dos periódicos disidentes, variando de director; pero hubo vencedores y vencidos; teniendo gran fortuna don Carlos que no conocieran los liberales la exposición de que hemos dado una ligera idea, y hemos publicado en otra obra, pues la poseemos original. Se efectuaron algunas variaciones de cargos, y se confió además á Nocedal la dirección política de todo el partido.

Era el plan de Nocedal, según él mismo nos lo ha dicho, y lo tenemos insinuado, hacer imposible todo gobierno que no fuese el de don Carlos, sin más que valerse de los medios que le concedían la Constitución y las leyes. Dios sabe si hubiera tenido el éxito que su autor se proponía; pero fracasó de hecho en el momento que se dieron las órdenes para emprender la guerra sin consultarlo con él previamente, dejándole expuesto, como á todos sus compañeros, á la persecución que sufrieron por un suceso en que no tenían parte.

Relevado de la comandancia general de las fuerzas populares de Madrid don Ángel María de Toro, se hicieron otros nombramientos militares, y se encomendó á don Eustaquio Díaz de Rada el mando superior de las fronteras de Guipúzcoa, Navarra y Cataluña, encontrándose con que todo el tesoro carlista consistía en 400 francos, de los que había que deducir algunas sumas. En bonos existían diez millones, pero sin esperanza de colocación. Como si no fuera bastante precaria esta situación financiera, hasta desapareció de la provincia de Lérida el presbítero don M. M. que había recibido 10,000 francos en dinero y 50,000 reales en bonos para invertirlos en efectos de guerra (1). Procuróse Rada algunos fondos, y activó los trabajos belicosos concibiendo lisonjeras esperanzas.

Frustrados los proyectos de fusión carlista-isabelina, y convenida la separación de don Alfonso del lado de su madre, deseando algunos que se encomendara á doña María Cristina la dirección de su nieto, procuróse por parte de los moderados desvirtuar los trabajos carlistas en las provincias Vascongadas. Estaba por este tiempo en Vitoria el general Lersundi; reunió á varias notabilidades, á las que manifestó no estaba por la fusión Montpensier y sí por hacer un supremo esfuerzo en favor de don Alfonso, haciendo ver al pueblo que el partido moderado era tan amante como el

(1) Parece que se marchó á América acompañado de su joven ama.

carlista de la religión católica, apostólica, romana, y que en su reinado serían respetados los fueros, por lo que era necesario atraerse al clero á todo trance, trabajándose principalmente con Manterola. Trabajóse en este sentido, conferenció Lersundi en Bayona con los moderados allí residentes, siguió á París con Egaña, y dice un documento que tenemos á la vista, «es gente que se mueve mucho, muchísimo, y como tiene dinero pueden hacernos considerable daño si no les ganamos pronto la partida.»

Crecían en tanto las impaciencias de los carlistas belicosos; apremiaba Rada para que se le autorizase á obrar; iba haciéndose crítica, insostenible y hasta comprometida su situación, pues en los mismos puntos en que tenía juntas para preparar la guerra, formaba otras Nocedal para impedirla: lo que uno hacía el otro le deshacía; se produjo un verdadero desorden, que trascendió á los subordinados de Rada; supo hacerse obedecer y conjurarlo; dió instrucciones para cuando se ordenara el levantamiento, mandando de parte de don Carlos «que bajo ningún concepto se maltratase á ningún español, cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas;» encomendó el mando superior militar del Principado al mariscal de campo don Federico Cadórniga, á quien el 20 de marzo se le confirió el militar de la provincia de Gerona y el interino de todo el Principado, en recompensa de los servicios que ofreció prestar; encargóse á Ugarte que el día del movimiento y de acuerdo con don Gerardo Velasco, cayera rápidamente sobre Bilbao, dejando libre la acción de la oficialidad y tropa de su guarnición para que se entendieran directa y exclusivamente con el jefe de la localidad; no descuidaba Rada, en tanto, las negociaciones entabladas con algunos jefes liberales; y exacerbado el partido carlista con las elecciones que por aquellos días se verificaron, consideró que no podía prescindirse ya de verificar el movimiento é insistió en que se ordenara.

Fluctuaba don Carlos, por una parte con los compromisos que contrajo con Nocedal y deseaba cumplir, y por otra con el estímulo de su juvenil deseo, considerando segura la victoria; sin decidirse, procuraba sostener el entusiasmo belicoso alentando esperanzas y pretextando la conclusión de ciertos trabajos de seguro éxito. Pero los carlistas de la provincia de Gerona, ó más bien el doctor Vendrell, no pudiendo contener su impaciencia, y sin esperar órdenes, se lanzaron al campo el 8 de abril. Pidióse con insistencia la orden para secundarles en otros puntos; alentó á los sublevados el verse poco perseguidos; algunos jefes liberales no rehuían sus compromisos, pero querían recibir órdenes directas de don Carlos; no hubo mucha diligencia en este particular de tanto interés, alucinando á los carlistas el exceso de confianza, y al fin don Carlos escribió á Rada el 14 abril desde Ginebra, diciéndole: «El momento solemne ha llegado. Los buenos españoles llaman á su legítimo rey, y el rey no puede desoir los clamores de la patria.—Ordeno y mando que el día 21 del corriente se haga el alzamiento en toda España, al grito de ¡abajo el extranjero! ¡viva España!—Yo estaré de los primeros en el punto del peligro. El que cumpla merecerá bien del rey y de la patria; el que no cumpla sufrirá todo el rigor de mi justicia. Dios te guarde.—CARLOS (1).»

---

(1) A esta orden añadió Rada una especie de alocución que terminaba así: «A las

Diéronse por Rada con asombrosa actividad cuantas órdenes eran necesarias para efectuar el movimiento el 21, y para transmitir noticias al extranjero, hacer propaganda, facilitar recursos, municiones, armamento, vestuario, calzado, y cuanto fuese necesario, formó una *junta real carlista*, con los que constituían la vasco-navarra, la sección de hacienda establecida en San Juan de Luz y otros señores.

Con tanto entusiasmo se iba á emprender la guerra, que se pensaba no durase más que un mes desde que don Carlos atravesara los Pirineos hasta saludar triunfante las viejas banderas de Atocha. Creía tenerse todo bien concertado, á pesar de las ofertas que se hicieron á Nocedal. Cuando se condenaba la actitud de los que rechazaban la jefatura de Nocedal, afirmando así cuanto era posible afirmar su autoridad, se daban al día siguiente prevenciones reservadas para el alzamiento y se transmitían á una junta secreta que funcionaba en Madrid, cuidándose mucho de que no supiera Nocedal lo más mínimo. Decíase en esas prevenciones, cuya revelación asombrará al señor Nocedal, y á nuestros lectores: «Dentro de pocos días recibirá V E. la orden terminante de alzamiento, emanada directamente de S. M.; bien entendido que el jefe, cualquiera que sea su graduación, que deje de darle inmediato cumplimiento, *por muy poderosas que sean las razones que alegue*, será considerado reo de lesa majestad, y por consiguiente *pasado por las armas* tan pronto como sea posible... Mandará V. E. que el alzamiento se verifique el mismo día bajo *pena de la vida*» (1).

En la imposibilidad de continuar tan ambigua conducta, proceder tan contradictorio, siete días después dispuso don Carlos que la minoría carlista no asistiese al Congreso, pretextando farsas, atropellos y desmanes, cuando había más franqueza y verdad en decir, como decía: «Mañana protestará en el terreno que le exija la patria oprimida y las aspiraciones de un corazón español.» Este documento lo recibió Nocedal con la orden de insertarlo en los periódicos del partido; haciendo en el acto, después de obedecer lo que se le mandaba, dimisión de todos sus cargos; ahogando

---

armas, pues, valientes y heroicos navarros y provincianos, y muy pronto, ciñendo vuestras sienes el laurel de la victoria, asegurará para siempre vuestros venerandos fueros, la paz, felicidad y verdadera libertad de nuestra patria. ¡Viva la religión! ¡Viva España! ¡Viva Carlos VII! ¡Abajo el extranjero!—El comandante general de las fronteras, *Eustaquio Díaz de Rada.*»

(1) La parte esencial de las instrucciones que se dieron al comandante general de la frontera, decía así:

«2.° El grito de viva Carlos VII se dará en primer lugar por las guarniciones militares de Gerona, Figueras, Seo de Urgel y Pamplona, haciéndose dueñas de dicha plaza.

»3.° A la misma hora del mismo día se dará el golpe de Bilbao.

»4.° El mismo día é inmediatamente después de consumadas estas empresas, se hará el levantamiento general de las ocho provincias con arreglo á las órdenes que habrá V. E. dictado.

»5.° Tomará V. E. el mando de los ejércitos de Navarra y Vascongadas hasta que se presente S. M., cuidando de bloquear completamente á San Sebastián, intimándole la rendición, apoderándose de Irún y Fuenterrabía.

»Ginebra, 8 de abril de 1872.—Emilio de Arjona.»

en su pecho la pena de no poder razonar sin explanar los motivos de su dimisión, de que se diera la orden para el alzamiento sin haberle consultado, ni darle tiempo para que expusiera su dictamen: «preveía tristes consecuencias de un apresuramiento producido por personas de buena fe, pero ligeras, ó poco expertas, ó demasiado presumidas: apresuramiento que ha desbaratado planes que yo creía buenos ó de resultados seguros, ó muy probables, aunque más lejanos. ¡Quiera Dios que no acierte, y que este alzamiento no produzca, como temo, el resultado funesto de retardar por mucho tiempo el triunfo de la causa que simboliza el duque de Madrid y la salvación de España, que son una cosa misma (1)!»

Deseando don Carlos dar á conocer las razones en que fundaba su actitud, las expuso en una especie de comunicado firmado por Arjona, en el que decía que el partido carlista rechazaba abiertamente, como lo exigían sus principios, las maniobras de los liberales, vanguardia del petróleo y de la disolución social; que deseaba á toda costa no hacer el primer disparo; que no iba á encender una larga guerra civil, sino que esperaba con una lucha corta y decisiva salvar la patria y mostrar tal vez el camino que conducía á la salvación de la sociedad, y se convocaba á los españoles á agruparse alrededor de la bandera donde brillaban estas palabras: Dios, patria y rey.

Fuéronse reuniendo los comprometidos, con más ó menos diligencia, pero escaseaban armas y faltaban municiones, á pesar de lo que en unas y otras se había gastado ó figuraba gastado en las cuentas y estados presentados por la junta de San Juan de Luz. Produjo esto gran conflicto especialmente en Navarra, porque siendo numerosas las presentaciones, y excesiva la aglomeración de la gente desarmada que estaba bajo la protección de la que tenía armas, no había medio de obrar, había que evitar todo encuentro con el enemigo, conteniendo el entusiasmo de aquellas masas. No se podía alimentar tanta gente reunida, ni podía permanecer por más tiempo aglomerada en la sierra de Urbasa, llamando así más la atención de los liberales que iban aumentando sus fuerzas, y les hicieron marchar por batallones sueltos á otros puntos donde encontrasen más recursos, burlando al mismo tiempo la vigilancia del enemigo con los movimientos continuados y ejecutados bajo un plan general.

Las guarniciones con que se contaba no respondieron á un movimiento que no era para inspirar la mayor confianza, no queriendo ninguna fuerza del ejército ser la primera; tampoco secundaron el movimiento los republicanos; faltaba dinero; se indispusieron unas con otras las autoridades carlistas, contrariando y disgustando á Rada; perjudicó mucho á la causa carlista la poca armonía que reinó en Guipúzcoa donde no se cumplieron, en general, las órdenes de aquél, y se suscitó un grande antagonismo entre el jefe civil don Miguel Dorronsoro y el superior militar. Era general este antagonismo, que produjo algunos desórdenes, y sin nada organizado, sin hallarse en la Ulzama, en los montes de Oyarzún y en otros las armas que se suponía debía haber en ellos, efectuó don Carlos su entrada en España por la parte de Ascain. En todas partes encontraba defensores, pero care-

(1) Carta de Nocedal al secretario de don Carlos en julio de 1872.

cíase de dinero, de armas y de buena dirección. Si muchos de los que manejaron bonos hubieran sido honrados, no hubieran faltado los elementos necesarios, ni contaran los carlistas entre sus mismos correligionarios sus mayores enemigos.

En Navarra, en las Provincias Vascongadas, y en algunos puntos de Cataluña, se efectuó sin obstáculo el levantamiento, iniciado sólo en la parte oriental de España y en pocos pueblos de Castilla. En vano pedía don Carlos explicaciones por la falta de cumplimiento de muchos comandantes generales de Aragón, Valencia, Castilla, Extremadura y Andalucía; en vano exigían algunos el cumplimiento de palabras solemnemente empeñadas, de juramentos sagrados, todo inútil: los que se lanzaron al campo al frente de pequeñas partidas, no pudieron hacer otra cosa que esquivar la persecución que se les hacía, soportando las mayores privaciones, sufriendo resignados las más grandes fatigas y mostrando seguramente verdadero heroísmo.

En cuanto al gobierno, ni era un misterio, ni podía sorprenderle el levantamiento carlista: la prensa y las autoridades le anunciaban: se hablaba de él sin reserva en Bayona, en Biarritz, en San Juan de Luz y en todos los pueblos de la frontera hasta Perpiñán; en San Sebastián, además, se abrían las cartas y se enviaban al gobierno las copias de las que podían interesarle; y á pesar de todo esto, al estallar la sublevación, nuestro ejército, ni por su número, ni por su fuerza, ni por su organización para entrar en campaña y pasar con la necesaria rapidez del estado de paz al de guerra, se encontraba en condiciones de sofocar prontamente aquel incendio; pero se encargó del ministerio de la Guerra el general Zavala, que supo con su actividad y pericia multiplicar los elementos de que disponía, y bastaron, no algunos batallones, sino cuadros de batallón para lograrlo. No pasaron de veinte los que se pudieron reunir, aun desguarneciendo puntos importantes de la Península y de las Baleares, y éstos sin organización alguna para entrar en campaña, sin material y sin ninguno de los elementos que constituyen los ejércitos modernos: hubo necesidad de empezar por donde se empezó para la guerra de África, por donde se comienza siempre en nuestro país, por crearlo é improvisarlo todo. Era necesario emprender las operaciones con rapidez y decisión para no incurrir en el mismo defecto que en 1833: así lo comprendió Zavala, y á la vez que se empezaban las operaciones, organizaba el ejército, le dotaba del personal sanitario y administrativo, y se cambiaba á algunos batallones el fusil ya antiguo por el moderno á cargar por la recámara. Todo esto que debía haber estado hecho, dilataba y entorpecía las operaciones de una guerra que, como todas las civiles, son en su origen de guerrillas, y hay que perseguirlas activa y constantemente.

Los liberales tuvieron la suerte de que sus enemigos cometieron grandes desaciertos, sin los cuales hubieran, cuando menos, puesto en gran peligro la causa liberal, porque había que atender á muchos puntos á la vez. Algunas autoridades estaban abrumadas; la de Navarra avisaba á cada instante levantamiento de partidas, cometiendo bastantes inexactitudes involuntarias; dijera que casi toda la juventud de la provincia, guiada por varios curas y los jefes designados, salió de sus casas aclamando á

los que la guiaban y gritando contra los liberales, y estuviera más en lo cierto. Los que tenían armas formaban partidas que empezaron á merodear, con mala suerte algunas, como la de Miranda, á la que batieron é hicieron prisionero al cura de Elcano y á otros seis más.

A las fuerzas que guiaba don Fulgencio Carasa se incorporaron las de don Jerónimo García, y observando que en Arizala había tropas que salieron á tomar posiciones, ocupando sus guerrillas la línea de árboles que desde el palacio ó granja de Anderey conduce al río, dispuso Carasa el ataque, lo emprendieron todas las fuerzas armadas, distribuídas en dos pequeñas columnas mandada una por García y la otra por don Félix Díaz Aguado, arrollando y tomando á la bayoneta, después de un ligero tiroteo, todas las posiciones que ocupaban los liberales, obligándoles á retirarse al pueblo, cogiéndoles bagajes, equipos, camillas y haciéndoles algunos prisioneros, entre ellos un guardia civil, con el que Carasa ofició al jefe de los liberales, teniente coronel Pino, intimándole la rendición, amenazándole, de no hacerlo, con la quema del pueblo. Desechada dignamente esta intimación, se apresuró Pino á emprender cautelosamente á la caída de la tarde su retirada á Pamplona, habiendo tenido que pasar por posiciones que, á estar ocupadas por los carlistas, no le hubiera sido posible llegar á la capital de Navarra, como lo consiguió. Dos ó tres muertos y diez heridos que dejó en Arizala, fueron las pérdidas de la columna liberal, contándose entre los segundos un teniente y el secretario del ayuntamiento de Salinas de Oro que se había incorporado á los liberales, y los carlistas tuvieron tres muertos y diez heridos, que retiraron á Abarzuza.

Este fué el primer choque algo formal con que se inauguró la guerra; y no debemos omitir, que al amanecer del siguiente día—25 abril—Aguado, acompañado del vicario de San Pedro de Estella, fueron á Arizala á visitar y favorecer á los heridos liberales, diciéndoles en nombre de don Carlos lo muy doloroso y sensible que le era el derramamiento de sangre entre hermanos, y ordenando en su nombre al alcalde y cura de Arizala, que, asistidos todos con cuanto necesitaran, fueran conducidos en libertad al punto que designasen.

En Guipúzcoa merodeaban los levantados por Dorronsoro, su hijo, Recondo y otros, por los montes, sometiéndose á indulto algunos jóvenes desengañados. En Aragón se alzaron en Paracuellos de Jiloca é inmediaciones los que pudo reunir Marco, derrotado á poco en Cantavieja, y quedando herido. Procedente de Navarra pasó el Ebro cerca de Monteagudo y por Novallas y Tarazona la partida de Fulgencio Jaime, permitiéndose algunos excesos, siendo casi copada por la guardia civil en Cueva de Agreda y Jaime cogido por los voluntarios de Monreal. Las partidas que trataron de establecer la guerra en la provincia de Soria, procedentes por lo general de Burgos, fueron en breve derrotadas; en Barbastro, carlistas y republicanos unidos, intentaron pronunciarse, esperando se pusiera á su cabeza don Luis Blanc; la partida de Sariñena tuvo que dispersarse y huir el jefe, y no progresó mucho la que levantó el alcalde de Alcolea del Cinca; la de Calamocha, en la provincia de Teruel, fué rechazada por los liberales de Loscos; don Narciso Alegre se presentó con una partida en Villarroya de los Pinares. En Alcedo, Puente de Castro, inmediaciones de Sahagún

y otros puntos de la provincia de León salieron partidas más ó menos numerosas; pero la captura del jefe de la de Santas Martas ejerció tal influencia, que comenzaron á dispersarse las demás, perseguidas activamente, como la levantada en Piña de Esgueva, provincia de Valladolid. No progresaban tampoco mucho en la de Palencia; en las de Segovia, Guadalajara, Cuenca, Toledo y Ciudad Real, se formaron igualmente partidas más ó menos numerosas, no faltando Sabariegos y otros consecuentes y valerosos carlistas en sus puestos. Cerca de Madrid, en Torrejón de Ardoz, hizo la guardia civil abortar la formación de una partida.

Reinaba grande agitación en el Maestrazgo; pero faltaba dirección y hubo de resentirse el movimiento de la rivalidad que suscitó don Antonio Dorregaray por cuestión de mando. Cumplió, sin embargo, organizando el levantamiento de la mejor manera que pudo; desde que en marzo del año anterior fué nombrado comandante general de Valencia, se trasladó ocultamente á esta capital, y al recibir el 22 de abril la orden para el alzamiento, salió al campo con sólo 105 hombres muy mal armados y con escasísimas municiones, pues á pesar de que contaba con algunas fuerzas del ejército y muchas de voluntarios, los primeros faltaron á sus compromisos y los segundos se retrajeron la mayor parte, porque se les hizo creer por Royo y Herreros, presidentes de las dos juntas carlistas, que el movimiento se había suspendido.

Al día siguiente luchó Dorregaray en Portaceli con una columna liberal, sosteniendo tres horas el combate sobre el mismo terreno, resultando Dorregaray gravemente herido en el brazo izquierdo. Conducido á Valencia se encargó de su gente el coronel Vidal para proteger el alzamiento del que Dorregaray se ocupaba.

No descuidaba el gobierno cuanto hacer podía para vencer aquella incipiente insurrección y evitar una guerra civil, y formado como por encanto un ejército, encomendó su dirección al duque de la Torre, que se apresuró á ponerse á su frente; corrió á Tudela, donde dirigió una alocución á los habitantes de Navarra, Aragón, Vascongadas y Burgos, y otra al ejército, recordando á los primeros el sentimiento de la patria, olvidado por los que levantaban el pendón de la guerra civil; les estimulaba á volver al seno de sus familias, á contribuir á la pacificación del país para lograr así su ventura, no teniendo razón la guerra cuando estaba garantizado el ejercicio de todos sus derechos y abiertas las Cortes á las que podían llevar sus quejas; y manifestó á los segundos el orgullo y satisfacción que sentía de hallarse á su frente, contando con su valor y disciplina para terminar en breve aquella lucha fratricida.

El general Moriones, que operaba en Navarra, no tenía seguramente fuerzas bastantes para hacer frente á los carlistas que allí había, aun cuando creemos que, á haber sabido su carencia de armas cuando se hacinaron en la sierra de Urbasa, no hubiera dejado de acometerlos con favorable resultado. De ninguna manera operar con las fuerzas subdivididas, exponiéndolas á percances como el que sufrió la columna Pino. Reconcentró Moriones sus tropas en Estella y allí las bloquearon los carlistas que acometían á cuantos entraban ó salían de aquella ciudad, trabándose algunas sangrientas escaramuzas; nombrado ya el general en jefe, se ordenó

se replegaran todas las columnas hasta la presentación de aquél, y esta reconcentración de fuerzas la aprovecharon los carlistas para adelantar en su organización y armamento.

Serrano avanzó hacia Tafalla, ocupando Moriones la línea entre Pamplona y Estella; se hizo una conveniente distribución de las fuerzas y comenzaron las operaciones.

En Guipúzcoa, en tanto, se habían escalonado fuerzas liberales en diferentes puntos, y en cuanto se presentaron las primeras partidas carlistas se vieron éstas perseguidas en todas direcciones. Era lo único que entonces podía hacerse: en esta clase de luchas y en aquel país, es cuestión de piernas la guerra; la persecución tiene que ser incesante, y siendo entendida, si no se destruye al enemigo, no se le permite medrar y se le cansa, se le hostiga, se le priva de recursos y se le va así aniquilando. Reconcentradas en Tolosa y San Sebastián las columnas liberales para reorganizarlas, dándoles mayor fuerza, exigida por el crecimiento de los carlistas, si así escapaba á éstos alguna buena presa, aprovecharon sin embargo el intervalo causando desperfectos en la vía férrea y en el telégrafo, y aumentando su gente; pero sólo estuvo suspendida poco más de un día la persecución, que continuó con tan buen resultado, que las partidas de Amilibia é Iturbe tuvieron que pasar á Vizcaya por Marquina, y la más numerosa de Recondo, acosada día y noche, sin poder racionarse ni reemplazar sus alpargatas, y muchos descalzos, tuvo que rendir las armas en Aranaz, pasando á Francia Recondo y los oficiales.

Desde que don Carlos se decidió por la guerra, sólo pensaba en tomar parte en ella, teniendo la convicción de que su presencia valía un ejército, porque «daría aliento á los valientes, decisión á los tibios y miedo á los traidores... Cuando estemos juntos intentaremos algún disparate audaz, que nos saldrá bien sin duda y cambiará la situación.» Salió el 20 de Ginebra, y á pie y casi solo penetró en España el 2 de mayo por la frontera de Ascain, mientras Rada corría á impedirlo por la parte de Sara, á fin de evitarle los peligros que preveía; pero ni Rada, qué llegó hasta Cambo, pudo salvar la frontera al regresar á España, ni podía encontrarse con don Carlos que se había internado en Navarra. El mismo día de su entrada en España, publicó don Carlos en Vera una alocución llamando á su defensa á los soldados del ejército (1), y no creyendo necesario hacer una

(1) «Soldados: A través de cuarenta generaciones, habéis guardado como valientes y españoles, de padres á hijos, el sagrado fuego de la independencia.

Con vuestra sangre generosa habéis escrito en las páginas de la historia mil nombres heroicos desde Sagunto hasta Bailén.

Y no cabiendo en la Península vuestras glorias, paseasteis la bandera española cubierta de laureles desde Otumba á Lepanto. Entonces los reyes eran capitanes, y timbre de nobleza el burdo capote del soldado. Pasaron aquellos tiempos: la revolución, vilipendiando vuestro traje, os convirtió en mercenarios de raquíticas ambiciones. Hoy, con mengua del orgullo español, relajada la disciplina, menospreciado el mérito, premiada la traición, y desoídos los gritos que indignados exhalan en la tumba vuestros padres, sufrís el yugo extranjero, ostentáis una bandera que no es el pendón de los héroes de dos mundos.

¡Soldados! vuestro rey legítimo os llama para volveros vuestras glorias, vuestra disciplina, vuestra honra, vuestra antigua grandeza.

nueva declaración de principios, dirigió una alocución á los españoles diciéndoles que venía á salvarlos y á devolverles el bienestar, la importancia en el mundo y la independencia nacional; que cada gota de sangre que se derramara sería una herida en su corazón; llamaba á todos los españoles, sin excepción, para que se agruparan á la bandera tradicional en la que nuestros padres habían escrito: Dios, patria y rey, uniéndose todos gritando «abajo el extranjero, y al rugido del león español huirán espantados los instrumentos de la revolución y los satélites de Italia. Venid todos á mí; que si venís unidos, será fácil empresa devolveros la paz, la abundancia, los fueros y la verdadera libertad á vuestro rey *Carlos* (1).»

El recibimiento que tuvo don Carlos en Vera pudo lisonjearle: repique de campanas, entusiastas aclamaciones, eran bastantes no sólo para dejar satisfecho á cualquier caudillo, sino para enloquecer á un joven que representaba por primera vez el papel de rey entre sus súbditos. En su marcha al valle de la Ulzama recibió una verdadera ovación: de todos los pueblos acudían á conocerle, y asombrados de su arrogante presencia, le victoreaban con efusión verdadera.

Uniéndose á don Carlos los carlistas navarros y dirigiéndose todos al valle de la Ulzama, ordenó Serrano á Moriones que les persiguiera; colocó á Letona en Lecumberri para cortar el paso á Guipúzcoa, y él con la división Acosta se situó en Irurzún para que no pudieran ir los enemigos á las Amézcuas. Sabedor Carasa de los movimientos de los liberales, y especialmente de lo cerca que le perseguía Moriones, que ya se había apoderado de las raciones preparadas en Madoz y avanzaba por la parte de Oroquieta, marchó hacia Leiza. Al saber entraba en este pueblo una columna liberal, dieron media vuelta los carlistas, volvieron á pasar por Erasun, tomaron el monte situado á la izquierda, y cuando la cabeza de la columna llegó á lo alto, empezó á correr la voz de que allí estaba don Carlos. Estaba en efecto con Arjona, los hermanos Villares, los Albalat, Calderón, Villadarias y varios otros, guiando don Juan Bautista Aguirre

---

La bandera que levanta mi brazo y que no rendirá mientras quede un jirón para ostentarlo, es la bandera de nuestros abuelos, la enseña de nuestra independencia y nuestras conquistas.

¡Soldados! si el extranjero os manda contra mí, y osáis hacer fuego á vuestro rey, admiraré siempre vuestro valor, llorando por el honor nacional.

Siempre seréis mis hijos predilectos, y por eso os llamo, como amigos, para devolveros vuestra nobleza perdida, vuestra disciplina olvidada, vuestras glorias marchitas, vuestras merecidas recompensas, para salvar la patria con vosotros, honrándoos como los mejores, y honrándome en compartir vuestras fatigas rey y soldado, enorgulleciéndome de vestir siempre vuestro uniforme.

¡Soldados! como padre os llamo: venid todos por Dios, por la patria y por vuestro rey *Carlos*.»

(1) No habiéndose tenido noticia en Madrid con antelación de las anteriores proclamas, se imprimieron otras dirigidas á los españoles, soldados y marinos, que se enviaron á los periódicos y éstos las difundieron. Son notables por lo bien escritas, pero apócrifas, y las han admitido como auténticas casi todos los que de estos sucesos se han ocupado, no con mucha exactitud y demasiado ligeramente.—*Historia Contemporánea.*

las fuerzas que le acompañaban. Preguntó don Carlos por el estado y situación de las demás fuerzas, manifestándose satisfecho del movimiento por las suyas efectuado, y al contestarle Aguado, mensajero de Carasa, que don Carlos estaba allí vendido, por rodearle cinco columnas enemigas, se indignaron Arjona y Aguirre. Se desvaneció algún tanto, sin embargo, la confianza que había, ordenó don Carlos que Carasa se le uniese, y las fuerzas de éste volvieron á contramarchar, no obstante lo fatigadas que estaban por la larga jornada de aquel día—3 de mayo—llegando á las ocho y media de la noche á Labayen, á pesar de haber dicho á Carasa de orden de don Carlos, su capellán Aldaz, que con sus fuerzas había ido á pernoctar al pueblo de Urroz de Santisteban, distante una legua de Labayen, que Moriones se alojaba en un pueblo inmediato. A media noche fué Carasa á Urroz, conferenció largamente con don Carlos, se les unieron en la madrugada las fuerzas del primero guiadas por Iturmendi, y unidas todas emprendieron la marcha por el monte, en cuyo alto descansaron, se dió á conocer don Carlos, entregándose una peseta á la clase de tropa, comió aquel señor la mitad de una magra que le dió Pérula, y prosiguieron hacia Oroquieta, donde llegaron al mediodía, alojandose don Carlos con su Estado Mayor en casa del abad, y Carasa con el suyo en la inmediata. Ollo y Aguirre con su gente siguieron á Elzaburu, tres cuartos de legua. En Oroquieta quedaron unos 400 hombres mal armados y sobre mil desarmados. En la marcha á Oroquieta obligó el hambre á degollar unas reses que encontraron en el camino.

Al salir Moriones el 3 de Lucumberri, donde dejó todo el bagaje, reduciendo á lo más necesario su repuesto de municiones, fué por Leiza, atravesando montes, á Ezcurra, y de allí á Erasun, alcanzando á ver la retaguardia de los carlistas, que se retiraban por las alturas de la izquierda. En la madrugada del 4 y por cuestas pedregosas marchó á Saldias: el cielo estaba despejado y el sol calentaba; la tropa iba sedienta y agradeció mucho la caridad de las mujeres de este pueblo, que colocadas con herradas de agua al lado del camino, ofrecían este refresco. Supo Moriones en Labayen que sus enemigos le llevaban dos horas de ventaja, é iba con ellos don Carlos; noticia que le sorprendió en extremo. A las diez y media, aprehendieron los soldados en las Tejerías de Urroz, cinco reses vivas, pan y vino, que iba para los carlistas, y en el acto se distribuyó con gran contentamiento de todos. A las doce se continuó la jornada, buscando los carabineros la pista del enemigo en el césped de la montaña.

Moriones había formado un completo semicírculo, cuyo centro era Oroquieta; mas no sabía el jefe liberal que allí se hubiese dirigido don Carlos. Habíale perdido la pista al entrar en un áspero camino de pico de roca, sin saber cuál tomar, porque el que llevaba bifurcaba con otros. Tenía la convicción de que el enemigo estaba cerca, pero ignoraba hacia dónde, y no podía decidirse á tomar una dirección que fuera opuesta á su objetivo. Unos pastores que le deparó la fortuna, si bien negaron al principio haber visto á los carlistas, atemorizados por el peligro al mandar se les fusilara, dijeron el tiempo que hacía que pasaron, y el camino que llevaban, que era el de Oroquieta, pequeño lugar de unas 140 almas, en el valle de Basaburua Mayor. Esparcido su caserío, el principal grupo

de viviendas estaba situado en la meseta de un cerro ó altillo dominado por varias alturas.

Rendidos, descalzos, hambrientos y en deplorables condiciones materiales, habían llegado los carlistas á Oroquieta. Hubo quienes consideraron gran fortuna comer algún salvado, que probablemente estaría destinado para los puercos. Fué causa esta escasez de no pocos desórdenes, que obligaron á que este mismo día 4 se diera una orden general, en la que después de manifestarse don Carlos satisfecho del espíritu y decisión de sus voluntarios, «veía con disgusto que se habían cometido algunos actos de violencia, cuya repetición deshonraría la grandeza de su causa; y á partir de aquella fecha, serían tratados con el rigor de la ordenanza los que se olvidaran de sus deberes.»

Seguro Moriones de su presa, atravesó soberbios bosques de hayas, y á las tres pasaba el puente de Elzaburu ó de Donamaria, bajando por pendientes rapidísimas, resbalando caballos, cayendo hombres y cañones, siguiendo así hasta encontrar el río, por un desfiladero que la proximidad de los carlistas hacía peligroso. Éstos cometieron la insigne torpeza de abandonar un punto tan estratégico. Llevaba Moriones seis batallones, un escuadrón y una batería de montaña; distribuyó estas fuerzas en tres columnas y siguieron adelante.

Dos horas antes celebró don Carlos consejo, que se efectuó en el largo y ancho balcón del real alojamiento, dándose en él lectura de una comunicación cogida á los liberales, en la cual decía Letona á Moriones que Serrano salía aquel día de Irurzún para Lecumberri á fin de encontrarse con Moriones. A su virtud opinaron Aguado é Iturmendi, que debía emprenderse la marcha inmediatamente hacia Val de Echauri; se desechó esta opinión toda vez que para seguirla había que atravesar la carretera, por la que según el oficio debía ir el general Serrano á Lecumberri; nada se acordó en definitiva, y terminada la reunión, bajó don Carlos á la plaza, paseándose y contemplando satisfecho á los voluntarios.

Todos estaban tan confiados y con tan poca previsión, que ni aun vigilancia tenían en el desfiladero antes referido, próximo al pueblo, que á haber estado medianamente defendido, aun por poca gente, hubiera costado mucha sangre el ganarle. Ni aun en las afueras del pueblo había guardia; así que, en cuanto vieron, ya próximas, las tropas de Moriones, se produjo una gran confusión y un verdadero barullo; se gritó, *á ellos;* quedó don Carlos con Calderón, Villadarias (don Diego) y Arjona, corrió Pérula por la derecha, don Jerónimo García por la izquierda, y Aguado con un bastón por el centro, llevando cada uno la gente que pudo reunir, que serían en junto unos 400 hombres, y resistieron con bizarría por espacio de hora y media sin abandonar sus posiciones. En la plaza del pueblo, en tanto, reinaba la confusión, gritando unos, á las casas, otros, al monte, y como allí estaban todos desarmados, el camino más fácil era el de este último, y á la huída apelaron todos, incluso los que resistieron, abrumados por la superioridad del enemigo, corriendo todos sin previo acuerdo ni orden alguna.

Penetran en el pueblo las tropas que guiaban Navascués y Catalán; Provedo y Reina dirigieron los disparos de la artillería contra las casas,

colocando las piezas á cien metros de ellas, y habiendo acudido las fuerzas de Ollo y Aguirre procedentes de Elzaburu, reanudaron el combate. Comprendió Moriones la necesidad de apoderarse instantáneamente de todas las casas del pueblo, distribuyó su tropa para asaltarlas y proteger la operación, y llegado el momento oportuno después de disparar la artillería algunas granadas, hizo la señal convenida, y á los pocos minutos era dueño de las casas y de sus defensores que quedaron prisioneros. La mayor parte de las casas las ocuparon carlistas desarmados, y sólo hicieron algunos disparos, excepto en una ó dos que resistieron algo más, por haber más armados.

Ambos contendientes contaron muertos y heridos, y los carlistas más de 700 prisionéros.

Con más vigilancia, subordinación y orden en las huestes de don Carlos, casi todos pudieran haber escapado, como lo ejecutaron la mayor parte de los que hicieron fuego, al acabárseles las municiones. La sorpresa fué evidente y completa: si el primer grito hubiera sido *á salir por el otro lado,* con orden lo hubieran efectuado todos, porque nunca estuvieron cercados; á estarlo, habrían sido copados, incluso don Carlos, y nada más fácil que cercar un pueblo como el de Oroquieta y sorprendiendo á sus pobladores. Esta fué la gran falta que se cometió: allí pudo quedar don Carlos prisionero, y concluída la guerra con su prisión. El desastre, sin embargo, de los carlistas, fué completo, la dispersión desordenada. Don Carlos se retiró con Arjona, el cura Azpiroz y un guía, sin querer más acompañantes, y trepando breñas, por caminos de contrabandistas, y pisando las nieves de mayo en los Alduides, ganó la frontera al día siguiente.

Tal es la verdad del hecho de Oroquieta, sobre el que nos hemos permitido algunos detalles. Si el general Zavala se apresuró á dar á Moriones el entorchado de teniente general, fué, cual lo dijo, como estímulo para mayores hechos, y garantía de que nada importaban las inclinaciones políticas; por lo demás, y en vida de Moriones lo dijimos, no podía vanagloriarse del triunfo de Oroquieta, ni de los peligros que hubiese podido correr, bajo el punto de vista militar, ni podía creer que una acción en que sus tropas tuvieron unos siete heridos y veinte contusos, fuera bastante para ganar una faja de general. En otros pequeños ascensos oyó más balas que en Oroquieta; y en no pocas ocasiones había sabido mostrar los especiales conocimientos militares que le distinguían: su valor, siempre.

Esta rota, de importantes consecuencias para la causa liberal, fué un gran desastre para los carlistas; pero *no importa,* dijeron: recordaron otros parecidos en la anterior guerra, y especialmente la derrota en los Arcos, que costó la vida á don Santos Ladrón (1); y si entonces clamaron venganza, ahora gritaron, *adelante,* y adelante fueron.

---

(1) Véase *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista,* 2.ª edición, por D. A. Pirala, tomo I, pág. 179.

CAPÍTULO V

Los carlistas en Navarra y en las Provincias Vascongadas.—Convenio de Amorevieta Cataluña.—Fueros catalanes.—Maestrazgo y otros puntos

Como no estaban en Oroquieta todos los carlistas navarros, aquel mismo día 4 pernoctó Argonz con sus fuerzas en Beraunza, no lejos Ollo y Aguirre con las suyas, procurándose la reunión de todas, inclusas las de Pérula, que salieron á la madrugada de Olcoz, incorporándose con Carasa, que asumía el mando superior. Efectuaron una marcha estratégica huyendo del enemigo que les perseguía de cerca, y en Valle de Echauri tuvieron una gran deserción, tirando unos las armas al río y dejándolas otros en sus alojamientos; aumentó la deserción al día siguiente, efectuándose además una imponente insubordinación que contuvo Carasa con una arenga. Siguiendo su marcha, se atrevió Pérula con una compañía y varios caballos á entrar en Puente la Reina para sacar raciones, increpó duramente á los mozos del pueblo por haber sido los primeros desertores carlistas, le aclamaron y le siguieron algunos, no muchos. En Ucar se encontraron los carlistas con fuerzas liberales, que, al quién vive, disparó el centinela, dispersáronse los primeros, tiraron muchos los fusiles y se apoderó tal pánico por el ruido que produjo el choque entre sí de los instrumentos de música que conducía un mulo y al trotar, abandonado, llevaba el terror en pos de sí, que desaparecieron no pocos carlistas. Hubo después algún pequeño tiroteo en Unzué, no experimentaron bajas los carlistas ni se vieron perseguidos; en Lerga hubo algún desorden porque cuatro ó seis, incluso Lizárraga, se disputaban la jefatura, y el único que tenía autoridad para ejercerla era Iturmendi; dejaba además mucho que desear la moral de aquella gente, rendida de fatiga, sin raciones y sin Carasa su jefe, cuya desaparición nadie se explicaba; se veía una dispersión inminente, que si no sucedió fué porque la mayor parte de los voluntarios eran de la Solana y tierra de Estella, lejos de donde se encontraban, pues si no, hubiera sucedido lo que en Lumbier y Aibar con las fuerzas de Peralta, Oscáriz y Radica, que se quedaron solos después de haber tirado sus soldados el armamento que tanto dinero había costado; Pérula, después de haber pasado el Arga, se encontró á Carasa en Nazar, valle de Berrueza, donde se hallaban los alaveses con Velasco, que volvió con ellos á Álava y Carasa y Pérula con su respectiva gente á San Vicente de Arana, donde se reunieron nuevamente con las gentes de García y Argonz, ya muy escasas por las deserciones; reprodujéronse las disensiones entre los jefes, y estuvieron todos vivaqueando algunos días por los montes, burlando como acostumbraban, á fuerza de astucia y trabajo, la persecución que se les hacía, y hasta atreviéndose Pérula á penetrar en poblaciones como Mendavia, Sesma y Lerín, donde cogió los caballos de los coches de Estella y de Calahorra.

Menos afortunado Carasa, tuvo un encuentro en la sierra de Urbasa con una columna liberal, produciendo el choque de ambas lo espeso de la niebla que mutuamente las ocultaba: funesto encuentro para los carlistas

que ocasionó la muerte de García y la dispersión de las fuerzas de Carasa.

Marchando Pérula de Olejua á Ancín, encontró algunos grupos, desesperados, maldiciendo de los jefes, y prorrumpiendo los restos de las fuerzas que bajaban del valle de Lana en amenazas y gritos contra Carasa, Lizárraga y Argonz, porque los mandaron al valle después del ataque, y ellos, sin bajar del puerto, marcharon á Francia. Arengó Pérula á aquellos restos, renació por el momento la calma, pero en breve empezó la insubordinación, hasta que vió caer muerto de un tiro á uno de los guardias civiles, que entró de Francia, y era de los que mejor comportamiento habían tenido antes: impuso algo este castigo, llegó la noche, y cada cual marchó á ocultarse, terminando de esta manera el movimiento en Navarra. Movimiento cuyo éxito consideraba Rada seguro «si se hubiese cumplido la cuarta parte de los compromisos contraídos por los elementos del ejército... ¿Seré yo acaso responsable, decía en un escrito que publicó á los pocos días, de que entre tantos jefes y oficiales que tenían dada su palabra de honor de adherirse á la causa del rey, no haya habido uno que lo haya verificado, siendo acaso los primeros en atacar á los que, indefensos y llenos de buena fe, los esperaban confiados en el cumplimiento de tan sagrado compromiso?... ¡No era posible creerlo: como tampoco debía creerse que muchos jefes carlistas en quienes el rey había depositado su confianza se hubiesen hecho prender en los momentos en que debieron obrar!!!... La guarnición de Pamplona, en cuya adhesión tanta confianza se tenía, no dió ningún resultado á nuestro favor. Las de Vitoria y Bilbao, que tanto habían ofrecido, tampoco hicieron nada. La provincia de Guipúzcoa, que contaba con mayores y mejores elementos que ninguna otra de sus hermanas, permaneció quieta en la mayor parte de sus distritos. El armamento distribuído en Navarra estaba en bastante mal estado: era de diferentes sistemas y calibres y la mayor parte de las municiones se encontraban inservibles. No se había entregado á los voluntarios ni un solo céntimo desde que salieron de sus casas, y acorraladas nuestras fuerzas en los pueblos situados en lo más elevado de la sierra y circunvaladas por columnas enemigas, principiaban á escasear los víveres...»

Al verificarse en Vizcaya el alzamiento carlista, mejor preparado que llevado á efecto, no olvidaron sus fueros, y el 1.º de mayo, so el árbol de Guernica, al frente de unos 4,000 hombres, se manifestó el objeto del alzamiento, se proclamaron diputados á guerra, corregidor y consultores y les vitorearon, á don Carlos, á la religión, á España y á los fueros.

Como una gran parte de los curas era la que parecía tener la misión de sostener el espíritu carlista ó insurrecto, predisponían á sus feligreses contra las tropas, á las que achacaban desde el púlpito el robo y destrucción de los templos, que atropellaban á las mujeres, inmolaban á los ancianos y á los niños, y presentándolas como legiones de condenados, despertaban en aquellas gentes sencillas el terror, la aversión y el odio. Así que, al llegar Serrano á Durango le encontró desierto, cerradas las casas y dentro los pocos habitantes que no habían podido huir: mandó el duque abrir algunas tiendas, y al verse el comportamiento de las tropas, todos los moradores acudieron á vender á buen precio cuantos comestibles tenían, y á contemplar á los *judíos* y *herejes* que los curas les habían dicho

eran el azote de la humanidad. Con menos fanatismo, los carlistas habrían comprendido mejor sus intereses convenciéndose del engaño. Confiaban, sin embargo, en la victoria, y les lisonjeó encerrar en Arrigorriaga á unos mil hombres con quienes se tirotearon, y les tuvieron sitiados toda la noche, hasta que acudió en su auxilio una columna de Bilbao.

Al penetrar en Vizcaya el grueso del ejército, habían ido retirándose los carlistas, guareciéndose en las excelentes posiciones con que el terreno brinda en muchos puntos. Es una de las más difíciles, si no inexpugnable, la que forman las escarpadas peñas de Mañaria, desde cuyas vertientes pretendieron impedir el paso á la división Letona, que salió de Durango para Dima, y tenía que faldear aquellos escabrosos peñascos, cuyas entrañas contienen plomo sulfurado y forman sus faldas canteras de mármol. Aun cuando no estaban armados todos los carlistas y tenían pocas municiones, no podía ser más ventajosa su posición y los puntos que ocupaban, cuya defensa permitía hacerla con piedras; así que al acercarse los liberales, rompieron el fuego sus enemigos, empeñóse el ataque produciendo la resistencia valeroso bregar, y bravamente acometidos los carlistas de frente y flanqueados por lo alto de la montaña, aun hubieran resistido más de lo que resistieron, á no faltarles las municiones y á haber habido más unidad en el mando y más instrucción y calma en aquellas masas, pudiendo convencerse de que no bastaba el valor y arrojo personal cuando no se subordina á las reglas y á la obediencia. Se batieron bien los carlistas, pero á las dos horas de empezado el combate fueron desalojados de posiciones cuya conquista debió haber costado muchas más horas y no poca sangre; y tan desordenada fué la retirada, que la convirtieron en verdadera dispersión arrojando muchos las armas Doscientos carlistas bastaban en la primera guerra civil para cerrar el difícil paso de Mañaria á un ejército.

Unos y otros combatientes experimentaron bajas de muertos y heridos, haciéndose algunos prisioneros á los carlistas. Éstos marcharon al día siguiente á Ceanuri, donde estaban las demás fuerzas y la diputación. El duque de la Torre, en tanto, procuraba en Zornoza terminar la guerra por un convenio.

Corriéronse á Guipúzcoa los carlistas vizcaínos y cerca de Oñate, en el barrio de Garibay, procuraron cerrar el paso de una columna liberal con cuya vanguardia empezaron á tirotearse; fué formalizándose el combate, abrumaba la superioridad numérica de los carlistas, que atacaban además impetuosamente, tuvo que ordenar García, jefe del batallón de Mendigorría que sostenía el combate, la retirada que efectuó con bizarra serenidad, aun cuando las guerrillas se dispersaron al sufrir algunas descargas á quemarropa, mas como el batallón seguía retirándose en perfecto orden de formación y con paso ordinario, hubieron de rehacerse y repitieron la acometida en el momento que de algún caserío hacían fuego. Cuanto mayor era el empeño de los carlistas en atacar á sus contrarios, se aumentaba la serenidad de los valientes de Mendigorría, que resistieron hasta llegar á las casas de la plaza principal de la villa, en las que se acogieron ordenadamente. Satisfechos los carlistas con haber encerrado así á los liberales, dejaron de hostilizarlos, é hicieron alarde de sus fuerzas presen-

tándolas por todas las cordilleras, circunvalando la villa, de la que ocupaba Mendigorría un escaso recinto. Viendo los carlistas al cabo de dos horas que nadie les molestaba y no atreviéndose tampoco á atacar á Oñate, significaron algunos movimientos, siendo el más pronunciado el de unos dos mil hombres hacia Legazpia, donde se racionaron y sacaron carros para conducir heridos. Se apoderaron de unos 50 prisioneros liberales y de algunos heridos. Hubo algunos muertos, y falleció á los pocos días, de resultas de la herida que recibió, el comandante general de los carlistas señor Ulibarri, cuya pérdida les fué sensible por ser el jefe de más nombradía con que contaban.

Nos lisonjea consignar que en uno y otro campo se ejecutaron actos de tan noble generosidad y de humanidad tan levantada que mitigaron la barbarie del hecho con la dignidad de los sentimientos. Peleaban todos como encarnizados enemigos, y se auxiliaban mutuamente, algunos como amantes hermanos.

Mendigorría se batió bien, pero su jefe, inspirándose en su bizarría, fué más allá de la orden recibida, limitada á perseguir y batir á las fuerzas de Ayastuy, que, desorganizadas por la muerte de éste, á consecuencia de la acción de Mañaria, penetraron en Guipúzcoa antes que las demás de Vizcaya, perseguidas por el general en jefe. En cuanto Acosta llegó á Oñate, desaparecieron de aquellas inmediaciones todos los carlistas, que desconfiaban mucho de su fuerza al no intentar atacar á Vergara, defendida por cuatro compañías de Luchana y una de carabineros.

Había comenzado á introducirse en los carlistas el germen de desunión que originó el convenio de Amorevieta. Precisaba dar sucesor á Ulibarri, puesto que no estaba nombrado su segundo ni había capitán general en el distrito. Algunos jefes y oficiales se empeñaron en que tomara el mando el marqués de Valdespina, mas se opuso la diputación, haciendo algunos diputados alusión á que no ejercía cargo alguno, lo cual, y el propósito del marqués de servir de simple soldado, le indujo á retirarse. Reuniéronse los jefes de batallón sobre el campo con la diputación, se convino al fin en dar interinamente el mando de las tropas al marqués, condescendiendo éste, aunque comprendía que por tal medio conseguía la diputación ser de hecho en aquel día comandante general de las fuerzas de Vizcaya. Marchó la corporación foral á Araoz con algunos batallones, encargando al marqués fuera con ellos, y los otros se dirigieron á Segura y Legazpia, uniéndoseles Carasa con sus navarros, cuyos jefes celebraron el 17 de mayo una junta con la diputación, bajo la presidencia del corregidor Arguinzóniz, asistiendo también Valdespina, y se redactó un acta tan ridícula, que ni los navarros ni Valdespina quisieron firmar. Carasa pretendió en esta junta que el marqués tomara el mando; se opuso á ello terminantemente Arguinzóniz, pretextando que el fuero daba el mando á la diputación, olvidando ó queriendo olvidar que le había ejercido Ulibarri; pero, como dice Valdespina, «lo que realmente quería la diputación era que yo no tomase el mando, porque los individuos que la componían, de origen liberal, fueristas y accidentalmente carlistas, no podían avenirse con quien ha sido siempre y constantemente realista puro. Mi posición y el deseo de evitar conflictos me obligaron á decir á la

diputación que comprendía les servía de estorbo, y que herido en mi dignidad me retiraba. Así lo hubiera verificado si muchos jefes, oficiales y sacerdotes no me hubieran rogado no lo hiciese, porque perjudicaría á la causa. El que mayor empeño mostró para que me quedara fué don León Iriarte, á cuyas súplicas accedí, declarando que no seguiría al cuartel general representado por la diputación, y sólo marcharía con su batallón de simple soldado, como así lo he cumplido (1).»

En la noche del 17 hicieron los carlistas una marcha disparatada, sin orden ni confidencias, y por falta de éstas, al llegar á Leniz tuvieron que contramarchar por los montes de Arlabán, Elguea y Villarreal de Álava, llegando á Ochandiano y la diputación á Ubidea; obligándoles la presencia de los liberales á volver á marchar hasta Ceanuri, donde pernoctaron después de veintiocho horas de marcha por malos terrenos, sufriendo abundantes lluvias. En este pueblo se presentaron los tesoreros de la diputación señores Sierra y Urzaburu, diciendo que se estaba en una situación peligrosa, porque en Navarra había fracasado el movimiento, en Guipózcoa como si no existiera, porque Recondo se había ocultado entregando su gente; que no se tenía noticia de don Carlos, y sola Vizcaya no podía sostener el empuje del enemigo; que había hablado con los compañeros y la diputación, y creían que se estaba en el caso de hacer una honrosa transacción con Serrano. Al oir esto Iriarte les llamó traidores y los llenó de improperios.

El duque de la Torre se dirigió por Mondragón á Arechavaleta, entablando ó prosiguiendo las negociaciones de paz; Moriones llegaba á Alsasua en persecución de los carlistas que en aquellas sinuosidades procuraban eludir la activa persecución que el jefe liberal les hacía, y Letona seguía operando en Vizcaya, donde disminuía visiblemente la importancia que en un principio tuvo el levantamiento, al que tantos contribuyeron y acudieron de buena voluntad y con mala razón, si bien no todos eran voluntarios. El entusiasmo del primer día fué decayendo. Los jefes liberales hallaban expedito el camino de su marcha: el carlismo en armas se desmoronaba (2). Podía irse sosteniendo la guerra, se habrían ido pro-

---

(1) Memoria escrita por el marqués de Valdespina, por encargo de don Cárlos, cuyo original obra en nuestro poder.

(2) Nada más gráfico que los siguientes párrafos de una carta de un carlista vizcaíno, que hacen la historia de casi todas las partidas que se levantaron.—«El día 20 por la noche huyeron de este campamento de Ereño, los titulados jefes Canalaecheverría y Solís, ambos presbíteros, Urraza, síndico del ayuntamiento de Guernica, F. Zubiaga, y ....etc. El 21 por la mañana se presentó entre nosotros, que éramos unos 400, Amezti el de Guernica, y nos intimó á que le siguiéramos, á lo cual accedimos 180 próximamente, pues los restantes prefirieron dirigirse hacia Isparter con Charroaldo. Puestos en marcha para la capital foral, se nos agregaron en el viaje algunos *chapelzuris*, que traían un preso desde Zumaya á Deva, y llegamos á las tres de la tarde á Guernica. Aquí pensábamos permanecer (en Guernica) comiendo raciones, porque si nuestros cobardes jefes sirven poco para la guerra, nosotros, la verdad sea dicha, valemos lo que ellos; pero á cosa de las cinco, divisamos algunos soldados en los montes de Mendata, y esto bastó para que, á excepción de unos 70, los demás tiraran las armas y huyeran á la desbandada, juntamente con los vecinos que temen ser castigados por las culpas que V. sabe. Las armas de los prófugos se han recogido y guardado en la

curando armas, y se indemnizarían en unos puntos de las derrotas sufridas en otros; pero no faltaban quienes recordando lo que el país sufrió en la lucha de los siete años, temían ver reproducidos aquellos horrores, tanta desolación y tanta ruina. Se temía la guerra, y ningún carlista, sin embargo, tomó la iniciativa para la paz, aun cuando la diputación foral á guerra, de conformidad con algunos jefes de batallón, y con objeto de evitar una larga guerra civil y la ruina del país, tenía redactadas algunas condiciones bajo las cuales trataba de hacer la entrega de las fuerzas.

Alojado el duque de la Torre en Elorrio en la casa de don José Niceto de Urquizu, cautivado con el buen juicio é ilustración de este señor, cuyo hermano estaba con los carlistas, le dijo: «¿Quiere usted decir á su hermano que vengo en son de paz, que deseo nos entendamos para devolver su tranquila felicidad á estos pueblos...? Si fuera posible que ustedes triunfaran después de grandes desastres, comprendería su empeño; pero como esto es imposible, sostendremos la guerra civil; durará más ó menos tiempo; ustedes serán vencidos y el país devastado.»—«Antes de acometer la empresa, contestó Urquizu, he sido llamado por don Carlos, diciéndome que de lo que se trataba era de un paseo militar; roguéle me dijera los medios con que contaba, me los manifestó, y no tuve inconveniente en decirle que la mayor parte de esos medios no se realizarían; que yo, que era partidario de la causa carlista, no lo era hasta el punto de querer para mi país la guerra civil, y que me oponía á la empresa, por descabellada, y de ninguna manera tomaría parte en ella. De regreso á mi casa hablé con mi hermano, el cual me dió á entender que tenía contraído el compromiso, al que no faltaría, aunque él solo se levantara.»

Al referir el duque esta conversación, dijo que ofreció el señor Urquizu procurar disuadir á su hermano, mas el señor Urquizu, bajo su firma, negó que se encargara de semejante comisión; de todos modos, sabedora la diputación de la anterior conferencia, aprovechó las buenas disposiciones del duque para suplicar á Urquizu tratase con él, y con tal encargo se presentó en Mondragón, siguieron los tratos, los jefes Zabala, Cengotita y Garibi firmaron un acta autorizando á la diputación para convenir con Serrano; Valdespina, Iriarte y algún otro intentaron impedirlo prendiendo á la diputación, pero sólo arrestaron á Arguinzóniz, y no contaban tampoco con fuerzas suficientes por ir desapareciendo algunas, como la caballería de Noriega, que estaban más inclinadas á la paz que á la guerra. Contaron á poco con el comandante general de Álava don Gerardo de Velasco, mas ya era tarde: habían avanzado mucho los tratos con Serrano, que impidió se hostilizara á los carlistas.

Un acontecimiento inesperado estuvo á punto de destruirlo todo. Cuando con más impaciencia esperaba el duque el feliz resultado de sus gestiones, recibió la noticia de la dimisión del ministerio Sagasta y la petición de que se pusiera al habla con el rey. Dióle don Amadeo plenos

Casa consistorial, y supongo que el alcalde lo habrá participado á las autoridades.—Creo que ahora tendré ocasión de regresar á mi casa, de donde la fuerza armada me obligó á salir, y aun abrigo la confianza de que toda esta partida de Amezti se desbandará conmigo antes de llegar á Arregoitia ó Munguía.»

poderes para la formación de un nuevo gabinete, y designó para que lo hicieran á los señores Topete, Ríos Rosas ó Cánovas del Castillo, haciendo caso omiso del general Zavala, que estaba al lado de S. M. y se había esmerado en facilitarle los elementos que le pusieron en disposición de vencer á los carlistas. Terminado este asunto, continuó el duque sus gestiones pacíficas, quedando aceptado mutuamente un convenio, en el que de conformidad con lo pactado con los señores Urquizo y Urúe, por sí, y en representación del señor Arguinzóniz, se concedía indulto general á todos los insurrectos carlistas que se hubiesen presentado, ó en adelante se presentasen con armas ó sin ellas, dándoles todo género de garantías para su seguridad; que los que hubieran venido de Francia, podían volver á quedarse en España, sin ser molestados; que los generales, jefes, oficiales y demás individuos de tropa que procedentes del ejército se hubieran alzado en armas en favor de la causa carlista, podrían ingresar de nuevo en el ejército con los mismos empleos que tenían al desertar, y que la diputación de Vizcaya se reuniría con arreglo á fuero, so el árbol de Guernica, para determinar el modo y manera de pagar los gastos de la guerra. La cuestión foral la aclaró el duque en una carta á los señores convenidos, mostrando en lo que se ofrecía el deseo de hacer la paz á toda costa.

Para asegurar los resultados de lo convenido, publicaron los diputados carlistas una alocución en la que después de elogiar el comportamiento de sus subordinados, decían: «Treinta días llevamos de campaña, y ni una sola orden, y ni una palabra, ni un recuerdo hemos merecido de los que nos lanzaron á la lucha. Sin oficiales instruídos en el arte de la guerra, los hemos pedido una y otra vez, siempre inútilmente. Herido de suma gravedad nuestro bravo y querido general, no se nos ha enviado otro jefe superior que le reemplace. Ni recursos pecuniarios, ni elementos de guerra que reclamamos con angustia hemos alcanzado; y ¡ay desgracia! en Mañaria se ordenó la retirada por falta de municiones y por las mismas causas no aceptamos la batalla en Ceanuri. Además, se nos hizo creer que en Navarra, Guipúzcoa y otras provincias el movimiento era imponente... Ahora bien: solos, aislados y sin elementos, formamos un decidido pero escaso puñado de hombres. ¿No es una temeridad insigne proseguir combatiendo? Entregad las armas que empuñáis, que resistir más es una temeridad, y morir sin esperanza de triunfo, una locura. Disolveos, hijos de Vizcaya, con el mismo orden, con la misma cordura con que os unisteis.»

No fueron desatendidos los consejos de los diputados carlistas, pues á los pocos días no había un hombre en armas, marchando unos á sus casas y acogiéndose otros al convenio que se tituló de Amorevieta por llamarse así el pueblo en que se firmó.

Mal recibido por muchos liberales, tuvo el mismo Serrano que defenderle en las Cortes, á cuyo fallo se sometió, afirmando que había obrado con arreglo á su conciencia, y era verdad. El convenio tenía indudablemente defectos, se apropió el general facultades legislativas; pero obró impulsado por las más nobles intenciones. Prescindieron de ellas los impugnadores, y sólo lo impresionable de nuestro carácter pudo ocasionar

que el mismo ministerio, excepto el general Zavala, se declarase contra el convenio. La oposición de los liberales vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses tenía otro fundamento; deseaban el exterminio de los carlistas para que no reprodujeran la guerra civil, lo cual era fácil conviniendo en vez de derrotar. En este terreno, tenían completa razón, y fué justo el enojo de los bilbaínos, que veían más de cerca las cosas y tenían motivos para conocer á sus paisanos: enojo que se mostró igualmente en Vitoria, en Tolosa, en San Sebastián y en otros puntos: querían la paz, pero garantida su duración, y no lo veían así en el convenio.

El de Amorevieta produjo grandes ventajas, no siendo de las menores el que no costó dinero, como otros... y ahorró millones.

Los carlistas que no estaban en armas mostráronse enojados; quedaron también algunas partidas sin someterse, y para obligarlas á ello, anunció Serrano el 26 desde Zornoza, que desde el 29, todo el que fuese cogido con las armas en la mano sería juzgado por un consejo de guerra, y sometidos al mismo y fusilados los que instigasen á continuar la guerra ó á ingresar en las partidas, los que cortasen hilos telegráficos, levantasen rails, destruyesen puentes é inutilizasen alguna obra pública, y los que acogidos á indulto volviesen á formar parte de alguna otra partida, que todo esto sucedía. Resignáronse muchos á la dura ley de la necesidad, depusieron unos las armas y las ocultaron otros con la esperanza de volverlas á tomar en breve. No pocos consideraban estos hechos como un paréntesis de la guerra. Dividió á los carlistas el convenio, se enconaron los ánimos, é indignado Velasco de la presentación de Lacalle, se apoderó de éste y de su hijo, le sometió á un consejo de guerra, y sin atender que aquél era un anciano, ni á los servicios que prestó en la pasada guerra, fusiló á aquellos dos infelices, cuyo asesinato asombró al país y fué calificado de bárbaro é inhumano. En poco estuvo que no fuera fusilado también Artiñano por el mismo Velasco, como lo hubieran sido cuantos hubieran caído en sus manos.

Encargado el general Echagüe del mando del ejército del Norte al regresar Serrano á Madrid, persiguió á Carasa, al que empujaba hacia la frontera, y próximo á ella, cuando no le quedaba otro recurso que internarse ó batirse con una de las columnas de Echagüe, supo astuto aprovechar un descuido de una de las de Moriones que debía guardar el portillo de Areta, y salvarse. Muy disgustado Echagüe, continuó persiguiendo á los carlistas, á los que batió Palacios en el puerto de Zudaire y en la sierra de Urbasa, cuyo hecho de armas acabó con ellos, como vimos al referir lo sucedido á los carlistas en Navarra.

Al ver el general Echagüe al frente del ministerio al señor Zorrilla, dimitió el mando; lo cual hubiera hecho antes, á haber sabido, como nosotros, que Moriones había expuesto al gobierno directamente sus opiniones contrarias al plan de campaña de aquél, aprobado por S. M., y á la vez que á él se oponía dimitía su cargo, pues no quería estar á las órdenes de Echagüe. Admitida á éste la dimisión reemplazóle Moriones, que nombró jefe de E. M. G. al coronel don Pedro Ruiz Dana. Operóse con actividad y acierto, fueron dispersándose las partidas que quedaban y apenas había en setiembre un carlista armado en las Provincias Vascongadas y Nava-

rra, quedando completamente pacificado aquel territorio y disuelto el ejército del Norte.

No se había podido conseguir el mismo resultado en Cataluña, cuyas partidas carlistas guiadas por Castells, Valls, Guíu, Vila de Prat, Francesch, Huguet, Frigola, Piferrer, Saragatal, Roure de Estañol, Torres, Guerxo de la Ratera, Coloma, Grau, Muxí, Surribas, Monteladas, Piñol, Maspujols, Bové, Mutre, los hermanos Cendrós, Galcerán, Costas, Sabaté, Estartús, Savalls, Tristany y otros más ó menos conocidos, y con más ó menos fortuna, recorrían terrenos escabrosos para evitar la persecución, interponiendo entre sus perseguidores el Ebro, el Segre, el Cardoner, el Llobregat, el Ter, el Fluviá, y cuantos ríos les servían de barrera y defensa en los distritos en que operaban, proponiéndose eludir todo encuentro y procurarse armas y provisiones. Eran sus perseguidores Mola y Martínez. Casalís, Pieltain, Muñiz, Alcega y diferentes columnas más, aumentadas según la necesidad lo exigía, siendo frecuentes los encuentros, favorables muchas veces y adversos otras.

Nombrado por don Carlos general en jefe de Cataluña su hermano don Alfonso, dijo á los catalanes en una alocución lo grato que le era estar entre ellos y la confianza que abrigaba en su decisiva cooperación en el triunfo de su causa; que no esperaba hubiese español amante de su país que no deseara levantarle del estado de abyección á que le tenían reducido los mal llamados liberales, que hacían pesar sobre la nación el más fiero despotismo, causando atropellos, coacciones y violencias, arruinándola, deshonrándola, todo lo cual no podía tolerarse, y llamaba á las armas á todos los españoles para reconquistar la dignidad é independencia y afirmar el orden y la justicia; que el ejército, compuesto de hermanos, no asestaría sus armas contra ellos; que los ciudadanos pacíficos nada temieran, cualesquiera que hubiesen sido sus opiniones políticas, pues don Carlos no conocía más enemigos que los que le combatiesen en el campo, ni tenía ofensas personales que vengar, ni odios que satisfacer; que su grande aspiración era la de salvar la patria y darla la verdadera libertad, la libertad cristiana, que hacía á las naciones poderosas, respetadas y felices. Para ayudar á don Alfonso se nombró jefe de E. M. á don Hermenegildo Cevallos. En las instrucciones que envió don Carlos se lamentaba de los que habían faltado á sus compromisos, de algunas juntas y de lo flaco del movimiento; que el triunfo era seguro habiendo constancia; «si conseguimos vivir dos meses con las armas en la mano, ganemos ó perdamos acciones, pero sin ceder, el gobierno, que no tiene un céntimo, caerá sin remedio; el ejército se bate con desaliento y disgusto, vendrá á nosotros; no pensemos en tenerlo antes, si Dios no nos depara una victoria decisiva. Tenemos pocas armas, porque no parece sino que las que había se han evaporado: tenemos pocos recursos, porque las promesas de facilitarlos el día de la lucha, han sido palabras vanas: á tales contratiempos podemos poner una fuerza invencible, la constancia. Si la tenemos, la causa triunfa y el país se salva. Para esto es preciso que el fuego no se extinga, y para alimentarlo, que todos los buenos servidores del rey unan sus esfuerzos como hermanos, para vencer en la difícil lucha. El humo de la pólvora debe limpiar la atmósfera que en la paz hayan podido crear las diferencias personales.»

Deseando don Alfonso reunir un núcleo de fuerza respetable para entrar en España, estimuló el ardor de los carlistas para tomar las armas ó dar dinero, dió extensas y bien pensadas instrucciones para los comandantes militares de las provincias y demás jefes de fuerzas; mandaba castigar severamente todo robo ó atropello hecho á los habitantes pacíficos, los cuales debían ser tratados con consideración, cualesquiera que hubiesen sido sus antecedentes políticos, no reconociéndose por enemigos más que á los que hostilizasen á las fuerzas reales; consignaba en aquel escrito muy nobles y humanitarios sentimientos y le terminaba manifestando que no deseaba encender una guerra civil larga y desastrosa, sino una lucha corta y decisiva, para lo que se debía procurar un alzamiento en masa de los pueblos.

No contribuían á facilitarle los sucesos en el Norte de España, la disidencia en que se pusieron Estartús y Savalls, el desaliento del mismo don Alfonso, que dimitió el mando con insistencia, y al saber que don Carlos pensaba ir á Cataluña, escribióle que su ida probaba que admitía la dimisión, y se retiraría porque no quería ser responsable de las acciones de otros: «buen papel haríamos aquí teniendo sobre nosotros á Arjona.» La ida, en efecto, de don Carlos á Cataluña, sin llevar armas ni dinero, hubiera sido desastrosa.

Sosteníanse en tanto las partidas que efectuaban invasiones como la de la Junquera, apoderándose en la aduana de algunos miles de duros; Francesch consiguió dominar el conflicto que existía entre los jefes carlistas de Tarragona; peleaban algunas partidas reunidas en Mas de Magíns; Savalls y Vidal de Llobatera penetraban en San Felíu de Guíxols, victoreando por las calles á la religión y á Carlos VII, y exigiendo algunos miles de reales de contribución; y aunque invasiones de esta naturaleza y pequeños encuentros favorables podían alentar el espíritu belicoso de aquellos carlistas, aspiraban á mayores empresas, uniéndose, aun cuando fuera en determinados momentos, á la orden de un jefe, y trabajóse para esto. Nombrado Castells comandante general de la provincia de Barcelona, dió á conocer su mando con una proclama que ensalzaba las virtudes de los carlistas y denigraba á los liberales; mas no pudo ocultar su resentimiento contra la junta de Barcelona por ofertas no cumplidas. También Tristany, titulándose conde de Aviñó y comandante general del Principado, se dirigió á sus paisanos recordándoles glorias y deberes carlistas; pero no olvidaba tampoco antiguos resentimientos. No se atrevió con los voluntarios liberales de Anglés, y prefirió recorrer poblaciones apoderándose de los fondos municipales, interceptar la vía férrea en Sila, destrozar la telegráfica y desarmar á los voluntarios de Centellas y Moyá, á cuyos pueblos exigió la contribución correspondiente.

Trabándose acciones más ó menos reñidas en algunos puntos, influía poco su resultado en favor de unos y otros combatientes; por lo que Francesch concibió el atrevido proyecto de invadir la populosa ciudad de Reus, de más de 27,000 habitantes, para lo cual contaba sólo con unos 400 hombres. Era su objeto proteger la salida de la caballería que había en la población, pues en las relaciones que sostenía con una gran parte de aquella fuerza, ofreció someterse á sus órdenes. Para mejor efectuar su

plan, se apoderó en Hospitalet de un tren de viajeros, detúvose en Salou, é inutilizando allí el camino de hierro y el telégrafo, dividió en tres columnas su gente y por tres distintas partes cayeron sobre Reus, dirigiéndose sin hallar resistencia hasta la plaza de la Constitución: apoderóse del dinero que el Ayuntamiento tenía en caja, y la caballería de Bailén, en la que tenía sus inteligencias, se apercibió al fin á resistir, trabóse el combate, se esforzó Francesch por impedirlo, y gritando ¡alto el fuego! en frente del cuartel, cayó mortalmente herido de una descarga. Impresionados los carlistas con la pérdida de su jefe, y aprestándose los liberales á rechazarlos, se retiraron.

Aunque no tuvo este hecho el resultado que los invasores esperaban, mostró su valerosa osadía, y creció su audacia para atreverse á mayores empresas, como la de intentar apoderarse en Gracia, á las puertas de Barcelona, de los caballos del tranvía acabado de inaugurar; como la efectuada en Solsona, invadida al principio por poca gente que se fué aumentando hasta unos 500 hombres que se ocuparon ordenada y descansadamente en la cobranza de la cantidad que impusieron, derribaron la lápida de la Constitución, y en la noche siguiente se propusieron rendir la guarnición, que se había refugiado en el seminario desde la entrada de los primeros carlistas, intimándoles primero Galcerán la rendición y después Castells: supieron resistir hasta la retirada en la tarde siguiente de los invasores, al saber la aproximación de la columna de Arrando.

También penetró Castells en Berga sin la menor resistencia, pues su corta guarnición se encerró en el cuartel de San Francisco, se apoderó del ayuntamiento y del centro monárquico liberal de la calle Mayor, al que hicieron una descarga hiriendo á cuatro de los socios indefensos; otro pelotón procedió con igual salvajismo en el café del Negre, disparando sobre los inermes concurrentes; efectuaron algunas prisiones, pidiendo su rescate al párroco, rector castrense y otros vecinos carlistas, á cambio de unos 3,000 duros; exigieron una contribución, y marchándose los invasores con los presos y con cuanto pudieron reunir por acercarse una columna liberal, se suscribió la población por 2,500 duros para rescatar á aquéllos. En Manresa exigieron á sus fabricantes 15,000 duros á cambio del agua que daba vida á sus fábricas, 5,000 á la industrial Sabadell, 80,000 á Masnou, si no quería verse destruída, y tales exigencias eran frecuentes. Los carlistas catalanes demostraban con estos hechos ser más enemigos de sus paisanos, de los intereses materiales y de la industria que de los liberales: sacrificaban la patria por satisfacer su opinión política ó más bien un depravado instinto.

Encomendó el gobierno el mando de Cataluña al general Baldrich, que dijo en una alocución que encontraba profundamente turbado el orden, postrada la opinión, paralizado el trabajo, interrumpidas las transacciones, declaradas en estado de guerra las cuatro provincias del Principado, alzada en sus montañas la bandera de la rebelión absolutista, inquietas sus ciudades; que constituído en el alto puesto desde donde les dirigía la voz, era todavía el Baldrich que durante treinta años había peleado sin tregua contra la tiranía, y ahora aceptaba la penosa tarea de luchar de nuevo por la tranquilidad de la patria y el bien de su tierra natal; «que los carlistas

depongan las armas y les ofrezco el perdón más amplio en nombre del gobierno... Desde hoy comienza en España una nueva era de libertad, de moderación, de tolerancia, de justicia, de orden, de profundo acatamiento á las leyes y de sincero respeto á las legítimas aspiraciones de la opinión pública... Pero si desoyendo estas palabras de paz oponen obstinada resistencia á los generosos propósitos de que soy intérprete fiel, prepárense á sufrir sin dilación el severo escarmiento debido á su pertinacia... En una mano traigo la oliva, y en la otra la espada. Elegid, pues, entre la paz y la guerra, entre el perdón y el castigo, entre la ley que protege á los ciudadanos pacíficos, y la fuerza que confunde á los rebeldes contumaces. Generoso perdón y completo olvido para todo extravío pasado, violenta represión y escarmiento ejemplar para toda futura resistencia. Tal es el programa que os presento. Ahora escoged.» Podía inspirar este lenguaje confianza á los liberales, pero ni convencía ni atemorizaba á los carlistas, contra los que tuvo que salir á campaña, y en Valls señaló un plazo de cinco días para obtener el indulto que había concedido á los que se presentasen.

No eran todo prosperidades en el campo carlista: estaba don Carlos descontento de lo que sucedía en Cataluña; aconsejaba á su hermano lo que había de hacerse, y sobre todo que se sostuviera la guerra, porque estando prontos los vascongados y navarros á volver á tomar las armas, sosteniéndose Cataluña volvería á ser Navarra el núcleo principal del carlismo. Esta parecía ser la aspiración de todos, pero no contribuían á realizarla con sus actos. Las rivalidades entre los jefes aumentaban, y no sólo producían disgustos sino resoluciones como la de Estartús que se retiraba á la frontera cansado y sin fe en el triunfo de la causa. Esmerábanse don Alfonso y Cevallos en armonizar á algunos jefes y ordenar la insurrección y guerra en el Principado, pero se veían constantemente contrariados, y lo fueron entonces con gran disgusto, al saber que Tristany había mandado ó permitido quemar wagones de un tren de mercancías en la estación de Rajadell, y robado á los viajeros más de 3,000 duros en dinero y alhajas, lo cual irritó á los mismos carlistas hasta el punto de que el señor Carulla, gran admirador de Tristany y su secretario y tesorero, pedía por Dios se le sacara de su lado, añadiendo: «soy hombre de honor, y lo comprometen una porción de cosas que se mandan ó se toleran.» «Voy á escribir á Tristany, decía Cevallos á don Alfonso, diciéndole el desagrado de V. E. y encargándole me informe quién ha sido el bárbaro que ha dado esa orden (1).» Don Carlos y don Alfonso no podían menos de condolerse de que partiera de los carlistas la primera agresión de las muchas que habían de lamentarse, y aun echarse en cara los partidos la iniciativa. No podían menos de ser condenados tales actos de verdadero bandolerismo, por todo carlista sensato, y más en aquellas circunstancias en que se afanaban por hacerse simpáticos al país, para que, como decía don Carlos á su hermano, «podamos presentarnos como salvadores de la sociedad en ese gran día (el de la confusión general), que está cerca, y que como católicos y como españoles debemos aprovechar.»

---

(1) En la *Historia Contemporánea* se presentan estos y otros hechos con detalles y pormenores de que no debemos ocuparnos en esta historia general.

El sistema de Baldrich de la multiplicidad de columnas y estar éstas en constante movimiento, no dejaba ni aun descansar á las partidas carlistas; sorprendieron á Tristany dos veces, cogiéndole su equipaje y papeles, empezó á dispersarse su gente, y efectuó con la que le quedaba marchas desesperadas, teniendo á veces que dividir su fuerza en pequeñas partidas, que no eludían siempre la persecución de los enemigos. No podía sostenerse así la guerra; fundáronse esperanzas en los tratos que por medio del capellán Fornells comenzó don Alfonso con el obispo de Urgel; mas era arraigada la persuasión en el hermano de don Carlos, en Cevallos y en otros, de que aquello no se podía sostener, de la inutilidad de la sangre que se derramaba cuando se había concluído todo en las demás provincias, y faltaban recursos. Tratábase á la vez con la junta de Bayona sobre si debía continuarse ó terminar la guerra civil, y se afanaban todos en buscar recursos para que en Cataluña se sostuvieran. No lo creía posible don Alfonso y menos siguiendo algunos jefes de partidas en su sistema de vejar á los pueblos exigiéndoles fuertes contribuciones, llevándose presos en rehenes á los individuos del ayuntamiento, siendo Savalls el que más se excedía en tales actos, que condenó don Alfonso enérgicamente y ordenó se impidieran.

La junta central carlista de Cataluña no podía prescindir de la cobranza de las contribuciones y hasta propuso á don Alfonso diera un manifiesto para que se las entregaran, lo que le hubiera puesto en ridículo, porque carecía de la fuerza necesaria para exigirlas. Vallés con unos 60 hombres se dirigió desde el corregimiento de Tortosa al Perelló para cobrar los impuestos, y de allí hacia Tarragona á ponerse al frente del mando que le confirió la junta; mas no se realizaron las ofertas que le hicieron sobre la entrega de algunos fuertes, no por mucho dinero, y éste en bonos: no prosperaban los negocios carlistas; Tristany apenas daba señales de vida; Cendrós, uno de sus mejores jefes, tuvo que presentarse á indulto; el Cadiraire fué herido y prisionero en Igualada; Queralt, perseguido por los aduaneros y tropas francesas, sólo pudo penetrar con 20 hombres armados; los restantes jefes se veían perseguidos y cansados y todos pedían recursos á la junta. Esta hizo presente á don Alfonso que unos tres mil carlistas escasos tenían que hacer frente á más de 32 batallones, y que si no se distraía esta fuerza á otras provincias y no se podía mandar dinero, se les ordenara retirarse para conservar aquellas armas y organizarse de una vez esperando eventualidad favorable. Pero en lugar de lo que se pedía anunció don Carlos que iba á tomar una determinación que electrizaría á los catalanes, y á poco envió á don Alfonso el borrador de un manifiesto que esperaba levantaría en somatén á toda Cataluña, pondría en armas á todos los aragoneses y valencianos y aseguraría en definitiva el triunfo de la causa carlista. Referíase á la devolución de los fueros de Cataluña (1).

---

(1) «Catalanes, aragoneses, valencianos: el 2 de mayo llamé desde Vera á todos los españoles, lleno de fe en la grandeza de la causa cuyo depósito me ha confiado Dios.

»Lo que entonces era una esperanza, será muy pronto magnífica realidad. Los cimientos de la restauración del trono de Recaredo estáu labrados con los laureles de

Lejos de electrizar á los catalanes la ilusoria concesión que se les hacía, los mismos individuos de la junta manifestaron que, «la obra terminada por los tres grandes monarcas Carlos V, Felipe II y Felipe V, y respetada por la misma revolución, no podía destruirse de una sola plumada por un pretendiente que había ofrecido en la misma carta que citaba de 30 de junio de 1869 que no haría nada sin consultar á la nación; que la gente sensata sólo vería en esto un acto de desesperación para llegar al trono; pero que habiendo hecho los federales igual ofrecimiento sin que les diera resultado, era más que probable que á este documento le sucediese lo mismo, siendo en desprestigio de la dignidad de su autor.» Cevallos dijo á la junta que antes de publicarlo se informase á don Carlos sobre su oportunidad y conveniencia, expresándose duramente contra la concesión, diciendo: «¿Cómo es posible que el rey, desde un escondite de la frontera, sin más consejo que el de un Arjona y sin más ejército que 3,000 hombres que sólo dominan el terreno que pisan, pueda destruir la obra de sus abuelos?» Eran, sin embargo, inútiles tales observaciones, porque impulsado don Carlos más por juvenil impaciencia que por senil consejo, mandó publicar el manifiesto en los diarios franceses y don Alfonso ordenó se remitiera á la junta para que también lo diese á la estampa.

Castells y Galcerán sorprendieron por entonces á Manresa, cuyos industriales y jornaleros sostuvieron reñida lucha con los invasores que ya ocupaban la población, desalojándoles de ella, llevándose algunos prisioneros y dejando varios muertos y heridos. Hubo otras sorpresas y en-

---

Oñate y de Mañaria, de Urbasa y de Ceberio, de Mas de Roig, de Arbucias, de Tivisa y de Reus.

»El camino de la victoria está regado con la sangre de los mártires: en él escribieron sus nombres inmortales Ulibarri, Ayastuy, García y Francesch.

«Hoy, como entonces, pero con más aliento, repito con el orgullo de rey de una nación heroica:

»Voluntarios, que fijos los ojos en el cielo y en mi bandera corréis generosos al sacrificio, yo os admiro.

»Soldados de Pavía y de Bailén, que estáis bastante ciegos para ser mercenarios del extranjero, también admiro vuestro valor.

»A todos os llamo, porque todos sois españoles; que la empresa salvadora comienza apenas, y el mundo nos contempla suspendido, espantada la revolución, lleno el bien de júbilo inefable.

»Sí: se acerca el día en que sean realidad mis más vehementes aspiraciones.

»Por lo tanto, amante de la descentralización, según consigné en mi carta-manifiesto de 30 de junio 1869, hoy os digo pública, solemnemente, intrépidos catalanes, aragoneses y valencianos:

»Hace siglo y medio que mi ilustre abuelo Felipe V creyó deber borrar vuestros fueros del libro de las franquicias de la patria.

»Lo que él os quitó como rey, yo como rey os lo devuelvo: que si fuisteis hostiles al fundador de mi dinastía, baluarte sois ahora de su legítimo descendiente.

»Yo os devuelvo vuestros fueros, porque soy el mantenedor de todas las justicias: y para hacerlo, como los años no transcurren en vano, os llamaré, y de común acuerdo podremos adaptarlos á las exigencias de nuestros tiempos.

»Y España sabrá una vez más que en la bandera donde está escrito *Dios, Patria y Rey*, están escritas todas las legítimas libertades.—Vuestro rey, *Carlos*.—Frontera de España 16 de junio.

cuentros, mostróse satisfecho Baldrich de sus operaciones en la provincia de Tarragona, derrotando unas partidas, dispersando otras, obligando á someterse á indulto á Cendrós y algunos más, se trasladó á la de Gerona, disponiendo el levantamiento de un somatén general para hacer una batida combinada, dividió su ejército en más de 20 columnas, con las que formó una extensa línea para poder emprender simultáneamente un movimiento de avance y por este medio acorralar á los carlistas y obligarles á penetrar en Francia; pero lo accidentado del terreno permitía á los enemigos expertos colocarse á retaguardia de la línea liberal. Aun hicieron más Castells y Savalls; se pusieron de acuerdo para batir la línea por algún flanco ó punto débil que descompondría la cohesión de las fuerzas liberales. Excelente plan pudiendo armonizar las voluntades, y si Savalls, que no era mal jefe, tuviera la necesaria respetabilidad para ser obedecido, é hiciera Estartús más de lo que hacía. Y en efecto, no era Baldrich el que debía temer á Savalls, sino éste, que se vió perseguido por cinco columnas: faltándole municiones y empujado á la frontera, tuvo que traspasarla, aunque la volvió á repasar después, si bien perdiendo unos 37 voluntarios y 30 oficiales que fueron desarmados é internados en Francia. Savalls estuvo hábil; cuando mayor era su apuro, pudo pasar por entre las columnas perseguidoras en una marcha nocturna á la que debió su salvación.

El deseo de don Carlos de que se sostuviera la guerra en Cataluña hasta el mes de agosto, lo cumplían Savalls, Castells y algunos otros á costa de los mayores esfuerzos y sacrificios, contando apenas con poco más de 1,000 hombres y perseguidos por 40 batallones, 6 escuadrones, un regimiento de artillería y otro montado, y había en muchas poblaciones voluntarios de la libertad. No era carlista el país cuando no se levantaba todo en armas; pero estaba cansado, no veía en todos los jefes militares buen deseo y actividad para perseguir las partidas, y se cruzaba de brazos. Un general, Nouvilas, dijo en el Congreso que en Cataluña no había dirección ni plan alguno; que el caos y la anarquía imperaban en todas partes; que los jefes de columnas no sabían á qué atenerse y carecían hasta de los elementos necesarios para hacer una persecución eficaz y provechosa Y en efecto, Savalls en Gerona con unos centenares de hombres cobraba contribuciones hasta en pueblos importantes; Barrancot cortaba las vías férreas y fusilaba á indefensos liberales; Castells prevenía á los municipios que recibieran á tiros á los falsos carlistas que se presentaran á exigir contribuciones; Torres con unos 40 hombres recorría una parte del valle del Segre y el distrito de Solsona, perseguido por una columnita de guardia civil que ni le veía ni le alcanzaba; Ferré con unos 50 hombres tenía sentados sus reales en la cuenca de Tremp cobrando las rentas de sales, tabaco y papel sellado; en las inmediaciones de Urgel merodeaban algunos forajidos amenazando con la muerte ó la quema de las fincas á los que no satisfacían las cantidades que les designaban, habiendo además en el distrito unos 50 carlistas que compartían el dominio con el brigadier gobernador de la Seo, que sólo ejercía el mando de murallas adentro, y había tomado grandes precauciones para evitar una sorpresa, mandando tabicar algunas casas, etc., etc.; el gobernador militar de Lérida tenía re-

concentradas las fuerzas, esperando quizás que se fuesen aumentando los carlistas para perseguirlos, haciendo sólo una salida en vísperas de elecciones, con una fuerza de mil hombres que fueron á Cervera á depositar inmediatamente sus votos en las urnas; volvió después á Lérida, y el país por donde pasó debió agradecerle que no hiciera segunda salida.

Con más inteligencia en la persecución de los carlistas, se habría restablecido la paz en Cataluña; el mismo Estartús escribía que lo veía todo perdido, por lo que trataba de pedir el indulto para él y para los que quisieran seguirle, y le pidió: Huguet se veía obligado á ganar la frontera, y cuando la falta de recursos hacía á muchos soltar las armas, recibió don Alfonso 600,000 reales en bonos y los envió á la junta para que los distribuyera, como lo hizo; y al mismo tiempo, sabedor de los desmanes que algunas partidas cometían, los condenó indignado, ordenando se castigara con rigor á los que se permitiesen tales atrocidades, haciendo responsables á los jefes de las fuerzas de todo acto de insubordinación é indisciplina de los individuos que mandasen. «En cuanto á lo de Savalls, escribió á Cevallos, mucho desapruebo que se tome libertades de sí mismo, y te encargo que le hagas presente, sea por tu conducto sea por la junta, que yo no permito aquí que se haga guerra sin cuartel, y que se desdiga ó no cumpla lo que he escrito, diciendo que le he mandado lo contrario (1).»

---

(1) Debemos ser un poco explícitos en este interesante asunto.—Ya don Alfonso en el artículo 13 de sus instrucciones decía que ningún jefe de fuerzas tenía autorización para imponer pena de la vida, exceptuando los espías cogidos en flagrante delito y con la prueba de él, la cual se acompañaría al dar parte al cuartel real. Pero donde se presenta este asunto en toda su verdad, por apoyarse en verídicos documentos, es en estas líneas:

El 1.° de agosto decía don Alfonso: «Carlos escribe que respecto á la guerra sin cuartel, si el caso la hace necesaria, se debe dejar hacer, por lo cual si todavía no hubieses escrito á Savalls sobre esto, te encargo no decirle nada.»

Al recibir esta carta Cevallos, que ya estaba disgustado con cuanto sucedía, y había demostrado su firme resolución de retirarse á su casa, contestó á don Alfonso: «En cuanto á la guerra sin cuartel, escribí á Savalls diciéndole el desagrado de V. A., y que se atuviese estrictamente á las instrucciones para los comandantes generales; pero puesto que S. M. piensa de otro modo, voy á escribir á los jefes de parte de V. A. para que no den cuartel á bicho viviente, cuando lo crean conveniente.»

Al recibir don Alfonso esta carta, sintióse altamente lastimado y trazó de su puño y letra las siguientes líneas que debe consignar la historia imparcial para juzgar posteriores hechos. Justamente constituyen la parte autógrafa de la carta número 16 del 3 de agosto de 1872, escritas las dos primeras páginas de distinta letra.—«Recibo en este momento tu carta del 2, y me enfada *sobremanera* (*) lo que dices: quieres escribir *en mi nombre* á los jefes para que se haga guerra sin cuartel, mientras yo sólo te dije que Carlos no desaprobó la de Savalls, y que por consiguiente, si no le habías escrito, podías dejar de escribirle sobre el particular.

»Es tan contra mis principios hacer guerra sin cuartel, que si Carlos diese tal orden, sin esperar contestación me retiraría yo en seguida.

»¿Y cómo es que tú te atreves á dar semejante orden bárbara en mi nombre?

»No sé más, si es que no comprendes mis cartas ó qué es lo que hay.

»Si acaso has escrito tal orden de guerra sin cuartel, QUIERO que te desdigas inmediatamente, diciendo que esa no es mi voluntad de ningún modo.»

(*) Las palabras subrayadas lo están también en el original.

Los bonos que recibieron los carlistas eran un alivio, no un remedio; seguía mal la causa carlista. Baldrich se paseaba por la montaña con una pequeña fuerza de caballería, las presentaciones aumentaban, y el 8 de agosto escribía don Carlos lleno de tristeza, que había alimentado esperanzas de un movimiento en las provincias del Norte; pero habiéndose negado decididamente á hacerlo con los medios que podía proporcionar, se lo participaba á su hermano, para que, así como antes por las esperanzas que tenía mandaba sostenerle, ahora decía no contasen con nada, y que don Alfonso, Cevallos y algún otro, le dijesen lo que podían y pensaban hacer. Esto era ya decisivo; pero había más decisión y menos desaliento en Savalls, Castells, Tristany y algunos otros.

Operaba en la provincia de Gerona el brigadier Hidalgo que batió á los carlistas en San Pedro de Osort, en la Sellera, en San Quirse de Besora y en Rupit, mandando en este día la columna el coronel García Reina; felicitándose por su parte los carlistas de los encuentros tenidos en Sellera de Anglés, en Tabartet y otros. Con el auxilio de columnas que no estaban á sus órdenes pudo Hidalgo acorralar á sus enemigos contra la frontera por la parte de San Lorenzo de la Muga, obligándoles á entrar en gran número en Francia, haciéndoles algunos prisioneros, produciendo esto el quedar la provincia casi sin carlistas por algunos días; mas habiéndole reprendido Baldrich por haber dispuesto de aquellas fuerzas, olvidando que él mismo le había autorizado para echar mano de ellas, no pudo operar en disposición de impedir la entrada en España de los que pasaron la frontera, y la policía francesa dejó en libertad de volver á repasar, ni la reunión de los dispersos.

Sumaban por entonces los carlistas armados en la provincia de Gerona unos 1,400 hombres, divididos en cuatro batallones y un escuadrón, mandados por Savalls, Huguet, Vila de Prat y Sabater, que operaban ya juntos, ya separados, ya en la provincia ó en la inmediata de Barcelona, según las circunstancias. Algunas de estas fuerzas tuvieron el 16 de agosto un encuentro con la columna de Arapiles, que mandaba Sorribes, en San Pedro de Torelló, posesionándose á los dos días de Vidrá. Allí acudió Hidalgo, y al empezar el combate, y viendo que una compañía de Navarra vacilaba tras de los árboles, en una especie de alameda á tiro de pistola de las tapias, sufriendo un fuego que con más valor hubiera evitado, se dirigió á alentarla y fué herido de dos balazos en la pierna, y muerto el caballo que montaba. Ocultó sus heridas, arengó á la tropa y oficiales con energía, sin obtener más resultado que el intentar suicidarse con su revólver el pundonoroso coronel Galán que el día antes fué dado á conocer como teniente coronel primer jefe del batallón de Navarra. Procuró Hidalgo suplir la de-

---

Los términos que emplea en estas líneas, muy distintos de los llenos de cariño y consideración que usaba siempre con Cevallos, evidencian lo que se sublevaron los humanitarios sentimientos de don Alfonso, que llamaba bárbara tan bárbara orden.

Afortunadamente para la humanidad, ni Cevallos dió tal orden, ni la hubiera dado. Le horrorizaba tan inhumana autorización: la creía también inútil, por considerar perdida la causa carlista que agonizaba en Cataluña; deseaba retirarse al seno de su familia y no quiso ser instrumento de inútil derramamiento de sangre, *ni hacer semejante barbaridad. Historia contemporánea*, *anales*, *etc.*

bilidad de este batallón con otras fuerzas, que aunque escasas se batieron bizarramente, posesionándose del pueblo. Atacaron en seguida las casas de *Caballé xich* y *grant*, valientemente defendidas por los carlistas, peleándose hasta en la cocina, apelando para defenderse al agua hirviendo, á las tejas y á los ladrillos, penetrando los soldados liberales por las ventanas, y en la casa rectoral por el tejado, y aprovechando Savalls el momento en que una nube cubrió la luna, salió con su gente de las casas de Caballé, subió al monte y todos reunidos fueron á la villa de Llayers. Las pérdidas de ambos combatientes entre muertos y heridos ascendieron á unos 70 hombres. Si la columna de Arapiles á la que llamó Hidalgo, hubiera llegado cuando la esperaba, mal lo habrían pasado los carlistas, y difícilmente se hubiera librado Savalls de caer en poder de sus enemigos.

Las partidas continuaban, la lucha se sostenía, el entierro en Igualada de Cadiraire animaba el espíritu hostil entre los carlistas, en vez de imponer el espectáculo de la muerte, y aquella guerra, especialmente en la provincia de Gerona, era ya el tormento de las autoridades militares de Cataluña, de los jefes de columnas, é impacientaba al gobierno y al país. Se dan por exterminadas las partidas, y sorprenden el 31 de agosto entre Moyá y Castelltersol á la columna de Fajardo, que por evitar el encuentro con Savalls por la carretera de Granollers se dirigía á Barcelona por la de Castelltersol; sostienen reñida acción el 12 de setiembre en las sinuosidades de Vallcebre con la columna de Macías, los carlistas mandados por Castells, Vila de Prat, Camps y otros, que en excelentes posiciones, con trincheras y barricadas naturales, no temidas por las fuerzas liberales, en aquéllas atacaron á sus enemigos á pesar de la gran ventaja con que éstos se defendían. Tres horas duró aquel empeñado bregar, sufriendo las tropas de Macías las frecuentes, inmediatas y compactas descargas de los enemigos, sin que se arredraran aquellos valientes de tan mortífero fuego, de los muchos compañeros que caían cadáveres, trepando los que sobrevivían hasta asaltar las que parecían inaccesibles posiciones, apoderándose de ellas y dispersando á sus defensores. No se dieron los carlistas por derrotados; no lo fueron en verdad, ni podían serlo en aquel terreno y después de sostener tantas horas el combate: atribuyóse, sin embargo, Castells el triunfo. Lo mismo hizo Savalls vanagloriándose con más razón de la victoria en Anglés el 14 de setiembre, escribiendo á don Alfonso desde Viladrau, que tan reñido combate, que empezó á la una, duró hasta el amanecer; que parte de la columna liberal se encerró en el pueblo de Anglés y en dos casas inmediatas, hasta cuyas puertas fué acosada por los carlistas; y en la orden del día dada á sus voluntarios, presentó aquél como el de más júbilo si no el más glorioso de toda su vida, participándoles el obsequio que acababa de hacerle la junta central de Cataluña, una espada con empuñadura de marfil, que la había aceptado, considerándose sólo depositario de aquel premio, que pertenecía á sus voluntarios.

Invadida nuevamente Manresa, se atreven ya los carlistas á prohibir que circulen tropas por los ferrocarriles, hacen fuego á los trenes que las llevaban, cortando la vía para que descarrilaran los carruajes y quemarlos; derrota Navarro á Castells en San Lorenzo dels Morunys, y Baldrich alcanza en Campdevanol á Savalls, procurando arrojarle á Francia, mientras Font

de Mora por la parte de Anglés, Arrando por la de Amer, Fajardo por la de Bañolas, Pieltain por la de Tortellá y Reina por la de Santa Pau y Olot secundaban los propósitos del capitán general, y otras columnas hacían lo mismo en distintos puntos del Principado. Y no bastaba esto para exterminar aquellas partidas, que lejos de sucumbir penetraban en poblaciones como Balaguer, bloqueaban á Igualada y Sampedor por no haber pagado la contribución exigida; invadía Ferré la Pobla de Segur, rindiéndose su escasa guarnición refugiada en la iglesia, y aumentándose su gente; sostenían Isern, Campbó y Orri un reñido encuentro con la columna de Reina y la de Figueras en Tortellá; penetraba Torres en Agramunt; Gomis y la gente de Castells peleaban en las inmediaciones de la Pobla, y las partidas de Frigola, Huguet con Savalls, desde las formidables alturas de la Mare de Deu del Coll hacían frente el 21 de octubre á la columna de Font de Mora mandada por Cabrineti, que se colocó en el centro de las posiciones enemigas, ocupadas por la gente de Huguet, que la guiaba aunque enfermo, mientras Savalls fingía retirarse. Envueltos entre cuatro fuegos los liberales, le sostuvieron briosamente cerca de cinco horas, hasta que la noche impidió la continuación del combate.

En la provincia de Tarragona pudo evadir Tallada la persecución, atravesando el Francolí y penetrando en la de Lérida, donde atacó á Seró, que defendieron bien sus voluntarios; pero no prosperaban por entonces los carlistas en esta parte de Cataluña, ni aun en las demás, excepto en la montuosa Gerona. El mismo Vallés escribía desde Margalef, adonde había tenido que guarecerse para dar alimento y descanso á sus voluntarios, activamente perseguidos por las columnas de Lérida, Prades, Cornudella y Falset, que se devanaba los sesos para ver de organizar la provincia de Tarragona, *porque nadie secundaba el movimiento*, y estaban los ánimos decaídos y amilanados.

Después de eludir Savalls algunas celadas que le prepararon, peleó en San Pedro de Osort, bajó al Ampurdán, penetró en Palamós, sin hallar obstáculo en los buques de la armada estacionados; llamado por los carabineros de San Felíu de Guíxols, le recibieron á balazos cuando se presentó; siguió luego hasta San Cebriá de Villalta, tres horas y media de Mataró, cobrando las contribuciones, y en otros pueblos de la costa, desarmando en Canet de Mar á los voluntarios, haciendo lo mismo Castells en Caldas de Montbuy y pueblos de la parte sur de Barcelona, y al regresar Savalls de su atrevida expedición por las llanuras del Ampurdán y algunos pueblos de la marina, sostuvo el 2 de noviembre dos horas de fuego en las alturas de Pla de las Arenas con las columnas de Andía y Cabrineti, principiando la acción con la primera, sosteniéndose empeñadamente por una y otra parte hasta la llegada de la noche. Después sostuvo otra acción con Cabrineti delante de Vidrá, y al día siguiente en el Clot con dos ó tres columnas, que á haber estado mejor dirigidas, se hubieran apoderado de todos los carlistas. Por estos y otros descuidos en la lucha que contra aquel infatigable jefe carlista emprendió Baldrich, llevó la mejor parte Savalls, que no sucumbió ante aquella constante persecución, que le obligó á continuas marchas y contramarchas, á frecuentes combates y al cansancio y fatiga de sus perseguidores, que hallaban de improvi-

so á su espalda al que iban persiguiendo y acosando. Tanto llamaron la atención Savalls y Castells, que les escribió don Carlos ensalzando y admirando sus hechos: que siguieran adelante, les decía, comunicando su valor, difundiendo su fe, su esperanza y entusiasmo; que no serían inútiles sus esfuerzos porque él no desmayaba un solo momento, queriendo estar á su lado y compartir sus fatigas y peligros, teniendo que sacrificar los deseos de soldado ante los deberes de rey; y que no pudiendo dirigir á todos sus palabras las dijera Savalls en su nombre, que además de las bendiciones de Dios y la gratitud de la patria, contaran con su ardiente cariño y admiración entusiasta.

Activa é inteligente persecución experimentaron Savalls y Castells del general Andía, segundo cabo de Cataluña, que adoptó el acertado plan de Concha en 1848, obligando á Savalls á retirarse por el Coll de Bellmunt con pérdida de muertos, heridos y prisioneros. Más afortunado Castells pudo entrar en Tárrega, cobró contribuciones, destrozó el telégrafo, retiróse hacia Agramunt y fué atacado. También lo fueron á los dos días Guíu y Ferré por el coronel Gamir en Balaguer; no siendo menos valiente la resistencia que la acometida, logrando al fin Gamir desalojar á los carlistas y penetrar en la villa, á costa de alguna pérdida, saliendo él mismo mal herido y muerto el capitán de artillería Arana. Mayores pérdidas tuvieron los carlistas, pero vencieron el grave apuro en que se vieron de que fuera tomado el puente por el que habían de retirarse.

Encuentros de esta naturaleza eran frecuentes, y los carlistas, no sólo se iban sosteniendo, sino aumentando. Baldrich pudo convencerse de que sus planes no le dieron el resultado que esperaba. Relevóle Gaminde, cuyo nombramiento fué duramente combatido por los radicales en el Congreso, por lo que les había resistido y á los republicanos en su anterior mando, y por no considerarle tan revolucionario como deseaban lo hubiera sido. Enérgica autoridad necesitaba Cataluña que atravesaba una situación harto grave, por haberse levantado en armas contra las quintas y aclamando la república el Xich de la Barraqueta, el alcalde de San Martín de Torrellas y otros en Martorell, y hasta en el mismo Gracia, á las puertas de Barcelona. No podían tener mejor auxilio los carlistas; por lo que mandó Savalls desde Rupit el 2 de diciembre á todas las autoridades civiles y militares de la provincia de Gerona, se protegiera á las partidas republicanas.

Menudearon los encuentros, Savalls y Huguet se atrevieron á atacar á Olot y Castells penetró sigilosamente en Manresa en la noche del 8 de diciembre, haciendo en el teatro, en la fonda de Santo Domingo y en el café de Gual varios prisioneros, indemnizados con los que hizo el coronel Mola obligando á evacuar á Manresa á los que la invadieron y apoderándose de los que trataron de defender el café Gual. Arrando y Mola chocaron con Vila de Prat y Torre, en el valle de Espinelvas, en las alturas del Hostal de Farriols y en Oliana, con buen éxito; otra vez peleó Mola en Caserras con varias partidas reunidas, tomándolas el pueblo á la bayoneta, haciéndoles unos 70 prisioneros, entre ellos el jefe Santamaría y su hijo, y obligándoles á retirarse aunque era inferior el número de los liberales. Mal parada por este hecho de armas la reputación de Castells, se atribuyó á

él su inmediata destitución. También fueron reemplazados los comandantes generales carlistas de las provincias de Tarragona y de Lérida porque no progresaba mucho su causa, nombrándose á Vallés, Roselló y á Nasarre, dirigiendo ambos sendas proclamas para aumentar sus huestes, mostrándose uno y otro jefe menos intransigentes de lo que acostumbraban, y Nasarre especialmente recomendaba á los voluntarios el respeto á las personas cualquiera que fuese su opinión, á las propiedades, y moralidad pura en todos los actos; se declaraba protector de los pacíficos leridanos, á los que agradecería le avisaran de cualquier cuadrilla de bandidos que apareciera para exterminarla, y que las contribuciones que se cobrarían de los pueblos no gravarían la riqueza imponible más allá del 12 por ciento. No dejaba de ser esto un consuelo cuando se cometían excesos como los que se vió obligado á condenar don Alfonso, ordenando que inmediatamente se formase sumaria contra el jefe que dispuso los delitos de Rajadell y el abominable atentado cometido por Costilludo, sobre un puente bajo el cual atraviesa la vía ferrea de Zaragoza, intimando hiciese alto un tren de pasajeros, cuyo tren no pudiendo detener la velocidad de su marcha en un descenso, sufrió una descarga que causó algunos heridos.

Con varios combates de escasa importancia terminó el año de 1872. La guerra continuaba en Cataluña sin ser secundada en otros puntos. Para animar don Alfonso á los que consideraban inútiles los esfuerzos que se hacían, dió el 28 de diciembre un decreto expulsando del ejército carlista á todos los jefes, oficiales y demás clases que habiendo pertenecido en cualquier época á las filas reales en Cataluña no se presentasen hasta el 15 de enero de 1873, exceptuando á los imposibilitados por su edad ó achaques. Al mismo tiempo dirigió á los catalanes una proclama fechada en su cuartel general, que aun era su escondite en la frontera, alentándoles á tomar las armas, haciendo abstracción de una apatía censurable, de un recelo injustificado, de un egoísmo punible, de una susceptibilidad mal comprendida, de una desconfianza peor aconsejada ó de una pusilanimidad vergonzosa é indigna.

En el resto de España no tenían importancia las partidas que aun subsistían ó de nuevo se creaban. Continuaba el Pasiego en Aragón; volvió Madrazo á levantar carlistas en los distritos de Daroca y Calatayud; empezó á formar su partida Aparicio; levantóse otra en Paracuellos de la Ribera; el escribano de Daroca Ruiz de Luna, erigiéndose en autoridad, mandaba á los alcaldes y proclamaba los fueros de Aragón como ofrecidos por don Carlos; pero eclipsó á todos estos partidarios don Manuel Marco y Rodrigo, conocido comúnmente por Marco de Bello, por haber nacido en este pueblo. Designóle don Carlos para el mando de las fuerzas de Aragón; derrotado y herido en Cantavieja, no fué esto obstáculo para que dejara de lanzarse á la guerra meses después, dando una proclama notable por su templanza; presentóse en las cercanías de Calamocha con unos 600 hombres bien armados, entró á poco en Cantavieja con 1,300, dejó aquí guarnición y quien instruyera á los jóvenes de familias acomodadas que se le unían, y en dos expediciones que pudo hacer recorriendo la provincia de Teruel, parte de la de Zaragoza y de la de Guadalajara, reunió más de 4,000 hombres, cuyo número hubiera duplicado á tener armamento.

Más que la política, influyeron cuestiones de localidad y de elecciones entre los partidos de la *capa* y de la *manta* que existían en Alcalá de Chisvert, para que se lanzara al campo el hasta entonces pacífico labrador don Pascual Cucala, que figuraba á la cabeza de los últimos. Con solo ocho hombres á los que se unieron dos perseguidos por la justicia, formó su partida en abril—1872—con la que anduvo errante y perdido hasta fin de setiembre, que entró ya en Alcalá con el carácter de cabecilla, pidió fondos y reclutó hasta 30 jóvenes; con 60 volvió á entrar á los dos meses en Alcalá sorprendiendo á la guarnición compuesta de una compañía de carabine ros y una sección de voluntarios, de los cuales mataron dos los de su partida, que encontraron en las calles y obligaron á la demás fuerza á refugiarse en la Casa ayuntamiento, y sitiada, cuando Cucala había dispuesto incendiar la puerta para abrirse paso y apoderarse de los que se defendían, llegó á la estación del ferrocarril un tren con el general Baldrich y alguna tropa y huyeron precipitadamente los carlistas. Al frente de unos 200 hombres, que reunió en breves días, supo el 14 de diciembre en Cuevas de Vinromá que le perseguían una columna procedente de San Mateo y otra de Alcalá de Chisvert, y queriendo probar el valor de sus voluntarios, tomó posiciones, resistió el ataque de la primera columna, la cual, viendo que no llegaba la que esperaba de Alcalá, se retiró, sin que sucediera lo que la *Gaceta de Madrid* dijo. A los pocos días Cucala y don Ignacio Polo, confitero de Cinctorres, con su partida de unos 150 hombres, se propusieron desde Benasal sorprender á la columna liberal que estaba en Sierra Engarcerán, inferior en número y cerca de Villar de Canes: no la hallaron en disposición de ser sorprendida, y se trabó un combate que duró tres horas. Agotadas las municionés de los carlistas, pretendieron cargar á la bayoneta, pero solo la tenían unos 60.

Encargado don Manuel López Caracuel del levantamiento de Andalucía, donde había seguramente muchos elementos, especialmente en el ejército, y podríamos presentar los nombres de todos los comprometidos por obrar en nuestro poder las listas, consiguió sólo formar en Sierra Morena una partida que se encargó de destruir el teniente coronel de la guardia civil González, quedando aquél prisionero con otros. El general de Marina don Romualdo Martínez Viñalet pretendió con el comandante Navarrete y otros proclamar á don Carlos en la provincia de Murcia y fueron presos en el punto de su reunión por el alcalde y voluntarios de la libertad de Fortuna. La partida que logró levantar Corcho en la provincia de Cáceres la disolvió Cuesta en Llano Robles; el indulto otorgado á Briones y Nebreda González, sirvió de pretexto para dar por pacificada la provincia de Toledo, y la verdad es que Bermúdez pasaba y repasaba el Tajo, se acercaba á la capital, y operaba tranquilamente por puntos que, con un poco de previsión y dadas las condiciones de su gente, hubiera sido detenido y destrozado por una cuarta de compañía. Don Lucio Dueñas, cura de Alcabón, volvió en mayo á campaña, á la que le arrastraba su arraigada fe carlista, invariable á pesar de haber estado próximo á ser fusilado y dado garrote: no le imponía el suplicio; creía un deber pelear por la causa carlista, y cuando recibió la orden de 21 de abril, fué con sólo un hombre al pueblo de Albarreal, detuvo á la ronda,

sorprendió al alcalde, y diciendo que tenía cercado el pueblo, sacó cuatro caballos, y montando él y su acompañante, fueron á ir reuniendo su gente. Formáronse otras partidas, que operaban tan pronto unidas como separadas, pero faltas de organización: invadían pueblos como Lechosa haciendo frente á una pequeña columna de guardia civil, entraron en Siruela, retrocediendo á los montes de Toledo, penetrando en el camino en la Puebla de don Fadrique, sin hallar aquí la resistencia que en Escalonilla, cuyos liberales se defendieron en la iglesia y ayuntamiento, avanzaron hasta Fuensalida, 10 leguas de Madrid, recibiéndoles el pueblo en masa, aun atravesaron la carretera de Madrid á Toledo por Illescas, aproximándose más á la corte; pasaron el Tajo cerca de Aranjuez, detuvieron el tren que iba á Toledo, sin molestar á los viajeros, tomando sólo los periódicos, pernoctaron á dos leguas y media de Toledo, y no dejó de alarmar en Madrid el que unas partidas que, según los partes oficiales, se consideraban acosadas y derrotadas corriendo á salvarse en Portugal, se presentaran casi á las puertas de la corte.

Eran evidentes las ventajas que obtenían aquellas partidas, pero inútiles, porque les faltaba un jefe que supiera conducirlas é imponerse, que evitara las rivalidades que se suscitaron entre los toledanos y los de Ciudad Real, que produjeron disgustos y fraccionamientos; no se supo, ó no se quiso, aprovechar la salida de Toledo del general carlista Marconell, y en todo se notó la carencia de una dirección acertada.

Hierro y Pastor levantaron alguna gente en la provincia de Palencia, acabando por ser herido Pastor y apresado. En Salas de los Infantes, Pinedo con su partida acorraló en el cuartel de la guardia civil á la poca fuerza que de esta arma había, defendióse valiente, sosteniendo la lucha aun después de muerto su jefe, y decididos los carlistas á que se les rindieran, rociaron el edificio con petróleo, le prendieron fuego por sus cuatro costados, y se vieron sus defensores precisados á entregarse. La partida de Quintanilla que se levantó en León tuvo que refugiarse en Portugal; Vallés en la provincia de Oviedo fué batido, así como Rosas, obligándoles á internarse y á presentarse á indulto algunos de sus partidarios y Gordito, obligando después á la gente de Rosas á dispersarse. Hevia, que con su gente excitaba el espíritu carlista en Asturias, fué herido de gravedad en un encuentro, y su partida se corrió hacia León. La del antiguo carlista Suárez, levantada en la provincia de Orense, atacada por una columna de carabineros, se disolvió en Bande, quedando prisionero el jefe.

La guerra civil se podía dar por terminada, aunque no se podía asegurar que no renaciera como el fénix de la fábula. Todos estaban asombrados de aquella conclusión inesperada. Apenas se comprendía que lo que en Navarra particularmente comenzó tan pujante acabara tan fácilmente. Cuando al principio de la insurrección hubo pueblos y valles enteros en aquella provincia en los que no quedó un hombre capaz de sustentar el peso de las armas que no corriera á empuñarlas; cuando muchos párrocos dieron el ejemplo marchando á la cabeza de sus feligreses; cuando las mujeres animaban á los tímidos, encendían á los tibios é insultaban á los indiferentes ó contrarios, y ellas mismas colocaban en el pecho de sus maridos y de sus hijos, cual si diamantino escudo fuera, el corazón

simbólico robustecido con el famoso mote *detente bala*, y les impelían á morir y matar en defensa de una religión invulnerable y de un mancebo desconocido; cuando por doquiera se veía un vértigo belicoso, sólo comparable, aunque no por su objeto, al que produjo la publicación de las primeras cruzadas; cuando esto era el fruto de las semillas que desde el púlpito y desde el confesonario se venían derramando hacía algunos años en el terreno de la ignorancia, germinando al abrigo de la más completa impunidad, no se concibe cómo desapareció todo. Sólo cometiendo los mismos carlistas los errores, las faltas que dejamos expuestas, errores y faltas en que volvieron á incurrir, y lo que es más lamentable aún, que no supieron aprovechar los liberales, que á saberlo, hubiéranse ahorrado muchos infortunios.

CAPÍTULO VI

Crisis carlista.—Jefatura de Dorregaray.—Nuevo alzamiento carlista
Política liberal.—Alfonsinos

No dándose los carlistas por vencidos, formaron en Bayona y otros puntos nuevos comités para reunir fondos y preparar otro alzamiento: expidió una circular el centro reservado de Madrid diciendo que si don Carlos callaba era porque se ocupaba activamente en organizar de una manera eficaz los elementos de triunfo, dispuesto á no cejar hasta vencer, que no había que desanimarse, sino levantar el espíritu, hacer otra vez sacrificios, olvidar rencillas, inspirarse en el sentimiento cristiano que era todo caridad y desprendimiento, y formar en todas partes comités para reunir fundos y prestar toda clase de servicios. Dividía á los carlistas, ó más bien afectaba á todos ellos, una cuestión que llegó á revestir grande importancia, hasta el punto de decirse que la situación por que aquéllos atravesaban era una balanza, en la cual pesaba de un lado la España tradicional, y de otro el señor Arjona, secretario de don Carlos. Considerada por todos funestísima su influencia para la causa carlista, se obstinó don Carlos en sostenerle, se consideró ofendido con los que querían imponerse, manifestó que los que no le obedecían no eran carlistas, y que estaba resuelto á quedarse solo, con la bandera, antes que consentir imposición alguna. Tan poco justificada como impolítica é inconveniente obstinación, exaltó los ánimos de todos los carlistas, se hizo mayor la división entre los viejos y los nuevos, produjéronse grandes conflictos y se paralizaron los aprestos belicosos. La causa carlista pasó por una de sus más terribles crisis. Don Carlos no tenía á la sazón más consejeros que á su secretario, Elío y Manterola; el primero pretendiendo dirigirlo todo, el segundo entregado á su habitual indolencia, y el tercero procurando suavizar asperezas, allanar dificultades, y queriendo contener á unos y otros, lograba disgustar á todos. Sin resolver don Carlos la grave cuestión pendiente, insistió en un nuevo levantamiento; se le expuso que, sin discutir sus determinaciones, «sería convenientísimo para la marcha del partido que retirara de su lado á su secretario;» sin cuya medida juzgaba la junta que don Carlos no llegaría á sus aspiraciones, y los esfuerzos de la junta se-

rían inútiles. En contestación, ofició Arjona de orden de don Carlos ofreciendo á la junta 8,000 fusiles; no estimó ésta suficiente tal oferta para verificar el movimiento, diciendo que tenía la convicción de que nadie respondería á causa de que las personas que rodeaban á don Carlos no inspiraban confianza, por haber engañado repetidas veces dichos señores durante la campaña; que la junta estaba en la creencia, por haberlo dicho Manterola, de que Arjona no entendía ya en los negocios oficiales y sólo era un secretario particular de don Carlos; que aquella corporación tenía antes amplias facultades para la cuestión de armamento y organización militar, sin las que no hubiera admitido dicho cargo, y ahora se encontraba con éstas limitadas hasta el extremo de que apenas podía llamarse con propiedad junta de guerra, y que en virtud de las atribuciones con que se creía revestida se había ocupado con actividad en buscar recursos, enviando emisarios á Inglaterra, Bélgica, Italia y otros puntos, esperando el resultado para, en caso de ser favorable, emprender el movimiento que estaba resuelta á verificar sin perder un instante. Al recibir don Carlos el acta en la que se consignaba lo anteriormente expuesto, disolvió la junta, considerando inútiles sus trabajos y determinando entenderse directamente con los comandantes generales de las provincias.

La disuelta junta vasco-navarra (1) que no esperaba la grande ofensa que se le hacía, expuso á don Carlos los servicios que había prestado, sus buenas intenciones en lo que hubiese errado, y aunque acatando la voluntad soberana quedaba disuelta, «á fuer de leales, añadían, debemos prevenir á V. M. que considerándonos depositarios de la confianza de nuestros paisanos, dispuestos como estamos á morir, guardando con amor el tesoro de nuestra fe religioso-política, y á transmitirla á nuestros descendientes, procuraremos invitar en nuestro favor y apoyo á las personas más distinguidas de la comunión católico-monárquica, para que, nombrando una junta directiva, salve á nuestra amada patria del desorden y caos en que se ve envuelta, haciendo brillar la religión y el derecho. —Esperamos que V. M. ni nadie podrá ver en este comportamiento otro móvil que el patriotismo más acendrado y el de la más recta conciencia.» Don Carlos, dejándose llevar por su precipitado consejo ó por el poco acertado de los que le rodeaban, declaró rebelde y sediciosa toda junta ó corporación que se reuniese sin su orden ó autorización, y como sedicioso y revolucionario todo acto público que una junta ó reunión de carlistas hiciera sin su permiso ú orden.

Agravada la crisis de la causa carlista, reuniéronse en Burdeos los representantes de sus periódicos de Madrid, leyó don Carlos un *memorándum* sobre la situación que se atravesaba, y Arjona ciertos documentos sobre sucesos pasados, dióse cuenta de que de los legitimistas franceses y de los católicos de Europa sólo se habían obtenido unos 80,000 francos, que en cuanto se cobraran se enviarían á Cataluña; dijo Arjona que los católicos continuaban enviando sus oraciones á Dios y su dinero á Roma; se

---

(1) La componían los señores Polo, Carasa, Valdespina, Martínez de Velasco, Saenz de Ugarte, Aguirre (don Juan Bautista), Lizárraga, Cathelineau, Milla, y como secretarios Peralta y Argüelles.

convino en que el partido se encontraba en circunstancias gravísimas, acordando unánimes los representantes de la prensa convocar una reunión de personas notables para buscar el medio de conjurar el conflicto; no se quería esto cuando Arjona declaró que don Carlos no aceptaba este medio, y que estaban los periodistas en el caso de decir claramente cuál sería su actitud si surgiese una disidencia pública entre el rey y una parte mayor ó menor del partido. Sinceramente manifestaron los representantes de la prensa la ineficacia de sus esfuerzos contra la opinión general tan explícitamente declarada por el relevo del señor Arjona; mas no satisfacía esto, y se procuraron contestaciones ó declaraciones particulares que nada significaban, si bien procedieron los periodistas con nobleza y dignidad y tuvieron la debida entereza.

No se remediaba así la situación de los carlistas, aun cuando todos se lamentaran de lo que sucedía; agravóse con la dimisión de los comandantes generales de las provincias Vascongadas y de Navarra; en las cartas que mediaban entre los principales personajes carlistas, no se combatía sólo á Arjona, sino á don Carlos, al que se daban calificativos poco respetuosos y que demostraban, si necesidad de demostración hubiera, lo que se debilitaba la fe y el entusiasmo de unos partidarios que tan en alto grado poseían aquella virtud y aquella cualidad. Volvieron á pensar algunos en Cabrera, Lizárraga escribía á sus amigos de la Rioja exponiendo grandes verdades envueltas en excéntricas consideraciones y especialmente en exageradas manifestaciones religiosas: se evidenció más el antagonismo de los viejos y nuevos carlistas, de los partidarios y enemigos de Cabrera, y la lucha que comenzó en Francia cundió en España, y se mostró en algunos puntos una división, que á haberla sabido aprovechar los liberales, hubiera sido verdaderamente funesta para los carlistas. Lo que favoreció á éstos fué su entusiasta adhesión á don Carlos, á pesar de la manera con que trataba á algunos, del rigor empleado con los autores del convenio de Amorevieta, considerado *tan vil* como el de Vergara, y de que escribiera el secretario de don Carlos estas líneas ocupándose de los individuos de la disuelta junta vasco-navarra: «Insurrectos vergonzantes, no detendrán la marcha de los trabajos... Prescinda V. de contemplaciones y entrevistas... sin ellos podemos empujar los trabajos... Verá V. que poca falta hacen esos *detenedores* de movimientos, satélites de Cabrera, y ¡oh vergüenza! de Cabrera alfonsista! En el terreno militar, esa junta es una sedición colectiva más... ¿No querrá Dios que acaben de hacer un acto público ostensible, para tirar de la manta y enseñarlos desnudos al país?... En cuanto al país vasco-navarro, ahí está el quid: vencer el marasmo que ellos infunden, y punto concluído; el ver fusiles hará milagros, mal que pese á los insurrectos. Estamos, pues, respecto á los disidentes, lo mismo que el día que V. llegó aquí...»

En aquella confusión de opiniones, ó de apreciaciones, y en aquella insensata tiranía de poder y carencia absoluta de buen criterio y sano juicio, se llegó á ver solo don Carlos sin tener un jefe que organizara los trabajos, y cuando era más necesario, por las ofertas que se hacían á los de Cataluña que, con tan inauditos esfuerzos, como vimos, sostenían la guerra esperando renaciera en otras provincias. Era absolutamente indispensable

un jefe, y llamó don Carlos á Dorregaray que estaba curándose en Valencia: acudió solícito afrontando riesgos, y empezando á experimentar disgustos, siendo fundado el que le produjo el que se le reemplazara en Valencia sin consultarle, y más considerando desacertadísima la elección que se hizo, lo cual probaba el criterio que en todo presidía.

La elección de Dorregaray conjuraba en parte la crisis que amenazaba concluir con los carlistas Aceptó, pues, la comandancia general de Navarra y provincias Vascongadas, se trasladó á la frontera; privado del necesario apoyo por la división que reinaba entre los jefes carlistas, recurrió á los de menos categoría, lo cual disgustó á los que desde entonces se le mostraron rivales, mermando esto mucho su fuerza moral y el prestigio de su autoridad, y creyendo don Carlos aumentar éste con un acto de rigor, que no fué considerado como de justicia, destituyó á Carasa, á Valdespina, á Aguirre y á Velasco, de las comandancias que ejercían desde Francia, reservándose hacerles comparecer en su día ante en consejo de guerra. Sólo obrando en nuestro poder los documentos que prueban cuanto venimos exponiendo, podríamos dar crédito á tal cúmulo de anomalías, de inconveniencias, de verdaderas locuras, aunque hemos de ver más.

Gran sorpresa causó ver elevado á Dorregaray á la jefatura militar del partido carlista; esto exigía más por parte del agraciado, que se propuso justificar su inesperada elevación, que no empezó mal, pues tuvo la fortuna de que la ida de doña Margarita á Burdeos coincidiera con la tan deseada desaparición de Arjona, en cuyo cargo de secretario particular le reemplazó don Isidoro Iparraguirre. Aun tuvo que vencer Dorregaray algunos obstáculos presentados por individualidades y oficiosas intervenciones, proveyó las comandancias generales vacantes, trasladóse á la frontera para organizar y preparar el alzamiento, careciendo de recursos y hasta del personal más indispensable, procuró que los jefes que estaban retraídos aceptasen mandos en las provincias; creó una junta en la frontera, disuelto ya el centro de Madrid, y dispuso cuanto creyó necesario para que se verificase el alzamiento á mediados de diciembre, dándose las órdenes al efecto para que cada cual marchase á su puesto, disponiendo Dorregaray su entrada con Ollo por la frontera de Navarra, por lo cual se reunieron en Biarritz. Ordenóse á Pérula se agregara á ellos, y corrió á ejecutarlo. También se hizo lo posible para estrechar la unión entre todos los jefes, lo cual no era tan fácil, pues una gran parte de los que eran enemigos del movimiento habían escrito á Navarra predisponiendo al país contra Pérula, Ollo, Argonz y otros, y en tales términos, que estando ya en el campo, trató Ollo en vista de aquellas cartas, fusilar á sus autores en cuanto se apoderase de ellos.

La guerra civil iba á renacer de sus cenizas; sabíalo el gobierno, y no se preocupaba mucho ni le daba grande importancia; es más, no faltó ministro que dijese que convenía un poco de carlismo. Reclamábanse del gobierno providencias enérgicas; autoridades vascongadas decían que, «puesto que sus paisanos rechazaban cuantas leyes se hacían en favor de la libertad de los pueblos, se debía gobernarles únicamente con sus fueros, que los que nunca habían tenido ni libertad de sufragio, ni de reunión, ni inviolabilidad del domicilio, ni libertad de imprenta, de la que

abusaban para hacer la guerra á todas las libertades juntas y á los que se las otorgaban, y cuando con arreglo á los buenos usos y costumbres, se les podía y debía haber tratado como don Pedro al diputado general de Vizcaya en Bilbao, tirándolo por el balcón, como después se trató á los promovedores de la *machizada*, ó como Fernando VII á los que conspiraron en 1827.»

En el campo liberal se atravesaban circunstancias críticas. Los partidos estaban ofuscados, la pasión era la principal consejera, y el país en general era presa y víctima de aquella perturbación política. Todos sentían malestar y era unánime el presentimiento de graves conflictos é inevitable guerra.

Para emprenderla creían contar los carlistas con regular número de fusiles esparcidos en las provincias Vascongadas y Navarra, pues en cuanto á recursos, sólo tenía don Carlos unos dos millones de reales en bonos de difícil colocación. Había otra dificultad mayor, y era que los muchachos, como se llamaba á los mozos carlistas, no se mostraban en todas partes muy dispuestos á tomar las armas: «pues está el país excesivamente trabajado por los disidentes, y los muchachos, muy desconfiados, están en la creencia de que no hay elementos, y que esto no es más que repetir lo que se ha hecho hasta aquí (1).» Pedían algunos se aplazara el movimiento para enero siguiente; mas la impaciencia de don Carlos y de otros no lo consentía.

Efecto de esta impaciencia fué la presentación de algunas partidas en la noche del 3 de diciembre—1872—en el monte de Oyarzún—Guipúzcoa—huyendo de la persecución que se les hizo hasta el monte Arano, no sin haber destrozado la vía férrea entre Andoain y Hernani. Mandaba la partida que causó estos destrozos, don Manuel Santa Cruz, cura de Hernialde, que contaba á la sazón treinta años de edad, que ya en su juventud mostró más afición que á los estudios á toda clase de ejercicios corporales: falto de verdadera instrucción, mal sacerdote, careciendo hasta de sentimientos de humanidad, no podía darse mayor anacronismo que el que era tan mal ministro de la religión cristiana se lanzara al campo por creerla escarnecida y trocara el báculo de paz por el arma de guerra y llevara ésta y la desolación á su paso. Protegió el levantamiento de otras partidas; se ejecutaron movimientos estratégicos y combinados para exterminarlas; sabían eludir todo encuentro, cosa no difícil dada la escabrosidad del terreno en que se guarecían; tenían tiempo para sacar por fuerza los mozos de los pueblos, y llegaba su audacia hasta aproximarse á San Sebastián, como lo hizo la partida de Soroeta, que estuvo el 23 de diciembre en Astigarraga, llevándose raciones de pan, vino y carne y ocho mozos; marchó después á Oyarzún, secuestró al regidor Irigoyen, á su hijo y á dos caseros.

Merodeando Santa Cruz de monte en monte, penetró en Navarra, volvió en seguida á Guipúzcoa; presentábase al mismo tiempo en las minas de San Narciso, á una hora de Oyarzún, el vicario de esta importante villa al frente de su partida, en la que iban Chocoa y otros curas, é hicieron pa-

1) Carta del marqués de las Hormazas.

rar los trabajos; fuerzas liberales de Irún y de Oyarzún trabaron combate con los carlistas, defendiéronse éstos bien en las tres posiciones de que fueron sucesivamente desalojados, y se retiraron perseguidos á Navarra.

No bien penetraban en esta provincia volvían á la de Guipúzcoa donde tenían su verdadero y seguro campo de operaciones las partidas de Santa Cruz y de Soroeta, reclutaban mozos y los armaban, y desde el Endara al Oyarzún y del Aya al Arano, merodeaban á su satisfacción, evadían perfectamente la más activa persecución de cuatro y seis columnas á veces; no eran obstáculo en lo más crudo del invierno los ríos Oria, Urumea, Leizarán, Berástegui, Amezqueta, Agaunza y otros, protegían nuevos levantamientos, aunque no muchos, porque no estaba muy alentado el espíritu belicoso de los guipuzcoanos, y conseguían que la guerra civil empezara á organizarse á fin de este año de 1872, aun cuando la comenzó Santa Cruz sin estar decretada por don Carlos.

Apuraban á éste su hermano don Alfonso y los catalanes, manifestándole que se encontraban en la imprescindible alternativa ó de desarrollar el movimiento ante Gaminde ó de que decayera ante la quinta, exigiendo para lo primero el auxilio del Norte, y mientras tanto la seguridad de que se efectuaría dentro de breves días. Don Carlos les ofreció cumplir sus deseos, y decretó que se hiciera en cuanto se pudiese el proyectado movimiento general de Cataluña, tomando sobre sí toda la responsabilidad. A este efecto prometió el inmediato movimiento de las provincias Vascongadas y de Navarra. Dorregaray le preparaba para el 12 de diciembre, y no siendo posible se dispuso para el 15, escribiendo don Carlos á Dorregaray el día antes una importante carta (1), en la que después de manifestarle que se dirigía más al amigo que al general, le añadía: «El movimiento es necesario, indispensable: Cataluña, las circunstancias del momento, nuestra honra, todo en fin, lo está exigiendo: lo he decretado, pues, obedeciendo la voz del patriotismo y de la conciencia: bien decretado está. Todos los esfuerzos imaginables para obtener recursos los he hecho, y te he mandado las cantidades que pude. Por tu parte también has hecho lo posible para organizar tus medios de acción, y has logrado lo que humanamente puede lograrse.—Uno y otro hemos cumplido hasta aquí con nuestro deber; ahora nos quedan aún deberes más grandes y espinosos.—Mi grito de guerra es y será siempre ¡adelante!; pero esta palabra no significa dar batallas y empezar la lucha, como si tuviéramos los elementos necesarios, no; nuestro deber hoy es organizarnos, fraccionar y esparcir las fuerzas, huir encuentros inútiles ó inciertos; en una palabra, imitando á los valientes y entendidos catalanes, sostenernos siempre, é ir formándonos para el día en que la guerra pueda adquirir un carácter violento y empeñado.—Yo me contentaría con que dentro de un mes empezara á tomar cuerpo, y á ser lucha decidida el movimiento que empezáis mañana á no ser que sucesos extraordinarios y favorables, nos permitiesen pasar pronto el Ebro, y llegar á lo que deseamos.—Entretanto no debe descuidarse un punto el cortar los ferrocarriles é interrumpir los trenes, inutilizar las líneas y aparatos telegráficos, destruir la correspon-

(1) Cuyo original poseemos.

dencia oficial, apoderarse de los caudales y efectos públicos, poner en fin, cuantas trabas y obstáculos se puedan á la acción del enemigo, cuidando muy particularmente de atraerse sus tropas. Al mismo tiempo deben acostumbrarse nuestros voluntarios á buscar recursos y contentarse con los que haya, animándolos con la entrada frecuente en pueblos amigos, y con las sorpresas y ventajas parciales. Resistir y luchar es nuestra divisa, según lo que más dé de sí el país y los acontecimientos.—Tú no debes meterte á guerrillero, debes permanecer en tu puesto, empujar á todo el mundo y darles el ejemplo cuando sea preciso. Pero persuade á todos á resistir siempre, siempre, siempre, y hemos triunfado. Quisiera y pido á Dios que el general *No importa* presida nuestra empresa. Quisiera que todos los carlistas que van á entrar mañana considerasen el Pirineo como una barrera de hierro infranqueable, y olvidasen que hay un país que se llama Francia. Si sabemos quemar las naves y desplegar la tenacidad heroica que distingue á España entre todas las naciones de nuestra raza, la victoria es segura. Queda á tu discreción fijar el momento oportuno para tu entrada; pero cuando la verifiques, dí á todo el mundo en mi nombre, que estoy animadísimo, impaciente, ansioso de pisar otra vez pronto, muy pronto esa tierra querida: que suspiro por verme á la cabeza de mis voluntarios, y mientras pueda hacerlo les pido ahora paciencia, sufrimiento, constancia y resistencia á muerte. Ojalá que los conceptos que espontáneamente voy dejando en este papel se graben en los corazones de todos; y así será, pues nada nuevo recomiendo, nada que no sea virtud propia del buen español. ¡Ánimo, pues! que vuestro rey está animoso cual ninguno, y decidido á ser, con la ayuda de Dios y de España, otro Pelayo que reconquiste la patria y la libertad de vergonzosa dominación. Dios, etc.— P. D. Tu carta de hoy, que acabo de recibir, me obliga á ponerte esta posdata. Por las razones que me das consiento en la suspensión que me pides; pero *nada más* que hasta el 18 y por última vez.»

A virtud de la contestación de Dorregaray, le escribió don Carlos otra carta el 17, muy satisfecho de cuanto aquél hacía, é insistiendo en que el movimiento se efectuara el 18, y para que aumentara á medida que el armamento se introdujera en España, que empezaran á salir las partidas que se pudieran formar en el interior de las provincias, y toda la gente que existía en Francia en disposición de llevar el fusil. Daba don Carlos para todo esto las instrucciones necesarias, diciendo que formadas estas partidas, entraran más adelante los comandantes generales para unificarlas, organizarlas y disciplinarlas un poco, á fin de ponerlas luego bajo la dirección de Dorregaray (1). Además de las instrucciones remitiéronsele

(1) «Este sistema, añadía don Carlos, tiene la doble ventaja de que al empezar á salir las partidas, no se alarme el gobierno usurpador, como sucedería si os presentarais todos los jefes desde el primer día, con lo cual cargarían fuerzas, y careceríais de medios de resistencia; por otra parte, no podrá nunca considerarse esto como un movimiento que no va á tener resultados, pues siempre se dirá que empieza la insurrección, y que luego irán los jefes. Este tiempo lo emplearás en hacer pasar el armamento y municiones, y además debes dejar bien establecida la junta auxiliar, y bien dispuestas las comunicaciones con Guipúzcoa y Navarra.—Este sistema ha producido los ventajosos resultados que tocamos en Cataluña. No creo que los vasco-navarros sean menos

circulares para las provincias, exceptuando las de Aragón y Cataluña, señalándose como tipo el auxilio de 4,000 duros para cada provincia de primera clase, 3,000 para las de segunda y 2,000 para las de tercera.

Como no se habían oído más consejos que los de la impaciencia y la precipitación, apenas se ordenó el alzamiento surgieron nuevas dificultades. Éralo grande haberse decretado bajo la presión que ejercían los catalanes, prometiendo éstos efectuar un levantamiento general, que había de ser inmediato, y del que no se vislumbraban síntomas. El auxilio que había de prestar la insurrección republicana, perdía cada día en importancia; el gobierno realizaba la quinta, y el dar carácter de levantamiento general, cuando los recursos se estaban reuniendo y no había armas, era, como escribían personas competentes é inmediatas á don Carlos, exponerse no sólo al vencimiento sino á la vergüenza. Se atendió á procurarse armamento, y se cedió un poco en el belicoso ardor que inspiraban escritos con teorías impracticables. Favorecía indudablemente el movimiento carlista la escasez de tropas que el gobierno tenía en Navarra y en las provincias vascas; mas la cuestión de armamento seguía siendo uno de los mayores obstáculos. Se daban órdenes, se movían agentes oficiales y oficiosos, intervenían interesados extranjeros, se hacían grandes ofertas, se creaban lisonjeras esperanzas, y se obtenían disgustos, desengaños, contrariedades, rivalidades y discordias muy funestas para la causa carlista, cuando más necesitaba de la unión de todos, de la armonía de todas las voluntades.

Estas vicisitudes no trascendían á los que habían de ser el núcleo de la guerra; así que, decretada, y lanzado Santa Cruz en Guipúzcoa, comenzó primero la agitación y en seguida el levantamiento de pequeñas partidas en Álava y en Vizcaya. No sólo la diputación vizcaína sino todos los amantes de los fueros, temieron por éstos si se encendía la guerra en el señorío, porque sólo podían existir aquéllos á la sombra de la paz, y consideraban como un gran triunfo que hubieran sobrevivido á la anterior insurrección; por esto aquella corporación foral se dirigió á sus gobernados diciéndoles que la conservación de los fueros descansaba en el apoyo que prestaran á la autoridad tutelar, en el caso de que el orden se alterase, según se temía, por lo cual les recomendaba la paz, que se mostraran enemigos de todo el que atentara contra ella, que era lo mismo que atentar contra la prosperidad de que Vizcaya disfrutaba «al calor amoroso de sus libertades y franquezas.» Así pensaba la mayor parte de los vizcaínos; pero no supieron ó no quisieron resistir la coacción de unos pocos. Era impotente la voz de las autoridades, aunque fueran las forales; y no sólo

---

esforzados y sufridos que los catalanes, y espero por lo mismo iguales resultados. Animo, pues, mi querido Dorregaray; obra con la esperanza de que eres tú el destinado por Dios para comenzar la última campaña; y que la resistencia invencible y el tesón para sostener las armas carlistas, nos ha de llevar á la salvación de la patria, y á la destrucción de los que há tantos años la dominan y empequeñecen. Ánimo, mientras yo apuro todos los medios para proporcionar recursos; y ojalá me una pronto contigo, para que al frente de mis voluntarios, demos nuevos días de gloria á nuestra bandera. Dios te guarde.—Tu afectísimo, Carlos.—(Hay una rúbrica.)—Hoy 17 de diciembre de 1872.»

con la bandera carlista, sino ostentando la federal, se levantó una partida en las inmediaciones de Bilbao, muriendo al nacer. No podían prometerse otro resultado sus desatentados autores.

Queriendo mejor satisfacer sus pasiones políticas que el bien de Vizcaya, de la que se llamaban hijos, Valdespina, Campo, Gómez, Goiriena, Iriarte y otros, fueron iniciando la guerra en aquella provincia, buscando partidarios por la fuerza y usando de los medios más violentos para que los mozos trocaran las herramientas por el fusil, los útiles productores por el arma destructora.

La verdadera importancia estaba en Navarra, á cuyos habitantes, los vascos y riojanos, dirigió Dorregaray una proclama diciéndoles que ya había sonado la hora del combate que deseaban para auxiliar á los heroicos catalanes; les llamaba á las armas para salvar la fe, la patria, el trono y la dignidad española; que la vida carlista de su padre, sus antecedentes y su herida garantizaban su propósito de conducirlos á la victoria ó morir en la demanda; que no contaran los enemigos, y terminaba con estas palabras: «yo no os digo ¡á luchar! os digo ¡á vencer!»—Dirigiéndose al ejército le dijo que había vestido su uniforme, servido en Cuba y peleado en África y le llamaba á su lado, victoreando á la religión, á España y á Carlos VII.

Ningún hombre llevaron á la causa carlista estas absurdas alocuciones y otros esfuerzos; con sólo 27 hombres penetraron Ollo, Pérula y Argonz. En vez del magnífico armamento, según expresión de los que en él habían comerciado, encontraron sin ocultar en una vieja tejería, unos fusiles que parecían por lo largos espingardas, enmohecidos, que habían sido muy antiguamente de chispa y eran de pistón, y unánimes dijeron que con aquellas armas no entraban en España. Amonestóles severamente Pérula, les llamó cobardes, cogieron los fusiles, los limpiaron, y en la noche del 21 de diciembre pisaron tierra española para llevar á ella infausta guerra, Ollo como comandante general de Navarra, Argonz de jefe de E. M y Pérula de coronel de caballería. Atravesaron la carretera del Baztán por el puerto de Osondo y los montes de Bertiz y fueron en una marcha hasta Alcoz, pequeño pueblo de la Ulzama, donde llegaron muy estropeados y no muy satisfechos del armamento que llevaban. Siguieron á Echauri el 22, cruzando los en invierno intransitables caminos de la Ulzama, dejando á Irurzún y Barranca á la derecha, y á la izquierda á Pamplona, que la veían bien, y por la carretera marchâron hasta Asiain, cuyo puente y río pasaron para tomar el camino de Echauri, donde descansaron proveyéndose de calzado y raciones. El 23 fueron á Salinas de Oro; no se atrevió Ollo á ir á Sesma, como propuso Pérula, á desarmar los voluntarios de aquel su pueblo natal; se les incorporó Senosiain, que cuatro días antes había sostenido un encuentro con una columna de Estella en Ollovarren, impidiendo á la fuerza liberal apoderarse de Gaunza, donde fechó el carlista el parte de este hecho de armas, del que ninguna noticia dió el gobierno, é iban con Senosiain, otros con unos 40 voluntarios, entusiasmándose todos tanto, que se creían invencibles y capaces de acometer las más difíciles empresas.

Decidido al fin por los carlistas el desarme de los voluntarios de Ses-

ma, después de descansar tranquilamente en Abarzuza, fueron á Arróniz, enviando antes cuatro jinetes á apoderarse de la dula al anochecer, que es cuando volvían las caballerías al pueblo, y alojados Ollo, Argonz y Pérula en la casa del brigadier liberal don Fructuoso de Miguel, allí preparó Pérula su expedición, que emprendió á las once de la noche con sólo cincuenta hombres, rindiendo á mayor número, más por la astucia que por la fuerza (1). Después de este golpe de verdadera audacia, se unió con Ollo en Nazar y Asarta, y los cuatro últimos días del año los pasaron marchando y contramarchando cómodamente, bien racionados, con treinta caballos ya equipados con lo que cada uno pudo coger en los pueblos. Aunque eran pocos, valían mucho los servicios que empezaron á prestar: verdaderos hulanos, eran el orgullo de su jefe, y admirábanles los mismos carlistas, entre los que se encontraban también hombres dispuestos siempre á las más temerarias empresas.

En el campo liberal, en tanto, habíanse efectuado las elecciones para diputados, triunfando el gobierno, como es costumbre. Inclinóse más á los republicanos que á los conservadores. Los alfonsinos quedaron en exigua minoría, y los carlistas no tomaron parte en aquella lucha, prefiriendo la de las armas.

El 15 de setiembre se efectuó la apertura de las Cortes, leyendo el rey un largo discurso, en el que recordaba que de la voluntad nacional procedía su derecho, que en los representantes del país y en el rey se simbolizaba la alianza de la monarquía con el pueblo, al que amaba y á sus instituciones; deploraba no poder anunciar el restablecimiento de las antiguas relaciones con la Santa Sede, aunque no desconfiaba conseguirlo: que había conocido en el viaje que acababa de efectuar, las necesidades de los pueblos, que satisfaría, pagando así las muestras de afecto que le habían

(1) «Llegó á las tres de la madrugada á la tejería de Sesma; mandó un confidente para adquirir noticias de los voluntarios, supo que estaban apercibidos para la defensa con abundantes municiones llevadas de Pamplona; le hizo esto vacilar, se decidió al fin á entrar en el pueblo, distribuyendo oportunamente su gente, y ya de día y temiendo la llegada de alguna fuerza de Estella, que le obligara á desistir de una empresa que cada vez consideraba más temeraria, intimó la rendición por minutos sin que contestaran ni disparasen un tiro á tal audacia: envió á un concejal que pudo hallar por la contestación, la cual fué que querían hablar directamente con Pérula, y arrostrando éste la oposición de un voluntario, fué acompañado del sargento primero don Ildefonso Vergara; se abrió la puerta del fuerte, bajo palabra de honor, contestó el jefe á la intimación del carlista que no se rendía si su fuerza quería defenderse; le reiteró la brevedad de la consulta, pues de lo contrario ordenaría romper el fuego é incendiar el edificio, y al fin se rindieron entregando unas treinta y siete ó cuarenta carabinas minié, magníficas, con abundante repuesto de municiones, dos caballos, dos cornetas y otros efectos.

»Formadas en la plaza ambas fuerzas, pudieron comprender los rendidos que no les hubiera sido personalmente infructuosa la resistencia, aun cuando les hubieran sitiado mayor número de carlistas. Arengó Pérula á todos exhortándoles á la unión; no permitió el menor desmán, ni se derramó una lágrima á pesar de lo excitado que estaba el vecindario, y sin descansar un momento y saludar apenas Pérula á su esposa é hijos, á quienes hacía tanto tiempo no había visto, abandonó el pueblo llevando un buen surtido de raciones.» *Historia Contemporánea*, etc.

prodigado; que sin acudir á medios extraordinarios, merced al valor y disciplina del ejército, se había restablecido casi por completo la paz; que altas razones le habían aconsejado una vez más usar de clemencia con los rebeldes, y para evitar la impunidad del rigor mismo de las leyes, presentaría el gobierno un proyecto de ley y otros para la isla de Cuba, además de las medidas que se habían dictado para terminar la guerra, llegando para aquellas Antillas la hora de la libertad y de las reformas; llamaba la atención sobre el estado de la hacienda; que el Código penal, las leyes que regían como provisionales y otros varios proyectos serían sometidos á las Cortes; que el gobierno se ocupaba en plantear muy en breve la ley de enjuiciamiento criminal y el jurado; que volvería á presentar el proyecto de ley sobre la dotación de la Iglesia; otro para dotar al país de material de guerra; que el servicio de las armas sería obligatorio y se propondría la abolición de las quintas y matrículas de mar, etc., etc.

Presidiendo Rivero el Congreso y el Senado Figuerola, comenzaron sus tareas aquellas Cortes, en las que no tenían asiento Serrano, Sagasta, Cánovas, Ríos Rosas, Topete, Nocedal, Aparisi y otras eminencias. Sólo podía temer el gobierno la oposición de los republicanos, que esperaron el cumplimiento de las ofertas que se les habían hecho, viéndolas en parte defraudadas en breve; y aunque se quiso distraer la atención acusando al ministerio Sagasta por la dichosa transferencia de los dos millones, no dió al gabinete el resultado que buscaba, y no era tampoco muy conveniente tal discusión, ausente del Congreso el principal acusado. No estaba bien elegido el asunto, que había ya producido todo lo que podía producir, ocasionando la caída de aquel ministerio; así que la discusión que ahora se promovió dió más unidad á los constitucionales; pues en la reunión efectuada en el círculo constitucional, hizo suya todo el partido la causa de sus correligionarios.

Discutióse extensamente el mensaje, se formularon multitud de proyectos más ó menos útiles, se trató de la revisión de las hojas de servicio de los oficiales superiores del ejército, reclamada por el apenas interrumpido abuso de los ascensos, y perdióse mucho y precioso tiempo en discusiones estériles y apasionadas, en impertinentes preguntas é interpelaciones.

Trataron de aprovecharle los federales: el brigadier don Bartolomé Pozas, á quien veremos poco después sirviendo á los carlistas, y el capitán retirado don Braulio Montejo, promovieron la sublevación en favor de la república federal de la fuerza de guardias, de arsenales y marinería del Ferrol, arrestando al comandante general señor Sánchez Barcaíztegui, sin que hubiera que lamentar desgracia alguna. Acudieron en seguida fuerzas á sofocar aquel movimiento, y conociendo los mismos sublevados lo inútil de la resistencia, huyeron unos en lanchas, otros por tierra, sufrieron algunos el fuego de las tropas, apoderáronse éstas de unos noventa fugitivos y de 400 en el arsenal; un gran grupo de insurrectos vió disputado su paso en el Seijo por los carabineros que le guardaban; marcharon algunos hacia Puentedeume, alcanzóles la caballería y fuerza de la guardia civil y carabineros, rompieron el fuego, y por estar cortado el puente retrocedieron hacia Cabañas, parapetándose en un pinar sobre un

cerro, dispersándose después. Así terminó aquel insensato movimiento, quedando más de mil hombres sometidos al consejo de guerra. Abogó por ellos en las Cortes Figueras, y el comité republicano de la Coruña dirigió á Pi y Margall un telegrama culpándole por el funesto resultado de la insurrección y que para reparar en lo posible el mal que había hecho pidiera el indulto «para tantos desgraciados, dignos de mereceros por lo menos, igual interés que os merecieron los carlistas.»

Era justo este interés de los republicanos coruñeses, ya que habían abandonado á sus compañeros del Ferrol, que se vieron aislados, porque desconfiaron muchos de aquel movimiento y de quienes le dirigían: condenado en un principio por el mismo Pi y Margall y defendido después, fué objeto de no pocas dudas y controversias, produjo disidencias en las filas republicanas é hizo que el directorio publicara un manifiesto condenando toda insurrección, porque no dependía de la fuerza el triunfo de su causa. Esta es la buena doctrina. Tenían fe en la eficacia de la palabra, esperaban algo del movimiento natural de los partidos, de las pasiones y debilidades de los mismos adversarios, de los errores del gobierno, y sobre todo, de lo que cundía entre las masas la idea republicana, y tenían razón en no aventurar en un combate inmotivado el éxito de una causa (1).

Si grandes esfuerzos tenían que hacer los republicanos para mantener la unión entre sus filas, el mismo ministerio tuvo que reunir á la mayoría para hacer posible la marcha del gobierno y armonizar las opuestas tendencias de aquellos diputados, que siendo ministeriales, más entorpecían que facilitaban la acción gubernamental en todos los ramos. Esto mismo alentaba á las oposiciones; arreció la de republicanos y conservadores; se anunciaba descaradamente el pronunciamiento federal de regimientos y provincias; la desaparición del general Contreras, que pretendía indemnizar en republicanismo lo que como moderado hizo contra los progresistas sublevados en Alicante en 1844, produjo gran agitación en los ánimos; la declaración de soldados ocasionó escenas desagradables en Madrid y otros puntos; Castelar, Pi y hasta Barcia condenaron la actitud intransigente de los que se alzaban en armas contra el gobierno; se trabaron

(1) Decían llenos de amargura en su escrito: «Teniendo en cuenta todas estas fuerzas y todos estos elementos, nosotros habíamos podido trazarnos una marcha política. Mas ¿qué política es posible dentro de un partido en que, profesando la idea de que las insurrecciones son siempre oportunas y justas, no falta nunca quien las promueva y las aliente? ¿Dentro de un partido en que hay periódicos casi exclusivamente consagrados á desprestigiar á sus hombres, á quienes dirigen no pocas veces sangrientos ultrajes? ¿Dentro de un partido en que menosprecian muchos los derechos individuales y los parlamentos, y rinden un exagerado culto á la fuerza? ¿Dentro de un partido, albergue constante de agrupaciones anónimas que socavan en las tinieblas la autoridad del Directorio y de las minorías republicanas del Parlamento? Además de fracasar con esto los mejores planes, se mantiene en continua excitación al partido, sin llevarle de ordinario más que al cansancio, á la fatiga; se le desangra con movimientos aislados, que concluyen por terribles catástrofes; se le aparta de la lucha de las ideas, en todo tiempo y en todo lugar fecunda, y se hace que no vaya con fe y decisión ni por el camino de la propaganda ni por el de la guerra.»



PLAZA DE TOROS DE MADRID (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

combates en Málaga entre los republicanos y el ejército, y Lara, Estébanez, Rubau Donadeu, Palloc, Quiñones y otros, se pusieron al frente de partidas armadas. Como si todo esto no hiciera sumamente crítica y grave la situación política que se atravesaba, y enfermo el rey, la intemperancia del presidente del Congreso señor Rivero para con el señor Ulloa, produjo un grande escándalo y la retirada de los constitucionales, lo cual no favorecía al gobierno, ni al rey, porque siempre son de trascendencia estos actos, producidos por la intolerancia, la tiranía ó la cobardía del poder.

Quisieron aprovechar esta ocasión algunos individuos de la mayoría para formar un centro parlamentario, porque los que no pueden ser jefes de un partido se afanan por serlo de una fracción, y conociendo el gobierno el peligro, se dedicó resueltamente á impedirlo. Tuvo que reprimir un motín republicano federal en Madrid, pagado, según es fama, por un opulento capitalista de esta villa, más afortunado que inteligente, con la intervención de un diputado tan travieso como dichoso, y cuyo movimiento no asustó tanto por lo que era en sí como por las doctrinas que proclamaba en su alocución y decreto el consejo provisional federativo de Madrid Si esto no bastara, la cuestión de las reformas en Ultramar produjo una crisis y la protesta de toda la prensa de Madrid, sin distinción de partidos, asociada para defender la integridad de la patria, para lo que se formó también la *Liga nacional,* acalorada en su primer desarrollo, y en la influencia decisiva que posteriormente llegó á tener por el poco recato y la conducta misma de algún ministro. Partidario el señor Gasset de la abolición gradual de la esclavitud, rechazaba como inoportuna la división de mandos en la isla de Puerto Rico, y no pensando así la mayoría del gabinete y la de las Cortes, dimitió, sustituyéndole don Tomás María Mosquera que se apresuró á presentar al Parlamento un proyecto de ley para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico, cuyo preámbulo honra á su autor. También dimitió el señor Ruiz Gómez pasando á Hacienda el señor Echegaray, y á la vacante que éste dejaba en Fomento don Manuel Becerra.

Verdaderos refuerzos necesitaba el gobierno para hacer frente á cuanto le asediaba y combatía, tomando parte en aquel batallar los antiguos moderados y nuevos alfonsinos. Procuró el duque de Montpensier la conciliación con doña Isabel con interesadas miras para con don Alfonso, y con pretexto de dar las gracias al marqués de Campo Sagrado por sus esfuerzos para sacarle diputado, le escribió una carta que publicó un periódico inglés, en la que se hacían declaraciones demasiado expresivas en sentido liberal, por lo que quizá se declaró apócrifa, calmándose así algún tanto la tormenta que el documento produjo entre los alfonsinos. Se trabajó en zurcir voluntades y en que se aceptase una nueva carta, y la fechó en París el 17 de abril, manifestando su resolución de permanecer extraño, aunque no indiferente, á toda lucha, y creyendo que la monarquía, simbolizada en don Alfonso, era la sola que podía ofrecer ancha base sobre que asentar sus instituciones y asegurar la libertad, «sin aspiración alguna por mi parte, pero deseoso de que mi familia ocupe en las gradas del trono el lugar que las antiguas leyes de sucesión le señalaren, ni con-

sentiría que se pretendiera colocarla en otro diferente, ni permitiré jamás que mi nombre sirva de escudo ni de enseña al encumbramiento de ningún partido.»

Los que estaban en el secreto de lo que se trataba y sabían la significación de la anterior carta, redactaron sigilosamente, y así se obtuvieron 230 firmas, una carta-manifiesto proclamando la monarquía de don Alfonso, y si la catástrofe que preveían ocurría cuando no hubiese alcanzado don Alfonso la edad conveniente para ejercer por sí la autoridad suprema del Estado, la regencia de su tío el duque de Montpensier sería una garantía de buen gobierno y de respeto á las garantías individuales. Sabedores los alfonsinos é isabelinos de la existencia del anterior manifiesto que atribuyeron á unionistas y fronterizos, se prepararon á hacerle frente, y en cuanto se publicó y la carta de Montpensier, que ocasionaron graves conflictos, expusieron á doña Isabel y á doña María Cristina protestando se crease una regencia que considerarían en menoscabo de los derechos que don Alfonso adquirió desde el momento que cumplió la mayor edad, conforme á la ley fundamental á la sazón vigente, y aunque no levantaban bandera de exclusión, sino que admitían á todos los que se les adhiriesen, estando dispuestos á hacer cuantas concesiones fuesen posibles, defenderían por todos los medios legales los derechos de don Alfonso, lo mismo contra el celo extraviado de los amigos, que contra la oposición de toda clase de adversarios.

Enfrente de este elemento intransigente del alfonsismo estaban los partidarios de la regencia de Montpensier, que decían, como el conde de Toreno, que los amigos del duque eran muy útiles y necesarios; y escribía á la reina: «A muchos la regencia del señor duque de Montpensier molesta, por la creencia de que acaso eso impida que su partido ó ellos mismos sean los primeros que hayan de intervenir en el poder; pero esta consideración es bien pequeña, pues no hemos de querer la restauración para tener un rey para nosotros, que bien débiles somos, sino para todos los españoles si queremos que tenga fuerza para sostenerse en el trono en época tan difícil para todos los de Europa.»

Después de las famosas reuniones en el hotel Mirabeau y en el palacio Basilewsky, en las que tanto se discutió para apartarse la reina de toda intervención en la política y de la educación de su hijo, reanudáronse las negociaciones con Montpensier, aceptó éste tratar con dos emisarios de Cristina, que formularon el pacto de Cannes, firmado en París—15 enero de 1872—en el que el duque reconocía el derecho de don Alfonso, y se proponía colocarle en el trono, con la regencia de Montpensier durante la minoría del príncipe, cuyo mínimum sería 18 años y el máximum 21. Formóse un comité de doce personas para unir las diversas tendencias de los alfonsinos, pero no duró más que un año. Mal había de conseguir su objeto cuando los principales personajes no estaban unidos; cuando Montpensier escribió á Cristina que no podía continuar ligado á la causa de don Alfonso, porque entre otros motivos no se le había cumplido una de las condiciones estipuladas en la fusión, la unión de doña Isabel con su marido, y el duque estimaba que no podía obtenerse ni aspirarse á nada decorosamente mientras continuaran ambos cónyuges siendo motivo de

censuras de toda la familia; que tal desavenencia contribuyó en gran parte al alzamiento de setiembre, y se mostraba quejoso de que sin su anuencia se hubiesen hecho ofrecimientos á un general de alta talla política que había ocupado los primeros puestos del país, á cambio del auxilio que pudiese prestar á los restauradores. Doña María Cristina envió esta carta á su hija llamándola la atención sobre su gravedad, y aconsejándola no se malquistara con el duque; y doña Isabel contestó aceptando la renuncia de éste, y declarando que rompía con él toda clase de relaciones. Respecto á los motivos de la revolución de setiembre, decía que, «algo independiente de mis actos; algo que puede compararse á la deslealtad del hermano, contribuyó á mi caída del trono;» que quedaba en la plenitud de sus regias facultades respecto á su hijo, y que se reservaba asociar á la causa de éste y al porvenir de su dinastía, al primero que con fuerza y recursos bastantes levantara en España la bandera del príncipe. No podía expresarse con más franqueza ni revelarse con más sinceridad los más íntimos sentimientos.

Interpretándolos habían ya trabajado otros para efectuar la restauración por un pronunciamiento, como lo intentó el general Gasset con fondos que facilitó aquella señora, para «mover la corrompida sociedad de nuestro desventurado país, y adelantar de una manera rápida el curso de mis trabajos.» No adelantaban éstos mucho, porque los recursos escaseaban, y se conoce que se necesitaba entonces bastante dinero para producir alfonsinos; así se condolía la reina de «que no hubiese en los hombres políticos toda la voluntad que para los sacrificios pecuniarios echaba de menos el general.»

Cuando esta señora puso coto á sus desembolsos, se paralizaron algún tanto los trabajos de seducción; se esperó que la real familia se reconciliara por completo; Gasset regresó á Madrid, formó parte del comité de generales, en el que continuó trabajando con escaso éxito; habíase hecho centro de la restauración el conde de Valmaseda, tomaban en esto una parte activa y algunos interesada, Marchessi, Zapatero, el general de marina Pavía, Buzarán y otros, de acuerdo en su mayoría con Montpensier, que llegó á desalentarse de una manera tan evidente, que produjo reclamaciones y que no hubiera el mejor orden y concierto en los trabajos de conspiración que se efectuaban, no desconocidos del gobierno, que dió pruebas de generosa tolerancia: ofuscados los alfonsinos procuraron atraerse á los carlistas, considerándolos como elementos afines: lo rechazó la prensa de aquel partido con aspereza y hasta insultando á los que les querían tener como amigos; se recordaron ofrecimientos y adhesiones de generales moderados á don Carlos; se hizo ostensible la falta de armonía en todos, el poco prestigio de los moderados, aun cuando no faltaban individualidades que se movían y traspasaban los mares, para concertarse en Cuba con los generales Caballero de Rodas y Valmaseda.

Eran entonces muchos los que se metían á restauradores; pero han sido más los que después han alegado méritos imaginarios. Algunos tuvieron el talento de disfrutar de lo presente, asegurando el porvenir. Si por estos entes se juzgara la sociedad humana, formaríamos de ella triste idea; son excepciones, que se hallan en los camaleones políticos, no en los francos

y entusiastas partidarios de un sistema, en los que forman en un partido de creencias sólidas, de principios definidos, que observan con fe su credo y defienden con valeroso y constante entusiasmo su bandera.

CAPÍTULO VII

Trabajosa organización de la guerra civil.—Cuestión artillera.—Abdicación de don Amadeo.—La Hacienda

Había comenzado el año 1873 y la insurrección carlista no daba los resultados que sus promovedores esperaban, lo cual aumentaba la impaciencia de don Carlos y su ardimiento, revelado en la multitud de cartas y órdenes que escribió, á la vez que se ven en ellas las múltiples emociones de su alma, la constante agitación de su espíritu, su perenne entusiasmo, aquella esperanza que nunca le abandonaba, aquella fe ciega, jamás desanimado, y siempre transmitiendo á todos su decisión y energía. Oculto en las inmediaciones de Burdeos, se ausentó de ellas por carecer de seguridad, y se estableció entre Toulouse y Tarbes. Ordenó la entrada en España de los comandantes generales, jefes y oficiales que aun residían en Francia y fuesen útiles; que el comandante general de Santander corriera á su puesto y el de la Rioja empezara sus trabajos, deseando verlo todo organizado para ir á participar de las glorias y penalidades de sus defensores; se lamentó de que las cosas en Navarra iban muy despacio, comprendiendo el daño que hacía la falta de fusiles, «lo que ha sido gran lástima, decía, porque han tenido una temporadita en que no habiendo sido molestados, podían haberse organizado muy bien.» Se afanaba por la introduccion de armas, y pretendía hacerlo también de un cañoncito que existía en Ginebra.

No se realizaban tantas ofertas de toda especie como se habían hecho á los carlistas, y se aumentaban los disgustos, las acriminaciones y la desunión. En Vizcaya se iba afiliando gente con trabajo, en Álava todo eran dificultades, y en Guipúzcoa no había menos marasmo que en las anteriores provincias hermanas. Esto desesperaba á don Carlos y le impulsaba á escribir á Dorregaray formulando terribles cargos contra Lizárraga, Dorronsoro, Velasco y otros, porque no improvisaban batallones de carlistas, y de estos mismos decía que ofrecían sin dificultad sus vidas y pocos lo hacían de sus bolsillos. Para efectuar el alzamiento en Guipúzcoa proponía don Carlos á Dorregaray que pasaran los navarros á aquella provincia, para conseguir así lo que no conseguían Lizárraga y Dorronsoro. No merecía éste los cargos que se le hacían: hombre práctico, conocedor del país y de los elementos con que se contaba, obraba con prudencia, y no quería secundar aventuradas impaciencias. No eran las circunstancias como en abril del año anterior; había muchos desengañados y oposición general á tomar las armas; así que Santa Cruz apenas reunió 300 voluntarios, y no se podían reunir más: de aquí la ida de los navarros á efectuar el alzamiento Si hubiera habido en Guipúzcoa autoridades liberales á la altura de las circunstancias, no habría tomado la guerra en esta provincia las proporciones que tomó. Fué previsora la diputación guipuzcoana

creando un cuerpo franco de 500 hombres á costa de la provincia; pero no bastaba este número ni aun para evadir la recluta que hacían los carlistas, presentándose el 4 de enero en Regil don José Ignacio Vicuña con 100 hombres armados; se racionó y marchó hacia Beizama; Santa Cruz, Soroeta y demás. seguían instruyendo á su gente y procurando molestar cuanto podían (1). El cura Goiriena entró cinco días después en Aramayona, con unos 150 hombres y su charanga. Las correrías de las partidas y los daños que causaban, sin lograrse su exterminio, sobrexcitó la opinión pública en la provincia, se pidió reemplazar con oficiales jóvenes á otros de miqueletes que por su edad, aun no muy avanzada, no podían emplear aquella incesante actividad propia de la juventud y exigida por la clase de guerra que se hacía; mas no era de ellos sólo la culpa, la había en las órdenes que recibían de la autoridad militar y aun de la misma corporación foral, sin prescindir de que no podía menos de concederse algo á la clase de enemigos que había que combatir y á la naturaleza especial de aquella lucha.

Empezaron á comprender los pueblos liberales que debían defenderse, y siendo Guetaria uno de los más decididos, pidió 50 ó 60 fusiles para armarse otro tanto número de voluntarios nacionales, y tuvo que pedirlos la diputación al gobernador militar, al que no le sobraban.

Los carlistas, especialmente el cura Santa Cruz, empezaron á dar á la guerra carácter de bandolerismo; se robaba á los viajeros, se fusilaba sin los auxilios espirituales al alcalde de Anoeta don Rafael Francisco Olamendi, lo cual ocasionó terribles represalias en Tolosa, expidiendo en su consecuencia Santa Cruz una terrorífica circular á los pueblos, que les atemorizó, y la diputación, en su vista, dispuso que cuatro columnas de miqueletes se dedicaran exclusivamente á perseguir al cura. Fué activa la persecución, pero aquel constante subir y bajar montañas era ineficaz; agravábase la situación de la provincia y la diputación pidió refuerzos. Eran necesarios si se habían de auxiliar á los pueblos liberales que hacían grandes esfuerzos y sacrificios, antes que se vieran obligados á abandonar sus hogares. Ya faltaba la seguridad personal; se hacían secuestros como el del regidor de Fuenterrabía don Salvador Echevarría; se invadían las minas de San Narciso; se recorrían los caseríos inmediatos á Irún, llevándose á la fuerza á todos los jóvenes que en ellos había, cuyos padres se presentaban llorando á las autoridades, lanzábanse á la guerra personas

(1) Lizárraga ordenó el 6 de enero á todos los jefes de estación del ferrocarril, considerando que la circulación de los trenes y comunicaciones telegráficas eran el arma más poderosa con que un gobierno ateo contaba:

«Artículo 1.° A las seis horas de recibir esta mi comunicación, deberán quedar desocupadas y cerradas todas las dependencias de la vía que están á su cargo.

»Art. 2.° Pasadas las seis horas serán hostilizados todos los maquinistas que conduzcan trenes y fusilados todos los empleados que sean aprehendidos en el servicio de la vía férrea, previa identificación de sus personas, convicción de la falta de cumplimiento á esta mi orden, y después de recibir los auxilios espirituales.

»Art. 3.° Transcurridas las seis horas, principiará el deterioro en la vía, cuya indemnización jamás podrá tener la empresa derecho á reclamar.

»El que sea católico español ante todo obedezca mis órdenes, si es que ama á su patria y no desea sumergir en llanto y luto á su familia y á las de sus dependientes.»

acomodadas de Azpeitia y de Azcoitia al saber que se había ordenado su prisión; incendiaba Santa Cruz la estación de Hernani y ordenaba el fusilamiento de Leiza, que salvó providencialmente la vida (1). Imponiéndose los carlistas por el terror, reclutaban forzosamente los mozos en Astigarraga, Alza Loyola y casi á las mismas puertas de San Sebastián, donde se citaban los nombres de los que engrosaban las partidas carlistas Consideradas éstas por la diputación como «cuadrillas de forajidos que cometían toda clase de crímenes.» pidió al gobierno la adopción de medidas extraordinarias, porque sólo con el empleo de la más extremada dureza, decía, era posible cortar de raíz las periódicas perturbaciones del orden que se presenciaban y se reproducirían si la lenidad no cesaba.

Hallada por Lizárraga la oportunidad de salir á campaña presentóse en Vergara con unos 80 hombres, permaneció una hora en la villa y marchó hacia Azcoitia, llevándose algunos caballos y fondos de la población y de particulares. Recorrió el valle de Lasarte sacando mozos y ostentóse á poco en Usurbil al frente de unos 600 hombres. Cercano este pueblo á San Sebastián, era una verdadera provocación. Formóse inmediatamente una columna de poco más de 300 hombres, cuyo mando se encomendó al coronel de Luchana señor Osta, quien obedeciendo las órdenes de su jefe salió de la ciudad sufriendo un aguacero torrencial, lo cual, ni las oportunas observaciones del citado coronel, lograron detener la salida de aquella columna, que no podía llegar al punto á que se la destinaba en buenas condiciones para pelear, y menos para *atacar al enemigo de frente y dondequiera que lo hallara.*

Posesionado éste de la ermita de San Esteban, frente á Usurbil, á la izquierda del río Oria, que se interponía entre el pueblo y la posición de los carlistas comunicándose por el puente inmediato, no podía ser más excelente su situación: los árboles y unas cercas de piedra les servían de parapeto y les daban completa seguridad. Bien lo conoció Osta al divisarlos desde la carretera; pero avanzando á la cabeza, sin vacilar y *de frente* hacia el enemigo, atravesó el puente, le dejaron los carlistas que fuera ascendiendo la montaña, y ya cerca de ellos, una descarga á quemarropa rompió la unidad de las fuerzas liberales y se introdujo el desorden. Trató de restablecerlo el bizarro coronel, y llevado de su arrojo, guiado por su pundonor y queriendo mostrar á sus soldados cómo se avanzaba, lo hizo de frente, y cayó atravesado de un balazo en el cráneo. El segundo jefe de la columna que tomó el mando, no pudo disponer otra cosa que una prudente retirada á Usurbil.

Este desastre causó gran consternación en la provincia. Súpole Moriones al llegar á Zumárraga, y al ir á San Sebastián por el ferrocarril, los carlistas que habían incendiado la estación de Otzaurte, apostados entre Villabona y Andoain, hicieron una descarga sobre la máquina exploradora, y otra al tren en el que iba el general, hiriendo á uno de sus soldados. El de viajeros fué apedreado al día siguiente en el mismo sitio: eran reci-

(1) Al ir á fusilarlo en Astigarraga, cuyo vicario le confesó, echó á correr, y aunque en la descarga que le hicieron recibió un balazo en uu muslo y otro en uua mano, era joven, de 23 años, y pudo llegar á Hernani, aunque en deplorable estado.

bidos otros trenes con descargas, y constantemente se estaban levantando rails.

Creyó la diputación, ó más bien el diputado general señor Aguirre, impedir tales desmanes poniendo á precio la cabeza del cura Santa Cruz, ofreciendo por ella 10,000 pesetas, y Lizárraga á su vez ofreció 20,000 por la del señor Aguirre. No produjeron resultado alguno estas medidas, continuaron merodeando las partidas carlistas por los montes, fué batida la de Santa Cruz en Alquiza, efectuóse la expedición navarra á Guipúzcoa, pero se luchaba aquí con el inconveniente de la falta de municiones, por lo que Dorronsoro creía indispensable limitar el movimiento de la provincia á 400 hombres en cada uno de los partidos forales, armados con carabina giratoria, cuyo número ascendería poco más ó menos á 1,600: «sacar gente y no municionarla, es llevarla á la carnicería, es hundir el país y perder la causa, y no seré yo quien contraiga semejante responsabilidad... Muy grato me sería levantar en Guipúzcoa 6,000 hombres, cosa que no sería difícil, con 6,000 fusiles y diez millares de cartuchos, y á condición de no descuidar este ramo»

Aunque tales obstáculos tenían que vencer los carlistas, la situación de Guipúzcoa empeoraba: la comunicación del ferrocarril, ya muy expuesta, se iba á ver interrumpida: las operaciones militares no daban grandes resultados. La vanguardia de las fuerzas que guiaba el general González, capitán general del distrito, tropezó en Iturrioz con los carlistas que aguardaban en buenas posiciones, y cuando menos lo esperaban los liberales recibieron una descarga que les causó muchas bajas é introdujo gran desorden y pánico, dispersándose unos, tirándose otros al suelo; mas apercibióse á tiempo el general, y ayudándole su E. M. contuvo la fuga ya iniciada, enseñando á todos con el ejemplo el puesto de honor. Restableció el orden y la disciplina, los aterrados poco antes recobraron su ardimiento y lanzáronse impávidos á la voz de su jefe sobre las posiciones enemigas conquistándolas á la bayoneta. Derramóse abundante sangre, inclusa la del jefe liberal, pero produjo esta acción buen efecto moral en los pueblos de aquella jurisdicción, regresando á sus casas muchos de los mozos que los carlistas habían sacado de ellas.

Mientras Santa Cruz apaleaba en Zarauz á infelices dependientes de la fábrica del señor Vea Murguía, entre los aplausos de una multitud tan soez como fanática (1), y unido con el cura de Orio sacaban los mozos de los pueblos de la costa, sin exceptuar los casados, é incendiaban el puente de Orio, Lizárraga con Ollo, guiando ambos unos 2,000 hombres, se situaron en Azpeitia y Azcoitia, atacando aquél al primer pueblo con unos 700 navarros y guipuzcoanos: defendiéronse valerosos los carabineros, civiles y voluntarios, rechazando la acometida que duró tres horas: ambos combatientes experimentaron algunas pérdidas. Los carlistas se retiraron á Cestona: á Azpeitia acudieron Blanco y Primo de Rivera.

Próximos unos y otros combatientes, era inevitable el choque. Primo de Rivera, como más cercano á los carlistas que se fortificaban en Aya, no

(1) Los apaleados Jaime Forns, maquinista catalán, y José Larrañaga, del mismo Zarauz, murieron de resultas de tan inhumano castigo.

podía consentir que llevaran á cabo su propósito, que era el de hacer de aquella altura, tan perfectamente situada, su cuartel general, su plaza fuerte, á cuyo efecto se hallaban allí unos 1,500 hombres, efectuando obras exteriores de defensa, cortaduras y cuanto su ingenio les sugería. Dispuso Primo de Rivera el ataque, bien secundado por Blanco, tomó el pueblo á la bayoneta, causando al enemigo considerables bajas de muertos y heridos, entre estos dos curas, y algunos prisioneros, sufriendo también la tropa liberal pequeñas pérdidas, porque no fué grande la resistencia de los carlistas, que aseguraron la retirada por tener interceptados los caminos, lo cual impidió á la caballería cargar á los que se retiraban, sólo molestados por la artillería que llevaba Blanco. Para esto debieron haberse reunido tres columnas, que al fin no lo hicieron, habiendo quedado el batallón de la Constitución que estaba en Asteasu, y otros, esperando órdenes.

Al saber el capitán general de Guipúzcoa que varios carlistas de los sacados á la fuerza estaban escondidos deseando presentarse, ordenó que los que lo hicieran sin armas, quedaran en sus pueblos en concepto de detenidos. Produjo esto tal disgusto en San Sebastián, que pretendieron los voluntarios deponer las armas. Los comandantes de aquéllos, los senadores, diputados y la mayor parte del ayuntamiento, manifestaron colectivamente á la diputación lo trascendental de la medida, por el íntimo convencimiento que tenían de «que la impunidad era la causa de la reproducción periódica de los actos de vandalismo y desolación que el país acababa de presenciar;» expusieron al día siguiente que las rebeliones de Guipúzcoa eran preparadas y ejecutadas por los que fueron indultados una y dos veces, y que en vez de ser sometidos á los alcaldes los que se presentaran, lo fueran á la autoridad militar judicial; acudieron también al gobierno, pero éste que consideraba de alta trascendencia la presentación de los carlistas, porque no temiendo el castigo menudearían las deserciones que desmoralizaban, y haría que los padres fueran á buscar á sus hijos, no quiso desautorizar lo dispuesto por el capitán general, cuyas disposiciones recomendaba se obedeciesen, así como la unión de todos los liberales.

Parte de los carlistas arrojados de las alturas de Aya, guiados por Santa Cruz, el cura de Orio y Soroeta y en número de unos 800 atacaron á Deva, cuyos voluntarios se defendieron desde la casa consistorial é iglesia: intimóles Santa Cruz la entrega á discreción perdonándoles en este caso la vida, pues de no hacerlo «serían castigados con pena capital y demás consecuencias;» el alcalde y jefe de voluntarios conferenciaron con los jefes carlistas, exigiendo éstos además llevarse prisioneros todos los voluntarios, arrasando si no la población; inaceptable lo propuesto, se aprestaron los liberales á continuar la resistencia; pidió entonces Santa Cruz le entregasen las armas, y no haría daño ni exacción alguna; no conformándose los voluntarios, sus familias y muchos vecinos salieron á los balcones pidiendo que de cualquier modo se obtuviera la paz, á lo cual accedieron los liberales por haber visto algunos grupos de carlistas dispuestos á incendiar edificios con petróleo, del que llevaban un carro. Dueños de Deva los carlistas, se dirigieron á Motrico, cuyos voluntarios

liberales salieron á su encuentro. Al mismo tiempo llegaba á Deva la columna de Primo de Rivera, corriéndose los carlistas al monte Arno.

Las tropas liberales combinaron un movimiento convergente para cubrir el río Oria y avanzar hasta Aya, examinando despacio los terrenos de derecha é izquierda, y al oir fuego de cualquier columna acudir las demás al sitio; pero la movilidad de los carlistas solía hacer estériles estas combinaciones. El cura de Orio con unos 300 hombres, desde Vidania hizo una correría por Orendain, Amezqueta, etc., perseguido por Loma; volvió á Vidania y se dirigió á Irrestilla, Loma hacia Zaldivia, perdió la pista de sus perseguidos, y el coronel Fontela que salió aquella mañana de Tolosa, llegó persiguiendo á los carlistas á pernoctar á Vidania. A la vez, parte de la columna Fernández cubría los puentes de Anoeta, Irura, Villabona y Andoain, y el jefe con el resto de la fuerza estaba en Tolosa. Loma pernoctó en Ormaíztegui. Todos estos movimientos se efectuaban en un pequeño espacio de terreno, en el que casi podían darse la mano las columnas liberales, y sin embargo, los perseguidos evadían el encuentro, y solían pernoctar en el mismo pueblo que abandonaban por la mañana perseguidos por los liberales. Esta era la guerra en Guipúzcoa. Insistía la diputación en que se combinaran las operaciones; pero como todos los jefes de las columnas, ó los más de ellos, seguían las instrucciones de Primo de Rivera, y con frecuencia se ignoraba el paradero de éste. que tenía por necesidad que moverse, sus órdenes llegaban cuando no podían tener aplicación. Había fuerzas suficientes para que ocupando unas los puntos principales y persiguiendo otras, se obtuvieran beneficiosos resultados en poco tiempo; «lo que no sucederá, decía el brigadier del Amo, si andamos corriendo de una parte á otra dejando hoy pueblos que mañana hay que volver (1), porque los carlistas suelen esperar la salida de la fuerza, para á las dos horas bajar ellos á racionar; yo obedeceré las órdenes del general Primo de Rivera, siempre que no estén en contradicción con las noticias que yo reciba, y por las cuales pueda alcanzar alguna partida y así hará también Fontela, que según instrucciones debe operar bajo mi dirección»...

Retirado el general González á Vitoria, á atender sin duda á la curación de su herida, todas las fuerzas que operaban en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya se pusieron á disposición del general Primo de Rivera, que adoptó el sistema de fortificar y guarnecer á Deva, Elgoibar, Elgueta, Salinas, Cestona, Villabona, Berastegui, Segura, Usurbil y Anzuola, que del Amo cuidara y vigilara la orilla del río Deva, y Fernández la del Oria, con los respectivos puestos guarnecidos en esta dirección, y otras columnas obraran entre dichos ríos si las facciones se encontraran en esta zona, debiendo, si no lo estuviesen, perseguirlas en cualquiera otra, aunque fuese fuera de la provincia. Las columnas operadoras eran seis al mando respectivo de Primo de Rivera, del Amo, Castillo, Fernández, Fontela y Loma No estaba mal dispuesto el plan; pero la proclamación de la república en Madrid suspendió por el momento las operaciones: preocupaba más á los generales la política que la guerra.

En Vizcaya se habían esforzado los que se levantaron en armas en dar

(1) Omite el verbo ocupar.

importancia á la guerra, queriéndola llevar hasta el valle de Carranza donde Gómez se afanaba en reclutar gente, haciendo lo mismo los demás partidarios, aun cerca de Bilbao. Por no haberse presentado Velasco, dirigía la diputación el movimiento, dejando mucho que desear sus disposiciones; si bien el jesuíta Goiriena y otros cabecillas hacían lo que se les antojaba, estando éste á punto de ser cogido en el histórico Arechabalagana, cerca de Guernica, por una bien combinada operación de Ansótegui que llevando en 17 ómnibus desde Bilbao los forales y civiles que en aquéllos cupieron, y enviando por mar una columna de carabineros en el vapor *Pelayo*, cayeron todos sobre los carlistas, quienes al saber la aproximación de sus enemigos, salieron de Guernica hacia las alturas de Rigoitia, y cuando Goiriena daba descanso á su fatigada gente, la liberal, que iba descansada, sorprendió por el lado opuesto á los carlistas con una descarga que les causó algunas bajas de muertos y heridos, huyendo los demás, arrojando no pocos las armas, y abandonando caballos, efectos y papeles.

El golpe que recibieron los carlistas fué rudo, mas no lo consideraron sino como un fracaso. Gómez y Chuchurria se dirigieron á Villasana, produjeron alguna agitación en las Encartaciones, y rechazados, regresaron hacia Valmaseda; las partidas del Artillero, de Belaustegui, Isasi, Bernaola y Goiriena, se reunieron el 20 de enero en Arrestín, teniendo en un caserío de Ipiña, los talleres de cañones y correajes; inutilizaban el telégrafo y el ferrocarril, diciendo Belaustegui que tales desperfectos eran un aviso para que dejaran de prestar servicio aquellos elementos de comunicación que eran un obstáculo al triunfo de la causa que defendía, conminando con castigos á los empleados, maquinistas y demás dependientes, en todo lo cual obraba obedeciendo órdenes superiores; fueron terribles las que dió Goiriena; Bernaola al ver que se guarnecían las estaciones del ferrocarril, dijo á los jefes de las de Orduña y Bilbao «que si no se retiraban á cuatro leguas de distancia serían pasados por las armas inmediatamente que fuesen capturados;» el puente de Arrancudiaga, las estaciones de Areta y Miravalles y las casetas de los guardas, fueron incendiadas con petróleo; se apoderaron de algunos fondos de los ayuntamientos, y tuvieron que replegarse las tropas que custodiaban la vía férrea, abandonándola, privándose Bilbao de tan interesante arteria de su comercio. El mismo don Cecilio Campo, propietario de Galdames, desmentía sus antecedentes pacíficos con su actividad para reunir carlistas, cometer desmanes en inermes ciudadanos, destruir el telégrafo de Bilbao á Portugalete y Santander y algunas obras del ferrocarril á Triano.

En vano procuraban el gobierno y las autoridades alentar el espíritu público para perseguir á los carlistas, presentándoles como criminales mal avenidos con la abundancia y prosperidad que en el país reinaban, rogándoles con la paz para no ponerlas en el caso de aplicar las leyes de la guerra y la energía de las medidas militares; en vano hasta se les suplicaba que no comprometieran con su obcecación la vida de las instituciones vizcaínas, todo era inútil. Y eran pocos sin embargo. Al presentarse Velasco tuvo que alentar el espíritu carlista, dirigiendo severos cargos á sus correligionarios llamándoles egoístas y raza degenerada; y como no bastaba esto para aumentar sus filas, él y los demás jefes se valieron de la

fuerza para conseguirlo, y aun tuvieron después que penetrar en Vizcaya los navarros para lograr la reunión de algunas fuerzas.

No menos esfuerzos se hacían en Álava y en la Rioja para levantar partidas, diciendo en sus alocuciones el comandante general carlista de ambos distritos, don Eustaquio Llorente, que ya era hora de que acabara el cobarde reposo en que yacían, pues el que no saliera en defensa de la cruz no era católico, ni era carlista el que se acobardara ante el peligro de perder la vida. Para estimular la deserción en el ejército, ofrecía á los sargentos que se entregaran con su compañía el empleo de capitán, y la licencia á los soldados, una vez terminada la guerra.

En Navarra obraba Ollo con actividad aunque no le secundaba la diputación que continuaba en Francia, á pesar de sus excitaciones para que se presentara á encargarse de la administración carlista. En tanto, él imponía y cobraba contribuciones, para lo cual fué á Estella el 2 de enero con 300 infantes y 90 caballos, encerrándose la guarnición liberal en el fuerte. Dueños los carlistas de la ciudad, cobraron un trimestre de contribución, recogiendo caballos. equipos, uniformes de los voluntarios de la libertad, y con buen botín, sin ofender á persona alguna, ni ser molestados por la guarnición, marcharon al amanecer á Abarzuza, alojándose tranquilamente en esta villa, aumentadas sus fuerzas con los que se incorporaron en Estella. Para dar á todas la posible organización fueron al valle de Yerri, buscando sitios ocultos para hacer municiones malas; improvisaron fraguas para herrajes, recompusieron equipos, arreglaron enfermerías para los caballos, no tenían veterinarios, y hallándose descuidados en Salinas de Oro, vieron invadido de repente el pueblo por fuerzas liberales. Verdadera confusión se produjo en los sorprendidos carlistas, que corrían en todas direcciones sin poder atravesar algunas calles, interceptadas por los bagajes, sin nadie entenderse, hasta que lograron ir saliendo á las afueras del pueblo. y colocándose los carlistas lo mejor que pudieron, contestaron al fuego que se les hacía, conteniendo á los liberales hasta el oscurecer, que cesó el tiroteo. Un grupo carlista que se situó en la ermita, desde la cual rompió el fuego, fué el que causó más bajas á los liberales que iban por la carretera de Muez, sin flanqueo, ni tomar antes una buena y marcada posición que allí existe, y que pudo ser causa de que se copara á la mayor parte de los carlistas. Hubo algunas bajas de una y otra parte en la hora y media que duró el fuego. Quedó en Salinas cuanto habían sacado de Estella los carlistas, incluso el dinero y armamento, sin que los liberales se apercibieran de ello (1).

Por mal terreno, y lloviendo, fueron los carlistas á pernoctar á Munarriz. En su busca los liberales, chocaron en breve cerca de Goñi con las fuerzas de Oscáriz y Pérula que sostuvieron valerosamente la acción: mayor el empuje de la fuerza liberal, se enseñoreó de las posiciones de aqué-

---

(1) Lo que más perjudicó á los carlistas fué que al romperse el fuego, huyeron dos capellanes á la desbandada, sin parar hasta Munarriz, en el valle de Goñi, diciendo á su paso que aquello había sido otra traición como la de Oroquieta, lo cual causó á Ollo y á todos gran disgusto, debiéndose á la influencia de algunas personas el que no hiciera terribles escarmientos.

llos, que corrieron á unirse con Ollo que había tomado otra dirección desde Munarriz. Vivamente perseguidos, tuvieron que efectuar difíciles y arriesgados movimientos, marchando y contramarchando, sin dejar por esto de racionarse todos los días y dormir dos ó tres horas; interceptaban correos, sacaban contribuciones, y mandaban dinero á Francia para procurarse armamento y municiones. Acosados Ollo y Pérula por las cuatro columnas que les perseguían, se refugiaron en el valle de Lana, pernoctando en Galbarra. Echándoseles encima los liberales, no tuvieron más remedio los carlistas que al salir del pueblo hacer frente á una columna que bajaba de Améscoa, cañoneándoles desde las afueras de Ulibarri. Bien sabían aquéllos que los cañonazos eran aviso de una á otra columna; no le impuso esto á Ollo, que al esperar á su enemigo sólo se proponía foguear á su gente y aun cargar á la bayoneta si el avance de la columna le hacía ver que no era numerosa. Perfectamente distinguían los carlistas las piezas y guerrillas que les hacían fuego, al que contestaban, esperando ser atacados por la poca distancia que entre ambos mediaba; mas no lo fueron, limitándose los liberales á los disparos de cañón que no causaron más que una fuerte contusión á un capitán

Al retirarse los carlistas á Zúñiga, llevaron un camino tan estrecho, que después de pasar la infantería, se obstruyó por caer dos mulos cargados, impidiendo el paso á la caballería. Una columna liberal que les perseguía, conducida por un buen guía del país, avistóles y rompió el fuego de cañón desde una altura inmediata; diez ú once granadas reventaron entre los caballos, sin poder éstos moverse ni experimentar una baja, lo cual parecía increible, aunque otra cosa se supuso; pudo al fin salvarse el obstáculo y aquel mal paso; reunidos en Zúñiga contramarcharon á la Améscoa, cruzaron después la Barranca subiendo á Madoz, y burlaron así á sus perseguidores que quedaron á retaguardia, y las guarniciones de Irurzún, Alsasua, Salvatierra, etc.

Consideráronse tranquilos en Larrainzar, donde celebraron el primer consejo de guerra para juzgar á dos de sus voluntarios, fusilando á uno y apaleando al otro; uniéronse momentáneamente en Azcona casi todas las fuerzas carlistas, quedando Ollo al separarse con la mayor parte de ellas; continuaron todos efectuando marchas y contramarchas; fué Pérula á los Alduides á recoger el equipo y armamento que previsoramente estaba oculto, destinado para la escolta de don Carlos, por los que aun permanecían en Francia tranquilamente, y á juicio de los que operaban, criticando sus operaciones; cobraron contribuciones en muchos pueblos; aumentó Pérula en Monreal su caballería con los tiros de los coches de Pamplona á Sangüesa y viceversa; yendo á Gallipienzo llevó paralela una columna liberal, pudiendo oirse mutuamente los canticos de unos y otros, no muy expansivos los de los carlistas que comprendían el peligro de verse atacados, y como no lo fueron, de aquí la alegría que en Gallipienzo demostraron; penetraron en la importante villa de Caparroso, donde sacaron buenos caballos y muchos efectos, incendiando la estación del camino de hierro; al ver los liberales la audacia de sus enemigos corriéndose hasta la ribera de Navarra, se esmeraron en ocupar los puntos estratégicos de retirada á las montañas, pues no podían seguramente permanecer los

carlistas en terreno llano; no amedrentó á Pérula la determinación de sus contrarios, é inspirándose en su osadía, invadió la rica población de Villafranca de más de 3,000 almas, entró en la plaza con ocho caballos, se apoderó súbitamente de la guardia del ayuntamiento, no dió tiempo á que se reunieran los voluntarios de la libertad, y dueño ya de la villa, en la que entraron á la carrera los infantes carlistas á proteger á su jefe, se apoderó de excelente armamento, buenos caballos y rico botín, aumentando su fuerza con nuevos presentados. Bien satisfecho pudo quedar el jefe carlista de su arrojo, y del entusiasmo que produjo al ver cómo le victoreaban, echaban á vuelo las campanas y efectuaban otras demostraciones de contento.

No se comprendería lo que era la guerra civil sin la exposición de estos hechos, pequeños de suyo, pero de grande importancia por su significación y consecuencias; además, se estaba en el principio de la lucha, y sólo con la narración de determinados detalles y pormenores se puede llegar á tener alguna idea de cómo aquellas partidas insignificantes, ó más bien, de cómo 27 hombres mal armados fueron el núcleo de un poderoso ejército en escaso tiempo formado.

Alentado Pérula por el buen éxito de sus audaces empresas, pretendió, unido á Radica y Mendoza, sorprender en Valtierra á una columna liberal; lo consiguió en parte, mas no llevó lo mejor en la acción que se trabó en las afueras del pueblo, y á no contentarse los liberales con las bajas que á sus enemigos causaron, si les persiguen, les copan ó acuchillan completamente, pues Pérula no podía detenerse ni hacer frente, por no tener infantería ni carabinas. Más apurado vióse el carlista á los pocos días saliendo de Olcoz para cruzar por Eneriz la carretera de Puente la Reina: al pasar el puente de madera avistó á los liberales que rompieron el fuego, y ayudado de Radica y Mendoza, con revólver y sable en mano, no pudieron formar su gente por más palos que dieron; sólo cuatro ó cinco muchachos se batieron con valor, disparando de cerca contra la guerrilla de caballería, que con sin igual arrojo se echaba encima de los carlistas. Retiráronse éstos por el monte de Elordi al Perdón, y si la columna liberal que salió de Puente hubiera ido directamente á situarse en la venta del Perdón, que dista una hora escasa, y á la cual pudo llegar dos horas antes que los carlistas, ó sale otra columna de Pamplona, habrían sido aquéllos copados ó derrotados antes de llegar al puente de Belascoain, que era el objetivo de los carlistas y su áncora de salvación, aunque ignoraban si estaba ocupado. Al fin pasaron sin novedad, descansando al otro lado del Arga, en los pueblos de Vidaurre y Ciriza, al pie del puerto de Echauri.

Desde allí, en medio de un terrible temporal de nieves, por las alturas más frías y escabrosas de Navarra, teniendo que abrir camino sobre la nieve en los intransitables terrenos que por los montes van al puerto de Artaza, y á fin de no quedar encerrado en la Amésco baja, subió por el puerto de Zudaire Pérula con su gente para unirse con Ollo, que marchaba á Vizcaya. Salvando dificultades y soportando las mayores fatigas, llegaron á la llanada de Álava convertida en blanca alfombra de nieve, atravesándola con el corazón comprimido, pues pequeña fuerza que se hubiese presentado les derrota por completo, por lo estropeados y rendidos que

iban Sin descansar en Villarreal pasaron á Ochandiano, sacaron contribución para pagar la gente, porque habían quedado los fondos en Navarra, y continuaron las penalidades de la marcha hasta llegar á Villaro, cuyo verde valle alegró á todos, que veían el término de aquel penoso caminar que llamaron marcha de las nieves; siendo digno de observarse que no habiendo calzado que resistiera aquellas marchas, la mayor parte de los carlistas iban descalzos, con los pies ensangrentados y ninguno quedó rezagado, habiéndose perdido 22 caballos muertos de fatiga y estropeados, en aquella jornada desde Vidaurreta á Villaro.

Aquí se presentaron á Ollo los jefes carlistas vizcaínos sin voluntarios (1), y en vista de que el señorío no respondía al llamamiento verificóse una junta en la cual se levantó y firmó un acta, confiriendo á Ollo el mando superior de Vizcaya interinamente. Animados los vizcaínos con la llegada de los navarros, pretendieron atacar á una fuerza liberal que había en Miravalles, y aunque no le pareció bien á Ollo, accedió, sucediendo lo que preveía, tener que retirarse los carlistas con algunas bajas, vengándose con prender fuego á unas casas y á la iglesia de Miravalles.

Encomendóse á los vizcaínos la vigilancia y custodia de la carretera de Bilbao, y al disponerse las fuerzas de Villaro á pasar revista de armas, supieron que Ansótegui llegaba al pueblo sin que los vizcaínos hubieran disparado un tiro ni dado el menor aviso; tuvieron que correr los navarros á tomar posiciones y contestar al fuego de los liberales, generalizándose en toda la línea sobre el río y en las posiciones de Elejabeitia; pelearon unos y otros combatientes con bizarría, lucharon algunos cuerpo á cuerpo, y aunque las guerrillas liberales avanzaron flanqueando, no se completó el movimiento envolvente, como pudo hacerse, á juicio de los mismos carlistas, que quedaron dueños del campo después de dos horas de lucha (2).

En vez de remediar los vizcaínos la falta que habían cometido, abandonaron á los navarros, dejándoles sin guía, ya de noche, sin comer, sin municiones y con heridos, por lo que exasperado Pérula corrió solo en busca de Goiriena y le obligó á volverse con él. Oscáriz pretendió quitar á los vizcaínos las buenas armas y uniformes que ostentaban, y costó trabajo disuadirle.

Comprendió Ollo la inutilidad de sus esfuerzos en Vizcaya, y se decidió á regresar á su país. Peligrosa la retirada, aun haciéndola por Guipúzcoa, pidió á Santa Cruz la auxiliara, mas ni lo hizo ni contestó, si es que recibió el oficio.

Sin la mandada retirada de Dana de la Améscoa, y la reconcentración de las demás fuerzas de Moriones en Vitoria, no les hubiera sido fácil á los carlistas navarros su marcha á Vizcaya, dada además la buena situa-

(1) La única fuerza armada que vieron los navarros, con carabina y revólver de seis tiros, fué la del presbítero Goiriena.

(2) «Durante la acción, las fuerzas de Goiriena se colocaron al abrigo de las balas entre los árboles de un monte inmediato que dominaba el terreno de la lucha, sin haber disparado un tiro, imponiéndoles el choque de las balas en las ramas y troncos de los árboles, sin poder sacarles de aquella guarida á pesar de los esfuerzos de algunos de sus jefes, los insultos que les dirigió Pérula, y estar formada la caballería á vanguardia de aquella fuerza y fuera del bosque»—*(Historia Contemporánea.)*

ción que el 14 de febrero tenían las tropas liberales: Fernández vigilando la frontera, Gardín en Azpeitia, Loma en Vergara, Fontela en Mondragón, Castillo y Primo de Rivera por Zumárraga é inmediaciones; todos prontos á acudir inmediatamente adonde fuese necesario, aun estando interceptada la línea férrea entre Zumárraga y Alsasua; los sucesos políticos lo trastornaron todo. Y cuando los carlistas guipuzcoanos no estaban en muy buena situación, teniendo muchos que refugiarse en el alto Aratz, en medio de una terrible nevada, moviéndose hacia los mártires de Azcoitia, con grandes trabajos, desnudos y hambrientos, desertando bastantes. por lo que el grueso de aquellos carlistas se esparció por la costa y entre Lastur y Madariaga. El mismo día 14 de febrero era extremadamente apurada la situación de los defensores de don Carlos, trocándose en favorable por la retirada de las tropas.

En Cataluña se presentaba don Alfonso el primer día del año dirigiendo sendas alocuciones á los catalanes y al ejército carlista, diciendo á los primeros que acudieran á defender la bandera que tremolaba, y á los segundos que se hicieran dignos de la gloriosa misión que se les había confiado y que con tanta constancia sostenían: victoreaba á la religión, á España, á Carlos VII y á los fueros de Cataluña, y abajo el extranjero. El ir procurando la debida organización era el deseo de los jefes más entendidos; otros, y muchos voluntarios preferían operar en pequeñas partidas por ser menor la exposición y mayor el lucro. Penetraban en poblaciones de corto vecindario, ó en otras considerables en las que contaban con muchos amigos; sostenían encuentros con más ó menos fortuna en las sierras de la Noguera, en las alturas de la orilla izquierda del Llobregat, desde más arriba de Puig hasta Gironella, donde Castells, Tristany, Galcerán y otros pretendieron apoderarse del convoy que conducían á Berga Medeviela y Mola, que desalojaron á los carlistas de sus posiciones y lograron que el convoy llegara á su destino; habiendo debido experimentar aquéllos mayores pérdidas, si en el flanqueo de Gironella, donde se habían refugiado, se les hubiera impedido escapar por la parte de Olbán, después de haberse defendido tenazmente. Aun se pudo derrotar á los vencidos en la persecución que se emprendió al día siguiente, 6 de enero, sin la impaciencia de los francos de Berga, que en cuanto divisaron á sus enemigos subiendo las alturas de Coll Tiñós, les hicieron una descarga, que fué oportuno aviso para que el carlista evitara el encuentro. En este mismo día penetró Tallada en Ríu de Cols, cuyos voluntarios sostuvieron desde la iglesia un vivísimo fuego, que obligó á los carlistas á reconocer lo vano de su intento y á pedir se les dejara retirarse; obligados á hacer lo mismo tres días después en Vilaseca, donde entraron por sorpresa al anochecer, y les rechazaron los voluntarios.

Mientras don Alfonso recibía corte y comulgaba en Finestras, iba Larramendi á la provincia de Barcelona á organizar las fuerzas que la recorrían, Vallés fué sorprendido en Torre del Español, Meló quemaba la estación de Olesa de Montserrat y se apoderaba de don Benito Arteta fusilándolo después, Nasarre con Camats y otros se apoderaron de los arrabales de Tremp. llegando en medio de una lluvia de balas al portal de Peresall, incendiándole, el café de Gallar y las casas consistoriales, capi-

tulando al fin los refugiados en la iglesia á la amenaza de ser incendiada, recogiendo los carlistas 95 fusiles y 3,000 duros; Guíu era rechazado al intentar apoderarse de un convoy en el Congost; varias partidas reunidas sufrieron de Gabrineti en las inmediaciones de Sellent el descalabro que preparaban á los liberales, quienes también les rechazaron de San Celoni; el ataque de Igualada preparado por Larramendi con Vallés y Tristany, no llegó á efectuarse; en el Forn del Vidre formó el tercer batallón mandado por Masanas, y Miret (don Martín) se acercó á Vich, donde se cambiaron algunos tiros; otras fuerzas pelearon por este tiempo en Cubells, Viladrau, Ripoll, Sellés y otros puntos, y terminada la correría que efectuó don Alfonso, dijo á su gente que, «conocidas las aspiraciones del país y el clamor general para que no se abusara jamás de la clemencia, que de un modo pródigo habéis usado, mando y prescribo, desde ahora, que se aplique el rigor de la ley á los que reincidan en el delito de resistir con las armas al ejército.» Hacía ofertas y alentaba esperanzas, y entusiasmados los carlistas se atrevían á penetrar en poblaciones tan liberales como la villa de Moyá, quemada por aquéllos en la anterior guerra civil, y ahora elegida como punto de segura estancia que fué de treinta horas, durante las cuales celebraron banquetes y alegres fiestas, por haberse presentado allí uno de los hijos del infante don Enrique.

Aumentada la gente de Barrancot, pasaba con ella bajo tiro de cañón del castillo de San Fernando de Figueras, sacaba contribuciones en el Ampurdán y en todos aquellos pueblos liberales; otros partidarios amenazaban á Ripoll, á Vich y otras poblaciones importantes, penetraban en Viladrau, y aunque eran batidos por Gabrineti en las montañas de Vega de Curall y alturas de Puig de Castelló, y Mola y Martínez les obligaba á retirarse de Alpéns á San Quirse de Besora, Tristany y Camats cobraban á la vez las contribuciones en los pueblos de sus distritos, siendo batido Camats por Arrando en el Collado de Vall de Riet y en el paso de las Yeguas; Medeviela batió á varias partidas de la provincia de Tarragona en las montañas de la Selma; Savalls, que había organizado hábilmente sus fuerzas, obtuvo valiosas ventajas en encuentros más ó menos importantes, aunque algunos le fueron adversos, y como era su gente el principal núcleo de los carlistas, á ella se presentó doña María de las Nieves, esposa de don Alfonso, que no quería abandonarle en su campaña. Recibiéronla en Besora dos batallones, anunciándolo Savalls con una orden general del día—25 de febrero—en la que después de lamentar el establecimiento de la república, decía que la gran figura de doña María de las Nieves se levantaba frente á frente de su único modelo doña Isabel la Católica: «que si una santa mujer redimió la humanidad entera, y cayó el islamismo bajo *el calcañar* de otra mujer magnánima, otra mujer no menos varonil era la precursora de la felicidad de España y de la muerte del liberalismo; que al presentar, lleno de júbilo, á tan ilustre heroína al lado de su esposo, que, como capitán general, el primer soldado y el más noble de los caballeros les guiaría al combate y á la victoria, debían darse todos por exageradamente remunerados de los sacrificios que habían hecho y de los que les esperaban; y que juraran una vez más salvar la patria ó morir en la demanda.» Victoreaba á don Carlos, á don Alfonso, á

doña María de las Nieves, á España y á los fueros de Cataluña, y abajo la república. También don Alfonso dirigió una alocución al ejército liberal estimulándole á cobijarse bajo la bandera carlista, protestando de que el gobierno de su hermano fuera intolerante, intransigente, amador exclusivo de vetustas instituciones, ni enemigo de todo lo bueno que encerraba la sociedad moderna; que depusieran prevenciones injustificadas; que se había echado un velo sobre sucesos pasados y que á todos abría los brazos.

En toda la parte oriental de España, desde el Ebro hasta Alicante, no podía considerarse formalizada la guerra civil, pues ni apenas conseguían las partidas que se iban formando mostrarse temidas aun cuando ejecutaran actos de audacia ayudados por la fortuna. Excepto Polo y algún otro, eran pocos los antiguos jefes carlistas que se habían decidido por lanzarse á la lucha; aun esperaban algunos órdenes de Cabrera, y el antagonismo que entre todos existía era causa de grandes y muy graves disensiones. Cucala era el que más se distinguía. Aunque se vió en medio de un triángulo formado por las columnas de Velarde, Maturana y Llorach, supo evadir el peligro, y el 1.º de enero—1873—desde Tirig fué á Chert, donde y en San Mateo y Benicarló, recogió algún dinero, inutilizó la vía férrea y telégrafo, corrióse á las Roquetas, á media hora de Tortosa, y reunido con Panera, Piñol y don Joaquín Ferrer, nombrado comandante general interino del Maestrazgo, sostuvieron en Peñarroya reñida acción con la columna del coronel Arjona, que ya había tenido antes otros encuentros. Fraccionados los carlistas peleó Cucala en Puerto Mingalvo y en el barranco de Silvestre, no impidiendo este y otros choques su correría por tierra de Valencia, mientras Ferrer y Piñol, cada uno por su parte, efectuaban fructíferas algaradas, aun á la izquierda del Ebro, que le pasaban y repasaban fácilmente. Aunque se les perseguía con actividad, como tenían que atender á evadir encuentros desfavorables, no podían organizar la guerra, ni aun contener la desmembración de su gente; habiendo partidario que apenas dirigía una docena de hombres.

Procuró levantar el espíritu carlista del país, bastante amortiguado, don Pascual Aznar, conocido por el Cojo de Cariñena, reunióse con Cavero, que entendiéndose con los republicanos de Zaragoza trabajaba por los carlistas, á cuyo partido pertenecía, y le prestó servicios como ayudante de Ortega en la Rápita, y alojados todos en Santa Cruz de Nogueras, vióse desde luego la falta de dirección por el barullo que allí se promovió, encargándose á Cavero lo remediara organizando aquellas fuerzas. Estaban armándose algunos con las escopetas más útiles, cuando al saber Aznar la aproximación de los liberales ordenó á Cavero se les esperase, siendo inútiles las observaciones de éste sobre lo inconveniente de la determinación, y aconsejando la retirada. Empeñóse Aznar en efectuar la resistencia desde las casas, presentáronse los liberales, trabaron acción con Cavero, que tuvo al fin que encerrarse en una casa, después de haberse batido con bizarría y rechazado á los que más le asediaban, y el resultado fué quedar prisioneros todos los carlistas, viendo Aznar las consecuencias de su obcecación, pues pudo haberse retirado varias de las veces que Cavero se lo aconsejó. Terrible golpe sufrió con este fracaso la

causa carlista, porque como en los que componían aquellas fuerzas estaban todos los que habían de ser jefes de las partidas que iban á formarse en Aragón, fracasó en Santa Cruz de Nogueras el concertado movimiento de aquella parte de España.

En Castilla no había la servil obediencia del aldeano vascongado, del montañés catalán y del sencillo habitante del Maestrazgo, y no eran por consiguiente instrumento de ajenas pasiones, escabel de turbulentas ambiciones, ni dóciles corderos de su pastor eclesiástico No faltaban, sin embargo, elementos carlistas, pero más reflexivos, ó más prudentes los castellanos, no por falta de valor, que ha sido siempre proverbial el de Castilla, casi nunca se ha prestado esa noble tierra á encender la guerra civil. Si tomó gran parte en las comunidades, fué por considerar aquel levantamiento como nacional, y en la guerra de sucesión del siglo pasado, estaba en su puesto al lado de don Felipe. Sólo tratándose de defender la independencia nacional no hay vacilación de ninguna especie; todos son soldados, á los que no les importa ser derrotados en Rioseco, y de ellos salen Merino, el Empecinado, Albuín y aquella pléyade de héroes, nuevos Viriatos de esta patria en la que tanto abundan.

El jefe carlista de la provincia de Guadalajara don Andrés Madrazo tenía interés en promover la guerra en esta provincia por su inmediación al Maestrazgo, mas todas sus proclamas y esfuerzos no obtuvieron valioso resultado, arrastrando con su escasa fuerza una existencia trabajosa, tan pronto penetrando en la provincia de Segovia como en la de Soria y Aragón, siendo batido en la venta de Coscojar, término de Used, haciéndole bastantes prisioneros y quedando herido. El veterano carlista don Isidoro del Castillo, dirigía entusiastas proclamas á los conquenses para que se lanzaran al combate, estimulando á las mujeres para que alentaran á sus esposos, á sus hijos y á sus hermanos, y el que no tuviera valor para manejar el fusil que lo comprara para otro. En las provincias de Toledo y de Ciudad Real se echaba de menos al cura de Alcabón y á Sabariegos; don José Castell no llegó á reunir 60 hombres; don Crisanto Díaz tuvo un fatal encuentro en la Setecienta, y las demás partidas no podían resistir la activa persecución que se les hacía. En Extremadura y en las provincias de Alicante y Murcia, más que el elemento carlista dominaba el republicano: Palloc pretendió entrar en la capital última, lo cual le costó la vida. Poco después penetró en el Pinoso una partida carlista de más de 80 hombres, mandada por G. del Campo, distinguido joven, hijo del marqués de Montealegre, se alentó el levantamiento de otras y las formaron Fuster, Thous, Tuste y otros; pero fué corta y estéril su existencia. No tienen más historia las partidas que trabajosamente aparecían en Castilla la Vieja, y aun cuando algunos terrenos montuosos les eran favorables para guarecerse en ellos, como sus jefes carecían de las singulares cualidades, dotes y condiciones físicas del guerrillero, ninguno se distinguió, excepto Hierro y algún otro.

Grandes esfuerzos hacía don Ángel Rosas para establecer la guerra civil en Asturias, pintando en sus proclamas la situación del país con los más negros y exagerados colores, llamando á las armas á todos los asturianos para hacer la guerra «¡á los herejes y filibusteros! ¡á los ladrones y

asesinos! ¡Guerra hasta vencer ó morir! ¡Santiago y á ellos, que son peores que moros!» En el choque tenido en el concejo de Aller y en Barrio el 3 y 4 de enero, comprendieron que mejor que sostener encuentros les convenía evadirlos y aumentar su gente y recursos; invadieron algunas poblaciones cobrando tributos, y donde como en el Infiesto no lo conseguían, se llevaban rehenes y obtenían algunas pequeñas ventajas; pero no era grande su medro, y Rosas, Valdés y Antoñano, y cuantos pretendieron encender la guerra civil en aquella región de pacíficos y honrados moradores, no pudieron lograr su intento, consiguiendo sólo tener intranquilos á los habitantes de las pequeñas poblaciones.

En Galicia se levantaron algunas partidas insignificantes, y en vano se esforzó Valcarce y otros en hacer que los pacíficos gallegos se convirtieran en belicosos carlistas.

Si mortificaba á don Carlos lo poco que adelantaba su causa en algunas provincias de España, esperaba que el curso de la política española le sería altamente favorable; así al recibir las primeras noticias que presentaban como inminente la abdicación de don Amadeo, escribió á Dorregaray que si la república se imponía en Madrid y «causaba espanto en los tímidos y en los tranquilos padres de familia, es de justicia y de interés nuestro protegerlos y acogerlos, sea que vengan á refugiarse bajo mi bandera, sea que huyan de los horrores que temen de la república; deben encontrar seguridad en su marcha, y buena acogida en nuestras filas ó en nuestros pueblos.—Siguiendo la hipótesis de que los acontecimientos de Madrid produzcan disturbios, éstos deben facilitar el desarrollo de nuestro movimiento, que hay que impulsarle con actividad.» Procuróse también introducir en el ejército la división y la desconfianza; apresuró Dorregaray su entrada en España; consideró don Carlos como un triunfo enviarle un oficial de artillería, el cual aseguraba que otros de su misma arma seguirían su ejemplo, y así como cambiaba la situación política del país iba á cambiar la de la guerra.

Además de decir Nocedal á don Carlos que la guerra era el único modo de alejarle del trono, le añadió que sin ella los gobiernos revolucionarios habrían acabado por disolver el ejército; que sin éste, los desmanes de los alborotadores habrían dado lugar á que llamasen á don Carlos para salvar sus escaparates hasta los tenderos y mercaderes de Madrid, y que entonces, él con sus diputados, disponiendo de la mayoría del Congreso, que no existía sin sus votos, que todos buscaban en sus reyertas intestinas, podría en un momento bien aprovechado, «hacer posible y aun necesario el reinado de don Carlos; pues qué, ¿sería difícil que un día dado la mayoría del Congreso, obligado á escoger entre Pi Margall ó yo, me eligiera á mí, encontrándome apoyado por 60 ó 70 diputados carlistas?» Teniendo esto presente don Carlos le manifestó el 12 de febrero—1873—que en unión con el reverendo obispo de la Habana tuviera toda la representación de su autoridad que necesaria fuese para aprovechar las circunstancias y obrar en nombre de don Carlos, para lo cual les daba amplias facultades, y que designase una tercera persona militar de alta graduación para ejercer de acuerdo con ellos las mismas funciones. Falleció á poco en Roma el obispo, y quedó Nocedal investido del poder para en

su caso y día, sin más compromiso que nombrar el militar que creyera á propósito. Como volvió á encender la guerra el carlismo, Nocedal no llegó por entonces á hacer uso de sus poderes, aun continuando firme en su convicción de condenar que el partido apelara á las armas. Encargábanse de justificar sus apreciaciones sus contrarios políticos, cometiendo unos graves errores y convirtiéndose otros en amigos ó favorecedores. A la *Liga nacional* formada para combatir las reformas proyectadas en Ultramar, que se constituyó en un verdadero poder contra el gobierno, se adhirieron no sólo los que se oponían á aquellas reformas, sino los carlistas, identificándose todos en las mismas aspiraciones. El Centro hispano-ultramarino de Madrid dió el 10 de enero un manifiesto á la nación que le firmaban alfonsinos, moderados y carlistas, todos en contra del gobierno. Aquella poderosa liga no reparaba en medios para conseguir sus fines, y soliviantó grandemente la opinión pública.

Las sesiones de Cortes, suspendidas desde el 24 de diciembre anterior, se reanudaron el 15 de enero de 1873; y la tan necesaria secularización de los cementerios, la reforma del impuesto sobre títulos y cruces, reemplazo del ejército y abolición de la quinta y matrículas de mar, presupuesto de gastos á los que se consagraban las sesiones nocturnas, y algunos otros asuntos, excitaban los ánimos y preparaban conflictos, superando á todos el surgido con los jefes y oficiales de artillería, precursor de la abdicación de don Amadeo. Habían salido triunfantes en otra cuestión nueve años antes, con el general Córdova, y arrostraron las consecuencias de esta segunda. Los cargos conferidos al general don Baltasar Hidalgo en Vitoria y Cataluña, si no fueron un pretexto, soliviantaron los ánimos de los oficiales de artillería, sus antiguos compañeros de armas, que habían visto, sin embargo, impasibles, los ascensos de Hidalgo á coronel, brigadier y á general, y no querían ahora ser mandados por él; y aunque el gobierno se mostró en un principio dispuesto á conciliar voluntades para evitar conflictos, había interesados, y no pertenecientes al cuerpo, en aumentar antagonismos, y valerse de la cuestión para derribar al gabinete, sin pensar, ó pensando maliciosamente, que pudiera también caer el rey, á lo que algunos aspiraban; así que, lo que en su comienzo era una cuestión de cuerpo, se convirtió en política, y los artilleros fueron inconsciente instrumento de personas extrañas al cuerpo. No faltaron entre los mismos oficiales quienes se lamentaron de la situación en que se les había colocado, y en la que se colocó el director del arma.

Si no todos, la mayor parte de los jefes y oficiales de artillería que había en Madrid, celebraban frecuentes reuniones en casa de don Augusto Ulloa, que hacía fuerte oposición al gabinete Zorrilla; y más que á procurar una transacción honrosa á todos, se aspiraba á producir un ruidoso rompimiento. Trató de evitarlo el general Córdova haciendo prudentes observaciones á la autoridad superior de Cataluña sobre el mando que se confería á Hidalgo, contestándole «que estaban previstos los inconvenientes que resultarían del mando del general Hidalgo con fuerzas que tuviesen artillería, con las que nada tendría que ver dicho general, que se limitaría á dirigir las operaciones de la provincia de Tarragona, donde no consideraba necesaria aquella arma:» nada de esto satisfizo á los disidentes;

se consideró imposible la conciliación; manifestó el señor Zorrilla á su compañero el general Córdova que obrase con justa energía; aun pretendió Córdova evitar el rompimiento y telegrafió al capitán general de Cataluña insistiendo en la necesidad de evitar nuevos conflictos, que atraerían grandes males al país, y que vista la actitud de los artilleros en toda la Península, procurase evitar á toda costa la causa determinante del conflicto, invocando el patriotismo de todos; y «si á pesar de la guerra que aflige al país y de la conducta observada por V. E. y el gobierno, los artilleros insistieran en su resolución, para nadie serían tan desagradables las consecuencias como para los que tan inmotivadamente las promueven y aumentan las desgracias de la patria, cuyo juicio no podría menos de condenarles.» Tal era el afán de Córdova por una avenencia conveniente á todos, que se decidió á relevar á Hidalgo y dimitir para facilitar el arreglo de la cuestión con los artilleros. No se aceptó este sacrificio del general que quería echar sobre sí la responsabilidad de todo lo sucedido. En el Consejo en el que se trató de este asunto se hubiera resuelto según el deseo del ministro de la Guerra, si uno de sus compañeros no le hubiera combatido enérgico y alentara á todos á seguir adelante en la cuestión, relacionándose quizá aquella actitud con el proyecto que se fraguaba de derribar aquel ministerio.

Precipítanse los sucesos: colocados los artilleros frente al gobierno, lo posponen todo al espíritu del cuerpo, y convencidos de su poder político, presentan solicitudes de cuartel, retiro ó licencia absoluta, según la situación de cada uno; no pudo menos de admitirlas el gobierno; así lo circuló á todos los capitanes generales del distrito y del ejército del Norte, encargándoles que la actitud de los artilleros no perjudicara al orden ni á la disciplina de las tropas.

Lamentada por el rey la actitud de los artilleros, especialmente desde que se hizo política, de ninguna manera quería la disolución de un cuerpo que estimaba en mucho, aun cuando oficiosos consejeros le estuvieran previniendo en su contra y mostráranse solícitos por agravar en vez de atenuar el conflicto, creyendo en su miopismo político que sólo se limitaría el asunto á una modificación ministerial en la que lograrían una cartera. Por servir sus intereses, hundían la monarquía á la que estaban ligados. No variaba por esto la actitud del rey, y avisado el gobierno de que aquél rechazaba el propósito del mismo respecto á la cuestión artillera, se preparó la famosa sesión del 7 de febrero, que no tuvo otro objeto que obtener el ministerio el apoyo de las Cortes, como lo consiguió, para imponerse al rey, ante el que se presentó el gabinete con el voto de confianza que le había dado la representación nacional, aprobando su proceder con los artilleros y prejuzgando una cuestión de tanta gravedad. Lo mismo hizo el Senado, cuya sesión fué más importante que la del Congreso (1).

Los que habían preparado aquellas imposiciones al monarca, no veían en su ofuscación que derribaban la dinastía. Tenía defensores el rey, al

(1) 191 votos tuvo el gobierno en la sesión del 7 para imponerse á don Amadeo en la cuestión artillera; los mismos que le dieron la corona.

que hubiera bastado pronunciar una palabra para quedar triunfante en aquella contienda, aun cuando hubiera habido que luchar en las calles: no dudaba del éxito; pero no quería reinar imponiéndose por la fuerza, ni aun para sostener sus prerrogativas y no dejarse imponer de aquella manera. No veía en perspectiva un reinado venturoso, cuando cada día se asombraba de la división de las mismas parcialidades políticas, cuando los jefes de los partidos se acusaban mutuamente de traidores, y desconfiaban unos de otros los prohombres de la propia fracción política. «Si los mismos españoles no mitigan sus odios y simpatías, y los que se llaman mis defensores no se unen, ni se entienden, ¿cómo he de unirlos y entenderlos yo?» exclamaba don Amadeo.

El 8 se dispuso la entrega de las compañías de artillería á los sargentos primeros de las mismas, á los que se hacía tenientes y alféreces á los segundos, se decretó la reorganización del cuerpo, dividiéndose en dos agrupaciones, una facultativa del arma, y la otra de los regimientos y secciones armadas; y los hechos demostraron en breve que no pudo llenarse el vacío que dejaron los jefes y oficiales, que mostraron sin duda mucho espíritu de cuerpo, pero también se les criticó de poco amor al arma y á la patria, que siempre está por encima de todo, y más en aquellas circunstancias y con una guerra civil.

Firmado por don Amadeo el decreto referente á los artilleros, no se comprende su abdicación, que estaba en su lugar presentándola en contra de aquella determinación que rechazaba, y se le imponía. Había en palacio buenos y leales servidores del rey, que se lamentaban de que rechazase el hacer que triunfase la razón y la justicia, para lo cual abundaban medios y probabilidades y aun seguridad de triunfo; sin que esta repulsión del rey pudiera atribuirse á cobardía, sino á un constitucionalismo inconsciente, á un pudor político pueril, y debemos ser francos, á no conocer el rey las personas, ni las cosas, ni la situación que se atravesaba.

La reina, dignísima y santa señora, se veía en sueños entre el carlismo y la Internacional; temió, y en el regio palacio envidiaba su ducal vivienda. Vióse ofendida por una aristocracia que estaba muy lejos de poseer sus virtudes, y hasta como señora, y en el más puro y dulce sentimiento de una mujer, en el maternal: deseó sacar á su esposo y á sus hijos de esta tierra perturbada, y así lo pedía á don Amadeo. Sin ambición éste, no creyéndose con fuerzas, ó no queriendo emplearlas para unir á unos hombres, hacer más transigentes á otros y menos apasionados á todos, anunció al señor Zorrilla su irrevocable resolución de abdicar la corona.

Zorrilla, que había visto defraudadas sus más lisonjeras esperanzas; que lleno de los mejores sentimientos se afanaba por hermanar la libertad que tanto amaba, con el orden, tan necesario á todo gobierno, soportaba con amargura los obstáculos que sus mismos correligionarios y amigos le oponían, procuraba hacer frente á las contrariedades de cada momento y sólo aspiraba á salvar la monarquía y la libertad. Los acontecimientos que se sucedían eran ya superiores á sus fuerzas, y cuando el rey le manifestó su resolución de abdicar, cuando vió lo infructuoso de sus consejos para evitar aquel conflicto, procuró aplazarle por si ganaba con el tiempo lo que no conseguía por cuantos medios puso en juego. In-

quebrantable la resolución del monarca, las Cortes eran únicamente las árbitras de los destinos del país. En vano pretendió el gobierno suspender las sesiones por algunos días, en los que creía evitar el conflicto, ya formándose nuevo ministerio, ó adoptando otras medidas; negóse el señor Rivero, como presidente de las Cortes, á suspender las sesiones, preparándose por el contrario á reunir ambas cámaras y constituirlas en convención, faltándose así al artículo 47 del Código fundamental, y levantarse contra las prerrogativas de la corona, pensamiento que hacía tiempo germinaba en la mente del señor Rivero; no había en el seno del gabinete la necesaria unidad de miras; pública la inminencia de la abdicación, creció, á la vez que la ansiedad general, el movimiento de los partidos; empezó á rodear el público el palacio de las Cortes; discutíase desde las ventanas más que en los escaños de la Cámara; ofrecióse á la multitud por algunos diputados republicanos que no saldrían de allí sino muertos ó con la república, y retiráronse los grupos para volver por la tarde armados. Dentro pretendían unos se acordara no suspender las sesiones aunque el gobierno lo pidiera; otros que se constituyera el Congreso en sesión permanente, algunos en convención, y los más avanzados querían se proclamara desde luego la república, se constituyera un directorio y se convocaran Cortes constituyentes. El gobierno, en tanto, procuraba asegurar el orden, ofreciéndosele á ello muchos constitucionales; otros de éstos enviaban mensajeros al general Moriones para que acudiera sobre Madrid con algunas fuerzas; y en palacio se discutía la forma de la abdicación: convenida, se pasó á los cuerpos colegisladores el siguiente documento:

«Grande fué la honra que merecí á la nación española eligiéndome para ocupar su trono; honra tanto más por mí apreciada, cuanto que se me ofrecía rodeada de las dificultades y peligros que lleva consigo la empresa de gobernar un país tan hondamente perturbado.

»Alentado, sin embargo, por la resolución propia de mi raza, que antes busca que esquiva el peligro, decidido á inspirarme únicamente en el bien del país y á colocarme por cima de todos los partidos, resuelto á cumplir religiosamente el juramento por mí prestado ante las Cortes constituyentes, y pronto á hacer todo linaje de sacrificios por dar á este valeroso pueblo la paz que necesita, la libertad que merece y la grandeza á que su gloriosa historia y la virtud y constancia de sus hijos le dan derecho, creí que la corta experiencia de mi vida en el arte de mandar sería suplida por la lealtad de mi carácter, y que hallaría poderosa ayuda para conjurar los peligros y vencer las dificultades que no se ocultaban á mi vista, en las simpatías de todos los españoles amantes de su patria, deseosos ya de poner término á las sangrientas y estériles luchas que hace tanto tiempo desgarran sus entrañas.

»Conozco que me engañó mi buen deseo. Dos años largos há que ciño la corona de España, y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejana la era de paz y de ventura que tan ardientemente anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la nación, son españoles; todos invocan el dulce nombre

de la patria, todos pelean y se agitan por su bien; y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible afirmar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males.

»Lo he buscado ávidamente dentro de la ley y no lo he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.

»Nadie achacará á flaqueza de ánimo mi resolución. No habría peligro que me moviera á desceñirme la corona, si creyera que la llevaba en mis sienes para bien de los españoles; ni causó mella en mi ánimo el que corrió la vida de mi augusta esposa, que en este solemne momento manifiesta como yo el vivo deseo de que en su día se indulte á los autores de aquel atentado. Pero tengo hoy la firmísima convicción de que serán estériles mis esfuerzos é irrealizables mis propósitos.

»Estas son, señores diputados, las razones que me mueven á devolver á la nación, y en su nombre á vosotros, la corona que me ofreció el voto nacional, haciendo esta renuncia por mí, mis hijos y sucesores.

»Estad seguros de que al desprenderme de la corona, no me desprendo del amor á esta España tan noble como desgraciada, y de que no llevo otro pesar que el de no haberme sido posible procurarla todo el bien que mi leal corazón para ella apetecía.—*Amadeo.*—Palacio de Madrid 11 de febrero de 1873.»

Don Amadeo, que prefirió ser víctima á ser héroe, abdicó sin tomar consejo de su padre el rey de Italia, quien al saber que había ejecutado ya tal acto, telegrafió á su hijo desaprobando su resolución, y diciéndole que los destinos de un país no se abandonan sin causas muy graves y justificadas, pues los que le habían elegido por rey se habían confiado á sus actos y aun á su agradecimiento, y que no se procedía tan de ligero en asunto de tamaña magnitud. Ya no había remedio: la abdicación había sido aceptada sin discutirse, así como la contestación (1) que llevó á pa-

---

(1) Escrita por el señor Castelar es digna y merece reproducirse:

«La Asamblea Nacional á S. M. el rey D. Amadeo I.

»Señor: Las Cortes soberanas de la nación española han oído con religioso respeto el elocuente mensaje de V. M. en cuyas caballerosas palabras de rectitud, de honradez, de lealtad, han visto un nuevo testimonio de las altas prendas de inteligencia y de carácter que enaltecen á V. M., y del amor acendrado á esta su segunda patria, la cual, generosa y valiente, enamorada de su dignidad hasta la superstición, y de su independencia hasta el heroísmo, no puede olvidar, no, que V. M. ha sido jefe del Estado, personificación de su soberanía, autoridad primera dentro de sus leyes, y no puede desconocer que honrando y enalteciendo á V. M., se honra y se enaltece á sí misma.

»Señor: Las Cortes han sido fieles al mandato que traían de sus electores, y guardadoras de la legalidad que hallaron establecida por la voluntad de la nación en Asamblea Constituyente. En todos sus actos, en todas sus decisiones, las Cortes se contuvieron dentro del límite de sus prerrogativas, y respetaron la voluntad de V. M. y los derechos que por nuestro pacto constitucional á V. M. competían. Proclamando esto muy alto y muy claro, para que nunca recaiga sobre su nombre la responsabilidad de este conflicto, que aceptamos con dolor, pero que resolveremos con energía, las Cortes declaran unánimemente que V. M. ha sido fiel, fidelísimo guardador de los respetos debidos á la Cámara; fiel, fidelísimo guardador de los juramentos prestados en el instante

lacio una comisión de la Asamblea, presidida por el señor Rivero, que aun quiso asistir á tal acto, y que rogó al rey le permitiera estrechar su mano, porque este sería el más distinguido de los recuerdos y legados que podría un día transmitir á sus hijos. El acto fué solemne é imponente.

Apresuró don Amadeo el viaje, á pesar del estado de la reina y de la crudeza del tiempo, y en la madrugada del siguiente día 12, marchó la familia real á Portugal con objeto de embarcarse para Bruselas, y en Lisboa fué llamado don Amadeo por su padre, que más informado, aprobaba su resolución y le enviaba una fragata.

Antes de ocuparnos del período republicano, creemos oportuno dar una idea de la situación de la Hacienda durante la interinidad y la mo-

---

en que aceptó V. M. de las manos del pueblo la corona de España, mérito glorioso, gloriosísimo en esta época de ambiciones y de dictaduras, en que los golpes de Estado y las prerrogativas de la autoridad absoluta atraen á los más humildes, no ceder á sus tentaciones desde las inaccesibles alturas del trono á que sólo llegan y en que sólo quedan algunos privilegiados de la tierra.

»Bien puede V. M. decir en el silencio de su retiro, en el seno de su hermosa patria, que si algún humano fuere capaz de atajar el curso incontrastable de nuestros acontecimientos, V. M. con su educación constitucional, con su respeto al derecho constituído, los hubiera completa y absolutamente atajado. Las Cortes, penetradas de tal verdad, hubieran hecho, á estar en sus manos, los mayores sacrificios para conseguir que V. M. desistiera de su resolución y retirase su renuncia.

»Pero el conocimiento que tienen del inquebrantable carácter de V. M., la justicia que hacen á la madurez de sus ideas y á la perseverancia de sus propósitos, impiden á las Cortes rogar á V. M. que vuelva sobre su acuerdo, y las deciden á notificarle que han asumido en sí el poder supremo y la soberanía de la nación, para proveer en circunstancias tan críticas y con la rapidez que aconseja lo grave del peligro y lo supremo de la situación, á salvar la democracia que es la base de nuestra política; la libertad, que es el alma de nuestro derecho; la nación que es nuestra inmortal y cariñosa madre, por la cual estamos todos decididos á sacrificar sin esfuerzo, no sólo nuestras individuales ambiciones, sino también nuestro nombre y nuestra existencia.

»En circunstancias más difíciles se encontraron nuestros padres á principios del siglo, y supieron vencerlas inspirándose en estas ideas y en estos sentimientos. Abandonada España de sus reyes, invadida por extrañas huestes, amenazada de aquel genio ilustre que parecía tener en sí el secreto de la destrucción y de la guerra, confinadas las Cortes en una isla sitiada, donde parecía que se acababa el suelo nacional, no solamente salvaron la patria y escribieron la epopeya de la independencia, sino que crearon sobre las ruinas dispersas de las sociedades antiguas la nueva sociedad.

»Estas Cortes saben que la nación española no ha degenerado, y esperan no degenerar tampoco ellas mismas en las austeras virtudes patrias que distinguieron á los fundadores de la libertad en España. Cuando los peligros estén conjurados, cuando los obstáculos estén vencidos, cuando salgamos de las dificultades que trae consigo toda época de transición y de crisis, el pueblo español, que mientras permanezca V. M. en su noble suelo ha de darle todas las muestras de respeto, de lealtad, de consideración, porque V. M. se lo merece, porque se lo merece su virtuosísima esposa, porque se lo merecen sus inocentes hijos, no podrá ofrecer á V. M. una corona en lo porvenir, pero le ofrecerá otra dignidad, la dignidad de ciudadano en el seno de un pueblo independiente y libre.—Palacio de las Cortes 11 de febrero de 1873.»

narquía. La revolución había suprimido algunas rentas, pero no había rebajado muchas cargas; así que, si era deplorable el estado de la Hacienda al efectuarse la revolución de 1868 (1), era después deplorabilísimo. Encargóse de dirigirla el señor Figuerola, y evidencian su laboriosa actividad el catálogo de órdenes de la secretaría del ministerio que representan una masa de trabajos comparable sólo con la época de Bravo Murillo que mereció la fama de ser el ministro más laborioso de su tiempo. Resistió valerosamente la creación del papel moneda de circulación forzosa, que hasta se le trataba de imponer; respetó las deudas procedentes de la revolución, ofreciendo pagarlas para tener crédito y con él recursos cuando no podía exigir nuevos tributos al pedirse la abolición de muchos, y con la dificultad notoria de hacer efectivos los existentes, modificados por las juntas revolucionarias, y hasta rebajados los derechos arancelarios en provincias del litoral, como Barcelona, donde es más vivo el principio proteccionista: utilizó la ley de 11 de julio de 1867 que permitía levantar 400 millones en efectivo, pero de los cuales había que dar 120 en auxilio á los ferrocarriles, y apoyó al Banco de España entregándole por créditos suyos 80 millones en efectivo, que desembarazaron su situación, y pudo prestar á su vez al gobierno los auxilios que la buena correspondencia exigía.

Al estallar la revolución importaba la deuda del Tesoro 2,514 millones de reales, exigibles en breve plazo, puesto que procedían en su mayor parte de imposiciones en la Caja de Depósitos á 3, 6 y 9 meses fecha. En el último trimestre de 1868 había que pagar á la Caja 245 millones, y en los nueve meses restantes el total de lo impuesto que ascendía á 1,243 millones, que el Tesoro debía á la Caja, sin esperanza de que nuevos ingresos permitieran ir conllevando aquella situación, que se había agravado. Creyó, pues, una necesidad apremiante liquidar la Caja de Depósitos y arbitrar el medio de escalonar en un número determinado de años lo que vencía dentro de uno. De aquí la emisión de los bonos del Tesoro.

Hecha la liquidación de la Caja, logróse en menos de un año pagar en efectivo á una masa considerable de imponentes por pequeñas sumas, hasta la cantidad de 7,000 reales que posteriormente el señor Moret extendió hasta 12,000, y consiguiendo muchos la obtención de la totalidad de su crédito con la venta de sus Bonos á tipos á la par ó con quebranto insignificante.

La situación política que se atravesaba era el mayor enemigo que la Hacienda tenía, así que los ingresos de 1868-69 se percibían con dificultad suma, y era ineludible consecuencia un déficit extraordinario, que el señor Figuerola calculó en 920 millones de reales y el señor Ardanaz precisó en 923. Hubo que acudir á otro empréstito que las Cortes acordaron á los pocos días de reunidas en 1869, por la cantidad de 1,000 millones de reales, suma que era imposible pedir al contribuyente.

Entrado el año 1870, y no habiendo podido el ministro liberar al Tesoro de toda su deuda flotante con la creación de los bonos, difícilmente podía atender á todas las obligaciones del presupuesto. Los ayuntamientos y las

(1) Se dijo que la junta revolucionaria de Madrid encontró en el Tesoro sólo 14 reales.



UNIVERSIDAD DE BARCELONA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

diputaciones estaban exhaustas de recursos, y todas las corporaciones acudían al Tesoro para que satisfaciese sus créditos y aliviase la situación apurada en que se encontraban, no siendo más lisonjera la del mismo Tesoro. Para auxiliar á aquellas corporaciones, ya el señor Sagasta como ministro de la Gobernación y con asentimiento del de Hacienda, las había autorizado para la enajenación de los títulos del 3 por 100 de su propiedad, siendo así que en interés del Estado hubiese convenido no arrojar al mercado aquellas masas de títulos, cuando por los dos empréstitos verificados importaba mantener alto el curso de los valores públicos. Ignorados en su mayor parte estos antecedentes y no apreciados por las corporaciones á que afectaban, fueron la premisa natural que les condujo á pedir la autorización para vender los bonos del Tesoro que de tales corporaciones existían en la Caja de Depósitos, y presentó Rivero el proyecto de ley correspondiente. Alarmóse el ministro de Hacienda, que había presentado un proyecto de ley de unificación de la deuda, y preparaba la negociación de los bonos no emitidos con el propósito de asegurar el pago de cuatro semestres de la deuda, y dedicarse después á hacer prosperar las rentas mejorando la administración pública, pues tal proyecto quedaba frustrado con las reclamaciones de Gobernación, no pudiéndose negar la evidencia de los apuros en que los ayuntamientos y diputaciones se encontraban.

Vendiéndose al por menor los bonos en la bolsa de Madrid, la negociación de los que al Estado pertenecían iba á verificarse en condiciones muy desventajosas y se imposibilitaba el envío de refuerzos á Cuba, así como faltaban recursos en la Península. En esta situación deseaba el ministro dejar el cargo antes que tomar una resolución extrema, é invitó á personas que después han ocupado dicho puesto, para que le desempeñaran, practicando Prim gestiones análogas con quienes después había de romper, y se presentaron como severos censores de problemas cuya solución no encontraban ó se complacían en suponer insolubles. Se necesitaba seguramente, como se dijo, un valor heroico para ser ministro de Hacienda, y le tuvo el señor Figuerola al arrostrar la impopularidad que semejante negociación de los bonos atraía sobre su persona, después de haber realizado dos empréstitos, y cuando una fracción notable que tenía representación en el Ministerio-Regencia aspiraba á solución determinada, siendo la falta de recursos medio seguro de precipitar los sucesos. Había ya entablado Prim las negociaciones reservadas para coronar al príncipe de Hohenzollern (1), y depositario Figuerola de semejante secreto, viendo la posibilidad del término de la interinidad, ofreció á Prim no abandonarle hasta después de la elección de rey, como así lo hizo, aunque el elegido fué distinto, y arrostró por lo tanto los sinsabores de aquella negociación tan censurada, y cuyo resultado hemos visto impreso públicamente en París, dando el 12 por 100 líquido á los que se interesaron en ella, producto no exagerado en España donde oficialmente se han pagado tipos más elevados y alcanzádose mayores beneficios por medios reprobados. La negociación se verificó á virtud de la ley de 23 de marzo de 1870 tomando

(1) El ministro de Hacienda entregó 40,000 reales á los señores Mazarredo y Marina, comisionados del general, y sólo gastaron 32,000.

los bonos el Banco de París á 69 por 100 cuando en aquellos días se cotizaba alrededor de 64, y es cosa llana que vendidos al pormenor los precios hubieran descendido, en tanto que negociados colectivamente, aun descontando el cupón, resultaba la negociación á 66 ó sea 2 por 100 más del precio de cotización.

Los que en aquella noche de San José causaron la primera escisión en las huestes revolucionarias, no sabían que el general Prim había dicho que se considerase al señor Figuerola como si ya no fuese ministro; que se buscase al que mejor pareciese, pero que aceptase pronta y resueltamente y llevara proyectos mejores en sustitución del que se debatía, y eficaces y positivos en resultados: todos los ministros, viendo la dificultad de la sustitución, convinieron en apoyar á su colega, sin saber todavía el plan de sus adversarios, vencidos con el grito de: *radicales, á defenderse.*

Figuerola hizo verdaderas y trascendentales reformas administrativas: la abolición del derecho diferencial de bandera, de infinitas trabas impuestas á los navieros y armadores de buques, se convirtieron en ley, sintetizando los resultados de una amplia información verificada desde 1865; la reforma monetaria ajustándola á las bases del convenio internacional de Francia, Bélgica, Italia, y Suiza, aconsejada ya antes, tuvo aplicación inmediata: quitó trabas á la circulación aboliendo los portazgos y pontazgos; trasladó el impuesto de los carruajes á la contribución industrial; desapareció la complicadísima legislación que desde 1852 se había ido acumulando, con nuevas y perfeccionadas bases; se ocupó de la reforma arancelaria, tan justificada hoy mismo, aboliendo todas las prohibiciones y verificando una transición prudente de doce años para respetar los intereses y la alarma de los proteccionistas; desestancó la sal; creó el impuesto de descarga para los buques y debiósele la ley de caducidad de créditos contra el Estado, ofrecida desde 1851. El severo y draconiano decreto de clases pasivas, fué una necesidad para cortar vergonzosos abusos: la ley del tribunal de Cuentas, la de Contabilidad, la separación del Tesoro y Caja de Depósitos, la disolución de muchos bancos y sociedades de crédito, la simplificación introducida en el sello del Estado y su numeración, base que ha servido para descubrir estampaciones fraudulentas; la organización de la administración provincial y el decreto para hacer efectivos los créditos contra la Hacienda, obedecía todo á los más sanos principios administrativos, demostrando en estos y otros trabajos por el señor Figuerola realizados, profundos estudios económicos no por todos debidamente apreciados, aunque muchos de sus trabajos subsisten, habiéndose aquilatado su valer. En un punto muy esencial no acertó, ó no le acompañó la fortuna en sus resoluciones. Fué muy censurado el impuesto personal creado en sustitución de la contribución de consumos Sucumbió la obra del señor Figuerola y debió sucumbir, porque las circunstancias no consentían otra cosa, y el déficit del presupuesto hízose mayor faltando este rendimiento; pues el señor Ardanaz no se atrevió prudentemente á restablecer los consumos para el presupuesto del siguiente año de 1870 á 1871.

El señor Moret, primer ministro de Hacienda de la nueva dinastía, reemplazó al señor Figuerola. Su notoria competencia en materias rentísticas, su elocuencia florida y elegante, su facilidad para el trabajo, le ha-

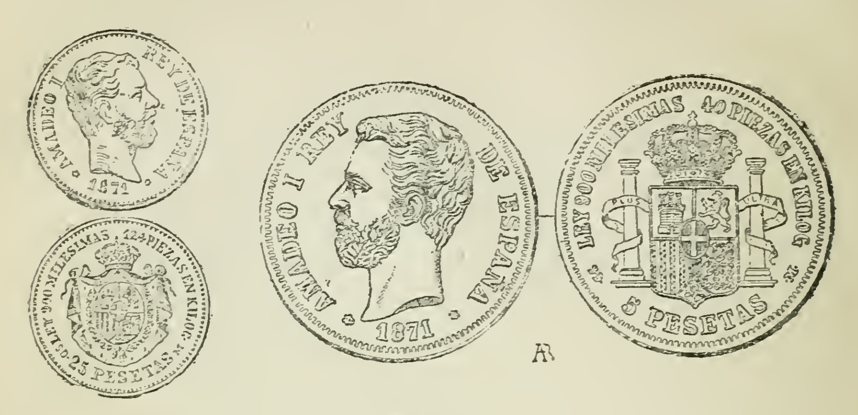
cían digno del puesto que ocupaba. Iban mejorando los ingresos de una manera sensible, lo cual permitía extinguir atrasos y atender á obligaciones sagradas. Quedaban como recurso del Tesoro los bonos que el señor Figuerola debía emitir, y el señor Moret propuso una modificación en la ley de creación, elevando su interés á 12 por 100 con el fin de poderlos colocar á la par y no darlos por menos de su valor. Cuando éste subiese, sería fácil, puesto que se renovaba cada tres meses, bajar el interés. Aprobado así por las Cortes, ascendieron aquellos valores y sirvieron para pagar operaciones de deuda flotante contraída á más alto interés, y desahogar la situación del Tesoro. Creó las inspecciones de Hacienda, imitación del sistema francés, que dieron gran resultado, pues á los cuatro meses de su creación habían podido liquidar y compensar débitos del Tesoro por más de 640 millones de reales; aumentó la recaudación de las rentas, especialmente en el ramo de Aduanas, persiguiendo al contrabando y descubriendo fraudes; y cuando con tan buenos propósitos y resultados procedía el ministro, vino la política á destruirlo todo. Vióse acometido por la murmuración sobre un contrato de tabacos, precisamente cuando exponiendo su plan rentístico ante el Congreso estaba alcanzando un verdadero triunfo y atrayéndose las voluntades hasta de sus adversarios. Abandonó el general Serrano al señor Moret en vez de apoyarle resueltamente, y la ruptura de la conciliación no fué extraña á este acontecimiento. Salió el señor Moret del ministerio, quedando reducida á una cuestión de forma y tramitación, sin consecuencia alguna, la grande culpabilidad que en los primeros momentos quería atribuírsele, y gravando al Tesoro con más de 3 millones de reales la rescisión del contrato de tabacos que había servido de piedra de escándalo.

Encargóse de la gestión de Hacienda don Servando Ruiz Gómez, que se había negado á desempeñar antes este ministerio. Propúsose en primer término llevar la moralidad, la inteligencia y laboriosidad á todos los puestos; aislar la administración de los elementos perturbadores que tomaban color de conveniencia política, no admitió dimisiones y logró realizar un empréstito de 150 millones de pesetas, que se cubrió ocho veces al 31 por ciento, demostrándose con ello, en el país y en el extranjero, la confianza que inspiraban las nuevas instituciones; siendo de notar que empezaron á desarrollarse con tal empuje los gérmenes de prosperidad y las empresas, que en ningún año los rendimientos de los ferrocarriles habían llegado á guarismos tan altos como en 1872. Por desgracia estaban ya divididas las tres procedencias revolucionarias, y al ocupar segunda vez el señor Ruiz Gómez el ministerio de Hacienda, colocó con harta dificultad el nuevo empréstito de 250 millones de pesetas, no sólo por el hecho de una emisión tan inmediata, sino por el desprestigio que causaba la continua mudanza de ministros.

Las operaciones del Tesoro las consideraba el señor Ruiz Gómez como una de las mayores plagas, y dió gran publicidad á estos actos, siendo tan escrupuloso en la publicación de los estados de la deuda flotante, que cuando volvió al departamento de Hacienda en junio de 1872, dispuso viesen la luz pública los estados de ocho meses anteriores no publicados. Subieron los fondos públicos un 5 por 100; aumentaron los ingresos; or-

denóse el inventario de todo el inmenso material del Estado y el censo general de la propiedad rústica y urbana (1) y creó el señor Ruiz Gómez el Banco Hipotecario único, explotado después por otros ministros.

Al hacerse cargo don Santiago de Angulo del ministerio de Hacienda, quedaban disponibles del empréstito de 600 millones de reales, poco más de 240; los créditos contra el Tesoro en fin de setiembre ascendían á



AMADEO I

más de 1,300 millones, que se redujeron en unos 183 y medio en diciembre, en cuyo mes se habían aumentado las existencias en las cajas del Tesoro en más de 76 millones, ascendiendo á 293 y pico, para cubrir sobre 466 millones de débitos. Se atendió trabajosamente al pago del cupón de la deuda que representaba una cifra de 150 millones, y con los sobrantes del Tesoro en el extranjero, en la Tesorería central y en contratos pendientes de realización, podía disponer de 443 millones de reales. Continuaba, pues, la deplorable situación de la Hacienda, cuya mejora impedían los mismos partidos políticos con sus intransigencias, con sus pasiones, con su falta de patriotismo.

	HECTÁREAS
(1) Con una superficie España de.	50.703,600
Y las provincias no sometidas al régimen tributario, Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y aun Navarra.	1.768,600
Dan en total una superficie de.	48.935,000
En los amillaramientos de las 45 provincias están comprendidas:	
Terrenos productivos.	25.341,893
Idem improductivos.	2.969,000
Superficie amillarada.	28.310,893
Debían amillararse.	48.935,000
Faltan para amillarar en las 45 provincias.	20.624,107

Estas cifras son más elocuentes que cuanto pudieramos decir.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO

LA REPÚBLICA

CAPÍTULO PRIMERO

Proclamación y primeros actos de la república.—Conflictos.—El 23 de abril.—Cortes constituyentes.—Anarquía.—Andalucía.—Cartagena.—Alfonsinos.

Faltando al art. 47 de la Constitución vigente que prohibía deliberar juntos á ambos cuerpos colegisladores, se reunieron éstos en una sola asamblea, recogiendo el poder supremo, barrenando también el art. 84 que facultaba al Consejo de ministros para gobernar el reino á falta del rey. Constituyóse la Asamblea soberana, y aprobada la renuncia de don Amadeo y la contestación, renunció el gobierno el poder que ejercía, y al discutirse la proposición en que se pedía se declarase la república, el señor Rivero, tan aficionado á ejercer actos de autoridad absoluta, exigió de tan imperiosa manera á los que acababan de ser ministros que volvieran interinamente á ocupar el banco azul como si fueran los ministros de su señoría, que el señor Martos dijo con aplauso del Congreso, «que no estaba bien que contra la voluntad de nadie pareciese que empezaban las formas de la tiranía el día que la monarquía acababa.» Estas palabras derribaron al señor Rivero del alto pedestal en que se hallaba. Proclamóse precipitadamente la república por 258 votos contra 32, y se eligió el poder ejecutivo, confiriéndose su presidencia á don Estanislao Figueras, y los negocios de Estado, Gobernación, Gracia y Justicia, Hacienda, Guerra, Marina, Fomento y Ultramar, á los señores Castelar, Pi, Salmerón (don Nicolás), Echegaray, Córdova, Beranger, Becerra y don Francisco Salmerón. Cuatro de estos ministros acababan de serlo de don Amadeo. Victoreó Martos á la república, á la integridad de la nación y á Cuba española, y Figueras, fatigado física y moralmente de aquellas 48 horas, y embargado su ánimo con el cargo que se le confería y que había merecido por la consecuencia de toda su vida política en favor de la idea republicana, —aunque también merecía algún puesto don Eugenio García Ruiz—después de rendir el debido tributo al marqués de Albaida, ausente, ofreció concurrir con todos sus compañeros á todas las necesidades del momento, dejar á las Constituyentes el desarrollo de la forma definitiva de la república, concediendo la más amplia libertad en las elecciones; leyó un telegrama anunciando que no ocurría novedad en toda España, excepción hecha de Sevilla, donde había habido un ligero tumulto que fué apaciguado en el acto; hizo observar que cuando un pueblo verificaba tan honda transformación sin el más ligero desorden, probaba su aptitud para la libertad, y pidió indulgencia y se esperase para juzgarlos á sus actos, que serían dirigidos á asegurar la república, la libertad, el orden y la integridad del territorio español.

En nombre de los que acababan de ser ministros de la monarquía y ahora lo eran de la república, dijo el señor Echegaray que aceptaban el cargo mientras durasen las difíciles circunstancias que atravesaban, obedeciendo al mandato de las Cortes españolas: que resonaban en su oído voces que les acusaban, pero veían sus conciencias limpias, sometiéndose al juicio de Dios, único que podia juzgar actos de esta naturaleza.

La presidencia de la Asamblea se confirió á Martos, obteniendo Rivero sólo veinte votos. Expió su altanero orgullo: no debía culpar más que á su carácter.

Aquellas cámaras se confirieron á sí mismas un poder que no les daba la Constitución; eran además ordinarias, y proclamando la república cometieron una ilegalidad, así como no dejaron bien sentada su moralidad política, siendo como eran monárquicas. Los republicanos franceses después de una sangrienta lucha de tres días, y derribado el trono de Luis Felipe, sólo se atrevieron al nombramiento de un gobierno provisional; y Lamartine, republicano, proclamó desde el balcón del Ayuntamiento, que nadie tenía derecho para imponer la república á la Francia. El principio de la soberanía nacional fué hollado por aquellas Cortes; y nosotros que le reconocemos y sostenemos, hasta como fuente de derecho, debemos anatematizar á los que proclaman la soberanía de las masas y las adulan, rebajándose tanto ó más que los aduladores de los reyes: unos y otros se humillan ante el poder. En nada ni en nadie hubo grandeza: la república que debió haber nacido como Minerva, resultó un aborto débil, que no entusiasmó ni aun á sus autores. No la querían éstos sólo para ellos, pero desconfiaban de los amigos del día siguiente, y unos y otros se aprestaron á la lucha, que comenzó impulsada por lamentables tendencias.

Verdadera gravedad revestían los sucesos de Málaga, Montilla y otros sitios, donde el pueblo se hizo instrumento de intereses que no eran los suyos, y prestó su inconsciente concurso para cometer punibles excesos, de los que otros sacaban gran provecho, particularmente los mismos carlistas, que levantaron partidas en las Alpujarras y le sierra de Alfácar, contra las que se organizaron varias columnas que obligaron á aquéllas á dispersarse: convendría á algunos el incendio de varios archivos y expedientes, pues sólo un criminal instinto podía inspirar la quema de algunas casas, y asesinatos como los ejecutados en Montilla, Canillas de Acei tuno, etc., etc. Disipaban estos actos la forzada confianza de los primeros días, y lo que tuvo lugar en Barcelona infundió el sobresalto y el temor en todas las clases. Relevado Gaminde por el general Contreras, quedó aquél en muy difícil posición, y aun esperó el regreso de las columnas de Mola y Araoz, para resignar el mando en el segundo cabo y embarcarse, pues sin autoridad no podía emplear los elementos de represión que había preparado: quedó la diputación dueña de la ciudad, y en breve contó con una parte de la guarnición de aquella plaza, que prefería las vicisitudes de la política á los azares de la guerra, á pesar de que ésta exigía su presencia en Tordera y en otros puntos: se produjeron escenas de vergüenza para los republicanos insensatos, de desdoro para el ejército, de espanto para la ciudad, de tristeza para la patria, y de alegría para los carlistas y para otros.

Cuando más se perturbaba el orden en todas partes, y en la misma capital se conspiraba para derribar al gobierno, convirtiéndose la asamblea en plaza de armas, ocupándose sus departamentos con guardias civiles, se abolía la quinta. Temió el vecindario pacífico de Madrid á los grupos que recorrían las calles; habíase declarado el antagonismo entre radicales y republicanos, é inminente la lucha, presentáronla éstos á sus nuevos aliados los radicales, y á pesar de los elementos con que éstos contaban, cedieron. Procuróse en vano la avenencia, dimitió el ministerio, demostrando Figueras la imposibilidad de su continuación y pidiendo uno republicano, porque «el partido radical solo en el poder, acaso simbolizase una batalla en Madrid aquella misma noche, sangrienta y terrible.» Se admitieron las dimisiones, asumió el poder el presidente de la Asamblea, que creyó poder derribar aquella situación, ocupando militarmente el ministerio de la Gobernación y el Congreso y confiriendo la capitanía general de Castilla la Nueva al general Moriones: con propósito intencionado invistió la Asamblea á su presidente de la facultad que concernía al poder ejecutivo; aun se pensó en la lucha, pero obró activamente Pi y Margall, quien exasperado de ver ocupado por fuerza armada su departamento, corrió á la Asamblea, increpó á su presidente, temió éste las consecuencias de continuar en su propósito y cedió, no sin pretender nombrar un ministerio provisional que sublevó á los republicanos alentados con la actitud de Pi. Se declaró la Cámara en sesión permanente, bajo la presidencia de Figueras se nombró un ministerio compuesto de los señores Castelar, Pi, Tutau,. Salmerón, Acosta, Oreiro, Chao y Sorní; pidió el concurso de todos los partidos pora hacer una república estable, declaró además su presidente que no haría el gobierno política de partido sino ancha y noble, y que deseaba se cerrase para siempre la época de las conspiraciones en este país donde se han visto tantos conspiradores y tan pocos patricios.

La heterogeneidad de aquel ministerio hacía imposible su marcha. El gobierno necesitaba de la Asamblea, cuya mayoría era radical, y los radicales no desconocían la superioridad adquirida por los republicanos; así se conformaron con que representaran su partido en el nuevo gabinete los ministros de Guerra y Marina. Desconfiaban unos de otros: Pi se proponía establecer la república federal, que venía defendiendo desde 1854, pretendiendo se crease antes con carácter de transitorio un poder central fuerte y robusto, hasta que reorganizadas las provincias se llegase á la constitución definitiva y regular de los poderes federales. Aunque comprendía que el procedimiento de abajo arriba era más lógico y más adecuado á la idea de la federación, consideraba el de arriba abajo más propio de una nacionalidad ya formada como la nuestra, y en su aplicación mucho menos peligroso. No quería, sin embargo, adelantarse á la obra de las Cortes, ni permitir que nadie se adelantase. Ordenó la disolución de las juntas revolucionarias formadas en algunas poblaciones y la reposición de los ayuntamientos, amenazando con la fuerza á los que no obedeciesen; pretendió la elección por sufragio de todos los municipios y diputaciones provinciales para ocupar en algo la actividad febril que en todo cambio brusco se apodera de los pueblos, sometiéndola á la Asamblea,

prometiendo antes á los radicales aplazar la disolución de la Cámara á cambio de aquella concesión, pero prefirieron la disolución á decretar su muerte, y aumentaron los apuros del gobierno que apenas podía sostener el orden público.

Alteróse gravemente en Barcelona, cuya diputación provincial quiso establecer el Estado catalán, por lo que indispuso á los soldados contra los jefes y oficiales que quedaron sin prestigio y la disciplina y la ordenanza sin cumplimiento. El general Contreras evidenció su incapacidad, y la diputación se erigió en verdadero jefe del ejército.

Anunció el gobernador civil para el 5 de marzo una manifestación de la clase de tropa que iría á la plaza de San Jaime para pedir la licencia absoluta, y se telegrafiaba al gobierno dijera lo que se había de contestar, advirtiendo que para resistir faltaban elementos; Pi contestó en la madrugada del mismo día 5 se dijera á la tropas que no era digno del nombre de ciudadano el soldado que pedía licencia absoluta cuando estaba en guerra el país y en peligro los grandes intereses de la patria; que no sólo se necesitaban sus esfuerzos, sino el armamento de numerosos batallones de cuerpos francos para terminar la guerra civil; recomendaba que no faltaran á su deber, y terminaba diciendo que el gobierno de la república estaba resuelto á exigir de ellos, como de todos los ciudadanos, la responsabilidad en que incurrieran por faltar á su juramento y á las obligaciones que les imponía la dignidad y el decoro de España.

Conjurado apenas este conflicto, surgió otro al día siguiente reuniéndose los voluntarios para proclamar el Estado catalán si el gobierno era derrotado en la Asamblea. Al divulgarse esto, corrieron los voluntarios á las armas, se invadió la plaza de San Jaime, y se iban á adoptar significativas determinaciones, que impidieron los telegramas del gobierno restableciendo la calma. No era completa, ni podía serlo, cuando con tanta facilidad se alteraba; cuando se estaba esperando la noticia de la retirada del ministerio para proclamar el cantón catalán sin que pudiera impedirse (1); cuando los delegados de las cuatro provincias catalanas se reunían para telegrafiar que deseaban la disolución de la Asamblea nacional; cuando se decidió al fin la proclamación del Estado catalán para el día 9. Asustado Pi de tal decisión y de las consecuencias que preveía, enemigo resuelto de que la federación se hiciese de abajo arriba y se la empezase por las provincias, viendo comprometida la suerte de la república, llamó al telégrafo á los jefes de los conjurados, apuró cuantas razones le sugirió su entendimiento y patriotismo para disuadirles de su peligroso empeño; confesaban que eran poderosas sus razones, pero que era ya tarde; replicóles que los que habían tenido medios para llevar las cosas al estado en que se hallaban, no dejarían de encontrarlos para deshacer su obra, si no se detenían ante el riesgo de hacerse impopulares, y apelaba á su

---

(1) Decía el gobernador civil al ministro de la Gobernación que había conferenciado con el general Lagunero sobre los deberes que les imponía su posición respectiva, y añadía: «El general convino conmigo en que no disponía de elementos suficientes de resistencia, y en que aun teniéndolos no podrían emplearse sino con extraordinaria cordura, atendido el conjunto de las circunstancias que atravesamos.»

honradez y energía, autorizándoles de acuerdo con el señor Figueras, para que acallaran las muchedumbres, diciéndoles que aquella misma mañana saldría para Barcelona el presidente del poder ejecutivo. De derrota telegráfica se calificó la sufrida por los que se anticipaban al señor Pi, quien por si no era bastante lo que había hecho, mandó incomunicar á Barcelona con el resto de España, previno contra el movimiento á los gobernadores de las provincias limítrofes, para aislarle si no podía impedirle, y ayudáronle amigos celosos. No era esto favorecer al cantonalismo, pero no favorecía tampoco al ejército cuando le acusaba en la Asamblea «de haber sido la primera causa de la alarma que hubo en aquella ciudad» el día 9. ¡Bien sabía el señor Pi quiénes eran los causantes de aquel conflicto conjurado primero por él y después por el señor Figueras!

La diputación de Barcelona, que era el poder que allí regía, y al cual se doblegaba la autoridad del general Contreras y de otros generales, que no es éste solo el responsable, tenía interés en la disolución del ejército, por aquellos jefes más ayudada que contrariada, y comenzó á licenciarle. No podía aquella ofuscada corporación dar mayor auxilio á los carlistas.

Introdújose en el ejército la más desordenada indisciplina: los soldados llamaban tiranos á sus jefes, gritaban abajo los galones y estrellas que algunos de ellos mismos se ponían; exigían de sus oficiales hasta la deshonra, y fué cundiendo á todas partes este ponzoñoso virus que amenazaba con la completa destrucción del ejército (1), pues los voluntarios con quienes se le pretendió reemplazar, sobre ser más caros, y presentarse pocos, no correspondieron en general, ni podían corresponder, á las esperanzas que en ellos fundaron los mismos que crearon aquella fuerza.

Tales y tan graves excesos exigían más que la circular que el 19 de marzo expidió el ministro de la Guerra don Juan Acosta. ¿Pero tenía fuerza aquella situación para hacer que muchas corporaciones, autoridades y el ejército cumplieran con sus deberes? ¿Había en el mismo gobierno la unidad de miras necesaria para hacer frente á las contrariedades y conflictos que surgían á cada instante?

No había salido el poder ejecutivo del conflicto que le creó la diputación de Barcelona, cuando presentó el señor Martos la renuncia de la presidencia de la Asamblea, y aunque ésta aprobó la convocatoria de las Constituyentes para el 1.º de junio, continuó discutiendo varias leyes y procurando sobreponerse al gobierno. Para reemplazar al dimitente no se consiguió el acuerdo entre radicales y republicanos, llegaron unos y otros á inspirarse en la desesperación más que en el buen consejo, se propusieron y desecharon diferentes candidaturas, y al fin fué elegido don Francisco Salmerón y Alonso por 91 votos contra 85 que obtuvo el marqués de Albaida.

Ante esta hostilidad de la Asamblea, se decidió su clausura, y se propuso se declarara en sesión permanente, hasta votar las leyes de Puerto

---

(1) Merecen especial mención las compañías de ingenieros que guarnecían á Barcelona, que fueron modelo de subordinación, y continuaron conservando la digna reputación del cuerpo, honrándole y honrándose.

Rico y matrículas de mar. El gobierno, como dijo Figueras, que acababa de regresar de Barcelona y pudo convencerse de los graves peligros que había que conjurar, no podía vivir en perpetua crisis; necesitaba unidad de acción, rapidez y energía para gobernar; hizo de la proposición cuestión de gabinete, y mientras se vacilaba en suspender ó aprobar inmediatamente la proposición, acordaban los radicales con Castelar la disolución de la Asamblea, y que la comisión permanente se compusiera, además de la mesa, de veinte representantes elegidos de común acuerdo de entre todas las fracciones.

La clausura de la Asamblea no mejoró la situación del poder ejecutivo. El proceder de los federales catalanes tuvo imitadores, para aumentar los apuros del gobierno y la vergüenza del país. Repartimiento de tierras, profanación de templos, insultos á la moral y al pudor, y la proclamación de las doctrinas más disolventes, tenían en continua agitación al ministerio, le lastimaban y mataban la república, que la presentaban injustamente solidaria de tamaños excesos.

Necesaria la organización del ejército, tratóse también de la del cuerpo de artillería, y camino llevaba la cuestión de arreglo, cuando el Estado catalán declaró—10 de abril—«que vería con profundo pesar que el poder ejecutivo entrara en tales negociaciones, las cuales, sobre dar á la ex oficialidad del cuerpo de artillería una fuerza que nunca ha tenido, implicaría una deplorable abdicación por parte del gobierno de la república.» La abdicación, no deplorable sino vergonzosa, estuvo en obedecer este veto.

Desprestigiado el gobierno, en vano alardeaba algunos pujos de energía, no tenía fuerza, y en duro aprieto vióse el señor Pi y Margall ante la comisión permanente de la Asamblea en la reunión del 17, que censuró duramente todos sus actos. Acordóse celebrar el 20 una sesión extraordinaria á la que asistiría todo el ministerio, mas sólo concurrió el señor Sorní, temiendo los demás ministros el resultado. Era importante la reunión, porque la mayoría de la comisión pretendía reanudar las sesiones de la Asamblea, derribar al gobierno y reemplazarle con otro presidido por el general Serrano. Prevenido el poder ejecutivo, numerosos grupos obstruían las inmediaciones del Congreso, se adoptaban alarmantes precauciones, prodújose grande alarma, y temióse por el orden. Un suceso inesperado, el fallecimiento de la esposa del señor Figueras, suspendió la discusión ya entablada, y respetando todos el justo dolor del presidente del poder, aun cuando pudo ser independiente de los negocios del Estado, se aplazó para el 23 la sesión extraordinaria, con asistencia de todos los ministros, menos Pi, que no quería entregarse á la comisión permanente.

Preparado por unos y otros el rompimiento, la legalidad y la fuerza estaba en la Asamblea, á cuyo presidente ofreció el capitán general de Madrid señor Pavía, que la guarnición, á la cual se había impuesto, haría respetar las órdenes de las Cortes, y le pidió las reuniera desde luego, destituyera al gabinete, llamándole á la Cámara para notificarle este acuerdo, y que él respondía de la tranquilidad de Madrid, batiendo á los federales en cuanto intentaran alterar el orden; pero si no se ejecutaba lo que proponía, impedíale su honor hacer armas contra el gobierno. Violento le pareció al señor Salmerón lo propuesto, manifestando sus temores de que

se derramara sangre: contestóle asegurando ahogar la insurrección en cuanto se presentase, y que si no quería luchar personalmente con el ministerio, ni presentar el combate, reuniese la Asamblea, destituyese en el acto al gabinete, saliera del Congreso rodeado de los diputados y precedido de los maceros, recibiéndole Pavía y escoltándole hasta el campamento de los Carabancheles, donde podía funcionar libremente, y él respondía de la seguridad de la Asamblea y de la tranquilidad de Madrid. Quiso el presidente de la Cámara consultarlo antes con sus compañeros de la comisión, y acordaron convocar al gobierno para demostrarle la urgencia de que la Asamblea reanudara sus sesiones: insistió Pavía, citó á los jefes de la guarnición, á fin de manifestarles que la única legalidad eran las Cortes que todos tenían el deber de acatar; pero el ministro de la Gobernación no se descuidaba, ocupando silenciosamente los edificios de las calles Mayor y de Alcalá con guardias de orden público, y se preparó á luchar, apoyándole los voluntarios de la república. El marqués de Sardoal reunía la milicia nacional y la llevaba á la plaza de Toros.

A pesar de esta diligencia y de que el ministro de la Guerra estaba separado de sus colegas, obró con más actividad el gobierno que se había reunido en el Congreso, sin su compañero de Guerra; increpó Pi al alcalde de Madrid por la reunión de la milicia, llamó á varios generales federales para que tomaran el mando de los cuarteles, y se ordenó que los grupos federales se agitaran y se dispusieran á resistir lo que mandara la Asamblea. Abdicó el ministro de la Guerra de sus atribuciones y faltó á sus propósitos, sancionando cuanto en su nombre se había hecho sin consultarle y contra sus opiniones y ofertas: compadecido Pavía de la debilidad de aquel general, acudió al presidente de la Asamblea, y los radicales mostraron por tercera vez, desde la abdicación de don Amadeo, su desunión, su falta de tacto y de previsión. Reunidos con el gobierno estaban gastando el tiempo en pronunciar extensos discursos, cuando se esperaba la orden de la batalla. Tan inoportuno como desgraciado el discurso del señor Rivero, originó innumerables protestas y enérgicas reclamaciones aun de sus mayores amigos. Cuando más indispensable era la unión, en la sala de conferencias y en los pasillos del Congreso mostrabánse los radicales tan divididos como en la comisión permanente. Esto daba incontrastable fuerza al gobierno y á los federales, cada hora más alentados y más agresivos. Mientras avanzaban sus fuerzas contra las de la plaza de Toros, numerosos grupos, no en ademán pacífico, rodeaban el Congreso.

En las casas del duque de la Torre y del marqués del Duero estaban dispuestos algunos generales para ponerse al frente de la milicia; y es altamente original que nadie hubiera tratado con Pavía. Si el elemento militar con que contaban era la milicia, no pudo quedar ésta muy satisfecha de la dirección, ni de sus elevados jefes; así hubo escenas tan originales como extrañas, y cordura grande fué la de los milicianos en no empeñar por sí mismos la lucha cuando la comisión de la Asamblea y otros les abandonaban. Ofendido también Pavía por el proceder de la comisión, dimitió el mando y se retiró á su casa. Le reemplazó Hidalgo, dió Pi, contra el parecer de algunos de sus colegas, la orden de atacar á los

encerrados de la plaza de Toros, y se retiraron los que en ella perdieron todo el día, haciéndose algunos disparos inútiles.

Aun se discutía estérilmente en el seno de la comisión, cuando las masas federales comenzaron de nuevo sus gritos é invadieron el Congreso, deseando hallar diputados en quienes saciar su criminal deseo y saña. Introdújose gran pánico entre los diputados, buscaron su salvación escondiéndose unos, disfrazándose otros, y apelando todos á cuantos medios les sugería su ingenio: titánicos esfuerzos hizo el señor Castelar para salvar la vida de algunos, poniendo en inminente peligro la suya, pues vióse arrollado por las masas armadas, fué preso en la calle el señor Figuerola y otros, y como no hubo resistencia, se contentaron los federales con enseñorearse del palacio de las Cortes y proclamar su triunfo.

Fué completo: al día siguiente se disolvió la Asamblea por un decreto, en el que quedaba mal parada la comisión permanente; se disolvieron todas las fuerzas de la milicia que no inspiraban confianza y se nombró capitán general del distrito á don Mariano Socías. La Asamblea y la comisión permanente expiaron sus grandes faltas. Aquella mayoría barrenó la Constitución del Estado, destruyó todo lo existente y lo reemplazó con un poder á medias: fué consecuente en la obra desorganizadora que inauguró. Ella sembró los gérmenes de la desorganización del ejército, destruyó el organismo constitucional y contribuyó poderosamente al fomento de la guerra civil. Proclamó la república y conspiró contra los republicanos.

El poder ejecutivo quedó árbitro de los destinos de España. Tenía razón el señor Pi en decir que si hubiese querido, al día siguiente hubiese proclamado la república federal y convocado las provincias sus parlamentos. Era innegable que se estaba en plena dictadura revolucionaria; por esto mismo necesitó Pi y Margall hacer grandes, colosales esfuerzos para contrariar los tenaces propósitos de sus mismos amigos, que exigían la proclamación de la república federal, como se propuso hacerlo un general la misma noche del 23 aun á despecho del gobierno, que recibía numerosas comisiones pidiéndola, y reformas, no faltando hasta conatos de rebelión para realizarlas exigiendo el que menos se dejase desfilar por la Puerta del Sol los batallones de voluntarios victoreando la república federal. Bien sabía Pi que los mayores obstáculos había de encontrarlos en su propio partido; así sentía desde el telégrafo central los latidos de las provincias, poseídas las más republicanas de una exaltación calenturienta; pero esperaba dominar la situación en mayo con las elecciones y en junio con las Constituyentes, é ir sobrellevando sino venciendo las contrariedades que le presentaban de continuo, como si no fuera bastante poderosa la guerra civil que empezó á adquirir el incremento que tan temida la hizo. Sucedíanse unas á otras alarmantes manifestaciones federales; el club de la calle de la Yedra, y otros de su género, hacían temida aquella república que pugnaba por no ser terrorífica; el mismo ministro de la Guerra y el gobierno tuvieron que desaprobar la federal conducta de don Fernando Pierrad, interinamente encargado de aquel ramo; asustado Nouvilas de las consecuencias de la indisciplina militar, procuró restablecerla, pero tuvo á poco que volver al ejército por el desastre de Eraul, y quedó Figueras encargado del departamento de la Guerra, en momentos tan crí-

ticos que exigían no se prescindiera de poner á su frente un militar, aun cuando sólo fuera para tener más autoridad para con los militares que un paisano, prescindiendo del mayor talento y mejor dirección que éste pudiera imprimir á un ministerio, que ha sido desempeñado alguna vez por militares que apenas sabían la ordenanza: el uniforme no da ciencia.

La fácil victoria que los republicanos obtuvieron en las elecciones, la desvirtuaron ellos mismos perturbando en muchos partes el orden público, imponiéndose los más audaces, tiranizando en nombre de la libertad; se temió por la propiedad y la seguridad individual; se ultrajó la religión y hasta se vió en peligro la unidad nacional, á tanta costa conseguida, pues más que diputados de la nación se llamaban diputados catalanes, andaluces, etc. En tales circunstancias se reunieron el 1.° de junio las Cortes constituyentes, las sextas en lo que va de siglo, leyendo el presidente del poder ejecutivo un muy extenso discurso, haciendo historia retrospectiva, manifestando que el gobierno había recibido la triste herencia de tantos siglos de monarquía, agravada por cuatro años de revolución material y moral, los ánimos agitados, las pasiones exaltadas, los partidos disueltos, la administración desorganizada, la Hacienda exhausta, el ejército perturbado, la guerra civil en gran pujanza y el crédito en gran mengua; enumeraba las reformas que había que emprender; decía que se sustituía el gobierno de casta y de familia por el gobierno de todos, el del privilegio por el del derecho; que se iban á fundar esas autonomías de los organismos políticos, que dan á la vida social toda la variedad de la naturaleza; oponer á los antiguos poderes los de las grandes democracias; confirmar derechos, establecer complicados organismos, procurar el mejoramiento económico, moral y material del pueblo; pero que su obra no era solamente de progreso, sino también de conservación, que no bastaba con procurar las reformas, sino que era necesario consolidar las adquiridas. «Ayer éramos aún esclavos, y no es tan seguro que mañana podamos ser libres en esta inquieta y movediza Europa. Procuremos con verdadero espíritu político arraigar esta libertad de conciencia, esta libertad de enseñanza, por las cuales todas las ideas progresivas se formulan; y esta libertad de reunión, y esta libertad de asociación, por las cuales todas las ideas progresivas se difunden; y este sufragio universal, por cuya virtud todas las ideas progresivas se realizan; y esta forma de gobierno, que llama á todos los ciudadanos á participar igualmente del poder. Para esto, uniendo al valor la prudencia, cerremos el período de las revoluciones violentas, y abramos el período de las revoluciones pacíficas. Procuremos calmar y no enconar los ánimos; reconciliar y no dividir á los ciudadanos; fundar una legalidad que como la luz á todos alcance y como el cielo á todos cobije, y que sea universalmente amada, porque todos hayan conocido y tocado sus ventajas. Acordémonos de la patria, de la nación que tanto amamos.—No la debilitemos, no. Puesto que España va á ser la república, la libertad, la democracia, que sea por lo mismo un grande ejemplo moral, y una gran fuerza material en el mundo, para iluminar con sus ideas y para imponer el debido respeto á su autoridad y su soberanía. Intacto tenéis el mandato del pueblo: de este pueblo en quien no sabemos si admirar más, el valor ó la prudencia, la sensatez ó el entusiasmo. Todos

los poderes se hallan en vuestras manos. Los hemos defendido á costa de todos los sacrificios: usadlos con la moderación que es propia de los fuertes. Nosotros, los miembros del poder ejecutivo, nos contentamos con haber sido los fundadores de la república. Este privilegio basta á satisfacer todas nuestras ambiciones, y á recompensarnos de todos nuestros trabajos. —Si vosotros logréis consolidarla, podéis decir ante el mundo: hemos sido una generación predilecta en la humanidad, y aguardamos tranquilos el juicio de la conciencia humana y el fallo inapelable de la historia.» Favorable sería si se hubieran seguido tan magníficos consejos, y practicado tan excelentes teorías.

Se elevó á la presidencia de las primeras Cortes republicanas al señor Orense, haciendo la debida justicia á sus ideas y consecuente republicanismo, y al constituirse definitivamente la Asamblea y dar las gracias por su elección, dijo que el único medio de hacer la felicidad de los pueblos eran las economías, la libertad, una buena política, y que la mejor sería la de la república federal. Depositó Figueras en las Cortes el poder que él y sus colegas ejercían; manifestó con verdad que la situación era más grave que en ninguna otra época desde la proclamación de la república hasta entonces; que la división del general Velarde se había insurreccionado; que la colisión entre la fuerza pública y el pueblo de Granada terminó rindiéndose aquélla á discreción, y que se necesitaba un gobierno enérgico y con unidad de miras. Para ello, después de proclamar la república federal como forma de gobierno, se autorizó á Pi á formarle, y bajo su presidencia, propuso á la Cámara un ministerio compuesto de los señores Cervera, Pedregal, Estévanez, Palanca, Carvajal, Oreiro y Sorní, procurando representar las diversas tendencias de las Cortes. Suscitóse, sin embargo, una discusión borrascosa, en la que á falta de elevadas ideas sobraban mezquinas personalidades, poniendo en evidencia aquella Cámara, su escaso valer, su rebajamiento y su inconsecuencia, al rechazar sin oirle y sin conocerle, al gobierno que proponía el mismo que por ella había sido autorizado el día antes para formarle. Aun sucedió más, el señor Orense que no estaba á la altura del elevado cargo que ejercía, tuvo que dimitirle, asombrado sino asustado de lo que en su rededor veía. Por breve tiempo volvió á ocupar el banco azul el anterior ministerio; eligió directamente la Cámara el que había de reemplazarle, compuesto de los señores Pi, Estévanez, Sorní, Muro, López Salgado, Aurich, González (don José Fernando). Ládico y Benot, declarando el primero como su presidente, teniendo además la cartera de Gobernación, que ante la gravedad de las circunstancias, la alarma que había cundido en Madrid, recelando que peligraran los altos intereses de la república y de la patria, abandonó su firme resolución, no de retirarse á la vida privada, pero sí del poder, que sólo aceptaba por los graves riesgos qne había que correr; que únicamente podía decir por de pronto que el gobierno se proponía salvar la cuestión de orden público; que la insurrección era uno de los más graves crímenes, y siendo la hora de obrar y no de hablar, ya expondría más adelante su programa. Habíase salvado por entonces la república federal de una muerte segura, preparada en el mismo ministerio anterior: de aquí la falta de unidad de miras de que se quejó su presidente, que aun pudo haber dado

más colorido á las tendencias de algunos ministros. Faltó resolución y no se habían preparado tampoco debidamente los elementos que habían de recoger la herencia de aquella república, que al nacer llevaba en su seno el germen de la descomposición y de la muerte.

Al presentar Pi su programa, recomendaba la unión para salvar la república y terminar la guerra civil; necesitando para esto contener la indisciplina del ejército, castigando, no sólo á los soldados, sino á los jefes y oficiales que no supieran morir en su puesto; otorgar las recompensas y ascensos militares por juicio contradictorio, estableciendo tribunales de honor; revisión de las hojas de servicio; organización de la reserva, llamando á los mozos de la primera edad; suspensión de garantías constitucionales; mantenimiento del presupuesto vigente; separación de la Iglesia y del Estado; enseñanza gratuita y obligatoria; abolición de la esclavitud en Cuba y planteamiento de todas las libertades en estas provincias ultramarinas. Esto en cuanto á las reformas políticas; respecto á las sociales, establecer jurados mixtos de obreros y fabricantes, cuidar del trabajo de los niños y vender á censo reservativo los bienes nacionales para que pudieran interesarse las clases jornaleras. Recomendó que se hiciese pronto la Constitución, que era el mayor deseo de Pi, porque á la vez que fundaba en ella sus más halagüeñas esperanzas, temía cada día, á cada hora, ver llegar el término de la república y de una manera desastrosa. No puede presentarse dato más significativo ni más gráfico de lo deleznable y efímero de aquella situación.

Elegido presidente de las Cortes el señor Salmerón y Alonso, las recomendó lo fueran verdaderamente de la nación, cuyo deplorable estado pintó, pidiendo que no se tuviera el egoísmo satánico de hacer sólo la república para los republicanos, sino para España, solicitando la cooperación de todos para no encerrarla en los estrechos límites de un partido; proclamaba, sin embargo, la república federal, que decía no quebrantaba la unidad de la patria, ni hería inicuamente los intereses de las clases conservadoras; pidió á los mismos diputados acatasen los acuerdos de la Asamblea, que la minoría se disciplinase, y fuese moderada y prudente la mayoría. No era posible que el señor Salmerón, con su gran talento y su privilegiado criterio, se hiciera la ilusión de que se remediaran los males que veía y de que se lamentaba, de que contuviera la perturbación que en todo reinaba, de que se evitara el desastre que estaba en la conciencia de todos. Así que, no habían pasado ocho días cuando se presentó á las Cortes el señor Pi á exponer que el gobierno era débil ante las circunstancias que se atravesaban, peores cada día, y la Cámara, satisfaciendo el deseo del presidente del poder ejecutivo, le autorizó para resolver por sí las crisis que ocurrieran en el ministerio. Aquella Cámara que hacía poco decidió elegir directamente los ministros, volvió sobre su acuerdo, y autorizó á Pi para nombrarlos cuando le conviniera. No podía ser mayor su abdicación ó más bien su informal inconsecuencia; estaba en carácter y daba de sí lo que de ella podía esperarse. Esto amilanaba á Pi, que no estaba satisfecho, ni podía estarlo desde que se habían negado á formar parte del ministerio Castelar, Salmerón y Figueras. Cuando hombres de su talla política, si no negaban, prescindían de su concurso para hacer

viable siquiera su propia obra, mal juicio podía formarse de aquella situación, y mucho menos cuando se vió cómo se despertó todo género de ambiciones, aspirando al poder aun hombres oscuros que acababan de entrar en la vida política sin merecimientos de ninguna clase. Natural era el profundo disgusto de Pi, y que dijera que se arrepentiría toda su vida de haber seguido á sus compañeros, prestándose en la tarde del 7 de junio á encargarse de formar un ministerio. Ya desesperaba de llegar á la constitución federal del país y hacer cuanto pudiese para asegurarla, á fin de que no tuviesen tiempo de estallar las pasiones ni las impaciencias del partido, exageradas unas y otras.

Para ver de terminar un estado de cosas verdaderamente grave, celebraron una conferencia Figueras y Pi; y sin que ésta revistiera grande importancia, aunque la tenía de suyo la situación, cuyo peso y responsabilidad abrumaban á Figueras, consideró la mejor solución huir de España, dejando á sus compañeros atónitos de tan incomprensible resolución. Como si no bastara este desastre á la república, surge nueva crisis en el ministerio, pugna Pi por resolverla, se discute en tanto una proposición para declarar la Cámara en Convención nacional, la cual eligiría una junta de salud pública que sería el poder ejecutivo de la república; se desecha esta proposición y se reforma el ministerio bajo la presidencia de Pi, constituyéndole los señores Maisonnave, Gil Berges, general González, Aurich, Pérez Costales, Suñer y Capdevila y Carvajal. Ni á los mismos republicanos podía satisfacer este gabinete, si es que á muchos podía satisfacer alguno. ¿Qué idea de gobierno ni amor al país podían tener los que en Barcelona formaban un comité de salud pública, los que en Sevilla se apoderaban de la Maestranza, los que en Málaga asesinaban al alcalde y los que en otras partes cometían los más punibles excesos? Mataban los cazadores de Madrid en Sagunto á su jefe el valeroso Llagostera; cundían por todas partes el desorden y la anarquía; se cometían crímenes que quedaban impunes, y al proclamar el pueblo su soberanía la escarnecía y se deshonraba. Concede la mayoría de las Cortes al presidente del poder ejecutivo autorización para tomar las medidas extraordinarias que juzgase necesarias, y se retira la minoría, creando así al gobierno un conflicto más sobre los que le abrumaban; y si esto no era bastante, al querer castigar á los asesinos de Llagostera se opusieron los catalanes, protestando la milicia toda de Barcelona contra el fusilamiento de los soldados del batallón de cazadores de Madrid, y declarando que estaban dispuestos á suspender á todo trance la consumación de tan nefando crimen. No quería Pi fusilarlos, pero se le hacía denigrante prometer que no lo haría, y acabó por dar gusto á los que se oponían al castigo que la ordenanza, la ley, el orden, la sociedad y la vindicta pública exigían.

Pretendiendo quizá neutralizar tan lamentable abdicación, se opuso Pi resueltamente á que se formase en Barcelona una junta suprema de salvación y defensa, que equivalía á establecer vergonzosamente el cantón catalán, pedida por todas las autoridades, estando únicamente dispuesto á prestarse á la creación de una junta auxiliar de armamento y defensa; encargó á las autoridades de toda España que castigaran á cuantos se agitaran para promover desórdenes, pues abiertas las Cortes, completa la

libertad y el pueblo en el ejercicio de su soberanía, toda insurrección era un crimen y todo perturbador un enemigo de la república, y procuró ser fuerte. Ya era tarde: no bastaba ofrecer una Constitución que empezaría organizando los estados federales.

Todo armonizaba en aquella situación. Las Cortes, compuestas casi exclusivamente de republicanos, y aun concediendo de buen grado los patrióticos deseos de sus diputados, eran una rémora para el poder y para el establecimiento gradual y sólido de la república: produciendo frecuentes crisis, dejándose llevar más por las impresiones del momento que por los serenos cálculos de la razón, en vez de crear destruían, y lo que hoy aprobaban, mañana lo censuraban: si en muchos había patriotismo, carecían de práctica política, y la exuberancia de su fuerza juvenil la empleaban en desmoronar el mismo edificio que con tanto entusiasmo y precipitación se proponían levantar. Se pedían reformas á granel, se discutían con talento y se aprobaban sin criterio; no podían establecerse y se creaba el caos.

Exigieron las circunstancias la necesaria suspensión de los derechos individuales, aun cuando se habían considerado ilegislables y lo fueron de una manera absoluta, y era indispensable restablecer el orden gravemente perturbado en Andalucía. Con más interés mercantil que político, arrojaron los malagueños á los carabineros, y concitados los ánimos en Granada, lo que empezó por una reyerta en una taberna, acabó por una formal insurrección contra los carabineros, que resistieron valientes á las numerosas fuerzas de voluntarios que les asediaban, hasta que abandonados por la autoridad militar que disponía de otras tropas, se rindieron á discreción, después de haber experimentado y ocasionado sensibles pérdidas.

Vencedores los insurrectos en Málaga, constituyeron el cantón malagueño independiente, bajo la jefatura de don Francisco Solier, diputado á Cortes, delegado del gobierno y apoyado por uno de los ministros, el señor Palanca, quien, como era á la vez jefe del centro parlamentario y se contrabalanceaban los votos de la derecha é izquierda, era el árbitro de las Cortes y del gobierno. Quiso mandar también en Málaga el señor Carvajal, que al frente de sus fuerzas populares y con cañones recorrió varios pueblos de Andalucía, y al regresar á Málaga luchó con el protegido del ministerio. Después de una batalla en las mismas calles de la ciudad, quedó vencedor Solier, consolidó su cantón, exigió al gobierno que no se mandase á Málaga ninguna fuerza del ejército, y no tuvo aquella rica ciudad mucho que agradecer al cantón que tantas venturas prometiera.

Grande el elemento federal en Sevilla pugnaba por establecer el cantón andaluz, efectuándose actos deplorables, escenas vandálicas, y después de una pequeña colisión quedaron triunfantes los sublevados, que formaron una junta de salvación pública.

En la provincia de Cádiz y en otros puntos se ejercía activa propaganda federal; oponíase Pi á que se estableciera el cantonalismo por las masas en vez de hacerlo el gobierno, y apelaba á los mismos cantonales para impedirlo, teniendo que transigir con ellos. Así accedió después al deseo de los voluntarios de Sevilla, disponiendo la salida de las tropas que había

y el gobernador civil hizo un necesario alarde de autoridad dispersando con varios voluntarios á los insurrectos, recuperó algunos de los cañones de la Maestranza, apresó á la junta revolucionaria, é impidió que el cantón sevillano se proclamara por el pronto, no que lo hiciera poco después. En Jerez conservó el orden la guarnición, y en Utrera, su alcalde y vecinos rechazaron valientes la invasión de los sevillanos, que imponían por la fuerza el federalismo. Así se impusieron los federales en Alcoy, dando á la insurrección un carácter de ferocidad salvaje. Albergue esta industrial población de bastantes extranjeros, fué facil seducir á las turbas que se apoderaron de las Casas consistoriales con varios de sus individuos y 19 guardias civiles, que arrojaban desde el balcón vivos ó muertos, conforme la muchedumbre los pedía, para sacrificarlos ó arrastrarlos. Allí se paseó en una pica la cabeza del jefe de la guardia civil; allí se untó con petróleo á un hombre; allí se asesinó al dignísimo alcalde republicano señor Albors; allí se atropellaron mujeres; allí se incendiaron más de 20 casas y fábricas, incluso el consistorio; allí se cometieron otros crímenes y se ultrajó á la humanidad por unos seres que no podían tener opinión política, porque debe rechazar todo partido á los que así profanaban todas las formas de gobierno conocidas y deshonraban á España. En Toro y en otras poblaciones se cometieron también punibles excesos, y en Madrid, donde el pueblo venía dando tantas pruebas de sensatez, sólo hubo conatos de cantonalismo.

El gran peligro estaba en Andalucía. Pi consideraba como un problema reducir á la obediencia aquellas provincias sin matar el espíritu republicano; no quería hacerlo por la agresión y la violencia, y se propuso conjurar la tempestad transigiendo, pues para él era Andalucía la esperanza de la república contra la reacción futura. No pensó lo mismo la Cámara después de oir la espantosa relación de lo sucedido en Alcoy, y se declaró «se ordenase al gobierno procediera con inexorable energía contra todos los que al perturbar el orden deshonraban la república.» Aun continuó Pi transigiendo. Consideró como un triunfo que la guardia civil se pusiera á la orden de los gobernadores civiles, que la que debía entrar en Málaga se situara en los pueblos más dispuestos á recibirla, y llamada de repente penetrara en la capital. Era esto un triunfo por de pronto, pero no se completó, porque el regimiento de Iberia que se envió á embarcarse en la *Almansa* para Málaga, le impidió la sublevación de Cartagena pasar de la Palma. El señor Carvajal, además, andaba con su gente en busca de unos cañones, sin otro derecho que su voluntad; se agravó la situación de Andalucía con los sucesos de San Fernando y Sanlúcar, y al fin resolvió Pi organizar en Córdoba un ejército de operaciones, que se encargó al general Ripoll, advirtiéndole no entrara en son de guerra, que apelara ante todo á la persuasión y al consejo, y cuando éstos no bastaran, no vacilara en obrar con energía. Consiguió Ripoll que no secundara Córdoba la insurrección de Sevilla y se disolviera la junta de Écija: no pudo hacer más: se desconfió de él, se le mandó se encerrara en Córdoba y se le relevó del mando. Organizóse después el ejército en Andalucía; los sucesos de Alcoy exigieron la formación de otro en Valencia: Velarde, que mandaba en este distrito, dispuso marchar contra los alcoyanos precisamente cuando se

preparaba á ir al Maestrazgo, donde temía un alzamiento carlista: mandó alguna fuerza á artillar los castillos de Peñíscola y Morella, y fué con las tropas y voluntarios de que pudo disponer á Villena, donde se le incorporaron y en Ibi, tres batallones y cuatro piezas, fuerzas todas que, con la guardia civil y los carabineros que ya bloqueaban á Alcoy, ascendían á 3,000 hombres. Después de fugarse unos 600 insurrectos, entró Velarde en la población, aun cuando los que temían la venganza de los asesinos é incendiarios suplicaban que no se acercaran las tropas. No tenían aquellos criminales valor para hacerles frente.

Capitaneados los intransigentes de Cartagena por el diputado don Antonio Gálvez, no se dejaron relevar un día por las tropas regulares, con las que alternaban en el servicio de plaza, se apoderaron fácilmente del castillo de Galeras, disparó un cañonazo, y esta fué la señal para invadir el ayuntamiento y enseñorearse de la población. No impidió el gobierno la llegada del general Contreras á Cartagena, y dueños los federales de la ciudad, arsenal, fragatas y castillos, proclamaron solemnemente el cantón murciano; se elevó la junta á la categoría de gobierno y se consideró segura en una plaza artillada con 533 piezas, con la casi totalidad de la escuadra española, pues allí estaban las fragatas blindadas *Numancia, Vitoria, Tetuán* y *Méndez Núñez,* las de madera *Almansa* y *Ferrolana,* y los vapores *Fernando el Católico, Vigilante* y otros. El mismo ministro de Marina señor Aurich, fué desobedecido por la tripulación de los buques, cuyos jefes y oficiales tuvieron que abandonarlos, obligados á ello por la indisciplinada marinería. Si el general Guzmán, gobernador militar, salió de la plaza con la guarnición que se mantuvo leal, el regimiento de Iberia abandonó á su coronel Otal y la mayor parte de sus oficiales, y guiado por el coronel Pernas, entró en Cartagena, haciéndolo cuatro días después los cazadores de Mendigorría, en vez de ir á Cataluña á combatir á los carlistas: corrían menos peligro en el cantón.

Pi había telegrafiado á los gobernadores civiles contra la insurrección, y ha rechazado toda participación en estos sucesos, por los que tanto se le acriminó, diciendo que no presumía la falta de resistencia en las autoridades, ni en los gobernadores de los castillos, ni en el general de marina, ni en las fragatas, ni en los soldados, y menos que la hubiesen preparado y luego la dirigiesen generales de la templanza de Ferrer y diputados que habían tronado contra los impacientes. No se puede acusar á Pi de cómplice de aquellos sucesos, y menos con los documentos que tenemos á la vista, pero sí condenarse su sistema de lenidad, su propósito de restablecer el orden transigiendo en vez de pelear. Sabía lo que se trabajaba en todas partes contra el gobierno, lo que se conspiraba en Francia, de lo que le informaba uno de los generales á cuyas puertas se había llamado, la cantidad de dinero enviada al general que había de iniciar el movimiento, y ha dicho el mismo Pi que si la proyectada insurrección no llegó á estallar, debióse principalmente á la entrada en el ministerio de la Guerra del general González, que conocía á fondo la conjuración y á los conjurados, á disidencias que entre éstos sobrevinieron, al fracaso de las negociaciones de un empréstito que estuvieron á punto de cerrar. No contaba con fuerzas para hacer frente á tantos peligros y contrariedades:

el ejército de voluntarios con que se pretendió reemplazar el forzoso, no tuvo éxito, y los batallones de francos que se formaron fueron un nuevo elemento de perturbación y hubo necesidad de disolverlos.

Al frente el gobierno de la insurrección cantonal, decretó el arresto del general Contreras, acordó la salida para Cartagena del ministro de Marina aceptando su oferta, Pi quería enviar tropas á Murcia para librar del contagio de la insurrección las demás provincias y se opuso el ministro de la Guerra, al que en vano pidió Velarde instrucciones desde Alcoy, chocando el silencio del general González que abandonaba á un ejército que tan útil pudo haber sido en los primeros momentos. Pi telegrafió á Velarde que se corriera á Murcia, si para aquietarla creía que bastaban sus fuerzas. Pero no reinaba la mejor armonía entre los ministros, que se hacían mutuamente la guerra, y promovióse una crisis porque la derecha de la Cámara desconfió de Pi. Éste, que prefería el vencimiento de la insurrección por un convenio más que por la fuerza, trató de formar un gabinete con todos los elementos de la Cámara; no pudo realizarlo por la invencible resistencia que encontró en la derecha, que estaba por la homogeneidad y la política enérgica, y dimitió. Reemplazó á Pi don Nicolás Salmerón y Alonso, formando el ministerio con los señores Soler y Pla, Maisonnave, Carvajal, González Iscar, Moreno Rodríguez, Oreiro, Fernando González y Palanca.

Al presentarse en las Cortes dió Salmerón las gracias á los que le habían dado su voto, se lisonjeó de que la izquierda hubiese ido al Parlamento, la exhortó á que siguiera por el buen camino y le ayudase con sus argumentos y aun con sus pasiones; elogió la conducta de los monárquicos que daban su apoyo á la salvación de la patria, anunció la lectura de todos los telegramas recibidos en las últimas 24 horas, para que se supiera la gravedad de las circunstancias en que se encontraba la patria; dirigió severos cargos y ofreció castigar lo mismo á republicanos que á carlistas que faltasen á la ley, encareció la necesidad del orden para que se hiciesen las verdaderas reformas, y terminó diciendo que sería inexorable con los trastornadores, restablecería la disciplina, castigando lo mismo á los jefes que á los soldados, y que se aplicaría la ordenanza, que es una ley y la ley sería igual para republicanos y carlistas.

Nada más elocuente y que mostrara mejor lo aflictivo de aquella situación que los telegramas leídos en el Congreso, y no se referían á la guerra carlista, que ésta era cada día más importante: pidió el gobierno consejo á capitanes generales y generales, antirrepublicanos casi todos, á los que sometió la cuestión de la guerra civil y la de la reorganización del ejército, y estuvieron unánimes en la necesidad de reorganizar el cuerpo de artillería, aumentar la caballería y suprimir el absurdo y ruinoso aumento de paga al soldado. Se disolvieron los regimientos que habían fraternizado con los cantonales; con mejor deseo que patriótica conveniencia se declararon piratas las tripulaciones de los buques sublevados, que era lo mismo que pedir la intervención de cualquier barco extranjero para que se apresase al que ostentaba el pabellón que venció en Lepanto; se pidió autorización á las Cortes para que las diputaciones provinciales pudieran imponer contribuciones á los carlistas, castigando así una opinión

determinada, lo cual no era muy edificante, y cuando Granada se incautaba de los bienes del Estado, acordaba acuñar moneda, suprimía el ejército é imponía tributos que sólo debían pagar los ricos, Sevilla declaraba comunal toda la propiedad, legislaba sobre el trabajo, Valencia y otras ciudades marítimas declaraban francos sus puertos, se establecían aduanas en nuevas fronteras, y en cada provincia y poblaciones importantes dentro de la misma, se constituían estados independientes.

Quebrantada la unidad nacional de tan lastimosa y criminal manera, y cundiendo la conflagración, había que hacerle frente, porque lo exigía así la honra del gobierno y de la patria, y se confirió el mando militar de Valencia y del ejército de operaciones á don Arsenio Martínez de Campos, dándose á don Federico Salcedo la comandancia general de las fuerzas que operaban en Murcia y Alicante; acudió el primero á Valencia donde se había proclamado el 19 de julio el cantón valenciano, habiéndose retirado las autoridades á Alcira, intentando atacarlas más de 4,000 voluntarios cantonales, que ni respetaron á la junta, que tuvo que abandonar la ciudad; dominó en ella la minoría intransigente, que se negó á todo acomodo con Salmerón, y confiando en sus más de 10,000 combatientes, á la alocución pacífica de Martínez de Campos contestaron con otra belicosa, trabóse la lucha, bombardeóse la ciudad, entabláronse conferencias no considerando el gobierno aceptables en absoluto las condiciones que propuso una comisión de la junta, se aprobó el propósito de Martínez de Campos de atacar, contando sólo con 3,200 infantes, 250 caballos y 14 piezas Krupp con 300 proyectiles, y mientras se disponía á entrar en la ciudad, como los principales jefes de la insurrección querían la paz y sólo resistían Plaza, el capellán Durá y otros pocos, se reunieron los representantes de la milicia en la catedral, á 21 votos que opinaron por continuar la lucha, opusieron 32 cesarla, se fugaron los más comprometidos y entró sin dificultad Campos, volviendo á la ciudad las familias emigradas y restableciéndose la tranquilidad en todos los ánimos, sobrecogidos al contemplar los grandes destrozos causados.

Elegido el general Pavía para ponerse al frente del ejército que había de restablecer el orden en Andalucía, díjole Salmerón: «que si conseguía que un soldado disparara su fusil contra un cantonal se había salvado el orden.» Interceptado el ferrocarril de Andalucía en Despeñaperros, tomó Pavía la línea de Ciudad-Real, entró en Córdoba oportunamente para impedir se proclamara el cantón y la llegada de los cantonales de Málaga y Granada, desarmó las fuerzas populares, corrió á Sevilla, la atacó, trabándose un combate rudísimo que impresionó hondamente á las tropas que peleaban con un enemigo superior en número, que resistía parapetado en casas y fuertes barricadas artilladas con potente y numerosa artillería; tuvo Pavía que abandonar su primer plan de ataque y levantar el espíritu de aquellas tropas, dispuso acometer con cinco columnas que avanzando simultáneamente se hicieran dueñas de la ciudad, no pudieron vencer todas la tenaz resistencia que encontraron, siendo rechazadas con gran pérdida, atemorizándose tanto dos compañías de Ramales, que abandonaron las posiciones conquistadas; esto agravaba la situación de Pavía, aumentando esta gravedad la numerosa y superior artillería con que el enemigo

resistía enérgico; sin refuerzos ni esperanza de ellos, servidas sus 16 piezas por oficiales de caballería, no pudiendo retroceder, alentó á las tropas para que se sostuvieran en los puntos conquistados, animó á los defensores de Utrera, Jerez y la Carraca, que habíanle pedido antes con urgencia municiones, y se atacó tan bizarramente, que se apoderaron las tropas de las más potentes defensas enemigas arrollando al paso cuantos obstáculos se presentaron.

Sobre 300 bajas costó á Pavía la posesión de Sevilla después de tres días de porfiado bregar, no siendo menores las pérdidas de los vencidos. Telegrafió al gobierno esta conquista como una calaverada militar, que no le era posible repetir, y tuvo que hacerlo, después de desarmar la fuerza popular de la ciudad y pueblos inmediatos.

Por Utrera, á cuyos voluntarios y alcalde felicitó por lo bravamente que habían rechazado á los cantonales sevillanos, siguió á San Fernando y Cádiz, donde entró sin dificultad; ordenó el desarme general, se impuso á los cantonales de Algeciras, Tarifa y San Roque, proveyó á lo necesario, salió á los tres días para Granada y Málaga, deteniéndose un día en Córdoba conferenciando con el gobierno, y en Loja á felicitar á sus autoridades locales y vecindario por haber resistido la presión de los cantonales de Granada y Málaga, siguió á la ciudad de la Alhambra, en la que entró sin disparar un tiro; desarmó á los voluntarios y á los de toda la provincia, ordenando al gobernador civil de la de Jaén efectuara lo propio con la guardia civil en aquélla, y se aprestó á ir á Málaga, cuya situación era cada vez más aflictiva.

No se hallaban mal algunos opulentos malagueños con aquel estado de cosas, por más que pareciese tan terrible, porque sabían aprovecharle haciendo un inmenso contrabando, causa de no pocos anteriores motines. Unos por este motivo y otros porque aprovechaban de diferentes maneras la soberanía cantonal, de ningún modo querían que fuese Pavía é interesaron al gobierno para que impidiese su marcha (1). Envió su dimisión fundada en el honor del ejército y del suyo, no la admitió el gobierno, que sostuvo una verdadera campaña telegráfica con el general; comprendíase lo que Salmerón luchaba entre el convencimiento de la razón que asistía al jefe militar y la presión política que ejercía la oposición de la Cámara, y sabedor Pavía de que en breve dejaría aquél el poder y podría

(1) De los muchos telegramas que habían mediado de Pavía con los cantonales y el gobierno, presentaremos como muestra el siguiente:

«Loja 10, 10'30 noche.—General en jefe gobernador.—Yo no insulto á V. S., lo que he hecho es responder con energía á su telegrama estúpido y falto de respeto ó consideración al general en jefe. V. S. será diputado de la Constituyente y representante de la Asamblea. Para mí no es más que el gobernador civil de una provincia que está bajo mis órdenes; que los grandes servicios que dice V. S. ha prestado á la república, son cuestiones de localidad entre el Sr. Carvajal y V. S. Me alegro mucho esté tranquila Málaga, y que no trate de insurreccionarse, porque no me alegraría el combate y economizo la sangre. Celebro que sea adicto al gobierno. Con respecto á que las 40 piezas de grueso calibre no asustan al ciudadano Solier y al pueblo á cuyo frente está, le contesto que el 1.° de enero los vencí á Solier y á su pueblo, y que el Sr. Solier ni cayó muerto, ni prisionero, ni herido. Basta de telegramas, que concluyendo con lo de Granada, iré á Málaga y podremos seguir la conferencia.»

sustituirle un ministerio en que dominase el elemento cantonal, recibiendo al mismo tiempo multitud de telegramas de las autoridades de las provincias que tenía bajo su mando, notificándole que se agitaban los cantonales y llegaban agentes federales y carlistas de Madrid, recorrían los pueblos y alentaban á la insurrección, cedió en su insistencia de dimitir y marchó á Córdoba. A contar con más fuerzas debió haber marchado á Madrid.

Permaneció en la corte de los califas contrarrestando los esfuerzos de cantonales y carlistas, que no carecían de importancia; hacía falta tener ejército, y para ello decretó el gobierno el alistamiento de las reservas, que hacía difícilmente en las provincias de Granada y de Jaén, porque los mozos pasaban la frontera del autorizado cantón malagueño como si fuera otra nación; merced á medidas enérgicas se pudo ir realizando el alistamiento, con la esperanza los cantonales de efectuar la insurrección general en cuanto cayera Salmerón, así que, al saberse que dejaba el poder, se notó una agitación convulsiva en todos los pueblos del Mediodía, y Pavía, á pesar de la escasez de fuerzas para dominar las diez provincias de Andalucía y Extremadura, procuró sostener el orden y la disciplina del ejército.

Contrariados los cantonales con la elevación de Castelar, que había cedido mucho en su federalismo, amainaron hasta en sus amenazas; sólo Écija efectuó un movimiento socialista, produciendo algunas víctimas, pero acudió rápidamente el coronel López Pinto con una pequeña columna, hizo ejemplares castigos y regresó á Córdoba. Creyó Pavía oportuna la ocasión para ir á Málaga, insistió en su dimisión, se accedió en tanto á que Solier con sus voluntarios fueran al Norte á pelear con los carlistas; el comportamiento que tuvieron en Madrid á su paso, les enajenó por completo la *opinión pública cantonal*, y convencido al fin el gobierno de que aquella gente nada garantizaba, se telegrafió á Pavía para que fuera á Málaga sin pérdida de momento. Emprendió la marcha al día siguiente, y estando la vanguardia en Bobadilla, arribó el tren que conducía los voluntarios de Solier expulsados de Madrid; mandó se les desarmara y quitara las gorras coloradas que ostentaban, y que siguiera el tren para que aquellos voluntarios llegaran á Málaga, precediendo bastante tiempo á las tropas. Éstas entraron en la ciudad al día siguiente sin el menor obstáculo, y cuando Pavía se disponía á desarmar los voluntarios de Málaga y del resto de la provincia, disolvió el gobierno el ejército de Andalucía, considerando cumplida su misión (1). Temióse una preponderancia que estuvo muy lejos de hacerse valer, aunque á ello impulsaba la opinión pública y el interés de la patria.

Tomaban parte en esta general conflagración apasionados alfonsinos que prepararon una insurrección en el cuartel de la guardia civil establecido en la calle de Serrano, en Madrid, en el cual, y en la inmediata casa del señor Michelena, se reunían los generales Valmaseda, Martínez de Campos, Bassols, Gasset, Marchessi y otros, brigadieres, coroneles, etc., incluso el coronel de la guardia civil señor Iglesias, y el gobierno les envió un recado para que se retirasen á sus casas. No por esto cedieron en

(1) Nombrado Pavía capitán general de Madrid, no admitió este cargo.

sus trabajos de conspiración: fué á Andalucía el brigadier señor Guillén y Buzarén, que llegó á Córdoba con nombre supuesto, y á Málaga cuando acababa de efectuarse la insurrección, tratando de aprovechar el desorden á favor de don Alfonso. Envió también á Córdoba el comité alfonsino al actual general don Manuel Salamanca para provocar un movimiento al grito de *ejército* y *orden*, contó con elementos carlistas, envió agentes á Granada y Almería á preparar la insurrección, obró con actividad venciendo las contrariedades que se le opusieron, y preparado todo esperábase al general Caballero de Rodas, quien en vez de acudir á Córdoba envió un recado para que se diese el grito, y que las fuerzas pronunciadas marcharan hacia Portugal, que él saldría de Badajoz. Consideró Salamanca absurdo este plan, que era lo mismo que llevar las tropas á la emigración, dejando abandonado el paso de Despeñaperros, que era lo primero que debía ocuparse; al escribirlo así en Madrid se le ordenó que él hiciera el movimiento, y convenido efectuarle, al formar las tropas en Ripoll para marchar á Sevilla, este general, mostrando más inteligencia y astucia de la que de él esperaban los conspiradores, les prendió al acudir á la cita, pudiendo salvarse Salamanca disfrazado de carabinero. Fracasó por completo la insurrección alfonsino-carlista, procurando cada partido aprovecharla para su causa.

CAPÍTULO II

Operaciones militares.—El cura Santa Cruz.—Eraul.—Correrías carlistas.—Cataluña Ripoll.—Berga.—Puigcerdá.—Sanahuja.—Maestrazgo.

Sospechosos al nuevo gobierno de la república los generales Gaminde y Moriones, por haber replegado las fuerzas de su mando, reconcentrándolas, abandonando así á los carlistas, ofreció Figueras á Pavía la jefatura del ejército del Norte exponiéndole la creencia probable de que Moriones no se dejase relevar, y ante este peligro, aceptó y salió aquella noche llevando el decreto del relevo de aquel general y autorización para hacer lo que tuviese por conveniente. Procedió Pavía con actividad, hizo fracasar la conspiración tramada para evitar el relevo de Moriones y encargóse del mando sin la menor dificultad. Captóse por su comportamiento las simpatías del ejército, aun de los comprometidos en la anterior conspiración, contra los que no adoptó la menor medida, anunció su nombramiento á los vascongados y navarros, diciéndoles además que la república recibía á todos como hermanos, sin convenios, pactos, ni traiciones; que sus deseos se sintetizaban en las palabras paz y fueros, ofrecía perdón y olvido, y pedía á los carlistas le abrieran los brazos para arrojarse en ellos.

Reconocían y alababan las provincias Vascongadas tan buenos deseos, comprendiendo que la república naciente no podía emplear otro lenguaje: «pero si la animaba el espíritu de la propia conservación, decía el diputado general de Guipúzcoa, bien pronto se convencerá de que el partido carlista, que es el enemigo más temible de todos, no lo atraerá nunca, y que sólo con la fuerza y aplicándose la ley en toda su severidad y sin contemplaciones de género alguno, le reducirá á la impotencia, y que no sirva

de obstáculo al sol que acaba de nacer.» No creía que respondiesen al llamamiento que se les hacía, y si respondían, sería con el fin de prepararse con más elementos para otra sublevación, y recomendaba que dentro de breves días se diese fin á las contemplaciones y se les aplicase la ley con energía, prescindiendo de amnistías é indultos, que los carlistas atribuían á miedo.

No había pensado Pavía en demorar siquiera las operaciones: restableció la circulación de la vía férrea empezando la de los trenes exprés, ordinarios y de mercancías, lo cual produjo buen efecto en la opinión; ordenó que los heridos fueran indultados y sagrados los prisioneros, y organizadas sus fuerzas salió el 20 de febrero de Vitoria para Tolosa, siguiendo Ibarreta á Andoain á vigilar el río Oria en su parte inferior. Fontela, que se hallaba en Elgoibar, se propuso impedir á Ollo tomase los montes y obligarle á dirigirse á la costa, pero al ir hacia Azcoitia se encontró en seguida dominados los altos por el cura Santa Cruz, el de Orio, Iturbe y otros. Les desalojó de aquellas posiciones la artillería que situó en la carretera, pudo así seguir á la población donde se defendían 59 carabineros hacía tiempo, llegando Fontela cuando ya habían ocupado los carlistas algunas casas del arrabal de Santa Clara, de las que les desalojó y de los cerros inmediatos. Esta operación distrajo á Fontela de su propósito y la aprovechó Ollo marchando á Cestona.

El cuartel general y casi todas las divisiones y columnas se pusieron en movimiento para impedir que Ollo se corriera desde Cestona á Segura, ó que en cualquiera dirección que tomase lograra regresar á Navarra, adonde no podía menos de ir. Tenía que atravesar el Oria y salvar posiciones difíciles: no le arredraron, se trazó su marcha, volvió á escribir á Santa Cruz para que le protegiera, contestando lacónicamente que no podía moverse por la mucha nieve, y limitados los navarros á sus propios recursos, sin haber visto á un guipuzcoano armado, marcharon toda la noche pasando por Goyaz y Vidania, puntos que debió haber ocupado Fontela, si le hubiera llegado el aviso: pudo así el carlista empezar á salir de la crítica situación en que se hallaba, y en la madrugada siguiente cruzó el río por los puentes de Icastiguieta y Legorreta, causando algunos desperfectos en las vías férrea y telégrafica. Supo aprovechar Ollo el descuido de los liberales de no ocupar los anteriores puentes; bien es verdad que la columna que pernoctó en Villafranca y Beasain estaba muy lejos de creer que los carlistas lo hacían bajo el puesto de Goyaz, estando tan próximos. Ollo se consideró apurado, pues con más diligencia y previsión sus perseguidores, ó con mejor espionaje, lo hubiera pasado mal, llevando á su izquierda las columnas Loma y Gardyn. Apresuróse á tomar la carretera de Lecumberri, por cuyo mal camino tenían que marchar uno á uno los caballos; supo al romper la marcha que una columna enemiga ocupaba una grande altura que dominaba el camino que llevaba; le contrarió esto en términos de no saber qué partido tomar, pues sabía que otras columnas estaban á retaguardia, y por el flanco derecho no permitía el terreno proseguir; ordenó Ollo á Radica hiciera frente á la columna que amagaba por la izquierda, mientras podía continuar la marcha el resto de la columna, colocando Ollo otra en reserva protegida por la disposición del terreno; rompióse un ligero tiroteo que cesó pronto por la falta de municiones y

mal armamento de la gente de Radica, que tuvo que retirarse de prisa, dejando algunos mulos y efectos abandonados.

Había conseguido Ollo su objeto volviendo á Navarra, lo que alegró mucho á su gente: allí tenían confidencias más rápidas y seguras, se racionaron mejor y descansaron por aquellos pueblos de Astiz y Madoz hasta que pasando la Barranca entraron en las Améscoas y sierra de Goñi, contramarchando según los combinados movimientos de los liberales, disponiéndose para recibir á Dorregaray. Pavía corrió tras su enemigo, pero ya no tenía que habérselas sólo con Ollo y algunos otros jefes, sino que considerablemente aumentados los carlistas, habían formado más de veinte partidas (1) bien distribuídas, constando su fuerza de unos 640 hombres, medianamente armados y municionados y Ollo reunía unos 1,200 infantes y 120 caballos, sin remontas, pero la partida destinada á recoger caballos cumplía bien su cometido. Todo tenían que proporcionárselo ellos mismos, pues ni recibían el menor recurso de Francia, ni parecía ninguno de los de la junta de la frontera; sólo daban esperanzas, «y de los que nos las daban nos reíamos, nos dice uno de los jefes, y más tarde vinieron cuando cómodamente se podían alojar, para hacerse los prohombres. Legitimistas, asociaciones, cabildos ni conventos nos daban un céntimo. Si alguna corporación eclesiástica ó individuo del clero ofreció alguna cantidad de los fondos de la iglesia que administraba, era cuando estaban en la creencia de que nos era poco menos que imposible ir por ella, y cuando se iba con gran sospresa suya, antes de entregarla negaban su existencia, inventaban disculpas, y se nos amenazaba con la excomunión si se tomaba aquel dinero (que no se dejaba). Con nuestros esfuerzos, que mejor que nadie saben apreciar los enemigos, pues había que animar al país. todavía irresoluto y receloso, animándose á medida que aumentaba la perturbación que reinaba en España, se logró la organización de la fuerza que ya teníamos cuando vino Dorregaray.»

Los mismos esfuerzos se hacían en Guipúzcoa, llevándose forzosamente á los mozos de los caseríos y de pequeños pueblos, y aun de los arrabales de poblaciones importantes y guarnecidas. Ya merodeaban, imponiéndose, el cura Santa Cruz, el de Orio, Iturbe y Félix con más de 500 hombres; pero ningún jefe obtenía más prosélitos que los que se procuraban por la fuerza; así que para despertar un entusiasmo que estaba muy lejos de sentirse, dirigió Dorronsoro como diputado general una alocución á los guipuzcoanos, exponiendo con motivo de la proclamación de la república el peligro de la religión y de la integridad de la patria, que los fueros, ya en esqueleto, serían letra muerta, la propiedad presa de las turbas y reducida á pavesas por el petróleo; condenaba la ley electoral hecha en las juntas de Motrico que restringía el derecho electoral de los guipuzcoanos en las elecciones municipales, y les llamaba á defender la bandera de Dios, fueros, patria y rey, sin repeler á nadie.

Los sucesos políticos alentaban la entrada en España de los que espe-

(1) Las mandaban Los Arcos, de Carlos, Aldea, Janiz, Rosa Samaniego, Zugasti, Latosa, Alustiza, Urra, Maestro de Muniain de Salinas, Zunzarren, Miguelia, Mozo, Irañeta, Martínez y el manco Fermin, Leza, Acarreta y otros.

raban en la frontera el fomento de la guerra. Dorregaray entró el 17 de febrero por Dancharinea, dirigiendo una proclama al ejército para interesarle por la causa carlista; y al presentarse á Ollo y Pérula en Asiain, arengó á las fuerzas allí reunidas, diciéndoles entre otras cosas *que ahora empezaba la lucha*, cuyas palabras no fueron bien recibidas, porque la verdad era que la guerra estaba ya comenzada. Continuaron la misma táctica de marchas, sin variar el sistema de lucha que desde el principio iniciaron aquellos arrojados carlistas, que no habían de recibir seguramente grande enseñanza de las lecciones que pudiera dárseles: algunos quisieron abandonar á Dorregaray considerándose ofendidos.

Reunido el grueso de los carlistas navarros en el valle de Echauri, salió Pavía de Pamplona en medio de un desecho temporal, se le incorporó la columna Castañón, que ocupó las formidables posiciones de la Peña de Echauri para ayudar á salvar la divisoria entre los valles del Arga y Guezalaz, y sin otra novedad que el disparo de algunos tiros de los carlistas que ocupaban la ermita de Santa Lucía, prosiguió hasta Salinas de Oro, donde quedó Pavía con la columna, corriéndose los carlistas á Abarzuza y posiciones que cubren las avenidas de las Améscoas. Prescribió Pavía diferentes movimientos para atajar los pasos de sus enemigos; pero éstos supieron evadir la persecución que se les hacía dirigiéndose al valle del Aguilar, y detrás de ellos el jefe liberal que no podía mostrarse más diligente, á pesar del terrible temporal de lluvias, que no cedía y ponía intransitables los caminos. A una legua ya de los carlistas que estaban tranquilos en el pueblo de Aguilar, á pesar de la aproximación del enemigo, por ser de noche y estar Aguilar asentado en la cima de un elevado cerro, á cuyo pie se encontraba Pavía, dando difícil acceso un estrecho camino, haciendo esto imposible, además de la oscuridad, conducir la artillería, pues con dificultad inmensa podría maniobrar la infantería, resolvió pernoctar en Azuelo, aplazando el ataque para el día siguiente, si el enemigo esperaba. No estaba éste en situación de hacerlo, y salió aquella misma noche en el estado más desastroso, á pernoctar á Población y en Aldea. Allí corrió Pavía, y estrechados sus enemigos y en bien apurada situación salieron hacia Labraza. Comprendiendo su perseguidor que intentarían una contramarcha rápida para atravesar el valle del Aguilar y dirigirse al de la Berrueza, distribuyó convenientemente sus tropas; pero era además preciso ocupar la parte inferior del valle, y como no llegó á tiempo el aviso que se dió á Lerín para que acudieran fuerzas á Torres y Sansol, siguió Pavía á Armañanzas y á los dos mencionados, y los carlistas, desde Labraza, contramarcharon por su flanco izquierdo hacia Aras, en cuya marcha hubo otro pánico y tan terrible, que la fuerza del Baztán á las órdenes de Hormazas, se dispersó tirando los fusiles, y abandonando los jefes sus caballos; y hubiera sido mayor el desastre, á no ser por el coronel Oscáriz, que á palos é insultándolos detuvo á los que huían. Pérula quedó en Labraza con la gente de Mendoza y Radica, incorporándose después á Ollo, y al bajar por Azuelo vieron á los liberales é hicieron alto ocultándose detrás de un cerro, viendo pasar á las tropas que iban en su busca: en cuanto pasaron por su retaguardia, fueron al santuario de Codes, volviendo á Ontiñano y Acedo. Sígase en el mapa el itinerario de los

movimientos que acabamos de reseñar, y se comprenderá su importancia y lo que era la guerra entonces. No puede hacerse persecución más activa y bien entendida que la ejecutada por el jefe liberal, que apenas permitió á sus enemigos el menor descanso, y sin embargo, no podía eludirse tampoco con más inteligencia un encuentro que hubiera sido seguramente una completa derrota para los perseguidos. Constante Pavía en su empeño, se estrechaba ya mucho la zona de los carlistas, que tenían que dispersarse por las Améscoas; pero les favorecían las vicisitudes políticas. El poder ejecutivo, ya que no complació al general Nouvilas nombrándole ministro de la Guerra, aunque tenía más derecho á serlo que otros que lo fueron, y estaba de capitán general en Madrid, le confirió el mando del ejército del Norte. Corto había sido el de Pavía, pero fructífero, aun cuando no hubiera hecho más que salvar al ejército de la indisciplina tan funesta que cundió por todas partes, y que para fomentarla trabajaron tanto los agentes carlistas; interesó á las diputaciones y á muchas personas influyentes, harto desanimadas, tuvo de su parte á los pueblos por el buen modo con que los trató, restableció las vías telegráficas y férreas, distribuyó bien su ejército, y los mismos perseguidos nos han declarado que jamás se vieron en situación más apurada que en la que les puso el general Pavía. El relevo de este general produjo por el pronto la paralización de las operaciones, y mientras Nouvilas se hacia cargo del estado de la guerra y formaba su plan, se rehicieron los carlistas y tomaron nuevo incremento.

En Guipúzcoa continuaba distinguiéndose el cura Santa Cruz, fusilando á una mujer en Arechavaleta, incendiando el casino de los voluntarios, y pasando poco después por las armas á un propio de Salinas. Limitábanse sus operaciones y las de los demás partidarios de la provincia á invadir pueblos, sacar mozos, raciones y dinero y evadir la persecución más ó menos activa ó entendida que se les hacía. Para disminuir en algo los efectos de aquélla, no perdonaban medio alguno por reprobado que fuese para inutilizar el ferrocarril, como lo hicieron entonces en un túnel produciendo un terrible descarrilamiento: comunicábase además á todos los empleados y dependientes de la vía, que serían fusilados en cuanto en ella se les encontrase; Lizárraga amenazaba á los alcaldes con 10,000 reales de multa por la primera vez y fusilarles la segunda si no le avisaban el movimiento de las tropas; Caperochipi ofrecía fusilar á los sospechosos y á los que condujeran pliegos, y Garmendia, ordenado de prima, y conocido por el estudiante de Lazcano, su pueblo natal, fué más allá, mostrándose émulo en ferocidad de Santa Cruz, ya que lo era de todos los demás en indebidas exacciones de dinero y en el odio á los libros del registro civil, evidenciando así su crasa ignorancia, y que ni aun comprendían lo que significa esta reforma establecida en todos los pueblos cultos, que en nada merma ninguna otra clase de derechos, y que era una necesidad en nuestra patria su establecimiento, careciendo completamente de importancia política. Unido al estudiante de Lazcano el ex carabinero Aramburo (a) Beltza, produjeron el bárbaro descarrilamiento de Isasondo y el fusilamiento después del maquinista y un jefe (1). Como si no fuera bastante tamaña fe-

(1) Son curiosos los detalles. «A las 4 de la mañana del 7 marzo, se presentó en

rocidad, pocos días después, el 12, al llegar el tren exprés para Francia al túnel de Icazteguieta, con la velocidad ordinaria, se encontró con que los carlistas habían inutilizado la vía á la entrada del puente sobre el río, ocasionando el descarrilamiento del tren, que corrió todo el puente, hasta que pasado, cayó destrozándose, y matando al maquinista y á dos guardafrenos. En el instante en que el tren desembocaba del túnel, sufrió una descarga de la partida carlista, autora del atentado, que esperaba ocupando una fuerte posición frente al puente; y después del descarrilamiento, cuando los inocentes viajeros estaban aterrados ante tan triste é inhumano espectáculo, sufrieron otras dos descargas, sin consecuencias por fortuna. Rehechos del susto y sorpresa 23 carabineros que iban en el tren, atacaron á los carlistas á la bayoneta, y les obligaron á retirarse á una altura, desde la que estuvieron observando cuanto pasaba en el lugar del siniestro, hasta que llegaron más fuerzas y los desalojaron. Tuvieron lugar otros descarrilamientos, se constituyeron en fuerza armada los empleados de la compañía, y la empresa tuvo que mostrar la imposibilidad de la circulación de los trenes entre Alsasua é Irún.

En uno de los movimientos de Fontela desde Oyarzún hacia Lesaca, halló á la partida de Soroeta posesionada de las peñas de Ogatza, que tomó á la bayoneta después de algún fuego, muriendo el jefe carlista. Iniciada la retirada de los liberales á Oyarzún, cargaron sobre ellos los carlistas molestándoles en su retaguardia, teniendo que efectuar la retirada por escalones, con la artillería delante y experimentando algunas bajas. Loma continuaba persiguiendo hasta Vizcaya á varias partidas guipuzcoanas, teniendo con ellas algunos encuentros; pero si las hacía penetrar en el señorío no impedía su regreso á Guipúzcoa, en la que se hallaban más satisfechas que en aquél.

Por la parte opuesta llegaba Santa Cruz en sus merodeos hasta Berastegui, de donde llevó varios presos, fusilando al regidor don Andrés Alduncín, y apaleando á cuatro de los ocho guías que sacó de aquella villa. Apenas se movía aquel infausto cura que no dejara en pos de su huella cenizas, lágrimas y sangre; era ángel de exterminio, sarcasmo del carácter sacerdotal de que estaba revestido, y tanto sublevó la opinión pública,

---

Isasondo la partida del estudiante de Lazcano, en la cual iba el ex carabinero Francisco María Aramburu (a) Beltza: obligóse al capataz Mugica á levantar un rail en el segundo puente de hierro entre los kilómetros 585 y 586, y colocar petardos sobre la vía. Salió el tren diario de Beasain á las seis de la mañana, y después de oir la detonación del petardo, los carlistas que se hallaban en la trinchera del kilómetro 585, dispararon sobre aquél creyendo no pararía; pero como el maquinista oyese la detonación del segundo petardo se detuvo antes de llegar al puente. Entonces los carlistas hicieron apearse á los viajeros y empleados, obligando al maquinista á que abriese el regulador y se bajase de la máquina, dejando escapar el tren, que pasó el puente salvando el rail levantado, descarrilando después todo él en la curva inmediata, destrozándose y destrozándolo todo. Lleváronse presos al anciano maquinista Mr. Drau y al jefe suplementario Sr. Echevarría, dejando en libertad á otros que también prendieron, y á los viajeros. Grande empeño mostró la empresa en rescatar aquellos dos desgraciados, que fueron fusilados á los cinco días, y cerca de dos meses después ofició Lizárraga á don Marcelino Ugalde para que fuera á ponerlos en libertad.»—*Historia Contemporánea.*

que hasta empezó á disgustar al mismo don Carlos, que escribió á Dorregaray: «He leído en los diarios un bando de Santa Cruz, prometiendo indulto é imponiendo pena de la vida al que no se le presente. Ignoro si es cierto y los motivos que le hayan obligado; pero si fuese cierto, desapruebo completamente que uno que se titula comandante de batallón publique bandos de esta importancia, que sólo competen, ó al general en jefe ó al comandante general de la provincia, supuesta la autorización de aquél.»

Encargado al fin Velasco de la comandancia carlista de Vizcaya, impuso una contribución de más de dos millones de reales sobre la riqueza territorial del señorío, y á pesar del desafuero que se cometía, excepto Bilbao, Abando y Deusto, todos los demás pueblos aprontaron su contingente.

Valdespina, que había penetrado en Vizcaya con un buen batallón guipuzcoano mandado por Iturbe, salvó el círculo en que le encerraban Loma y Ansótegui, aprovechando un paso mal cubierto, volviéndose fatigados los carlistas á Guipúzcoa. En vano se afanaban por sacar mozos para formar en Vizcaya un respetable núcleo de fuerzas, que sostuviera la guerra, procurando la diputación liberal evitarlo, ofreciendo á todos los que aptos para el servicio de las armas se refugiasen á cualquier pueblo guarnecido por fuerzas liberales, socorrerlos con 4 reales diarios y con 8 y ración los que tomasen voluntariamente las armas para ayudar á la guarnición á la defensa del pueblo. Excelente medida que hubiera dado mayor resultado del que dió, si lo que era una invitación hubiera sido un acto forzoso; que forzosamente formaron los carlistas sus huestes. Como no aumentaban mucho las partidas vizcaínas, creyó don Carlos necesario que, antes que Nouvilas empezara á operar, se trasladase Dorregaray á Vizcaya con fuerzas escogidas, para que con su presencia y autoridad diese la necesaria á Valdespina para la reorganización del ejército en aquel país; que los guipuzcoanos facilitasen los 200 fusiles que ofrecieron, y Goiriena y otros jefes que habían sacado cantidades de varios pueblos, proporcionasen recursos para comprar armas.

Así se escribió á Valdespina para que inutilizase el ferrocarril, teniendo partidas dedicadas á esto exclusiva y constantemente, para que no hubiese fuerza militar que pudiese evitarlo, ni compañía que resistiera á este trabajo y gasto diario; que esto importaba en Guipúzcoa más que en Vizcaya, pues además de la importancia militar, tenía la de la comunicación directa entre Madrid y Francia, «y al ver llegar los trenes y correos se figuran que lo de las provincias es insignificante.» No necesitaban tanto las partidas para mostrar la saña que tenían al ferrocarril y el placer con que le destrozaban.

Temiendo Elío que los liberales ocupasen la frontera, alentaba á que se aprovechara lo libre que se la dejaba para la introducción de armas, municiones y efectos, que no se podrían pasar si se ocupaba y fortificaba (1). Apuraba Dorregaray por que se le enviara armamento, en lo cual

(1) En esta misma carta fechada el 1.° de enero de 1873, añadía lo siguiente: «Muy reservado: un jefe de división que está en N..... ha enviado á decir que hostilizará lo menos que pueda á los carlistas, y que dirá siempre en casa de los patrones el punto adonde vaya para que lo sepan los carlistas.»

se afanaba don Carlos; se constituyó en Londres un comité para reunir fondos, y como se consideraban favorables las circunstancias, no se perdonaba medio alguno para aumentar las fuerzas carlistas, procurando á la vez introducir la desunión y la indisciplina entre las republicanas.

El nuevo jefe del ejército liberal don Ramón Nouvilas, dióse á conocer diciendo á los navarros y vascongados, que bajo los pliegues de la bandera republicana cabían todos los españoles que á ella se acogiesen con lealtad; que no conservarían la autonomía que les daba sus fueros sino deponiendo las armas y acudiendo á los comicios para que sus diputados les asegurasen los derechos que de otra manera ponían en grave peligro; que las fuerzas republicanas eran mayores y más fuertes; que los carlistas derramaban su sangre por imponer un rey extranjero que no había dado muestra de conducirlos á la victoria; que no se empeñaran en ser los causantes de la ruina de su país; que emprendería las operaciones con energía, sería inflexible, les impondría la paz, y acabaría de una vez para siempre con sus insensatas é infundadas esperanzas de restauraciones imposibles. No eran alocuciones lo que se necesitaba, y menos cuando más animados estaban los carlistas, que no cesaron en sus correrías. Tropezaron en una de ellas con una pequeña fuerza de ingenieros al mando del joven oficial don Honorato Saleta, que se aprestó á morir ó ganar la cruz de San Fernando, secundándole decididamente el sargento Bengoa, cabo Ortega y demás individuos; intimóles Dorregaray la rendición, contestaron «que los ingenieros no se habían rendido jamás;» volvió el ayudante carlista, marqués de Vallecerrato, manifestando que aunque Dorregaray aprobaba su conducta, no podía prescindir de atacarles, advirtiendo que no podrían resistir á fuerzas veintitrés veces superiores; de nuevo rechazaron la rendición que consideraron mancharía la gloriosa historia del cuerpo; se aprestó Saleta á resistir, y vió con sorpresa que los carlistas desfilaron por delante sin disparar un tiro, calificando á los ingenieros de los *cuarenta y dos caballeros de Muruarte de Reta.*

Dirigiéronse los carlistas á Monreal, y al saberlo Nouvilas, salió de Pamplona sin dar descanso á su tropa, sorprendiendo en la venta de Olorz, una legua antes de aquel pueblo, la avanzada liberal mandada por don Enrique García, á la carlista que estaba á las órdenes de Balduz. Llevó su hijo la noticia y la alarma á Monreal, donde se introdujo gran confusión, corriendo los carlistas en distintas direcciones, aumentando la alarma los toques de corneta, afanándose Pérula y Ollo en ordenar la defensa ocupando todas las casas y cercados que dan frente y dominan el camino, pues esperaban verse repentina y fuertemente atacados. Los liberales rompieron el fuego sin terminar el avance, lo cual permitió á sus enemigos organizar mejor la defensa. Adelantóse al fin la vanguardia liberal, rompieron el fuego los carlistas, se generalizó en breve en toda la línea, empezaron á pedir los carlistas caballería, corrió Pérula á la posada á sacar su fuerza, pero se había retirado ésta á retaguardia por el camino de Idocin, sin poderse averiguar quién fué el autor de aquella orden tan inconveniente. Fué empeñándose cada vez más el combate, la vanguardia liberal mandada por Ibarreta, sostenía bien el fuego sin poder disminuir el del enemigo, puso Nouvilas en batería la sección de montaña concen-

trando sus fuegos sobre las casas del pueblo, dispuso otros movimientos convenientes, y guiados los carlistas por su impaciente arrojo, se lanzaron á la bayoneta mezclándose con sus enemigos, hasta llegar á apoderarse de un cañón; allí se peleó cuerpo á cuerpo; junto á la pieza, que no se llevaron los carlistas, recibió un bayonetazo en el pecho el capitán carlista Martínez. Agotadas las municiones de las fuerzas del flanco derecho que mandaba Radica, se retiraron (1); entonces observaron Dorregaray y Ollo que se debilitaba el fuego, y sorprendiéles el verse acometidos á sablazos, recibiendo Ollo uno de plano en el costado izquierdo: eran cuatro valientes soldados de Numancia que hasta allí llegaron y recibieron la muerte en el mismo terreno en que acuchillaban, no sin ser elogiados por sus mismos enemigos. Y si esto sorprendió á los jefes citados, les asombró el ver la retirada de sus fuerzas, replegadas y con orden por el camino de Idocin, sin que ninguno de ellos lo hubiera ordenado.

Bien deseaba Nouvilas perseguir á su contrario, pero habían hecho sus tropas una marcha de ocho leguas, sin alimento, ni más descanso que un corto rato en Pamplona, y era avanzada la hora de la noche en que terminó aquel rudo combate de dos horas. La persecución la encomendó á otras columnas situadas convenientemente para este objeto. Entre las sensibles pérdidas que hubo en uno y otro campo, lamentóse la del valiente coronel don Manuel de Ibarreta (2).

En la anterior acción demostraron los carlistas que si les sobraba valor les faltaba organización y disciplina. No era modelo la del ejército liberal que llegó hasta el punto de no querer salir de Pamplona algunas de las fuerzas que regresaron de Monreal, presenciando aquella ciudad lamentables escenas producidas por los soldados de Puerto-Rico y otros, excitados muchos por los agentes carlistas, que por cierto no eran muy cautos, pues en las cartas que escribían á sus jefes, y tenemos á la vista, hasta consignaban los nombres de oficiales que llegaban de Madrid con las contraseñas convenidas y la falsa actitud en que estaban.

Persiguió Nouvilas á Dorregaray, que marchó por la sierra de Alaiz á Vera, y de aquí con gran silencio y sin formar á Lesaca, siguiendo á Yanci. Una columna liberal, próxima á su flanco derecho, iba al alcance de los carlistas desde Lesaca y la hizo frente Radica desde las fuertes posiciones de Aranaz, por donde podían ser envueltos, como lo hizo Castañón que mandaba aquella columna; tomó desde Sumbiella el camino de Aranaz; al ver á sus enemigos les atacó de frente, les envolvió, y Radica se retiró presuroso. Lo quebrado del terreno que imposibilitó la acción de la caballería, impidió hacer prisioneros: hubo un par de docenas de muertos y heridos en ambos combates. El resto de los carlistas seguían en tanto el camino de Yanci, recibiendo algunos disparos de cañón. Con mala

(1) Y no parecieron en varios días.

(2) En el parte que se publicó de esta acción de Monreal, se desfiguró completamente lo sucedido, y ni aun se mencionó el bravo comportamiento de los 30 jinetes de Numancia que recuperaron las piezas perdidas y se cubrieron de gloria. Al pedir el teniente coronel se abriera una información para que se demostrara el proceder de sus soldados y el suyo, y como lo reclamaba el buen nombre del cuerpo, fué enviado por Nouvilas por dos meses á un castillo.

noche y peores caminos fueron á Irurita, donde pudieron haber sido destrozados por Nouvilas ú otra de las columnas inmediatas, á haber más previsión; flanquearon impunemente el puerto de Velate, marcharon á la Ulzama, donde descansaron después de burlar á su placer á los liberales; se corrieron á tierra de Estella, y prosiguieron las marchas y contramarchas por los terrenos que acostumbraban, á derecha é izquierda de la Barranca y valle de Bernedo, débilmente perseguidos, lo cual les permitió aumentar y organizar su gente, teniendo ya formados tres batallones, y empezado á formar el 4.º, además de las partidas de que hablamos, la caballería y la escolta de Dorregaray, compuesta en su mayor parte de pasados del ejército.

Para atajar los pasos de los carlistas, ya que no lograba alcanzarles, tuvo Nouvilas el desgraciado pensamiento de destruir los puentes del Arga y otros, que vadeable en muchos puntos y especialmente en la estación en que se entraba, no era el río un gran obstáculo para los carlistas, y podía serlo mayor para los liberales, como lo fué en efecto, y el mismo Nouvilas la primer víctima de tan inconveniente destrucción, cuando, como veremos más adelante, no pudo socorrer oportunamente á Castañón en las inmediaciones de Leiza, y tuvo que rodear para ir por Ibero y volver á subir tanto camino, llegando sólo á salvar los restos de la columna, que no hubiera sufrido el desastre sin la cortadura del puente. Más de veinte fueron los destruídos, magníficas obras de arte y de fábrica muchos, é irreemplazables algunos, como el antiquísimo de Estella, de cuya destrucción no están exentos algunos liberales de aquella ciudad.

Las fuerzas carlistas necesitaban ya talleres de sastrería que los fueron estableciendo, y de cartuchos, debajo de Peñaplata. Lo que más necesitaban era armas; así que muchos se instruían con palos. Había empeño en formar batallones, que formados, consideraban fácil entusiasmar aquella juventud, de condición briosa, de genio vivo, de gran fe religiosa, y no menor fanatismo político y de abnegación sublime. Un escapulario con el corazón de Jesús, le consideraban como preservativo de las balas, y como se les decía que peleaban por la religión, la muerte era un viaje al cielo. Se rezaba todas las tardes el rosario públicamente, con asistencia de jefes y oficiales, y no se escaseaba medio alguno para sostener el sentimiento religioso que tan perfectamente se explotaba para alimentar una cruenta guerra civil. Afanábase don Carlos y la junta de la frontera en proveer de armas y municiones, para lo que hacían los mayores esfuerzos, y para tener cañones; lograron uno y se dispuso formar una sección de artilleros.

En Navarra deseaba formar Dorregaray un ejército, y en Guipúzcoa no hacía Santa Cruz otra cosa que invadir pueblos para hacer exacciones, fusilar rehenes como los de Elduayen, prisioneros como Urtizberea, que dejó siete hijos, y hasta correligionarios y compañeros como fusiló al segundo comandante Egozcue, porque no se hizo instrumento de su barbarie; y aunque llegó á guiar unos 500 hombres, tenía más valor para sacrificar víctimas que para hacer frente á los liberales. En Arano, mientras una de sus avanzadas se tiroteaba con la de Loma, marchó el cura hacia Leiza. A poco, un perro que iba con los carlistas, alarmó con sus ladridos

al cura, descubriéndose en seguida, á pesar de lo espeso de la niebla, la columna de Loma, lo cual bastó para que echaran á correr los carlistas en la mayor dispersión. Posesionado algunos días después de las alturas de Guizurriturre en dirección de Urdaneta, le atacó Loma, y se retiró el cura á los primeros disparos de cañón, marchando hacia Zarauz: dos días después, aparecieron en las alturas de Orio las avanzadas de Santa Cruz, que se retiraron al salir á tirotearlas los voluntarios de aquel pueblo, y cuantas veces tropezaba en sus incesantes correrías con las fuerzas liberales, nunca hacía frente. Su partida empezó y debió considerarse siempre más que de carlistas de bandoleros: siendo un eclesiástico su jefe, ni á los eclesiásticos respetaba: á dos curas de Astigarraga, frente á cuyo pueblo fusiló al regidor de Elduayen, que por anciano no pudo salvarse como sus compañeros en el desorden de Arano, sacó 9,000 reales y dos relojes: los mismos carlistas desaprobaban sus hechos, y especialmente por su actitud con Lizárraga que no podía tolerar la constante y osada insubordinación del cura, por lo que mandó se le formara sumaria, é insistiendo en su desobediencia ordenó su fusilamiento. Intervinieron jefes y eclesiásticos para procurar la avenencia, mediante la sumisión del cura al comandante general, porque desobedecer su autoridad, como decía Dorronsoro, era desobedecer al rey y dejar de ser carlista; se acordó al fin una transacción, retirándose la orden de fusilamiento; pero duró poco la avenencia: el mismo Lizárraga, tan propicio á ella, escribió á Dorronsoro: «Estoy dispuesto á todo menos á admitir á mis órdenes sacerdotes cuya cabeza está pregonada con sobrados motivos.»—Quejábase Lizárraga de la insubordinación de Santa Cruz, de que ejercía autoridad donde le acomodaba, que efectuaba fusilamientos sin los trámites establecidos al efecto, ni darle cuenta de ello, y que eran sanguinarios sus instintos.

La insubordinación del cura se transmitía á cuantos le rodeaban, llegando el mismo Caperochipi á amenazar á Dorronsoro si no le mandaba una fuerza que pedía: con fútiles pretextos negóse Santa Cruz á acudir á una operación militar á la que Elío le llamaba; insistiendo en su desobediencia y en su cobardía, mostróse Elío lleno de amargura y dijo que presentaba su dimisión «si no se separaba á Santa Cruz y á los curas que mandaban partidas en la provincia. Al pie del altar, elevando al cielo las oraciones por el triunfo de la Iglesia, auxiliando á los heridos y animando al combate en el campo de batalla, es su misión, no se salgan de ella, y cumpliendo con su deber Dios les bendecirá.» Nada contenía á aquel desatentado y mal eclesiástico, que amenazó con fusilar á los que se prestaban á ser intermediarios de él con Lizárraga (1); apoderábase de los fondos recaudados en el puerto de Endarlaza, ordenaba al administrador de arbitrios de Guipúzcoa don José de Picaba que le entregara cuanto recaudase, «como jefe que era de la provincia,» y como si esto no fuera

(1) El señor Cruz Ochoa, que militó con el cura, salió públicamente á su defensa disculpando los fusilamientos que anatematizaban los mismos carlistas, su desobediencia é insubordinación, considerándole como el *tipo acabado del jefe carlista*, por todo lo cual tuvo el mal gusto de sentar plaza á sus órdenes. Apenas se comprende tanto extravío, tamaña aberración en la buena inteligencia del señor Ochoa.

bastante, prohibió toda circulación en Guipúzcoa sin un salvoconducto suyo.

Esto hacía cuando la diputación carlista guipuzcoana luchaba con las mayores dificultades para procurarse recursos á fin de sostener la guerra, teniendo que acordar un empréstito reintegrable, que le hizo forzoso, asignando á liberales y carlistas la cantidad que habían de entregar en un término preciso, exigiéndoles 2,000 reales por cada día que demorasen el pago, amenazando á los insolventes con medidas enérgicas, aconsejadas é impuestas por las necesidades más perentorias de la guerra. Recaudáronse unos cinco millones de reales; impuso además Lizárraga una contribución de tres millones en indemnización de igual suma impuesta por la diputación liberal para sufragar los gastos del movimiento carlista de abril anterior; se embargaban y vendían los bienes y hasta el mobiliario á los que por estar ausentes no pagaban, y contando Dorronsoro con recursos, expidió desde Echalar su primera circular—6 de abril—diciendo á los alcaldes que había llegado la hora de que todos, pobres y ricos sin excepción, hicieran un último esfuerzo para acabar de una vez con la revolución y reintegrar los fueros y libertades; que en la imposibilidad de reunir juntas generales ni diputación extraordinaria, de acuerdo con el comandante general, declaraba soldados de don Carlos á todos los guipuzcoanos solteros de 18 á 40 años de edad con posterioridad al 21 de abril de 1872; que el servicio era personal sin sustitución ni redención, conminando la falta ó deserción con una multa de 500 á 8,000 reales mensuales, hasta que se presentase ó fuese habido.

Mientras, procuraba Nouvilas imponerse á los alcaldes y á los pueblos, y se aprestaba á emprender una campaña que decía iba á ser ruda pero breve, lo cual hacía difícil el tener ya que atender á varios puntos, pues si Dorregaray llamaba su atención hacia las Améscoas, la partida del finado Soraeta se presentaba en Vera con un cañón, Lizárraga, restablecido de su enfermedad, reorganizaba y aumentaba su gente, tenía que hacer frente á la de Santa Cruz y á la liberal, cuidando de defender los dos cañones que ya poseía, y sostuvo en Abalcisqueta, debajo de la peña de Larraiz, un encuentro con la columna de Morales Reina, á la que esperó en posiciones: atacaron impetuosamente los liberales, cayendo mortalmente herido á los primeros disparos el caballo que montaba Morales, al que se creyó muerto, y llenos de alegría al verle levantarse y mandar cargar á la bayoneta, lo hicieron con decisión, resistieron los carlistas desde las elevadas cumbres del Aralar, agotando unos y otros combatientes sus municiones y perdiendo alguna gente. Tuvo á poco Lizárraga otro encuentro con las fuerzas de Loma en Amezqueta, al siguiente día en Astigarraga, en Pagoeta é Izaspi, y por la noche en el monte Elosua, viéndose imposibilitado de armar en Guipúzcoa las fuerzas que pretendía, á lo que también contribuyó el proceder de Santa Cruz, por lo que tuvo Lizárraga que unirse con los navarros.

Dorregaray penetraba por Álava en Guipúzcoa y al pasar cerca de Oñate recibió una descarga de los migueletes y voluntarios de aquella villa que puso en peligro su vida, é irritado, mandó la atacaran; penetraron los carlistas en las calles, se guarecieron los liberales en la casa fuerte,

intentaron tomarla despreciada su intimación, y se vieron rechazados con unas 20 bajas. No muy satisfecho por la pérdida de Oscáriz, mortalmente herido en Oñate, volvió Dorregaray á Navarra, sin que pudiera impedirlo el brigadier Castillo, marchando por Betelú á Lecumberri, y por Leira y Zubieta á Vera, donde se ocupó de asuntos administrativos, y de los recursos que aprovechaban los guipuzcoanos con perjuicio de los navarros. Esquivando encuentros marchó por Lesaca á Goizueta, aquí estrenó una charanga, siguió á Leira y Arteta, en el valle de Ollo estuvieron expuestos unos 60 carabineros á ser copados, se bendijeron en Abarzuza las banderas que juraron los batallones á quienes correspondían, y al cabo de cinco días invertidos en el cumplimiento del precepto pascual y en ejercicios militares se fueron por Villatuerta á vadear el Ega por debajo del monte Muniain Morentín, hasta llegar á Bernedo y pueblos inmediatos, con el intento de pasar á la Rioja, como lo efectuaron el 1.º de mayo por Lagrán y alto de la Sierra de Toloño. Penetró Pérula en San Vicente de la Sonsierra, sufrió el fuego de los voluntarios de Briones, sin contestar los carlistas por no consumir los pocos cartuchos que llevaban, cruzaron la llanura de la Rioja parando en Cerinuela, y siguiendo por Gallinero, inmediaciones de Santo Domingo de la Calzada, cruzando el río por un puente de maderos, que arrojaron después de pasar, teniendo que vadear el río la columna liberal que les perseguía. Por Avellanosa, se atrevió Pérula á cruzar entre Prado Luengo y Belorado, á la vista de la guarnición, que no atacó, con grande asombro de los carlistas que no tenían más remedio que quedar prisioneros ó morir; cometieron algunos excesos en Castil de Carrias por haberle encontrado abandonado; siguieron por Vallarta y Fuentebureba á Cascajares, después de haber atravesado aquella gran llanura, oyendo en algunos puntos el alerta de los centinelas; salieron presurosos por el portillo de Miraveche á Valderrama á tomar el puente de Trías, que era el objetivo de Pérula, teniendo la suerte de que el día anterior habían ido los voluntarios de la libertad de este pueblo por las armas á Bribiesca, regresando cuando acababan de pasar los carlistas (1). Siguieron á Quintana y Herrán por la penosa cuesta de Villafría, á Sanzadornil y Valpuesta, de aquí hacia el puente de Miema, y encontrándose con Iturralde y alguna fuerza del cura Ayala, se empeñaron en atacar á una columna liberal que operaba por aquellas inmediaciones, y aunque se opuso Pérula, rompieron contra ella el fuego, sin otro resultado que gastar municiones Por Carranza, Barrón, estación de Poves y Antezama, atravesaron el ferrocarril del Norte y puente de Manzanos, pernoctaron aquel día 5 en Treviño, y por Dordoniz, Moraza y Lagrán fueron á pasar la noche del 6 en Bernedo, punto de partida de aquella atrevida expedición, que si no consiguió el objeto que se propuso, que era desarmar á las guarniciones de Briones y Casa la Reina, sacar en cada uno de ambos puntos 8,000 duros é ir á reunirse en Haro con Dorregaray, recorrió impunemente aquel puñado de carlistas una gran parte de las provincias de Logroño, Burgos y Álava, sin perder un hombre, pasando á la inmediación de grandes poblaciones,

(1) Por no detenerse Pérula en Trías, pidió raciones de pan cortadas, y así se las llevaron al otro lado del puente.

y de guarniciones y columnas enemigas, repasando el Ebro y volviendo al cabo de seis días al punto de partida, después de haber trazado tan extenso círculo. Sin la contrariedad que experimentaron el primer día en San Vicente de la Sonsierra, dividiéndose la fuerza y aprestados á resistir los liberales, quizá consiguieran su objeto por la celeridad con que procedían.

Velasco, Bernaola y Campo, se movían por Villaro, Orduña y las Encartaciones, reclutando gente á la fuerza, sin verse en muchas ocasiones perseguidos, aunque había en el señorío más de 4,000 hombres de todas armas, y apenas se contaban 800 carlistas mal armados y peor instruídos. ¿Se había recomendado, como se dijo, que no se les persiguiera? Se comprende que un pequeño grupo hiciera lo que el que se presentó en Altamira, y teniendo la ría por medio, disparara sobre la ribera de Deusto, y que desde las ruinas de la casita de Quintana hicieran fuego sobre Bilbao, huyendo inmediatamente de los que salían á perseguirles; pero es inconcebible que se dejara organizar tranquilamente á los carlistas. Trató el general Lagunero de variar el sistema de guerra, estableció pequeñas guarniciones en Durango, Guernica y otras villas y se adoptaron otras providencias, pero ninguna surtió efecto porque no era activa la persecución que se hacía; así que Velasco se apoderaba de una remesa de 1,000 cañones de fusil destinados á la fábrica de armas de Plasencia, impedía la circulación de carruajes, y empeorando las circunstancias, trató la diputación liberal de formar á su costa un cuerpo de 2,000 hombres, cuyo proyecto no pudo llevarse á cabo por falta de recursos y la poca confianza que inspiraban las medidas del entonces ministro de la Guerra, que llenaron de amargura á los liberales vizcaínos. Creían éstos que sólo se necesitaba querer destruir las partidas carlistas de Vizcaya para que fueran exterminadas, y como no se conseguía, desconfiaron y desesperaron. Un paisano, el gobernador civil de Navarra don Justo María Zavala, demostró en la expedición que hizo á Valcarlos lo que podía y debía hacerse con decisión é inteligencia, ayudándole perfectamente el capitán González Tablas guiando sus fuerzas y á los aeozcanos que peleaban por primera vez llevando las municiones en los bolsillos, atacando á los carlistas fortificados en las casas de Ayegui, que tuvieron que abandonar, y los que no entraron en Francia huyeron por los montes.

No habiendo podido ir Dorregaray á reunirse en Haro con Pérula contramarchó á Peñacerrada, donde sin embargo de haberse avisado tres veces en menos de una hora la llegada de una columna liberal, no se tomó providencia alguna, y entró aquélla echando del pueblo á los carlistas, que salieron en la más vergonzosa dispersión, excepto una compañía. Dorregaray perdió su equipaje. «Sin embargo de esta criminal y punible sorpresa, dice un diario de operaciones de la columna mandada por Dorregaray que tenemos á la vista, la tropa, siguiendo la dirección que se le había trazado, se salvó toda, sin haber caído ningún prisionero. Unicamente tuvimos tres ó cuatro bajas, que fué lo que menos nos podía acontecer.» Los mismos carlistas dijeron que, á haber embestido el liberal con más brío ó previsión, hubieran quedado la mitad prisioneros. En la persecución que se hizo después á Dorregaray, perdió media compañía que había estado de avanzada en un monte, y se colocó á retaguardia; y en las mar-

chas á que se vió obligado, mermaron mucho sus filas por los enfermos, cansados y escapados; se introdujo el pánico en su gente y decayó su espíritu, pues veían que en vez de pelear se corría al solo anuncio de la aproximación de los liberales. Fué objeto de graves censuras aquel modo de hacer la guerra, mostrando todos el deseo de pelear, á lo que contestaba Ollo que la falta de armamento y municiones, y la dificultad de allegar recursos, imposibilitaba tomar la ofensiva; rogaron á Lizárraga les dirigiera contra el enemigo; les mostró aquel jefe lo sedicioso de la petición, y exponiendo Lizárraga á Dorregaray la situación de su gente, le añadió que si no atacaba, «yo te abandono, y no respondo de los resultados.»

General el desaliento, se murmuraba públicamente de Dorregaray acriminándole por la sorpresa de Peñacerrada, y se acordó en consejo de generales la necesidad de combatir. Llevaban muchos meses de penalidades y sufrimientos heroicos, y aunque había habido bastantes combates, no habían obtenido ningún triunfo importante: desvaneciéronse las esperanzas que hizo concebir la entrada de Dorregaray, y aquellos valientes decían que querían pelear y morir, pero no correr. Sabedores los jefes liberales de esta actitud de sus enemigos, ninguna ocasión más á propósito para acabar la guerra en el Norte: disponían de más fuerzas, sabían que los carlistas esperaban resueltos á combatir, y casi cercados por tres columnas, podían ser envueltos por todas partes, copados ó derrotados. Allí estaban las fuerzas navarras, allí las guipuzcoanas con su jefe Lizárraga, allí Llorente con los pocos alaveses, allí el marqués de Vadespina, allí estaba el alma y núcleo de la guerra.

Próxima la columna del coronel Navarro, corrió Ollo á cerrarle el paso y atacarle de frente, Lizárraga fué con los guipuzcoanos á tomar posiciones, emboscando su gente en una arboleda para atacar por el flanco izquierdo, y se formaron todas las fuerzas resueltas á pelear aunque se dispusiera lo contrario. Favorecía á los carlistas su ardimiento y el terreno; su formidable posición no podía ser tomada más que de frente, subiendo los liberales encajonados por el puerto, expuestos al fuego enemigo. Éste esperaba impaciente, y más al ver á sus contrarios en una arboleda, á los que contemplaba como el cazador á su presa.

Había salido Navarro de Zudaire sin noticias exactas de la situación de los carlistas, presumiendo se encontrasen en Valdellín, en cuyo valle penetró por el puerto de Ollogollen y les vió desfilar hacia el de Echevarri, por donde prosiguieron la marcha los liberales sobre Abarzuza, después de haber descansado una hora en Galdeano. Apenas llegaron á media ladera las dos compañías flaqueadoras, se vieron envueltas por un nutridísimo fuego que les causó numerosas bajas. Sola ante los carlistas la vanguardia liberal, les rechazó valerosamente; voló Rada al auxilio de sus compañeros, ayudándole Calderón y Argila, sin disparar un tiro arremetieron desesperadamente á la bayoneta, pero dos veces fueron rechazados los carlistas, y como estaban decididos á perecer ó á triunfar, no pensaban unos y otros más que en dar la muerte ó recibirla. Carecen de municiones; han perdido sus mejores posiciones, y la retirada empieza á convertirse en desorden: sólo faltaban unos doscientos metros para desembocar los carlistas en un campo raso y obtener entonces los liberales la más

completa victoria que habría acabado la guerra, cuando en aquel instante, el marqués de Valdespina, con el único escuadrón que allí había, el 1.° de Navarra, cargó sin orden de nadie, tan oportunamente y con tanto arrojo, que salvó á sus compañeros de una derrota segura, pues viendo la infantería la decisión de la caballería, se rehizo.

Iba á empezar á jugar la artillería liberal, cuando un sinnúmero de enemigos, algunos de caballería, corrieron á cortar las piezas, custodiadas sólo por la artillería y la caballería; la ordenó Navarro que cargase al punto, que aunque no muy á propósito colocada, podía hacerlo; los oficiales mandaron la carga, y se colocaron al frente; pero los lanceros de Villaviciosa, en vez de seguirlos, se pronunciaron en vergonzosa huída, dejándolos solos, y sin protección la artillería. Corre Navarro á conjurar aquel conflicto, mas ya los artilleros se desbandaban también, y sólo unos pocos y los oficiales, que no podían contener la tropa, quedaban cuando se abalanzaron los carlistas á un cañón y cureña de otro que se estaba colocando.

Aquí hubo un momento de terrible lucha: cuerpo á cuerpo se batían á machetazos y á palos unos y otros: las piezas quedaron abandonadas, sin más que el coronel y un artillero que iba á clavar el cañón y cayó herido en el acto, y fué prisionero entonces el valiente Navarro.

Los cazadores, al ver huir á la caballería se desbandaron bastantes, y se deshizo la columna, quedando en Echevarri las compañías que cubrían la retaguardia custodiando los bagajes. sin acudir á apoyar á las comprometidas fuerzas de Sevilla. En vano el valeroso jefe de cazadores se multiplicaba y se batía como un león, recibiendo un bayonetazo en un hombro, que no le tocó carne; sus cazadores estaban dispersos, y el teniente coronel Martínez y el comandante de ingenieros señor Acellana, que acudieron á lo más recio del combate, cayeron prisioneros.

Las fuerzas de Sevilla que con la vanguardia y los ingenieros habían sostenido el combate, se vieron en desesperada situación, que se hizo terrible al precipitarse sobre ellos una nube de carlistas después de haber dispersado el ala derecha liberal, destrozando la columna. Aun trató el comandante Vallés de unirse con un grupo de soldados á las pocas fuerzas que se batían; pero se vió cortado, y el jefe de cazadores con algunos de los suyos. Llovían las balas, grupos de tropa buscaban refugio en los pueblos vecinos, las que se batían estaban desfallecidas, y en tal estado, sin esperanza de socorro, é imposible de rechazar al enemigo, se guarecieron los que pudieron en Eraul, rechazaron la intimación de los carlistas y se salvaron. Rosa Samaniego persiguió á los fugitivos.

Sin el proceder de la caballería liberal, pudo haberse triunfado, lanzándola cinco minutos antes que la carlista. Se contaron más de 400 bajas en uno y otro bando, y entre los heridos carlistas Vasdespina. Lo que más estimaron éstos fué la adquisición de una pieza de artillería.

Las derrotadas fuerzas, protegidas por la columna Castañón, se retiraron á Pamplona, donde se engañó al público con un parte inexacto de lo sucedido.

Esta acción valió á Dorregaray el título de marqués de Eraul, escribiéndole don Carlos una carta de felicitación y estímulo para él y sus huestes.

Los vencedores pasearon el cañón, trofeo de la victoria, bruñido y engalanado por las mujeres; ocuparon posiciones esperando al enemigo, efectuaron diferentes movimientos, se dirigieron por el condado de Treviño á Vizcaya á revistar sus fuerzas y las de Guipúzcoa y extender el campo de operaciones, dividiéndose para facilitar los movimientos, y luego reunirse en otro punto, maniobrando así hasta que se presentara otra ocasión como la de Eraul. Persiguióles Nouvilas, que les obligó á salir corriendo de Orduña, cuando celebraban con un baile su contento, y sin el menor tropiezo, aun pasando junto á las principales fuerzas liberales, atravesaron toda la provincia de Sur á Norte.

El aumento que tenían las partidas de Vizcaya iba apurando la situación de los liberales y menudeaban los encuentros más ó menos importantes. En Guipúzcoa se fraccionaron los carlistas para eludir mejor la persecución que se les hacía, haciendo frente á sus perseguidores cuando la ocasión se les presentaba favorable, y atreviéndose á tomar la ofensiva contra pequeñas columnas, como lo hicieron en el monte de Elosua, en Oyarzún y otros puntos. Lizárraga, que se había separado de Dorregaray al día siguiente de la acción de Eraul, intentó robustecer el movimiento de Guipúzcoa y arreglar sus diferencias con Santa Cruz, á cuyo encuentro fué con unos 400 hombres, que constituían toda su fuerza, ascendiendo á 600 la del cura, que recibieron la visita del general en actitud más bien hostil que amiga. Celebróse la conferencia sin resultado; unióse Lizárraga con Elío; eludió cerca de Santisteban el encuentro con la columna de Tejada que procuraba impedir el paso del carlista á Guipúzcoa, y especialmente que penetrara en los montes de Ataun; al avistarle le envió algunas granadas sin éxito, y Lizárraga se retiró por el camino de Iturren á unirse en Santisteban con Elío, aumentando su gente. Así pudieron bloquear á la columna Maldonado en Elizondo: intentaron atacar á Lumbilla, y negó para ello Santa Cruz el cañón que guardaba en Arichulegui.

Nouvilas, que había sido nombrado ministro de la Guerra el último día de abril, á pesar de lo precisa que era su presencia en campaña, invadiendo Pérula la Rioja y amenazándola Dorregaray, corrió á Madrid, declaró que con su plan terminaría en breve la insurrección carlista en el Norte, y sin embargo, los mismos descuidos, mayores faltas y aun más grandes torpezas se cometían en esta última guerra que en la de los siete años: no se conocía á los enemigos con quienes se peleaba. El desastre de Eraul obligó á Nouvilas á dejar el ministerio y volver á tomar el mando del ejército. Formó nuevos planes, se propuso acabar en breve tiempo con los carlistas, y cuando éstos, eludiendo la persecución que empezó á hacérseles, marcharon á Álava, corrió tras ellos Nouvilas, llegó á Vitoria, y como desde que se encargó nuevamente del mando no se había visto resultado alguno, y corrieron además por Madrid alarmantes noticias sobre la actitud política del general, preguntándose todos, ¿qué pasa en el Norte? se alarmó el gobierno y envió á don Nicolás Salmerón y Alonso á conferenciar con Nouvilas. Quedaron en esta conferencia desvanecidos los temores del ministerio, aunque no pudo quedar muy satisfecho el señor Salmerón de la disposición en que se hallaban algunas fuerzas del ejército, si bien las menos.

Siguió Nouvilas á Vizcaya, obligó á los carlistas á salir precipitadamente de Orduña, conferenció en Zornoza con Lagunero, persiguió á los enemigos en Guipúzcoa, y volvió tras ellos á Navarra. En catorce días habían recorrido los carlistas Navarra, Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, llegando hasta un pueblo de Castilla, sin experimentar el menor contratiempo. La propaganda que la expedición se propuso la consiguió completa. Descalzos y cansados regresaron los navarros; pero descansaron en Aucín tres días, y las Améscoas les ofrecían buen refugio.

Conocido el movimiento de los navarros á Vizcaya, era de suponer su regreso por Guipúzcoa. En esta previsión, Loma en Vergara, observando los pasos del Deva, Mondragón, San Prudencio y los Mártires; Cuenca en Azpeitia, cuidando los de Plasencia, Elgoibar, Alzola y Mendaro, y Castillo en Tolosa por la presencia de Santa Cruz y otras pequeñas partidas en los límites de Navarra, con la probabilidad de bajar los carlistas hacia el mar, como lo hicieron. Loma y Castillo podían concentrarse con Cuenca, y el 2 de junio las tres columnas habrían estado en Azpeitia, y muy bien situadas. Loma hizo en efecto su movimiento, y dicho día se encontraba en Azpeitia, y si el general en jefe hubiera reforzado las columnas de Guipúzcoa con un par de batallones, no para perseguir á los carlistas de Guipúzcoa, porque no hacía falta, sino para el caso actual, ó si al menos, habiendo allí tan poca fuerza, y estando indicada una invasión, no se hubiera distraído la columna Cuenca para acompañar al general Maldonado, bien situadas como estaban las columnas de Guipúzcoa, con sus seis piezas de artillería y unos 1,200 hombres que podían entrar en fuego, los expedicionarios habrían recibido un gran golpe, habrían sido, ó derrotados, ó quebrantados, y al llegar las columnas del general en jefe que iban en su persecución, pudo haberlos deshecho completamente. Con la falta de esa columna, Loma no pudo hacer más que picar la retaguardia con sus 600 hombres y seguir, lo mismo que la de Castillo con 250, protegiendo las guarniciones por si era atacada alguna. ¿Dónde están, entretanto, podía preguntarse, las cinco columnas que una tras otra habían ido á Vizcaya con el general en jefe y las dos de Vizcaya? ¿Cuál era el plan del general Nouvilas, si habiendo pasado los carlistas por puntos donde estaban tan comprometidos, no se creyó conveniente cubrirlos? Las fuerzas que estaban en Durango el 30 de mayo, ¿podían concentrarse en Azpeitia el 2 y cubrir aquel punto con las columnas que acudían detrás? Era la tercera vez que los navarros hacían aquel movimiento. La primera se dejó libre el paso del Deva y de Elgoibar, reduciéndose la combinación al ataque de Aya mientras Ollo se corría por la espalda; la segunda y la tercera vez salvaron las líneas del Deva, Urola y Oria, á lo más con ligeras escaramuzas.

También en Cataluña empezaba á adquirir gravedad la guerra, y hubiera aumentado aquella gravedad á ser mayor la subordinación de los carlistas; aunque en este sentido nada dejó que desear la de los liberales. El batallón de Manila, de la división Cabrinetti, reclamaba la licencia absoluta por haberlo así ofrecido los republicanos federales; trató el jefe de restablecer la disciplina, dijeron los artilleros que no harían armas contra los cazadores, siguieron todos á Gerona, y al fin se apaciguaron los insubordinados y salieron á operaciones.

Éstas iban siendo cada día más importantes. El 1.º de marzo combinó don Alfonso en Borredá un movimiento sobre Berga; pero á pesar de los oficios que se enviaron á Galcerán y á Savalls ninguno concurrió; se frustró la operación, y don Alfonso, deshaciendo el camino que había andado, pasó á Prats de Llusanés. Ordenó después en San Pedro de Torelló el ataque á la importante Ripoll; le intimaron la rendición, que se negó; se tocó marcha y redoblado, gritó Savalls, *adentro,* y avanzando simultáneamente con gran gritería por la carretera los zuavos y guías de don Alfonso, penetraron en Ripoll sin haber tenido un solo herido á pesar del horroroso fuego que se les hizo. Replegáronse los carabineros unos á la iglesia y otros al fuerte, atacaron ambos puntos los invasores, incendiaron los zuavos con petróleo el templo, y con el único cañón que tenían se combatió el fuerte que resistía bien; mas rendidos de cansancio, sin esperanza de socorro y medio asfixiados, pidieron capitulación agitando algunos los pañuelos desde las ventanillas más altas; pararon los carlistas el fuego en aquel sitio, continuando en los demás sin interrupción, y cuando desde la esquina de la casa de Gracia se adelantaron para entrar en la iglesia, recibieron una descarga de los de la sacristía, causándoles un muerto y cuatro heridos. Desesperó tanto este hecho á los zuavos que se decidieron á asaltar la iglesia, pero se admitió la rendición. Entregados los vencedores del fuerte, se evacuó la villa para eludir el encuentro con Martínez de Campos que acudía á Ripoll. Salían los últimos pelotones, cuando en la única misa que se celebró aquel día, se oyó gritar: ¡llega la tropa y todavía hay carlistas! se promovió la alarma, entró á la carrera la caballería liberal anhelante de rescatar á los prisioneros, y éstos habían sido fusilados en Campdévanol y en Gumbreny por Savalls, satisfaciendo así feroces instintos é insultando á la humanidad (1). Al hallarse las fuerzas liberales con las carlistas en el mismo Campdevanol, rompióse el fuego por una y otra parte, hasta que no por carecer aquéllas de municiones, como se dijo, sino por la indisciplina de la tropa, tuvo que regresar Campos, lamentándose de no haber podido rescatar los prisioneros ó castigar á los carlistas, muy satisfechos de cuanto habían conseguido en aquella importante población, á la orilla del Ter y en la confluencia de siete caminos.

Efectuáronse en marzo diferentes movimientos y encuentros entre las partidas carlistas, más ó menos numerosas, que merodeaban por casi todo el Principado y las columnas que con más ó menos actividad las perseguían; los partidarios Arana, Patero y otros fueron cogidos prisioneros en los altos de Balaguer, Quico derrotado en las inmediaciones de Castellós; Camats y Vallés prepararon una emboscada á Otal en las escabrosidades de las montañas de la Palma, resultando un porfiado bregar hasta que la noche separó á ambos combatientes; Vallés invadió el Perelló desarmando á sus voluntarios, cobró contribuciones, y se ofreció al gobernador de Tortosa para combatir á los que en sentido internacionalista decía que

(1) A virtud de este hecho, el ministro de la Guerra expidió el 26 de marzo una circular, que temiendo la opinión pública federal no se dió á luz en la *Gaceta*, mandando imprimir mayor actividad en las causas formadas á los prisioneros, que se sometiera á los consejos de guerra á los que auxiliaban y patrocinaban á los carlistas, y que se redoblara la persecución hasta conseguir el completo exterminio de las partidas.

intentaban alterar el orden; desalojó una columna liberal de Lérida á Camats de las buenas posiciones que ocupaba entre la Juncosa y Celrá causándole bastantes pérdidas, y fué Tristany á la Pobla de Segur haciendo acogerse á sus defensores á la iglesia como último baluarte; desecharon en términos corteses la rendición, esperó el carlista á la mañana siguiente para proseguir el ataque ó incendiar el templo si no se rendían, para evitarlo imploraron llorando y de rodillas las familias de los voluntarios les dejaran en paz que ya les convencerían después que no hicieran armas contra los carlistas, «á cuyas instancias, dijo Tristany no podía acceder, porque su dignidad y posición, y, más que todo, el inmenso amor que siempre profesó á sus soberanos, no permitían quitarle al rey un día tan señalado de gloria que la Providencia le había proporcionado.» Propuso, sin embargo, nuevo parlamento, y desechado, se incendió el templo con petróleo; quedando convertido en poco más de una hora en una horrible hoguera. Retiráronse los esforzados voluntarios á lo más elevado de la torre, en la que se abrió brecha para que el humo y el fuego pudieran propagarse; «y cuando creía que todos habían ya perecido, si no abrasados, asfixiados, se me dió aviso de que se oían conmovedores lamentos de confesión y misericordia, en vista de cuyo fatal estado reuní en seguida consejo de jefes, y deliberando acerca de lo que debía resolverse, se acordó por unanimidad que me constituyera en el sitio de la catástrofe á explorar la voluntad de mis voluntarios indignados, no sólo por lo rudo del ataque é insultos proferidos á éstos y á mi persona, sino por la reciente dolorosa impresión que les causara la muerte de cinco voluntarios asesinados, que unidos fueron sorprendidos en la villa de Alós por los republicanos...» Tiempo tenían, sin embargo, los desgraciados de la torre para morir, con tanto preliminar para conceder confesión y misericordia á los que la pedían; no la negaron los voluntarios consultados en esta ocasión, que estuvieron más solícitos que su jefe en salvar aquellas vidas que pendían de cortos momentos: se les empezó á bajar con una maroma, siendo el primero un niño de 7 á 8 años, que se acercó solícito á Tristany, á quien se le caían las lágrimas, según él mismo dice.

La marcha de Tristany de Gerri á Sort siguiendo el Noguera Pallaresa, la señaló con algunos incendios; Galcerán falleció de las heridas recibidas en un encuentro con las fuerzas de Vega, y Berga cayó al fin en poder de los carlistas, que cometieron punibles excesos é incendiaron algunas casas (1). Justa fué la sumaria formada al comandante militar de la plaza

(1) Don Carlos concedió una medalla con su busto en el anverso y esta inscripción: Berga 27 de marzo de 1873; en el reverso las barras de Cataluña y la cruz, con la leyenda alrededor de Dios, Patria y Rey.

El general Contreras, en su parte oficial, atribuye «á traición del comandante militar señor Morales la rendición de la villa, que no podía ser otra cosa por lo que se prestaba á la defensa, por encontrarse en anfiteatro y dominada por la fortaleza que evita los ataques por la parte alta; todo su recinto fortificado convenientemente para resistir á las facciones, que no cuentan sino con un mal cañón de hierro, calibre de á 4; que no se había defendido sino unas cuantas horas, cuando tenía un gran repuesto de municiones y una guarnición de 450 á 500 hombres, capaz no sólo de defenderse, sino de atacar y vencer á los carlistas que aquí se presentaron que no fueron más que unos 700»...

señor Morales, que tuvo la tropa encerrada en el cuartel, sin mandar socorros á ninguna parte, ni á los voluntarios francos y del pueblo con unos cuantos soldados que hicieron la defensa, y los reclamaron varias veces; llegando á tal extremo la conducta de aquel jefe que, cuando unos cuantos oficiales trataron de proveer por su parte á la defensa, abrió á los carlistas las puertas del cuartel, donde ya se habían reconcentrado todas las tropas, que desmoralizadas por la conducta de su jefe fueron desfilando y entregando las armas. Si la plaza se hubiera defendido 24 horas, como pudo hacerlo, habría sido socorrida. Hicieron los carlistas 500 prisioneros, de los que fusiló Savalls á los voluntarios de la libertad (1), y se apoderaron de 1,600 fusiles y 360 cajas de municiones.

Actos de verdadera audacia, ejecutados con pasmosa celeridad, fueron los anteriores triunfos, que pudieron impedirlos algunas columnas operando más activamente. No podía hacerse este cargo al incansable Cabrinetti, pero tenía que luchar con la indisciplina de su gente. Presentósele en Bañolas el brigadier Martínez de Campos, no menos activo, el cual había dejado en Besalú las fuerzas con que operaba, y al saludarle los jefes y oficiales de la columna Cabrinetti, les estimuló á restablecer la disciplina, separándose Campos para proseguir las operaciones; mas también tuvo que lamentar en su gente lo que recomendaba corregir en la de Cabrinetti; pues si no llegó á tiempo de salvar á Ripoll, se halló con los carlistas en Campdevanol, y otro quizá hubiera sido el resultado del encuentro sin la indisciplina de su tropa, á la que ni alentó el ver los extraordinarios esfuerzos de valor personal del jefe que perdió su caballo. Sin esta indisciplina de las tropas se hubiera salvado Berga, como lo intentaron Cabrinetti y Martínez de Campos, que se unieron en Prats de Llusanés; y lo habrían conseguido á ser la defensa como esperaban, pues emprendieron la marcha en la madrugada del 28, y al dar vista á la villa á las diez de la mañana el comandante Martorell que mandaba la extrema vanguardia, supo la entrada de los carlistas, lo avisó, penetró en el pueblo y rebasándole, empezó á tirotearse con ellos, que se retiraron después de un vivo fuego de fusilería y de cañón que duró tres horas. Los liberales que persiguieron á sus enemigos regresaron á Berga, adonde también llegaron otras columnas en no muy buen estado de disciplina: llevaban algunos soldados en vez del ros gorros catalanes.

Marchando al día siguiente las fuerzas de Campos y de Cabrinetti para Vidrá, los soldados del regimiento de América se insubordinaron con fútiles pretextos, á los que en vez de acceder Campos, mostróse enérgico, impuso silencio, y continuaron la marcha.

No era todo esto más que débil demostración del estado en que se iba poniendo Cataluña. Exaltados los ánimos, exacerbadas las pasiones, se cometieron punibles excesos hasta en los templos y con inofensivos sacer-

---

(1) Efectuóse el fusilamiento de aquellos desgraciados entre el Pont de Raventí y Guardiola, indignando á muchos de los mismos carlistas; y don Alfonso, no queriendo aparecer responsable de un hecho del que ni siquiera tenía conocimiento, acordó poner en libertad á todos los prisioneros sin excepción de clases ni procedencias. Esto produjo la espontánea iluminación con que fué recibido don Alfonso y su esposa en San Quirse de Besora, y el que acudieran el día siguiente las señoras á besarle la mano.

dotes; alarmó al gobierno y al país; se desconfió de Contreras, á quien faltó la suerte en la campaña y el tacto en la política, y se vió precisado á dimitir el mando que ejercía, reemplazándole el general Velarde. Dió éste á conocer el suyo diciendo á los catalanes que su misión podría ser superior á sus fuerzas, pero no á su voluntad; les pedía una tregua para que le juzgasen, y su cooperación; que su primer deber era restablecer la disciplina, y que la ordenanza regiría en lo sucesivo con todos sus deberes y derechos, para abrir inmediatamente una campaña ordenada, métodica, y tan activa cuanto lo permitieran las fuerzas del soldado. Empezó á cumplir su palabra y á hacer que la ordenanza rigiera. A este fin fué á Manresa y consiguió algún resultado con amonestaciones y prisiones.

Nuevos actos de vandalismo comete la gente de Tristany y de Vallés destrozando el ferrocarril al dirigirse á Igualada, quemando casillas de guardas y apoderándose de 19,000 duros procedentes de varios comerciantes de Barcelona, devueltos por mandato de don Alfonso; libran los soldados de San Fernando á dos sacerdotes de una muerte segura; efectúanse algunos pequeños encuentros, y estimulados los carlistas con el buen éxito obtenido en Ripoll y Berga, resolvieron apoderarse de la antiquísima villa de Puigcerdá, de más de 2,000 habitantes, que había conquistado en 1837 el dictado de Heroica resistiendo á numerosas huestes carlistas. Amenazada por Savalls se aprestó á la defensa, y cuando después de las conquistas de Ripoll y Berga, presintió la villa verse acometida, insuficientes las armas que había concedido el gobierno, pidió más inútilmente, se fortificó y municionó con sus propios recursos, con el producto de una suscrición se compraron dos piezas de artillería; se vendió un trozo de terreno comunal para robustecer la línea de defensa, se preparó ésta ordenadamente contando la villa 377 hombres armados, y al amanecer del 10 de abril, Jueves Santo, campanas y cornetas anunciaron la llegada de los carlistas, 1,200, guiados por Savalls. Ocuparon las casas de campo, quintas y huertos inmediatos, y del arrabal de las Monjas, comenzó el fuego, intimó Savalls la rendición en el término de treinta minutos, declinando la responsabilidad de las consecuencias, no obtuvo contestación, atacaron los carlistas impetuosamente, asaltando huertos, se hizo el combate encarnizado por la proximidad á que se peleaba, aproximábanse los agresores á pecho descubierto, siendo reemplazados súbitamente los que caían sin vida; hubo puntos en los que la lucha fué homérica; inútiles las armas de fuego en la defensa de la casa Descallar, se demolió la escalinata que conduce al patio, y se desempedró el pavimento, con cuyos materiales se logró desalojar á los carlistas de la calle que ocupaban, en las tapias inmediatas á la casa Traver se recurrió á igual titánico esfuerzo para arrojarles de las importantes posiciones á que habían llegado, y derribados á pedradas y á bayonetazos de los últimos baluartes que les faltaba salvar para penetrar en la villa, comprendieron la dificultad, sino imposibilidad de vencer tan denodada resistencia, sin que por esto menguara su decisión temeraria, aunque menos audaz, en algunos puntos. Intentaron asaltos, efectuaron embestidas, en todas partes se vieron rechazados, apelaron al incendio, destruyeron talleres, casas de miserables familias, llevaron también el petróleo á la puerta de la villa, lo cual hacía el peligro inminente,

pues reducida la puerta á cenizas, la gruesa pared que se había levantado á toda prisa detrás de ella, debía derrumbarse por la rápida bajada que forma á su salida, y entonces era imposible detener el ímpetu devastador de aquel torrente de sitiadores ávidos del rico botín que les prometió Savalls; pero supieron hacer frente á aquel peligro; mientras unos se batían, otros valientes, despreciando la vida, levantaban una colosal barricada en sustitución de la puerta que se abrasaba, y gracias á cuanto se hizo, ayudando las mujeres, extinguieron las llamas de la puerta, que quedó convertida en carbón, sin que llegara á desplomarse y tuvo que retirarse la caballería carlista preparada para entrar. También impidieron los sitiados la construcción de minas que empezaron los sitiadores, que no perdonaron medio alguno para apoderarse de aquella liberal población, cuyos defensores estaban resueltos á sepultarse entre sus ruinas. De este extremo les salvó la columna Cabrinetti, que hizo retirarse á los carlistas al amanecer del 11, dejando abandonadas y comprometidas á dos ó tres compañías que lograron salvarse.

Cabrinetti acudió desde Olot forzando la marcha, en medio de un deshecho temporal, llegando de noche á Rivas después de diez horas de jornada. Ocupado este pueblo por Vila de Prat para impedir el paso de la columna, le tomó el liberal á la bayoneta, merced á la rapidez y arrojo con que fueron obedecidas sus órdenes, y continuó su camino sufriendo el fuego que los desalojados de Rivas iban haciendo á retaguardia para entorpecer la marcha; pero interesaba llegar á salvar la villa, y siguió por Dorria, porque en Tosas había otra partida emboscada. En esta penosísima jornada se atravesaron ventisqueros con nieve á la cintura, ayudando voluntariamente los soldados á los artilleros de montaña á sacar las piezas y material del arma, en brazos, y hasta los mulos. Esta columna fué recibida en Puigcerdá con justa y verdadera ovación, abrazándose paisanos y soldados.

Después de tres días de descanso, continuó Cabrinetti operando, se encontró en las inmediaciones de Besora un hospital de sangre carlista, con 6 heridos y 60 camas, peleó después con Savalls y Vila de Prat obligándoles á abandonar sus excelentes posiciones en la falda de la montaña de Montsech, persiguiéndoles; mas todos estos hechos no disminuían la importancia de los carlistas, pues en cuanto veían desaparecer á Cabrinetti de la provincia de Gerona, bloqueaban á Olot, Tortellá y Besalú, á la vez que Velarde ordenaba que en el improrrogable término de seis días se cerraran todas las casas de campo de los distritos de Berga, Manresa, Vich, excepto el llano, Villafranca del Panadés, Figueras, Olot, Rivas, menos la Cerdaña y Santa Coloma de Farnés, tapiándose las puertas y ventanas y retirándose los habitantes con los víveres á los pueblos inmediatos. Fundábase esta providencia en la protección que recibían los carlistas de la población rural, y aunque ya se había practicado tal medida con algún éxito en el Maestrazgo, produjo ahora tantas quejas y reclamaciones que no pudo cumplimentarse.

La indisciplina se declaró nuevamente en algunas tropas en Manresa; con ayuda de otras la reprimió Velarde; pero desaprobó el gobierno las medidas que para castigarla propuso el general, y éste quedó despresti-

giado. En Prats de Llusanés y en otros puntos cundió el contagio de una manera alarmante: no se podían hacer obedecer los jefes, á los que se denigraba; se cometían punibles excesos y se hicieron algunas tropas tan temidas como los carlistas. Éstos aprovechaban la deplorable situación del ejército para efectuar atrevidas algaradas. Perseguíanles los jefes liberales, que á contar con la subordinación de su gente hubieran tenido más importancia que la que tuvieron algunos encuentros. Avisaba el alcalde de Esparraguera que los carlistas ocupaban el Bruch y amenazaban su villa, resuelta á defenderse; Vallés atacaba al pueblo de Secuita, defendido por sus voluntarios; en Pallaresos secuestraban los carlistas á concejales y propietarios por no querer pagar las contribuciones, ejecutando los mismos actos en otros puntos; Savalls, obrando por su cuenta, si no obtenía triunfos evitaba derrotas; fué buena la retirada de Arbucias el 2 de mayo; publicó el 11 una enérgica proclama, de estilo no muy culto, para que todos acudieran á las armas; entró por sorpresa á los dos días en Mataró, pidiendo 30,000 duros á la villa por los liberales que secuestró, y más afortunado Martínez de Campos que la columna de Vallés, corrió en busca de los secuestradores, hallóles en Montseny, rescató los secuestrados y evitó llegara á poder de los carlistas la gruesa cantidad que de Mataró les llevaban.

Las sorpresas que efectuaban aquéllos en algunos pueblos no servían de escarmiento; y si podía servir de alguna disculpa lo repentinamente que cayó sobre Sanahuja en la tarde del 17 un grupo de los que mandaba Tristany, es inexplicable que poco antes por opuesto lado se presentase la caballería liberal, se alojara y entregara al descanso, como la guarnición, hasta que dos tiros y algunos gritos de *¡la facción, la facción!* infundieron la alarma, invadidas ya algunas calles por los carlistas y tomadas las avenidas. Hubo la desgracia de que aquéllos cogieran y fusilaran al que llevaba un parte del coronel de caballería para que se le unieran dos compañías de voluntarios movilizados de Almatret y Mayals. Rompieron los carlistas el fuego desde el castillo que domina el pueblo; se defendieron los voluntarios desde sus mismos alojamientos; la caballería de Calatrava intentó inútilmente y con pérdidas pasar el puente, y tuvo que volver á sus alojamientos para en ellos defenderse.

Ni la noche, ni el gran temporal de agua que sobrevino, hizo desistir á los carlistas, que avanzaban de casa en casa abriendo boquetes, acosando así, y con el incendio á los liberales, que tenían que rendirse los que no podían escapar; siendo algunos de éstos cazados como conejos y sacrificados muchos de los rendidos aun bajo la salvaguardia de la palabra de indulto, y en situación tan crítica como la del jefe de la caballería, que habiéndose arrojado por una ventana por no caer en manos de sus enemigos, rompióse piernas y brazos, y en tan deplorable estado recibió una descarga que le hirió de gravedad, y quedó prisionero.

Dueños los carlistas de Sanahuja, donde contaban con grandes simpatías y no satisfechos con la sangre que se había derramado, en las once horas que duró el combate, y de las víctimas tan inútilmente sacrificadas, aun fusilaron á 24 de los prisioneros, llevándose á unos 50.

Para rescatarlos se movieron algunas fuerzas, y considerando Velarde

más eficaz levantar un somatén general, pedido por algunos, que lo preferían á cerrar las casas de campo, le ordenó el 18 de mayo desde Montblanch, obligando á unirse á las columnas á todos los hombres de 14 á 60 años, llevando las armas blancas ó de fuego que pudieran proporcionarse (1): todo fueron dificultades y el somatén no se llevó á cabo. Para impedirlo ordenó Savalls en Sellera el 23, que «todo individuo ó corporación que levantase somatén sería castigado con pena de la vida, y que desde aquella fecha podían circular todos los periódicos.» El poder carlista se ponía frente á frente al liberal, y era aquél más obedecido, porque Savalls podía ejecutar castigos imposibles á Velarde. Aun para la cobranza de contribuciones apelaban los carlistas á medios vedados á los liberales, y donde por su gran población no podían hacer aquéllas efectivas, bloqueaban los pueblos.

Si no hubiera sido bastante funesto para los carlistas del Maestrazgo y Aragón el desastre que experimentaron en Santa Cruz de Nogueras, sufrieron otro en Castell de Cabres, terrible por la muerte de su comandante general don Joaquín Ferrer. Perseguido Cucala tuvo que correrse á la provincia de Castellón, donde fué hostilizado por Villacampa, que hizo pasar malos ratos al carlista, y se impuso á los que de la provincia de Tarragona pasaban el Ebro para merodear á su derecha, atacando á Gandesa y otros puntos: fué derrotado Polo en Castell de Cabres, Cucala neutralizó su triunfo sobre Alcalá al ser desalojado á la bayoneta del encumbrado Culla por la columna del coronel Sagasta, y si Polo efectuó ataques como el de las Porras y Suco, volviendo después con el Negro de Forcall, les rechazaron los voluntarios movilizados.

La parte de Aragón limítrofe con Cataluña se vió invadida por Vallés, Tristany y Nasarre; entraron en Tamarite y Benabarre, haciendo exacciones, cogiendo rehenes, quemando los libros del registro civil y algunas causas pendientes en los juzgados; sorprendidos en Areu se les obligó á dividirse y tomar distintas direcciones; volvió Polo á chocar en término de Zurita, después de haber penetrado en Benasal, y lo hizo posteriormente en Aguaviva.

Grandes esfuerzos se hacían en Valencia y aun en Alicante y Murcia para formalizar anteriores movimientos; pero tuvo que disolverse la partida de Roche después de ser batida en el monasterio de Santa Ana, término de Jumilla y en Hoya Hermosa; la formada en las inmediaciones de la ciudad del Cid por López fué derrotada en Losa del Arzobispo; otra batida en Azuébar; se activó la persecución, y á fines de abril muchas de las partidas de Polo, Cucala y Ferrer (don Vicente) solicitaban indulto, siendo notable el número de los presentados desde la acción de la Galera. Disolviéronse las partidas de Ferrer y de Pablo Rico, presentándose 26 de ésta con armas, en Pinoso.

Habíase dado á conocer por este tiempo un nuevo partidario, don Tomás Segarra, quien poniendo un sustituto para que sirviera por él en la guardia civil, presentóse á don Carlos, le confirió el empleo de alférez

(1) Los alcaldes de los pueblos debían tener un repuesto de cinco raciones de pan por cada vecino y socorrer á los individuos de los suyos con 6 reales diarios.

destinándole á contribuir al movimiento del Maestrazgo, peleó en diferentes encuentros y á la muerte de Ferrer quedó de comandante general su sobrino don Vicente, y Segarra de segundo jefe, á cuyo puesto le habían elevado sus merecimientos. Disueltas á últimos de marzo casi todas las partidas que recorrían el Maestrazgo, indultándose unos y ocultándose otros, marchó Segarra á Cataluña á exponer á don Alfonso la situación de los carlistas en aquella parte oriental de España, le ordenó repasase el Ebro y participara á todos los jefes ocultos salieran otra vez á campaña para llamar la atención de las tropas liberales á fin de que no se dirigieran todas á Cataluña; lo cumplió Segarra, y no pudiendo conseguir alentar á sus compañeros, se decidió á operar solo formando una partida de seis hombres, con los que empezó su campaña.

Ni en Vélez-Málaga, ni en Bobadilla, ni en el valle de Lecrín, ni en las Alpujarras, tenían importancia las partidas que se levantaron; seguían siendo inútiles los esfuerzos que se hacían en Andalucía, así como en Extremadura, cuya comandancia general se confirió á Sabariegos, hasta que fué trasladado á Galicia, reemplazándole don Manuel Mergeliza; cargos más bien honorarios que efectivos, porque no tenían fuerzas de que disponer, aunque no faltaban ofertas más exageradas que exactas.

En Castilla la Vieja continuaba el cura Ayala eludiendo la persecución que se le hacía, no siendo ésta á veces tan activa y entendida como podía y debía serlo; los demás partidarios de la provincia de Burgos y de otras de Castilla la Vieja y Asturias, no hacían más que irse sosteniendo, aunque en la de Zamora se presentó algo formal el movimiento, que alentó don Pedro Álvarez, nombrado comandante general de la provincia; pero su ardimiento no fué secundado. En lo que se distinguieron algunas de estas partidas, fué en incendiar estaciones del ferrocarril de Santander y del Norte.

Asturias seguía refractaria á la guerra civil: lejos de progresar las partidas, solicitaban indulto sus jefes.

Al encargarse Sabariegos de la comandancia general de las cuatro provincias de Galicia, dirigió á sus habitantes una proclama enérgica, llamándoles á las armas para defender la «santa bandera, en cuyas grandiosas ondas reflejaba la fe y la justicia, emblema de la santa causa que el rey simbolizaba,» acabando por victorear á la religión, á España con sus colonias y á don Carlos. En otra alocución ofreció á los soldados la licencia absoluta á la conclusión de la campaña, y á los jefes y oficiales el empleo inmediato. No produjeron resultado estas armas; vióse perseguido y batido, así como los demás partidarios, copados con sus partidas algunos, y obligado Sabariegos, jefe de todos, á refugiarse con sus hijos en Portugal, huyendo de la activa persecución que se le hizo, y de la escasa ayuda que halló en el país, á pesar de haberle hecho concebir tan lisonjeras esperanzas.

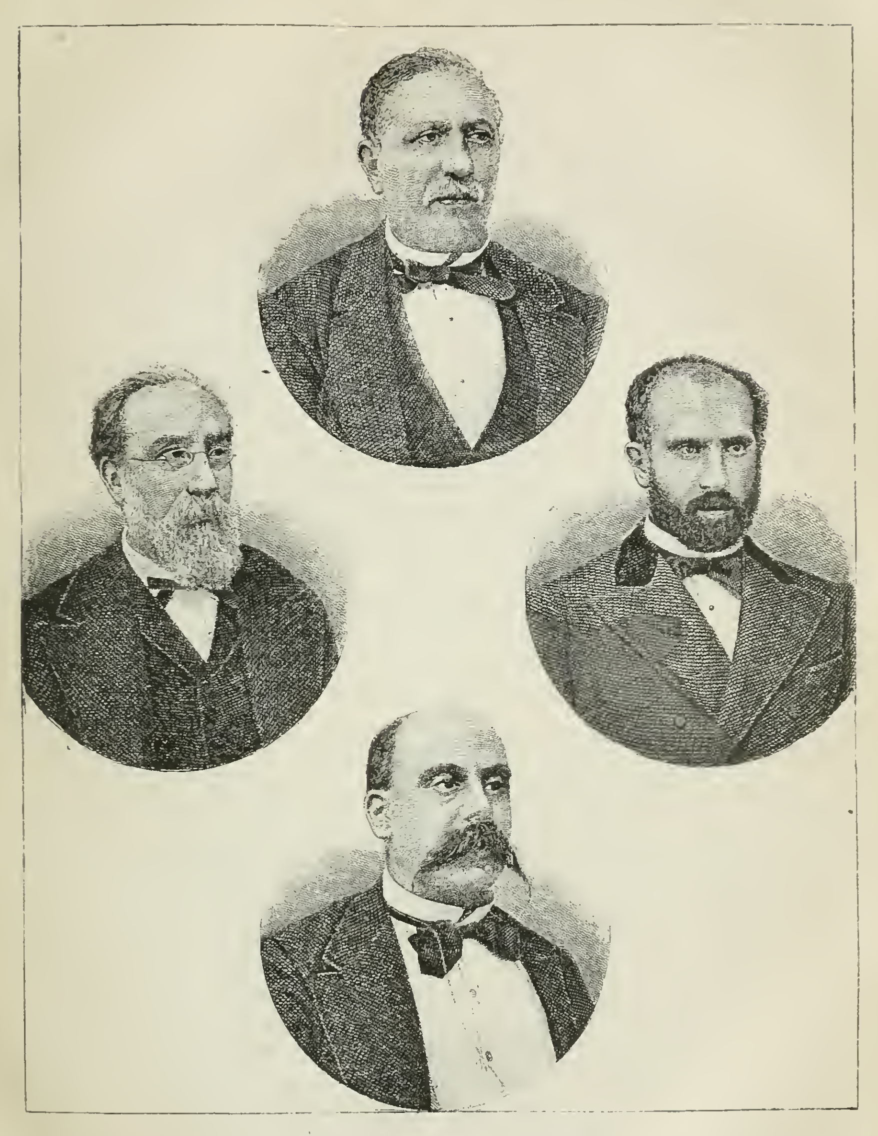
CAPÍTULO III

Situación política.—La guerra.—Estella.—Lizárraga y Santa Cruz.—Entrada de don Carlos.—Fomento de los carlistas

Desprestigiada la situación republicana por sus mismos partidarios, era evidente su fin ó su modificación al menos, y todos los partidos se aprestaban á sustituirla. No sólo los alfonsinos, la misma doña Isabel se consideró capaz para hacer por sí sola la restauración, si bien valiéndose de personajes revolucionarios, para lo cual nombró á una persona que negociara en Biarritz con el duque de la Torre, allí emigrado. Ocupóse ya algo de este asunto don Alejandro de Castro, refiriendo su entrevista con el duque, la conversación con el señor Martos, á quien se pedía desde Madrid la venia para hacer un movimiento contra el ministerio, preguntándole si para este objeto *debían contar con el partido alfonsino,* y su reunión en casa del duque de la Torre con los señores Sardoal, Martos, Camacho y Ulloa, ante los que se mostró el duque obligado sacar á España del estado en que se hallaba, para lo cual creía tener algunos medios, que se demostró luego no eran muchos; se habló bastante sin adoptarse acuerdo alguno; llegaron después á Biarritz Cánovas del Castillo y Escobar; quisieron interesar al duque en la restauración; se propuso, á imitación del pacto de Burdeos contra la Commune, formar otro en Biarritz contra la república española, entre los partidos constitucional, radical y alfonsino; presentaron obstáculos, especialmente sobre lo que pudiese aprovechar á la restauración, el duque de la Torre, Sagasta y Martos, pues las dificultades de dinero las facilitaba el portador por cuenta de un conocido habanero, muy solicitado entonces; no se aceptaron estos fondos, ni aun los que se reunieron en una especie de empréstito que se empezó á realizar, aunque no á cobrar, en la misma villa francesa; efectuóse una reunión magna de constitucionales y radicales; se enviaron mensajes, se cruzaron agentes, se señaló Lequeitio como punto de desembarque del jefe ó de los jefes de la insurrección; se contó con algunas autoridades militares de España; supo el gobierno por una de éstas la trama, que no podía ignorar, que los que andaban en aquellos tratos carecían de elementos necesarios. y el que con más contaba era el que menos se movía, el que menos figuraba y el que era realmente el más temible para el gobierno; pero iba pasando el tiempo sin tomar resolución alguna, y la elevación de Castelar al poder depuso los temores que en los excesos de la república se fundaban; se confió en él, y esto desarmó á los que conspiraban. Castelar era una garantía de orden, una esperanza de que habría gobierno y tranquilidad, y á él se agruparon todos con más ó menos sinceridad, si bien con la firme resolución de ayudarle en su patriótico empeño.

Y lo necesitaba como jamás lo ha necesitado poder alguno, porque nunca se había presentado en España insurrección más imponente que la cantonal; á la vez que ninguna con más falta de pensamiento concreto, de misión política, gastando aisladamente sus fuerzas, sin unidad de acción, sin enlazar los intereses comunes de las localidades, cuidándose más de

PRESIDENTES DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA



DON ESTANISLAO FIGUERAS

DON FRANCISCO PI Y MARGALL — DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

DON EMILIO CASTELAR

atacar la república unitaria que de definir y formular en aceptables hechos prácticos las excelencias que tuviera su sistema; sólo se vieron sus excesos y aberraciones: tuvo en su contra, y con sobra de razón, la opinión pública, indignada de que existiendo una guerra civil, que afectaba á todos los liberales, se promoviera otra por los que más avanzados se llamaban; se batió al cantonalismo en detall, y siendo tan poderoso, sucumbió, como no podía menos. Aquella abigarrada insurrección, que tan profunda tendencia socialista demostró en Alcoy, Écija y otros puntos, en la que ni la unidad de la provincia se respetaba, pues cada población importante quería su autonomía y ser cabeza de cantón, quedó reducida á Cartagena. Era la única esperanza de los cantonales; porque puesto á discusión en las Cortes el proyecto de Constitución federal, elocuentemente combatido por el señor León y Castillo, fué relegado al olvido.

No quedaba más recurso á los cantonales que propagar la insurrección. Lo ejecutaron en Alicante, donde nadie se les opuso; pero sólo duró el cantonalismo lo que en reembarcarse tardaron los insurrectos. Quisieron llevarla también á todo el litoral empleando los grandes elementos con que para ello contaban, mas temieron ver apresados sus buques por otros extranjeros, como lo fué el *Vigilante;* efectuaron una excursión terrestre á Orihuela, de cuya población se enseñorearon á pesar de las fuerzas que la defendían, se llevaron algunos prisioneros y 15,000 duros: otra columna de 2,000 hombres con artillería salió á oponerse á las tropas que conducía Salcedo contra Cartagena, las que derrotaron en Chinchilla á los cantonales, sin que costara baja alguna á Salcedo, que á haber dispuesto de más caballería, hubiera podido copar toda la fuerza insurrecta, y este fácil triunfo produjo la presentación de varios soldados de Mendigorría, 400 prisioneros y la sumisión de Murcia y otros pueblos.

Pacificada Valencia, acudió Martínez de Campos contra Cartagena; pero ofició al gobierno que con unos 2,000 hombres, siete morteros y quince cañones sin artilleros inteligentes, nada podía hacer contra una plaza defendida por 600 hombres con numerosa artillería y una poderosa escuadra. Valiéndose de ella bombardearon á Almería porque no daba 10,000 duros; apoderáronse en Motril de 2,000, sublevaron estos y otros actos de vandalismo la opinión pública, y se contuvieron en parte al ver se apoderaban de sus buques otros extranjeros, á cuyos jefes reclamaron inútilmente su devolución.

A la vez que iba llegando material de sitio, se procuraba establecer éste, aunque los cantonales destruyeron una batería antes de artillarla: tuvo que ir Campos á Valencia llamado por los movimientos de los carlistas, y encomendó á Salcedo el ejército sitiador y la prosecución de las relaciones con los de la plaza para llegar á un acuerdo, que fracasó por perderse un tiempo precioso en consultar al gobierno las instrucciones, habiéndolas dado por escrito Campos, plenamente autorizado por el Poder ejecutivo y el Consejo de ministros, que acordó darle un voto de absoluta confianza, sin más advertencia que no transigir con los dos ó tres jefes de primera línea. Las reanudó Campos á su regreso con varias alternativas, recibió refuerzos, reemplazó al general Salcedo el brigadier Ca-

lleja, y al saber que los cantonales habían enviado á Águilas una expedición, que volvió con buen botín de víveres y dinero, y que Lorca pedía auxilio, le envió con el coronel Ortiz, y otra columna con Acellana á Orihuela contra 500 carlistas.

El aislamiento de Cartagena y el propósito del gobierno de apoderarse de ella, empezó á producir sus efectos entre los cantonales, cuyo *gobierno provisional de la federación* dimitió, se confirmó á Contreras en el cargo de general en jefe de los ejércitos federales de mar y tierra, y presentó la carta que recibió de Martínez de Campos para llegar á un acomodamiento que rechazó con energía, proponiéndose resistir hasta vencer ó morir. Se empeñaron en la rendición de Alicante; allí acudió Campos á hacer frente á los cantonales, y en desacuerdo con el gobierno, dimitió el mando en el que le reemplazó don Francisco Ceballos, que llegó á Alicante con el ministro de la Gobernación Sr. Maisonnave, y allí permaneció hasta después del incalificable bombardeo que el 27 de setiembre sufrió aquella ciudad y presenciaron impasibles doce poderosos buques de guerra ingleses y franceses y uno prusiano. Resistieron valientes los alicantinos y su guarnición, deseando sólo que desembarcaran los agresores.

Para poner término á las algaradas marítimas de los cantonales en las cuales se proveían de dinero y víveres, estableció el bloqueo la escuadra mandada por el contraalmirante Lobo: hiciéronle frente los buques cantonales, trabándose combate; interpúsose oficiosamente entre la *Victoria* y la *Numancia* la fragata francesa *Semíramis*, y regresaron á Cartagena los cantonales con algunas pérdidas y averías, quedando el mar de batalla por Lobo. No impidió el bloqueo que salieran á los dos días los buques insurrectos para el cabo de Palos; Lobo, que les perseguía, retrocedió á proveerse de carbón y esperar en Gibraltar órdenes del ministro, lo cual causó general asombro; aprovecharon los cantonales tan inexplicable suceso paro proseguir sus excursiones marítimas; perdióse chocando con la *Numancia* el *Fernando el Católico;* llegaron hasta el Grao en la esperanza de que secundara Valencia el movimiento cantonal; á su regreso, siempre escoltados por buques extranjeros, apresaron varios buques mercantes llenos de géneros, relevó á Lobo don Nicolás Chicarro, y volvió á establecerse el bloqueo con frecuentes intervalos para proveerse la escuadra de carbón y víveres.

Aunque aumentadas las fuerzas sitiadoras, eran insuficientes para completar el bloqueo por tierra, que se iba estrechando; se rechazaban las salidas que efectuaban los sitiados, no daban resultado las negociaciones que se entablaban, ni la misión que llevaron Carmona y otros; deseaba el gobierno se rompiera el fuego de cañón, y que hubiese energía, y al fin comenzó el bombardeo de Cartagena, no sin haber mediado contestaciones no muy deferentes entre el ministro de la Guerra y el general en jefe, que ocasionaron la dimisión de éste.

Poseyendo el señor Salmerón profundas y arraigadas convicciones, hijas de sus grandes estudios, y no menos talento, renunció por convicción y patriotismo el poder que ejercía, sustituyéndole Castelar, considerado á propósito, no sólo para vencer las graves dificultades que se oponían al gobierno, sino para dar soluciones que, aun reconocidas como

necesarias por Salmerón, no creía, en su conciencia honrada, ser el que debía plantearlas.

Al ser elegido Castelar presidente del Poder ejecutivo, formó el ministerio con los señores Carvajal (don José), del Río y Ramos, Oreiro, Pedregal, Maisonnave, Berges y Soler Pla, encargándose después del departamento de Guerra el general Sánchez Bregua. No podían ser seguramente más difíciles las circunstancias, así que estuvo oportuno al manifestar que en el sitio que ocupaba no se querían discursos, sino actos; declaró que era el gobierno la federación, porque con ella se aseguraba la unidad nacional, y que el que la rompiera sería maldito por la historia y por sus conciudadanos; censuró á la izquierda de la Cámara porque prefería la revolucion á la propaganda; que estaba dispuesto el gobierno á practicar una política más enérgica que la de los reyes, para evitar las revoluciones y asegurar el orden, la sociedad y la familia; que era preciso llamar á los comicios y á todos los cargos á los individuos de todos los partidos, porque la República era para todos; que la izquierda quería la demagogia, que tenía deseos de venganza y no de justicia, y hacía que después viniera la espada á tiranizar á las naciones; que la democracia estaba en peligro de muerte por los excesos de la demagogia, pues que aquélla era la libertad y también el gobierno; calificó á los carlistas de demagogia blanca, peor que la roja, doliéndose de que cuando se preparaba la República á batirla, fué menester dirigir las fuerzas contra los separatistas; expuso la necesidad de una guerra á muerte y sin tregua contra los carlistas, para que no pereciese la libertad con la vergüenza del absolutismo; que gobernaría con los principios del gobierno republicano, en cuanto lo permitieran las circunstancias; llamó á todos los liberales, para que defendieran la República como defendieron á la última reina; que no serían hombres si no combatiesen la guerra con la guerra, el incendio con el incendio, el exterminio con el exterminio, y que si no hacía esto el partido republicano se suicidaba; que eran necesarios los ejércitos permanentes, y hacerles comprender que durante la guerra los ejércitos tienen delante la muerte del enemigo y detrás la muerte de la ordenanza; que no podía existir el ejército, que es una máquina de guerra, sin el castigo de la ordenanza, en primer término sobre los jefes; dijo que podía tachársele de inconsecuente, lo que no le importaba, ni que se le condenase si faltando á sus principios salvaba la patria y la libertad; que emplearía todos los medios para conservar la disciplina del ejército; que existían en caja 25,000 hombres de la última reserva y todos deseaban batirse, hasta los que no les había tocado la suerte, como había sucedido en Huesca. Declaró que el gobierno tenía redactado un proyecto para imponer una fuerte contribución á los que habían mandado á sus hijos al extranjero para librarlos de ser soldados; se mostró partidario de una milicia, no de partido, sino de la nación española; dijo que estaban movilizándose batallones en Andalucía para mandarlos al Norte; declaróse afecto á que se reintegrase á los artilleros en sus antiguos cuerpos; expresó que todos los generales de todos los partidos irían á la guerra, si bien tomando las garantías necesarias, por más que creyera que no había espada que matara á la República; manifestó que era preciso prescindir de la Constitución y

de los derechos individuales para acabar con el club jesuítico que alimentaba y daba vida al carlismo; puso de ejemplo á Lincoln, de quien hizo su historia, y expuso los medios de que se valió para concluir la guerra; que todo lo que fuese necesario para la guerra se haría, pero con la venia del Congreso, y si éste no le concedía lo que reclamase para salvar la crisis mayor por que había pasado el país, se retiraría del poder. Afirmó que aquel gobierno ni había pertenecido ni pertenecería más que al partido republicano; que necesitaba medidas enérgicas para extirpar el monstruo de la reacción, y concluyó pidiendo orden, gobierno y libertad.

Las Cortes, que habían elegido presidente al señor Salmerón, suspendieron el 30 de setiembre las sesiones hasta el 2 de enero, después de facultar á Castelar con una dictadura amplia y absoluta, de la que no abusó. Inspiró confianza, se dejó de conspirar en Biarritz, poniéndose todos los emigrados de parte del gobierno, que publicó la ley de Cortes para aplicar con todo su rigor las ordenanzas del ejército, la suspensión de garantías, que era ya una necesidad en todo poder, el establecimiento de las direcciones de las armas y muy especialmente la organización del cuerpo de artillería, encomendando su dirección al general Zavala. Aumentó el ejército; atendió á concluir con el cantonalismo y el carlismo; contó con el apoyo, más ó menos sincero, de conservadores y radicales, y esto, que excitó los celos de los antiguos republicanos, despertó su oposición y empezaron á combatirle: ponían así obstáculos á su marcha erizada de dificultades, no siendo de las menores el famoso apresamiento del *Virginius*, que fletado y pertrechado en los Estados Unidos, intentó desembarcar en la isla de Cuba generales y soldados insurrectos. Visitado y detenido por el *Tornado*, cumpliendo con lo que establecen las ordenanzas, y plenamente probada la rebeldía y criminalidad de 57 de los tripulantes, fueron sentenciados á muerte y ejecutados: reclamaron los Estados Unidos la devolución del *Virginius*, y la indemnización á las familias de los fusilados; estuvo á punto de estallar la guerra, y para evitarla se devolvió el buque, los piratas que aun vivían, y se accedió á la indemnización. ¡Por cuánta mengua se hacía pasar á la desventurada España! ¡Cuánto sufría el gobierno!

La guerra civil, en tanto, iba en aumento. Desde que Nouvilas volvió á encargarse del ejército del Norte, se veía con frecuencia obligado á suspender sus operaciones por carecer de recursos, lo cual impedía, no sólo terminar la guerra sino continuarla. Tales interrupciones permitían á los carlistas reponerse de sus fatigas y aumentar su gente.

Nuevamente invadieron una parte de Álava y de Vizcaya los navarros, pasearon tranquilamente por la izquierda del Ebro, y á poco de regresar á Navarra, lo cual vigilaba desde Eulate el brigadier don Segundo de la Portilla, chocaron con la columna de éste, de unos 1,300 hombres. Tomaron posiciones los carlistas en Metauten, algunos las abandonaron cobardemente, otros, la mayor parte, y muy superiores en número á los liberales, continuaron el fuego hasta cerca de la noche, conservando cada contendiente sus principales posiciones sin disparar un tiro. Pasaron de ciento las bajas que unos y otros experimentaron, siendo de lamentar el poco respeto que se tuvo con algunos heridos carlistas, matados después á cu-

latazos por los soldados, desoyendo las amonestaciones de algunos oficiales.

Portilla no pudo recoger todas las consecuencias de esta importante acción, de la que no se dió conocimiento al público, por la escasez de sus fuerzas, y queriendo contrariar á su enemigo se dirigió á Murieta.

Los carlistas por el puerto de Ollogoyen, atravesando el monte Loquiz, Val de Lana, Santa Cruz de Campezu y Angostina, penetraron en la provincia de Burgos. Activamente perseguidos, y con gran temporal de agua, corrieron por malos caminos, perdiendo muchos el calzado, volvieron á Navarra, pasando por Ollo salvaron el puerto, bajaron á la Barranca, dirigiéndose á Irurzún, cuyo fuerte les era molesto, á atacar á los 100 carabineros que guarnecían la estación de este pueblo, á la que se dispararon algunos cañonazos, poco certeros; se avanzó la pieza, y viéndose los liberales cercados por todas partes, y de tal manera atacados, sin resistir capitularon, quedando en libertad los oficiales de irse á sus casas si no querían tomar parte con los carlistas, y los soldados que esto no quisiesen serían socorridos y acompañados hasta Francia, cuya capitulación se cumplió religiosamente. Satisfechos los carlistas de tal triunfo, que les valió cien fusiles y abundantes municiones, marcharon tranquilos á Lecumberri y Baraibar. Castañón, después de haber recorrido las Améscoas, llegó á Irurzún cuando acababan de marcharse los carlistas. Eludieron éstos la persecución del liberal procurando atraerle á sitio conveniente, y al saber que aquél se dirigía á Arruiz, se le anticiparon. Cerca unos de otros rompióse el fuego, que se fué generalizando á medida que entraban más fuerzas en combate; la artillería liberal y Puerto-Rico se batían con empeño; no era menor el de los carlistas; se hizo horroroso el fuego; pelearon en la vanguardia carlista los cazadores de Azpeitia; por su izquierda el 2.° de Navarra; el 1.° y 3.° les guiaba Ollo, amenazando cortar la retirada del enemigo, por lo que éste desde el principio de la acción se mantuvo á la defensiva, formando en batalla y haciendo terrible fuego. Ceden algunas fuerzas navarras, se adelanta Lerga con su batallón, gritando: ¡muchachos, á ellos á la bayoneta! cargan con tal ímpetu que detienen el avance del liberal, y Requeté en tanto siguió adelante obligando á Castañón á retirarse hacia Udabe.

Casi al mismo tiempo se corría Iturbe hacia donde los liberales se retiraban, é Ichazo cargaba de frente: recibieron aquéllos á los guipuzcoanos con nutridísimo fuego, les causaron grandes pérdidas y les hicieron retroceder. Entonces fué cuando volvió el 4.° de Navarra, y á la carga los de Azpeitia, y cargó también el 2.° por la izquierda obteniendo ventajoso éxito. No se dan aún por vencidos los liberales; carga su caballería, juega contra ella la artillería carlista y tiene que retirarse confundida con la infantería, abrumada por el mayor número de la enemiga. Peleó con bizarría la liberal: tres veces cargó á la bayoneta, pero excedían de 4,000 hombres los carlistas y apenas llegaban á 1,300 los liberales, que se retiraron por escalones. Quedó en el campo Castañón y muy pocos soldados protegiendo la retirada, hasta que lograron abrigarse en la venta de Latasa, seguidos de más de 600 enemigos. Si el jefe liberal no hubiera enviado aquella noche á la venta nueve compañías, hubieran quedado prisioneros los que en ella se guarecieron.

Desde Munarriz tardó Nouvilas tres horas en llegar á Irurzún, porque la voladura del puente de Anoz, por él dispuesta, le hizo dar un gran rodeo y perder un tiempo precioso; así que á su llegada había terminado la acción. A no estar destruído el puente, mal lo hubieran pasado los carlistas.

Perdieron los liberales un cañón, más de 100 fusiles, el equipaje de Castañón, 65 prisioneros y 150 entre muertos, heridos y contusos Los carlistas 120 heridos y 40 muertos.

En este combate encarnizado, que tomó el nombre de Udabe, y tuvo lugar en sus inmediaciones y altos de Beramendi, unos y otros combatientes pelearon hasta con heroísmo, y allí se demostró lo que era ya la guerra civil, la importancia que tenían los carlistas, á los que ya no se podía perseguir con pequeñas columnas. Así causó la noticia de este hecho gran sensación en Pamplona, donde se apaleó á varios carlistas y se cometieron algunos excesos que no honraban á sus autores, como el quemar periódicos, tristes resabios de infaustos recuerdos.

Activamente perseguidos los carlistas por Nouvilas, yendo siempre á los alcances, guareciéronse en las Améscoas, de ellas corrieron al valle de Arana, llegando á media noche con la gente rendida, descalza y sin comer, y marcharon á Álava por Santa Cruz de Campezu. La llegada de Nouvilas á Vitoria les impidió seguir á Vizcaya, pero también vió entorpecidos sus movimientos el jefe liberal, al que el gobierno ofreció que hallaría en aquella capital un millón de pesetas, y no halló una. Viendo que sin recursos era inútil cuanto hiciera, y que á los jefes que por falta de actividad y celo había separado los nombraba el gobierno para superiores cargos, dimitió el mando del ejército.

Después de efectuar los carlistas algunos movimientos por la Rioja alavesa atacaron el fuerte de Puente la Reina, cuya guarnición, de unos 70 carabineros, capituló entregando armas y municiones. Cayeron sobre Cirauqui, asentado en una eminencia en la carretera de Pamplona á Estella, desecharon la intimación sus defensores, á los que ni los cañonazos ni el incendio intimidaban, pero pasaba el tiempo, nadie les auxiliaba, y ofreciéndoles la vida, la libertad inmediata y los equipajes, sometieron á votación estas proposiciones, y de los 62 defensores del pueblo, las aceptaron 32, entregándose con la seguridad del cumplimiento de lo pactado. No contaban estos desgraciados con que ofendidas las mujeres carlistas del pueblo por ofensas recibidas de los liberales, al saber que se concedía vida y libertad á los defensores del fuerte, se enfurecieron contra ellos, y deponiendo todo sentimiento de humanidad tan propio del corazón de la mujer cuando no la guía la pasión de la venganza, se amotinaron exponiendo sus quejas y pidiendo la muerte de los rendidos. En vano trataron de contenerlas los jefes; marcháronse los principales del pueblo, intentó Idoiz salvar á los rendidos, pero algunos de los voluntarios de su partida simpatizaron con la gente sublevada, entraron bayoneta armada donde estaban aquellos infelices y acuchillaron ferozmente á unos 38 que hallaron, pudiendo salvarse los demás, que sacados á altas horas de la noche fueron escoltados hasta cerca de Pamplona (1).

(1) Entre los salvados estaba don Tirso Lacalle, el guerrillero denominado Cojo

Aquellos asesinatos son indisculpables; la vida de los rendidos era sagrada: fuerza tenían los jefes para contener á las mujeres y paisanos amotinados, y no dice mucho en favor de la disciplina que tanto interesaba conservar, el desbordamiento de algunos carlistas, ni favorece á éstos la saña que mostraron sacrificando á 38 indefensos en un pequeño espacio y buscando con furioso afán á los que se ocultaron. Muchos de los asesinos y sus víctimas eran paisanos y amigos.

Siguieron los carlistas á Estella, en cuyos barrios, libres de los fuegos de la guarnición, penetraron, y perforando paredes fueron avanzando de casa en casa á los fortines secundarios, cuyos defensores se guarecieron en San Francisco. Reconcentrados aquí los liberales, sostuvieron el fuego con los que les atacaban, mientras otros invasores derribaban las obras de defensa de que se habían apoderado, esparciéndose los demás en la población celebrando cada uno á su manera el hallarse en aquella ciudad, venerada por los carlistas; entró á poco Dorregaray con el grueso de su gente, intimó al gobernador don Francisco Sanz la rendición en el término de una hora, ofreciendo completo olvido y amplia libertad; la rechazó; se efectuaron trabajos para hacer más decidida la defensa, construyeron los carlistas una especie de barracones blindados, que por hacerlos sólidos resultaron demasiado pesados, y aunque después se aligeraron no cupieron en la primera bocacalle, por lo que sólo podían servir para asustar; prepararon petróleo para incendiar el fuerte; las familias de sus defensores les suplicaron que se rindieran, exponiéndoles que no podrían resistir á los medios que para vencerlos se preparaban; algunos alentaban á la defensa; reanudáronse las hostilidades, y á las cuatro de la tarde enviaron los carlistas nuevo parlamentario á invitar á los sitiados pusieran en seguridad los heridos y las mujeres que tuvieran consigo, cuyo generoso ofrecimiento fué aceptado, encargándose la Cruz Roja de tan humanitaria misión (1). Manifestó después Dorregaray á los sitiados que habían cubierto con exceso el honor militar, propuso la paz y completo olvido en la conferencia que con el capitán de voluntarios y gobernador tuvo, apeló á toda clase de recursos para conmoverlos, aun presentándoles los seres queridos de su familia; pero estaban resueltos á morir antes que rendirse, y prosiguió el fuego admirando al enemigo tanto heroísmo.

Disminuyendo el fuego por la noche, la aprovechaban los liberales para aumentar las defensas del fuerte: abrieron profundas cortaduras en el patio principal y colocaron pesos enormes sobre 200 arrobas de pólvora, después de vaciar un cajón y comunicar los restantes con mecha, para que la explosión fuera instantánea y el estrago más terrible. En el almacén de pólvora quedó encerrado bajo llave el cabo de voluntarios Celestino Garamendi, después de haber jurado á su capitán y al gobernador, que á la señal con ambos convenida daría fuego. Los carlistas intentaron trabajos de mina y zapa y de máquinas de aproche, é insuficiente todo esto,

---

de Cirauqui, quien enfurecido mató al día siguiente de un garrotazo al padre de uno de los carlistas que cometieron los anteriores asesinatos.

(1) Los heridos leves y doña Pancracia Ibarra de Cintora, esposa del capitán de voluntarios, no quisieron abandonar el fuerte.

blindaron las bombas de incendio, con las que por la noche arrojaron petróleo sobre el tambor del fuerte, formándose en breve una inmensa hoguera cuyas llamas serpenteaban por la carretera: acudieron solícitos los sitiados á apagar el fuego, siguiendo defendiéndose y hostilizando; y distinguiendo el punto en que funcionaban las bombas, las acribillaron á balazos, matando ó ahuyentando á los que las servían. Ardía la casa desde donde se había arrojado el petróleo, é iluminando el fuerte, se distinguía á través de los hierros de una estrecha claraboya, la mecha de Garamendi, su rostro bronceado y robusto, su desnudo pecho, esperando la fatal consigna para volar todos.

La aproximación de las columnas de La Portilla y de Gardyn obligaron á los carlistas á salir de Estella, con gran pesadumbre, no siendo menor la tristeza en que quedaron sus correligionarios, acompañándoles muchos de éstos, temerosos de la conducta que con ellos tuvieran los liberales por los compromisos que contrajeron con los carlistas. Unos y otros experimentaron algunas perdidas, que pudieron los carlistas considerar sino compensadas las suyas, y el no haberse apoderado del fuerte, con los 12,000 duros que cobraron de tributo.

Si esta vez se había salvado Estella, debió haber sido más cauto el gobierno y comprender el peligro inminente en que estaba de perderse, si había de limitarse su defensa al fuerte de San Francisco y á las obras que pudieran hacerse en la ciudad. Ésta, como lo hemos visto y los hechos nos lo enseñan, se defiende desde los cerros inmediatos, y á nada de esto atendió el gobierno, que se contentó con reforzar la guarnición con 250 hombres.

Lizárraga continuaba experimentando las consecuencias de la insubordinación del cura Santa Cruz, pues un sargento de éste dió unos gritos subversivos contra los castellanos, produciendo en los soldados un pequeño motín, castigado en seguida sin efusión de sangre. Fué mucho conseguir restablecer la disciplina, y cortar las agitaciones que promovían los de Santa Cruz resueltos á desorganizar las fuerzas de Lizárraga, á quien se unió el vicario de Orio, que animaba las huestes en los combates. De enseñanza podían servir tales sucesos á los federales guipuzcoanos, quienes, aunque muy pocos, eran los bastantes para producir disturbios como el del 13 de junio en San Sebastián. Mostróse digno el ayuntamiento al que apoyaron todos los buenos liberales, que vieron con dolor y hasta con indignación que la autoridad militar y el gobernador civil interino no cumplieron con sus deberes, y estuvo la diputación en su perfecto derecho exponiéndolo así al gobierno y suprimiendo el pago de haberes á la compañía insurrecta, que marcho á Irún, donde no tenía muchas simpatías; pero se calmaron con su salida los ánimos de los habitantes de la siempre pacífica ciudad, que jamás había presenciado insurrección tan vergonzosa y criminal, cuando tan necesario era ir á combatir á los enemigos.

No se descuidaban éstos. Ataca Santa Cruz con su cañón á los 36 carabineros que defendían el puente de Endarlaza, sobre el Bidasoa, y cuando después de batirse seis horas, habiendo resistido valientes algunas embestidas, teniendo seis muertos y casi agotadas las municiones, se les ofreció la vida si se rendían, acordaron unánimes rendirse, no sin inspec-

cionar antes si se podría salvar la distancia que hay desde la casa aspillerada hasta un punto vadeable del río; pero vieron que á menos de 100 metros había más de 500 carlistas que matarían seguramente á cuantos intentaran correr aquella distancia. Los que á pesar de esto lo intentaron fueron víctimas, excepto unos cuatro ó cinco que corrieron bien. El teniente y 23 carabineros quedaron prisioneros, y fueron á poco inhumanamente fusilados sin recibir los auxilios espirituales, lo cual, según dijo Lizárraga, «era trabajar en favor del infierno (1).»

Continuó Santa Cruz sus operaciones, cometiendo toda clase de excesos aun contra los mismos carlistas; quejábase Lizárraga á Dorregaray del bandolerismo del cura, que no sólo le desobedecía, sino que hasta se atrevía á pedirle 300 hombres, y por lo mismo que Lizárraga estaba en Lecumberri, exigió á este pueblo, en el término de cinco horas, 500 raciones, contestándosele que sólo se suministraban á las tropas fieles á don Carlos.

Cansado ya Lizárraga, escribió unas proclamas enviándoselas á don Carlos para su aprobación, ó que admitiera sino la dimisión que por tercera vez le hacía. En ellas demostraba que Santa Cruz ni defendía la religión, ni merecía el título de cristiano, ni el nombre de carlista, ni el de español, ni el de guipuzcoano, que manchaba aquella causa, que tenía corazón de hiena y estimulaba á sus soldados á que le abandonasen (2). El mismo diputado general señor Dorronsoro, escribía de Santa Cruz que «había olvidado los deberes de sacerdote católico, apaleando sin piedad á amigos y enemigos, y matando sin confesión á los vencidos, habiendo escarnecido nuestros principios políticos, negando de palabra y de hecho la obediencia debida á los superiores legítimos y al rey.—Es llegada la hora de hablar. Diga V. á los amigos que Santa Cruz es en el campo carlista un faccioso, un rebelde á toda autoridad, la deshonra de nuestra hermosa bandera: dígales que vean en las crueldades de Santa Cruz el sistema que ha adoptado para llegar, imponiéndose por el terror, adonde nunca pudieron aspirar la oscuridad de su nombre y la escasez de sus dotes.» Refiere ciertos actos no muy dignos y añade: «Preferiría, y lo mismo mis compañeros, caer en manos de una columna republicana que en las de Santa Cruz; que Santa Cruz es hoy el peor enemigo de la causa, y que si el estado del alzamiento de Guipúzcoa es hoy más fatal que el primer día, nadie más que Santa Cruz tiene la culpa y la responsabilidad; que Santa Cruz no tiene la travesura del guerrillero ni el valor personal del cabecilla, como estoy de ello convencido y se lo demostraré á V. con nuevas pruebas...

---

(1) El testimonio de cinco desgraciadas mujeres de los carabineros difuntos es terrible. Refieren que ellas mismas suplicaron al feroz Santa Cruz que perdonase la vida á aquellos desgraciados veteranos, casi todos padres de numerosa familia, y que les contestó que sólo serían prisioneros en Peña Plata, adonde los llevaban, pero las intimó á que inmediatamente se marchasen: que desconsoladas partieron para Irún, y á los pocos minutos oyeron dos descargas de fusilería, en vista de lo cual volvieron apresuradas y se encontraron sobre la carretera una línea de cadáveres y dos ó tres grupos de entre ellos abrazados; que á sus gritos y ayes, los carlistas contestaron que si no marchaban de allí inmediatamente iban á hacer otro tanto con ellas.

(2) Poseemos originales estos documentos que hemos publicado en la *Historia Contemporánea, Anales desde* 1843 *hasta la conclusión de la última guerra civil.*

que Santa Cruz es, en fin, un miembro podrido de la comunión católico-monárquica.» Insiste Lizárraga en denunciar robos, fusilamientos y otros crímenes del cura, citando entre otros el de una mujer embarazada, cuya bárbara sentencia de muerte dictó y ejecutó, y en cuyos delitos se basó la causa que originó su sentencia de muerte, pidiendo á don Carlos autorización para publicarla (1).

Ya que no pudo Santa Cruz hacerse dueño de Peña Plata, desde donde mejor podría imponerse, se fué á los montes de Ataun, proponiéndose terminar de una manera ruidosa el movimiento del ferrocarril, poniéndose así frente á frente y de una manera hostil con el mismo don Carlos. Pidió el estudiante de Lezcano al alcalde de Beasain todo el petróleo que hubiese en la villa, presentóse á poco Santa Cruz, destruyó el fuerte y la estación incendiándola, sin permitir se libraran ni los libros de la administración, contempló el cura el edificio que ardía, abrió él mismo las puertas de varios carruajes, en los que se echó paja rociada con petróleo y la prendió fuego, propagándose éste al próximo almacén de mercancías. Consumado el incendio, regresó Santa Cruz á Ataun, llevando su gente lo que le convino de los equipajes allí detenidos. Al día siguiente se presentó á detener todos los coches de la carretera, quemó la correspondencia, robó á los viajeros cuanto llevaban de valor y exigió cantidades de rescate. Otro cura, don León Iriarte, fué á Beasain con una compañía de vizcaínos, é informado de lo ocurrido y de que aun quedaban vagones que destrozar, cargados muchos con mercancías, lo incendió todo.

Intolerable ya Santa Cruz, fué el marqués de Valdespina con fuerzas á someterle, y lo consiguió y la entrega de toda su gente, inclusa la fortaleza de Arichulegui con su artillería y pertrechos de guerra, ofreciendo el cura retirarse al extranjero, de todo lo cual y de las demás condiciones firmaron acta, cuyo cumplimiento eludió Santa Cruz poco dignamente. El marqués, que había obrado obedeciendo las órdenes de don Carlos, dió una orden general evidenciando la insubordinación del cura y de sus fuerzas, y diciendo que por su indigno trato como militar y como caba-

---

(1) Al enviar Dorronsoro copia de la sentencia á don Tirso Olazábal para que se la presentara á don Carlos, le recomendaba procurase inclinar su ánimo «hacia la hoy única posible solución, que es la destitución oficial y pública del desdichado Santa Cruz, á condición de perseguirle sin tregua ni descanso como al peor de los enemigos, si no entrega la fuerza al jefe que se le designe. La voz del rey bastaría, así lo creo al menos, para oscurecer completamente á Santa Cruz... si esto no se hace, y pronto, las consecuencias, no lo dude V., serán fatalísimas... Entérele V. de mi carta á Verzosa y de los documentos que la acompañan: estoy resuelto á publicarlos si esta situación se prolonga... que Santa Cruz no respetará el convenio de S. M. con la empresa del ferrocarril del Norte, é impedirá la circulación de trenes lo mismo que hasta ahora, porque ese dinero, dicen, no ha de ser para ellos.»

El 15, desde Lecumberri, escribía Lizárraga á Dorronsoro, entre otras cosas, respecto á Santa Cruz: «Días atrás mandó á un muchacho para que matase á cierta persona, y fué muerto su hermano al mandar al muchacho para que matase á la persona que se le había designado... se presentó adonde mi... y le hice las reflexiones que mi conciencia me dictaba como católico y caballero; me contestó el pobre chico aterrorizado, que si no cumplía lo que le mandaba serían fusilados sus padres, y que en esta triste alternativa no tenía más remedio que obedecer al funesto Santa Cruz.»

llero merecía el anatema de todos. Habló al fin don Carlos declarándole rebelde si volvía á ponerse al frente de algunas fuerzas carlistas; consideraba también rebeldes y que se les juzgaría como reos de lesa majestad á cuantos sirviesen á sus órdenes ó en sus filas le admitiesen, los que ocultasen armas, etc., y mandó que se empleara el rigor debido para quitar al cura todos los elementos de que pudiera valerse para eludir el cumplimiento de lo que se mandaba. Vencido Santa Cruz, concluyó por entonces esta grave cuestión, que veremos reproducida cuatro meses después de una manera inesperada.

Continuaron los carlistas en su propósito de impedir resueltamente la circulación por el ferrocarril del Norte, y esto cuando hacía más de un mes que estaba acordada la neutralidad.

Habíase trabajado para obtenerla, y aunque se objetaba como inconveniente el reconocimiento de beligerantes á los carlistas, esto era sólo una cuestión de nombre para los liberales; pues para conseguir la neutralidad no había más remedio que tratar con el que había de concederla, cuando no se podía conseguir con la fuerza. La guerra era ya un hecho, y si al gobierno, por no declarar su impotencia, interesaba no reconocer el derecho, podía y debía hacerlo la empresa que no tenía que sacrificar su amor propio, que lo demandaban justos y legítimos intereses y la necesidad del público. Y tal convenio de neutralidad era ya un hecho consumado con la empresa del ferrocarril de Zaragoza á Barcelona, pagando dos mil pesetas diarias, sin haber promovido las polémicas á que dió lugar el proyecto de hacer lo mismo en la línea del Norte. Firmóse el convenio de neutralidad (1), que imposibilitaron los mismos carlistas, faltando á la orden de sus superiores, y tal convenio fué ilusorio.

El triunfo que los carlistas obtuvieron en Eraul, que rehabilitó á Dorregaray y aumentó sus huestes, excitó en don Carlos el deseo de penetrar en España para borrar el recuerdo de Oroquieta, y el 16 de julio atravesó la frontera sin ningún contratiempo, casi por el mismo sitio que su abuelo 39 años antes. Recibiéronle en Zugarramundi con estrepitosas aclamaciones, campaneo y salvas de la vecina fortaleza de Peña Plata, y dió don Carlos una alocución, diciendo á sus huestes que se presentaba á ellas, que escasas de recursos, pero ricas en fe y heroísmo, habían sabido mantener á grande altura una campaña inverosímil, fabulosa, sin pedir otra cosa que armas; que iba á combatir como sus soldados por la patria y por Dios; que deploraba la ceguedad del ejército que les combatía, al que recibiría con los brazos abiertos, si reflexionase que la bandera carlista era la de la legitimidad y del derecho: demostraba su gratitud á sus defensores, dirigía los acentos de su voz amiga á todos los españoles, y terminaba diciendo: «Voluntarios ¡adelante! España dice que muere: con que á salvarla, voluntarios.»

Revistó tres batallones, á cuyo frente bajó á Arizcun, donde se celebraron bailes y fiestas, se organizó una sección de artillería de dos piezas rayadas de á 8, se uniformó el naciente escuadrón guipuzcoano, marchó

(1) En la frontera de España á 14 de junio de 1873.—Firmado.—Tomás Ibarrola. —Guillermo Estrada.

con Elío, y atravesando montes y por malos caminos pasaron á la vista de Elizondo, á cuyos defensores intimaron la rendición, que fué rechazada. No insistieron los carlistas, y continuaron por Labayen, Lecumberri, Dos Hermanas é Irurzún á Asiain, donde regaló don Carlos al 2.º de Guipúzcoa la preciosa bandera que llevaba consigo y le habían regalado, diciéndoles que se la entregaba para que la plantasen en Ibero.

Como á una fiesta corrieron á este lugar de la cendea de Olza, cuya defensa consistía en un fortín con unas casas aspilleradas que defendían el fuerte guarnecido con unos 140 carabineros: desecharon la intimación de rendirse, resistieron bizarramente la valerosa acometida de los carlistas, suspendió la noche aquel ataque infructuoso y desgraciado para los carlistas, y la llegada de Ollo que acababa de obtener un valioso triunfo en el túnel de Lizárraga y llevaba más cañones que podían hacer brecha en las casas defendidas, lo que no consiguieron las dos piezas que estuvieron jugando, aumentó los aprestos de ataque para el día siguiente. De Ibero Ollo, redoblaba esto su empeño: avisó á su hermano que salieran todos los vecinos del pueblo para que no sufrieran, y como conducía numerosas fuerzas y escaseaban las municiones á los carabineros, decidieron éstos retirarse á Pamplona, puesto que ningún socorro se les enviaba estando tan cerca. Los carlistas demolieron la fortificación.

Satisfecho don Carlos celebró en Echauri un largo consejo con sus generales, decidiéndose en él aprovechar el entusiasmo que su entrada había producido, apresurar la introducción de armas y arrojar á los liberales de las provincias Vascongadas y de Navarra. Algunos opinaron por efectuar una expedición sobre Madrid, y aunque no faltó general que apoyó esta idea, la mayoría no la creyó realizable, y se acordó tomar la ofensiva contra las pequeñas guarniciones que se sostenían en el país, apoderándose de las que pudieran, y obligando á levantar las restantes, aumentando en tanto las fuerzas carlistas, dándoles la organización de que carecían algunas. Acordóse también se separase de don Carlos Lizárraga con los guipuzcoanos, marchando á su provincia, donde mucho tenían que hacer, dado lo poco que se había hecho. Marchó con sus tres batallones y dos piezas á Ataun.

Además del fuerte de Lizárraga, cuya guarnición se rindió sin disparar un tiro, entregóse también á Dorregaray la del fuerte de San Adrián, compuestas ambas de unos 150 hombres con dos cañones, que fueron á aumentar la artillería carlista, que contó además con 70 bombas y 6,000 cartuchos. Lo más importante era el triunfo que habían obtenido, porque allí estaba la llave de las Améscoas y de la Barranca: aquellos fuertes protegían el cruce de las columnas, y no podrían hacerlo ya sin exponerse á una derrota; y cuando antes tenían los carlistas que efectuar grandes rodeos y por malos caminos para atravesar la Barranca, ahora no se les oponía ningún obstáculo; se movían fácilmente: al atravesar el condado de Treviño, sorprendieron cerca de Trespuentes un tren con algunos oficiales y soldados, y sabedor Ollo de la proximidad de una columna liberal, tomó posiciones, hizo lo mismo su enemigo, se contemplaron mutuamente, regresó la columna á Vitoria y los carlistas siguieron su movimiento á Vizcaya, siendo recibido don Carlos en Orduña con aclamaciones, luminarias y colgaduras.

Invitado don Carlos á jurar los fueros del señorío, según la antigua costumbre, contestó que las circunstancias de la guerra contrariaban sus deseos, no permitiéndole practicar las formalidades de ir á las puertas de Bilbao, pero que se hallaba decidido á ir á Guernica á declarar en presencia de los vizcaínos «que si por hoy no podía pronunciar el juramento que anhelaba con todas las condiciones forales, se comprometía solemnemente á ir á esa noble é hidalga tierra, según era obligación suya, cuando España estuviese pacificada, á llenar todos los pactos y formalidades del fuero.» Marchó á Guernica, y en Santa María, antigua iglesia juradera, de pie, y á su lado los diputados, dijo la misión que se creía obligado á cumplir, que al pisar el suelo de Vizcaya no había podido prescindir de ir á saludar el venerando árbol, y asegurarles que quedaban reintegrados en la plenitud de todos sus fueros (1).

Nombrado en reemplazo de Nouvilas el general Córdova, no aceptó, y quedó de general en jefe interino del ejército del Norte don José Sánchez Bregua, que atendió al completo restablecimiento de la disciplina: vió en breve que podía contar con sus tropas, las consideró insuficientes para combatir al enemigo, que ya no huía de algunas columnas, como lo había hecho hasta entonces, sino que las esperaba, como hizo Lizárraga en las alturas cerca de Isasondo al saber que por allí había de pasar Loma, al que sin embargo no lograron impedir entrara en Isasondo y siguiera á Villafranca, después de sostener un pequeño combate. A los tres días atacó Lizárraga la guarnición de Elgoibar, compuesta de una escasa compañía de Luchana, que se encerró en la iglesia, resuelta á morir antes que rendirse: refugiados en la torre cortaron la escalera, é ineficaz el fuego de cañón, hizo Lizárraga á los vecinos que arrimaran leña y paja á la iglesia, y la incendió. Murieron cuatro asfixiados, é imposible la defensa, se rindieron, poniéndoles el carlista en libertad, admirado de su valerosa resistencia durante más de seis horas.

Loma corrió á Elgoibar, no impidió el paso de Lizárraga á Vizcaya á unirse con don Carlos, tiroteado sólo por algunos voluntarios de Eibar; autorizóse á Loma para abandonar las guarniciones de los puntos en que no había voluntarios, pues todos le pedían refuerzos que no podía proporcionar, apoderándose de todos los pueblos gran pánico por la quema de la iglesia de Elgoibar, y la orden que se le enviaba para concentrar los destacamentos y levantar las guarniciones, la interceptó Lizárraga, sabiendo por ella que entre las que se debían conservar estaban Oñate, Vergara, Mondragón y Azpeitia; consideró que apoderándose de uno de estos pueblos desbarataba el plan en que fundaba su defensa el enemigo, aunque todos estaban próximos para auxiliarse, y resolvió atacar á Mondragón, más cercano á Durango donde estaba el carlista. Cayó súbitamente sobre aquella villa, rompió el fuego de cañón desde los montes inmediatos, se apoderó de las primeras casas, que incendió, guareciéndose la compañía de Sevilla y unos 60 voluntarios en la iglesia y ayuntamiento, apurábase Lizárraga porque no se rendían los liberales al segundo día del ataque, se iba aproximando Loma y se acababan las municiones, por lo

(1) De toda esta ceremonia se levantó acta que obra original en nuestro poder.

que tuvo que retirar la artillería, continuando con mayor vigor la acometida, lo cual desorientó á la guarnición que esperaba pronto socorro; perdió la esperanza de obtenerlo, y al cabo de diez y ocho horas de pelear se rindió, quedando en poder de los sitiadores 200 fusiles y abundantes municiones. En aquel momento asomaba la vanguardia de Loma por el alto de Campanzar Esta conquista y la de Elgoibar cambió el aspecto de la guerra en Guipúzcoa, donde había muchos puntos fortificados, pero no estaban todos en estado de defenderse de la artillería, ni se habían completado sus obras.

Aumentados los carlistas, eran necesarias más fuerzas liberales en Guipúzcoa, y ni aun tres batallones que pidieron las autoridades pudo enviarles el gobierno. Retiró Loma las guarniciones y destacamentos de muchos puntos, dejando guarnecidos los que consideró más necesarios; vió limitado el terreno en que operaba, menor cada día; quedando muy separados Vergara y Plasencia, reforzó la guarnición del segundo punto donde se estaba construyendo bastante armamento para el Estado, y propuso fortificar la iglesia de Zumárraga y ocupar esta villa tan estratégicamente situada. Eran justas sus quejas por falta de fuerzas; sólo tenía su columna unos 1,500 hombres, y de todas partes le pedían refuerzos, amenazando los voluntarios si no los enviaban, con dejar las armas. Cometiéronse faltas graves, por más que algunas fueran hijas de la necesidad; así se sintió el abandono del bien fortificado Aya, quedando Orio en poder de los carlistas, á los que era de grande utilidad, aun cuando no eran estos puntos solamente los que le importaban, habiéndose propuesto dominar en la provincia. Desparramadas sus fuerzas desde Irún hasta los límites con Vizcaya, mientras interrumpían las comunicaciones de San Sebastián con la frontera, bloqueaban á Oyarzún, con el deseo de apoderarse de las minas de Rentería, para tener el plomo que tanto necesitaban, é intentando encerrar á Loma en Vergara y apoderarse de esta villa y de la columna, convocó Lizárraga fuerzas alavesas y vizcaínas. Aunque no concurrieron éstas, cayeron las guipuzcoanas y unos 200 alaveses sobre Vergara, la atacaron, defendiéronse bien los liberales, é hicieron retirarse á sus enemigos por Elgueta á Elorrio, encontrándose en el camino al batallón vizcaíno de Durango que á las órdenes del barón de Sangarrén acudía á la cita, aunque tarde. Torpe estuvo Lizárraga, porque con las fuerzas que contaba, según confesó el mismo Loma, no había sabido llevarle al punto «donde me hubiera hecho grandes pérdidas en la columna, si no causaba mi derrota.» Tiene razón, pero también pudo el jefe liberal caer sobre los alaveses, los últimos que se retiraron, impidiéndoles el paso de San Prudencio á Mondragón. Se quitaron las guarniciones de Plasencia, Oñate y otras, apoderándose los carlistas á las pocas horas de gran porción de efectos, armas y municiones existentes en la fábrica de la primera población, y el general en jefe que se hallaba en San Sebastián salió con unos 11,000 hombres, regresando á los cuatro días á proveerse de fondos, que los consiguió trabajosamente por la deplorable situación en que se encontraban las corporaciones populares, que tantos sacrificios habían hecho, viendo próximo el caso de tener que disolver una parte de la fuerza de migueletes y las compañías de móviles. Crecían los apuros; los carlistas que ya se habían

situado en Santiagomendi, no sólo atacaban á Astigarraga, sino á las fuerzas que custodiaban los convoyes de lo que necesitaban, retrocediendo algunas de éstas, y se aproximaban á San Sebastián.

Era en verdad insuficiente el ejército de que disponía el general en jefe para la extensión del territorio á que tenía que atender, auxiliar á tantas guarniciones y destacamentos desparramados, no habiéndose combinado su mutua protección: era prudente disminuir el número de puntos guarnecidos, pero no abandonarlos todos; aun podían conservarse muchos con gran ventaja para la causa liberal. ¡Cuánto ganaron los carlistas con la posesión de Oñate! Abundante en recursos, en posición estratégica, poderoso centro de resistencia, estableciendo en Araoz su cuartel general, tenía para don Carlos la misma importancia que para su abuelo en la anterior guerra. Eibar y Plasencia, no sólo eran notables por su posición geográfica, sino por sus armerías, porque todos sus habitantes fabricaban armas, y ya que se les quitara la guarnición, no se les dejara los armeros, que lo tuvieron que ser por necesidad de los carlistas. Eibar contaba además con más de 1,200 valerosos voluntarios, y bien fortificada, con pequeña guarnición, más algunos cañones, habría estado en perfecto estado de defensa no habiéndola dejado sola. Este era el sentimiento que reinó en toda la provincia, expresado en actos no muy pacíficos en algunos pueblos de bien probado liberalismo, que pudieron convencer al general en jefe del espíritu de que se hallaban poseídos aquellos bravos voluntarios.

En cuanto se abandonó Vergara, penetró en ella Lizárraga (1), que pudo ya contar además con Oñate, Azcoitia, Azpeitia, Deva, Motrico y otros pueblos abandonados. Importaba más á los carlistas hacerse dueños de Eibar, por el número y calidad de sus voluntarios, que no se limitaban á defenderse sino que efectuaban importantes salidas, y por su industria de armas; y aprovechando Lizárraga divisiones y desconfianzas, tal maña se dió, que se evacuó la villa, y el mismo día la ocuparon los carlistas, y Plasencia, armando un batallón con las armas recogidas en Eibar, y aun dió 800 fusiles para los alaveses.

Lizárraga se vió dueño de toda Guipúzcoa, excepto la parte comprendida entre Tolosa é Irún. No eran posibles mayores ventajas á menos costa. Pocos días antes tenían los liberales 38 puntos más ó menos fortificados, y ahora sólo contaban 10; y así como Lizárraga apenas podía entrar en la provincia, ahora cuidaban los jefes liberales de no alejarse mucho de San Sebastián y de Tolosa. Este fué el inmediato resultado del precipitado abandono de los puntos fortificados que tanto angustió á aquel país, que en esta guerra tuvo muchos más voluntarios liberales que en la pasada.

En Vizcaya se esforzaba Velasco por reclutar carlistas y organizar la

---

(1) Creyendo el jefe carlista que en el pequeño campo acotado en conmemoración del convenio de Vergara, y donde está ordenado por las Cortes erigir un monumento que perpetúe aquel acto de paz, se hallaba el acta de tan memorable hecho, se dirigió al sitio con sus tres batallones; se excavó para extraer el convenio y quemarlo, «y aunque no se encontró en la excavación que se hizo el documento original que se buscaba, se quemaron en su lugar otros papeles, y se extendió y firmó por los presentes un acta, que en seguida se hizo publicar.»

guerra, en cuya tarea le ayudaban los demás partidarios á los que se agregó don Cástor Andéchaga, que á pesar de sus 70 años de edad volvió á defender la causa de que había sido antiguo partidario.

Las partidas vizcaínas que pudieron haber sido exterminadas en un principio por la escasez de su fuerza y falta de armamento, fueron engrosando con la saca forzosa de los mozos y armándose con los desembarcos de armas que impunemente se efectuaban. Hallábanse ya en disposición de hacer frente á los liberales como sucedió en Lamindano, donde batieron á la columna del coronel Costa, que perdió dos piezas y tuvo sobre 100 bajas. Recogió la columna batida la guarnición de Villaro, compuesta de francos que tuvieron que ser desarmados en Bilbao, con gran contento de sus habitantes; se retiraron las pequeñas guarniciones y destacamentos, y la guerra en Vizcaya se fué formalizando. El sistema que se seguía de operar en pequeñas columnas era absurdo. Desguarnecidos Durango, Marquina, Ondárroa y Bermeo, quedaron dueños los carlistas de toda la provincia excepto Bilbao y Portugalete. Atacaron esta villa desde el alto de Campanzar, defendiéronse valientes los francos y movilizados que la guarnecían; la goleta de guerra que había en la ría envió sus proyectiles por encima de la población contra los carlistas, acudieron fuerzas de Bilbao, y cayeron sobre los sitiadores, que se retiraron de posición en posición, bien defendidas.

El fomento del carlismo hizo que el espíritu público de los bilbaínos renaciera como el fénix de la fábula: el peligro alentaba. La inercia hasta entonces se convirtió en activo entusiasmo: se formó, como en la anterior guerra civil, una junta de armamento y defensa, y se improvisaron los reductos del Morro, Mallona, el Diente y Luchana, que á la derecha de la ría defienden la villa del Sur al Norte. Faltaban oficiales inteligentes de artillería. Se enarboló la bandera española en el primero con un banquete, y como todo el día estuvieron los carlistas en el alto de Santo Domingo dirigiendo algunos fusilazos á la población, se les dispararon varios cañonazos desde el Morro y Mallona, que apenas les asustaron, pues volvían en seguida á presentarse en la altura, y aun descendieron de ella por la tarde para hacer fuego sobre la villa.

Lamentábase, como no podía menos, que habiendo en la villa tanta tropa, no se efectuara alguna salida estratégica que hubiera alejado al menos á tan osados enemigos, que hasta llegaron á cortar las aguas de que se surte Bilbao; pero la guarnición continuó paseándose, y en vez de ir algunas fuerzas á reparar la cortadura y poner límite á estos excesos de los carlistas, se les envió una comisión de sacerdotes, de parte del general, para solicitar inútilmente de Andéchaga que volvieran las aguas. También rompieron los carlistas el puente de Lamiaco, lo que no se hubiera efectuado á no tener la marina abandonada la ría, en la que eran fusilados los viajeros que iban embarcados. Se quemó por los liberales el caserío de Quintana, ya que no se supo derribar á cañonazos; se entabló una especie de competencia entre liberales y carlistas en quemar caseríos, y estrechado cada día el bloqueo que la invicta villa experimentaba, adquirió el convencimiento de verse en breve sitiada.

Enseñoreados los carlistas de Vizcaya, pudo su diputación establecerse

con seguridad y obrar con desembarazo; declaró soldado á todo vizcaíno soltero, viudo ó casado de 18 á 40 años de edad, y como lo que más necesitaba era dinero y pronto, pidió al clero un millón de reales, cuya petición aceptó en principio, haciendo se denominase empréstito forzoso; al realizarse ocasionó reclamaciones, protestas y negativas; á los cuatro meses apenas había ingresado en las arcas de la diputación una exigua suma de la cantidad pedida y por más que se trató duramente á los morosos no se completó la cobranza del empréstito.

Muchos carlistas se levantaron en Álava, pero carecían de armas; marcharon á Navarra á apoyarse en el movimiento de esta provincia; no hallaron el apoyo que buscaban; eludiendo bien la persecución de las columnas liberales, volvieron á Orbiso después de haber estado en la sierra de Zudaire, reducidos á menos de la mitad por las deserciones; acogiéronse después otros á indulto, con tan poca fortuna los que depusieron las armas en Oteo, que para hacer méritos el jefe de una columna liberal, entró en el pueblo haciendo fuego, al que nadie contestaba; lejos de respetar lo pactado con el alcalde rompió el escrito de sumisión, y considerando á los sometidos carlistas prisioneros de guerra, los hizo maniatar, los llevó á Vitoria, rodeando por más molestarles y presentóse este hecho arbitrario como una batalla: algunas hubo parecidas.

Deshiciéronse las pequeñas partidas que quedaron en Álava; se achacó el desastre á falta de jefes; se dividió la provincia en cuatro distritos, en los que se reunieron sobre unos 400 hombres; dióse á don Manuel Lecea la comandancia general; perdió toda su gente en Apellaniz; sucedióle Aguirre; mostró el activo diputado general carlista señor Varona admirables dotes para reparar el descalabro sufrido; pero faltaba verdaderamente un jefe militar, y fué nombrado don José Ruiz de Larramendi, retirado desde 1866, y que desde 1868 estaba prestando en Cataluña importantes servicios al carlismo. No los prestó ahora menos notables reorganizando las fuerzas carlistas alavesas: estableció Varona talleres para la construcción de calzado y correaje, y una fábrica de pólvora, puso en explotación las minas de Barambio, se organizaron en Aramayona los batallones, la armería y talleres; se hizo sargentos primeros á los estudiantes de ciencias, y segundos á los bachilleres en artes; se tocaba diana una hora antes de amanecer, y mientras los batallones rezaban el rosario, un retén de caballería hacía la descubierta, y después de recibir el parte, se dedicaban tres horas á instrucción, y por la tarde establecíase una escuela de cadetes. A poco tenía ya 1,500 fusiles útiles, organizados cuatro batallones con buenos cuadros y un escuadrón con 70 caballos. Concurrieron los alaveses, como vimos, al ataque de Vergara y á otras operaciones en Guipúzcoa y Vizcaya, sin desatender ó ultimar la organización é instrucción de su gente, con la que se halló en disposición de batirse con cualquiera clase de enemigos.

Desde Vizcaya regresó don Carlos á Navarra, no muy atendida por las fuerzas liberales, ó más bien estaba abandonada; por lo que atravesó don Carlos toda la provincia, descansando días enteros donde lo creyó más conveniente, celebrando funciones de iglesia y novilladas y apoderándose de fuertes como el de las Campanas, cuya estación fué incendiada. La colum-

na liberal de la Ribera dejó mucho que desear, cuando tanto pudo haber hecho ahora y anteriormente. Su retirada á Tudela sin objeto necesario, dió tiempo suficiente para que las partidas bajasen á Lerín y Lodosa y ocupasen algunos miles de robos de cereales almacenados en el primer punto, recogiendo de paso hombres y caballos, y cobrando contribuciones en pueblos que no pisaron en la anterior guerra. De aquí el poco temor que á los carlistas inspiraba esta columna, y desdeñándola se decidieron á apoderarse de Estella, á lo que les ayudaba el no verse perseguidos. Enviaron por delante á Rosa Samaniego, que ya había empezado á adquirir funesta celebridad, y el 17 de agosto, cuando el gobernador del fuerte de Estella no había terminado aún las obras de defensa, comenzó el tiroteo por la parte de la Cruz de los Castillos y barrio de San Pedro, del que se apoderaron fácilmente cuatro compañías. Acogióse al fuerte la guarnición, consistente en cinco compañías de ejército, 20 voluntarios y algunos enfermos convalecientes, no se decidió su jefe á incendiar las casas fronterizas, aunque estaban hacinados en ellas los combustibles para hacerlo, y los carlistas cañonearon el fuerte introduciendo en él buen número de proyectiles que produjeron un incendio, trabajosamente atajado. Continuó el fuego de cañón y fusilería el 18 y 19, comenzóse á practicar una mina, y al saber los sitiadores que la columna de la Ribera hacía una demostración por la parte de la Solana, acudieron á su encuentro don Carlos, Elío y Ollo. Al divisarlos desde Allo el jefe liberal, les disparó unos cañonazos y se retiró hacia Sesma, avanzando los carlistas á Allo como si fuesen en persecución de aquél. Pernoctó don Carlos tranquilamente en Dicastillo, permanecieron en ambos puntos, hasta que decidido Villapadierna á atacarles se trasladó á Lerín, avanzó hacia ellos, trabóse la acción cerca de Allo con varios accidentes, y ya tarde, después de soportar ambos combatientes un terrible aguacero, pernoctaron los carlistas en Allo y sus contrarios retrocedieron á Sesma.

Prosiguió en tanto el ataque al fuerte de Estella, habiendo día, el 20, en el que la artillería carlista hizo sobre 200 disparos, de los que muchos penetraron en el fuerte, sin que por un momento decayese el entusiasmo de su valiente guarnición, á pesar de que estaba desde la primera hora del sitio sin casi cerrar los ojos y en continuo fuego, y cuando algo descansaba era sentado el soldado al pie de las aspilleras y fusil en mano. Era verdaderamente admirable el valor de aquellos soldados, en su mayoría quintos, haciendo fuego á porfía en los sitios en que más destrozos causaba la artillería y observando una disciplina modelo: llegó su valor al extremo de arrojarse sobre las granadas que caían en el cuartel, quitarles las espoletas y echarlas en cubos de agua. Y experimentaban muchas bajas, llegando al punto de ser cosa rara el ver quien no tuviera lesión alguna. Era también para infundir pavor oir en medio de aquel mortífero fuego tocar las campanas de la ciudad la agonía, la música una marcha fúnebre. Los muchachos gritaban: matar al gobernador y habrá cuartel; pero allí había valor y subordinación, á pesar de lo apurada que era la situación á cada momento Carecíase de enfermería segura, el sol canicular, el incesante trabajo, el insomnio y el aire enrarecido que se respiraba, causaron graves enfermedades; desarrollóse la viruela; hubo casos de locura acompañados

de furiosos raptos; uno de los más bravos oficiales, atacado de tan terrible mal, se pegó un tiro; estaba inservible la mitad de los fusiles, no había quien los arreglara, y concibieron un momento la esperanza de socorro al notar un movimiento de retirada, que fué falso, para que al saberse la realidad se aumentara el abatimiento.

En la mañana del 23 sintieron los sitiados los trabajos de zapa y dispusieron los opuestos, no impidiendo que al día siguiente se diese fuego á la mina, que, con atronadora explosión, arrojó sobre los tejados innumerables piedras y troncos de árboles del paseo inmediato, si bien no ocasionó todo esto más que algunos contusos. En el momento de la explosión la partida de Rosa Samaniego se lanzó al fuerte, al que llegó hasta tocar las paredes, sin poder penetrar por brecha alguna, por no haber producido efecto la mina. Los mismos carlistas quedaron asombrados del mal éxito y del imponente silencio de los sitiados. Se empezaron otras minas y los sitiados continuaron las contraminas. Nada omitía el bravo gobernador del fuerte, que conociendo el decidido propósito de los enemigos, y sin esperanzas de socorro, reunió consejo de oficiales, en el que atendiendo á que llevaba ocho días batiéndose día y noche, que en todo este tiempo no recibían noticias de ningún género de que nadie fuese en su auxilio, que estaban hechas las minas, destrozado el edificio, la tropa consternada por las minas, y considerando estéril prolongar la defensa, se acordó romper el cerco é ir á unirse á la división de la Ribera. Preparóse aquella noche la salida, inutilizando lo que no podía salvarse: al intentar el valeroso Garamendi con algunos voluntarios y soldados penetrar en el almacén, otros soldados se opusieron, creyendo que iban á votar el fuerte, acudió Sanz, dominó el tumulto, se inutilizó gran cantidad de pólvora, y cuando los oficiales ilesos, 40 soldados y 20 voluntarios acudieron á la brecha para abrirse paso, no pudieron vencer la resistencia inerte de sus desfallecidos compañeros. En aquel instante sonó en el fuerte el toque de parlamento, que sublevó á Sanz y voló espada en mano á atravesar al corneta; nada pudo averiguar; repitióse el sonido en otro extremo del edificio, contestaron los carlistas; varios de sus oficiales se acercaron á las aspilleras, felicitando á los liberales por su heroica defensa; dos voluntarios, que huyeron por el boquete dispuesto para la retirada, llegaron al día siguiente á Sesma, aunque con trabajos; otros tropezaron con los carlistas antes de vadear el Ega, y volvieron al fuerte.

En el ínterin, arreglaba el gobernador con Dorregaray la capitulación (1), y sin consignarla por escrito, bastando la palabra de honor, re-

(1) Sanz pidió á Dorregaray un vaso de vino y un cigarro de papel. de todo lo que se carecía en el fuerte, y dijo: Quiero salir con toda mi gente, armas y bagajes, y con los honores de guerra.—El jefe carlista contestó: Defendemos una causa tan popular como pobre, y no puedo acceder á la petición primera. En lo demás estoy facultado por S. M. para arreglar este asunto. Sanz replicó: Quiero que mis oficiales conserven sus espadas y demás objetos de su propiedad.—Oficiales que defienden el honor de sus armas con tanta bravura, respondió Dorregaray, son muy dignos de esa concesión. Doy á V. S. dos horas de tiempo para que V. S. y sus compañeros recojan todos los objetos de su pertenencia; equipajes, armas, dinero, papeles, etc., pidiéndome cuantos bagajes les hagan falta para su traslación á Pamplona.

gresó Sanz al fuerte, y Dorregaray, recordando lo de Cirauqui, salió á la calle, mandó á casa á todos los paisanos, arengó después á la guarnición, admirando su valor é invitando dar un paso al frente al que quisiera ingresar en sus filas, á lo que ninguno accedió; y les escoltaron á Pamplona, donde fueron recibidos, con el entusiasmo que merecía su comportamiento (1).

Santa Pau, capitán general de Aragón, marchó en socorro de Estella. Unida su fuerza á la división de la Ribera, disponiendo así de unos 3,000 infantes, 600 caballos y 6 piezas de artillería, coñoneó con ellas á Dicastillo, donde se hallaba don Carlos, avanzaron las guerrillas liberales á Robledo, rompieron el fuego que se fué extendiendo; el mismo excesivo desarrollo de la línea liberal dificultó el auxilio del ala izquierda, empeñada ya en muchos puntos la acción; pudieron interponerse los carlistas entre ambos extremos de aquella línea, teniendo la caballería que meterse entre los viñedos y por cerros para proteger la retirada de la infantería, y los liberales se retiraron á Allo, con la desgracia de que mal servida la artillería, no reventaban las granadas adonde eran dirigidas, y algunas causaron daño á los mismos liberales. Unos y otros combatientes experimentaron sensibles pérdidas. A haber tenido caballería los carlistas, hubieran sido aún mayores las de los liberales. Santa Pau se retiró á Lerín y Sesma, y don Carlos á Estella.

Al entusiasmo que entre los carlistas causaron estos sucesos contribuyó Lizárraga, llegando á Estella con tres batallones guipuzcoanos. Considerándose en actitud de tomar la ofensiva se dirigieron á Viana, guarnecida con algunos húsares de Pavía y unos 100 voluntarios de la libertad, confiando todos en la proximidad á Logroño, poco más de una legua, aunque la parte principal de aquella ciudad, situada en la meseta de una colina, estaba fortificada, siendo susceptible de regular defensa. Ocuparon los carlistas los arrabales, fueron internándose en la población, avivándose cada vez más el fuego, hasta que, previo el toque de parlamento, se propuso á los liberales la entrega de armas y efectos, y quedar las personas en libertad. Pareció deshonrosa esta capitulación á un teniente de caballería que estaba allí con unos 30 soldados; expuso que su honor no le permitía entregarse hasta haber consumido el último cartucho, que no debían desconfiar de ser auxiliados desde Logroño, y volvió á romperse el fuego. Arreciaron los carlistas en los trabajos incendiarios, viéronse los liberales envueltos en el espeso y nauseabundo humo de petróleo, y próximos á ser presa de las llamas parlamentaron con las mismas condiciones impuestas el día anterior, escoltándoles hasta Logroño. Adquirieron los vencedores armas, caballos, municiones y diferentes efectos.

El general en jefe liberal, que en Vergara el 19 de agosto, marchó á Bilbao, no habiendo en Vizcaya un ejército carlista organizado como en Navarra, donde además estaba don Carlos, y cualquiera que fuera la actitud y empuje de los vizcaínos, aun contra la heroica villa, no podía compararse á lo que entonces podían hacer los navarros, y estaba en magní-

(1) Capitularon el coronel Sanz, 3 capitanes, 7 oficiales, 475 de la clase de tropa y algunos voluntarios, el comisario de guerra Sr. Picatoste y otros empleados.

fica posición para acudir en dos ó tres días á salvar á Estella, acudió al peligro más remoto dejando el más inminente. Permaneció ocho días en Bilbao, atendiendo á aumentar sus defensas, omitiendo la más principal, la de Portugalete, fortificando San Roque y Campanzar, y se dirigió por Durango á Vitoria, estorbando algo la marcha la mucha impedimenta, molestada además por todo el valle de Orozco por el fuego de los cadetes carlistas, que causaron heridos que había que llevar consigo. Cuando llegó á Vitoria, el 31, hacía siete días que había capitulado la guarnición de Estella y cinco que Santa Pau fué rechazado: todo era ya inútil. Ni aunque hubiese apresurado más la marcha de Bilbao á Vitoria y llegara un día antes á la capital alavesa, podía remediarse el desastre de Estella ni el de Viana. Días antes todo se hubiera salvado; pues aun yendo desde Bilbao por el mismo camino que fué, si no prefería el de Orduña, hubiera vencido, no sólo resistencias ó molestias como las que presentaron en las fragosidades de los montes de Orozco, sino en cualquier otro punto tan ventajoso para los carlistas. En cuatro días se puede ir sin forzar la marcha, y sólo por jornadas ordinarias, desde Bilbao á Santa Cruz de Campezu, y aunque todas las fuerzas carlistas hubieran acudido á disputar el paso en los desfiladeros de Arquijas, y no se hubiera podido forzar, el jefe liberal hubiera llamado hacia sí el grueso de los enemigos, y Santa Pau, con menos entonces delante, ó ninguno, si ya no podía salvar á Estella, la habría ocupado presentándose como vencedor en vez de tener que retroceder, como retrocedió, y no victorioso. En las condiciones en que pretendió salvar á Estella, era imposible lo realizase.

Aumentadas diariamente las filas carlistas, luchaban con el inconveniente de la falta de armas. Seguían instruyendo á sus reclutas con palos, y sobre no estimularles este ejercicio, muchos volvieron á sus casas por no hallar un fusil. Los depósitos de que tanto se habló y tanto dinero costaron, sólo fué un feo negocio en la mayor parte de los que en la compra de armas intervinieron, porque no existieron tales depósitos, con muy rara excepción. La introducción de armas por la frontera francesa era cara y lenta; se necesitaban introducir en mayor escala y armonizar los sistemas, pues había partidas que los tenían de todos los conocidos, desde el trabuco de chispa hasta el Remington, lo cual imposibilitaba el municionarlas. Aumentó el contrabando de armas, se empezaron á establecer pequeños talleres de cartuchos y recomposición de fusiles, se enviaron comisionados al extranjero, que compraron fusiles en Bélgica, en Inglaterra y en Francia especialmente, donde los fusiles que se habían comprado en los Estados Unidos para la guerra con Prusia, se vendían á 25 francos comprándolos por millares. Se adquirieron once mil fusiles á aquel precio y dos millones de cartuchos á 45 pesetas el millar; hallaron medio los comisionados de transportar este armamento burlando al gobierno francés, que los creía vendidos para Inglaterra, y aun al gobierno de España. Éste telegrafió á los departamentos marítimos del Cantábrico, que se disponían desembarcos de armas para los carlistas, y adoptó otras medidas, á pesar de las cuales, en las inmediaciones de Fuenterrabía y á la luz del día, se efectuó sin novedad el alijo y otro cerca de Lequeitio, celebrándose este desembarco con un gran *Te-Deum* en Guernica. Y lo que es

más estraño, no sólo se efectuaban impunemente estos desembarcos estando tan recomendada la vigilancia de la costa á la marina de guerra, sino que se transportaban las armas y municiones al interior de la provincia en grandes convoyes de carretas, habiéndolo de más de 50 de éstas, que se juntaban tranquilamente en los puntos de desembarco, y unidas marchaban después al perezoso y tardo andar de los bueyes. Convoy hubo que pasó por donde poco antes habían estado las fuerzas liberales, que no parecía sino que tuvieron la cortesía de dejarle expedito el camino.

El resto de los 11,000 fusiles, unos 1,700, y 100,000 cartuchos que faltaban desembarcar, los tomó á bordo el *Deerhond* que fué apresado y conducido al Ferrol. Buena la presa bajo todos conceptos, vióse, sin embargo, cohibido el gobierno español, ó más bien no tenía fuerza para hacer que prevaleciera la justicia. Tenían los ingleses nuestras fragatas *Almansa* y *Vitoria* cogidas á los cantonales, é indignada la opinión pública por la tardanza en devolverlas se pidió una explicación al gabinete inglés, no contestó, é insistiéndose, dijo: «Nada tengo que tratar, ó el *Deerhond* ó las fragatas,» y se telegrafió al Ferrol para que se sobreseyera en la causa al capitán del *Deerhond*, cuyo buque con todos sus tripulantes se puso á disposición del cónsul inglés en aquel puerto. No podía mostrarse más insolente el ministerio británico, ni podía pasar nuestra desgraciada patria por situación más aflictiva.

Para reemplazar el *Deerhond*, proporcionó doña Margarita los fondos necesarios y se compró el *Orpheon*, que á pesar de conocidos todos sus movimientos y de avisarse á los cónsules y autoridades, desembarcó sin novedad armas y municiones. Hubiera continuado haciendo tales desembarcos como lo continuaron otros, á no haberse ido á pique en Socoa. La fortuna estaba de parte de los carlistas; buena prueba de ello fué el no perder el cargamento de la *Ville de Bayonne*, incendiado el buque y abandonado en el mar algunos días (1). Suceso que no recomendaba mucho la vigilancia que por la marina se ejercía en la costa.

---

(1) Es curiosa la relación: «El 15 de octubre salió bien cargado de Bayona con armas y municiones para Amberes, á trasbordarlo allí todo á otro barco dispuesto por los carlistas para que trajeran á España aquel cargamento, burlando á las autoridades; y al salir del Adour, más por calculado interés que por casualidad, se prendió fuego al barco y se le abandonó en las aguas del golfo de Gascuña. Gran contratiempo era esto para los carlistas, que no podían sospechar tal acto de la codicia extranjera, que redundó en beneficio de aquéllos.

»El fuego sólo había interesado superficialmente al buque, sin afectar á su casco ni á su cargamento; así que continuó flotando en el mar, y los vientos ó las corrientes fuéronle empujando á la costa española. Una mañana vieron los pescadores de Ondárroa un vapor con las calderas apagadas bordear á merced de las olas, creyéndole crucero del gobierno; y al verle el día siguiente más cerca de la costa, observando que no gobernaba, que nadie le dirigía y que si se aproximaba á la costa era llevado por las olas, lo consideraron abandonado. Entregáronse aquellos marineros á diferentes juicios sobre si habrían muerto sus tripulantes, cometídose algún crimen, etc., sin atreverse á acercarse al misterioso barco, hasta que se decidieron á saber lo que pasaba dentro: se acercó el patrón en una lancha; se puso al habla, y como nadie le respondiera subió, esperando los demás con impaciente ansiedad la clave de aquel misterio. Recorrió el

Como marchaban tan prósperamente los negocios carlistas, se sucedían las presentaciones de jefes y oficiales del ejército liberal que estaban de cuartel ó habían pedido su retiro; se fué organizando la administración en todos los ramos, porque eran ya muchas las obligaciones á que había que atender; á la Junta auxiliar de guerra sucedió en Navarra la Real junta gubernativa, y ya en julio se constituyó en Urdax, y seguramente que hacía falta, regularizar las exacciones, justificar las inversiones, extirpar abusos y establecer orden y concierto. No era esto muy fácil, pero se consiguió desde luego poner algún coto al bandolerismo de ciertas partidas.

Insuficientes los recursos, hubo que crear empréstitos que se llamaban voluntarios y eran forzosos y bien apremiantes, exigiendo á los propietarios liberales el pago de las cuotas que se les imponían, embargando sino, y vendiendo sus propiedades.

Situación terrible era la de muchos pueblos que tenían que pagar las contribuciones á liberales y carlistas, y solían pagar á éstos con más puntualidad, porque apelaban á medios á que no podían acudir las fuerzas de un gobierno establecido, aunque no faltaron jefes militares que se permitieron punibles abusos.

Don Carlos revistó en Estella á los navarros y á los tres batallones que condujo Lizárraga y se halló bajo sus inmediatas órdenes con un ejército de 8,000 mil hombres. Ya se atrevió á hacer frente á Sánchez Bregua que acudía á Estella por la parte de Peñacerrada, y salió Ollo de los Arcos con este intento y el de amparar á Estella; mas viendo que ésta no peligraba y pudiendo atravesar toda la provincia, concibió un plan atrevido: caer á la vez sobre las guarniciones de Lumbier y Sangüesa, marchando Rada sobre ésta y Ollo sobre la primera. La guarnición de Sangüesa capituló después de una corta resistencia, y mayor la de Lumbier, rindióse al fin. Se obtuvieron otros pequeños triunfos en Navarra: deseó don Carlos visitar la provincia de Guipúzcoa y se halló en 7 de setiembre en Azcoitia, celebrándose al día siguiente en el monasterio de Loyola la Natividad de la Virgen con una comunión general y solemne fiesta. Pudo ser don Carlos

---

buque y apareció á poco sobre cubierta, gritando con alegría, que estaba cargado de armas, sin persona alguna á bordo. Subieron otros pescadores, cundió en breve la noticia por los inmediatos pueblos de la costa, llenóse la playa de gente, se atendió á alijar el barco antes de que se apercibieran de su existencia en Guetaria, donde siempre había algún buque de guerra, y mediaba corta distancia; se reunieron 40 lanchas pescadoras, remolcaron el vapor; hasta las mujeres y niños acudieron á descargarle, pues como no se esperaba tan pronto su llegada, no habían acudido fuerzas carlistas; pero llegó á Deva con dos compañías don Agustín Atristain á evacuar una comisión, y se trasladó á Ondárroa, acudiendo también por la parte de Vizcaya algunas fuerzas.

»Descargáronse el 20, cuatro mil fusiles, un millón de cartuchos, resina y otras materias inflamables, se consideró este suceso providencial, por el hecho en sí mismo, y por la circunstancia de carecer de municiones las fuerzas que estaban en la línea del Oria. Celebróse con un solemne *Te Deum* en todas las iglesias, y el júbilo fué grande. Era justificado. Por sus trámites regulares y sin ninguno de los muchos inconvenientes que naturalmente podrían ocurrir, se necesitaban más de 15 días para que el cargamento hubiera llegado á puerto seguro, y un incendio que pudo hacer volar el buque y su contenido, sirvió para que se recibiera en cinco días.» *Historia Contemporánea.*

solemnemente ungido en aquel magnífico templo, morada del santo guerrero cuyo nombre lleva, y por un príncipe de la Iglesia, el entusiasta obispo de Urgel, que abandonó las ovejas de que era pastor por guiar rebaños de soldados; y si no trocó el báculo de paz por la espada belicosa, en vez de predicar paz á los hombres en la tierra de buena voluntad, sabía enardecer el valor de sus huestes para llevarlas al combate.

Mientras invocaban los carlistas en San Ignacio la gracia divina que iluminara su espíritu, sin enemigos inmediatos que combatir, pudiendo ir contra Tolosa ú otra población que fuera más vulnerable ó intentar una corta expedición cuya salida era fácil, pues no podía el gobierno oponerla muchas fuerzas ni impedirla, ni el abastecimiento que se procuraría en los fértiles campos que riega el Ebro, se veía obligado Sánchez Bregua á dejar el mando del ejército en cuya dirección no había sido muy afortunado. El grueso del ejército del Norte que contaba poco más de 9,000 hombres, no tenía más jefes que Santa Pau y Catalán: el primero dimitió, aunque no le faltaba valor para arrostrar la situación en que se encontraba la división de la Ribera que si atendida debiera haber sido, estaba abandonada: sus dos baterías, sus 700 caballos, y los tres regimientos de infantería que contaban unos 1,500 hombres, esperaban á la sazón que se les enviara un general ó un brigadier, y no lo que se hizo. Teniendo Loma que atender á Tolosa y Oyarzún, aunque opuestos, se hallaba constantemente en situación bien crítica, batiéndose con frecuencia para abastecer ambos puntos y procurar no disminuyeran sus fuerzas y conservarlas subordinadas, para que no se repitieran lances como el que sucedió cerca de Mondragón con un teniente coronel que victoreó á la república federal y social, añadiendo: abajo los tiranos que nos llevan engañados; y gracias que no hizo caso la tropa y acudió pronto Loma.

Deplorable la situación de la causa liberal, era ya grande y natural la expectación pública por conocer el acuerdo de los carlistas en Loyola: cuando se fué evidenciando, se vió que faltaba en ellos clara inteligencia y denodada osadía. Reunidos en el riñón de Guipúzcoa, en un punto estratégico, pudiendo caer todos fácilmente sobre un sitio determinado, hallaron más cómodo desparramarse. Don Carlos marchó á Azpeitia, le entretuvieron las aclamaciones con que fué recibido, y siguió después á Vizcaya á efectuar paseos por mar y tierra. Faltaba á los carlistas un Zumalacárregui; para Elío podía más su indolencia que su pericia; el entusiasmo no existe á sus años, y Lizárraga dejaría una acción por una misa. Esta debilidad que presentaban los carlistas no era aprovechada por los liberales, lo cual constituye un cargo gravísimo. Faltaban jefes aptos; así se vió que las disposiciones adoptadas por unos, las marchas que ejecutaron otros y lo que casi todos hicieron hasta entonces, si no permitieron, no fueron obstáculo para el prodigioso aumento que tuvo el ejército carlista; y en provincias como la de Guipúzcoa, donde había sobre 6,000 voluntarios de la libertad, á cuyo número no llegaron ni con mucho en la guerra de los siete años. Y téngase en cuenta que en los pueblos de las provincias Vascongadas y Navarra, en los que había más voluntarios, era donde más se resistía el ejército. Todos se esmeraron en proseguir la tarea destructora, y desde el gobierno hasta el soldado, salvo raras y hon-

rosas excepciones, todos contribuyeron á poner el país en la desastrosa y lamentable situación en que se veía, y que era deplorable no lo decimos nosotros, lo dijo el mismo presidente del Poder ejecutivo en pleno Parlamento. Necesitábase, pues, enviar buenos generales, conocedores del terreno, que supieran atraerse las voluntades de los naturales del país; que fueran algo dadivosos y discretos con los confidentes, que en toda guerra civil vale más un buen espionaje que todos los cálculos y combinaciones de la más alta estrategia. El olvidar estas circunstancias fué origen de algunos desastres. No se podía desatender ningún detalle, que sabía aprovechar perfectamente el enemigo, que no se descuidaba un instante. Mucho consiguió por sus propios esfuerzos, pero más le ayudaron las faltas que cometieron sus contrarios; así que los carlistas de mejor criterio, los más conocedores de la guerra, estaban asombrados de lo que en tan poco tiempo habían conseguido.

CAPÍTULO IV

Prosigue la guerra.—Acciones de Santa Bárbara de Mañeru, de Monte Jurra y de Velabieta.—Cataluña.—Maestrazgo.

Era vergonzoso para las armas liberales el dominio que los carlistas ejercían en la provincia de Guipúzcoa, así como en las demás hermanas y en Navarra. Reunidos en Tolosa Loma, y Santa Pau que desempeñaba interinamente el mando de general en jefe del ejército, se decidieron á penetrar en el interior de la primera. Trató Lizárraga de impedirlo, trabáronse algunos combates, regresó Loma á Tolosa sin haber avanzado mucho en su marcha y Santa Pau fué á Vitoria sosteniendo un constante bregar hasta Salvatierra, donde ya no molestaba el fuego de los carlistas.

Acordaron éstos una operación combinada contra Tolosa, en la que tomaron parte las fuerzas de las cuatro provincias, á fin de exterminar á Loma y á los que acudieran en su socorro. Era el plan, reunir en los alrededores de aquella villa el mayor número de carlistas posible, encerrar á Loma, estrechar el cerco de Tolosa con suficientes batallones, y con el resto, que Lizárraga calculaba en doce, esperar en posiciones bien elegidas y fortificadas, á las tropas que fueran á socorrerle, y batirlas casi con seguridad, en cuyo caso la falta de víveres obligaría á Loma á rendirse. Púsose el plan en ejecución, tomando parte en él Lizárraga, Ollo y Larramendi; no esperó Loma á verse atacado, sino que salió á atacar á los que se hallaban en la parte de Isazcun y les desalojó de sus posiciones, que volvieron á ocupar cuando el liberal regresó á Tolosa. Se fué estrechando el cerco, desdeñaron los sitiados las ventajosas condiciones que rindiéndose les ofrecían, no intimidándoles terribles amenazas, que no se cumplieron, porque no participando Elío de la confianza de Lizárraga, y teniendo en cuenta que, aunque había municiones para dar una acción, no las tenía para sostenerse si eran derrotados; que para no perderlo todo valía más no exponerse, tomando Elío sobre sí la responsabilidad de la retirada, que les permitiría conservar las fábricas de armas y Estella, marchó Lizárraga á Azpeitia, Larramendi con los alaveses y vizcaínos á Villa-

franca y Ollo con algunos navarros á Lecumberri. Loma persiguió á los que se retiraban, causándoles algunas bajas.

En Vizcaya había formado ya Velasco una respetable división compuesta de 10 batallones de más de 800 plazas cada uno, otros dos batallones de castellanos, un escuadrón, una batería de montaña y un cuerpo de administración militar. Desguarnecida la provincia, sólo quedaba á los liberales el corto trayecto de Portugalete á Bilbao, y sin tener libre la ría. Portugalete no tenía más refuerzo que su recinto, y éste dominado por casi toda la parte de tierra.

Deseando los carlistas poseer á Bilbao, establecieron el bloqueo, que se iba estrechando á la vez que se hostilizaba el destacamento que custodiaba la casa de la pólvora, próxima al puente de Luchana, y ya á mediados de agosto dominaban la izquierda de la ría. Preferían algunos la posesión de Vitoria á la de Bilbao, por ser aquel punto más estratégico; pero consideraron más lucrativa la capital vizcaína, por su importancia comercial y su bien adquirida fama, y á conquistar esta villa se decidieron. Intimóle Velasco le abriera las puertas y le recibiera como á libertador, ó de lo contrario penetraría en las calles de la villa saltando por encima de sus escombros; se puso en inteligencia con algunos individuos de la guarnición, y esperando el buen resultado que se prometía, dejó de asistir al ataque de Vergara, creyendo se le abrirían las puertas de Bilbao. Negóse Andéchaga á proseguir los tratos, esperando más de las armas, diciendo que «el comercio y la industria de la villa no resistirían tres días de bombardeo,» y montó la fundición de Arteaga para hacer cañones y morteros. Las defensas de Bilbao no estaban aún completas, ni el material de guerra; las obras más necesarias, y que no se hicieron, eran las que exigía la defensa y conservación de Portugalete, llave del Nervión; y cuando el jefe de la *Consuelo*, señor Patero, encargado de su defensa, acababa de pasarse á los carlistas, se hizo más crítica la situación de aquel punto. Esto obligó á los bilbaínos á aumentar sus aprestos belicosos, y á adoptar muy acertadas providencias; se efectuó una salida á destruir la presa que de orilla á orilla del Nervión formaron los carlistas con el vaporcito *Somorrostro* y dos gabarrones; mientras en Madrid había un batallón de ingenieros en el servicio de plaza, en Bilbao desempeñaban aquel oficio paisanos y soldados de línea, y cuando al fin llegaron á la plaza refuerzos, y jefes y oficiales de artillería facultativos, se produjeron formales controversias sobre las obras de defensa, se ejecutaron algunas más, y en último resultado, vino á quedar Bilbao fortificada poco más ó menos como en 1835, sin tenerse en cuenta las observaciones que en aquella época se hicieron por militares peritos y aguerridos, y expuesta á sufrir mayores desastres que los que había experimentado en sus tres famosos asedios.

Los carlistas, que consideraban casi segura su presa, aumentaban los medios ofensivos, preparándose á sitiarla formalmente. Las ilusiones de los optimistas sobre la carencia de medios de que podrían disponer, comenzaron á desvanecerse cuando no hubo duda de que los viejos y abandonados cañones de hierro que Andéchaga había desenterrado en Santurce, Algorta y Olaveaga, y utilizado á fuerza de perseverancia sobre Portugalete y el Desierto, iban á ser sustituídos por otros de bronce fun-

didos en Arteaga, en cuyas ferrerías no solamente proseguían trabajando con la mayor actividad en la elaboración de otros de diferentes calibres, sino también en la de morteros, balas, armones, cureñas y pertrechos necesarios á esta arma (1). Liberales y carlistas se preparaban á dar asunto á Bilbao para que continuara escribiendo en su historia brillantes páginas.

Organizada la guerra en Álava por Larramendi, formó cuatro batallones y un escuadrón que revistó don Carlos en Alsasua. Operando en su distrito, penetró Larramendi en Oyón, donde tan descuidados encontró á sus habitantes, que hasta los nacionales estaban en sus casas; y como no podía quitarles el armamento, por tenerlo en Logroño, les impuso el diputado Varona una multa, y los dejó en libertad, sin más molestia. Las fuerzas que salieron de Logroño en contra de los invasores de Oyón, cedieron el campo al mayor número de enemigos y regresaron perseguidas á la ciudad. Ejecutó Larramendi algunos movimientos por la Rioja alavesa, hasta que gravemente enfermo le reemplazó en el mando don Torcuato Mendiri, que defensor de don Carlos en la guerra civil de los siete años, á cuya conclusión era coronel graduado, emigró á Francia, donde aprendió francés y el oficio de impresor, con el cual se sostuvo después en Madrid al acogerse á los beneficios del Convenio de Vergara; revalidado después sirvió en el ejército en el que se distinguió por su genio organizador, ascendiendo hasta brigadier; resignó en 1868 el mando de la comandancia general de la Serranía de Ronda, no sin prestar excelentes y humanitarios servicios, como lo consignó la junta revolucionaria de Sevilla; solicitó en julio de este año de 73 la licencia absoluta y se incorporó al ejército carlista.

La presentación de Mendiri no dejaba de ser un verdadero acontecimiento, y merecía menos indiferencia de la que le mostraron algunos generales con mando. Y eran frecuentes entonces estas presentaciones, á pesar del modo poco lisonjero con que se solía recibir á los jefes, teniendo los más que ir agregados, ó seguir á los batallones, sin darles posesión del puesto á que les destinaban, suplantándoles los alojamientos y considerándoles como advenedizos. Esto cuando empezaba la guerra, cuando tantos peligros había que arrostrar, cuando para todos había sitio donde derramar su sangre y sacrificar su vida. Algunos de los jefes que ya mandaban, creían que se bastaban para conseguir el triunfo, y no querían compartir con otros una gloria que consideraban segura.

Don Domingo Moriones reemplazó en el mando del ejército del Norte al general Sánchez Bregua, á quien se encargó el ministerio de la Guerra, para ayudar á Castelar á restablecer la disciplina y el orden é inaugurar una nueva marcha política. Más esperanzado Moriones, por más conocedor de la guerra que el jefe á quien sucedía, marchó á ponerse al frente del ejército que le recibió, y el público, con el regocijo que se funda en

---

(1) Para facilitar más estos trabajos secuestraban de las grandes fábricas de hierro que avecinan á Bilbao la maquinaria adecuada para ellos, trasladándola á Arteaga, adonde concurrían de grado ó por fuerza los torneros, ajustadores, moldeadores y operarios más aptos de estas industrias.

lisonjeras esperanzas; revistó sus tropas en Vitoria, y las saludó diciendo: «Vuelvo á verme entre vosotros como el padre al lado de sus hijos. Siento que la fortuna se os haya mostrado veleidosa, pero de hoy más estad seguros de que nos sonreirá propicia. Tened muy presente que los ejércitos que conservan la más severa disciplina son los que llevan constantemente escrita en sus banderas la victoria. Esto debe bastaros para comprender que seré inexorable en exigir de todos el más exacto cumplimiento de sus deberes; y cualquiera que sea el que falte, sobre él caerá todo el rigor de la ordenanza. Vamos á defender la república, porque es nuestro deber obedecer al gobierno constituído por el acuerdo de la Asamblea, así como también lo es sostener y levantar á la mayor altura posible la honra y gloria del ejército.—Vuestro general, *Domingo Moriones.*»

Procuró hacer efectiva la quinta é imponerse; que se observara la disciplina y subordinación necesaria, mostrando digna energía con oficiales y soldados, y el mismo día salió de la capital alavesa al frente de su ejército que ascendería, con los refuerzos que llevó, á unos 12,000 hombres; oyeron misa en el campo de Arana, acto que impresionó por lo imponente y solemne á toda la población de Vitoria que lo presenció, y fué por Salvatierra á Tolosa, donde le recibieron como su salvador. Retirados los carlistas que asediaban la villa y á Loma, y más temibles los que operaban en Navarra que los que se limitaban por entonces en Guipúzcoa á sitiar á Tolosa, siguió Moriones á Navarra, dispuesto á atacar á sus enemigos donde los encontrase, para levantar el espíritu del ejército.

Al aproximarse éste á Estella, procuró Ollo hacerle frente, distribuyendo bien sus fuerzas, y volando un puente cerca de Noveleta, para impedir que los liberales pasasen su artillería rodada. En la mañana del 2 de octubre estaban acampados en Grocín los carlistas. Aquel mismo día preparó Moriones sus fuerzas para el combate, y al ver que los carlistas habían abandonado el terreno que creyó defendiesen y aun Estella, aun cuando consideró facil la entrada en esta ciudad, á la que dieron vista las tropas de Primo de Rivera, que avanzaba por la derecha, y un batallón de la brigada de vanguardia entró en Dicastillo, como sólo tenían las tropas media ración, y no confiaba encontrar en Estella subsistencias, porque suponía lo habrían retirado todo los carlistas, como lo hicieron, pues mandaron destruir los comestibles en los pueblos que dejaban, se retiró á Larraga á racionarse. Regresaron algunas fuerzas carlistas á Estella, volviendo á salir y regresando, y marchando de nuevo, sin darles tiempo para tomar ningún alimento; ocuparon al fin las posiciones inmediatas á Dicastillo; se contemplaron las guerrillas de unos y otros contendientes, y al anochecer se retiró Primo de Rivera á Allo, dirigiendo algunos cañonazos á sus enemigos, que en posiciones esperaban, y que dejaron para ir á pernoctar en Morentín, Aberin, Muniain y pueblos inmediatos. El 3, dejando al parecer libre á los liberales la entrada en Estella por la parte de la Solana, se retiraron los carlistas á Eraul y otros pueblos; el 4 se trasladaron á Grocín, Murugarren, Villatuerta y algunos batallones á Estella. Los liberales pasaron este día á Artajona, el 5 á Puente la Reina, y sus contrarios á Cirauqui y Mañeru.

Frente á frente unos de otros era inevitable el choque.

Se halla situada la ermita de Santa Bárbara de Mañeru en el extremo meridional de un estribo de la sierra de Sarbil, que se desprende de ella en el puerto de Salinas, y dirigiéndose de N. á S., se esparce en ramificaciones, todas interesantes, considerándola militarmente. Limita esta posición por el N. la sierra citada, por el E. el río Arga, y la envuelve por el resto el Salado, desde Muniain de Salinas hasta Mendigorría, donde desemboca en el Arga. Estas posiciones cierran el paso de las fuerzas que desde Pamplona vayan hostilmente á Estella por las carreteras de Puente y Salinas de Oro.

La cresta de esta estribación se dirige desde el puerto de Salinas, después de cortar en él la carretera, á la ermita de San Pedro, nudo de los estribos que bajan á Artazu, Orendain y Echarren; sigue por encima de Garicoain, de Cirauqui y de Mañeru hasta Santa Bárbara, donde el estribo se divide en dos, de los que el uno muere en Puente y el otro desciende hasta la desembocadura del Salado, cortando la carretera que de Puente se dirige á Mañeru.

Las estribaciones que parten de la cresta son los caminos de ataque ó de flanqueo de esta posición, y los principales el que desde Santa Bárbara baja á Puente, el que pasando por Soracoiz termina en Artazu y flanquea el anterior, el que partiendo de la ermita de San Pedro pasa por Guirguillano para terminar en Orendain junto al vado de Zabala, los dos que terminan en Mañeru y Cirauqui, y el que por el N., partiendo de la ermita de San Pedro, concluye en Larate. Es interesante cuando la posición se ataca rompiendo por Oteiza y siguiendo la dirección de Lorca y Alloz. Arguiñariz con su monte, forma una posición independiente difícil de abordar por la parte del río Arga y de Salinas, y muy á propósito para recibir en ella al enemigo que marchando de Puente la Reina ó de Garisoain, hubiese ocupado la ermita de San Pedro. Así que, un verdadero ataque en aquellas posiciones, no se puede dar por terminado hasta ocupar la línea que forman la ermita de San Pedro con el monte sobre Garisoain, siguiendo la estribación que termina entre Cirauqui y la granja de Alloz. Las dos carreteras de que se ha hablado están en los extremos de la posición, comunicando la una el valle de Echauri con Salinas y Muez, y la otra á Puente con Mañeru y Cirauqui, continuando ambas á Estella. El dominio de esta posición proporciona el del valle de Yerri y de Guesalaz, con los ricos pueblos de Cirauqui y Mañeru. Tal es el terreno, que hemos recorrido, donde se peleó el 6.

Al saber Moriones que los carlistas se hallaban en los anteriores valles, y que únicamente podían socorrerles los alaveses que estaban en Villatuerta, deseó atacarles, y no tuvo que andar mucho, pues en la mañana del 6, se divisaron carlistas; lo cual fué una sorpresa para Moriones, que se hallaba en el convento de monjas. Formaron las tropas en la calzada para ir á Estella, se inició el movimiento guiando el coronel Blanco la brigada de vanguardia con orden de flanquear la derecha, seguía la brigada Pieltain con una batería de artillería, marchando á su frente el brigadier Catalán, comandante general de la división; iban después las fuerzas que mandaba el coronel Araoz y cubriendo la retaguardia á la brigada Ruiz Dana.

No menos deseaban los carlistas chocar con sus enemigos, y en cuanto vieron su movimiento, ocupó Iturmendi la ermita de Santa Bárbara de Mañeru, de la que ya estaban los liberales á unos 300 metros, y Lerga, Rada y otros jefes, ocuparon tan convenientes posiciones, que al tomar las montañas de la derecha el coronel Minguella, recibió el fuego de Rada y de los carlistas que acudían en su auxilio, obligando esto á Blanco á adoptar con rapidez la acertada disposición de enviar fuerzas á la izquierda, otras á tomar las posiciones de la derecha, y que el batallón de Puerto Rico flanquease por este lado.

Desde luego comprendió Moriones que Ollo se anticipaba á sus deseos, ahorrando á las tropas liberales la mitad del camino que debían recorrer antes del choque. Se ordenó inmediatamente el avance de nuevas fuerzas, se atacó por la carretera en dirección á la ermita, donde tenían los carlistas sus primeras posiciones, Catalán avanzaba por la carretera hasta Mañeru, Dana se adelantaba á proteger la brigada de vanguardia por la derecha, y el general en jefe se trasladó al centro del lugar del combate con seis piezas de artillería y otras fuerzas, y fué tal la intrepidez con que las tropas atacaron, que apenas hubo tiempo de emplear la artillería.

Las compañías de Alcolea subieron bravamente apoyadas por Ciudad Rodrigo, que se vió acometido por dos batallones carlistas á la bayoneta, aquél armó la suya, los rechazó y los hizo retirarse sufriendo un nutrido fuego: Catalán se había apoderado de Mañeru, Pieltain subido á la divisoria derecha y la vanguardia seguido por ella; Ruiz Dana tomó posición sobre una altura á la derecha de Santa Bárbara con cinco batallones, mas haciendo la derecha de la línea liberal, siguió el movimiento de avance hasta Artazu, que reconoció, continuando á Soracoiz en dirección á Guirguillano. Era, pues, crítica la situación de Rada: el 4.° de Navarra no ayudaba lo bastante, le arengó su jefe Segura, recordando á los navarros sus jactanciosas ofertas, y señalándoles una compañía de riojanos que estaba agregada al batallón, les dijo: «Hoy veréis como los castellanos no olvidan el corazón al pasar el Ebro.» Aquella compañía se portó heroicamente.

Rechazado Rada, hacía Segura esfuerzos para contrarrestar el empuje de los liberales: iban siendo muchas las bajas, y como los carlistas estaban, en lo general, acostumbrados á batirse donde querían, abandonaban á sus compañeros por conducir heridos ó para ocultarse detrás de la ermita; muchos oficiales también cejaban, y á sablazos había que sacar á unos y otros de sus escondites. Todo era necesario, porque el combate era cada vez más encarnizado: el 2.° y 4.° de Navarra no podían prolongar ya la resistencia, agotaban las municiones, se habían descompuesto muchos fusiles, y entre muertos, heridos y escapados, quedaban reducidos á la mitad y no recibían socorro; por lo que dispuso su jefe cargaran á la bayoneta: se remangaron las mangas de la blusa y de la camisa y cargaron con tal ímpetu, que arrollaron cuanto se les puso por delante. Las guerrillas liberales no pudieron resistir el empuje enemigo y cedieron; pero reforzadas con las reservas, cargaron sobre los carlistas y tuvieron éstos que retirarse en dispersión, costándoles caro su arrojo. Así era triste el cuadro que ofrecían las inmediaciones de la ermita, cubierto el suelo de cadáve-

res y llenando el espacio los lamentos de los heridos, abandonados á una muerte segura.

A contener á los liberales que arrollaban á sus enemigos por todas partes, se presentó oportunamente el 3.º de Navarra, pudiéndose salvar los fugitivos del 2.º y 4.º; y á poco, el mismo 3.º, que se batió bien, tuvo que ceder ante la valerosa acometida de mayores fuerzas liberales. Acudieron al lugar del combate Ollo, Argonz y Mendiri, con tres batallones de Álava y dos navarros: entraron en fuego, colocó después Ollo convenientemente los ocho batallones de que disponía, que ascenderían á poco más de 5,000 hombres, y á cosa de las dos se trabó de nuevo el combate, avanzando los liberales su infantería y artillería. El fuego era horrible y bravamente sostenido por ambas partes. Moriones resolvió atacar á sus enemigos en los montes de Guirguillano; disponiendo que Ruiz Dana marchase á este punto para tratar de envolverlos por la izquierda; éste vió aquellas alturas coronadas por los carlistas, supo escoger un terreno á propósito para atacarles, empezó desde Guirguillano á hacer que jugase la artillería, que aunque certera, el terreno neutralizaba su efecto destructor; el regimiento de Sevilla y el batallón de la Constitución atacaban resueltamente las posiciones enemigas, apoderándose, apoyados por África, de los montes de Guirguillano, y Dana se constituyó sólidamente en ellos á las tres de la tarde.

Al disponer á poco Moriones el movimiento de concentración de las tropas sobre la primera posición de la ermita y Puente la Reina, envió ayudantes á Dana, que era el más lejano, y confiaba en ver coronados sus esfuerzos: Pieltain y Catalán emprendieron sus movimientos, y á la hora de iniciados cargaron de nuevo los carlistas, y al oscurecer, cuando llegaban los de Moriones á los desfiladeros, el enemigo insistió con más vigor en su ataque, rechazado serena y bizarramente por las fuerzas liberales emboscadas y escalonadas en la ermita y vertientes de la sierra de Santa Bárbara, haciéndoles desistir de su empeño.

Dana hubiera querido pernoctar en las posiciones que había conquistado, cuando se le ordenó la retirada, porque á juicio de Moriones, era ya tarde para completar la operación: dispuso, pues, acertadamente la retirada por escalones; al cuarto se le echaban encima tratando de envolverle, pero supo Dana evitarlo y hacer sufrir á su contrario el nutrido fuego de los últimos escalones. El quinto escalón que le formaba África, se vió acometido por tres batallones que le abordaban á la bayoneta; mas bien situado en una eminencia dominante, recibió con fuego y rechazó la carga, produciendo y experimentando grandes pérdidas, entre ellas la de su primer jefe Rubín de Celis. Se retiró al abrigo de tres compañías de ingenieros que formaban otro escalón, constituído en un principio por Dana con la artillería y caballería, viendo con sorpresa que se habían retirado estas armas cuando iban á ser empleadas con oportuna precisión y seguridad de éxito. Avanzaron los carlistas, y en vez de ser ametrallados y cargados por la caballería, se contuvieron ante las fuerzas que colocadas delante de la ermita de Santa Bárbara, cubrían la retirada por la carretera.

En Mañeru y Cirauqui, terreno de la pelea, quedaron los carlistas, y los liberales pernoctaron en Puente la Reina. Excedieron de 900 las pér-

didas de ambos combatientes entre muertos y heridos. Al recorrer los carlistas el sitio del combate aquella misma tarde, recogieron varios heridos liberales que éstos abandonaron, é hicieron algunos prisioneros, varios de los cuales fueron inmolados en represalia de los asesinados en la ermita.

No estudió bien Moriones el punto de ataque, ofreciendo mejor resultado por el estribo de Soracoiz, llave de las posiciones; la retirada pudo haber sido más ordenada, y no se explicaban los carlistas que Moriones, al que creían sabedor de sus movimientos, no se hubiera combinado con Primo de Rivera, que tenía su columna por la parte de la Solana, y aun que éste no acudiera en auxilio del general en jefe estando tan cerca.

Los carlistas cometieron el grave error de ir mandando los refuerzos tarde y á proporción que les iban venciendo, lo cual hubiera ocasionado un gran desastre si los liberales hubieran hecho su principal esfuerzo por la estribación de la izquierda enemiga. El jefe carlista dejó su gente en el combate sin apoyo oportuno, sin órdenes, sin medio de reponer las municiones. En lo que unos y otros se distinguieron fué en la bravura que emplearon, y algunos en ese ensañamiento más común en las guerras civiles que con extraños; así fué tan grande la mortandad.

No se separaron mucho ambos combatientes: los carlistas se reconcentraron en Estella y sus inmediaciones y los liberales en Lerín y Los Arcos. A la vista unos y otros, era evidente un nuevo combate, y en la mañana del 7 de noviembre marchó todo el ejército liberal por la carretera de Estella hasta dar vista á Urbiola, Luquin y Barbarín, ocupados por los carlistas en número de 9,000 hombres, 4 piezas y 200 caballos. Asentados estos pueblos en la falda de Monte Jurra, defendían los desfiladeros que daban paso á Estella, acudiendo por la parte de la Solana, que era por donde se presentaron los liberales. No podían ser más excelentes las posiciones ocupadas por los defensores de don Carlos: mas no le imponían á Moriones, que contaba con la ventaja que le proporcionaba el terreno para batir á Barbarín con la artillería de montaña y de batalla y con la gran superioridad de su caballería, por lo que confiaba en el éxito del combate, y así lo anunció, y que iba á dar una severa lección al enemigo. Conocía el terreno, el número de los enemigos y sus posiciones, infundió en los demás su confianza y lanzó sus huestes al combate. Procuraron contener los carlistas el avance de los liberales; generalizóse el fuego en toda la extensa línea, que tendría unos cuatro kilómetros, se peleó con extraordinaria bravura, y fuera porque disminuyeran las municiones, ó porque era irresistible el empuje de los acometedores, abandonaron los carlistas á Barbarín retirándose á unas ventajosas posiciones á 400 pasos del pueblo.

En poder de los liberales Barbarín, se enviaron fuerzas sobre Luquin y Urbiola, de que se apoderaron Catalán y Dana después de porfiada lucha, no sólo con los defensores de aquellos puntos, sino con los batallones carlistas que estaban situados en la cresta y bosques de Monte Jurra, y la estribación que termina en Arroniz.

A las dos de la tarde se habían apoderado los liberales de los pueblos que atacaron, pero corriéndose por la falda de Monte Jurra los carlistas que parecía se retiraban hacia Estella, empezaron á cargar sobre la izquierda liberal y pueblo de Urbiola. Como Dana tuviese poca infantería para

resistirlos, pues su principal fuerza consistía en caballería, que no podía obrar en aquel terreno, pidió refuerzos. A la hora acudió en su ayuda San Quintín: la situación era ya crítica; los carlistas descendieron de Monte Jurra en gran número para atacar á Urbiola, y Ruiz Dana se vió en la necesidad de ponerse al frente de aquel regimiento, que secundando su valor atacó al enemigo que descendía del monte, y lo hizo tan bravamente, que no sólo detuvo su marcha, sino que le rechazó y obligó á refugiarse en las sinuosidades y bosques de Monte Jurra. San Quintín tuvo en este combate pérdidas tan sensibles como la de la mitad de sus oficiales—10 de 21—y la tercera parte de la tropa. El brigadier perdió su caballo.

Los carlistas mostraron grande empeño en defender el paso entre Urbiola y Villamayor, que era lo mismo que perder á Monjardín y á Estella, y en aquellos puntos se distinguió el 5.° navarro, enardecido con la presencia de don Carlos, que asistió al combate en este lado, y cuyo señor pudo mostrarse satisfecho de la bravura de sus defensores.

Al establecerse los liberales en Barbarín, Luquin y Urbiola, los hallaron completamente despoblados de personas y efectos. Los carlistas pasaron la noche á la vista de sus enemigos.

El siguiente día 8 amaneció lloviendo: hubo algún tiroteo de guerrillas, y algún pequeño combate parcial, y por la noche ocupaban todos las mismas posiciones. Comprendió Moriones que no podía pasar adelante, ni continuar en los pueblos que sus tropas ocupaban, careciendo de todo y hasta escaseando las municiones, pues el 7 se habían gastado 250,000 cartuchos de fusil y 700 granadas, pudiéndose dar escasamente los 140 cartuchos por plaza que ordinariamente llevaban los soldados: no pensó seguramente el jefe liberal hallar tanta resistencia; había conseguido de todas maneras en parte su objeto, que era el de ocupar los pueblos que defendían los carlistas; era precisa la retirada, aunque ofrecía grandes obstáculos, y para disminuirlos, se emprendió á media noche, enviando una corta fuerza á simular la prosecución del ataque para pasar á Estella, á fin de entretener á los carlistas mientras los liberales se retiraban. Se envió por delante toda la impedimenta, habiendo necesidad de abandonar la harina y cebada, para aumentar los carros para los heridos, dejando, sin embargo, abandonados algunos en Urbiola.

Cuando desahogado Moriones de la impedimenta, seguro de su retaguardia, colocados los primeros escalones para proteger la retirada, dió la señal de emprender la de las fuerzas que ocupaban Barbarín, Luquin y Urbiola, no pudo menos de admirar la disciplina, serenidad y bravura con que verificaban en general el movimiento de repliegue, teniendo más de una vez que corregir el que se pusieran á descubierto cuando aun no había llegado el momento de romper el fuego.

Con la nueva aurora notaron los carlistas el movimiento de retirada, que no le esperaban, sino la continuación del ataque y avance á Estella; hicieron esfuerzos para molestarla, mas no lo consiguieron: contemplándola Elío, no pudo menos de tributar públicos elogios al jefe que la había dispuesto y á los que la ejecutaban.

Las bajas de unos y otros combatientes excedieron de 800, menores las de los carlistas por batirse á cubierto, atacando á pecho descubierto los

liberales. Aquéllos celebraron en Estella los combates de Monte Jurra como una gran victoria, creando una medalla para conmemorarla.

Moriones se mostró también satisfecho: quería habituar al soldado al combate, y si le hubiera sido en extremo satisfactorio pasar á Estella, ú ocupar los altos de Monte Jurra, consideró conseguido su principal objeto con el resultado de las peleas del 7, en las que vió que podía contar con un ejército disciplinado y valiente, si bien á mucha costa, porque no se escaseó el derramamiento de sangre. Sin tantas pérdidas, y á poder proseguir el 9 la lucha, los liberales habrían llegado á Estella, porque escaseaban las municiones de los carlistas, como sucedía siempre después de una acción de algunas horas por no háber fábrica de cartuchos. No era muy tenida en cuenta por los jefes liberales esta gran desventaja con que luchaban sus enemigos.

Lizárraga continuaba empeñado en apoderarse de Tolosa. Su abastecimiento tenía ocupado á Loma y el paso de cada convoy costaba rudos y sangrientos combates. Pudo Loma restablecer los puentes sobre el Oria entre Irura y Andoain, para hacer frente al propósito de los carlistas al inutilizar estas vías de comunicación, de impedir el abastecimiento de la villa: pero continuaron aquéllos acampando en las terribles posiciones del monte Hernio, á 3,818 pies sobre el nivel del mar, desde cuyas alturas y parapetados hacían fuego á los liberales. También Oyarzún necesitaba de los esfuerzos del infatigable Loma.

Los triunfos obtenidos por los carlistas y lo que aumentaba su gente, les indujo á establecer su línea en el Ebro y pensar en apoderarse de La Guardia, que colocada en una eminencia domina la Rioja, y es una de las mejores poblaciones de la provincia de Álava. De su importancia en el siglo XII como plaza de armas, conserva algo de sus murallas de sillería con un castillo y once baluartes; cuenta más de 2,500 almas, y facilitaba atacar á Peñacerrada. Con su conquista, dominaron sus poseedores toda aquella parte del Ebro y la Rioja alavesa. No era fácil por la fuerza, y lo consiguieron por la industria, valiéndose de un cerrajero que les abrió de noche las puertas, y La Guardia fué de los carlistas el 29 de noviembre, con buen número de prisioneros, armas, municiones y efectos.

La situación de Tolosa seguía siendo apurada, por la insistencia de Lizárraga en conquistarla. Contrariado en su propósito de que capitulara, y pudiendo disponer de todas las fuerzas guipuzcoanas, la sitió. Además de la línea que ya ocupaba á la izquierda del Oria, formó otra á la derecha, en los montes de Velabieta. La línea del Oria contenía á Loma en el reducido trozo comprendido entre Irún y Andoain, y quedaba el resto de Guipúzcoa, excepto Tolosa, en poder de los carlistas, que se proveían de fusiles á su placer en Plasencia y Eibar, y montaban en Azpeitia una maestranza de artillería. Loma pedía auxilio y lo necesitaba imperiosamente Tolosa. Lizárraga arreciaba: el 1.º de diciembre rompió el fuego de artillería y fusilería contra la villa, á la que en cuatro horas arrojaron más de 200 granadas y balas rasas.

Era indispensable acudir en auxilio de Loma y de Tolosa, por lo que marchó Moriones de Tafalla á Pamplona, y con el ejército á la ligera para desorientar á los carlistas que estaban prevenidos en la Borunda; dejó á

la izquierda los caminos que conducían directamente á Guipúzcoa y tomó el del Baztán, á pesar de tener que cruzar un país enemigo, sembrado de pequeñas partidas y por un terreno que tanto les favorecía para poder molestar impunemente al ejército. Llegó éste á Santisteban y Sumilla sin haber oído un tiro; dejó á la derecha la carretera que conduce á Vera, atravesó el Bidasoa y tomó un camino de herradura que por lo alto de la sierra va á Aranaz y á Lesaca, marchando los 9,000 hombres á la desfilada, con las 150 acémilas que conducían 300,000 cartuchos. Así se tardaron tres horas en los cuatro kilómetros que hay desde Aranaz á Yanci, atravesando por un barranco, teniendo el río á la derecha y de noche. Una pequeña partida que se hubiera propuesto molestar al ejército hubiera producido un desastre. Unióse Loma en Lesaca, siguió la marcha que fué muy penosa y destructora, porque se quemaron muchos caseríos desde Arichulegui á Oyarzún, y el 8 pernoctó Loma en Andoain y el resto del ejército de Moriones en Astigarraga, Hernani y Urnieta.

El primer objeto de la operación, que era el abastecimiento de Tolosa, estaba conseguido, puesto que el ejército se encontraba en el valle del Urumea, habiendo tenido la apenas concebible fortuna de que en tan penosa y arriesgada marcha no hubiera sido hostilizado en lo más mínimo. Y no estaban lejos los carlistas, que no comprendían tan osada expedición, y efectuando marchas de noche, siempre arriesgadas y por un terreno como el que atravesaban, por caminos estrechos, profundos barrancos y á la desfilada. Podía estar satisfecho Moriones y considerar como un triunfo aquella marcha atrevida; y para que todo le fuera favorable, hasta acudió el cura Santa Cruz, como si fuera en su auxilio.

Poco conforme el famoso cura con lo que con él se había hecho, se presentó en la noche del 6 al 7 de diciembre en Berrobi al primer batallón, que por haber sido de su partida le quería, le sublevó, arrastró parte del quinto, y bajando con los dos á Villabona, donde estaba Iturbe con cuatro compañías, le prendió y obligó á aquéllas á seguirle: el capitán Lucía, que mandaba la vanguardia sobre Andoain y Guereca y ocupaba el puesto más avanzado á Tolosa, sublevó también varias compañías del tercero, y abandonando los puestos de confianza en que se les había colocado, fueron á reunirse con Santa Cruz, después de prender en Cizurquil al comandante Vicuña. Al frente el cura de diez y ocho compañías y deseando vengarse de Lizárraga, se presentó al amanecer del 7 en Asteazu para apoderarse de aquél é interponerse entre él y los batallones 6.° y 4.° y la artillería que estaban en Larraul y permanecían fieles. Rodeó silenciosamente el pueblo, envió cuatro compañías por el camino de Cizurquil para apoderarse de la casa en que vivía Lizárraga, y con el resto de la tropa entró por la parte baja de Asteazu.

Sorprendido verdaderamente Lizárraga, que comprendió su situación cuando al salir de misa le avisaron la llegada de Santa Cruz á prenderle, no le faltó serenidad ni energía al verse envuelto por sus mismos enemigos á los que creyó amigos; salvóle su misma equivocación, imponiéndose á aquellos desleales: al ver Santa Cruz desarmadas las fuerzas con que más contaba, le faltó valor para atacar de frente, se consideró vencido y huyó con su gente. Perseguido y atacado, se le fueron dispersando los que

le seguían y al fin se alejó con unos 300. No podía ser más vergonzosa la derrota del cura, ni más evidente su nulidad y falta de valor; mostró una vez más que era un ser vulgar al que dieron funesta celebridad sus crímenes. Después de merodear por los montes con los que llevaba engañados, de lo cual se fueron apercibiendo, se fugó á Francia con todos los oficiales de su partida, y ésta se presentó á indulto en Oñate.

Como los dos batallones guipuzcoanos que defendían á Velabieta habían abandonado este punto seducidos por Santa Cruz, quedó en descubierto aquel sitio, así como los de Soravilla y Choritoquieta, los más avanzados sobre Andoain y Tolosa. Esto en el momento en que acababa de unirse Loma á Moriones para penetrar en Guipúzcoa, cuyo hecho no ignoraba el cura; antes por el contrario, le creyó conveniente para la realización de su propósito.

Afortunadamente para Lizárraga, acudió solícito Ollo en su auxilio, y cubrieron los navarros las alturas de Velabieta, en las que esperaron á sus enemigos.

Velasco y Mendiri, con fuerzas de sus respectivas provincias, estaban en marcha y debían llegar aquella misma tarde ó á la mañana siguiente. Los deseos de Lizárraga eran que Moriones retardase el ataque; pero interesaba al jefe liberal ganar tiempo, y en cuanto arreglaron los ingenieros los pasos del río Oria, ordenó á Loma que con su división marchase por la derecha hasta la casa de Ullamberro, posición dominante; á Catalán, que con la brigada Padial y una batería de montaña, atacase la altura de Velabieta, y á Cortijo que con cuatro batallones de su brigada se dirigiese por otro camino en la misma dirección que Catalán, poniéndose á sus órdenes. La brigada Colomo se situó sobre los pasos que se habían habilitado en el Oria, con objeto de poder acudir con más facilidad en el caso de que Loma necesitase refuerzos.

Tomadas estas disposiciones mandó avanzar, verificándolo el general en jefe por la carretera con la brigada de vanguardia, apoyada por el batallón de Castrejana.

Iniciado el movimiento por Loma, comenzó el fuego á las dos de la tarde.

La resistencia en la izquierda carlista fué débil; no así en la derecha donde se estrellaban los esfuerzos de Catalán, en cuyo auxilio fué Blanco, á la vez que Miguella marchaba al alto de Uzturre para amenazar á Velabieta por la espalda. Generalizado el combate, crecía el empeño á la vez que la tenacidad y bravura de cada uno de los contendientes, hasta que cansados los navarros de tanto tiro sin rechazar á sus enemigos, cargaron á la bayoneta, que secundaba mejor su coraje, rechazaron á los liberales que tenían enfrente y cogieron á bastantes que pasaron á cuchillo. La desesperación parecía inspirar aquel combate, que renovó África haciendo recobrar la energía perdida y el terreno abandonado; y en este furioso bregar cuerpo á cuerpo, mezclábanse unos con otros, veíase en el semblante de todos la fiereza, en sus manos la sangre, casi todos herían, y el que no recibía la muerte la daba. En aquellos momentos de confusión se presenciaron escenas horribles. Hubo un instante de indecisión, como si el horror embargara el ánimo de todos, hasta que corrieron San Quintín

y Gerona á reforzar á Padial: fuéronse apoderando los liberales de las posiciones enemigas, y dueños ya de las de Urcamendi é inmediatas, que les abrían el paso á Tolosa, se retiró Lizárraga á Asteazu y Larraul. Los navarros, que aun peleaban al anochecer, tuvieron que dejar también el alto de Velabieta á los liberales, que si avanzan un poco más hubieran puesto al tercero en situación muy comprometida, teniendo á su frente á Velabieta ocupada por los enemigos, á su derecha Tolosa y á la espalda montes de rocas inaccesibles; no quedaba más salida que por la izquierda á un mal camino, que á haber llegado algunas fuerzas liberales hasta él, queda cortado el batallón navarro. Dos de ellos pernoctaron en Elduayen, dos en Berástegui, y otros dos en Leiza. El sexto de Navarra y el cuarto de Álava, que iban con Elío, no entraron en fuego por haber llegado tarde al sitio del combate.

Rotas las líneas carlistas y dueños los liberales de sus posiciones, se acantonaron las tropas, y una compañía de migueletes llegó á Tolosa á prevenir que estaba abierto el camino hasta San Sebastián para provisionarse, debiendo hacerlo para cuatro meses.

La extensión de la línea carlista la hizo débil, y no mostró gran pericia Lizárraga. Necesitaba mayores fuerzas para abarcar tanto terreno, y con las que contaba pudo presentar mayor resistencia y defensa en más limitadas posiciones.

La lucha fué encarnizada; así tuvieron más de trescientas bajas los liberales, y no muchas menos los carlistas.

A la vez que la derecha liberal ejecutó admirablemente sus movimientos y vió pronto coronados sus esfuerzos, la izquierda, ya por encontrar mayor resistencia, ó por otras causas y faltas que se cometieron, no estuvo tan afortunada, y perdió mucha gente. Regimiento hubo, el de la Constitución, que contó 25 muertos, de ellos 3 oficiales, y 172 heridos, inclusos 20 oficiales, el médico y tres jefes. La bizarría con que la brigada Padial se batió. mereció mejor ayuda que la que se le prestó ó debió prestársele.

El ejército se batió hasta con heroísmo, y si sobró valentía, faltó pericia en algunos jefes.

Lizárraga concentró sus fuerzas temiendo que fuera Moriones á Azpeitia á destruir la fábrica de armas; pero en vez de tomar el jefe liberal el camino en el que le esperaban en excelentes posiciones sus enemigos, corrióse más á la derecha á pasar el Oria por cerca de Orio, como lo ejecutó el 19 sin ser molestado; dispuso el avance sobre Azpeitia para el día siguiente, pero no había menos dificultades que desde Tolosa, cualquiera que fuera el camino que se eligiese; se habían reunido también los carlistas, volado el bello puente de Oiquina, ocupando admirables posiciones escalonadas, en las que opuso Lizárraga una masa de 18 batallones en corto trecho, y convencido Moriones de la actitud de los carlistas y de los pueblos, cuyos habitantes, obedeciendo las órdenes que se les habían dado, abandonaban sus casas, llevándose los ganados y cuanto pudieran aprovechar los liberales, á pesar del incendio de los caseríos con que les amenazó el jefe liberal, en vez de ir á Azpeitia, se embarcaron las tropas para Santoña. Tolosa volvió á ser bloqueada, en Azpeitia se fundían cañones, en Eibar y Plasencia se construían fusiles y los carlistas se enseñoreaban de

Guipúzcoa. El desaliento de los liberales guipuzcoanos se comunicó á todo el país, cuando vieron que no se podía penetrar en la provincia.

No pudiendo desembarcar el ejército en Portugalete, por considerarlo imposible la marina, desembarcó en Santoña y Castro Urdiales, donde en seguida se presentaron los carlistas, que tenían la ventaja de obrar del centro á la circunferencia, y ocuparon las alturas que dominan á Somorrostro, adonde se fijó la atención pública, asombrada de la importancia que ya había adquirido la guerra en el Norte.

Merced á la insubordinación del ejército de Cataluña, crecía allí también el carlismo. Vergonzoso lo ocurrido en Igualada el 6 de junio, al grito de ¡abajo los galones y las estrellas! ¡mueran los jefes! recibido á tiros el general Velarde, quedó Igualada á merced de los amotinados, tuvo lugar en Gelida la famosa conferencia de Velarde con las comisiones de la diputación y ayuntamiento de Barcelona, que describe gráficamente el deplorable estado en que se hallaba el ejército de Cataluña, insurreccionado también en muchas otras poblaciones; un batallón de Extremadura hacía fuego contra su coronel en Berga; Saboya insultaba públicamente á sus oficiales; San Fernando los expulsaba; Málaga pedía la vida de su coronel Carretero y de su segundo jefe; Navarra decía que su coronel García Muñoz carecía de mérito para mandar entonces las tropas, valiéndose de la ordenanza; Tarifa y Alcolea serán siempre recordados con espanto en Montesquíu y en Santa Coloma de Queralt; América excitaba á la rebelión gritando á las fuerzas disciplinadas: «No forméis, fuera listas, abajo los entorchados del general, que es un tirano;» y por último, las Navas y demás fuerzas dieron en Igualada el golpe de gracia á la disciplina.

Quería Martínez de Campos ir á Igualada á restablecer la insubordinación, negándose á ello Patiño: contribuía á ella el gobierno dando el mando de algunos batallones á oficiales desprestigiados, teniendo que manifestar Campos al ministro: «ó esos jefes no toman posesión de sus mandos ó yo abandono este distrito;» y hacían traición también á la república sus voluntarios. Consecuencia natural de tal estado fué el triunfo que obtuvieron los carlistas en Oristá sobre la columna de Álvarez, apoderándose aquéllos de las piezas de artillería; cedió la infantería sin resistir, huyendo en dispersión, á pesar de los apóstrofes que dirigía á los soldados el capitán Serrano, que murió allí, víctima de su pundonor, y un artillero que sucumbió acribillado de heridas abrazado á la pieza que no quiso abandonar. Sólo se batió bien la compañía de ingenieros peleando contra fuerzas diez veces superiores, perdiendo la cuarta parte de su gente. Dió también tiempo á que llegara Martínez de Campos, que restableció la acción y recuperó uno de los cañones.

En Prats de Llusanés, triunfó Savalls de soldados insubordinados, y gracias á la serenidad del jefe, no fué completamente derrotada la columna. En San Quírico de Besora, obligó después Savalls á capitular á dos compañías de América, lo que indujo al coronel Vega á dimitir el cargo que ejercía, manifestando que, aunque todavía podía contar con soldados dignos, valientes y leales como los cazadores de Tarifa y las brillantes secciones de artillería y caballería de Alcántara, éstos á la vez se negaban

á continuar por no confundirse con los traidores y cobardes, y mucho menos con los ladrones é incendiarios.

Pensaba subordinar Cabrinetti su tropa á fuerza de encuentros, siquiera fueran estos desgraciados, y marchaba en busca del enemigo, como si fuera presa de un vértigo, sin que lo pasado le aprovechara, ni la audacia del enemigo le precaviera; parecía impulsado á hallar un fin funesto; y como si Savalls hubiera comprendido la situación de ánimo de su enemigo, con marchas y contramarchas le llevó á la emboscada de Alpéns. En hora intempestiva, impremeditadamente, sin precaución militar de ninguna especie, sin el más ligero reconocimiento penetró Cabrinetti en el pueblo, y él y su columna fueron víctimas de la celada dispuesta. Al apercibirse de ella no era posible la salvación; hasta las salidas del pueblo estaban dominadas por los carlistas; estimuló esto más el ardor de Cabrinetti; no pudo comunicarle á todos los que le acompañaban; le siguieron algunos pocos cazadores, y al penetrar con ellos en la plaza cayó mortalmente herido; se apoderó el terror y la confusión de toda la tropa; algunos tímidos jefes y oficiales se ocultaron, y otros buscaron valientes gloriosa muerte peleando; mas como los carlistas tenían cercado bien el pueblo, los que no murieron quedaron prisioneros, ascendiendo éstos á unos 800, 50 caballos, 2 piezas de artillería, 42 mulos, dinero, material sanitario, armamento y equipos. Terrible para los liberales y fausto para los carlistas fué éste día 9 de julio, que valió á Savalls un título y á su gente una condecoración, que se creó por este hecho.

Gran pérdida fué para la causa liberal la de Cabrinetti. No era un militar de estudio ni de ciencia; pero era un verdadero guerrillero, incansable, de ingenio natural, conocedor del terreno, marchando siempre á pie, montando sólo en las acciones para estar con prontitud en todas partes, al revés de lo que otros hacían, y querido del soldado, porque á la vez que severo era justo y sabía halagar el amor propio é imponer el cumplimiento de los deberes. Cuantos habían servido á sus órdenes lloraron su muerte, y la lloraban cuantos le habían tratado por el buen recuerdo que dejaba en todos los pueblos. Únicamente los carlistas la celebraron: Savalls se vió libre de su mayor enemigo, del que siempre le iba á los alcances, del que parecía adivinar sus pensamientos.

Apoderados fácilmente los carlistas de Bagá, cayeron sobre Igualada, resistieron valientes sus defensores, rechazando dos asaltos de los sitiadores, que lograron por la noche penetrar en la calle de la Soledad y perforando casas fueron avanzando hasta lograr penetrar en la parte opuesta de la Rambla: después de más de 30 horas de incesante bregar, y no viendo más fuerzas que los dos batallones del Xich de las Barraquetas, que á pesar de su arrojo no pudieron penetrar en la población, empezó á cundir el desaliento, tiraron unos las armas y se ocultaron, otros se rindieron y algunos se replegaron á la iglesia, llena de gente indefensa.

Para rendir á éstos, trataron los carlistas de emplear el petróleo en las puertas, y no dándoles resultado, abrieron brecha con algunos disparos de cañón. Por la brecha arrojaron al interior de la iglesia gran cantidad de petróleo y azufre, para producir la asfixia por medio del humo y del fuego, y por este medio consiguieron que les abriesen las puertas:

cesó la campana de tocar á rebato; bajaron los defensores del campanario y fueron desarmados, siendo algunos voluntarios acuchillados en la misma iglesia.

Sólo faltaba que depusieran las armas 14 hombres que defendían el fuerte Pi, que las depusieron al fin, siendo algunos fusilados allí mismo.

Penetró en la población don Alfonso con doña María de las Nieves que había estado alentando á los zuavos, se encargó Miret de derribar las fortificaciones, cobraron un grueso tributo, y con algunos rehenes y buen número de prisioneros se retiraron á Odena, teniendo un pequeño tiroteo con el Xich.

Tristes recuerdos quedaron en Igualada de aquellos días, en que tu vieron lugar vandálicas escenas y crueles asesinatos, como si se quisieran vengar los excesos cometidos por algunos voluntarios de los que mandaba el Xich en la catedral de Manresa y en los templos de Berga, que dejaron terrible memoria de aquel jefe republicano, y especialmente en las inofensivas monjas, muriendo algunas de vergüenza.

En la defensa no hubo concierto ni organización por el estado de indisciplina de los soldados, por las pocas condiciones militares de los voluntarios y paisanos é incapacidad del comandante militar; así que no fué debidamente aprovechado el valor con que todos resistieron.

Con jefes más entendidos y soldados más disciplinados, hubiera sido Igualada socorrida, aun por el mismo capitán general que estaba en Barcelona, y pudo haber ido á Igualada en cinco horas: duró la resistencia treinta y seis.

Empeorada la situación de Cataluña, se abandonaron todos los pequeños destacamentos; se aprestaron muchas poblaciones á defenderse; limitábanse las operaciones á recorrer las comarcas menos montuosas y más abrigadas por puntos fortificados, y algo animó á poco el espíritu público la brillante resistencia que encontraron los carlistas en Caldas de Montbuy, en cuya ayuda acudieron los esforzados voluntarios de Sentmanat, de Sabadell, de Granollers y otros pueblos, rechazando todos victoriosamente á los invasores mandados por Tristany.

Volvieron los carlistas contra Berga, la sitiaron, intimaron la rendición con excelentes condiciones, sin obtener contestación, atacaron los sitiadores con vigor no siendo menor el empleado en la defensa; vieron los carlistas que no era fácil ni pronta la toma de Berga y dejaron de hostilizarla acudiendo á impedir el paso de las fuerzas que á ella acudían desde Manresa, con las que se trabaron rudos combates, en los que unos y otros combatientes tuvieron unas 500 bajas. En aquella acción de Gironella, se demostró hasta la evidencia el estado del ejército y las consecuencias de la disciplina.

En cambio, don Alfonso y su esposa, al frente de una columna de 2,000 infantes, 100 caballos y tres piezas de artillería, fuerzas todas completamente subordinadas, efectuaban marchas y operaciones importantes, sitiaban y destruían á Tortellá, y sostenían encuentros con más ó menos fortuna. No halagó ésta á los liberales en las alturas de Albiol, pues lo que debió haber sido un triunfo, fué un desastre por la falta de sigilo, la indolencia en cumplir lo acordado y la carencia de disciplina; y al senti-

miento que causaron los que en aquel hecho de armas perdieron la vida, llenó de indignación en Reus el que los carlistas acribillaron á bayonetazos á los heridos y prisioneros.

Faltaba en Cataluña una autoridad militar que restableciera el orden y el imperio de la ley, organizara debidamente la persecución de los carlistas y pusiera término al desorden que existía; así lo deseaba también Salmerón, presidente á la sazón del poder ejecutivo, sobre lo que conferenció con varios generales, y al fin Castelar confirió aquella capitanía general á don José Turón y Prats, con amplias facultades, y bastó su presencia para restablecer la disciplina. Desarmó la mayor parte de los batallones de voluntarios, conservando los de francos, como un mal necesario, y aun cuando algunos de aquéllos habían prestado eminentes servicios, no compensaron éstos el daño que hicieron á la causa liberal los desórdenes que promovieron unos y consintieron otros. Constaba entonces el ejército de Cataluña de 18,000 infantes, 1,200 caballos, 20 piezas de montaña y 12 de batalla. Guarnecidos con estas fuerzas considerables puntos, se organizaron brigadas de operaciones, mandando Reyes la de Gerona, Macías la que operaba en la montaña, Franch la de Lérida, la de Tarragona Salamanca, y en el llano operaba una de 1,000 hombres.

Asediada de nuevo Berga, urgía su socorro, envióse un convoy custodiado por 4,000 hombres guiados por el brigadier Cañás, peleó para proteger su paso por el puente de la Granota, burló á los carlistas que estaban en Gironella y tenían obstruídos los puentes y la carretera, y fortificadas las alturas de ambos lados del desfiladero, y después de rudos combates, penetró con el convoy en Berga, pudiendo estar satisfecho Cañás de su pericia militar y de la bravura con que peleó su gente.

Merodeaban los carlistas desde el Muga al Noguera y de la costa á la frontera por toda Cataluña, y pasaban constantemente á territorio de Aragón y Valencia; pero no tenían un cuartel general establecido, porque lo era accidentalmente el que solían establecer con más frecuencia en la provincia de Gerona, como más montuosa. De aquí su interés en hacerse dueños de algunos puntos de aquella provincia, como Castellfollit y Besalú, ambas poblaciones de importancia por la posición que ocupan en los caminos que van á Figueras y á Gerona, á la orilla del río Fluviá, y hasta teniendo cerca la frontera que facilitaba un pronto refugio. La carencia de vías de comunicación en esta parte de Cataluña, sus grandes bosques, daban cierta seguridad á los carlistas, cuando no pudieran medir sus armas con los liberales. Invadieron los carlistas la Junquera, pero no pudieron vencer la resistencia de sus defensores, sosteniendo diez horas de fuego. Realizaban movimientos atrevidos en la provincia de Tarragona, y les hubiera sido ventajoso apoderarse de Valls, en la confluencia de importantes caminos, al pie de las eminencias que limitan la margen izquierda del Francolí; mas aquella población sabía resistir y se fortificó bien.

Con la confianza con que recorrían los carlistas la provincia de Tarragona, era inevitable un encuentro, y le hubo repetido en Prades con la pequeña columna de Maturana de 450 infantes, 18 caballos y una pieza de montaña. Marchaba por el camino de Montblanch, y á distancia de medio kilómetro, rompió el fuego el carlista Cercós desde las alturas de

Pagés, en el momento en que la columna atravesaba el barranco del mismo nombre: la vanguardia liberal tomó á la carrera posiciones, contestó al fuego del enemigo, haciéndole perder las alturas en que se parapetaba á derecha é izquierda, el cañón rompió el fuego, y protegiendo lo posible la caballería, avanzaba decidida el resto de la columna; mas acudieron por varios lados carlistas, otros acababan de entrar en Prades, tratando los emboscados de impedir el paso á la tropa; ésta, envuelta en un verdadero círculo de fuego, hizo esfuerzos inauditos, peleando Maturana al frente de las compañías del centro, ya quebrantadas por numerosas bajas, y siendo dos veces rechazadas después de sangriento bregar. Al mismo tiempo atacaba la caballería carlista arrollando á la liberal, y aislando al centro de la retaguardia; se arrojaba el cañón á un barranco, herido el mulo, y luchando personalmente se rompió el frente, aunque siempre alcanzados por todos lados los dispersos hasta lo alto de Planas de Espasa, en cuyo paraje, concluídas las municiones, se desbandaron hacia la izquierda por los barrancos del bosque de Poblet.

Los vencedores entraron en Prades con el cañón conquistado y unos 170 prisioneros. Entre la treintena de muertos que tuvieron los liberales, se halló Maturana.

Tristany se consideró dueño de la provincia de Tarragona, lo que obligó á Franch, que se hallaba en Mequinenza, á pasar el Ebro y pernoctar en Granadella, provincia de Lérida, para obrar en la de Tarragona en combinación con Salamanca, que peleó con los carlistas en Castellfollit, de cuyo pueblo los desalojó, y de las posiciones inmediatas hasta Rajadell, donde pernoctó la columna. Tristany y Miret, incendiando estaciones como la de San Sadurní, cobrando contribuciones hasta en la Cerdaña, bloqueando á Puigcerdá y Berga; Vallés y otros atacando pueblos importantes de la orilla del Ebro, y merodeando en aquel terreno cuya importancia ya se la dió César al establecer su campo en aquellas márgenes, y la ha tenido en cuantas guerras ha habido en España; Quico y otros operando en la provincia de Lérida, bajaban á la Selva á orillas del Bandasaes, uno de los muchos afluentes al Llobregat y llegaban á Almacellas, y aun más cerca de la capital, peleando en el primer punto con Salamanca y en Almacellas con Delatre.

Pero lo más significativo fué la llegada de Tristany con 1,400 hombres á Tolva, habiendo atravesado el Segre, el Noguera y cuantos ríos le convinieron para ir desde las alturas de Montblanch en Tarragona, cruzando la provincia de Lérida, á Tolva, cerca de Benabarre, y á la orilla del Caxigar; salto notable por la distancia y el terreno recorrido, y grande la audacia del caudillo carlista, á quien no tenía mucho afecto el brigadier Franch, que no hacía mucho dejó la tierra de Aragón para perseguir á Tristany en la catalana, y á la sazón venía á encontrarse cerca del punto de su partida y en terreno más á propósito.

Los carlistas podían enseñorearse de Cataluña; pero si faltas cometían los liberales, no incurrían en menores sus enemigos: sin unidad de mando, divididos, sin ser ninguno capaz de imponerse, reducíanse todos sus hechos á ocupar poblaciones de alguna importancia y verificar sorpresas, sin que aprovecharan las consecuencias de tales ventajas. Allí no era fácil la

formación de un ejército; ni en la anterior guerra civil le tuvieron los carlistas, pues aunque el conde de España llegó á mandar mayor núcleo de fuerzas, y eran muchos los que le obedecían, eran también bastantes los que obraban por su cuenta, sin subordinación á nadie.

La guerra en Cataluña era enteramente distinta que en el Norte, y había que hacerla también de diferente manera, sin olvidar el completo conocimiento del país, el carácter de sus habitantes y hasta su dialecto.

Los carlistas catalanes continuaban formando partidas más ó menos numerosas, siendo puro lujo el nombre de batallones á que algunas fuerzas se daba; no querían jefes que no fueran del país, lo cual retrajo á muchos oficiales de presentarse cuando la insubordinación del ejército: rivales los jefes aspiraban al mando supremo, y por lo general, no se favorecían mutuamente. Graves disgustos llevaron á Savalls á conferenciar con don Carlos en Guipúzcoa; Castells, relevado del mando, vivía en Francia retirado; Tristany estuvo depuesto y oculto una larga temporada, otros tenían que marcharse y sólo Savalls adquiría fama, aunque era el más díscolo é indisciplinado. No pudiendo dominar don Alfonso la discordia de los que debieron ser sus subordinados, sin que su hermano atendiera sus quejas, después de devorar grandes amarguras marchó á Estella á exponer verbalmente la situación de Cataluña, quedando Tristany de capitán general interino.

Savalls se presentó á menos de 30 kilómetros de Barcelona, en Granollers, capital del Vallés; entró también en Cardedéu, cuyos voluntarios, al ver incendiadas las casas consistoriales y la iglesia, capitularon á condición de salvar la vida, y fueron fusilados á las dos horas; más afortunados los valientes defensores de Bañolas se vieron auxiliados, aunque no se libró después de verse invadida: el vigilante gobernador de Berga impidió el asalto nocturno del castillo el 18 de noviembre dispersando á los que ya estaban al pie de la muralla con escaleras: Tristany y Miret permanecieron días y días en Igualada sin ser molestados; se atrevieron los carlistas á tirotear por las noches á Reus y Valls, merodeando á sus puertas; otros efectuaron una aprovechada excursión por el Bajo Ampurdán, abandonadas por sus defensores muchas de las poblaciones fortificadas; cuatro días estuvo sitiando y cañoneando Savalls á la importante villa de Olot, sin que se la socorriera desde Gerona: en la provincia de Lérida penetraban de vez en cuando los carlistas procedentes de Aragón, porque el Ebro, el Cinca y el Noguera Ribagorzana, le pasaban y repasaban constantemente sin el menor obstáculo, en todo el trayecto desde Mequinenza á su desembocadura en el mar: pueblos inmediatos á Barcelona se veían bloqueados, eran muchos invadidos y Olot experimentaba de nuevo la tenacidad de los carlistas; y estos y otros sucesos empeoraban la situación de Cataluña. Aun hubiera sido peor sin las rivalidades de los jefes carlistas, en los que había pocos capaces de organizar sus fuerzas. Enemigos todos declarados de los militares y de la disciplina, los llamados batallones catalanes eran bandas desorganizadas, sin concierto ni disciplina, aunque batiéndose bizarramente, atacando sin formación y desconcertando al enemigo; así es cómo Savalls obtuvo triunfos. Hubo momentos en que se vió Cataluña completamente dominada por los carlistas; pero no supieron aprovechar

tan favorables circunstancias. Don Alfonso tenía que luchar continuamente, y no podía tomar medidas severas contra los jefes, so pena de verse abandonado por los voluntarios, que lo eran más de sus caudillos que de don Carlos; así se decían de Savalls, de Castells, de Tristany, jamás carlistas.

Savalls fué llamado por don Carlos y arrestado por desacato á don Alfonso; pero á los pocos días se le dejó en libertad y se le mandó volver á Cataluña. No se puso remedio á lo que podía tenerlo, siguieron las cosas en el mismo desorden y en la misma impunidad ciertos crímenes, y sólo se veía sobresalir el heroísmo de los que peleaban. El soldado de uno y otro campo, ese ser oscuro, autómata, que sirve por fuerza, pelea con entusiasmo y es más avaro del honor de su bandera que de su propia sangre y de su vida: que no busca la guerra y da la victoria y la paz, debiendo ser el héroe es siempre la víctima, ya sea de la impericia, de la cobardía, de los desaciertos y hasta de la inmoralidad de los que no sólo se enriquecen á costa de su alimento, sino de sus medicinas.

En el Maestrazgo y toda la parte oriental de España iban progresando también los carlistas, merced á la insubordinación del ejército, que hizo en Sagunto mártir del honor y de la disciplina al teniente coronel de cazadores de Madrid don Luis Martínez y Llagostera, y á los pronunciamientos cantonales. Ya Vallés, nombrado comandante general del Maestrazgo, organizó lo que había de llamarse división de aquel territorio, creando batallones, formando el 1.° las fuerzas de Cucala, el 2.° las de Segarra, el 3.° las de Polo y el 4.° y 5.° las de Vallés y Panera. Así se atrevían á atacar poblaciones como Segorbe, penetraban en Murviedro, amenazaban á Castellón de la Plana para que en término perentorio entregara el dinero que en vano pedían; la fuerza liberal que se guareció en Cantavieja, se vió atacada por Segarra y Panera, que lograron apoderarse de aquel antiguo centro carlista, rindiendo á sus defensores, que no hicieron larga resistencia; y Segarra, que poco antes empezó con una partida de media docena de hombres, como vimos, mandaba ya mil, y se apoderaba de poblaciones como Maella, Batea y otras.

Nombrado don José Santés y Murguí, segundo jefe carlista de la provincia de Valencia, contó en un principio con 300 hombres mal armados, en Ribarroja desarmó á unos 100 nacionales con cuyos fusiles armó á igual número de voluntarios, al siguiente día desarmó también en Benaguacil á unos 80 nacionales, y á los ocho días ya contaba con unos 1,000 hombres con los que formó dos batallones de cazadores y dos compañías de guías á las que vistió con uniformes cogidos á los nacionales de Utiel. Emprendió una de esas largas y atrevidas correrías en las que tanta fama ganó, aumentando su gente; perseguido por Arrando chocaron en San Felipe de Játiva, donde Santés con 3,000 hombres subió al castillo y Cucala con otros 3,000 fué á Losa; menos de la mitad las fuerzas liberales emprendieron el ataque, mal servida la artillería, que no pudo hacer penetrar en el castillo más que una granada de los 84 proyectiles que dirigió; siguió nutrido el fuego por espacio de siete horas; regresó por la tarde Cucala y hubiera desordenado á la artillería liberal á no ser por dos valientes cargas de caballería y la bravura de la guardia civil, que sólo una

compañía, con descargas cerradas, contuvo á más de mil carlistas. Viéndose Arrando comprometido se retiró á Canals en buen orden. Dos compañías que estaban en la ermita de San José no oyeron el toque de llamada, y acosadas por los carlistas, se rindieron después de apurar su último cartucho, y de amenazarlas con arrojar petróleo é incendiar la iglesia, como Cucala incendió la estación de Alcira: 348 prisioneros, cerca de 4,000 duros, caballos y tabaco se llevaron los carlistas.

Alcover, Rico, Aznar y otros que recorrían los límites de las provincias de Valencia, Alicante, Albacete y aun la de Murcia, cobrando contribuciones en muchos pueblos y atacando á otros como Yecla, llegaron hasta encontrar abiertas las puertas de Orihuela, que los recibió con repique de campanas y músicas. Veíanse bien ayudados por los cantonales de Cartagena, pues no de otra manera hubieran podido penetrar en el corazón de la ribera y enseñorearse de Játiva. La pericia de aquellos partidarios, excepción hecha de Santés, no era temida; sus movimientos desacertados, aun sin verse perseguidos, y su principal cuidado lo ponían en reclutar mucha gente y recoger abundante dinero, sin reparar en los medios.

Los liberales no obraban por su parte con mejor acierto en cuanto no procuraron á toda costa encerrar á sus enemigos en los puertos de Beceite y en los montes frente á Castellón, donde su mismo número de gente hubiera sido su mayor enemigo, porque habrían carecido de los recursos necesarios, aun para vivir malamente.

Nombrado don Manuel Marco jefe de las fuerzas carlistas de Aragón, procuró organizarlas debidamente; careciendo de oficiales creó un colegio de cadetes, bien dirigido por el farmacéutico Lacambra, nombrado también gobernador de Cantavieja, y para proveerse de armas, de recursos y de cuanto necesitaba, efectuó algunas expediciones que aumentaban además sus fuerzas que excedían ya de 2,000 hombres. Entró en Daroca, desarmó á los voluntarios de Villafeliche y de Molina de Aragón; Segarra rendía después de una tenaz resistencia á los voluntarios de Ulldecona; reconcentrados entre Amposta y Vinaroz los carlistas del Maestrazgo, corriéndose á la llanada de Castellón de la Plana por ellos tan codiciada, tuvieron lugar pequeños encuentros, y en Aragón, pero no impidieron que sucumbiera Caspe, la famosa villa á que dió imperecedero nombre el célebre compromiso, cuya bandera conmemorativa se llevaron, uniéndoseles 200 hombres. Evidente el aumento de los carlistas, eran más frecuentes sus atrevidas algaradas, entrando en poblaciones importantes, aumentando así su crédito y sus recursos. De estas expediciones, ningunas tan audaces como las efectuadas por Santés, que llegó al amanecer del 16 de octubre á Cuenca, habiendo efectuado en dos días una marcha de 33 horas. Por esto fué la sorpresa completa; pues aunque los voluntarios habían estado por la noche sobre las armas, al saber la llegada de los carlistas á Altobuey y su dirección á Almodóvar, se retiraron precisamente cuando llegaban los enemigos. Ocuparon éstos las alturas de derecha é izquierda que dominan el hospital y los puentes, y Santés entró en la ciudad internándose hasta la Glorieta, ya bajo el fuego enemigo. Quiso repararse el descuido de las autoridades con la precipitación; ya tenían los carlistas rodeado el cuartel en el que no había más que 85 quintos mal armados; se abrieron

las puertas y quedaron prisioneros; esto hizo inútil la resistencia de los voluntarios, y ofreciéndoles respetar vidas, personas y haciendas, capitularon (1).

Justamente orgulloso Santés con el triunfo que acababa de obtener, que le valió el ascenso á brigadier y aumentar su gente con 300 hombres, siguió sus aprovechadas excursiones, le recibieron en Chelva con arcos de triunfo, y merodeó por la provincia de Valencia á la vez que los federales de Cartagena aparecían en las aguas del Grao, favoreciéndose mutuamente. Penetraron los carlistas en las importantes poblaciones de Hellín y Caravaca, á la vez que en la parte opuesta, en Aragón, pernoctaba Marco en Albarracín y se sitiaba á Morella. Pululaban ya infinitas partidas por toda esta parte oriental de España, y como si su principal misión fuera destruir, incendiaron casi todas las estaciones del ferrocarril de Valencia á Barcelona.

Apenas se comprendían aquellas expediciones hasta casi á las mismas puertas de Valencia, hasta la opulenta Liria, recorriendo la ribera, la huerta, todo lo más fértil de aquella privilegiada región y penetrando en la provincia de Albacete, sin que se les opusiera un par de regimientos de caballería, y esto, cuando se estaban estropeando por falta de alimento los caballos requisados. Y no era sólo Santés: Corredor recorría á la vez los valles de Sagunto, y obligaba á destruir los fuertes y murallas de Segorbe; Mir y Sierra Morena andaban á sus anchas en la provincia de Castellón por la parte de la costa, y Cucala, Segarra y otros que también habían hecho fructíferas excursiones, continuaban en su empeño de apoderarse de Morella, desguarnecida de artillería y con 460 hombres del ejército y voluntarios para su custodia.

Rechazadas las mejores propuestas de capitulación, resistieron valerosamente las tenaces acometidas de los sitiadores, arreciando cada día en sus ataques y hasta penetrando por el alcantarillado del agua, empezando los trabajos de mina y hornillos para volar el muro. Había intentado Santa Pau levantar el cerco y aprovisionar la plaza, pero tuvo que retroceder desde Monroyo. Don Romualdo Palacio que se acababa de encargar de la capitanía general de Valencia se dirigió á auxiliar á Santa Pau en su socorro á Morella, y no pudiendo acudir Santa Pau por tener que atender á la provincia de Huesca, en la que había entrado Gamundi, se decidió Palacio á salvar á Morella, tomando el camino de Albocácer y Ares del

(1) «Esperando reunir todo lo estipulado permaneció Santés en la ciudad hasta la tarde del 17, habiendo recogido 70 caballos, 400 fusiles y carabinas Minié, 300 fusiles del pacto, sables, espadas. monturas, vestuarios y otros efectos, y millón y medio de reales del Estado. Del peligro que corrían estos fondos avisó el Banco de España al gobierno ocho días antes, pidiendo inútilmente una escolta para traer á Madrid aquellos caudales.

»No ignoraba el ministerio lo amenazada que estaba Cuenca por Santés, por lo que era incomprensible su abandono, ligada su serranía con la de Albarracín, y ésta con el Maestrazgo, y si no tenían ahora los carlistas un Cañete y un Beteta, pudieron realizar su pretensión de bloquear á Madrid, estableciendo su centro en las sierras, de donde costara mucho desalojarlos. Pero los liberales y los carlistas no se cuidaban más que del día.»—*Historia Contemporánea*, etc.

Maestre, teniendo que salvar posiciones, que bien defendidas, no podían permitir el paso de ninguna división. Ocupábanlas las fuerzas de Vallés, Segarra, Cucala y Polo, pues ni Marco, ni Santés, ni otros, quisieron concurrir al combate, por celos y rivalidades; trabóse reñida acción favoreciendo á los carlistas lo ventajoso de sus posiciones, si bien les contrariaba la carencia de artillería que tan útil fué á los liberales, opusieron aquéllos gran resistencia, pero fué mayor el ímpetu y decisión de las tropas que les obligaron á abandonar sus fuertes posiciones, y á declararse en retirada hacia Benasal. Todavía se peleó de noche para ocupar la Muela de Ares, como se consiguió, así como la concentración de todas las fuerzas en Ares, que era la victoria. Excedieron de 300 las bajas de unos y otros combatientes Se salvó Morella y se levantó la moral del soldado.

Triunfó poco después Weyler de los carlistas en Pinar del Rincón y en Bocairente, en cuyos empeñados combates hubo cañoneo, cuatro terribles cargas á la bayoneta, perdiéronse y recuperáronse dos cañones, y peleóse con la bravura y encarnizamiento que tanto ofusca al hombre en civil contienda. Así hubo gran mortandad en poco tiempo; así había pedazo de terreno, una tahulla, donde se contaron 14 cadáveres. Y en aquella acción, la más importante de las que por entonces hubo en el Oriente, llegó á estar indecisa la victoria, y aun, en momentos dados, pareció lisonjear á los carlistas pudiendo considerar derrotados á sus enemigos.

Santés Marchó á Mogente, donde se apoderó de 118 caballos de la requisa hecha en Valencia por el gobierno, y de algunos individuos de los que los escoltaban en el tren. A celebrar las festividades de fin de año fué á Chelva, donde permaneció tranquilo hasta el 6 de enero del siguiente.

Por la parte de Castellón ocuparon los carlistas á Onda, á seis leguas de la capital; Mir, Sierra Morena y Giner, continuaban tranquilos en Nules, Burriana, Villarreal y Almazora, dueños de la carretera y del ferrocarril, dominando en la costa; cayeron sobre Sagunto, y para vencer la resistencia de algunos liberales refugiados en el municipio, le prendieron fuego, y á la escuela y la cárcel, cometiendo grandes excesos durante su permanencia en la villa, que á la aproximación de Golfín evacuaron, llevándose rehenes y prisioneros, de los que Cucala fusiló en Bechi 16, por el placer de fusilar.

Sin verdadera unidad de mando en esta parte oriental de España, se nombró jefe superior á don Manuel Salvador Palacios, que se halló al frente de 9,000 infantes y 600 caballos, mal armados y equipados, y con los que no podía hacer mucho por la mutua enemistad que reinaba entre los jefes.

Grandes esfuerzos se hacían para que en Andalucía se ayudara más eficazmente á los carlistas; se formaron proyectos, se escribieron listas de adeptos con los que más especialmente se contaba para recaudar dinero; en Sevilla se habían inscrito antes de julio más de 40,000 duros, de cuya recaudación se encargaron los señores Maestre, Saldariaga y Verdejo; se ordenó la formación de comisiones de socorro y para enviar al ejército del Norte los oficiales y clases que lo desearan; y si bajo este concepto no aumentaron muchos andaluces las filas de sus correligionarios, ya que no

con sus personas, contribuyeron con sus donativos, siendo considerables los que hizo Andalucía.

Mergeliza, Merendón y algunos otros se esmeraban para aclimatar la guerra en la Mancha, tratando de imponerse con bandos como el del 28 de agosto, amenazando con el asalto y el incendio á la población que resistiese, con la pena de muerte al que diese parte de sus movimientos y al que llevara aquél, y 6,000 reales al padre que impidiese la incorporación de sus hijos, si lo deseaban, en las filas de don Carlos. Había dado otro bando Mergeliza para impedir la entrega de los mozos de la reserva; pero ni estas ni otras parecidas providencias, y aun algunas pequeñas ventajas obtenidas por éstos ú otros de los partidarios que recorrían las provincias de Toledo y Ciudad Real, les permitieron medrar como deseaban, aun cuando ayudaron á distraer la atención del gobierno y las tropas los republicanos federales de algunos pueblos.

Nombrado Sabariegos comandante general de la Mancha, Toledo y Extremadura, organizó algo aquellas fuerzas, recorrió todo su territorio, penetró en Urda y otros pueblos importantes y estuvo á punto de hacerlo en Almagro y Trujillo, y en un pequeño combate con una columna de guardia civil, le alcanzó una bala cuando acababa de mandar retirar la guerrilla con el fin de ver si le seguía la guardia civil, y se había apeado para reconocer la causa de la cojera de su caballo. Replegáronse los carlistas que estaban empeñados en la acción para atender á su jefe, que falleció al llegar á Deleitosa.

En la provincia de Guadalajara se acusaban mutuamente los jefes carlistas hasta de falta de lealtad. Sólo obraba por su cuenta sin importársele mucho de los demás, Villalain, al que don Carlos separó del mando de las provincias de Guadalajara y Cuenca, quedando sus fuerzas incorporadas á las de Marco y á las órdenes de éste.

El alzamiento que se preparó en Castilla la Vieja, no llegó á realizarse por ser descubierto en parte, quedándose el cura Ayala, que seguía constante é infatigable, sin el apoyo que esperaba. No le impidió esto reunir algunos centenares de carlistas en la provincia de Burgos. En la de Logroño se reclutaban mozos, que Saltaviñas conducía á Orduña para armarlos é instruirlos. Hierro y los que se mostraban activos en las provincias de Palencia y León, no obtuvieron grandes resultados. Quiso don Fernando Fernández de Velasco efectuar un movimiento en Santander, en combinación con otras fuerzas, mas sólo consiguió, bien ayudado, levantar partidas en Reinosa, valle de Camargo y otros pueblos, marchando á Valmaseda á reunirse con las de los valles de Trasmiera. Las que se levantaron en el de Liébana, quedaron en aquellas excelentes posiciones para mantener la comunicación de Vizcaya con Asturias.

Así merodeaban los carlistas desde las Encartaciones hasta el río Pas; Crespo y Solana dominaban el partido judicial de Reinosa, excepto su capital; tenían aduanas para los carros en Soncillo y en Pozazal, recaudando en la primera 6,000 duros en pocos días; imponía Navarrete á la empresa del ferrocarril la contribución de 1,000 duros diarios, pagaderos por quincenas adelantadas á la junta á guerra residente en Valmaseda, quedando prohibido el transporte de tropas y efectos de guerra; entre Ca-



buérniga y Potes merodeaban Lázaro y Movellán; todo contribuía á aumentar la deplorable situación de aquella hermosa parte de Castilla, de aquella grande extensión de terreno que recorrían los carlistas; y si esto parecía extraño, éralo más que se presentaran ante Villarcayo, en número de más de 1,000 hombres. Rosas y algún otro partidario procuraban trabajosamente organizar la guerra en Asturias; y si en Galicia obtuvieron los carlistas algunos pequeños triunfos, terminaron cuando hubo autoridades celosas, activas é inteligentes, que se interesaron eficazmente por la paz de su distrito.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO

EL PODER EJECUTIVO Y LA RESTAURACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Administración.—El 3 de enero de 1874.—La Guardia.—Portugalete.—San Pedro de Abanto.—Combates del 25, 26 y 27.—Sitio y defensa de Bilbao.—Las Muñecaz.—Galdames.

El crecimiento que habían tenido los carlistas exigía organizar su administración. Nombráronse juntas de armamento y defensa, de suministros y otras, ayudando todas á las diputaciones, que eran un verdadero poder, formando sus disposiciones un cuerpo completo de gobernación, de hacienda, de todos los ramos de la administración pública, sin excluir el de guerra. Aunque cada provincia tenía sus juntas, conferenciaban á veces reunidas las vascongadas y navarras, para tratar de asuntos que á todas afectaban, como para ciertos pagos y arbitrios y para el arreglo de correos y telégrafos. En Vizcaya llegó á reunirse la junta de las merindades, que suscitó la cuestión de si había de tener carácter deliberante ó ser junta auxiliar especial permanente de guerra, y siendo delicado y comprometido para la diputación aceptar en principio de derecho foral la idea de junta de merindades, no reunida en todo el presente siglo, á pesar de las grandes vicisitudes y guerras por que había pasado el señorío, sino la congregación del país en Guernica; observando que las de merindades que antiguamente se celebraban habían caído en desuso, que se carecía de antecedentes históricos para consultar é ilustrarse acerca de tan importantísimo punto, y no queriendo cometer un acto contrario á la nueva jurisprudencia que regía, dejaba íntegra esta cuestión á los concurrentes, eludiendo toda responsabilidad y aceptando lo que determinasen, y se declaró constituída la junta permanente de merindades, que no proporcionó al país más que la imposición de algunos millones de reales para el sostén de tan destructora guerra, é impuestos sobre la riqueza territorial, no sobre la industrial y comercial por faltar los datos estadísticos. No podía evidenciarse de mejor manera el desorden administrativo de que era víctima la provincia de Vizcaya; así como la insistencia del partido carlista en que los antiguos fueros, «con todos sus defectos y anomalías, fuesen restituídos á Vizcaya en toda su integridad, á pesar de haber reconocido en diferentes épocas sus hombres más importantes la imposibilidad de poner en práctica muchas de sus leyes en desuso desde lejanos tiempos (1).»

De grande auxilio eran estas juntas y diputaciones para la causa por cuyo triunfo trabajaban; pero tenían el inconveniente de mantener vivo

(1) D. J. A. Delmás.

el espíritu de provincialismo, tendiendo cada corporación á hacer de su provincia un pequeño estado independiente, que influía de una manera deplorable en orden militar, pues cada provincia quería tener su ejército para su territorio: desagradaba que de él saliera y viniese al suyo el de la provincia vecina, y esto lo exigían con frecuencia las operaciones combinadas.

No reinaba á veces tampoco la mejor armonía entre las juntas y los jefes militares, y hasta por cuestiones tan baladís como la del tratamiento, mediaron agrias contestaciones entre Dorronsoro y Lizárraga, y en las que éste mostró tener en más la causa carlista y la buena amistad que debía reinar entre todos que etiquetas pueriles. Lo mismo sucedió respecto á disponer ó no de la escolta de la diputación, y sobre la propiedad de unos cañones.

Contribuyeron mucho estas diputaciones y juntas á exacerbar las pasiones, pretendiendo sus individuos ser más carlistas cuanto más exageradas y feroces eran sus determinaciones contra los liberales, estuviesen ó no en armas, y si no podían mostrar su inquina contra las personas de los que estaban ausentes, la mostraban en sus propiedades.

Las diputaciones liberales de las provincias Vascongadas y Navarra luchaban con mayores inconvenientes que las carlistas, porque éstas representaban el espíritu general del país y se imponían con menos consideraciones que las liberales. Necesitaban éstas hacer esfuerzos, sacrificios inmensos para sostener el espíritu liberal, combatir á los enemigos y satisfacer los deseos de los jefes del ejército, que demandaban los recursos que del gobierno debían recibir y no llegaban puntualmente.

Todo se resentía del estado de la guerra, de la perturbación que reinaba en todo; así que desde el 11 de febrero en que se inauguró el tercer período de la revolución, sucediéronse en diez meses seis ministros de Hacienda, bastando esto para completar su desorden, pues por grandes cualidades que reuniesen y abundando en los mejores deseos y en el más acendrado patriotismo, nada podían realizar ante la continua agitación que reinaba, y agobiados por todo género de contrariedades.

La situación del tesoro público en 28 de febrero de 1873 presentaba un déficit de 428.593,326'83 pesetas, habiendo descendido en 15 de abril á 412.111,324. Para atenderle, se contaba con la negociación de billetes hipotecarios en cantidad de 150 millones de pesetas, y la de pagarés de los compradores de las minas de Riotinto, que ascendía á 87 $^1/_2$ millones de pesetas; todo lo cual era insuficiente, y los gastos seguían aumentando. Esto en un presupuesto de gastos de 591.950,971 pesetas y 40 céntimos.

El desnivel del presupuesto llegó á hacerse superior á la riqueza tributaria del país. Se exponía con triste verdad la angustiosa situación del tesoro; se llevó á casi todos los ramos el espíritu de economía hasta donde se creía posible; se desterraron inveterados abusos; se simplificaron en algo varios servicios públicos que aun observan vergonzosas rutinas basadas en una suspicaz ignorancia; y más hubieran hecho aquellos ministros que se sucedían como cuadros disolventes, á contar con más tiempo y más libertad de acción.

El señor Tutáu ideó imponer la circulación forzosa de los billetes del

Banco; el señor Carvajal obtuvo de las Cortes el empréstito forzoso de 175 millones de pesetas, reintegrable en 10 años; y justo es consignar, rindiendo el debido homenaje á la verdad, que antes y después de la guerra civil, la cantonal y la de Cuba, los ministros que se han sucedido, de muy opuestos bandos, todos, sin vacilar, han cumplido con su deber, cargando con las mayores responsabilidades y soportando las inmensas amarguras que la gestión de la Hacienda trae necesariamente. No podía atenderse al pago de las obligaciones más apremiantes y allegar los recursos necesarios para satisfacer los intereses de la deuda vencidos en 1.° de julio, que excedían de mil millones, sin completar los de los dos semestres anteriores, quedando ilusoria, precisamente en el segundo semestre, la oferta que se hizo á los acreedores de estar asegurado por cinco años el pago de las dos terceras partes que debían percibirse en metálico.

Imposible la continuación de aquel estado de cosas, tuvo Castelar el valor de combatirse á sí mismo, y considerando que no podía haber patria sin orden, sin ejército y sin administración, á conseguir todo esto dedicóse afanoso sin mirar las ideas políticas de los que habían de defender la patria, organizar el ejército y ordenar la administración. Restableció el cuerpo de artillería, encomendando su dirección al general Zavala, volviendo á su puesto casi todos los oficiales, pues algunos sirvieron con los carlistas; la disciplina era ya una verdad, la subordinación su consecuencia; renació la confianza, y fué fundada la esperanza que se tenía en el mejoramiento de la cosa pública.

De todo se necesitaba para hacer frente á tantos peligros y males como asediaban al gobierno y cansaban á la nación, para reunir los muchos elementos que eran ya necesarios para acabar la guerra civil, que tan grandes proporciones había adquirido; y eso que don Carlos desperdició las ocasiones que los federales le proporcionaban, y careció de jefes capaces para hacer frente á los peligros que se aproximaban y habrían de abrumarle en breve, ni estaba rodeado de los consejeros que su situación necesitaba. Contaba don Carlos con grandes y valientes masas: pero no con jefes; porque don Joaquín Elío pertenecía ya á la historia: al carácter indolente que siempre le ha distinguido, se unía lo avanzado de su edad, y aunque esto podría no ser obstáculo tratándose de una guerra extranjera, es una dificultad insuperable, es un imposible en una lucha civil en la que es imprescindible esa movilidad constante, esa actividad febril que exigen las operaciones frecuentemente improvisadas, y efectuar movimientos por montes y veredas, donde ni á caballo puede transitarse en algunos puntos. El caballeroso marqués de Valdespina, aunque sordo, sería un excelente ministro de Estado, pues aunque estudiara la ciencia militar en su palacio de Astigarraga, no era el llamado á distinguirse practicándola. Don Cástor Andéchaga valía mucho, pero era un anciano que apenas supo salir de las Encartaciones en la pasada guerra: Lizárraga, quizá el carlista de más fe y el más fervoroso cristiano, supo batirse pero no mandar, y se le atrevió el mismo cura Santa Cruz: Dorregaray fué excelente organizador, y posee buenas cualidades militares, pero le faltó arranque para vencer las contrariedades que le suscitaban; lo mismo le sucedió á Mendiri, dotado de grandes conocimientos militares, de acrisolada honradez y de

gran dignidad, y Ollo y Radica infundieron con justicia grandes esperanzas, pero les arrebató pronto la muerte. Otros se hubieran distinguido sin las causas que lo impidieron, y ya veremos. Todos eran valientes, pero no bastaba esto. ¿Qué concepciones que revelen genio ni aun atrevimiento se han visto en el año de guerra que hemos narrado? ¿Cuánto más no ha hecho Santés en el Oriente de España que tantos jefes en el Norte? La toma de Estella fué empresa de un batallón, y allí la guerra ha estado limitada siempre á la defensiva, gastando fuerzas en un sitio como el de Tolosa, que no tenía importancia militar ni política en el estado en que se puso la guerra, y dejaron llegar á Moriones á esa misma población, habiendo pasado de noche por puertos, barrancos, desfiladeros y cañadas, sin que le molestara ni un aduanero.

Adolecían también los carlistas de esa honda división, achaque de todos los partidos en España, no contenida ni aun por la desgracia. Hubo, pues, en esta guerra civil, la misma lucha que en la anterior, agravada con la que existía entre los viejos y los nuevos carlistas; y esto sin tener en cuenta lo sucedido con Santa Cruz y con Cabrera. Atormentábanles los mismos elementos disolventes que causaron su anterior desastre. Toleraron, pero no perdonaron á los que convinieron en Amorevieta, y transigían más que con éstos con los convenidos en Vergara, aun cuando tampoco los querían; faltos los viejos carlistas de un jefe de mediano valer, aceptaron á Elío, enemigo siempre de los apostólicos y procesado por ellos: dándose el contrasentido de que le combatieran los nuevos carlistas: de todos modos, no era Elío seguramente el llamado á dirigir á aquéllos: por carácter y por costumbre, no era hombre avezado á las luchas políticas, y fué fácilmente vencido, reemplazándole Dorregaray. Los nuevos elementos del carlismo triunfaron en sus filas; pero como eran justamente los que menos popularidad tenían, el disgusto fué creciente y tomó grandes proporciones.

En Cataluña no pudo reducir don Alfonso á aquellos partidarios catalanes, tan altivos como independientes, y menos pudieron hacerlo Savalls y Tristany, que ni entre sí armonizaban. En Aragón, Villalain tuvo que ser preso por Marco, y fué origen de serios disgustos y graves desavenencias, siéndolo también el mutuo proceder de todos aquellos partidarios. Preso Mir, y en desavenencia casi todos los caudillos de la provincia de Valencia, no consiguió Palacios, como se propuso, armonizar voluntades.

Entre los liberales, no era obstáculo el común enemigo y el mayor peligro para dar rienda suelta á las pasiones, y como si no bastara la sangre que se derramaba contra el carlismo, peleaban también los mismos liberales unos contra otros; se asesinaba á generales que habían derramado su sangre defendiendo la libertad, y se insubordinaba y disolvía el ejército al frente del enemigo. Éste utilizó las disidencias y discordias de los liberales; pero no sacó de ellas el provecho que pudo sacar, ni aun de las torpezas que cometió el gobierno. Así como éste, al principio de la lucha de los siete años, tuvo en sus casas á las milicias provinciales, cuyos batallones fué llamando paulatinamente, y á medida que la necesidad era imperiosa, en la guerra que nos ocupa se probó sustituir la quinta con los voluntarios francos por no llamar las reservas, y hubo al fin

que llamarlas, y aun admitir la sustitución, debiendo haberse empezado por lo que después se hizo.

No sólo carecían los carlistas de jefes del prestigio y valer de los de la primera guerra civil, sino que ni aun tuvieron expedicionarios de la audacia de aquéllos, y menos de la de Gómez. No eran tan fáciles, seguramente, estas algaradas con el nuevo armamento, que no se alimentaba como el antiguo con dos baleros por compañía, que hacían en una noche cuantos cartuchos podían consumirse en el día en el más empeñado combate; pero como el mayor mérito de los expedicionarios era eludir encuentros, no había jefes capaces de tales expediciones. La primera se encomendó á Gamundi, y apenas pasó de Sangüesa, cercano al punto de partida; la que posteriormente salió de Vizcaya contra Santander fracasó por la lluvia; únicamente Santés ejecutó esas atrevidas algaradas, recorriendo dos veces una llanura de 50 leguas. A falta de audaces expedicionarios, había un Rosa Samaniego, que arrojaba á sus víctimas á la insondable sima de Igusquiza.

Esto no obstante, en un año, había adquirido la guerra civil colosales proporciones. Los partidos liberales han hecho pronunciamientos, han derribado gobiernos, regencias y dos dinastías; sólo el partido carlista ha producido tres guerras civiles.

Bien conocían los carlistas la importancia de extender su dominación por todo el Norte de España, ocupando el terreno desde el cabo de Ortegal al de Creus; pero ellos mismos confesaron que «tanto por Santander como por la parte de Aragón que linda por Navarra y se extiende hasta Cataluña, las ideas revolucionarias estaban muy extendidas en los habitantes de esas comarcas.» Estériles los esfuerzos que hicieron para encadenar las fuerzas carlistas de Cataluña con las de las provincias vascas, Castilla y Galicia, tuvieron que renunciar á ello, y siguieron allegando elementos, montando talleres, fábricas y maestranzas; se trabajaba con afán en Vera, Bacaicoa, Plasencia, Eibar, Elgoibar, Azpeitia y Arteaga, en cuya ferrería se construyó un horno para fundir cañones, se creó la administración militar, creció el cuerpo de ingenieros, se formó una sección de telegrafistas de campaña, que avisaba por medio de banderas los movimientos de los liberales, y se instituyó un colegio de cadetes.

En Madrid se verificaban en tanto sucesos extraordinarios aunque no imprevistos. Poco satisfecho el capitán general de Castilla la Nueva don Manuel Pavía, de la situación del país al terminar el año de 1873, la expuso á Castelar, y el triste porvenir si ocupase el poder un gobierno federal cantonal. Asintiendo el presidente de la República, propúsole Pavía prorrogara la suspensión de las sesiones de Cortes, á lo que se opuso declarando no perdería un átomo de legalidad; que se presentaría á las Cortes el 2 de enero, y si era derrotado, se retiraría á su casa á llorar los males de la patria. Grandes eran éstos por la conspiración latente de todos los partidos y una gran parte del ejército, sin mutuo acuerdo y llevando cada uno su bandera; las Cortes iban á lanzar del poder á Castelar; se temía la formación de un ministerio que no fuera obedecido por el país y el ejército, y no pudiera imponerse á sus mismos correligionarios, y entendiendo Pavía que aquella Cámara era impotente para gobernar,

se decidió á un hecho que consideró como salvador de la patria, á «cometer, son sus palabras, el acto de herejía política en España, de entregar el poder y su bandera á los representantes de todos los partidos políticos, exceptuando los que se hallaban en armas, que eran los carlistas y federales, para inutilizar con el patriotismo, el desinterés, la razón y la justicia á todos los ambiciosos que quisieran oponerse á su bandera.» No quiso ser dictador, como pudo haberlo sido seguramente, y más de una vez le hemos oído decir que prefirió suicidarse políticamente para las personas insensatas, y no quería salvar al país para arrojarlo en brazos de la anarquía.

De acuerdo con los representantes de los partidos, preparó el golpe de Estado del 3 de enero de 1874, sin auxilio alguno de ellos, ordenándoles únicamente estuvieran en casas contiguas al Congreso el día que lo disolviera, para llamarlos y entregarles el poder que recogería de la Asamblea.

Se examinaron las formas de gobierno que debían regir después del golpe de Estado: los mismos partidarios de la restauración de don Alfonso reconocieron no estaban aún en actitud de plantear esta solución, ni convenidos con muchos de los monárquicos revolucionarios de setiembre que habían de hacerse alfonsinos: no existiendo una personalidad superior que hubiera podido ejercer la dictadura, no era posible una interinidad, vistos los escasos resultados que la anterior había dado, y sólo la república unitaria era la que por derecho propio podía ser aclamada.

Castelar se condolió amargamente con el general Pavía, de que al día siguiente le derrotasen en la Asamblea; Pavía le manifestó que si era derrotado y sustituído por un gobierno federal estallaría la anarquía si no se encauzaban las distintas y múltiples aspiraciones que existían; trazó un cuadro triste de lo que podría suceder, y se separaron estos dos personajes, resuelto uno á retirarse á su casa á llorar los males de la patria, y el otro á efectuar su golpe de Estado, que estuvo expuesto á inutilizarse aquella noche por un pequeño incidente, por el que llegó á creer Pavía que de él se desconfiaba.

La lucha legal estaba en la Cámara, cuyo presidente llevaba la bandera de oposición; y no se puede confundir, sin grande injusticia, con los elementos exagerados de la izquierda y el cantonalismo, al que con mano vigorosa había acorralado en Cartagena la insurrección cantonal, al que fué el primero en apelar á la lealtad de generales hasta enemigos de la república, para que le ayudasen á pacificar el país, y al que por no faltar á su consecuencia política dejó el poder cuando la soberanía nacional le exigía aquel sacrificio: la aplicación de la pena de muerte por él abolida. La desgracia de aquella situación fué el antagonismo de personas y aun de tendencias. Tratóse, pues, en una reunión de diputados, de las disidencias que se suponían entre el presidente de la Cámara y el del Consejo de ministros; éste mostró á la comisión que se le acercó, las particulares quejas que abrigaba de Salmerón y éste las políticas que declaró en su discurso en la Asamblea. Aunque los motivos que separaban á ambos personajes hacían esperar una completa y fácil inteligencia, promovióse entre los individuos de la mayoría de las Cortes una animada discusión, que reveló se iba ahondando el terreno para acumular dificultades. Se

aprobó la fórmula sobre el voto de gracias al mensaje, limitando el voto al presidente del Consejo, y esto satisfizo grandemente á los amigos de Castelar.

Comenzada la sesión de las Constituyentes, reseñó el gobierno el estado del país, manifestando con varonil entereza que la guerra civil se había agravado de una manera terrible; que las provincias Vascongadas y Navarra se hallaban poseídas casi por los carlistas; el Maestrazgo de facciones henchido, y los campos de Aragón y Cataluña talados é incendiados; que por todas partes se veían brotar partidas, mezcla informe de bandoleros y de facciosos, que las consecuencias de los errores de todos se habían tocado á su debido tiempo, y proponía una conducta de conciliación y de paz para conservar la república en España. No la proposición que se había aprobado por la mayoría, sino otra, comenzó á discutirse, considerándose esto como la ruptura definitiva. Al reanudarse la sesión á las once de la noche, continuó templada la lucha y parecía conjurada la crisis, cuando el señor Canalejas pronunció una terrible invectiva contra Salmerón, quien explicó su disentimiento con Castelar, en que éste no hacía la política conservadora dentro de los principios republicanos, como era absolutamente necesaria, sin que la organización de los poderes y la legalidad por la república creada dejaran de ser tales y tan flexibles, que todos los partidos políticos de España, aun los más hostiles á esta forma de gobierno, tuvieran su legítima representación y valiéranse del organismo republicano para servir á sus peculiares aspiraciones; que así dejaría de ser la obra de un partido para convertirse en obra nacional: quería que el ejército fuese de la nación, estando á las órdenes de los generales, no á su servicio, para improvisar á la sombra de aquéllos grandes carreras; demostró su consecuencia política; expuso su programa, y concluyó manifestando que todavía estaba dispuesto á apoyar al presidente del poder ejecutivo si se decidiera á hacer una política que no contradijera los principios y convicciones profesadas por el señor Salmerón toda su vida.

Defendióse el señor Castelar probando su republicanismo; que quiso la alianza con los progresistas, y se castigara enérgicamente á la demagogia; que más que los republicanos trajeron la república los radicales; que al romper con ellos el 24 de febrero, se arrastró la república al abismo, en cuyo fondo se estaba; trazó á grandes rasgos la historia de sucesos recientes; se declaró partidario de la república posible, de que se fundara el partido republicano conservador, atrayendo á los que antes no eran republicanos; dijo que la federal había que aplazarla por diez años; que el proyecto de la Constitución le quemaron los federales en Cartagena; que el partido republicano tenía que transformarse en dos grandes partidos, progresivo el uno y conservador el otro, y concluyó pidiendo le sustituyeran pronto, porque le apenaba el poder y le halagaba el retiro, donde tendría la seguridad de haber dado la paz y el orden posible.

La conciliación era ya imposible. A las cinco de la mañana se procedió á la votación, y derrotado el ministerio, presentó la dimisión, que fué admitida. Castelar pidió que sin levantarse la sesión se le sustituyera. No pudiendo ni prestándose á ello Salmerón, se decidió la mayoría por don

Eduardo Palanca: Pi ofreció apoyar sin condiciones cualquier ministerio que de la derecha se formase; la izquierda se mostró dispuesta á una tregua absoluta de tres meses al ministerio que se constituyese: el peligro de la situación inspiró prudencia aun á los más exagerados; las personas que se designaban para completar el gobierno eran recomendables; los más pertenecían á la derecha de la Asamblea; algunos habían sido ya ministros, y los que militaban en el partido radical llevarían, como se deseaba, la cooperación de sus correligionarios para facilitarles el acceso á la Cámara, á lo que hacía tiempo se aspiraba, y de aquí el interés que había habido antes para que se declararan los cuarenta y pico de distritos vacantes, para que otros tantos radicales pudieran acudir á contrabalancear las opuestas tendencias de las fracciones de la Cámara.

Mientras esto se disponía, envió Pavía un ayudante á sacar las tropas, y á la carrera ocuparon los puntos que tenían designados. Al saberlo el ministro de la Guerra, mandó que se retiraran las tropas á los cuarteles inmediatamente, de cuya orden prescindió Pavía, que avanzaba por la plaza de las Cortes, á cuyo presidente envió la intimación de que en un término perentorio se desalojase el palacio. Verificábase en aquel momento el escrutinio de los votos para el nombramiento de presidente del poder ejecutivo, y como Castelar era aún gobierno, adoptó algunas medidas para proveer á la defensa de la Cámara, que debía seguir en sesión permanente. Se mandó extender el decreto destituyendo al general Pavía, se acordó por unanimidad un voto de confianza al gobierno presidido por Castelar, y pocos momentos después penetró en el salón fuerza armada, se oyeron tiros, el presidente rogó á todos ocupasen los escaños hasta que fueran arrojados de ellos por las tropas; pero se comprendió la inutilidad de toda resistencia, se produjo algún desorden y no quedó en el salón más que la tropa. El acto no pudo ser más breve ni más rebelde.

Llamó Pavía al Congreso á los representantes de los partidos y á los capitanes generales de ejército residentes en Madrid y les entregó el poder tal como le había recogido de la Asamblea. Las eminencias reunidas no lograron armonizar para formar un gobierno nacional, y con dificultad se constituyó un ministerio de constitucionales y radicales, bajo el nombre de Poder ejecutivo de la república. Los alfonsinos pretendieron se borrara esta palabra para tomar parte en el gobierno, y Castelar no quiso asistir al Congreso ni permitir que sus amigos le representasen en el gabinete.

Cuando vió Pavía el fracaso del gobierno nacional y las dificultades que á cada paso se presentaban para el ministerio de conciliación, hizo grandes esfuerzos para que este gabinete se constituyera, y se aprestó al segundo golpe de Estado, haciéndolo saber á algunas personas. Era su pensamiento que las tropas volvieran á ocupar los puntos que ocuparon en la madrugada del 3 de enero, erigirse en dictador, formar un ministerio puramente militar, siéndolo también las autoridades, y proclamar la ordenanza como código. Todo menos un ministerio homogéneo.

Ya que vió defraudados sus deseos de un gobierno nacional, concibió la esperanza de que al darse por radicales y constitucionales la jefatura al duque de la Torre, se ejercería la enérgica y justificada dictadura que el país necesitaba y anhelaba.

El nuevo gobierno, bajo la presidencia del duque de la Torre, le compusieron los señores Zavala, Sagasta, Topete, García Ruiz y Balaguer, que se encargaron de las carteras de Guerra, Estado, Marina, Gobernación y Ultramar, y convencidos los radicales de la conveniencia y necesidad de que ayudaran á la gobernación del Estado, aceptó el señor Martos la cartera de Gracia y Justicia, el señor Echegaray la de Hacienda y el señor Mosquera la de Fomento.

Su primer acto fué suspender las garantías constitucionales y declarar vigente la ley de orden público de 23 de abril de 1870. Era una necesidad que evidenció la actitud de los federales en Valladolid y algún otro punto. Dió á poco un manifiesto á la nación explicando las causas que motivaron el hecho del 3 de enero, la conducta que al presente se proponía el gobierno y la que se prometía cuando el país estuviera pacificado, que era para cuando ofrecía convocar Cortes extraordinarias, disolviendo por decreto del mismo día 8 las Constituyentes.

La pasión, que es siempre mala consejera, lo fué de muchos en la notable noche que precedió al golpe de Estado del 3. En la precipitación con que todo se sucedía, no había allí quien moderase impaciencias, refrescase acaloramientos y contuviese imprudentes resoluciones. El vértigo se apoderó de todos, se obró al acaso, y se facilitó la ejecución de uno de esos actos que los inspira la desesperación y los justifica la salvación de la patria.

La guerra civil entraba á la sazón en un nuevo período. Enfrente del ejército del Norte, reunido entre Castro y Santoña, se presentaron los carlistas, formando en los primeros días de enero desde Zornoza á la vista de Somorrostro cerca de 20 batallones, estableciendo don Carlos su cuartel general en Valmaseda.

Las fuerzas carlistas eran superiores á las liberales, y aumentaban su poder las buenas posiciones que ocupaban y en las que empezaron á hacer parapetos. Contempláronse unos y otros combatientes; á mediados de enero marchó Moriones á Medina de Pomar, intentando sus enemigos molestar el flanco izquierdo del ejército liberal, y éste siguió á Miranda de Ebro sin el menor contratiempo. Reconcentrado aquí el ejército se aseguró el camino de Miranda á Vitoria, interceptado hasta entonces por los carlistas, y se decidió la conquista de La Guardia, para donde marchó el 30 por la carretera de Avalos y Samaniego: rompióse el fuego por la artillería establecida en Páganos, no muy eficaz por la distancia á que se hacía, se fueron adelantando las baterías hasta unos 200 metros, al siguiente día se consiguió abrir la brecha en el muro del frente de ataque, molestando también á la plaza los certeros fuegos de la artillería; por la noche avanzaron fuerzas de infantería hasta lo más cerca posible, para tener al enemigo en constante alarma, é impedir con sus fuegos los trabajos de reparación en los desperfectos causados, comprendiéndolo así los carlistas que incendiaron el combustible que habían colocado en la brecha, temerosos de un asalto; preparado éste para el 1.° de febrero, compuesta la columna asaltante de voluntarios de todos los batallones del ejército sitiador, en jefes, oficiales y soldados, en número de 500 hombres, entusiasmados todos por la operación, aunque más que al asalto iban destina-

dos al sacrificio, guiados por el brigadier Tello, y á la señal convenida, marcharon en dos columnas con un orden y valor sereno, propios del soldado español en los casos supremos, sin que les arredraran en lo más mínimo las bajas que les hacían, tanto mayores cuanto más se iban aproximando á las brechas. Llegó la columna de la derecha á unos 150 metros de los muros, y la de la izquierda á menos distancia, observando entonces sus jefes que las brechas no estaban aún practicables. Interesaba, sin embargo, conquistar pronto la plaza, porque se reunían cerca fuerzas carlistas, si bien éstas no se creyeron potentes para obligar á levantar el sitio: se insistió en efectuar el asalto lo más pronto posible, y ya de noche, después de dos horas de suspendido el fuego, pidieron de la plaza capitulación. Convenida, tomaron posesión de ella y del castillo las tropas liberales, quedando en libertad los carlistas después de entregar las armas. A la vez que calificaron unos de excesiva benignidad el permitir á los defensores de La Guardia restituirse á sus casas, tratándose de un enemigo que había cometido punibles excesos, otros opinaron que debía tenerse en cuenta que la plaza, medianamente defendida, hubiera costado bajas de mucha consideración. Las fuerzas sitiadoras tenían por su flanco izquierdo las alavesas, y por el derecho y frente las navarras; así que, cuando se rindió La Guardia, acudía Mendiri en su socorro.

Los carlistas tuvieron una 60 bajas entre muertos y heridos, incluso algunos jefes, y los liberales más de 100.

La pérdida de aquella plaza afectó á los defensores de don Carlos y produjo capítulos de culpas, que no todos merecían.

Desde julio anterior sufría la villa de Portugalete molesto asedio de los carlistas, redoblando cada día su empeño de apoderarse de tan importante punto, cuya defensa estaba á cargo del teniente coronel don Amós Quijada, que mandaba 700 hombres de cazadores de Segorbe y una compañía de ingenieros de unas 80 plazas. Aunque fortificada la villa para fusilería, la dominaban las alturas de San Roque y Campanzar, que debieron haberse fortificado en agosto anterior; al fin el 30 de diciembre se empezó á colocar un blokaus, pusieron los carlistas la 5.ª batería en el alto de Campanzar, y algunas baterías á 300 metros de distancia.

Para abreviar la conquista de Portugalete se encargó Dorregaray de la dirección del sitio, escribió á Quijada que no esperase auxilio de Moriones ni de Bilbao, que era inútil la resistencia y la efusión de sangre, y pública la conducta que Dorregaray había observado con los fuertes que se le habían entregado sin resistencia, el tratamiento recibido por sus guarniciones, y le entregara la plaza con el armamento y pertrechos de guerra, quedando en libertad la guarnición, y él dispuesto á escuchar las proposiciones que se le hicieran. Al contestársele la invariable resolución de defender la plaza hasta el último extremo, rompieron el fuego todas las baterías, arreció el ataque, construyéronse nuevas baterías y parapetos que causaron grandes desperfectos en las obras de defensa, que se reparaban en lo posible por la noche; la goleta *Buenaventura* y el vapor *Gaditano* que contribuían á defender Portugalete, tuvieron que cortar las amarras y hacerse á la mar, contemplando ambos buques cómo ardía la manzana de magníficos edificios del muelle nuevo, incendiados con

petróleo por los carlistas, privando la marcha de los dos vapores á los defensores de Portugalete del gran concurso que los cañones de aquellos buques les proporcionaban, defendiendo el frente débil de las fortificaciones de la parte de la ría en una extensión de más de 300 metros.

Los vapores de guerra que se presentaron después en el abra, prestaron buenos servicios, pero fué corta su permanencia en ella, aumentó su marcha la angustiosa situación de los sitiados, que á los desperfectos que tenían en sus obras de defensa, se unió la explosión de una mina que partiendo de la capilla nueva construída en el muelle, cogía toda la manzana de casas, de que se posesionaron los carlistas, trabándose una lucha cuerpo á cuerpo con la avanzada liberal.

Dueños los sitiadores de aquel gran edificio, dominaban con sus fuegos toda una cortina de trincheras, por lo que resolvió Quijada incendiar aquella manzana de sólidas casas. Después de disparar sobre ellas algunos cañonazos, tres oficiales seguidos de un cabo y dos soldados, las incendiaron. Sobre las ruinas construyeron los carlistas nuevas baterías, cuyos fuegos causaron grandes destrozos.

Aproximándose cada vez más los sitiadores, se estrechaban las distancias, se multiplicaban las pérdidas, disminuían los medios de resistencia, la población se iba convirtiendo en ruinas, y el jefe militar reunió en junta á varios jefes y oficiales, expúsoles el estado de la plaza, pidióles consejo, y fué unánime la opinión de que la villa no podía resistir más á la poderosa artillería enemiga, no habiendo medios ni local donde curar los heridos, y que en breve se carecería hasta de aguas potables. Aun se esperó á la marea de la tarde por si se presentaban algunos buques de guerra que ayudasen á los defensores de la villa, y viendo ya á las cuatro que era imposible continuar la defensa, se enarboló bandera de parlamento, se suspendieron las hostilidades, presentóse Dorregaray á conferenciar con Quijada, al que concedió cuanto deseaba, excepto no ser considerados como prisioneros de guerra, no se conformó el jefe liberal con tal condición sin consultar antes á sus subordinados, los que convinieron en aceptar la ley del vencedor por ser imposible continuar la resistencia, y resuelta la capitulación, dijo el jefe á sus soldados en la orden del día 22, que su comportamiento no había obtenido por premio el triunfo que merecían, que se habían agotado todos los recursos en defensa del gobierno, haciendo diez días que envió á decir al general en jefe lo desesperado de su situación, porque él no podía socorrerlos, y estando casi por tierra los puntos fortificados, «la fonda sin fuegos superiores, el convento derribado, la iglesia atravesada por los proyectiles huecos y amenazando ruina, la avanzada del Cristo, depósito de las aguas que bebemos, próxima á ser abandonada, dos minas á punto de volarnos, municiones para un día de fuego y completamente cortados del resto de España. Vamos á entregar la plaza, quedando nosotros en depósito hasta que el gobierno dé la orden para que sean entregados los prisioneros carlistas que tiene en su poder. La mayor cordura y prudencia en las presentes circunstancias añadirá un timbre más á las honrosísimas condiciones con que capitulamos, y hará que siempre se diga de nosotros: fueron 800 bravos, que sucumbieron á 4,000 proyectiles de artillería.»

Salió toda la guarnición con sus armas, banderas y equipajes, y al desfilar por delante de un batallón carlista, éste presentó las armas y batió la marcha real. Entregada la bandera, armas y efectos, quedaron prisioneros de guerra 481 hombres. Los carlistas adquirieron dos cañones de montaña, 748 fusiles, municiones y abundantes efectos.

Nueve días antes que la capitulación de Portugalete, el 13, se efectuó la del destacamento de Luchana, compuesto de 4 oficiales y 117 individuos de tropa, que escoltados hasta Castro-Urdiales quedaron en libertad. La guarnición del Desierto, compuesta de 2 compañías, reducida al último extremo, capituló en la tarde del 23 con las mismas condiciones que la de Portugalete, quedando en poder de los carlistas un cañón y 282 fusiles. El destacamento de Olaveaga se replegó á Deusto y á poco á Bilbao, cuyo cerco se estrechaba cada día, aumentándose los medios de sitio con cañones y obuses que se fundían.

Encargado de la defensa de aquella villa el comandante general de Vizcaya, don Ignacio María del Castillo, al tomar posesión de su puesto encontró á los carlistas establecidos en Begoña y Deusto, de donde los desalojó; dió impulso á las obras de fortificación, procuró aminorar los efectos del bloqueo, y pidió inútilmente al gobierno refuerzos, municiones y víveres.

Los carlistas cerraron herméticamente la comunicación del campo con la plaza, é interrumpieron por completo la navegación fluvial que tanto importaba al comercio; salieron algunas fuerzas á volar con dinamita los cables atravesados en la ría, mas no consiguieron su objeto, y esto, á la vez que daba al enemigo fuerza moral, apenó al vecindario bilbaíno que vió defraudadas sus esperanzas. Como no podían persuadirse que se abandonase la idea de intentar romper la barrera que les incomunicaba con el mundo, y que destruía todo su comercio y navegación, aun confiaron en la marina de guerra, mas ésta no pareció más por aquellas aguas. Reforzaron los carlistas los obstáculos que obstruían la navegación por la ría, se atrincheraron más fuertemente en las posiciones que ocupaban y Bilbao quedó incomunicado por agua y tierra. Era preciso prepararse á hacer frente al sitio, y á ello se dirigieron los esfuerzos de todos, que aceptaron con entusiasmo el noble y heroico sacrificio que la patria reclamaba.

La situación de Bilbao exigía pronto socorro, y á llevarle fué Moriones enviando por delante á Primo de Rivera desde Miranda de Ebro.

Apercibidos los carlistas del movimiento estratégico del enemigo, corrieron de Navarra á Vizcaya. Mendiri, que se hallaba en tierra de Estella, llegó el 11 de febrero á Maestu, pernoctó el 13 en Villaro, á las tres de la tarde del 15 estaba en el puerto de las Muñecaz, ocupó á Somorrostro, y fué grande su sorpresa al saber que Andéchaga, abandonando las posiciones que hasta entonces había sostenido, por el incalificable descuido de haberse dejado tomar aquella noche el cerro de Salta-Caballo, llave de las posiciones carlistas, marchaba con su gente en retirada hacia Bilbao, después de la pelea que hubo en la mañana y tarde de aquel día. Tomado por los liberales aquel punto, no se comprende el que no hubieran continuado á Portugalete y salvado á Bilbao. Quiso efectuar este avance la vanguardia, y consultó; mas la contestación fué negativa.

Trazó Mendiri la línea de defensa que se hizo tan memorable, principiándose en el acto la construcción de los parapetos que después de los combates de marzo se convirtieron en trincheras, y el ejército liberal se apoderó de las alturas que desde Ontón corren á la derecha hasta los montes de Triano; y teniendo así apoyada la izquierda en el mar, que era parte de la base de las operaciones, porque es por donde había de racionarse, podía alargar su derecha hasta donde la conveniencia lo exigiese. Se ocuparon el 16 todas las posiciones que hay hasta Somorrostro, costando, si no numerosas, sensibles bajas, en uno y otro campo, y como tuvieran ya reunidos los carlistas unos 28 batallones, se prepararon á defender las alturas de Abanto, de Yuso y de Santa Juliana, formando un semicírculo contra Somorrostro.

Moriones había llegado á Bóo, y emprendido la marcha para Colindres y Laredo, donde ya estaban el 13 sus avanzadas. Las que ya tenían por allí los carlistas, lejos de oponer resistencia, se entregaron algunas. Siguió adelante el ejército liberal á Santoña y Castro, reinó temporal en el Océano, y basada la operación que proyectaba Moriones en el concurso de la marina, y teniendo que proveer ésta á lo más necesario, no dejaba de ser un grave contratiempo la agitación del mar y el tiempo lluvioso.

Los carlistas seguían aumentando sus fuerzas y afirmándose más y más en la defensa de su línea.

Tiene la ría de Somorrostro á su derecha un pequeño valle tras el que se levantan formidables montes, que partiendo desde Galdames van por las minas de Ortuella á la carretera que conduce desde Bilbao á Santander para volver después á extenderse hasta el mar. Estas posiciones, en cuyo centro se levanta sobre una pequeña altura el pueblecillo de San Pedro Abanto, fueron las escogidas para su defensa, y constituían una línea apoyada en el Montaño, Lucero y el mar por su derecha, y por su izquierza la cadena de montañas que desde Cotarro y monte de Triano conducen á Valmaseda Defendía su espalda la interceptada ría de Bilbao y la de Somorrostro enfrente.

El punto culminante de aquella línea ó serie de posiciones era el monte Serantes, que se levanta desde el Montaño á la orilla del mar; dominaba todas las posiciones hasta Portugalete, que quedaba muy á la espalda de la línea carlista, ofreciendo por el frente que da á la ría de Somorrostro, única parte por donde podía ser atacado, muy difícil subida. En cambio, por su proximidad al mar, estaba expuesto á los fuegos de la escuadra, que tomaba por blanco de sus cañones las cumbres donde suponía hubiese carlistas.

Éstos, además de la defensa natural que el terreno ofrecía, fortificaron las posiciones con grandes y espesos parapetos de tierra y piedra, para amortiguar el terrible efecto de la artillería liberal, y mandóse, para no gastar municiones, que no se disparase hasta que el enemigo estuviera á corta distancia.

Moriones llegó á San Juan de Somorrostro el 19. Aquel pueblo fué su centro, la ría su frente, la mar su extrema izquierda y el monte de Corvera, que se levanta entre el río Somorrostro y las Muñecaz, su derecha.

Las posiciones de unos y otros combatientes eran formidables. Aunque

envalentonados los carlistas, *no podíamos pensar*, dijeron, en atacarlas de frente ni por la izquierda, y sólo por Corvera podían intentarlo. Hallaron, sin embargo, más cómodo permanecer á la defensiva, protegiendo el bombardeo de Bilbao, que empezó el día 21. Careciendo los carlistas de artillería en su línea, pues sólo tenían cuatro piezas de montaña, no podían tampoco atacar de frente sin exponerse á un gran desastre. Contempláronse ambos combatientes unos días, aprovechándolos unos y otros en construir parapetos y baterías, y decidido por Moriones el ataque y avance, tronó el cañón en la mañana del 24, el brigadier Blanco tomó el puente de Somorrostro, posesionándose de las casas de la derecha del río, haciendo retroceder á los carlistas, y Tello efectuó un reconocimiento por la altura de la derecha, sin empeñar combate.

El ataque de este día dió á los carlistas la clave del que se preparaba para el siguiente; si bien algunos no creían se insistiera en el de frente, que no podía ofrecer duda de lo desventajoso que había de ser para los liberales, pues aun cuando forzaran las fuertes y muy defendidas posiciones de San Pedro Abanto y Santa Juliana, pudiendo llegar á Nocedal, hubiera quedado el ejército quebrantado.

En Moriones produjo aquel combate nuevas dudas y pareceres; pero tenía hacía tiempo formada su resolución, insistió en ella, circuló aquella noche las advertencias que habían de tenerse presentes en el ataque que iba á emprenderse en la mañana siguiente, y ya entrado el día, empezó la artillería un violento fuego, mientras pasaba el ejército por el puente de Somorrostro y por el de barcas que, paralelo y sobre el mismo río, habíase colocado provisionalmente frente á Musques, adonde llegó Andía.

Ya en la opuesta orilla del río, encontróse el ejército por la izquierda con las formidables posiciones naturales del Montaño, llave de los pequeños valles que á su lado se extienden; por el centro, con reductos perfectamente construídos, y por la derecha con altísimas é inaccesibles montañas que se elevan al borde mismo de la carretera que conduce á Valmaseda. Apenas había pasado una compañía el puente de barcas, un diluvio de balas anunció que el enemigo, oculto en los parapetos y por ellos favorecido, esperaba el ataque, para el cual con mucha antelación se había prevenido de tal modo, que el terreno, de suyo quebradizo, estaba erizado de defensas formadas en anfiteatro. Treparon los arrojados liberales por las empinadas laderas del Montaño, mientras por el centro y la derecha sostenían el empuje de las huestes enemigas: creyeron éstas al principio que sería atacada su izquierda como la tarde anterior; mas pronto vieron la preferencia dada á su derecha, pues aunque más difícil de vencer, daba, una vez dominada, la posición más importante, coronando las alturas de Lucero y Serantes. Grandes esfuerzos hicieron las tropas liberales para coronar el Montaño, favoreciendo á los carlistas la disposición del terreno: se enseñorearon aquéllas de importantes puntos, que se cedían y se volvían á recuperar, pero no se podía cumplir el objeto del general en jefe, á pesar de los refuerzos que enviaba, y hubo que contener el ascenso y correrse á la derecha efectuando un movimiento envolvente. Empezado el avance, y al llegar á la altura de las primeras guerrillas, la retirada de la derecha se prolongó hasta la extrema izquierda, la cual, y el centro, con el briga-

dier Minguella, estaban á 50 metros de la cima de la montaña, sufriendo, no solamente el nutridísimo fuego del enemigo, sino hasta el choque de enormes piedras que arrojaba. En aquel momento colocó Andía en posición á los ingenieros mandados por San Gil, que apoyados por Lapuente contuvieron el movimiento de avance iniciado por los carlistas del reducto, y el general, con todo su E. M., oficiales á las órdenes y otros, se lanzaron á contener la retirada, y formando grupos, no sólo de los cuerpos de su división, sino de otros que estaban por su extrema derecha, se rehicieron las tropas y volvieron á tomar sus antiguas posiciones. Trepaban impetuosos, sin que el horrible fuego que por el frente y flanco se les hacía les detuviera, é iban avanzando y venciendo las dificultades del terreno, y subiendo á la cumbre de Mantres sobre los cadáveres que dejaban. Aquel atacar era heroico, titánico, temerario; nadie retrocedía, y mutuamente se animaban para ascender. Ya en la cumbre, hacían fuego á tan corta distancia, que se confundían unos con otros combatientes. Un pequeño esfuerzo, á ser posible, por parte de los liberales, ó un momento de vacilación por la de los carlistas, y la cumbre era de aquéllos; y una vez en Mantres, se barría á los carlistas, se les obligaba á levantar la línea y á retirarse precipitadamente. Insigne victoria estaba á punto de conseguir Moriones; pero envían refuerzos sus enemigos, se dan cargas á la bayoneta, y herido Minguella, y queriendo Andía dar otro avance, corrió á apoyar á Posada que se había corrido á la derecha de su primera posición, unióse á él, y entonces recibió orden del general en jefe para que Constitución y Tetuán bajasen al castillo de San Martín, haciéndolo algunas compañías, no pudiendo bajar el resto, porque empeñado en un vivísimo fuego con el enemigo, situado en el bosque del Montaño menor, y retirándose, ponía en grave riesgo toda la izquierda, que debilitada por el repliegue de dichas fuerzas, se vió Andía imposibilitado de continuar el movimiento de avance, limitándose á sostener aquellas posiciones, hasta que recibió también la orden de replegarse. En algunos puntos, los soldados que casi se hallaban ya en la cima del Montaño, tuvieron que descender de sus posiciones, cebándose en ellos los carlistas. Este momento es verdaderamente indescriptible por lo horroroso.

Primo de Rivera, Blanco y Tello, habían pasado el puente de Somorrostro, batiéndose hasta las Carreras, limitándose á conservar las posiciones conquistadas.

Entretanto, el fuego de la trinchera de San Pedro era horrible: las descargas cerradas se sucedían con una rapidez vertiginosa, produciendo bastantes bajas. Llegó la noche y con ella la evidencia del fracaso: las tropas ocupaban á San Martín y unas casas próximas á San Pedro, pero no estaban en buena posición, y fué peor cuando el jefe carlista Álvarez, poniéndose á la cabeza de una compañía, cargó á la bayoneta hasta las Carreras. Poco después, el coronel Dabán solicitaba atacar con su batallón de cazadores á San Pedro Abanto, cuyos defensores estaban sin cartuchos; pero el brigadier Tello, comprendiendo la responsabilidad en que incurría, no concedió el permiso, aun contrariando su propio deseo. Se retiraron por completo los liberales de aquel punto, y hasta recuperaron sus enemigos la torre de San Martín.

Envalentonados los carlistas, á pecho descubierto, amenazaron los puestos liberales, produciéndose un instante de confusión, en el que ocurrieron grandes desgracias. Se rehicieron instantáneamente los soldados, volvieron á ocupar las posiciones anteriores, y el apuro para los carlistas fué grande, porque en fuego su reserva, no les quedaba gente disponible: aun hicieron un supremo esfuerzo; se peleó de nuevo, se rechazó á los liberales, y la llegada de la noche y el toque de retirada puso fin á tan sangrienta lucha.

En otro ataque que en el de frente al Montaño, hubiera obtenido otro resultado la bizarría con que pelearon los liberales, contribuyendo también el terreno á que la artillería no pudiese jugar debidamente. Como se cubría una extensa línea de operaciones, y no se contaba para el ataque sino con unos 11,000 hombres, no se pudieron dejar á retaguardia tropas bastantes para que, llegando oportunamente de refresco, hubieran dado nuevo carácter á la batalla, impidiéndolo el desorden con que se retiraron algunas fuerzas.

Manteniendo los carlistas en inacción las fuerzas que tenían destinadas para cortar la línea de comunicación de los liberales, cometieron una gran falta. Si hubieran interceptado esta línea, que además de ser de comunicación lo era de retirada, hubieran privado al ejército de su base de Castro, dejándole sólo la del mar.

Lleno de amargura el general Moriones dijo al gobierno que no había podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto, y su línea quedado quebrantada: «Vengan refuerzos y otro general á encargarse del mando. Se han inutilizado, haciendo fuego, seis piezas de 10 centímetros. Conservo las posiciones de Somorrostro y comunicación con Castro.»

Las bajas de ambos combatientes excedieron de 2,000. En poder de los carlistas quedaron algunos centenares de fusiles y muchas municiones.

A pesar de lo que los carlistas celebraron la jornada del 25, permanecieron en sus posiciones sin tomar la ofensiva, adelantándose sólo á ocupar los puntos que se abandonaban; y esto, aun admitiendo su superioridad numérica, prueba la circunspección con que procedían, lo poco que se aventuraban, porque era propósito en ellos asegurar cada paso y cada golpe. Fueron los primeros que comprendieron la excelencia del nuevo armamento, la clase de guerra que se necesitaba hacer, la importancia de las montañas y alturas, la inmensa utilidad de sus parapetos, convertidos después en trincheras.

La escuadra había tomado también parte en el anterior hecho de armas, dirigiendo sus fuegos sobre Algorta, Portugalete y Santurce.

Al frente del ejército del Norte el duque de la Torre, puso á discusión el ataque á las trincheras de San Pedro Abanto; fué general la opinión de que era un ataque de frente, atendidas las obras que los carlistas habían hecho para atrincherar la posición; que era ya base de operaciones obligada la línea de Somorrostro, ú otra en la costa cantábrica; que con los 22,000 hombres de combate que había, no podía desprenderse de aquel ejército un cuerpo que operase independientemente del establecido en la línea de Somorrostro, y siendo muy extenso y muy fortificado el campo atrincherado enemigo, sería sangriento el ataque de frente, no contando

con más fuerza para envolver su ala izquierda, por lo que quedó convenido que una división desembarcaría en Algorta y Plencia, caería sobre Bilbao, y atacaría por retaguardia las posiciones enemigas, en tanto que el ejército lo hacía de frente. En su consecuencia, se mandó ir desde San Sebastián al general Loma, libre ya del cuidado de Tolosa que se había evacuado, ocupándola en seguida los carlistas, y se organizó una división de 8,000 hombres á sus órdenes, reuniéndose en Santoña para embarcarse Adoptóse esta combinación ante la dificultad de poder disponer de un cuerpo de 12,000 hombres para penetrar en Vizcaya por los altos de Urquiola y los valles de Arrantía y Orozco, á caer sobre los sitiadores de Bilbao y retaguardia de la línea carlista.

Preocupándole más á Dorregaray el ataque por su izquierda que el de frente, envió fuerzas á Carranza, á Sopuerta y á las Muñecaz. Ollo fortificaba entretanto el centro y derecha, añadiendo á las dificultades naturales que encontraron los liberales el 25 de febrero, zanjas, fogatas, pedreras, rails, ruedas de wagones y otra multitud de obstáculos colocados con arte para dificultar la subida y facilitar la bajada de los que intentasen apoderarse del alto. Así quedaron aquellos puntos convertidos en inexpugnables fortalezas. Para atenuar los efectos de la artillería liberal, á la que no podían oponer los carlistas más que sus medio destruídas piezas de montaña, y habiendo enseñado la experiencia que los parapetos de piedra y tierra no resistían al continuo cañoneo y envolvían en sus escombros á sus defensores, se adoptó el sistema de abrir zanjas, en las que se ocultaban los soldados hasta la altura de la cabeza, ofreciendo así poco blanco, y pudiendo hacer fuegos rasantes. Se fué perfeccionando este sistema de defensa descubierto por la necesidad, se hicieron series de zanjas comunicándose entre sí y cruzando los fuegos para defender una posición determinada ó cerrar el paso á alguna parte, y se extendieron estas trincheras desde el monte Lucero hasta el Ereza en el valle del Cadagua, siendo la divisoria en las rías de Somorrostro y Galindo por los picos de Triano y sierra de la Magdalena, y los atrincheramientos, líneas contiguas enlazadas por reductos prolongándose en forma de herradura hasta cerca de Otañes.

En la tarde del 19 de marzo, con tiempo hermoso y la mar bella, zarparon los 25 buques de guerra y mercantes y más de 40 pequeñas embarcaciones, conduciendo unos 9,500 hombres de desembarco con su correspondiente dotación de artillería al mando de los generales Loma y Serrano Acebrón, guiada la escuadra por el ministro de Marina señor Topete y el señor Barcaíztegui. Dejó de ser secreta la expedición en el mero hecho de zarpar en pleno día de Santoña, contemplando su rumbo los carlistas desde las alturas; y ya de noche, la misma escuadra avisaba su presencia á los defensores de Algorta y las Arenas, por las luces que los buques llevaban.

Aunque Patero había avisado, no tenían los carlistas por aquella parte más que un batallón desparramado y las piezas sacadas de la ría; los refuerzos que impaciente esperaba no llegaron á tiempo.

Combinado el desembarco con el ataque del ejército, se dispuso emprender el movimiento de avance al amanecer del 20. Sólo se esperaba la

señal convenida de la escuadra; pero ésta volvió á desandar el derrotero anterior, y arribó á Santoña, muy disgustado Loma por el fracaso. Frustrado el desembarco, suspendióse la operación por tierra: se insistió en la intentada sobre Algorta ú otro punto de la costa, no lo consideró prudente la marina, contrarió esto los proyectos del general en jefe, pues tenía grande interés y fundadas esperanzas en aquel acertado plan, que á efectuarse no hubiera hallado los obstáculos que se temían, reunió Serrano un nuevo consejo de guerra que discutió sobre los medios de llevar á cabo la operación de forzar la línea carlista, y aprobóse al fin la embestida de frente, bajo las bases propuestas por el general Primo de Rivera, que explicaba detalladamente la operación concebida según los datos del terreno que el cura de Somorrostro le había facilitado. Adoptáronse algunas disposiciones, encargóse á Primo de Rivera, accediendo á sus deseos, el ataque á la izquierda enemiga, á Loma el del centro y á Letona el de la derecha, apoyando la marina, que ayudaría con sus fuegos por la desembocadura de la ría.

Aprestados también los carlistas, revistó don Carlos todas las posiciones, tropas y hospitales.

Al amanecer del 25 se pusieron las tropas en movimiento, y á la vez que ocho buques de guerra cañoneaban á Santurce, Portugalete y las Arenas, rompía el fuego la artillería desde Arenillas y Janeo y la de grueso calibre del centro; atacaban Primo de Rivera, Tello, Chinchilla y Morales de los Ríos las primeras alturas de la derecha, Loma pasaba el puente de Somorrostro para acometer por el centro, y se apoderaba del barrio de las Carreras, y Letona por el puente de Musques, dejándo en reserva á Andía, ocupaba á San Martín, atrincherándose en sus casas.

Los carlistas que defendían el punto atacado por Primo de Rivera, le abandonaron atemorizados, y le ocuparon los liberales continuando avanzando; cuyo avance hubiera sido grande y decisivo á ser reforzada esta parte de la línea liberal. Más previsores los carlistas, acudieron á reparar la falta del 1.° de Guipúzcoa y á contener á sus adversarios, trabándose encarnizada lucha, trazando al fin los carlistas su nueva línea en el mismo pico de Cortes, y terminando la noche la pelea, batiéndose unos y otros combatientes con entusiasmo y bizarría.

Al amanecer del 26 continuó el ataque en toda la línea; y si ruda fué la acometida, no lo fué menos la resistencia, para la que tantos y tan poderosos elementos acumularon los carlistas. Después del terrible luchar de aquel día, Loma ocupó las Carreras, Letona desde San Martín se puso en contacto con Loma, y Primo ocupó el combatido pueblo de Pucheta.

Habíanse corrido Tello con un batallón de infantería y Serrano Acebrón con dos de cazadores hacia el centro para apoderarse de Pucheta y apoyar á Loma; y la posesión inutil de este pueblo costó tres acometidas á la bayoneta y la vida á muchos oficiales y soldados, que con gran heroísmo y abnegación, y sólo por obedientes al deber, se sacrificaron, siendo dignos de mejor suerte y dirección, puesto que después de conquistado el pueblo hubo que abandonarlo por mal situado, y porque su ocupación no respondía á ningún fin que favoreciese el plan del general en jefe.

La derecha, indudablemente, no logró su objeto, no sólo de envolver la izquierda carlista, sino que ni aun extendió la línea liberal por este lado.

Lo principal del combate fué en el centro, pues en la izquierda carlista, lo que más la molestó fueron los relevos, en los que siempre experimentaba bajas por la proximidad de los liberales.

En catorce horas que duró el bregar, 10,000 fusiles y 30 cañones disparaban cada minuto. El estruendo era infernal, la humareda constante, las pérdidas grandes, aunque menores que las del anterior día. La escuadra cañoneó también á los carlistas.

Éstos pasaron la noche reponiendo los destrozos causados en sus parapetos, y los liberales emplazando nuevas baterías y avanzando varias piezas, disponiéndose el combate para el día siguiente.

La aurora del 27 fué saludada con el fuego que rompió toda la línea liberal. Avanzaron las tropas, el 2.° cuerpo no pudo salvar las peñas y un barranco, bien defendido todo por los carlistas, y dispuesto para la una el ataque á San Pedro Abanto, combinado con el de Montaño, rompió á las doce toda la artillería liberal un vivísimo fuego, acumulándole sobre las posiciones que debían ser atacadas. Algunos batallones pasaron al puente de Musques, mientras otros avanzaban hacia Montaño, venciendo los primeros obstáculos que se les oponían.

El fuego era horroroso en toda la línea: los carlistas resistían desesperadamente; saltaban en ocasiones de sus parapetos y cruzaban sus bayonetas con los que les atacaban con la misma arma: se rehicieron los liberales; se apoderaron de los caseríos de Pucheta y Murrieta; fueron rechazados desde San Pedro Abanto, cuya defensa era más obstinada, y donde los liberales sufrían además del fuego de frente, el de flanco y el de retaguardia, producido por una trinchera que con traviesas y rails construyeron los carlistas en el ferrocarril de Galdames; y como si esto no fuera bastante, la iglesia de San Pedro y algunas casas agrupadas á su alrededor, que están sobre una colina, eran defendidas por los parapetos y más abajo por un arroyo que servía de foso. Heroicos esfuerzos hicieron los soldados liberales para apoderarse de San Pedro y de la trinchera del ferrocarril; todo era inútil; llegaron hasta la orilla del arroyo, que no pudieron salvar, y allí encontraban la muerte. ¡Cuántos cadáveres llenaron el pequeño prado triangular que hay al pie de la eminencia en que está San Pedro Abanto y junto á la carretera!

La división Andía, en su simulado ataque á Montaño, ocupó las primeras trincheras: Letona acudió á las Carreras con una brigada, en auxilio de los que se veían rechazados; al dirigirse las tropas de refresco al parapeto del ángulo, son recibidas por un terrible fuego que las hace vacilar, las reaniman sus jefes, y sembrando el campo de cadáveres, entraron en el parapeto, asaltándole por los dos lados, retirándose vencidos los carlistas después de luchar cuerpo á cuerpo: se apoderaron los liberales del grupo más bajo de casas, defendiendo los carlistas el más alto; quemaron éstos las que abandonaban; avanzan los liberales á San Pedro; pero se encuentran con que desde los parapetos de San Fuentes avanzó también un batallón de navarros á colocarse encima del arroyo ó barranco que separa á San Pedro de las casas de Murrieta, y al que se dirigían

los liberales, que se veían barridos á tiros por la izquierda, mientras de frente les acribillaban los de San Pedro, y por la derecha los de las minas: era un *fuego en redondo* é irresistible. La artillería de las Carreras vomitaba metralla y granadas á muy corta distancia, reventando los proyectiles en todas las trincheras carlistas: la polvareda que levantaban y el humo de la pólvora, ocultaban á los combatientes y oscurecían el cielo.

La brigada Cortijo, que estaba de reserva, fué lanzada en apoyo de las primeras columnas que tenían ya muy mermadas sus filas; mas era imposible seguir adelante. Se procuró un supremo esfuerzo; la muerte atemorizaba á los soldados, que para evitarla se guarecían en las casas, y no sólo obstruían el paso á los que avanzaban por la cuneta del camino sino que pisoteaban á los heridos, produciéndose una confusión que los oficiales no conseguían dominar: entonces fué herido Primo de Rivera. Al mismo tiempo descendía Radica, atacando á la bayoneta, del pico de las Carreras á las casas que habían tomado los liberales, de las que no les pudo desalojar, limitándose á encerrarse en otras contiguas, en cuya posesión quedó hasta terminada la batalla.

No se adelantaba, y el mismo duque de la Torre con el cuartel general se lanzó á las Carreras, donde acababa de ser herido el general Loma. Envía fuerzas á reforzar el ataque á San Pedro Abanto; son recibidas con horrible fuego; nuevas y graves heridas imposibilitan á Loma; alienta al combate el general en jefe, victoreado por los soldados, que más que la victoria iban á buscar la muerte; no se puede pasar de Murrieta; se ordenó su ocupación á todo trance; aturdía el ruido de los no interrumpidos disparos de cañón y de fusilería; conmovían el ánimo más fuerte los ayes de los heridos que llenaban el terreno del combate: no era ya posible intentar nuevo asalto; la noche se aproximaba á cubrir aquel campo verdaderamente de sangre y de heroicidades; estaban ya los soldados rendidos de fatiga, y cesó la pelea, permaneciendo el jefe liberal en las Carreras y casas de la barriada, teniendo todo el terreno, tan duramente conquistado, cubierto de las numerosas y sensibles bajas causadas.

Ambos combatientes quedaron en las posiciones en que estaban al cesar la lucha; casi podían darse la mano.

Calculáronse las pérdidas de los liberales en unas 1,500: fueron muchas más: de todos modos, resultaban según los partes unos 2,500 en los tres días, y habiendo tenido los carlistas menos por pelear á cubierto, y confesadas unas 2,000, no creemos exagerado en vista de los datos consultados, el que se hayan fijado en unos 8,000 hombres las bajas de ambos beligerantes. Muchos jefes y oficiales hallaron gloriosa muerte ó recibieron no menos gloriosas heridas. Algunos batallones como los de Marina y Estella, se vieron reducidos á menos de una tercera parte: de los 38 oficiales de Estella quedaron cinco sin ningún jefe.

La operación para salvar á Bilbao había fracasado, como fracasó la anterior de Moriones, como el intentado desembarco. A Moriones le faltaron fuerzas, á Topete resolución, al duque de la Torre fortuna.

Se hizo alarde de este valor, de ese heroísmo peculiar en el ejército español, desde el jefe al último soldado; pero ya se vió que no bastaban

tales cualidades para forzar la línea carlista, formada con hileras de parapetos y defendida con fusiles Remington y Berdán reformado, haciéndose tantos disparos por minuto.

Los que se inspiraban en su valor, hasta deseaban quizá el ataque de frente: los más reflexivos, los que conocían el terreno por sí mismos, no por relaciones de otros, estudiaban el nuevo armamento, la guerra, hacían comparaciones, y consideraban imposible el ataque de frente.

En nuestro pobre concepto, é inspirados sólo en algunos estudios militares, muy pocos, la guerra civil lo era de movimiento, pocos combates: así vimos que los alemanes sólo han hecho últimamente en Visemburgo, Woert, Sedán y Metz, eso que tiene su nombre en la ciencia, y que vulgarmente se llaman *encerronas*. Esto es lo que creemos debe ser la guerra moderna, atendido el alcance y precisión de las nuevas armas de fuego.

No se desconocía esto sin duda en el ejército del Norte, donde no faltaban verdaderas ilustraciones militares, y de esas que estudian en la paz lo que debe hacerse en la guerra; pero, ó se veían dominadas por el mayor número, ó no se podían realizar sus planes por falta de fuerzas. De todas maneras, no hacemos capítulos de cargos, sino observaciones, reclamadas por nuestro deber y nuestra conciencia. Es evidente que se criticó á Moriones por su ataque de frente, que le condenaba la opinión general en el ejército, y se incurrió, sin embargo, en el mismo defecto que se censuraba.

En el consejo que celebró don Carlos al día siguiente en San Salvador del Valle, se discutió la conveniencia de levantar el sitio de Bilbao y retirarse de la línea sostenida con tanto heroísmo, fundándose en que no había un solo cartucho de repuesto; y aunque sólo dos votos opinaron en contrario, fué de esta opinión Elío, y prevaleció la de 3 contra la de 17 que protestaron y se retiraron disgustados.

Habíase propuesto el jefe liberal renovar el ataque al siguiente día 28, en cuya mañana se reprodujo el fuego por ambas partes, hasta que una espesa niebla le hizo suspender, como si la naturaleza deseara evitar el derramamiento de más sangre. Los disparos de cañón y fusilería, considerados como un entretenimiento, prosiguieron el 29, y una granada hirió gravemente á Ollo, Rada y otros. La muerte de los dos primeros fué tan sentida por los navarros, que quisieron vengarla lanzándose por la noche á la bayoneta sobre el campo enemigo hasta apoderarse de los cañones que habían sido causa de la desgracia, á lo cual se opuso Elío, tomando, para calmarlos, el mando de ellos, hasta que Mendiri reemplazó á Ollo. Era justo el sentimiento de los carlistas por la muerte de aquel jefe.

Inmediatos, como dijimos, unos y otros cambatientes, invitáronse mutuamente á recoger sus heridos y muertos, hablaron entre sí los soldados de los dos campos, llegando á mezclarse amistosamente; oficiales y jefes liberales visitaban á sus amigos carlistas y viceversa, lamentándose todos de tan mortífera guerra, y deseando su término: de estas conferencias nacieron ciertas proposiciones de convenio que no tuvieron posterior resultado.

Todos los días avisaba el ejército liberal á qué hora rompería el fuego

de cañón, y visto que á pesar de las precauciones adoptadas en el campo carlista, solía causar alguna baja, manifestaron que si se continuaba disparando con granadas, se daría orden á las avanzadas para que disparasen, y desde entonces se ordenó á la batería de Janeo disparar sólo con pólvora.

Continuaban los carlistas en su empeño de apoderarse de Bilbao, y los bilbaínos cada vez más resueltos á defender su querida villa, mostrando nuevamente que allí los hombres son héroes y la mujer modelo de patriotismo. Incomunicados con el resto de España, entregados á sus propios recursos, experimentando escaseces, arruinándose su comercio é industria, paralizadas las fuentes de la producción y la riqueza, no desmayaron un momento, y hasta celebraron el Carnaval con las mismas diversiones y buen humor que otros años. Pasaban días: el esperado socorro nunca llegaba: se estrechaba el cerco, produciéndose víctimas inocentes; comenzó el bombardeo el 21 de febrero, causando destrozos é incendios; nada disminuía el valor y la decisión de los defensores de Bilbao, aun cuando habían visto frustrado el socorro que esperaban confiadamente. Creyeron el 24 estar las fuerzas salvadoras en el pico Lucero, recibiendo la noticia con aclamaciones; consideraron á don Carlos en retirada, cuando en la noche del 25 oyeron las músicas y repique de campanas que saludaron su entrada en Deusto, vitoreándole, y se empezó á desconfiar del triunfo por los mejores observadores, que desde los altos seguían los movimientos de los combates del 25 al 27. La comunicación que se recibió de Dorregaray no dejaba ya duda, y la contestación fué digna.

Participaron los carlistas á los sitiados el fracaso del socorro, intimando de nuevo la rendición de la plaza, y pidiendo el nombramiento de una comisión que examinara el campo de batalla y obras de defensa que existían en la línea carlista; no se nombró; arreciaron los sitiadores construyendo nuevas baterías y trincheras avanzadas; adelantaron por la Salve rindiendo á la avanzada que aquí había; incendiaron varias casas, y suspendido el bombardeo en los días 15 y 16 de marzo, recibióse en la plaza un telegrama de Serrano, fechado en Somorrostro el 10, dando cuenta de los ataques de febrero, de su ida al ejército y su refuerzo, y de prepararse todo para salvar á Bilbao, recomendando se sostuviera el espíritu de la guarnición y el del invicto pueblo, que ni una ni otro necesitaban seguramente de estímulo: aprovechó el vecindario aquella tregua para circular por la población contemplando los estragos causados por los proyectiles carlistas, que no respetaron ni los hospitales, haciendo víctimas hasta inocentes criaturas; volvieron á caer bombas sobre la villa el 17; ocuparon los sitiadores en la mañana del 18 el convento de Santa Clara, próximo á Begoña, cuyo destacamento liberal se apoderó de la casa de Abaitua, donde recogieron chacolí, galletas y cartuchos, cuya casa fué después volada, así como otra en Albia, en la avenida de la Perla, y los carlistas á su vez se empeñaron en incendiar con petróleo la casa consistorial de Begoña, impidiéndolo bizarramente los forales que la defendían.

Despues de una semana sin bombardeo se reprodujo el 27, en cuyo día se dispuso racionar de pan desde el siguiente á toda la población, que según el censo que se formó ascendia á más de 18,000 almas, soportando

muy conformes los bilbaínos esta y otras medidas necesarias, porque las esperaban y aun mayores privaciones, á las que iban haciendo frente, habiendo ya sustituído por la carne de caballo la que antes comían, y sólo confiaban en la oferta del nuevo general en jefe del ejército del Norte; así que, cuando oyeron el fuego de los combates que se reprodujeron en la línea de Somorrostro, todos dirigieron á aquellos montes sus anteojos, se emitieron juicios tan diversos como el carácter de sus autores, anunció la autoridad militar que el *ejército avanzaba victoriosamente*, y tan popular se hizo esta frase, que se tomó á broma, y era la contestación que se daba al preguntarse por noticias; se adquirió el convencimiento de que Serrano no avanzaba, se desechó la nueva intimación de Valdespina prefiriendo ver realizadas las terribles amenazas que se hacían persistiendo en la resistencia; continuó furioso el bombardeo; aumentando las escaseces hubo que elaborar pan mezclando á la harina de trigo la de haba, y se dispuso ir matando sucesivamente los caballos de las secciones de Numancia y Albuera para alimentación de los enfermos.

Excelente efecto produjo en la guarnición y vecindario el parte del general López Domínguez (1) anunciando que iba el marqués del Duero con 20,000 hombres á efectuar un movimiento envolvente por la derecha, por lo que se levantaría pronto el cerco, que resistieran animosos, que en breve se franquearía la ría, que harían señales en Janeo, se fijaran desde Begoña y vieran si podían entenderse. Confióse más en el socorro, esperado siempre; pero se aumentaban la penuria y las angustias por la escasez de alimentos (2), aunque no disminuía la constancia y el buen humor de los bilbaínos, en el que tomaba parte esa preciosa mitad del género humano, que si hace de la debilidad su poder, allí le aumentó con su patriotismo, que la inspiró serenidad en los peligros, valor en lo más crítico de las circunstancias y mostróse siempre fuerte como la mujer de la Sagrada Escritura.

La guerra estaba indudablemente reconcentrada ante Bilbao. Empeñados en tomar esta villa los carlistas y en salvarla los liberales, era ya cuestión de vida ó muerte para unos y otros, y aun mayor para la causa liberal que no había podido vencer en dos meses y en grandes combates la línea que amparaba á los sitiadores. Esto, á la vez que daba importancia y crédito á los carlistas, disminuía el de los liberales: era cuestión de hechos, y éstos evidentes. Así había ya alguna nación extranjera dispuesta á reconocer á los carlistas como beligerantes, y sólo pendía de la conquista de Bilbao. Defendían, sin embargo, tan invicto pueblo, los que habían heredado el gigante heroísmo de sus antecesores en 1836, algunos de los cuales empuñaban también esta vez las armas.

La duración del sitio era la de los sufrimientos; llegó á faltar la harina de maíz, dejó de darse pan á la guarnición y vecindario, se agotaron otros artículos de primera necesidad, y arreciaba el empeño de los carlistas au-

(1) Fué llevado con asombro de todos por el valeroso carabinero Juan Díaz Cordero, arrostrando grandes penalidades y peligros en su viaje de cuatro días.

(2) Costaba 7 duros una gallina, 12 reales un par de huevos, el pan de haba fué sustituído por el de maíz, y aun se fueron extremando las escaseces y apuros.

mentando el bombardeo, habiendo día, el 29 de abril, en que los sitiadores arrojaron 535 proyectiles y 300 los sitiados, aparte del nutrido fuego de fusil que se sostuvo. Continuó el bombardeo hasta el mismo 1.° de mayo, en cuya noche lanzaron desde Quintana dos bombas al grito de *ahí van las últimas*. El fuego de este día exasperó á los defensores de Bilbao, porque á las seis de la mañana ya se notaban movimientos de retirada de los carlistas que continuaron todo el día; se tuvieron fundados indicios de que las fuerzas liberales avanzaban; la niebla no permitía distinguir en la madrugada del 2 el monte de Santa Águeda, en el que se habían hecho disparos la noche anterior, y en esta mañana se oyeron 23 cañonazos, no dudándose ya que el ejército estaba en aquella inmediata altura, y reinó en la villa verdadero entusiasmo: estaba salvada.

Los carlistas levantaron el sitio dejando en pos de sus huellas incendiados cuantos caseríos ocuparon, y otros, por ser sus dueños liberales. Abandonaron muchas municiones y algunas piezas (1).

Si el sitio de Bilbao no escribe gloriosa página en los anales carlistas, la traza gloriosísima en los de los bilbaínos: fué tan grande su decisión, que muchos estaban resueltos, en último extremo, á prender fuego á la villa, y nacionales y soldados dispuestos á abrirse paso por entre los enemigos, marchando á Vitoria ó uniéndose al ejército. Todo menos capitular, cuya palabra no llegó á pronunciarse.

Preocupado constantemente el ministro de la Guerra, con la que se sostenía en el Norte, comprendió ya desde los combates de febrero, y así lo consignó, la ventaja de efectuar un movimiento estratégico ó envolvente sobre la izquierda carlista No quiso imponerle, á pesar de su convicción, le indicó sin embargo, insistió en ello el 5 de marzo, insinuando además que se fueran fortificando las pequeñas etapas que el ejército hiciera en su avance: fijo en esta idea empezó á reunir los elementos para la formación de un nuevo ejército; á los cuatro días, el 9, ya tenía diez ba-

---

(1) Ciento veinticinco días había durado el sitio, y en ellos cuatro baterías de morteros y cuatro de cañones arrojaron á la plaza 6,783 proyectiles huecos y sólidos y dos disparos de metralla y los sitiados contestaron con 10,000 y 12 botes de metralla. Las pérdidas sufridas en la población se calcularon en 30 millones de reales.

Constituían la guarnición de Bilbao el 29 de diciembre de 1873, incluyendo el batallón de voluntarios de la república y de Orduña, y de emigrados, auxiliares, etc., 27 jefes, 260 oficiales y 4,826 individuos, y 204 cabezas de ganado caballar y mular: el 1.° de abril resultaban disponibles para el servicio 27 jefes, 218 oficiales, 5,249 individuos de la clase de tropa, hallándose además en la plaza en diferentes conceptos varios jefes y oficiales de infantería, la tripulación del *Aspirante* que prestó su servicio como dotación de la batería de marina, y el personal de la comandancia de marina y sus agregados. Al levantarse el sitio había con corta diferencia la misma fuerza.

El servicio de la plaza y puntos fuertes destacados, que lo cubrían el 27 de diciembre, un jefe, 21 oficiales y 588 individuos de tropa, el 24 de enero necesitaba 805 de estos, 32 oficiales y dos jefes, á últimos del mes ascendían á 900, y el 22 de marzo eran menester 52 oficiales y 1,558 soldados, auxiliares, etc.

El comandante general don Ignacio María del Castillo, las corporaciones, las juntas, la guarnición, los auxiliares, el vecindario todo, merecieron bien de la patria: no pudo ser más digno su comportamiento: hasta la mujer bilbaína conquistó gloriosa página en la historia por su entusiasmo y varonil comportamiento.

tallones, un regular cuerpo de caballería y cuatro piezas, todo lo cual fué enviado al Norte, municionando á aquel ejército (1). El 29 de marzo, anunció la reunión de un cuerpo que entre guardia civil, carabineros y tropa del ejército no bajaría de 15,000 hombres, que se enviaron en el breve plazo necesario para moverlos: el 31 decía: «Un movimiento estratégico realizado con fuerzas respetables, hace imposibles ciertas posiciones difíciles de atacar de frente. Con el número de combatientes hoy reunidos, y los que irán, no es ya una guerra irregular de montaña: el terreno es estrecho y ocupan mucho 18 ó 20,000 hombres, que también han menester gran cantidad de víveres y otras necesidades irremisibles á esas grandes poblaciones ambulantes. Tengo la evidencia de que conducidos los refuerzos por una acertada línea de maniobra, abandonarán los carlistas la suya ó se expondrán á un desastre.» La exactitud de estos cálculos está en los hechos. Aun hubo más: en un extenso é importantísimo telegrama de 3 de abril, decía entre otras cosas el ministro: «Como se trata de una operación, á la vez táctica y estratégica, porque atacará de flanco al enemigo y amenazará su base de operaciones; verificada esta maniobra con fuerzas suficientes para batirse con la mayor parte de las enemigas, y obligadas éstas á dividirse también, no puede V. E. suponer que tomen la ofensiva. Para asegurar el éxito pudiera V. E. destacar ocho batallones que se unirían á los veinte citados, cuyo mando quizá aceptaría el marqués del Duero, porque su patriotismo no se negará á ningún servicio necesario ó conveniente. El cuerpo de veintiocho batallones operaría por Valmaseda, Mercadillo, Avellaneda, etc., siendo imposible que el enemigo, aunque haya fortificado algo de aquel terreno, abarque fortificada también una extensión de cinco leguas. Mientras más se medita esta operación, mejor se comprende que los carlistas no pueden permanecer en sus actuales líneas; una vez emprendida aquélla, dando como su resultado, si esperase, su derecha y su espalda al mar, y después al estrecho terreno regado por el Nervión y el Cadagua, cuyo último río no podría ya pasar, ó se retira rápidamente para mejorar su situación, cediendo V. E. las líneas que ataca y las sucesivas, de dificilísimo abordaje, tomadas de frente, ó será envuelto y rendirá las armas en número no despreciable.»

Defiriendo el general Zavala á indicaciones del duque de la Torre, fué destinado el marqués del Duero á mandar el tercer cuerpo de ejército de que el duque era general en jefe. Corrió á su puesto, se acordó la ejecución del plan consistente en mover el cuerpo de ejército bajo su mando por la formidable posición de las Muñecaz para conducirlo á retaguardia del enemigo, mientras las tropas de Somorrostro tratarían de hacer creer

(1) Al encargarse el general Zavala del ministerio de la Guerra había sólo un repuesto de 480,000 cartuchos, habiéndose gastado en un solo combate de pocas horas 850,000, porque era escandaloso el abuso que hacía la infantería de un arma que, por lo mismo que tanto facilitaba multiplicar sus disparos, era necesario economizarlos y apuntar con más intención. En 30 de marzo, ya tenía en Santander siete millones y medio de cartuchos, habían salido el 28 de Liverpool millón y medio; de una contrata de once millones se iban entregando semanalmente, y en el término de un mes debían entregarse sesenta millones mas.

en un nuevo ataque de frente, extendiéndose á la vez su ala derecha hasta que diese la mano con la izquierda del tercer cuerpo para flanquearlo y apoyarlo eficazmente en su ataque.

Se organizó el ejército en tres cuerpos, arrojando un total de 33,000 hombres de todas armas, se atendió á todo lo más preciso, el 26 abril empezó Concha á mover sus tropas, el 27 se trasladó el duque de la Torre á Miramar á conferenciar con el marqués, acordando los detalles para dar comienzo á las operaciones al día siguiente, pasando Concha aquella noche en Otañes, sin dormir, contemplando desde el balcón de su alojamiento, á la luz de la luna, las formidables posiciones de las Muñecaz, que se elevaban á su frente, conferenciando á la vez con gente del país sobre detalles del terreno y dictando órdenes para el día siguiente. En el campamento de Somorrostro se dió aquel día la orden general, anunciando que al amanecer se rompería el fuego en toda la línea, enumerando las prevenciones que se habían de observar, y los puntos que debían ocuparse.

Decididos los carlistas á conservar su línea, aguantaron el furioso temporal del 11 al 16, tan desastroso para ambos combatientes, pensando unos y otros en defenderse lo posible de la inclemencia del cielo.

No dudaban los carlistas que los liberales serían reforzados para no tener que retirarse; y cuando supieron la formación del tercer cuerpo de ejército, que se confería su mando al marqués del Duero, é interceptaron un parte en el que el general López Domínguez decía al gobernador de Bilbao: «Tenemos 24,000 hombres en Somorrostro y viene Duero con 16,000 para flanquear derecha, así que Bilbao será pronto libre,» tuvieron ya la certeza hasta de por dónde serían atacados.

Comprendieron el apuro en que iban á verse, que la extensión de su línea la debilitaba, pues en vez de comprender como antes, desde el mar hasta los altos de Galdames y las Muñecaz, se prolongó hasta Carranza y Santa Cruz de Arcenseles, sobre tres leguas, se compuso el total de fuerzas avanzadas de 11 batallones que fué preciso extraer de la anterior línea; atendieron los carlistas más á Valmaseda que á las Muñecaz, hasta que en la mañana del 27 ocuparon los liberales el pueblo de Otañes, y no dudando ya de la importancia de las Muñecaz, á este punto acudieron fuerzas carlistas.

Confiando en la victoria é impaciente por conseguirla, montó Concha á caballo al amanecer del 28, apreció por sí mismo el conjunto del terreno, se ratificó en su plan de ataque, salvó los obstáculos que se opusieron, aunque no pudo impedir el retraso que produjo la falta de raciones, simuló el combate por Carranza para efectuarle por las Muñecaz, y lanzó sus tropas á la lucha, incorporándose á la primera división, encargada de tomar las posiciones que tenían los carlistas atrincheradas de frente y de flanco, aumentando la defensa un espeso bosque de robles. La operación, de suyo difícil, la hacía más el calor sofocante de aquel día. No fué, sin embargo, grande el esfuerzo que hubo que hacer para tomar la primera posición, y ya en la segunda se empeñó seriamente el combate sin obtenerse resultado, hasta que dos batallones flanquearon la posición por ambos lados, quedando envuelta y tomada la trinchera. Faltaba la última posición del pico de Haya, la más formidable; defendíanla los carlistas á

pecho descubierto, y un batallón de Arlanza y otro del Cid, contando apenas cada uno cuatrocientas plazas y sin esperanzas de refuerzo, hicieron tan heroica resistencia que fué la admiración de todos: allí mostraron una vez más aquellos bravos carlistas castellanos, que siendo los más desatendidos eran los más valientes.

Avanzaba la tarde, la tenacidad del combate hacía temer se dilatase hasta la noche; resolvió Echagüe cargar á la bayoneta; y á la cabeza, y dando el ejemplo, llegó á flanquear la posición; pero era penosa la subida, extrema la fatiga de las tropas; los carlistas resistían y cargaban briosos; los momentos eran supremos: Echagüe que ya se encontraba á mitad de la subida, no podía llegar á la cumbre, y Concha entonces, que estaba viendo la tenacidad del combate, ordenó á Reyes el envío de algunas fuerzas, que no llegaron, é impaciente por la tardanza en tomar la trinchera y avisado por el brigadier Espina, que por su solo criterio consideró de necesidad reforzar las tropas de ataque, fatigadas por una subida de hora y media, se dirigió á su cuartel general diciendo: *Vamos todos*, y con el único batallón que allí quedaba, fueron resueltos á la posición por una senda que aunque flanqueada por el enemigo, era el único paso practicable. Exaltó su presencia el ánimo de las tropas, los rendidos de fatiga volvieron con nuevo ardor al combate, renació el entusiasmo, generales y brigadieres batíanse en las guerrillas, recibiendo Concha una contusión de bala en el hombro derecho que le rompió la levita; Martínez de Campos encontraba obstáculos difíciles de salvar, habiendo trinchera que fué tomada, perdida y vuelta á tomar hasta tres veces; y Concha al fin se enseñoreó de las alturas de las Muñecaz. A Elío se le acusó de no haber concurrido con todas sus fuerzas á defender aquel punto.

Los carlistas quedaron rebasados. Se encargó á Lizárraga dirigiese la retirada, bajó á Sopuerta, y Elío se retiró con sus fuerzas á Galdames.

Concha vivaqueó aquella noche del 28 en medio de sus tropas, á pesar de la abundante lluvia que caía, y preparó el ataque del día siguiente á la izquierda, por el estribo que dominaba por la cordillera principal el valle de Galdames, facilitando así el movimiento á Laserna y Palacios hacia dicho valle, pudiendo después el marqués inclinarse á la derecha. Marchó el mismo Concha con la vanguardia á reconocer el terreno y ordenar el combate, supo con sorpresa en el camino el abandono de Avellaneda y de sus posiciones, lo ocupó todo la vanguardia; visitó el marqués el hospital de la Cruz roja lleno de heridos carlistas á los que tranquilizó y obsequió; envió fuerzas á dominar el valle de Galdames para envolver la línea carlista y proteger la marcha que al día siguiente habían de hacer las tropas por un difícil desfiladero de tres horas que conduce á San Pedro de Galdames, y aquella operación dificultosa, en medio de un temporal de agua y niebla, por terreno escabroso y en la oscuridad más completa, terminó felizmente á las doce de la noche. Campos se incorporó por la tarde con el resto de su división, y todo hubiera estado dispuesto para el amanecer del 30, á no ser por la marcha difícil y lenta del convoy de carretas.

Elío mandó abandonar á Sopuerta y reunió fuerzas en Galdames, situándose en Güeñes, como punto céntrico. Al ver que el marqués envia-

ba tropas en todas direcciones, se confundió por no saber el camino que se proponía seguir. Atendió á la defensa de los puntos que creyó amenazados, no destacó algunos batallones á defender los senderos casi impracticables que los liberales tenían que forzar para ascender á la sierra de Cortes y Galdames; desconcertó á Elío el movimiento de Concha desde Sopuerta por la carretera de Valmaseda; abandonó á Galdames descendiendo precipitadamente á Güeñes, cuyos puentes estaban minados y dispuestos á volarlos. Concha desorientó completamente á Elío, y cuando éste se convenció del objetivo de los enemigos, que era Galdames, era ya tarde para remediar su descuido. El liberal iba á dividir al ejército carlista interponiéndose entre las fuerzas de Dorregaray y las de Elío, y corriéndose por los montes sobre Castrejana antes que los carlistas se retirasen de la línea de San Pedro Abanto, iba á encerrarlas entre el mar y la ría y á coparlas allí.

Peleábase en tanto en la línea de Somorrostro; ocupó Laserna el ferrocarril de Galdames, coronaron fuerzas liberales las alturas que se les designaron; lo mismo sucedió por la derecha, y á las diez y media de la noche eran dueñas de formidables posiciones, iluminando en aquel momento la luna las ensangrentadas y elevadas rocas. El tercer cuerpo estaba ya á retaguardia de la línea carlista. Bilbao podía considerarse libre. Era tan grande la derrota que experimentaban los carlistas como inmenso el triunfo de los liberales.

Con la posesión de Galdames, inutilizó Concha y puso fuera de combate las fuerzas de Elío. Éste pudo remediar sus muchas y grandes faltas enviando fuerzas desde Sodupe á tomar la sierra de Galdames; pero lo hizo tarde. No había más remedio que emprender la retirada, sin detenerse ni en la línea del Cadagua, ni en las posiciones de Castrejana.

El marqués del Duero fué aclamado por el ejército al hallarse en la altura de Santa Águeda, donde vió coronados sus esfuerzos.

Al continuar el 2 su marcha el marqués del Duero, se le presentaron tres jóvenes auxiliares de Bilbao, avisando la retirada de los sitiadores, la quema del puente de Castrejana y la cortadura del de Burceña. Avisó por su ayudante al duque de la Torre lo que ocurría; que iba á pasar el Cadagua, y que le esperaría en las afueras de Bilbao para que entrase á la cabeza de sus tropas: contestóle el duque, poniéndolas todas á su disposición, puesto que iba á quedarse de general en jefe del ejército; que el marqués entrase el primero en Bilbao, pues quería tuviera aquel honor el general distinguido que tanta gloria había conquistado, y que el duque no entraría hasta la tarde; y para desvanecer hasta el último escrúpulo de compañerismo y de consideración por parte del marqués hacia el jefe del Estado, el duque, impulsado por uno de esos nobles sentimientos que le son tan comunes, ordenóle al mismo tiempo por medio del conde de Paredes de Nava, que entrase en Bilbao con sus tropas sin aguardarle.

Así lo hizo Concha, precediéndole de su orden el joven conde, que tuvo la fortuna de ser el primero que saludó á los heroicos bilbaínos y ser de ellos saludado. La entrada en Bilbao del ejército libertador, el abrazo que allí se dieron los generales Serrano y Concha, el entusiasmo que todo

producía, hicieron inolvidable el 2 de mayo para los bilbaínos, á los que debe la patria eterno reconocimiento.

CAPÍTULO II

Muerte del general Concha.—Sucesos carlistas y liberales

Concha quedó al frente del ejército liberal, y Serrano regresó á Madrid, donde fué recibido con arcos y flores, diciendo con loable sinceridad á los que en la estación le victoreaban: «Al general Zavala se debe todo.»

Los carlistas tomaron posiciones entre Durango y Galdácano, trazando una extensa línea: procuraron hacer renacer el entusiasmo; se comprometió la provincia de Vizcaya á comprar cañones y 10,000 fusiles más; repitióse el célebre *no importa*, y fuése olvidando el anterior desastre, pensando todos en compensarle. Dióse á Dorregaray el mando del ejército carlista, al que alentó á seguir adelante, continuando aquél en sus posiciones hasta el 15 de mayo, que al saber que Concha se movía hacia Vitoria, marchó Mendiri con la división de Navarra para Villarreal, y las divisiones alavesa y castellana por el valle de Arratia, en la misma dirección.

Después de atender el marqués del Duero á poner á Bilbao á cubierto de un nuevo ataque, fijo en su idea de batir á sus enemigos en Navarra, donde pensaba que los resultados serían más trascendentales, no se decidió á seguir á Durango y sí á trasladar la base de operaciones á la línea del Ebro entre Miranda y Tudela, para penetrar en Navarra por la Ribera y caer sobre Estella. Concha se lamentaba de que en las anteriores operaciones le habían faltado cuatro horas para obtener un triunfo decisivo, cortando á los carlistas la retirada de Somorrostro.

Emprendió el ejército la marcha por Valmaseda, valle de Mena, puerto del Cabrío á Medina de Pomar; de aquí á Osma por el camino más corto, cruzando el valle de Losa, para hacer en aquellos pueblos lo que iba haciendo con otros que se distinguían por su carlismo, que era sacarles buen número de raciones; como el camino era de herradura, se desprendió de la artillería Krupp y de los carros; penetró en Orduña sin más resistencia que el fuego de unas guerrillas de caballería, siguió por Espejo y Subijana á Vitoria, desde donde efectuó algunos reconocimientos de las posiciones carlistas, entrando en Villarreal; y como no se proponía trabar combate con sus enemigos, á pesar de presentarse éstos á pecho descubierto, se sostuvo sólo un pequeño tiroteo de guerrillas. La misma excursión se efectuó sobre Salvatierra, y por Peñacerrada, La Guardia y el Condado de Treviño, se trasladó Concha á Logroño, sin más que un pequeño tiroteo en la Sierra de Toloño.

No pudiendo dudar los carlistas que Estella se veía amenazada, trasladaron á esta ciudad sus fuerzas, se fueron atrincherando los montes que la rodean, extendiéndose las trincheras desde Abarzuza á Erezala, estableciendo otra línea de Muru hacia Eraul á concluir en Ibiricu sobre Abarzuza: se decidió también atrincherar la falda de Monte Jurra, uniéndose sus atrincheramientos con los de Estella, y se prolongaron á la falda de

Monjardín y á otros puntos no sólo á la derecha del río Ega sino también á la misma del Arga, prolongando las trincheras hasta el puente de Belascoain. La principal defensa de Estella la constituye el terreno accidentado que la circunda, siendo la parte Norte la de más fácil acceso por las carreteras que la afluyen y la poca elevación de sus montañas; de aquí el empeño de Mendiri en atrincherar esa parte, como lo consiguió, colocándose convenientemente las tropas carlistas.

No se limitaron éstos á defender á Estella en sus alrededores, sino que empezaron á bombardear á Hernani para llamar la atención de Concha hacia aquel punto; se envió á Lizárraga á Aragón con las fuerzas aragonesas; el 9.º de Navarra fué también por el Alto Aragón hasta cerca de Jaca; esforzóse Concha en hacer frente á las contrariedades que se le presentaban y las fué venciendo; atendió á las necesidades del ejército; trasladóse á Lodosa, á cuyo ayuntamiento, clero y demás que salieron á recibirle les demostró lo incalificable de la insurrección, la falsedad del sentimiento religioso que se explotaba imponiendo pena de la vida al que hablase de paz, con lo cual se conculcaba el Evangelio, añadiéndoles que puesto que querían la guerra la tendrían con todas sus consecuencias, y habían de llorarlas; y aquel infatigable general, que apenas conocía el descanso, á la vez que de múltiples é interesantes asuntos se ocupaba, redactó las instrucciones para el ataque de Estella, de las que dió conocimiento á los generales, acompañándolas de un plano del terreno en que habría de operarse, y marchó á Lodosa.

Resueltos los carlistas á impedir la entrada de sus enemigos en Estella, prepararon la voladura de los puentes del Ega, y eligieron excelentes posiciones, abriendo en las colinas que á la ciudad circunvalan, en un perímetro de cinco leguas, numerosos atrincheramientos.

Sendas proclamas alentaron el valor de ambos combatientes. Concentrado el ejército liberal en Larraga y Lerín, se movió el 25 de junio hacia Estella, en tres columnas, dirigiéndose la primera, que mandaba Martínez de Campos, á Lorca, Lacar y Alloz, siguiendo por la cumbre del monte Esquinza; la segunda, guiada por Echagüe, fué faldeando el anterior monte á atacar el bosque de la vertiente meridional, y la tercera, á las órdenes del general en jefe, marchó á Oteiza por la carretera, adonde caminó también el primer cuerpo por la izquierda del Ega. Sin más que un ligero tiroteo llegaron estas fuerzas á los puntos designados, y al descubrirse recíprocamente en las alturas del Esquinza, que esperaban les fuesen disputadas, y observando á las que por los flancos iban cubriendo su movimiento á la misma altura, prorrumpieron en un *hurra*, que las montañas vecinas repitieron por toda la comarca, llenando de confianza al soldado y de satisfacción al general en jefe. Siguió avanzando la brigada de vanguardia, cañoneando al pueblo de Grocín; una parte de las tropas que conducía el general en jefe tomó posición en las alturas á la derecha de la carretera de Oteiza á Villatuerta, para batir los montes de Estella y al mismo Grocín; se ocuparon los pueblos de Villatuerta, Arandigoyen y Murillo, y sólo merced á la hábil estratagema empleada, pudieron las tropas liberales posesionarse tan fácilmente de aquellos importantes puntos, y alojarse á unos tres kilómetros de Estella, formando un semi-

círculo frente á aquella plaza, dejando á su espalda á Cirauqui y Mañeru.

Había manifestado Dorregaray que si Concha atacaba por un lado, le harían todos frente, y si dividía sus fuerzas, á la división que se presentara en peores condiciones, la atacaría para *apoderarse completamente de ella.* Comprendiendo la imposibilidad, como dijo en su parte, de empezar la defensa á larga distancia de Estella, limitó su línea, y al pronunciar el enemigo su movimiento, los carlistas ocuparon las posiciones que se extienden desde Allo por Dicastillo, Morentín, alto sobre Villatuerta, Grocín, Muru y las al Norte y Este de Estella, terminando en Eraul y Puente de Echevarri. La extrema derecha la defendían siete batallones con la brigada cántabra, teniendo en Allo un regimiento de caballería y cuatro compañías de Navarra, colocando en la batería de Echevarri dos piezas; el centro que se extendía desde la ermita de Santa Bárbara de Villatuerta hasta Muru lo ocupaban ocho batallones y la media brigada guipuzcoana con seis batallones más, teniendo en reserva otras fuerzas que cuidaban de la izquierda.

Iniciado el movimiento liberal, se introdujo gran pánico en Estella, cuyos habitantes la abandonaron llevándose ganados, muebles, ropas y cuanto podían. Mendiri previno á los jefes de batallón el camino que cada uno había de seguir en el caso de tener que retirarse.

Preparados ambos combatientes en la noche del 25 para el combate del nuevo día, al tocarse la diana le iniciaron los carlistas: secundó el primer cuerpo; trasladóse el cuartel general de Lorca á Murillo, donde permaneció esperando la llegada del convoy, que debía haber salido la noche anterior de Oteiza para aquel pueblo, según lo había ordenado al intendente y á los jefes nombrados para su custodia, y exclamaba Concha impaciente: *¡Qué dirán en Madrid! ¿Qué creerán los carlistas al ver que no les atacamos? Y sin embargo, no es posible obligar á estos soldados á hacerlo sin alimento* (1). Y así tuvo que hacerlo, aunque ya tarde y en medio de un deshecho temporal, tomándose el pueblo de Zurucuain y un pequeño bosque al pie de las alturas de Montalbán, dirigiéndose desde éstas el ataque á Abarzuza.

Presenciada por Concha la toma de Zurucuain, marchó con el mismo objeto hacia Abarzuza adonde llegó en el momento que se conquistaba, estableciéndose en este pueblo. En los demás puntos se sostenían reñidos combates, porque las operaciones de este día 26 se habían diferenciado de las del anterior, en que ya se fué encontrando todo el terreno cubierto de formidables trincheras bien defendidas.

Atendió Concha al establecimiento de las tropas y confió en la llegada del convoy de raciones, que tanto le iba ya perjudicando: pues por la demora con que obligó el día anterior á emprender las operaciones, dió tiempo para que los carlistas se apercibieran del verdadero punto de ataque de su enemigo, y llamaran precipitadamente á los batallones que tenían en las faldas de Monte Jurra y Monjardín, y por la parte de Cirauqui, Mañeru y Puente la Reina.

(1) Al mediodía se supo que, mal dirigido el convoy por guías, perdió el camino, tuvo que retroceder á Oteiza y fué causa de que aquel día 26 no se reanudaran las operaciones hasta las cuatro y media de la tarde.

Al amanecer el 27 aun no había llegado el convoy, y cuando lo hizo á Montalbán, sólo conducía 10,000 raciones de pan, por quedar atascados muchos carros en el camino. No pudo empezar el combate hasta las dos de la tarde, disgustando grandemente al general en jefe el incendio de algunas casas de Abarzuza, condenando enérgicamente este y otros excesos que estaba resuelto á castigar. Ocupado con la lucha que se emprendió con resolución y se siguió con valentía, acudía á todas partes. La artillería disparaba sin descanso para facilitar el bregar de la infantería; lanzóse ésta avanzando hacia Monte Muru y ermita de San Pedro de Muru; había que atravesar un riachuelo, cuyo único puente se hallaba sobre la carretera, y una vez atravesado subir los ásperos escarpes de la montaña, y al empezar el descenso al arroyo las cabezas de las columnas, rompieron el fuego los carlistas desde sus enterradas trincheras, sin que aquéllas detuvieran su marcha á pesar de las dificultades que ofrecía el paso del río á la desfilada y con agua á la cintura. Empezóse la subida bajo un nutridísimo fuego de frente y flanco, azotando además una copiosísima lluvia acompañada de un viento horrible, que lanzaba el agua y el humo de los incendios de Abarzuza sobre las baterías y las tropas, imposibilitando descubrir las posiciones carlistas, á pesar de lo cual, á la media hora de emprendido el ataque, coronaban la altura por la izquierda las guerrillas de Barbastro y Alcolea, y por el centro las de Ciudad Rodrigo, arrojando á la bayoneta al carlista de sus defensas. Mas no por esto se había triunfado en aquella parte: lo largo y rápido de la pendiente de la montaña, la configuración del terreno, cruzado de arroyos profundos, zanjas y setos, formando en su vertiente una serie de bancales y escalones que no permitían la subida uniforme, obligaban para rebasarlos á descomponer la formación de los batallones y desunir las compañías y hasta las hileras, teniendo que dividirse para buscar un fácil acceso á veces á larga distancia. Reducidos así á grupos aislados sin enlace ni cohesión, al salvar los obstáculos de la subida tenían que mostrarse débiles y mermados por las numerosas bajas que ocasionaba el fuego de los carlistas; y como en cada uno de los escalones que se ganaban se aumentaba el fraccionamiento de las fuerzas, hubo guerrilla que al escalar la altura llegó sólo con 27 hombres.

El enemigo llevaba allí sus mejores fuerzas, con las que el soldado liberal, empapado en agua, cubierto de lodo, cansado, hambriento, y sin formación compacta ni sólida, hubo de sostener, cuando se creía victorioso, un combate cuerpo á cuerpo, rudo, desigual, con los carlistas, que saliendo del revés de la montaña donde se mantenían á cubierto del fuego, acometieron á la bayoneta y obligaron á retroceder al liberal; pero peleándose en muchos puntos en las mismas trincheras, que quedaron regadas con la sangre de aquellos valientes, sirviendo de sepultura á no pocos.

Las fuerzas liberales que llegaron á las trincheras de Murugarren tuvieron que retroceder á Zaval; para evitar la pérdida de Abarzuza se enviaron refuerzos exclusivamente destinados á esperar en este punto las órdenes del general en jefe: peleábase en todas partes con varia alternativa, perdiéndose y ganándose posiciones bravamente disputadas: contúvose á los dispersos de Monte Muru y cesó por esta parte la reacción ofensiva

de los carlistas, que volvieron á sus trincheras á guarecerse del fuego que de nuevo se les hacía, resueltos unos á esperar y otros á emprender un tercer ataque. Concha acometió entonces la empresa de apoderarse de Monte Muru, á pesar de que Echagüe quiso impedirlo ofreciéndose á ejecutar por sí la operación; comenzó el marqués á ganar la pendiente y accidentada eminencia de Monte Muru: imposible á mitad de ella la subida á caballo, apeóse, y apoyado en el brazo de uno de sus ayudantes, continuó subiendo; con las pocas fuerzas que conducía ganó lo alto de la posición, inspeccionó las posiciones carlistas; tomó, á su pesar, la resolución de diferir el ataque para el día siguiente—eran las 7 y media de la tarde—lisonjeándole la esperanza de un triunfo decisivo, pues no dudaba conquistar aquellas trincheras que veía á unos 50 pasos de distancia, y á poco, una bala enemiga cortó aquella vida consagrada siempre á la defensa de la libertad y de la patria.

Falto el ejército de raciones, quebrantada en algunos puntos su moral y muerto su jefe, se consideró que no podía continuar la batalla al día siguiente, y se acordó la retirada, que no fué lo ordenada que pudo y debió haber sido. A las diez de la noche empezaron á llegar á Murillo batallones sueltos y otros en estado de dispersión por compañías y aun pelotones, pidiendo todos de comer. Se fué restableciendo el orden, se situaron bien los cuerpos que habían de proteger la retirada, y sin perder un carro ni una acémila, llegó todo el ejército á Oteiza, siendo las últimas tropas que lo efectuaron las del primer cuerpo, que sostuvieron la retirada.

Los carlistas ignoraron aquella noche la muerte del general Concha, y cuando á la mañana siguiente salieron algunas fuerzas á efectuar reconocimientos, especialmente para recoger armas y municiones perdidas, supieron lo sucedido, les indignaron los incendios de Abarzuza, Zaval, Zurucuain y Villatuerta, se lanzaron contra los liberales, hicieron 155 prisioneros en Abarzuza, siguieron á la carrera por el camino de Lorca y se hubieran posesionado del monte Esquinza con gran detrimento de los liberales, si éstos no hubiesen tenido ocupada posición tan importante.

Fué notable sin duda aquella retirada, con inmenso convoy, desfilando después majestuosamente por malos caminos, ante un enemigo no despreciable, conteniéndole de posición en posición y salvándolo todo. Se descansó tres horas en Oteiza y se continuó la marcha á Tafalla.

Cerca de 2,000 bajas experimentaron los liberales entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados: los carlistas apenas perdieron 300 hombres.

Los mismos jefes carlistas confiesan que el general Concha dirigió con admirable inteligencia la batalla, efectuando el desarrollo de sus fuerzas como en un simulacro; «pero le faltó, estratégicamente hablando, dice Mendiri, apreciar lo que siempre constituyó nuestra debilidad Si una vez situadas sus fuerzas sobre Villatuerta, Murillo, Zaval y Abarzuza, nos hubiera entretenido con pequeños ataques de guerrillas, sin comprometer sus masas, adelantando aquéllas con sus reservas parciales hasta obligar á nuestros voluntarios á romper el fuego, dos días hubiéramos podido resistir; pero al tercero nos habríamos visto obligados á abandonar las posiciones y la plaza por falta de municiones, pues con las que teníamos de reserva apenas hubiéramos podido reponer de 30 á 40 cartuchos por plaza.»



ESTATUA ECUESTRE DEL MARQUÉS DEL DUERO EN MADRID (COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA)

Es exacto: pero Concha se había encariñado con un plan vasto, extenso, que no sólo le diese una victoria, sino que le produjese un resultado decisivo: no le satisfacía la mera ocupación de Estella si no hacía á la vez algunos miles de prisioneros. La ocupación de Estella pudo conseguirse, mas no conseguía el marqués su objeto, y la pérdida de los carlistas se habría limitado á la de la ciudad, quedándoles libre la retirada. Concha hubiera deseado disponer de otro cuerpo de ejército que por la Solana y los Arcos se hubiera dado la mano con la derecha liberal, encerrando así á los carlistas en un verdadero círculo de hierro que les hubiera sido difícil si no imposible romper; pero no había más tropas de que disponer.

Los carlistas, si no temieron, dudaron del resultado de aquel avance. Dorregaray escribía al ministro de la Guerra: «Ahora tenemos, pues, al enemigo sobre nuestro flanco, y si intenta un esfuerzo podrá colocarse á nuestra espalda; de modo que las condiciones de defensa han variado muchísimo. Procuraremos sostenernos lo que se pueda, pero no podremos hacerlo hasta lo último, por lo difícil de la retirada si ellos consiguen avanzar por la línea. En el caso de que fuera indispensable abandonar estas posiciones y dejar franca la entrada de Estella, hemos pensado enviar cada división á su provincia respectivamente para operar en ella y aguardar los nuevos recursos.»

El triunfo que los carlistas obtuvieron era grande; pero le empequeñecieron por no hacerse algunos superiores á las malas pasiones. Ciento treinta y cinco jóvenes, llenos de vida, fueron condenados á muerte después de someterlos á un consejo de pura fórmula, sólo para cubrir las apariencias. Porque eran prisioneros se les condenó como incendiarios, y muchos de ellos no habían entrado en poblado desde que salieron de Tafalla. Era un verdadero asesinato, y merced á los humanitarios sentimientos y actividad que mostraron los jefes carlistas Segura y García Sobrino, que obtuvieron de don Carlos que en vez de sacrificar á tantos se los diezmara, sólo fueron fusilados catorce, incluso el alemán Smith (1).

Títulos y condecoraciones, mercedes y festejos fueron la consecuencia obligada de los triunfos obtenidos por los carlistas, y todo abundó para celebrar el que acababan de conseguir; mas no se aprovechaban ni daban resultados por la escasa importancia de los hombres políticos que rodeaban á don Carlos, origen de muchas discordias y no pocos desastres.

Mucho podían haber hecho las diputaciones carlistas; pero la de Viz-

---

(1) Estos fusilamientos produjeron un grito de indignación en todas las almas nobles, y el mismo Dorregaray se consideró obligado á publicar un largo escrito en *El Cuartel Real* para decir á la España, á la Europa y al mundo civilizado, los móviles de aquella grave determinación que se había visto precisado á tomar. Retrotrayendo los hechos á julio de 1869, aduce los fusilamientos de Montealegre, de Iglesuela y de Valcovero, el plan de Escoda, el de Carretero en Córdoba, la muerte de los inofensivos carlistas que en 1872 se estaban bañando en el Tajo, y otros hechos menos importantes á los que daba carácter oficial; exponía el comportamiento tenido con los prisioneros que se habían hecho en distintas acciones, y sublevado ante los incendios de Villatuerta, Zurucuain, Zaval y Abarzuza y otros excesos, decía: «Hoy hemos fusilado no más que la décima parte de los criminales: de hoy para arriba sufrirán esa suerte todos: de hoy para arriba haremos guerra sin cuartel á ese ejército de fieras.»

caya se puso en completa hostilidad con el comandante general Velasco, la de Guipúzcoa mandaba comisiones contra Lizárraga, la de Álava carecía de recursos y la de Navarra usaba de una autonomía que á todos disgustaba. El obispo de Urgel, mostrándose más católico que carlista, desagradó altamente á don Carlos: el cuerpo de artillería, cuya arma era la mayor necesidad que se sentía, se puso en grave disidencia con las diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa por la administración de las fábricas de armas; se suscitaron antagonismos entre Dorregaray y Elío, que empezaron por ser supuestos y acabaron por muy verdaderos; mostraron poca discreción y más apasionamiento que tacto político algunos de los que acompañaban á don Carlos y formaban su corte, y se fueron sembrando vientos que habían de producir tempestades. Los triunfos de febrero y marzo aumentaron de tal manera las aspiraciones de los políticos carlistas, que se creyó llegado el caso de crear ministerios, más para satisfacer desmedidas ambiciones que para hacer frente á verdaderas necesidades: como no todos pudieron ser ministros ni directores, crecieron las intrigas y el disgusto, llegando á levantarse una partida al grito de ¡mueran los ojalateros!

La presencia en España de doña Margarita, esposa de don Carlos, remedió algunos males, pero no pudo extirpar el germen de ellos; había ido á *purificar la atmósfera*, y sólo consiguió disipar algunas nubes.

Esmerábase don Carlos en complacer á todos, en mostrar que no era afecto á una intransigencia absurda y sistemática, y dió el 16 de julio el famoso manifiesto de Morentín, ratificándose en cuanto había dicho en su carta á su hermano don Alfonso, añadiendo que satisfaría los sentimientos religiosos de la católica España y su amor á la monarquía, pero sin espionaje religioso ni despotismo; que no molestaría á los compradores de los bienes de la Iglesia; que quería una legítima representación del país en Cortes y añadía: «Fuera impropio de mi dignidad rebajarme á desmentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo suponiendo que estoy dispuesto á restaurar tribunales é instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen más ley que la arbitrariedad, ni tienen energía más que para encarnizarse con los vencidos y atropellar á los indefensos no deben intimidar á nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades. ¿No he probado cien veces con mis adversarios rendidos, que ni la arbitrariedad ni el rigor hallan cabida en mis sentimientos de rey?»

Por considerarle liberal combatieron algunos este manifiesto.

Los negocios carlistas en el extranjero entraron en su período crítico, á pesar de la actividad que mostraron sus agentes, enviados hasta á Rusia.

Importando más los negocios interiores, especialmente á las diputaciones, habían pedido éstas á don Carlos la creación de un centro permanente formado con representantes de las cuatro corporaciones, para la más rápida gestión de los negocios y estrechar la unión y armonía de las autoridades forales de las cuatro provincias; creóse el centro Vasco-Navarro, compuesto de cuatro individuos elegidos respectivamente por cada una de las diputaciones, y aunque por el pronto armonizaron unos y otros

poderes, eran muy encontrados los intereses de los que gastaban con los de los que tenían que recaudar y producir.

La que se erigió en verdadero poder anulando el de la diputación, fué la junta de las merindades en Vizcaya, especie de congreso constituyente, que organizó servicios administrativos, compró 27 cañones de acero y municiones (1), y acordó se demostrara á los representantes de las provincias hermanas la necesidad de que cada una se administrase y rigiese por sí misma en todos los ramos. Luchó con la ingerencia del poder militar en los asuntos civiles, y no descansó seguramente en su laboriosa gestión y grandes esfuerzos, llegando hasta ordenar el armamento general del país, después de las sacas que se habían efectuado de todos los mozos útiles de 18 á 40 años, incluso los casados.

Gran celo emplearon la junta de merindades y la diputación en dar hombres y recursos para la guerra, ascendiendo el importe de suministros y demás servicios, sólo en Vizcaya en cuatro años á unos 44 millones de reales: en Guipúzcoa ascendían los gastos de guerra á dos millones mensuales; no eran menores en las demás provincias, á todo lo cual, á las pagas de empleados, etc., tenían que atender las diputaciones. Esto, hacía á veces terrible su situación, y aun se les dirigían graves cargos obligándolas á rechazarlos y á contestar: «Esta corporación tiene la sensible desgracia de que nunca lleguen á oídos de su soberano, respecto á la misma, más que noticias desagradables... Han informado mal á S. M.; ó mejor dicho, han faltado á la verdad en daño de una junta á quien nadie aventaja en celo. La maledicencia con su cinismo, el odio con su encono y la indiscreción con sus funestos extravíos, gastan á los hombres más sinceros y leales, cuando esos hombres constituyen una corporación gubernativa que en el ejercicio de sus funciones está llamada á intervenir en los destinos sociales.» Se destituyó á unas juntas y diputaciones, se amonestó á otras, no reinaba tampoco entre ellas la armonía necesaria, se resentían muchos servicios, y la administración estaba muy lejos de ser lo esmerada que los mismos carlistas han pretendido presentar, engañándose á sí mismos.

En el campo liberal no todo eran satisfacciones y felicidades. El ministerio del 3 de enero atravesaba crisis grave, cuando llegó el pavoroso telegrama de Moriones, que tanto impresionó al gabinete: se conjuró por entonces la crisis, inspirándose todos en los más elevados sentimientos de patriotismo, prestándose el duque de la Torre á ir al ejército; fué investido con el cargo de presidente del Poder ejecutivo, quedando el general Zavala de presidente interino del ministerio, continuando con el departamento que venía desempeñando con tanto celo y acierto; deseó después el duque regresar á Madrid, donde creía sin duda necesaria su presencia, y comprendiendo Zavala lo trascendental de este asunto, procedió con la dignidad y elevación de miras que eran en él tan naturales, aun arrostrando desconfianzas de quienes no comprendían tanta nobleza de sentimientos.

(1) Todo lo cual desembarcó en Bermeo, produciendo gran júbilo entre los carlistas.

Los fondos los reunió por medio de empréstitos y anticipos.

Al regreso más adelante á Madrid del duque de la Torre, encargóse al general Zavala la formación de un nuevo ministerio; querían ambos generales mantener la conciliación, y el programa que se trazó el marqués de Sierra Bullones era breve: pensar sólo en concluir con los carlistas, y formar un ministerio de todos los partidos, sin excluir el republicano y alfonsino, y concluída que fuese la guerra, las Cortes, libremente elegidas, serían las árbitras de la suerte de la nación. Pero los hombres políticos no secundaron tan patrióticas ideas, tan nobles propósitos; no pudo Zavala desvanecer los delicados escrúpulos del señor Abarzuza y de otros republicanos, la firme resolución del señor Martos y sus amigos radicales, y la intransigencia alfonsina para que el señor Elduayen formase parte del nuevo ministerio, y el encargado de formarlo resignó en el presidente del Poder ejecutivo los poderes que de él recibiera. Podía lamentarse de la falta de patriotismo en todas las fracciones, y en circunstancias tan críticas como aquéllas; pues ya había dicho el general Serrano que los carlistas quedaban quebrantados, pero la guerra no estaba concluída y aun había que hacer grandes sacrificios para obtener la paz.

Infructuosos los esfuerzos del general Zavala para formar el ministerio de conciliación, declinó el encargo, y lejos de admitir el duque su dimisión, le manifestó que si no continuaba encargado de la formación del ministerio que fuera posible, aquel mismo día reuniría á los notables de todos los partidos y les entregaría el poder que de ellos había recibido. A esta amenaza cedió el marqués de Sierra Bullones y formóse el gabinete del 13 de mayo, bajo la presidencia de Zavala, con los señores Sagasta, Alonso Martínez, Ulloa, Camacho, Romero Ortiz, Alonso Colmenares y Rodríguez Arias, dándose á conocer por medio de un manifiesto en el que decían que, aunque sus individuos procedían de un solo partido, querían gobernar sin el estrecho criterio de las banderías políticas, por lo que esperaban el apoyo de los liberales de todos los matices; que el espíritu generoso de la revolución de setiembre y sus aspiraciones regeneradoras las representaban y mantenían en toda su pureza los miembros del gabinete; que aspiraban á concluir en breve la guerra civil, consolidar la paz en la península y ultramar, extirpar todo germen de futuros trastornos; dar á conocer el verdadero estado del tesoro; administrar con severa moralidad; considerando recompensados sus patrióticos desvelos si lograban abreviar el período de una interinidad que tenía en suspenso el juego de las instituciones liberales, y esperando con ansia el momento en que pudiera ser el país libremente consultado acerca de sus destinos.

El golpe del 3 de enero había alentado á los montpensieristas y alfonsinos: tomó la dirección de éstos don Antonio Cánovas del Castillo, proponiéndose «que nadie dejara de ser alfonsino por antecedentes ni escrúpulo político, en el que lo mismo pudieran caber los carlistas que los desengañados de la revolución; porque sólo de esta manera puede formarse el ancho molde que una dinastía necesita para hacer sólida y fecunda la institución monárquica.» Acentuóse el espíritu alfonsino en el ejército, llegóse á intentar proclamar á don Alfonso, mas hubo prudencia para no aumentar la perturbación política que reinaba y se atendió á concluir la guerra, que era la principal aspiración de todos.

Habíase afortunadamente rendido Cartagena, que fué por algún tiempo baldón de los cantonales, tormento de la república y afrenta de España. Al encomendarse al general López Domínguez su rendición, recomendóle Castelar procurara conseguirlo para el 1.º de enero, fecha de la reunión de las Cortes: esforzóse por conseguirlo; mas también se esmeraron los cantonales en impedirlo, alentados por los avisos que recibían de Madrid para resistir á todo trance hasta la apertura de las Cortes, sin que les arredrara, en medio de tanto estrago y desastre como experimentaban, el incendio de la fragata *Tetuán*, el recibir en los últimos quince días del año más de 8,000 disparos de cañón, perder el Calvario y barrio de San Antonio, carecer de medicinas y de medios de curación para sus heridos, muriendo mucha gente, volándose el parque, cuyo gran repuesto de pólvora y proyectiles causó indescriptibles destrozos y sobre 400 víctimas entre ancianos, mujeres y niños, que consideraron aquel recinto seguro albergue contra el fuego enemigo; y añadiéndose á tanto desastre nuevos incendios, el golpe del 3 de enero y la rendición del castillo de la Atalaya con su guarnición de unos 300 hombres, hacían inútil la defensa de Cartagena, y la ocupó el ejército sitiador. Se calcularon en 200 millones de reales las pérdidas sufridas, sin apreciar las vidas que costó aquel loco ensayo de teorías funestas.

La pasión que suele dominar siempre en los partidos extremos, les lleva á inteligencias absurdas y alianzas inconcebibles, útiles sólo para demoler é ineficaces para construir nada estable; pero así como en los partidos afines suelen ser fructíferas las conciliaciones, rechaza la moral esas artificiales coaliciones entre sostenedores de los más opuestos principios políticos, que no tienen más lazo que pueda unirlos que la desesperación. Ya habían peleado juntos, como hemos visto, montemolinistas y republicanos sin obtener mutuas ventajas, y aunque ahora se ayudaron más indirecta que directamente cantonales y carlistas, no faltaron, sin embargo, proyectos de grande y eficaz apoyo, si bien no pasaron de proyectos.

CAPÍTULO III

Cataluña.—Centro

Otra vez las disensiones de los liberales dieron nuevos triunfos á los carlistas, y mientras los primeros se cañoneaban en Barcelona, Gracia y Sarriá, los segundos se apoderaban de poblaciones como Vich, y si no lo hicieron de Manresa y otras, debióse á la vigilancia de sus guarniciones y vecindario, sucediendo todo esto cuando los defensores de don Carlos atravesaban en Cataluña terrible crisis, producida por muy graves divergencias entre los principales jefes. No pudiendo sufrir ya don Alfonso la insubordinación de Savalls, *sus actos punibles*, pidió á don Carlos se procediera contra aquel caudillo con arreglo á ordenanza, por lo cual formuló contra él una acusación de cargos verdaderamente graves, no sabiéndose qué admirar más, si la despreocupación del que los cometiera ó la resignación del que los aguantara. Don Carlos, que conocía las faltas de unos y otros, llamó á Savalls, le reprendió, mostróse arrepentido y consideróse

esto bastante para que don Alfonso se mostrase satisfecho y Savalls volviera á prestar los servicios que prestaba á la causa, alabados por unos y combatidos por otros, que le llegaron á comparar con el cura Santa Cruz, atribuyéndole entre otros fusilamientos los de los señores Fageda, padre é hijo, y el del señor Oliveras, que tan grande y dolorosa impresión causaron entre los mismos carlistas.

No era de esperar seguramente que los republicanos avanzados de Cataluña, ó más bien los federales, que proclamaban la independencia de aquel país, mostrándose más catalanes que españoles, dejaran de protestar del golpe de Estado del 3 de enero, y depusieran las armas, como dispuso Martínez de Campos, proponiéndose reorganizar la milicia; y con más heroísmo que buena dirección iniciaron la batalla en diferentes puntos, siendo fácilmente vencidos en todos con gran derramamiento de preciosa sangre; y como si no bastara la que se derramó, aun se produjeron nuevas víctimas en la misma Rambla de Barcelona al pasar por la de las Flores los prisioneros republicanos hechos en Sarriá.

Aprovechó Tristany la lucha empeñada por los liberales, acometiendo á Vich, cuyos defensores resistieron heroicamente hasta cargando á la bayoneta y á puñetazos; avanzaban sin embargo los carlistas, que se hicieron dueños desde la puerta de Roda á la de Gurp; subieron por el paseo y calle de la Fuxina, invadieron la mayor parte de la Rambla y cada vez más estrechados los liberales, se habló de parlamento: al oirlo los voluntarios y algunos nacionales, que sabían que no tenían cuartel, se opusieron; abriéndose paso se lanzaron á la plaza de Balmes y se fueron retirando hacia la montaña por la parte de Taradell, con sólo dos heridos. Viendo esto la fuerza restante, se animó parte de ella á salir, otra se atemorizó, se interrumpió el paso por las piezas y se armó tal confusión, que dió tiempo de acudir el enemigo, pudiendo pasar sin embargo los liberales, si bien con alguna pérdida.

Hiciéronse dueños los carlistas de una ciudad que no pudieron ocupar en la guerra de los siete años, ni en 1847 peleando juntos con los republicanos. quedó prisionera de guerra parte de la guarnición y se apoderaron de dos piezas Krupp, armas, caballos, pertrechos de guerra y efectos. Impusieron una contribución de 50,000 duros, incendiaron la cárcel y teatro, y derribaron las fortificaciones.

Después de este triunfo y del comportamiento de los carlistas en Vich, no se concibe el que tuvieron en Sarriá, á cuatro kilómetros de Gerona, con los bravos movilizados que defendían el fuerte, empleando con algunos un lujo de inhumanidad bárbara y repugnante. También se aproximaron los carlistas á la capital esperando les abrieran las puertas los amigos de dentro, lo que hubiera sucedido sin la vigilancia que se ejercía.

Nada impidió á los carlistas aproximarse á Cervera. romper la cañería de agua potable y ordenar á los jornaleros, bajo pena de la vida, dejasen de recolectar la aceituna, que era lo mismo que reducirlos á la miseria, pues hacia un mes que no trabajaban; al otro extremo, la liberal Rosas tuvo que pagar á sus enemigos la contribución de que se había librado hasta entonces; y al correrse aquéllos á Castellón de Ampurias, la mayoría de los voluntarios se negaron á la defensa, embarcando las armas, y

los que no las soltaron se fueron á la montaña; invadieron á escape la población algunos jinetes llevando cada uno un infante á la grupa, amenazaron con la muerte á los que no se presentasen á pagar sus cuotas, y gracias que se redujeron á dos los siete trimestres que los carlistas pedían. En poblaciones en que nunca hubieran cobrado las cantidades que imponían, pudieron hacerlo impunemente por el abandono en que las dejaron los voluntarios ó móviles, que hallaron más patriótico pronunciarse por el cantonalismo que hacer frente á los carlistas.

Manresa se salvó de una catástrofe, que la hubiera experimentado sin duda al conseguir Miret, Tristany y Baró su objeto de sorprenderla, prevalidos de la niebla; insistieron después, y á la señal que hizo la campana de la Seo, desistieron. Acudieron sobre Sabadell, llegando sus avanzadas hasta más allá de Sentmanat, pero tuvieron que retroceder sin intentar el ataque.

Continuaba la guerra con esas alternativas y vicisitudes que resisten á toda reseña: ostentábanse los carlistas en una comarca dominándola, y en cuanto se presentaba una respetable fuerza liberal la abandonaban y se guarecían en la montaña. Los 42 pueblos fortificados que tenía la provincia de Tarragona, eran el apoyo de las columnas que en ella operaban, y hubiera habido más fortificaciones si rencillas de localidad y otras causas no hubieran creado antagonismos entre algunos pueblos. Fué valioso el triunfo que obtuvo Salamanca sobre Gandesa, que quisieron fortificar los carlistas: y la reconcentración de éstos en la margen derecha del Ebro podía ser de buen resultado para la causa liberal siempre que se asegurase el paso del río para que no se trasladasen los carlistas á su voluntad de una parte á otra.

Reforzado el ejército de Cataluña y libre ya Martínez de Campos de cuidados cantonales, aunque no dejaban de preocuparle otros políticos, salió á campaña, ahuyentó á los carlistas de Vich, y admitida la dimisión que antes hiciera, regresó á Barcelona, donde se despidió de los catalanes de una manera que no podía ser muy grata para el gobierno, que le relegó á las Baleares.

No desistiendo Tristany de apoderarse de Manresa, guarnecida por dos batallones francos y cuatro compañías de América, las únicas y pocos voluntarios ó francos que cumplieron con su deber, cruzándose de brazos algunos de los restantes y dedicándose otros á cometer excesos en vez de acudir á ayudar á sus compañeros é impedir el asalto, se facilitó éste á los invasores y lo efectuaron en la noche del 4 de febrero: no desmayaron los defensores de la ciudad, y se fueron retirando á la Seo, donde se hicieron fuertes, hasta que la aproximación de la brigada Mola obligó á los carlistas á abandonar á Manresa, después de derribar sus fortificaciones, llevándose unos 60 prisioneros. Miret permaneció tranquilamente tres ó cuatro días en Igualada. Tristany, después de penetrar en Santa Coloma de Queralt, atacó á Villafranca del Panadés, rechazándole y á Miret su pequeña y valiente guarnición; los cazadores de Reus mostraron en las alturas de Albiol lo que se consigue con valiente serenidad, efectuando una ordenada retirada hacia la Selva; se ejecutaron algunas operaciones en la provincia de Tarragona, y comprendiendo Tristany la escasez de

fuerzas liberales que en ella había, emprendió atrevidos ataques y audaces excursiones y se apoderó del Vendrell; apurado Salamanca, procuró animar el espíritu público, pues trataban algunos pueblos de dejar las armas, considerándose muchos con derecho á recibir un auxilio que no estaba en la mano de los jefes ni aun del gobierno el proporcionarles, porque no había ejército bastante y no se prestaban á aumentarle los mismos pueblos: algunos de éstos pedían soldados y no daban sus quintos: pueblos que se habían distinguido como Villanueva y Geltrú, San Sadurní y Villafranca del Panadés, abrían sus puertas á los carlistas, y con el Panadés abandonado, Igualada en poder de aquéllos, libre el desfiladero de Martorell, y Vich también abandonada, se paseaban impunemente los carlistas por el llano, alarmaban á Barcelona, y algunas brigadas liberales tenían que multiplicarse para proteger á Manresa, Mataró, Gerona, Berga, San Celoni, Granollers, Sabadell, Tarrasa, Reus y otras muchas que se veían constantemente amenazadas.

En la parte opuesta, cerca de los Pirineos, no se mostraban menos atrevidos los defensores de don Carlos, insistiendo Savalls en apoderarse de Olot, salvada por el denuedo de su guarnición, y acudir en su ayuda Nouvilas. A hacerle frente se aprestó el carlista, y en el combate trabado cerca de Castellfollit, faltó acertada dirección á los liberales, se introdujo un gran desorden que dió por resultado quedar en poder del enemigo 2,300 prisioneros, 4 piezas de artillería, más de 100 caballos, gran cantidad de armas y municiones y las cajas de los fondos. A su consecuencia capituló Olot con los honores de guerra y la condición de ir á Barcelona los prisioneros, que salieron con sus armas y bagajes, entregando las 6 piezas de la dotación de la plaza y 500 fusiles de la milicia. En tres días recogieron los carlistas de la provincia de Gerona unos 10 cañones, cerca de 4,000 fusiles, sobre 200 caballos y gran cantidad de dinero.

La derrota de Nouvilas introdujo verdadero pánico en los pueblos liberales de Cataluña; dejaron las armas muchos voluntarios, abandonando la defensa de sus hogares, y hubo liberales, como los de Valls, que levantaron acta diciendo que, si guarnecía la villa un batallón le ayudarían á la defensa, y si no, abrirían las puertas á los carlistas. Como si no bastaran los apuros en que estos y otros sucesos ponían á las autoridades liberales, los aumentó una circular en la que el centro internacional ordenaba á sus correligionarios se pusieran en armas y ayudaran á los carlistas. Algunos pueblos se ostentaron más animosos ante el peligro, mostrando así lo arraigado de sus convicciones y su noble heroísmo. Probaba todo esto lo poco satisfactorio que era para la causa liberal el estado de la guerra en Cataluña. Casi abandonada la provincia de Gerona, tenían las fuerzas del ejército que evitar el encuentro con el enemigo; se carecía de tropas para batirle en el campo, y se negó autorización para hacer una campaña vigorosa en las poblaciones contra las juntas y agentes carlistas, lo cual obligó al general Izquierdo, que ejercía el mando superior del ejército en aquel distrito, á reiterar su dimisión, que le fué admitida, reemplazándole don Francisco Serrano y Bedoya. Recibieron algún impulso las operaciones militares, se neutralizaron algunos triunfos que

habían obtenido los carlistas, se evitó obtuvieran otros, se vió libre de aquéllos la comarca del Vallés y algunas otras, aunque había que fortificar varios puntos, mas como esto no se hacía tan fácil ni prontamente, ni podían acudir las columnas á todas partes á la vez, bloqueaban los carlistas distritos enteros, causando considerables daños; nada se veía libre de la saña con que se combatía, y especialmente los que guiaban pequeñas partidas que estimaban sus méritos en relación á sus atropellos y fusilamientos.

Nombrado don Alfonso general en jefe del ejército del Centro y Cataluña, se sometió á Savalls á la corrección que aquél quisiera imponerle. Podría esto ser fácil, no el que produjera los resultados que se esperaban; máxime encontrándose con que los más valientes se habían acobardado ante las amenazas de Savalls y los suyos, que vociferaban asesinatos y venganzas: mostró energía don Alfonso, volvió á entrar en España después de seis meses de ausencia por exigirlo, como dijo, el deber y la conciencia, y no querer volver hasta dejar completamente restablecido el principio de autoridad, hollado por algunos á quienes don Carlos había castigado; fué recibido con grandes muestras de regocijo, y procuró la unión de todos sus secuaces poniendo coto á abusos y rencillas.

Al regresar las brigadas Esteban y Cirlot de relevar la guarnición de Berga, constantemente asediada por los carlistas, acudió don Alfonso á su encuentro y chocaron sus fuerzas con las liberales en la sierra del Grau de Llusanés, arengando Esteban á su gente con las terribles palabras de que no se daba cuartel. Sostúvose una lucha encarnizada, peleóse en algunos puntos cuerpo á cuerpo, y hasta con los dientes; hubo horrores, y llegó á fusilarse á los que se iban á presentar, considerándolos enemigos en acción. Prolongábase aquel sangriento bregar con mutuos avances y retrocesos en un terreno de pocos kilómetros: un batallón liberal se vió en un momento prisionero y libre, y lo mismo sucedió á otro carlista que estuvo á punto de ser copado por los liberales, y al cabo de cinco horas y media, más por cansancio y falta de municiones que por vencimiento de uno ú otro contendiente, cesó el fuego, formóse en columna en el mismo campo de batalla, sembrado de cadáveres y heridos, y á no larga distancia ambos combatientes, dirigiéndose los carlistas á Alpéns, donde pernoctaron, y los liberales á Prats, con un inmenso convoy de heridos, quedando aún bastantes entre los muertos, que se fueron recogiendo al día siguiente por la tarde, habiendo perecido muchos por falta del debido auxilio. Cerca de 2,000 españoles derramaron su sangre, y liberales y carlistas se atribuyeron la victoria, pudiendo concederse á los primeros, que ocuparon el campo del combate y pasaron á Prats. Aquello no fué acción, sino una carnicería en la que el estímulo de matar era mutuo, necesitándose más valor para perdonar ó salvar una vida que para inmolarla. Sólo se hicieron 10 prisioneros, tres de ellos heridos gravemente. Fué la primera acción que reñían en Cataluña tan respetables fuerzas: llegaban á 12,000 hombres ambos combatientes.

Habían aumentado mucho los carlistas, tenían cañones y sobre 400 caballos, realzando la importancia de esta caballería los servicios que prestaba. Hostigaban constantemente á las columnas liberales, vigilaban sus

movimientos, cogían sus rezagados, perseguían sus confidentes, y cuando rara vez tenían ocasión de pelear cargaban con bravura, como lo hicieron en San Quirse, en Tordera, en Bañolas y en algunos otros puntos, si bien cargaban sobre fugitivos y se cebaban en ellos acuchillándoles, aprovechando como en Tordera la mal dirigida retirada de los voluntarios republicanos, que en vez de haberla hecho por los bosques laterales la emprendieron por la carretera, dejando entonces la caballería carlista un espacio de tres kilómetros convertido en un cementerio.

Después que don Alfonso procuró introducir algún arreglo y orden en lo mucho que lo necesitaba, atravesó desde Solsona el campo de Tarragona, y aunque hacía 15 días que sabían las autoridades liberales que iba á pasar el Ebro por Flix, le pasó sin dificultad por el mismo punto con el batallón de zuavos, otro formado de desertores y prisioneros liberales, una batería de montaña y el 5.º escuadrón de Cataluña.

La marcha de don Alfonso no mejoraba para los liberales la situación de Cataluña, donde se encontró el general Serrano Bedoya con que era un obstáculo á sus buenos intentos la asociación internacional, exótica de origen, que mataba el trabajo pretextando favorecer al obrero, y arruinaba la industria poniéndola en pugna con el capital: procuró inutilizarla disolviendo las sociedades obreras y de trabajadores, aunque entre ellas no las había culpables, lo cual no se cuidó de deslindar atendiendo al principal propósito, que era impedir la ayuda que de muchos recibían los carlistas, prolongando con la guerra civil los males de la patria; así adquirió aquella lucha tan grandes proporciones desde los Pirineos Orientales al Mediterráneo, desde el golfo de Rosas á los ríos Noguera-Ribagorzana, Cinca, Algas y Cenia. Allí, en la margen de todos los ríos, en la cumbre de todas las montañas, hasta en las fértiles llanuras que riega el Ebro y baña el mar, merodeaban los carlistas, penetraban en poblaciones importantes, sacaban recursos de toda especie y eludían toda persecución, á no convenirles caer sobre alguna columna descuidada ó mal dirigida.

La guerra en esta parte de España tuvo un carácter especial que la distingue y no consiente de ninguna manera la comparación con la de las provincias vascas, aun cuando allí se reunieran tantan fuerzas como en éstas. Más subordinados los vascongados, se prestan á la obediencia y forman ejército; en Cataluña le costó la vida al conde de España cuando empezaba á conseguirlo. Se reunían algunas partidas para un golpe determinado, pero se disolvían en seguida, riñendo las más de las veces por el reparto del botín.

Los elementos disolventes que abrigaban los carlistas no se aprovechaban por parte de los liberales, no podían aprovecharse de la manera como se hacía la guerra, aun cuando no se arbitrara otro medio. La provincia de Tarragona, de tan grande extensión y atravesando el Ebro una parte de ella, sólo contaba con una brigada de escasa fuerza, y hubo que ir aumentando las fortificaciones, obligando á muchos pueblos á levantarlas, establecer telégrafos, rondas, y se organizó al fin la columna del Panadés, de unos 630 infantes y 50 caballos.

En las provincias de Barcelona y Gerona estaban las brigadas Esteban y Cirlot que obraban activas; buscaban con afán al enemigo, se batían

bien, se dispersaban, y luego, careciendo la montaña de bases de operaciones, tenían que dirigirse á Granollers, Manresa ó Barcelona para depositar los heridos y municionarse. Era imposible la persecución y el evitar que se rehicieran los carlistas. Hacían falta más tropas, y mal podía enviar el gobierno lo que no tenía, pues ya vimos lo que tuvo que hacer para formar el tercer cuerpo de ejército en el Norte.

Los somatenes no dieron resultados; no impidieron las correrías de Castells, y muchas de las armas de aquéllos fueron á poder de los carlistas. La guerra duraba cuando constantemente se anunciaba su fin, y hasta se proponía la neutralidad de una población para depósito de prisioneros.

Para sacar las ventajas naturales de aquella situación, procuró don Alfonso unificar las operaciones en el Centro y Cataluña; pero se vió contrariado por la resistencia de los catalanes en ayudar á sus compañeros de aquende el Ebro, lo cual produjo nuevas disidencias. Llegó por entonces Lizárraga, trabajó para conciliar voluntades; mas necesitaba borrar feroces instintos como los de que hizo alarde Savalls, fusilando el 17 de julio en Llayers é inmediaciones de San Juan de las Abadesas á 200 prisioneros, renunciando por nuestra parte á presentar los horribles detalles de aquella espantosa y cruel carnicería, condenada por los mismos carlistas, avergonzados de tan inhumana ferocidad, de tanta barbarie. Las represalias, que sólo consiguen aumentar los horrores de la guerra, eran imposibles; contra ellas suplicaron Nouvilas y los que con él estaban prisioneros, y les había salvado la suerte.

Al sustituir el general López Domínguez en el mando de Cataluña al general Serrano Bedoya, acudieron ambos á salvar á la brigada Cirlot, encerrado y bloqueado en Olot, consiguiéndolo al fin. Conjurado este peligro, renació otro. Con osada astucia se apoderaron los carlistas de la ciudad y fuertes de la Seo de Urgel guarnecidos con unos 50 cañones, haciendo además prisionera una gran parte de la guarnición cuando se retiraba á Puigcerdá con menos previsión que la que tuvieron los voluntarios republicanos, que al retirarse tambien de la Seo supieron eludir el encuentro con sus enemigos.

La pérdida de la Seo y el apresamiento de la mayor parte de sus defensores consternó á Puigcerdá, cuyo peligro era evidente. No tardaron en acudir sobre ella los carlistas, atacándola con la gruesa artillería de que disponían: intentaron asaltos que fueron valerosamente rechazados; apelaron los sitiadores al incendio, mas nada disminuía la valerosa decisión de los sitiados, que supieron resistir hasta que, días después, las fuerzas enviadas en su auxilio vencieron bizarramente á las que en bien escogidas posiciones intentaron impedirlas el paso. Desordenadamente se retiraron los vencidos hacia la Seo de Urgel unos y en dirección de Ripoll otros.

El combate no pudo estar peor sostenido por parte de los carlistas. Hubo momentos en que Savalls se consideró perdido. A favor de la niebla rebasaron dos batallones liberales la línea carlista, dejándola á retaguardia, y en ella se hallaba aquel jefe, que al verse, disipada la niebla, entre dos fuegos, pudo escapar favorecido por los que le acompañaban que se batieron bien, vendiendo sus vidas por la de su caudillo.

Los liberales obtuvieron un triunfo de gran valer y salvaron á Puigcerdá, donde entraron en la tarde del 5 de setiembre, descansaron el 6, relevada la guarnición de aquella villa, que á los títulos de *insigne, fidelísima y heroica,* añadió el de *siempre invicta,* que le fué concedido; marchó el 7 el general López Dominguez á pernoctar á la Pobla de Lillet y siguió á Berga, sufriendo mucho el soldado en el camino por el temporal de aguas.

Desde el 21 de agosto hasta el 2 de setiembre, lanzaron los carlistas sobre Puigcerdá 747 proyectiles, sin causar una muerte; sólo algunas heridas y contusiones.

En la defensa de Puigcerdá tomaron parte hasta las mujeres, y todos cumplieron con heroísmo bajo la acertadísima dirección de su gobernador militar don Andrés Molera, que ya había logrado distinguirse en la anterior guerra civil por su bizarría.

Los carlistas derrotados en Castellar de Nuch, se corrieron al llano exigiendo contribuciones en varios pueblos, llegando hasta muy cerca de Barcelona. Los liberales, después de relevar la guarnición de Berga y atender á la ermita de Nuestra Señora de Queralt, continuaron operando, se recuperaron algunos pueblos de que se habían apoderado los carlistas, y queriendo éstos enseñorearse á su vez de Igualada y de Vich, lo intentaron, mas no con buena fortuna, aunque les ayudó en un principio para ocupar de noche y merced á amistosas connivencias, una gran parte de Vich.

Dió el general López Domínguez nueva organización al ejército de Cataluña, se salvó á Amposta, apretada por los carlistas, se libró en Castellón de Ampurias la más sangrienta batalla que había tenido lugar en Cataluña en la presente campaña, experimentando los liberales una completa derrota, si bien no pudieron batirse mejor, ni hacer más, los derrotados. Los dos cañones Krupp y toda la impedimenta de la columna del brigadier Moya quedaron en poder de los vencedores, que tuvieron razón en celebrar esta victoria que aseguró además el prestigio de Savalls, muy decaído desde su fracaso en Puigcerdá y Olot.

Cada vez más lamentable la situación de esta parte preciosa de España, tuvo el capitán general, al finalizar el año 1874, que crear el somatén armado obligatorio en los pueblos del bajo Llobregat, llano de Barcelona y costa de Levante, organizando también milicias locales en muchos pueblos. Todo esto se necesitaba.

En el Centro llegaron los carlistas hasta Albacete, de cuya ciudad se apoderaron por capitulación después de haber opuesto sus defensores pequeña resistencia. Con buen botín de fusiles, cartuchos, 40 caballos y 30,000 duros, continuó Santés sus atrevidas algaradas, marchando dos veces á Chelva: al otro extremo invadía Vallés de nuevo á Caspe, atemorizado por el cura de Flix; aumentaban en número los carlistas, pero carecían de armamento y de unión, impidiendo esto efectuar operaciones importantes, limitándose cada cual á obrar por sí y ante sí, sin tener otra mira que la de esquivar el encuentro con el enemigo, por temor á un fracaso. Cucala invadió á Liria; Vallés se atrevió á intimar la rendición á Castellón de la Plana, contentándose con establecer el bloqueo y cortar

las aguas, y para indemnizarse Santés de la pérdida momentánea de Chelva, después del combate de la Salada, efectuó nuevas excursiones, fructíferas como todas, merodeando en cuatro provincias y por extensas llanuras, á la vista de tres columnas, fuerte cada una de suyo, y mejor armadas. Recogió muchos miles de duros y ganado de todas clases, y se llevó rehenes, sufriendo los moradores de aquellas comarcas, en cuatro meses, por las correrías de Santés, más que en todo el tiempo que duró la anterior guerra.

Vinaroz, rica población murada, con más de 10,000 habitantes, puerto de mar, á 10 leguas de la capital, con reductos avanzados y cañones y con una guarnición de unos 600 hombres, cayó en poder de los carlistas, facilitándoselo la traición; si bien al efectuar el asalto las fuerzas de Segarra, se trabó un encarnizado combate dentro de la plaza. Apoderáronse los carlistas de 7 piezas de artillería, cerca de 800 fusiles, de 300 escopetas y multitud de pertrechos de guerra, exigiendo el pago de tres trimestres de contribución. Imposible la conservación de este punto por los carlistas, que podía reconquistar fácilmente un vapor de guerra, derribaron sus fortificaciones, y Vallés impidió á Cucala el saqueo que preparó reuniendo su gente y muchos carros para caer desde Benicarló sobre aquella población, experimentando Amposta la rapacidad para la anterior preparada.

Si Marco pudo ostentarse ufano en Caspe, pronto le hizo Despujol pagar su audacia, sorprendiendo á su gente, á la que causó más de 200 bajas, añadiéndose á esta pérdida material, la producida por el descontento de muchos, que dió el resultado de disolverse los batallones aragoneses. Grandes esfuerzos hizo el caudillo carlista para remediar este fracaso; pero había entre sus fuerzas elementos disolventes y traidores.

Por la parte de Valencia efectuaron los carlistas una fructífera algarada á la ribera, y entraron en Sueca; consideróse en peligro Requena, por lo que se ordenó á Calleja se acercase á aquella población, y como esta brigada estorbaba á los carlistas, fueron contra ella, chocaron en Minglanilla, desplegó oportunamente el liberal su caballería, vomitaron fuego sus cañones, se introdujo la confusión y el espanto en el campo enemigo, retrocedieron súbitamente sus jinetes atropellando á la infantería, á la que causaron grandes pérdidas; vieron la imposibilidad de tomar las posiciones liberales, y como la carretera de las Cabrillas es una verdadera fortificación por sus escollos y parapetos, no pudiendo ser flanqueados, tuvo que retroceder Palacios á tomar las alturas del puente de Contreras. Santés culpa á este su compañero de la mala disposición del combate, en el que hubo gran confusión y desorden, que supieron aprovechar los liberales: si bien los honores de aquella acción fueron para Cucala, que á la cabeza de su gente, la guió con más arrojo que pericia, peleando rudamente, dándose tres cargas de caballería y ocupando los carlistas las posiciones de los liberales, que tuvieron en este choque más de 100 bajas y sobre 40 prisioneros, no siendo menores las que por todos conceptos tuvo Cucala, que quedó gravemente herido.

Disuelto el ejército del Centro y dada nueva organización á sus fuerzas, operaron con actividad algunos jefes; pero no armonizaban los movi-

mientos ni obedecían á un plan combinado; á haberle se hubieran obtenido otros resultados, porque había menos orden aún en los carlistas. A las rivalidades que suscitó Santés, añadióse el que se le culpara la falta de cumplimiento de la orden que recibió de don Carlos para que marchase hacia Madrid á fin de cortar las aguas del Lozoya y llamar la atención del gobierno liberal durante el sitio de Bilbao; y en vez de ejecutarlo así, mandó la caballería á forrajear á Segorbe, donde fué sorprendida el día de Viernes Santo: estas y otras cosas indujeron á Palacios á destituirle y arrestarle, deshaciendo la numerosa brigada que tantas y tan atrevidas algaradas había ejecutado. Quiso Palacios poner á raya las partidas, pues donde se establecía el orden desertaban sus individuos á otras, acto que castigaba con 25 palos, y aunque contuvo muchos abusos, eran más los que se necesitaba corregir, y su falta de energía dejó impunes algunos crímenes.

Aunque Cantavieja no tenía la importancia que en la guerra de los siete años, era muy útil á los carlistas, que la convirtieron en una especie de cuartel general y escuela de instrucción; acudió Despujol á apoderarse de ella, mas tuvo que retirarse, considerando ya los carlistas como segura la posesión de aquella plaza, cuyas obras completaron y mejoraron. Weyler enviaba desde Valencia alguna caballería en persecución de las partidas que merodeaban por Alicante y Murcia, y él salió de la ciudad del Cid contra los enemigos, con los que trabó combate en Domeño, tomándoles sus posiciones. La Guardia tuvo otro encuentro en las inmediaciones de Borriol con Vizcarro y Cucala; la importante población de Chiva fué invadida por los carlistas; destinado el general Montenegro á operar en la provincia de Valencia, peleó en el difícil paso de la Salada, donde el carlista se le interpuso para que no llegase á Chelva; sostuvo después en Domeño rudo combate, auxiliados los carlistas por la naturaleza del terreno y las enormes piedras y cortaduras con que le interceptaron, y siguió adelante; se solía seguir venciendo en todos los encuentros; pero el estado de la guerra en aquella parte de España continuaba siendo el mismo si no peor para la causa liberal, porque ya sumaban las carlistas del Maestrazgo y Valencia sobre 10,000 hombres, si bien carecían no sólo de organización, sino hasta de armamento, de instrucción y de recursos.

A organizar la guerra y á los que en nombre de don Carlos la sostenían en el Centro, se presentó don Alfonso, dando el 23 de mayo en Flix una orden general en la que decía entre otras cosas, que iba resuelto á corregir las faltas ó delitos, dejando sólidamente restablecido el principio de autoridad y la disciplina, sin consideración humana que le apartase del camino que la justicia y su conciencia le dictaren. Iba indudablemente don Alfonso animado de los mejores deseos, con esos levantados sentimientos que se tienen en la juventud: pero no conocía á los hombres que pretendía subordinar, ni se rodeó tampoco, salvo honrosas excepciones, de consejeros entendidos y discretos. Todo esto y mucho más era necesario, cuanto que el mismo don Alfonso, que vió que «el entusiasmo del país era indescriptible y bueno el fondo del ejército, pero que los jefes estaban como perros y gatos, y con pocos días que hubiese tardado todo se hubiese deshecho,» se propuso armonizar á todos. Destituyó á Vallés,

autorizó duros castigos, produjo grandes disidencias, se aumentaron las anteriores, y la causa carlista nada ganó con el mando del nuevo jefe. Fué desventajoso para ellos el combate sostenido en Gandesa, que puso en triste evidencia al director militar de don Alfonso. Dobles en número los carlistas y esperando éstos en buenas posiciones, no se ostentaron allí ni los más rudimentarios conocimientos estratégicos. El combate sostenido días después en las inmediaciones de Alcora, no dió más resultado positivo que el derramamiento de preciosa sangre. Recorrió don Alfonso diversos pueblos de las provincias de Castellón y Valencia, estuvo en Segorbe y en Chelva, revistó todas las fuerzas, se encontró con que apenas ascendían las de Valencia á 8,500 infantes y 600 caballos, no muy ordenadas, pues á no existir este defecto, siendo como eran superiores en número á las liberales, que apenas tenían más que una columna para operar contra sus enemigos, no hubieran necesitado éstos internarse en las montañas para evadirse de la persecución de Montenegro, que tenía á la vez que atender á las excursiones de las fuerzas de Cucala, que no dejaron muy gratos recuerdos en pueblos como Almazora, Burriana y Villarreal, llegando á intentar apoderarse de Castellón de la Plana, cuyo bloqueo establecieron.

Recomendada á don Romualdo Palacio la capitanía general de Aragón, púsose á la cabeza de las tropas que habían de conducir numeroso convoy á Morella y Alcañiz. Al saber Marco el intento del liberal, se propuso impedirlo en las posiciones de la Pobleta, y dado caso que llegase á Morella, bloquearle, puesto que el país estaba dominado por los carlistas, y después batirle á su salida, por ser inmejorables las posiciones que podían escogerse en aquel terreno accidentado. Trabóse en efecto el combate en la Pobleta; sostúvose bien la pelea por una y otra parte, pero fueron vencidos los carlistas y los vencedores entraron en la Pobleta y el mismo día en Morella, cuya guarnición les recibió con entusiastas aclamaciones. Trataron los carlistas de indemnizarse con la toma de Teruel del fracaso de apoderarse del convoy destinado á Morella, pero la defensa que hicieron los liberales de la ciudad fué valiente, y si hubo carlistas que abrieron boquete en la muralla exterior, y otros que atravesando rápidamente el espacio que mediaba entre las casas del arrabal y la muralla colocaron en ella dos escalas, unos quedaron prisioneros y otros muertos. Culpóse á Marco de faltas cometidas por Villalain y otros, y se le prendió, lo cual fué origen de hondas disidencias; y para indemnizar don Alfonso el fracaso de Teruel, pensó apoderarse de Cuenca, por lo que reunió las fuerzas de Valencia, del Maestrazgo y de Castilla, una batería de montaña y cerca de 300 caballos.

Al saberse en Cuenca que los carlistas estaban en la Cierva, á 26 kilómetros, cundió la alarma; los liberales que habitaban la parte baja de la ciudad desalojaron sus casas, refugiándose dentro de la ciudad fortificada; se reconcentraron en la plaza Mayor las autoridades y las fuerzas que se distribuyeron convenientemente; se avisó al gobierno y al capitán general del distrito, y con oportunidad, porque á poco fué cortado el telégrafo, y se aprestó la autoridad militar á resistir cuanto le fuera posible.

Acercáronse aquella noche los carlistas á la plaza, tomaron buenas po-

siciones, y al amanecer del 13 comenzó el ataque, extendiéndose á poco el fuego por toda la línea, sosteniéndole con tesón unos y otros combatientes. Continuó el fuego y las peripecias de lá acometida y la defensa hasta las siete de la tarde, en que, previa la petición de parlamento, intimó Freixa la rendición, contestando La Iglesia que no se rendía; prosiguió el fuego toda la noche, avanzando terreno los sitiadores; con el alba del 14 efectuaron un asalto general, arrojando al mismo tiempo granadas sobre la ciudad; fué valerosamente rechazado y lo fueron los zuavos, que audazmente atravesaron después sigilosamente el Huécar por cerca de su desembocadura en el Jucar, para atacar por la espalda á los defensores de la puerta de Madrid é Instituto, obteniendo el mismo éxito las tentativas hechas por la calle del Agua y otros puntos; consideran imposible algunos carlistas la conquista de Cuenca, se obstinan otros en ella, se dan terribles órdenes para el asalto, prosigue el ataque, y contando los sitiadores con inteligencias y buenos amigos en la población, penetran en la calle de la Moneda; se traban combates heroicos esperando la pronta llegada del debido socorro; pero no acudía éste, engrosaban los carlistas, se hacían inútiles los denodados esfuerzos de los liberales, pidió La Iglesia parlamento, cesó el fuego por ambas partes; esparciéndose la voz de que los carlistas no daban cuartel, mandóse romper nuevamente el fuego; gritaron aquéllos no se hiciese, que había cuartel; se fueron acercando los pocos defensores que aun rodeaban á su jefe, y en breve se vieron acorralados y prisioneros, no habiendo lugar para capitulación alguna.

El botín fué considerable: cuatro piezas de artillería, más de 800 fusiles y carabinas y gran cantidad de municiones. Excedió de 800 el número de prisioneros (1), inclusos muchos paisanos, á los que se prendió arbitrariamente. La pérdida de los carlistas se ha hecho ascender á cerca de mil entre muertos y heridos. La gloria que pudieran haber adquirido con su triunfo, la eclipsaron con los excesos y asesinatos que cometieron. Los incendios que produjeron no tenían más objeto que destruir y hacer daño. Ni la prudencia, ni la generosidad, ni la nobleza siguieron á la victoria. Cuenca pudo y debió haber sido auxiliada: las tropas que guiaba el general Soria Santa Cruz, á las que se unieron las de Araoz y Fajardo, formaban todas un contingente de 7,000 hombres con seis ú ocho piezas de artillería rodada. Justos y no desmentidos fueron los cargos que se dirigieron al poco activo jefe de aquellas fuerzas.

Lisonjeado don Alfonso por el resultado obtenido en Cuenca, aspiró á mayores empresas: reunió en Jérica gran parte de los carlistas de Valencia y del Maestrazgo, y fué á atacar á Teruel, de cuyo sitio le obligó á desistir la columna liberal que acudía en auxilio de aquella plaza. Ya no se veía aquel país tan desatendido, porque se organizó un ejército compuesto de cuatro divisiones, fuertes cada una de ocho batallones, con su correspondiente dotación de caballería, artillería y cuerpos auxiliares, se dió á don Manuel Pavía el mando en jefe, y mientras éste se aprestaba á operar, atacaban los carlistas á Alcañiz, á pesar de estar fortificada, guar-

(1) 700 de éstos fueron á poco rescatados por las fuerzas que mandaba el coronel Lasso y Cobo.

necida y artillada, por lo que fueron infructuosos los esfuerzos que hicieron los sitiadores, que se retiraron hacia Valencia á la vez que Pavía se dirigía á Aragón. Trataron los carlistas de esta tierra de molestarle en su marcha á Morella por la Cogulla y la Pobleta, mas les venció el jefe liberal y siguió adelante. Relevó la guarnición de Morella y atendió á sus necesidades; corrió hacia Valencia en busca de don Alfonso, quien por su parte no rehuía el combate y tomaba posiciones en Vistabella; aquí se dispuso á atacarle Pavía, y éste, al empezar el movimiento, supo su relevo por el general Jovellar y dejó el mando (1).

Tuvo lugar por este tiempo una atrevida excursión carlista, guiada por el distinguido joven oficial que fué del ejército don Miguel Lozano y Herrero, que saliendo de Chelva con 500 infantes y unos 40 caballos, atravesó el Cabriel, penetró en Casa Ibáñez, Alcalá del Júcar, Tobarra, Hellín y Lorca, prosiguiendo su atrevida expedición sin que nadie le interrumpiera; cruzó los ríos Munda y Segura por el puente de Agramont: en Jumilla, su pueblo natal, le recibieron con verdadera ovación; abriéronle sus puertas Aspe y Elche, donde se le unieron más de 200 voluntarios, así como en Orihuela, cuyos pobladores carlistas le recibieron con repique de campanas y vítores; hizo frente en Cieza á sus perseguidores, peleando con bravura, y no llevaba la peor parte en la lucha cuando le avisaron la llegada de otra columna á retaguardia, y se retiró á Jumilla, y de aquí á Yecla y Bogarra. Abandonado por la fortuna, que hasta entonces le había sonreído, y permitiéndose ó permitiendo inútiles y bárbaros fusilamientos, siguió en mal estado hasta el límite de la provincia de Albacete, muy mermada ya su gente, y aunque podía considerarse seguro marchando á su punto de partida, se creyó en el deber de ir al Norte á dar cuenta á don Carlos de su algarada, se separó de su fuerza con algunos oficiales que no quisieron abandonarle, y conocido y preso en Linares, fué sentenciado á muerte, sufriéndola con valor sereno y resignación cristiana. En un mes recorrió cuatro provincias y recaudó un millón de reales.

Más experto Cucala y con cuádruples fuerzas, efectuó otra expedición lucrativa de siete días, no aventurándose adonde no pudiera tener segura la retirada. Aunque entró en poblaciones como Onteniente, Alcoy y Almansa, no obtuvo buen resultado y cometieron punibles excesos sus insubordinados voluntarios.

Viendo don Alfonso la imposibilidad de organizar los carlistas del Centro y ofendido por la separación de este ejército del de Cataluña, lo cual destruía sus planes, pidió á su hermano licencia para marchar al extranjero, y concedida, se despidió en Gandesa de sus tropas. Quedó Velasco á su frente, teniendo que acudir presuroso á contener á Jovellar, que saludó al ejército el 25 de octubre en Castellón, invadió el Maestrazgo, llegó á puntos que se creían inaccesibles, destruyó fundiciones y parques de artillería, fortificaciones y hospitales, cogiendo cañones y muchos efec-

(1) Los generales Pavía y Serrano Bedoya han publicado sendos folletos sobre las causas que motivaron la divergencia de ambos, como jefe del ejército del Centro uno y ministro de la Guerra el segundo, de todo lo cual y de diferentes sucesos relacionados con la guerra del Centro, se dan pormenores en la *Historia Contemporánea.*

tos, lo cual era un mal principio para el mando de Velasco, que pudo haber obtenido un valioso triunfo en Bechi, si hubiera estado bien dirigida y mejor ejecutada la sorpresa. No preparó mal el ataque á la brigada Despujol, dividida en Culla, Arés y Villafranca del Cid, y aislada de las demás fuerzas que operaban en el Maestrazgo; Cucala y Gamundi cayeron por diferentes puntos sobre los liberales, inferiores en número, obligó Gamundi á sus contrarios á abandonar el pueblo, dejando algunos prisioneros y la brigada de equipajes; viéronse perdidos los liberales, envueltos por todas partes y sin poder retroceder al pueblo; pero el desorden con que peleaba la gente de Cucala y la brillante carga que dió la caballería de Despujol, dió paso á la columna liberal, que pudo seguir á Morella.

Proponíase Velasco contener la insubordinación de su gente y los desmanes de algunos jefes, cuando fué relevado por Lizárraga, al que entregó el mando en jefe en San Mateo el 6 de diciembre, quedándose con la comandancia general de Valencia y del Maestrazgo que antes ejercía. Procuró Lizárraga organizar y entusiasmar á su gente; envió el dinero recaudado por Lozano en su expedición, para comprar 4,000 fusiles y una batería Whitworth; encomendó á Vallés recorrer las provincias de Guadalajara y Cuenca; á Gamundi operar por Calatayud y Daroca, recorriendo Lizárraga el Maestrazgo y Valencia; moviéronse activas las fuerzas liberales para inutilizar estas excursiones, abundosas en desastres, y como si éstos no fueran bastantes, decretó Lizárraga la destrucción de los ferrocarriles de Zaragoza y Valencia, para lo cual comisionó partidas que no causaron todos los destrozos que se les ordenara, por evitarlo la actividad y vigilancia de las columnas liberales. Proponíase Lizárraga conseguir por el terror lo que no podía por otros medios, no obteniendo el resultado que esperaba para hacer de este modo más lisonjera la situación de los carlistas en el oriente de España al terminar el año de 1874.

En Andalucía y en Extremadura se continuaban haciendo grandes esfuerzos para provocar la guerra civil; en Castilla la Nueva no dieron otro resultado las algaradas de Villalain que vejar á los pueblos y el escandaloso proceso que se formó á aquel caudillo: el joven don Amador Villar, procedente de ingenieros, púsose al frente de una columna más numerosa que bien organizada, por los elementos de que se componía, y efectuó con ella movimientos atrevidos, penetrando en poblaciones importantes, sin que fueran obstáculo á sus correrías el Guadiana, el Bullaque y el Guadalupe, sabiendo eludir con pasmosa actividad y no común inteligencia la persecución más activa, hasta que en Piedrabuena le destrozó la columna del coronel Melguizo, quedando en su poder 200 prisioneros; en Castilla la Vieja operaban más de 3,000 infantes y 200 caballos, si bien muchos de aquéllos eran mozalbetes y armados no pocos con palos; se llevaban de estos reclutas á Vizcaya; produjo esto reclamaciones, disgustos y graves disidencias que esterilizaban los esfuerzos de las juntas, y aunque en Asturias y Galicia iba aumentando el movimiento carlista, á pesar de las dificultades con que luchaban para reunir armas y lo poco que hacían las juntas, las rivalidades entre los mismos carlistas eran uno de los mayores obstáculos que se oponían para la organización de sus fuerzas. Merodeaban algunos partidarios que reclutaban mozos, se invadieron

poblaciones como Ribadesella, pero no prosperaba la causa carlista en aquella región, ni se pudieron ejecutar los infinitos planes que se formaron, aun cuando para la ejecución de algunos se reunieron fondos y se invirtieron en distinto objeto para el que se habían pedido.

CAPÍTULO IV

Mando de los generales Zavala y la Serna.—Pronunciamiento alfonsino
Pacificación del Centro y Cataluña

Poco preocupados los carlistas del Norte con lo que en el Centro pasaba, se consideraban suficientes para vencer y se atrevían á sitiar y bombardear poblaciones como Hernani y Guetaria, á las que se pudo atender algún tanto, gracias á no haberse realizado el proyecto que tuvo Concha de retirar las tropas liberales de la línea de Hernani á Irún, á lo que se opuso la junta de armamento y defensa de San Sebastián. Ésta comenzó en seguida á ejecutar las fortificaciones que se necesitaban para asegurar la conservación de tan importante línea, que, á haber sido abandonada, hubiera experimentado la causa liberal un terrible golpe.

Concha tenía la seguridad de derrotar á los carlistas y acabar la guerra: su muerte variaba las condiciones de ésta, porque era un valioso triunfo para aquéllos. Año y medio hacía que empezaron la lucha 27 hombres; antes de un año sólo pudieron reunir tres batallones en la frontera para recibir á don Carlos, y ahora, el 20 de julio de 1874, al pie del Monte Jurra, en una extensa llanura inmediata al monasterio de Irache, revistaba, con doña Margarita, 28 batallones de distintas provincias, 7 escuadrones y 3 baterías de montaña, formando un total de más de 20,000 hombres. Aun había algunos miles más en Vizcaya y en Guipúzcoa.

Por entonces se empezó á organizar perfectamente la artillería, teniendo para montaña los cañones ligeros y de grande alcance de Whitworth, de á cuatro, que, aunque no tan excelentes como los de Plasencia, eran buenos, y para batalla y sitio los Woolwich de á ocho y los Wavasseur de á siete, reuniéndose á principios de julio, sólo en el Norte, más de 50 cañones, entre los desembarcados, los cogidos á los liberales y los hechos en Azpeitia y Arteaga. Esta artillería se aumentó á poco con cerca de 100 piezas; y como contaban los carlistas con unos 30 jefes y oficiales del cuerpo de artillería, se crearon baterías montadas y de montaña. Dirigía esta arma don Juan M. Maestre, que montó talleres, fábricas de fundición, de proyectiles, de elaboración de cartuchos, de cureñajes y de cuanto era necesario.

Lisonjeados los carlistas con la victoria que acababan de obtener en los campos de Abarzuza, les satisfizo el triunfo, y no se atrevieron á seguir tras el lastimado ejército liberal: prefirieron fortificarse en su territorio, estableciendo líneas militares y aislando á las capitales en ellas enclavadas. Se enviaron á sus respectivas provincias algunas fuerzas; se permitió la rebaja del servicio para hacer la recolección de cereales, y en cuanto á operaciones militares, se inició una inamovilidad enervante. Y era cuando más elementos reunían, porque ningún jefe liberal tuvo á su frente en el

Norte tan numeroso ejército carlista, y nunca, sin embargo, se disminuyeron más las fuerzas liberales.

A reemplazar al marqués del Duero corrió el de Sierra Bullones, encontró al ejército en Tafalla, le reorganizó, infundió energía en su espíritu, afirmó la disciplina y atendió á constituirse sólidamente. Avanzó haciendo entrar en línea al primer cuerpo, situándolo en Arjona, Larraga y Lerín; y marchando con el segundo hacia Logroño, emprendió el irremisible trabajo de formar almacenes de víveres y municiones, y solidificar su base de operaciones. Las necesidades de la guerra en el Centro y Cataluña, y otras atenciones, habían disminuído considerablemente el ejército del Norte, hasta el punto de tener que limitarse Zavala á una defensiva activa hasta recibir refuerzos y organizar un tercer cuerpo, que le permitiera tomar la ofensiva. No dejó por esto de acudir á cuantas necesidades tenían sus tropas y el territorio donde operaba, como á hacerse respetar de sus enemigos: introdujo numerosos convoyes en Pamplona; no recuperó La Guardia, porque no entraba en su propósito entablar un sitio, ni distraer las fuerzas separándolas de la línea del Ebro, dando lugar á que los carlistas realizasen sus proyectadas expediciones, ganando una delantera que no podría recuperarse, y persuadido de que sus enemigos no querrían ni podrían conservar La Guardia, como así sucedió, y atendió á abastecer á Vitoria, como lo hizo, para asegurar este importante punto estratégico. A la vez, de orden del general en jefe, vencía Moriones en Oteiza á los carlistas, cuya derrota no les afectó mucho, preparándose para nuevas empresas y ocupándose especialmente en estrechar el bloqueo de Pamplona. Pérula efectuó una atrevida excursión á Calahorra, burlando la vigilancia del primer cuerpo de ejército, que confió demasiado, y Zavala arrojó más allá de Tuyo á los carlistas que pretendieron estorbar el paso del convoy que condujo hábilmente á Vitoria, continuando en su línea el ejército del Norte, único amparo de la causa liberal. Tenía aquél que rehacerse é imponerse para que el país y su gobierno se sobrepusieran de la grave situación que atravesaban: y sin la enérgica y acertada dirección que se le dió, sin conducirlo de modo que su enemigo no aprovechara las ventajas que había conseguido y en que estribaba la verdadera ciencia militar, las consecuencias hubieran sido funestas irremisiblemente; porque dado el propósito de llevar los carlistas la guerra al interior, no hubiera sido posible orden ni administración alguna, ni se habría sacado la quinta que sirvió después para terminar la guerra. España entera adquirió tan profunda convicción de estas verdades, que se la vió, con asombro de los hombres pensadores, reducirse voluntariamente á la obediencia, sin que fuese menester dictar providencias enérgicas para castigar desmanes que no se repitieron. En perfecta armonía en estas penurias, y dado por supuesto que nada había sucedido que obligase al ejército á retraerse ni á dudar de su poder, fortificó su base de operaciones, proveyó sus almacenes, creándolos, condujo convoyes importantes, se constituyó con la solidez que le faltaba, campeando con bizarro desahogo, venciendo las dificultades que se le opusieron, y hasta manifestando, que si no tomaba la ofensiva, en realidad imposible, era por hallarse ocupado en el más grave de los empleos, en afirmar sus comunicaciones y su línea de

partida, sus hospitales, sus parques, sus subsistencias, primera necesidad de todo cuerpo de tropas, pero de las que no halló ni rastro siquiera cuando tan gentilmente entró en línea, partiendo de Tafalla y dominando el terreno de sus operaciones desde Pamplona á Vitoria, asegurando también á Bilbao de otro sitio necesitado de pronto remedio. Para saber estimar lo que el ejército del Norte hizo en 40 días, débese tener en cuenta que el general Concha levantó todas las guarniciones, y fiando á un solo golpe el resultado que se proponía, no se ocupó de establecer ni consolidar su base de operaciones.

Motivos políticos indujeron á Zavala á dejar la presidencia del Consejo de ministros y el mando del ejército, que era lo que más le lisonjeaba, y con el que confiaba, una vez recibidos los refuerzos que se le destinaban, penetrar en el país dominado por los carlistas y derrotarlos, no permitiéndose vagar hasta conseguirlo. Reemplazóle don Manuel de la Serna, que no pudo emprender por el pronto operación alguna, hasta que para auxiliar el paso de un convoy que se ofreció llevar Moriones á Pamplona, se movió sobre los Arcos. Efectuóse perfectamente la operación, y no suponiendo la Serna que se detuviese Moriones en la capital de Navarra un día más de lo convenido, se retiró de los Arcos sin trabar combate con el enemigo. A haber tenido fuerzas suficientes, la reunión de todos los carlistas en el Carrascal habría permitido al ejército un movimiento de avance rápido, caer sobre Estella indefensa, y continuado hasta tomar posición en Puente la Reina.

Marchó, pues, Moriones á Pamplona y tuvo que reñir ruda pelea con los carlistas en Biurrún, no quedando victorioso, aun cuando pasara el convoy en su mayor parte. A ser otro el comportamiento de algunos liberales, no triunfaran sus enemigos. Hubo incidentes notables, de heroísmo unos y de amilanamiento otros, y momentos en que el ejército liberal pudo haber obtenido una excelente victoria ó experimentado un terrible desastre. En amargo llanto prorrumpió un general y si no fué por flaqueza propia ó debilidad de su gente, lamentaría quizá lo adverso de su fortuna.

Al regresar Moriones de Pamplona, peleó de nuevo con los carlistas que le esperaban en excelentes posiciones paralelas, de que aquél se fué apoderando hasta el monte de San Juan. En esta posición, si bien hubo fuego, no le sostuvo el liberal más que el tiempo preciso para replegar sus fuerzas, ya dueño de dicho monte, que defendió hasta que las que marchaban por la carretera llegaron y tomaron posiciones en los pueblos casi unidos de Barasoain y Garinoain, desde donde destacó una división á Pueyo. Esta retirada por escalones, perfectamente ordenada por un terreno dispuesto favorablemente por la naturaleza, y en un trayecto de poco más de una legua, no ofrecía á los carlistas ocasión de lastimar á los liberales, mayores también en número, teniendo sus enemigos 11 batallones, cuatro escuadrones y una batería de montaña.

En el desfiladero del puente de Mendivil, se recrudeció el combate: considerables fuerzas carlistas se corrían por el Carrascal y descendían de las montañas de Unzué, tratando de envolver la derecha liberal, lo que impidió la brigada Otal. En Pueyo pudieron haber sido molestados los li-

berales más de lo que lo fueron; pero también en los hechos de armas se reflejaban las rivalidades y disgustos que entre los carlistas reinaban. Contaron en esta acción los carlistas más de 200 bajas, no teniendo tantas los liberales. Los heridos de éstos quedaron en poder de sus enemigos, tratados como la humanidad aconseja.

Dueños los carlistas de la línea del Carrascal, dispusieron su atrincheramiento partiendo del monte de San Cristóbal de Cirauqui, ó sea de Esquinza y terminando en la Peña de Unzué, para que fuese una verdad el bloqueo de Pamplona, y poder resistir á las fuerzas que en su auxilio acudieran aunque fuera por la parte de Sangüesa, ante cuya eventualidad estaba previsto el cambio de frente que debían ejecutar para establecer una segunda línea oblicua que partiendo de la ermita y pueblo de Añorbe fuese á morir á la venta del Portillo, con una saliente de toda la sierra del Perdón.

Deseando la Serna apoderarse de La Guardia, puso en acertado y combinado movimiento todas las divisiones de su ejército; abandonaron los carlistas la plaza, lo cual amotinó algunas fuerzas de aquéllos, y lisonjeado el jefe liberal con el éxito obtenido y el que se prometía continuando las operaciones, tuvo que renunciar á ellas por carecer de fuerzas (1). Convino la Serna con Moriones en que la situación del enemigo era arriesgada y oportuna la ocasión para flanquear la posición del Carrascal, que si Mendiri se obstinaba en defenderla, podría sufrir un serio descalabro y perder su artillería, produciéndose consecuencias terribles para los carlistas, atendida la discordia que en ellos reinaba; pero también convinieron en que se carecía de los elementos necesarios para tal operación; de aquí la forzosa inacción del ejército liberal.

Sin que ésta favoreciera mucho á los carlistas, para sacarle de ella propuso Mendiri el ataque á Irún, que se prefirió al de Hernani. Establecidas las baterías y dispuesto todo para la acometida, comenzó ésta el 4 de noviembre, en celebridad del Santo de don Carlos, que acudió á presenciar la conquista. Cinco baterías atacaban á aquel pueblo, dotadas con 22 obuses y cañones, que arrojaron en siete días 4,500 proyectiles contestados con 600 por las pocas piezas que defendían la plaza, cuya guarnición era pequeña, pero valiente y decidida.

---

(1) Componíase el ejército de dos cuerpos: el primero, que operaba en Navarra, constaba de dos divisiones de infantería con ocho batallones cada una y una brigada de vanguardia con cuatro; el segundo cuerpo, que fué el que operó sobre La Guardia, le constituían otras dos divisiones de seis batallones cada una y una brigada de vanguardia, habiendo además una división de vanguardia con ocho batallones. Suponiendo á cada uno de éstos 500 plazas, arrojaban un total de 20,000 infantes, más seis compañías de ingenieros, 1,500 caballos y 90 piezas, 30 de ellas de montaña. La organización que se dió entonces al ejército paralizó algún tanto las operaciones, y la falta de recursos entorpecía las fortificaciones de Logroño, Miranda y La Guardia, empezadas las de ésta á costa de los pueblos de la Rioja alavesa: por la misma falta no se podían colocar los aparatos telegráficos entre Logroño y La Guardia, y para abrir la comunicación de Vitoria con Miranda, por lo que instaba el gobierno, había que fortificar la Puebla de Arganzón y construir algunos blokaus en las alturas que la dominan y algún otro fuerte en posición conveniente, y no había dinero.

Al saber Laserna el bombardeo de Irún, embarcó en 33 trenes parte de sus tropas, que en cuanto llegaron á Santander pasaron á bordo de los buques preparados, desembarcando en San Sebastián: halló el jefe liberal á su enemigo fuertemente atrincherado en su extensa línea, si bien cometiendo los carlistas un gran yerro en no construir un reducto ni obra formal en el alto de Jaizquivel, donde se apoyaba su derecha, y era el flanco donde morían las trincheras; atacaron los liberales las formidables posiciones de San Marcos, de que se fueron apoderando á costa de 109 bajas, y al atacar la Portilla á los carlistas por su derecha, ó sea por Jaizquivel, cuya ascensión favoreció una densa niebla, rebasó felizmente y sin combatir apenas las trincheras enemigas, teniendo los carlistas que abandonar las posiciones de aquella parte para no quedar cortados y prisioneros. Loma se apoderaba á la vez de Oyarzún, Blanco avanzaba hacia el collado de Gainchusqueta, simulando un ataque de frente á sus trincheras, restaba á Laserna apoderarse del monte de San Marcial que no defendieron debidamente los carlistas, á pesar de haber en su inmediación 13 batallones, y los liberales, tomando por distintos lados la subida, se apoderaron, arma al hombro, de aquella célebre altura.

El triunfo de los liberales fué completo, y no á mucha costa; y si no fué grande la pérdida material de los carlistas, padeció mucho su fuerza moral ante los franceses que presenciaron la embestida á Irún y la retirada.

Las tropas victoriosas que hacía dos días que no recibían socorro por falta de dinero, se encontraron en Irún sin paga y ración: no pudo estar más completamente desatendido el soldado. Amaneció el día siguiente 12 noviembre lloviendo en los valles y nevando en los montes de Aya, y como ni la salvación de Irún ni la de San Marcial podían satisfacer como único resultado del triunfo obtenido, no sólo era conveniente, sino hasta necesario seguir tras los vencidos hasta Vera; mas el temporal y la carencia de víveres impidieron el movimiento, adoptándose la funesta resolución de regresar á San Sebastián. Aquí se embarcó el ejército para Santander y siguió á cubrir las líneas del Ebro.

Peleóse en Guipúzcoa, en San Marcial y en Urrueta, en Vizcaya, en Ubedamburu y Santa Marina; pero no era el Norte el que por entonces llamaba la atención del gobierno: abrigaba la creencia de que conseguida en una ó dos campañas la pacificación del Centro y Cataluña, podía caerse después con todas las fuerzas sobre Navarra y las provincias Vascongadas, donde los carlistas, quebrantados y cansados, no podrían resistir mucho tiempo. Reprodujéronse antiguos planes, ó se formaron muy análogos á los de Narváez y Córdova en la anterior guerra civil; dedicóse el ministro de la Guerra señor Serrano Bedoya á su realización, aprestando cuanto era necesario, sin desatender al ejército del Norte, el que reforzó con 32 batallones, adoptando un plan de campaña envolvente que teniendo por objetivo del movimiento y obligado el levantamiento del asedio de Pamplona, debía posesionarle de las importantes líneas del Ega, bajo Arga y del Zadorra primero, y de la de Zubiri después, con facilidad de apoderarse de la artillería que al enemigo sería difícil retirar del Carrascal, y también quizá de Estella, en cuyo caso quedaba quebrantado notable-

mente é introducido el desconcierto en sus filas, y era evidente la conclusión de la guerra. Sólo dependía de la estación el principio de estas operaciones.

Arreciaban en tanto los trabajos de conspiración alfonsina, que obligaban al ministerio, al ver la ineficacia de su circular del 2 de noviembre, á pasar el 26 otra reservada á los gobernadores civiles, en la que, después de exponer lo mal que correspondían á la tolerancia del gobierno los partidos de oposición en momentos tan difíciles, añadía: «Si sus trabajos para destruir la obra de la revolución de 1868 se hubieran mantenido en el terreno que la prensa y la discusión ofrecen en todos los países libres al explanamiento de las ideas, el gobierno hubiera permanecido tranquilo espectador del deber y del ejercicio de los que consideraba sus derechos; pero lejos de esta templanza, de esta calma, que no sólo el estado excepcional del país exigía, sino que ya había sido aconsejada por el gobierno en repetidas y razonadas órdenes, una fracción del partido llamado alfonsino, olvidando los consejos de la razón, desoyendo el grito del patriotismo ante el espectáculo de este país desangrado por la terrible lucha civil, anteponiendo su interés de bandería á todo sentimiento de abnegación y al bien público, apartándose de la noble conducta que aun individuos de su partido aconsejaban, no sólo continúa en su propósito de combatir al ministerio, conducta que éste respetaría, sino que cegado por la pasión, agita al país, perturba la política generosa y patriótica de un gobierno que no impone soluciones, y que sólo exige el aplazamiento de las cuestiones políticas hasta acabar con el común enemigo...» Para evitar este mal se disponía el destierro á otras provincias de los individuos de los comités alfonsinos y de cuantos les ayudaran, y así se ejecutó, lo cual en nada imposibilitó los trabajos de conspiración, en la que se mostraban impacientes los moderados, con los que se concertó el señor Cánovas del Castillo, y al que dieron grandes disgustos, que no merecía seguramente, indignándose con razón con quienes «después de haber defendido flojamente el trono de doña Isabel II, nada habían sabido ni podido hacer para levantar el de su augusto hijo (1).» Cánovas había dicho á don Alfonso que *no entendía apelar á conspiraciones, ni las toleraba siquiera,* para restablecerlo en el trono; pero no pensaban así otros y particularmente los generales Balmaseda y Martínez de Campos. No habiendo conseguido éste, en las veces que lo intentó, efectuar un pronunciamiento en el ejército para proclamar á don Alfonso, lo pretendió de nuevo en Tafalla ante el cadáver del marqués del Duero que no había consentido lo que consideraba entonces un atentado político. Superior á todos el señor Cánovas del Castillo, decía con profunda convicción á los que de insurrecciones le hablaban: *para realizar el derecho no se necesita derramar sangre; basta con saber esperar*. Dirigiéronse por personajes alfonsinos felicitaciones á don Alfonso con motivo de su cumpleaños; su contestación fué un manifiesto (2), el cual, y la salida á poco del presidente del Poder eje-

(1) *Historia de la Restauración*, por el señor don Federico Díez de Tejada.

(2) *Carta de don Alfonso de Borbón.*—«Sr. D...: He recibido de España un gran número de felicitaciones con motivo de mi cumpleaños, y algunas de compatriotas

cutivo para el ejército del Norte, avivaron los deseos de los que estaban dispuestos á prescindir de toda consideración de actualidad y hasta de la oposición resuelta de los personajes más importantes del partido alfonsino. La falta de pruebas impedía al gobierno proceder contra esos generales; pero considerados como perturbadores, se acordó la medida guberna-

---

nuestros residentes en Francia. Deseo que con... sea V. intérprete de mi gratitud y de mis opiniones.

Cuantos me han escrito me muestran igual convicción de que sólo el restablecimiento de la monarquía constitucional puede poner término á la opresión, á la incertidumbre y á las crueles perturbaciones que experimenta España. Dícenme que así lo reconoce ya la mayoría de nuestros compatriotas, y que antes de mucho estarán conmigo todos los de buena fe, sean cuales fueran sus antecedentes políticos; comprendiendo que no pueden temer exclusiones ni de un monarca nuevo y desapasionado, ni de un régimen que precisamente hoy se impone, porque representa la unión y la paz.

No sé yo cuándo ó cómo, ni siquiera si se ha de realizar esa esperanza. Sólo puedo decir que nada omitiré para hacerme digno del difícil encargo de restablecer en nuestra noble nación, al mismo tiempo que la concordia, el orden legal y la libertad política, si Dios en sus altos designios me lo confía.

Por virtud de la espontánea y solemne abdicación de mi augusta madre, tan generosa como infortunada, soy único representante yo del derecho monárquico en España. Arranca éste de una legislación secular, confirmada por todos los precedentes históricos, y está indisolublemente unido á las instituciones representativas, que nunca dejaron de funcionar legalmente los treinta y cinco años transcurridos desde que comenzó el reinado de mi madre, hasta que, niño aún, pisé yo con todos los míos el suelo extranjero.

Huérfana la nación ahora de todo derecho público, é indefinidamente privada de sus libertades, natural es que vuelva los ojos á su acostumbrado derecho constitucional y aquellas libres instituciones que ni en 1812 la impidieron defender su independencia, ni acabar en 1840 otra guerra civil. Debióles, además, muchos años de progreso constante, de prosperidad, de crédito y aun de alguna gloria, años que no es fácil borrar del recuerdo, cuando tantos son todavía los que los han conocido. Por todo esto, sin duda, lo único que inspira ya confianza á España, es la monarquía hereditaria y representativa, mirándola como irreemplazable garantía de sus derechos é intereses, desde las clases obreras hasta las más elevadas.

En el entretanto, no sólo está hoy por tierra todo lo que en 1868 existía, sino cuanto se ha pretendido desde entonces crear. Si de hecho se halla abolida la Constitución de 1845, hállase también de hecho abolida la que en 1869 se formó sobre la base, inexistente ya, de la monarquía. Si una Cámara de senadores y diputados, sin ninguna forma legal constituída, decretó la república, bien pronto fueron disueltas las únicas Cortes convocadas con el deliberado intento de plantear aquel régimen por las bayonetas de la guarnición de Madrid.

Todas las cuestiones políticas están así pendientes, y aun reservadas por parte de los actuales gobernantes, á la libre decisión del porvenir. Afortunadamente la monarquía hereditaria y constitucional posee en sus principios la necesaria flexibilidad, y cuantas condiciones de acierto hacen falta, para que todos los problemas que traiga consigo su restablecimiento, sean resueltos de conformidad con los votos y la conveniencia de la nación. No hay que esperar que decida yo nada de plano y arbitrariamente. Sin Cortes no resolvían los negocios arduos los príncipes españoles allá en los antiguos tiempos de la monarquía; y esta justísima regla de conducta no he de olvidarla yo en mi condición presente, y cuando todos los españoles están ya habituados á los procedimientos parlamentarios. Llegado el caso, fácil será que se entiendan y concierten sobre todas las cuestiones por resolver, un príncipe leal y un pueblo libre.

tiva de alejarles, para desconcertar sus proyectos y ejercer sobre sus personas más exquisita vigilancia; se encomendó la ejecución al capitán general de Madrid; rechazó esta autoridad la denuncia respecto al general Martínez de Campos declarándola calumniosa, respondiendo en último término de la conducta del general, por lo que fué suspendida la providencia contra él dictada, y con razón, pues en efecto, pocos días antes había escrito Martínez de Campos á doña Isabel y al señor Cánovas, diciéndoles que, visto que llegaba la época final de su compromiso, y que no tenía medios para hacer el pronunciamiento que produjese la restauración, desistía de todo trabajo y se retiraba á Ávila, para lo que pedía pasaporte al general Primo de Rivera.

Los trabajos del conde de Valmaseda y de otros seguían sin interrupción, mas nada se decidía en definitiva, y ya el 23 de diciembre, escribió el brigadier Dabán al general Campos, que únicamente podía comprometerse á iniciar el movimiento hasta fin del mes, cuya carta decidió al general, que obrando sólo por su cuenta, contestó á Dabán que arrostrando dificultades él haría el pronunciamiento. Salió de Madrid en la noche del 28, y al siguiente día, en las afueras de Sagunto, al frente de la brigada Dabán, proclamó rey de España á don Alfonso XII. Al regresar á Sagunto telegrafió al presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra, diciéndole que tenía la alta satisfacción de anunciar la proclamación que había hecho para que adoptasen como programa el manifiesto del príncipe. Adhirióse al movimiento el general Jovellar, por la necesidad de conservar unido el ejército del Centro para hacer frente á la guerra civil é impedir la reproducción de la anarquía; se puso á la cabeza del pronunciamiento; negóse á hacerlo el general Castillo que se hallaba de capitán general de Valencia, manifestando que no le permitía la severidad de sus principios militares ni los de su honor faltar á los deberes que tenía respecto al gobierno que le había confiado aquel mando, negándose repetida y resueltamente á ponerse al lado de los que siempre fueron sus amigos; no se decidió á hacerles frente, y se limitó á pedir al gobierno le relevara.

Terrible contratiempo era el pronunciamiento de Sagunto para las

---

Nada deseo tanto como que nuestra patria lo sea de verdad. A ello ha de contribuir poderosamente la dura lección de estos tiempos que, si para nadie puede ser perdida, todavía menos podrá serlo para las honradas y laboriosas clases populares, víctimas de sofismas pérfidos ó de absurdas ilusiones. Cuanto se está viendo enseña que las naciones más grandes y prósperas, donde el orden, la libertad y la justicia se adunan mejor, son aquellas que respetan más su propia historia. No impide esto, en verdad, que atentamente observen, y sigan con seguros pasos, la marcha progresiva de la civilización. ¡Quiera, pues, la Providencia Divina que algún día se inspire el pueblo español en tales ejemplos!

Por mi parte, debo al infortunio el estar en contacto con los hombres y las cosas de la Europa moderna; y si en ella no alcanza España una posición digna de su historia y de consuno independiente y simpática, culpa mía no será, ni ahora ni nunca.

Sea la que quiera mi suerte, no dejaré de ser buen español, ni como todos mis antepasados buen católico, ni como hombre del siglo verdaderamente liberal.

Es su afectísimo, ALFONSO DE BORBÓN.

York-Town (Sandhurst) 1.° de diciembre de 1874.»


ALFONSO XII

operaciones militares iniciadas, y rudo golpe recibía el gobierno en tan críticas circunstancias, aunque no imposible, ni mucho menos, de remediar, porque una corta brigada no era el ejército, y con energía y actividad podía ahogarse en su origen la insurrección. Comunicáronse al efecto órdenes oportunas, y avisado el jefe del Poder ejecutivo, adoptó á su vez y con relación al ejército del Norte las que creyó convenientes para prevenir y resistir; tomaron también sus providencias las autoridades de las provincias, enviando todas sus protestas de adhesión incondicionalmente, incluso el capitán general de Castilla la Nueva; pero la evolución del general en jefe del ejército del Centro cambió el aspecto de todo y decidió la cuestión; no se iba á contrarrestar ya á una brigada, sino á un ejército.

En Madrid, radicales y republicanos ofrecieron decididamente al gobierno su cooperación y la de las masas de que disponían; mas tales seguridades se les dieron, que creyeron se ahogaría la sublevación. Esto no obstante, se pusieron de acuerdo con el gobernador civil y hasta llegó á hacerse una distribución de fuerzas para el caso de que hubiera que apelar á las armas, no dudando del triunfo, porque contaban, dijeron, con algunas tropas de infantería y caballería de la guarnición, con que los ingenieros no procederían contra el gobierno, y que no les faltaban tampoco inteligencias en ciertas clases del cuerpo de artillería. Si hubiera llegado el caso de obrar, hubieran experimentado tristes desengaños. Se prendió á los señores Cánovas del Castillo, Escobar y otros, por seguir la costumbre de prender á los que se consideran jefes ó partícipes de una insurrección, y ninguna de las dos cosas eran: no se prendió á los que verdaderamente conspiraban y se reunían, no queriendo estar con ellos el señor Cánovas, hombre de ley, que tenía completa seguridad en el triunfo de la causa que dirigía y comprendía lo innecesario de la fuerza, que suele ser el recurso de la falta de razón, y consideraba el pronunciamiento como una calaverada.

Necesitábase saber la actitud del ejército del Norte, donde se hicieron aprestos para acudir en auxilio del gobierno; disponiéndose desde luego ocho batallones divididos en dos brigadas para que marchasen sobre Madrid, por Zaragoza y Miranda, quedando dispuestos seis batallones para dirigirlos donde conviniese; pero no todos pensaban en el ejército de la misma manera: se fueron creando dificultades para el envío de aquellas fuerzas, precipitábanse los sucesos en Madrid; declarado ya el capitán general abiertamente contra el gobierno, tuvo efecto entonces la famosa conferencia telegráfica de varios ministros con el duque de la Torre, en la que se demostraron los levantados sentimientos que les inspiraban, y terminada, cedió el gobierno el puesto al capitán general de Madrid, que se impuso en nombre de la guarnición, protestando el presidente del Consejo de ministros de aquel acto de fuerza.

Lamentóse el ministerio de que cuando se movía el ejército del Norte para librar una batalla decisiva contra las huestes carlistas, utilizando los inmensos sacrificios exigidos al país y que éste había otorgado con tan noble patriotismo, se pronunciaran al frente del enemigo Campos y Jovellar: creyó el gobierno que aquel grito no tendría eco en los ejércitos del Norte y Cataluña, ni en ninguno de los diversos distritos militares, y se

equivocó, pues los mismos jefes que el 29 protestaban contra el pronunciamiento se adherían á él el 30, y muchos con entusiasmo.

Alegre Lizárraga con el pronunciamiento alfonsino en el distrito de su mando, se dispuso á aprovechar las disidencias que suponía habría entre los liberales, y fallido este cálculo, intentó impedir el paso de don Alfonso á Madrid, tratando además de apoderarse del real sitio de Aranjuez y romper el ferrocarril: nada de esto consiguió, y terminó su mando entregándole á Dorregaray, que no se mostró satisfecho del estado en que lo hallaba todo, proponiéndose extirpar abusos y establecer el orden posible.

Nombrado Jovellar ministro de la Guerra, le relevó en la jefatura del ejército del Centro el general don Genaro de Quesada, que se halló al frente de más de 33,000 infantes, 1,294 caballos, 54 piezas de artillería y otras fuerzas. Concertó con Dorregaray un canje de prisioneros; siguió otras negociaciones con algunos jefes carlistas para conseguir de ellos la misma adhesión que de Cabrera, lo cual costó la vida á algunos, y emprendió sus operaciones. Gamundi y Boet se apoderaron de Daroca después de diez horas de porfiada lucha, y al ser llamado Quesada á Madrid para encomendarle el mando del ejército del Norte, le reemplazó Echagüe en el Centro. Sostuviéronse encuentros con más ó menos fortuna en la Cenia, Cervera del Maestre, Cherta, Tragó y Selva; no pudo Echagüe realizar todos sus planes, por lo mucho que el gobierno había disminuído sus fuerzas, y esto le obligó á dimitir el mando, en el que le sustituyó Jovellar.

Dorregaray en tanto, asustado de la perturbación en que todo estaba en el Centro, de los robos y de los crímenes que se cometían, trató de poner algún orden, hizo ejemplares castigos, efectuó fusilamientos que debió estar más probada su justificación, ya en operaciones, sostuvo bizarramente la acción de Alcora, en la que se notó lo mejor dirigidos que estaban los carlistas, así como en los movimientos que Dorregaray dispuso.

Jovellar iba al Centro con las fuerzas y elementos necesarios para terminar allí la guerra, como así lo anunció el 10 de junio al saludar al ejército; fortificó algunos puntos y obligó al grueso de los carlistas á reconcentrarse en el alto Maestrazgo, después de haberse visto en la necesidad de ceder todo el resto del territorio en que se enseñoreaban. Ocupaban un frente de operaciones angular, cuyo vértice era Mosqueruela, y cuyos lados se extendían hacia el Norte por Cantavieja, Tronchón y Castellote, y hacia el Este, el otro por Villafranca, Ares, Catí y Chert. Buena situación para defender á Cantavieja; propósito tanto más indicado por los carlistas, cuanto que se dejó que los fuertes de Flix y Miravet cayeran en poder de Martínez de Campos, que acudió de Cataluña, sin decidirse su enemigo para protegerlos, á alejarse tres jornadas de aquella plaza, temeroso del avance sobre ella, que consideró inminente, á pesar de los preparativos que requería.

Dejando Martínez de Campos guarnecido á Miravet, marchó á Mora de Ebro, siguió con sólo su cuartel á Alcañiz, donde conferenció con el gobierno, y continuó hacia Cantavieja. Flix se había rendido á las fuerzas

que envió con Gamir, obteniendo este triunfo en 16 horas, si bien distaba mucho Flix de ser tan fuerte como Miravet, ni estaba artillado.

Limitado el terreno de los carlistas, crecía la importancia de Cantavieja, pues aunque no era una gran plaza fuerte, ofrecía alguna defensa, pudiendo servir de base de combinadas operaciones. Allí se esperaba dar el último golpe á los carlistas del Centro y allí se dirigió Jovellar, y á encontrarse con Dorregaray que se hallaba en Villafranca del Cid. Chocaron aquí; generalizóse el fuego, extendiendo la línea de combate las nuevas fuerzas de unos y otros contendientes, que se iban allegando; dieron los Guías del Centro dos brillantes cargas á la bayoneta obteniendo momentáneas ventajas, y viendo Dorregaray que su infantería escaseaba de municiones, púsose á su cabeza, dispuso dos cargas á la bayoneta que obligaron á retroceder á los liberales; pero reforzados éstos, pelearon con tal empeño extendiendo su línea por ambos flancos, que se retiraron los carlistas en la más completa dispersión. Villalain halló la muerte en aquella acción, y Cucala se batió bizarramente. Unas 300 bajas experimentaron ambos combatientes.

Nada podía ya detener la marcha de Jovellar á Cantavieja ante la que se abrazó con Campos, y dispusieron los trabajos de sitio.

Dorregaray celebró en Villarluengo consejo de jefes, á los que expuso el estado en que se encontraba el ejército y el país, invadido y arruinado; la crítica situación que se atravesaba, derrotadas las fuerzas, sin poderlas racionar y sin cartuchos; que se había llegado á tal estado por falta de auxilios, carencia de municiones y prevista invasión del territorio por las fuerzas enemigas, manifestando que era preciso acordar una solución que salvara al ejército. Conformes todos en marchar al Norte para cambiar el armamento y regresar al Centro, se discutió por dónde había de efectuarse la marcha, se acordó fuera por el alto Aragón, y se avisó á Cantavieja y al Collado que clavaran los cañones, salieran de los fuertes y se incorporaran á las fuerzas que quedaban operando, que eran dos batallones de Aragón distribuídos en partidas, además de la mayor parte de las que allí operaban, y en Valencia y el Maestrazgo las de aquellos distritos.

Después de sufrir Cantavieja siete días de sitio, defendiéndose bizarramente los sitiados, que rechazaron un asalto con grandes pérdidas de los asaltantes, capituló. Pretendieron primero los carlistas salir con los honores de la guerra y quedar libres con armas y bagajes, y se estipuló al fin que la guarnición sería canjeada en cuanto tuvieran prisioneros con quienes rescatarlos, pudiendo vivir los jefes y oficiales en Zaragoza ó Valencia. La valiosa conquista de Cantavieja produjo 200 bajas al ejército liberal, no siendo mucho menores las de los carlistas, por el nutrido y sostenido fuego de cañón á corta distancia. Se arrojaron á la plaza unos 3,000 proyectiles.

Existía en el interior de la provincia de Valencia, y en la parte más quebrada de las ásperas montañas de Chelva y en el pueblo de Alpuente, el fuerte del Collado, construído en una alta y cónica montaña, á cuya defensa natural agregaron los carlistas algunas obras notables; pero en breve le ocuparon los liberales, quedando en su poder 327 prisioneros y dos cañones. Con esta conquista se completó la fácil pacificación del Cen-

tro, pues las partidas que quedaron se fueron extinguiendo poco á poco.

Marchó el ejército carlista del Centro á Cataluña, pasando á trece horas de Navarra, sin que las fuerzas que les perseguían pudieran cortarle ni alcanzarle antes de verificarlo, abrigando sólo la esperanza, no realizada, de que la brigada de Lérida se hubiera situado sobre el Noguera Ribagorzana para impedirle el paso. La persecución no estuvo debidamente ordenada; se dirigió algunas veces desde Madrid y se cometieron graves faltas.

Desde Sagunto fué Campos de capitán general á Cataluña y general en jefe de aquel ejército: tomó algunas disposiciones políticas sobre indulto á los desertores, neutralización de las vías férreas y abolición del sistema de represalias. fundando en cambio el de devolución de prisioneros, heridos y canjes periódicos, lo cual era variar el aspecto de la guerra, proscribir sus horrores y establecer toda la humanidad posible en esa calamidad odiosa.

Aunque al comenzar el año de 1875 se hallaban los carlistas catalanes tan divididos ó más que antes, continuaron sus operaciones sin orden ni concierto, se apoderaron de la importante y rica villa de Granollers, capital del Vallés, si bien no pudieron rendir á los decididos defensores de la iglesia y cuartel: y el ser de noche, la invasión y el embriagamiento de los invasores fué causa de punibles excesos, de criminales atropellos y hasta de actos de feroz barbarie y crueldad. Peleóse tenazmente en Prades: la cuestión de mando, conferido casi simultáneamente á Tristany y Lizárraga, produjo nuevos disgustos, no agradando á todos la jefatura que se otorgó á Savalls, quien adquirió grande ascendiente con el triunfo que obtuvo en Bañolas, después de siete horas de duro bregar, en el que ambos combatientes experimentaron grandes pérdidas.

No podían continuar los carlistas siendo dueños de Olot, sin que renunciaran los liberales á dominar la mayor parte de la provincia de Gerona. Inútilmente había intentado Campos, á fines de enero, recuperar aquella villa; dispuso ahora expedición más formal para que fuera más definitiva, y consiguió su objeto. Celebróse por entonces la famosa conferencia celebrada el Viernes Santo en el hostal de la Corda, á igual distancia de Olot y de Ridaura, entre Martínez de Campos, Savalls, Lizárraga y Morera, sin que lograran entenderse. Se trató de regularizar la guerra, y Campos cedió Camprodón á los carlistas como depósito de prisioneros, hospitales, etc. No dejaba esto de dar importancia á los carlistas, que se atrevieron después á atacar á Molíns de Rey y ocuparla, replegándose sus defensores á la iglesia, de la que salieron cuando la columna Chacón, organizada oportunamente en Barcelona, atacó á los invasores, y batiéndose en las calles hicieron desocupar la villa á los carlistas, que no desperdiciaron el tiempo que en la población estuvieron; y á poder disponer de 48 horas, pensamiento tenían de intentar un golpe de mano sobre Barcelona, donde infundían temor sus atrevidas algaradas al llano de la capital, que no podía considerarse segura de un golpe de mano. De nuevo acudieron á los pocos días los defensores de don Carlos á Molíns de Rey, capitulando por necesidad y honrosamente los artilleros de plaza y voluntarios que se guarecieron en la iglesia y habían resistido valientes.

A ser más los carlistas y estar mejor dirigidos, gran daño pudieron haber hecho entonces á la causa liberal; pero apenas llegaban á 8,000 infantes, con 444 caballos y 22 piezas de artillería. Con estas pequeñas fuerzas obtuvieron valiosos triunfos; mas no podían triunfar de sí mismos cediendo en sus eternas discordias. Interminables seríamos presentando las mutuas acusaciones que dirigían á don Carlos, Savalls, Tristany y Lizárraga; los carlistas más distinguidos auguraban desastres, cuya situación se calificaba como el período de la perdición no lejana de la causa, si pronto no se remediaba: se presentaba al ejército desorganizado por su indisciplina y desmoralización, negándose capacidad á su jefe; la política convertida en una terrorífica dictadura ejercida cínica y escandalosamente; la administración económica convertida en organizado latrocinio, y «bajo el punto de vista moral, la blasfemia, el robo, el asesinato, la violación, el adulterio y la impiedad, bajo todos sus aspectos llevada al cinismo y paseada en triunfal escándalo desde las villas y los pueblos hasta las más solitarias cabañas.»

La conclusión de la guerra en el Centro empeoró la situación de los defensores de don Carlos en Cataluña, convertido todo en un foco de disolución, y por las mismas causas, por la rivalidad de los jefes, el desorden de la administración y la indisciplina de los soldados. Sabían morir y repugnaban obedecer. Es verdad que en general no se sabía mandar. Así fué que, de todas las fuerzas del ejército del Centro, sólo pasaron al Norte el batallón de Gandesa y un escuadrón, porque la mitad del que iba con Dorregaray tuvo que internarse en Francia. Los demás, unos se fueron con los catalanes, y otros, aunque los menos, á las filas liberales, terminando así un ejército que tanto trabajo costó formarle y organizarle. Y la situación de este ejército en Cataluña fué precaria, porque debió haber sido más auxiliado de lo que lo fué y como lo encargó don Carlos á Savalls.

Después de sostener éste la acción de Breda, y diferentes pequeños encuentros favorables unos y adversos otros, sin que cedieran los carlistas en sus actos de audacia, como el de invadir 30 hombres el pueblo de San Andrés de Palomar, de 12,000 almas, cuya apatía informaba cuál era el espíritu público, la toma por los carlistas de San Martín de Maldá, las desgracias que sucedieron á este hecho, y otros que tuvieron lugar en Cataluña, no tienen la importancia que el sitio de la Seo de Urgel, cuya conquista consideró Martínez Campos como el golpe más seguro y decisivo para destruir á sus enemigos.

Aquella fortaleza tenía más nombre que importancia, porque artillada con monumentales cañones grabados y cincelados por fuera y lisos por dentro, ineficaces ante la artillería moderna, carecía de poderosos medios de defensa y de las necesarias obras para la misma.

La posición de la ciudad episcopal á la derecha del Segre, rodeada por todas partes de elevadas montañas, próxima la inmensa sierra del Cadí, que esconde en las nubes sus gigantescas moles, y defendida sólo por una vieja tapia aspillerada, no podía ofrecer gran resistencia. Había que limitar ésta á tres fuertes que, á modo de centinelas, se ostentan en igual número de cerros de una pequeña cordillera. La ciudad en el llano, y en el monte los fuertes dominándola y amenazándola, es tan insignificante la

importancia de aquélla como grande el interés de ellos. Eran éstos la ciudadela, el castillo y la torre de Solsona, unidos entre sí por un camino que había sido cubierto; y en un declive entre la ciudadela y el castillo, se sienta el desventurado Castellciutat, que si la paz permitía construir moradas hasta las paredes de los fuertes, la guerra las destruyó.

Á su espalda y de los fuertes y á tiro de fusil de ellos, se levanta la sierra del Cuervo que los domina, y los posee el que se hace dueño del Cuervo. Así como los antiguos, tampoco se habían cuidado los liberales de erigir en aquella sierra un fuerte que defendiera los otros tres, y los carlistas no quisieron hacer más que sus antecesores. Así que, cuando llegó el sitio, esta posición tan interesante no tenía más que una mala torre con un par de cañones para su defensa, ni contaba con otra obra de fortificación que unas cuantas zanjas abiertas en ella por los prisioneros de Nouvilas.

Encomendada á Lizárraga la defensa de la Seo y sus fuertes, no fué acertada su dirección, ni introdujo el orden tan necesario, dada la confusión que en todo reinaba, y las obras que había necesidad de hacer.

Conocía el jefe carlista el propósito de Martínez de Campos y sus aprestos; pero confiaba en que las fuerzas de Savalls y de Dorregaray no le dejarían pasar por los terribles desfiladeros que tenía que atravesar, habiendo sitios donde bastaban dos compañías para contenerle, y que, aun pasando, había de establecerse en una zona alejada de su base de operaciones, en un país escaso de toda clase de recursos, y donde las fuerzas carlistas podían fácilmente cortarle las comunicaciones y sitiarle: esto, y el que la artillería de sitio sólo podía ir por Francia, le hacía considerar irrealizable el intento del jefe liberal. Sin embargo, Lizárraga se encontró sorprendido al ver á sus enemigos enfrente, cuando Savalls sitiaba de nuevo á Puigcerdá.

Venciéndose no pocas dificultades se estableció al fin el sitio, y á las cuatro de la tarde del 21 de julio gritó el centinela carlista del Macho: *¡Ya están ahí!* Comenzó el fuego por una y otra parte; sitiados y sitiadores emprendieron importantes trabajos, trabáronse combates parciales; abandonaron y bombardearon los carlistas la ciudad; al insoportable calor del 1.º de agosto se añadió desde el amanecer un terrible cañoneo, avanzando los sitiadores la batería de la ciudad hasta las Taulerías para batir á Solsona casi á boca de jarro, á 400 metros; Lizárraga concentró sobre esta batería casi todos los fuegos, disparando con febril precipitación cañones, obuses y morteros; aparecieron nuevas baterías sitiadoras; se desfogaron las piezas de Taulerías; aunque desmantelada la fortaleza resistieron valientes sus defensores, decididos á volarla antes que abandonarla; sucedió un gran silencio al anterior pelear; continuó el cañoneo los días siguientes; á los contratiempos que iban experimentando los sitiados se añadió el de acabarse las espoletas para granadas Krupp, por lo que arrancaban las de las granadas que les tiraba el enemigo y no reventaban, las arreglaban y se las devolvían con nuevas granadas.

Señalado el día 11 para el combate general, los cañones sitiadores arrojaron proyectiles con celeridad vertiginosa, envolvieron en fuego á los sitiados, y aunque la artillería de éstos hizo heroicos esfuerzos para con-

trarrestar á la enemiga, era abrumadora la superioridad de ésta: resistieron bravamente los carlistas el ataque de las columnas á las posiciones del Cuervo. de las que se apoderaron al fin con pérdidas sensibles, y estos nuevos poseedores del Cuervo se acercaron á Castellciutat, les cogieron al descubierto desde San Pablo y les ametrallaron los carlistas: al mismo tiempo era atacada la torre de Solsona, que aunque heroicamente defendida, cayó en poder de los liberales; produjéronse grandes incendios en Castellciutat, aumentándose los horrores de aquel infausto día, en el que atemorizados corrían los desgraciados habitantes de la población al ver sus casas destruídas, buscando un refugio que pedían con gritos y lágrimas las mujeres y niños, negándose los carlistas á abrir las puertas de los fuertes. En los días 12 y 13 continuó horroroso el cañoneo, causando el de los sitiadores grandes destrozos en la ciudadela y castillo; alentó á los sitiados la esperanza de ser socorridos el 14, cuya esperanza renació el 16 al atacar Castalls las baterías de la sierra de Navinés, intentando sorprenderlas suponiéndose amigos, obteniendo al principio algunas ventajas contrarrestadas á poco por los liberales; continuó el 17 el bombardeo causando grandes destrozos é incendiándose de nuevo Castellciutat, cuyo fuego apagaban los mismos proyectiles enemigos, pues las bombas derribaron las casas que ardían; se hizo después más lento el fuego de los sitiadores porque estando en el puerto de Barcelona el vapor *Exprés* cargando municiones para el sitio, que debía conducir á Cette y de aquí á la Seo, se produjo una voladura que inutilizó el cargamento, causó muchas víctimas y dejó con grave escasez de municiones á las piezas de sitio; disminuyéronse las fuerzas sitiadoras por hacer falta en otros puntos; no dieron resultado los trabajos de mina que se practicaron; más efecto produjo á los carlistas una bomba que penetró por la chimenea del cuartel, lleno de gente, y aunque no causó más que dos muertos y siete heridos, la impresión fué grande, y el estado de los ánimos, la escasez de agua, las deserciones diarias de Castellciutat y no pocas murmuraciones de los menos decididos obligaron á Lizárraga á infundir una confianza que el mismo no tenía: predicó el obispo, y aquellos carlistas impresionables se entusiasmaron y se empezaron calurosamente los trabajos de reparación. No impidió esto que aumentaran las deserciones en Castellciutat, de la que se apoderaron los liberales; sin ella no había agua, ni comunicación entre el castillo y la ciudadela, ni esperanza de salvación: en aquél no existía agua más que para dos días y en aquélla para cuatro; esto avivó el esfuerzo de Lizárraga; alentó á todos dando el ejemplo; ordenó incendiar el pueblo para caer sobre el enemigo; ardió á poco la población por dos partes, sosteniendo sitiados y sitiadores terrible cañoneo; intentaron éstos á la vez asaltar la ciudadela por la lengua de la Sierpe, mas estaban aquéllos prevenidos y castigaron duramente el intento.

Con Castellciutat en poder de los liberales, estaban imposibilitados los carlistas de coger agua del Balira, y esto que empeoraba su situación fué aprovechado por los que tenían interés en sembrar la desconfianza é introducir la discordia, empezando varios soldados á hablar de capitulación: conjuró Lizárraga la tormenta que se iniciaba; arreció el bombardeo produciendo nuevos incendios en Castellciutat, convertido en montones de

ruinas, y sosteniéndose valientes los liberales que apenas tenían ya dónde guarecerse, decidióse al amanecer arrojarlos á bayonetazos, y efectuóse una salida sin éxito, á pesar de los actos de heroísmo que ejecutaron algunos.

Tenaz la resistencia de la ciudadela y castillo, se preveía un sitio largo y difícil, lo cual originó algunos telegramas de Campos, que causaron en los que lo conocieron, impresión triste. Se vislumbraba la necesidad de levantar el sitio, y la probabilidad de perder algunos cañones, y cuando más se arraigaba esta convicción, se presentaron los primeros parlamentarios, no enviados por Lizárraga: éste se vió obligado á una capitulación que deseaban sus subordinados, y que iba siendo una necesidad por el estado ruinoso é insostenible del fuerte y el abatimiento de los ánimos; y á pesar de todo, los sitiados, sin agua, pasaron veinticuatro horas de suplicio con la esperanza de socorro, no queriendo rendirse, para lo cual pidieron ese tiempo de plazo. Se convencieron al fin que nada podían esperar: no era posible resistir más; la sed y el hambre habían producido general desfallecimiento, y el 26 se firmó la capitulación. Al día siguiente desfilaron los capitulados, batiendo marcha, con las banderas desplegadas, las armas terciadas y las frentes erguidas. Al llegar á la puerta de la Princesa dejaron las armas en pabellones y quedaron prisioneros el Obispo, Lizárraga, 148 jefes y oficiales, 877 individuos de tropa y 108 heridos: 300 carlistas menos de los que empezaron el sitio, inclusos los desertores, que fueron unos 130.

Savalls culpó á la diputación catalana de no haber podido socorrer á los sitiados en la Seo, por faltarle recursos y municiones; pudo sin embargo haber hecho más de lo que hizo, por lo cual fué destituído y sumariado, reemplazándole Castells en el mando ó más bien, como nos escribe el mismo Castells, «quedó encargado de dar sepultura á un cadáver, pues no era otra cosa el ejército en aquel entonces.» Con sus escasas fuerzas, Castells sorprendió el 31 de agosto en Agramunt á la columna Enrile compuesta de unas 7 compañías de infantería y 2 escuadrones, aunque no tan completamente que no diera tiempo á que se opusiera alguna resistencia: vencida por los carlistas, apoderáronse éstos de 114 prisioneros, después de resultar algunos muertos y heridos.

Entregado por Savalls el mando á Castells, subió á Ripoll á pedir recursos y municiones á la diputación, dispuesto á fraccionar sus tropas en partidas y empezar la guerra de guerrillas; pero estaba la diputación amilanada; y alentado ó iracundo Savalls atacó á una columna para obligarla á tirotearle y recoger luego las vainas á fin de hacer cartuchos, de que carecía: al cabo de cinco horas de fuego, pudo recoger 39,000 de aquéllas, que rellenadas en seguida fueron los únicos cartuchos que tuvo.

El ejército liberal de Cataluña constaba entonces de 53,000 hombres y 68 piezas de artillería. Distribuyó Campos convenientemente estas fuerzas, á fin de chocar constantemente con el enemigo y quebrantar más su moral, se empeñaron varias acciones, mereciendo citarse las de la Nau, Montesquíu y la Sellera, menudearon las presentaciones á indulto, las rondas y las guarniciones de los puntos fortificados hacían salidas á cuatro y cinco leguas de distancia, dominando el país: se ocuparon puntos

importantes, se fortificaron otros, se armó á los liberales del Ampurdán y de la marina, y pudo Campos presentarse de improviso con asombro de sus habitantes, en poblaciones como Ripoll, con sólo su escolta y Estado Mayor, y procedente de Prats de Llusanés y de San Quirse de Besora, territorios completamente dominados antes por los carlistas.

Inevitable la disolución del ejército de don Carlos en Cataluña, prefirieron millares de carlistas emigrar á acogerse al generoso indulto que se les otorgaba. Boet, ostentando excelentes cualidades militares, conservó más tiempo los batallones aragoneses; pero tuvieron que penetrar en la vecina república, después de efectuar hábiles movimientos y sostener varios combates.

Todo esto hacía más crítica la situación de Castells, que había hecho frente á Chacón en el puente de Miralles, cerca de Berga; pero acosado siempre por 10, 12 y hasta 16 columnas, tuvo que dividir sus fuerzas, esquivar los encuentros, y uniéndolas oportunamente caer sobre sus enemigos, como lo hizo el 20 de octubre en Espinalvet, atacando al batallón de América y destrozándole; poco después efectuó una sorpresa en la pobla de Lillet, obligando á rendirse á unos 125 hombres de la reserva de Barcelona; mas tales triunfos no podían evitar la descomposición del ejército carlista en Cataluña. Presentábanse á indulto muchos jefes, emigraban otros, expuso la diputación á don Carlos la triste situación que allí se atravesaba, y la hizo más triste y crítica el somatén general que dispuso Martínez de Campos, en el que tomaron parte todos los pueblos, siendo inútiles los esfuerzos de Castells para impedir sus efectos, aun amenazando con fusilar al que le dispusiese en cada pueblo, y que por cada carlista que se matase pasaría por las armas á dos vecinos liberales: tuvo que penetrar en Francia con Moore y algún otro. Así pudo anunciar el jefe liberal la conclusión de la guerra civil en Cataluña, para lo que le auxiliaron casi todas las poblaciones.

Con más ilusiones que verdadero conocimiento de los hechos, no se consideró perdida la causa carlista en el Centro ni en Cataluña, y se confirieron plenos poderes á Tristany, á Marco, á Segarra y á Boet; mas pronto se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos; no era posible renovar la guerra: nada más elocuente que las sentidas comunicaciones dirigidas á don Carlos pintándole la desesperada situación de la causa carlista en el Centro y Cataluña, cansados y esquilmados los pueblos, diciéndose en algunas, con mucha razón, que la mayor parte de los jefes carlistas más habían hecho la guerra al país que al enemigo.

Grandes elementos había reunido el carlismo en el antiguo Principado catalán, muy superiores á los de la guerra de los siete años; pero ahora, como entonces, adolecieron los catalanes de ese espíritu de independiente insubordinación que esterilizaba su gran valor, sus excelentes cualidades militares, su entusiasmo, sus sacrificios y hasta la propia sangre que derramaban, y de la que tan pródigos se mostraban. No carecía el carlismo de partidarios entusiastas, sí de dirección acertada. No tenía tampoco razón de ser la causa carlista; de aquí los medios que se pusieron en juego para alucinar á aquellos valientes é indómitos catalanes, cuya altiva independencia se doblegaba á una seducción fementida, prestándose á ser

serviles instrumentos de las tendencias más opuestas á su carácter y á sus sentimientos. Se explotaba su ignorancia.

CAPÍTULO V

Operaciones militares en el Norte hasta la conclusión de la guerra

Personificada la restauración en don Antonio Cánovas del Castillo, á quien don Alfonso tenía confiados sus poderes, nombró aquél un ministerio-regencia por él presidido y compuesto de los señores Castro, Cárdenas, Jovellar, Salaverría, Romero Robledo, Ayala y marqueses de Molíns y de Orovio; confirmó este gobierno el joven monarca y ratificó las opiniones consignadas en su manifiesto, afirmando su lealtad para cumplirlas, y sus «vivísimos deseos de que el solemne acto de mi entrada en mi querida patria sea prenda de paz, de unión y de olvido de las pasadas discordias, y como consecuencia de todo ello, la inauguración de una era de verdadera libertad, en que aunando nuestros esfuerzos y la protección del cielo, podamos alcanzar para España nuevos días de prosperidad y grandeza.» Regresó don Alfonso á Madrid por Barcelona y Valencia; fué ostentosa su entrada en la corte; solemnizó su elevación al trono con un acto de clemencia en favor de sentenciados por delitos comunes, é impaciente por tomar parte en las operaciones militares, corrió á ponerse á la cabeza del ejército del Norte.

Aunque en el ministerio-regencia había personas que tanta y tan activa parte habían tomado en la revolución de setiembre, no correspondieron sus actos con sus antecedentes, y obraron como encarnizados enemigos de la revolución, de todos sus actos y aun de las personas.

Nuevamente organizado el ejército del Norte, en él fijóse la atención pública.

Codiciada por los carlistas la ciudad de Pamplona, sufría ya largo asedio, en el que consumieron todos los recursos, aunque de 22,000 almas habían quedado reducidas á poco más de 16,000; se agotó la carne hasta para los enfermos; aumentándose las necesidades y no viéndose el fin de ellas, se mandó salir de la ciudad á todos los que no tuvieran medios conocidos de subsistencia, y la ley de la necesidad que fuerza á las cosas más involuntarias, obligó á la autoridad á mandar que evacuaran la plaza, en perentorio término, todos los que recibían socorro de la Casa de Misericordia, que eran muchos cientos de personas, ciegos, cojos y pobres de solemnidad. Aun era todo esto insuficiente, y necesitándose apelar á medidas extremas, se pensó en expulsar de la ciudad á casi todo el vecindario: cuando iba á ordenarse esta determinación se levantó el sitio.

Acababa de comenzar el duque de la Torre las operaciones que habían de llevar el ejército á Pamplona, cuando las suspendió la restauración de la monarquía. Empeorando la situación de la capital de Navarra, se determinó salvarla, aumentándose considerablemente el ejército del Norte, el más numeroso que España había puesto en campaña, lo cual probaba los elementos que allegó el gobierno provisional, con los que confiaba terminar la guerra. Deseando el rey mandarlo, revistó en los llanos de

Peralta 40,000 hombres de todas armas; dirigió palabras de paz á los vascongados y navarros, y de aliento y esperanza á las tropas; al día siguiente, 24 de enero, se reunió bajo la presidencia de S. M. consejo de generales explicando el jefe de E. M. señor Ruiz Dana sobre el mapa, el plan acordado anteriormente en Castejón, se rectificaron algunos detalles, redactó el mismo Dana las instrucciones que se habían de observar para las operaciones contra las líneas carlistas del Carrascal, y se emprendieron en seguida marchando Moriones desde Tafalla á San Martín de Unx, para envolver la izquierda carlista, ocupando el 1.º de febrero los montes de Avinzano é Izco, cuyas trincheras abandonaron los carlistas al ver los movimientos envolventes de sus enemigos. Pero no era aquí donde prevenían las instrucciones se quedara Moriones, sino que avanzara «hasta coronar la posición y alturas del valle de Unciti, hasta el río Irati.»

El segundo cuerpo, que mandaba Primo de Rivera, cumplió con exactitud cuanto se le previno: tomó por sorpresa la ermita de San Cristóbal; las posiciones del monte Esquinza fueron conquistadas sin resistencia por abandonarlas sus defensores; se ocupó sin dificultad Oteiza y los pueblos de Lorca y Lácar sin más que un ligero combate de tiradores y algún disparo de cañón. El tercer cuerpo, que guiaba Despujol, siguiendo las instrucciones, atacó las posiciones de Añorbe y Tirapu, que eran su objetivo; pero no pudiendo adelantar más su artillería montada, la retiró á Artajona, y con la de montaña y la infantería se sostuvo en sus posiciones, llamando sobre sí la atención de los carlistas, retirándose al oscurecer á Arjona, no pudiendo cumplir las instrucciones por las muchas fuerzas enemigas que cayeron sobre esta división, la más débil del ejército.

El primer cuerpo debía seguir el 2 la marcha en dirección de Astrain que era su objetivo, pues á este movimiento estaban subordinados los de los demás cuerpos; pero en vez de hacerlo así marchó desde Noain á Pamplona, cuya marcha no estaba indicada ni era necesaria, pues para ir á Astrain, se formaba desde Noain un triángulo, cuyo vértice era Pamplona, y siguiendo de Noain á Astrain se trazaba una recta de mucho menos de la mitad de distancia. La no ocupación de Astrain en aquel día tuvo terribles consecuencias. Por de pronto se dejó á los carlistas expedito el paso del Arga por los puentes allí próximos, y esto les permitió salvar su artillería; salvación que consideraron como milagrosa.

No sabiéndose nada en la madrugada del 3, del primer cuerpo, se paralizó el movimiento de avance. Moriones ocupó en este día Astrain, sabedor del abandono de las líneas del Perdón por los carlistas; mas ni tampoco se cumplieron entonces las instrucciones que marcaban que por el Perdón se pusiera el primer cuerpo en comunicación con el tercero, aun cuando el enemigo se hubiera retirado. Retrasáronse ó se esterilizaron las operaciones de los demás cuerpos, y el rey efectuó desde Oteiza una exploración á su frente: los cañones carlistas de Arandigoyen le advirtieron lo temerario de seguir adelante; se presentó en monte Esquinza, alojándose en la ermita de San Cristóbal, donde pernoctó en la noche del 2 y se vió tiroteado en la madrugada siguiente por los carlistas, que causaron algunas bajas de los que al lado de don Alfonso estaban.

En cuanto Mendiri supo que los liberales eran dueños de Esquinza, vió destruídos todos sus planes, insostenible su posición en Puente y valle de Ilzarbi; corrió á exponer á don Carlos lo que consideraba más oportuno, se dispuso la retirada de todas las fuerzas sobre Cirauqui, lo cual, no sólo disgustó sino que indignó á los carlistas, arrojando muchos el fusil para marcharse á su casa; se suponían traiciones, se llevó el pánico á Estella; cortadas las comunicaciones con la corte de don Carlos y el cuartel general, el pavor embargaba todos los ánimos, y escribía un jefe carlista: «Si los generales Despujol y Primo de Rivera nos atacan en Cirauqui, cuando los navarros decían que habíamos sido vendidos, concluye la guerra.»

Acordes don Carlos y Mendiri en hacer un supremo esfuerzo, se ordenó un rudo ataque á Lácar, efectuado con tan buena fortuna, que no sólo sorprendieron á los liberales que les suponían fuerzas de Moriones, sino que los derrotaron é introdujeron el pánico más terrible en las filas de sus enemigos. Una media hora duró el combate, quedando en poder de los carlistas tres piezas de artillería, más de 2,000 fusiles, las cajas de los regimientos, sobre 300 prisioneros y en el campo más de 800 cadáveres. Mayor pérdida pudo haberse experimentado y más desastrosas consecuencias hubieran resultado para el ejército liberal si Argonz avanza, como pudo hacerlo, hacia Oteiza con sus nueve batallones, poniendo en peligro, ó en apuro cuando menos, al cuartel real, en el que no dejó de haber grande alarma.

Entre los vencedores de Lácar reinó el mayor desorden: algunos se adelantaron hasta Lorca donde les hizo frente Fajardo; otros se acercaron al cerro de Muniain, situado en una de las vertientes del Esquinza; pero estaban allí el intrépido Mediavilla y el bravo Alday, que supieron rechazar á los invasores, costando la vida al segundo y al bizarro capitán de ingenieros Hernández, muriendo también á su lado soldados no menos valientes, quedando heridos no pocos, y con veintisiete balazos el caballo de Mediavilla, y éste herido. Se había hecho retroceder á los carlistas; pero habían acudido otros llegando hasta las puntas de las bayonetas de sus enemigos, se cruzaron, y peleóse cuerpo á cuerpo, porque no satisfacía la distancia al furor de ambos combatientes, que bregaban en la oscuridad de la noche con enconado empeño, produciendo horrible carnicería. Nuevamente son rechazados los carlistas y de nuevo reproducen el ataque hasta que al fin fueron vencidos. Cerca de 200 bajas se experimentaron en uno y otro campo, prodigándose actos de heroísmo, como el que ocasionó la muerte del joven alférez, casi niño, don Julio Romero Marchent, que solo, abandonado, envuelto y acosado por numerosos enemigos, se defiende de las bayonetas y de los tiros; el fuego es á quemarropa; el arma blanca y la de fuego se emplean á la misma distancia; nada le intimida, ni le hacen desfallecer la sangre que arrojan cinco heridas de bayoneta, hasta que mortalmente herido de un balazo, cayó exánime, no sin haber matado antes á dos de sus adversarios, herido al tercero y arrancado á otro la carabina. Un valeroso carlista se mezcló entre los liberales, mató á tres é hirió al jefe, al que hubiera matado á no impedirlo un gastador dando la muerte al audaz carlista. También murió aquella noche el gastador.

Liberales y carlistas cometieron grandes faltas, que no se cuidaron de remediar. Los carlistas celebraron el triunfo obtenido en Lácar, pero no bastaba á indemnizar el terrible efecto producido por el abandono sin combatir las formidables posiciones del Carrascal: era para los liberales conveniente continuar el plan tan bien inaugurado, hasta caer sobre Estella; se acordó sin embargo suspender las operaciones para fortificar los puntos ocupados. El rey marchó á Pamplona, y por Tafalla y Logroño regresó á Madrid.

Aunque el ejército del Norte quedó mermado con la vuelta al Centro de la división Despujols, propúsose el general en jefe continuar con vigor las operaciones. Relevado por el general Quesada, siguió éste aumentando las fortificaciones de su línea, en cuyo trabajo se ocupaban también los carlistas, procurando unos y otros impedirlos, cañoneándose mutuamente y tiroteándose las avanzadas, y ambos contendientes permanecieron en esa inamovilidad enervante para el soldado: se le movía sólo conduciendo convoyes ó en los relevos de fuerzas é instrucción, exigiéndola detenida la nueva juventud que llamaron á las armas liberales y carlistas.

Con el contingente que dió la quinta al gobierno liberal, consideró el consejo de ministros necesario adoptar un plan de limitada ofensiva en unas provincias y de vigoroso impulso en otras. El resultado de las operaciones sobre el Carrascal mejoró notablemente la situación del ejército del Norte, y produciendo la quinta unos 40,000 hombres de positivo ingreso, podía elevarse su fuerza á un total aproximado de 230,000 hombres en lugar de los 210,000 que entonces tenía (1). Continuaron sin embargo unos y otros combatientes á la defensiva, no desaprovechando los carlistas ocasiones como la que aprovechó la partida de Azcárate que invadió á Cáseda,

---

(1) El ejército liberal del Norte contaba en 23 de marzo con 88 batallones, 8 regimientos de caballería, 14 baterías montadas, 8 de montaña, 21 compañías de ingenieros y algunas fuerzas irregulares que hacían un total de 78,782 infantes, 2,651 caballos y 92 piezas.

De estas tropas se empleaban en guarniciones de plazas y puntos fuertes, más la línea del Ebro, 13,900 infantes, 298 caballos, 6 piezas y 793 hombres de fuerzas irregulares. Quedaban, pues, disponibles 64,882 hombres y 2,353 caballos.

Los carlistas del Norte reunían en el mismo mes de marzo un total de 2,602 generales, jefes y oficiales, 30,794 individuos de la clase de tropa, inclusos los sargentos primeros; é incluyendo la administración y sanidad militar, clero castrense, cuerpo jurídico y veterinario, sumaban 33,860 hombres, 1,808 caballos y 794 mulos. La artillería tenía un servicio de 85 piezas, y se estaban montando además 2 Krupp y organizándose una nueva batería de cañones de montaña. Los proyectiles de diferentes sistemas ascendían á 28,235. La fuerza presente de la división de Castilla, que operaba también en las provincias, según el estado que tenemos á la vista, del comisario don Isidro de Helguero, se componía de un batallón de Guías, y de los batallones del Cid, Arlanzón, Burgos, Cruzados y Palencia y un regimiento de caballería, dando un total de 355 de las clases de jefes á cadetes inclusive, y de la tropa de 3,057 con 456 caballos.

Incluyendo las fuerzas de Cantabria, el batallón de Aragón, el de la Rioja y el de Asturias, excepción hecha de los enfermos y heridos, y de los tercios de las provincias, el total de fuerzas carlistas en el Norte en marzo se elevaba á 39,184 hombres y 2,341 caballos; y los estados oficiales de abril dan un total de 38,559 hombres, 2,138 caballos y 797 mulos.

guarnecida por mayor fuerza de carabineros: también las contraguerrillas que opusieron los liberales á las partidas de sus enemigos, y en especial la mandada por don Tirso Lacalle, conocido por el *Cojo de Cirauqui*, efectuó sorpresas y actos de valerosa audacia, produciendo algunas terribles represalias é inhumanos fusilamientos.

Notablemente modificadas las opiniones políticas de don Ramón Cabrera, decidióse al fin á ponerse de parte del gobierno, para terminar la guerra, desengañado de sus correligionarios y del que los personificaba. En relaciones con don Alfonso desde Londres, cuando fué proclamado rey las continuó el señor Merry del Wal en representación del ministerio-regencia, hasta que se firmó el 11 de marzo el acta que reproducida del original acompañamos autografiada.

Don Carlos consideró á Cabrera rebelde y le exoneró de todos sus títulos y honores; lo cual estimuló más al antiguo caudillo tortosino á procurar separar de las filas carlistas á sus amigos y á los disgustados; pero los que le siguieron no tenían mando de fuerzas, ni llevaban consigo más que la influencia de su nombre: no bastó esto para reunir la gente que se necesitaba para pasar en armas la frontera proclamando la paz: hizo más Muñagorri en la anterior guerra. Se concibieron algunas esperanzas de paz; en muchos pueblos de Navarra se firmaron sendas exposiciones pidiéndola, circularon alocuciones demostrando los males que la lucha producía, y si entonces no produjo todo esto el resultado apetecido por los más, fué predisponiendo los ánimos, de suyo cansados, á posteriores consecuencias.

No dando grande importancia los carlistas á la actitud de Cabrera, procuró Mendiri sacar la guerra del estado de atonía á que estaba circunscrita; mas sólo se efectuaron algunas pequeñas operaciones, hechos aislados que á nada conducían cuando seguía la inacción en uno y otro ejército.

Podría ser una necesidad para las fuerzas liberales de Guipúzcoa el abandono de la línea del Oria; pero causó gran sensación y sentimiento en San Sebastián, aumentado con la pérdida del pueblo y fuerte de Astigarraga, y más al susurrarse por todos y saberse por algunos pocos, que su evacuación la había convenido con los carlistas el jefe del destacamento de Astigarraga, compuesto de carabineros.

Los carlistas avanzaron, como era natural, su línea contra San Sebastián, que les opuso las fortificaciones en los puntos avanzados de Ametzagaña y Jaizquivel: no estaba por allí el peligro, aun cuando eran sitios desde donde se podía lastimar á la ciudad; era la parte de Igueldo la que había que atender, pues en cuanto al castillo de la Mota, es casi inútil, por estar dominado, y de nada sirvió durante el bombardeo. La antigua é inmortal Guetaria, patria de Elcano, experimentó entonces los terribles efectos de la guerra y de la saña de los carlistas, que la arrojaron á la sazón 4,616 bombas y granadas, llevando consigo el incendio y la destrucción, teniendo que abandonar el pueblo las cuatro quintas partes de sus moradores por la absoluta falta de medios de subsistencia. Duraba el sitio desde el 13 de mayo de 1875.

Para imponer á los carlistas, dispuso el gobierno el bombardeo de los

FACSÍMILE DEL ACTA DE LA CONFERENCIA EN LA CUAL RECONOCIÓ EL GENERAL CARLISTA CABRERA Á DON ALFONSO XII COMO REY DE ESPAÑA

La celebridad adquirida en la primera guerra carlista por el general D. Ramón Cabrera, así como la trascendencia que su reconocimiento al rey D. Alfonso XII tuvo para la más pronta terminación de la segunda, nos han movido á publicar el facsímile del expresado documento, cuyo original conserva en su poder el Sr. D. Antonio Pirala, quien ha tenido la condescendencia, que le agradecemos en extremo, de facilitarnos su reproducción.

Habiendo publicado en otra lámina el facsímile de las dos principales páginas del Convenio de Vergara que sirvió de remate á la primera de las citadas guerras, creemos que no holgará en la presente obra la copia de la referida acta, preludio de la conclusión de la segunda, con lo cual habremos logrado reunir en nuestra edición de la *Historia de España* la copia fiel de dos importantísimos documentos históricos relacionados con nuestras discordias civiles del presente siglo y en los cuales aparecen estampadas las firmas de los dos caudillos que más notoriedad é influjo alcanzaron en sus respectivos opuestos partidos.

El dia once de marzo de mil ochocientos setenta y cinco, á las seis de la tarde, se reunieron en el cuarto nº 38 del Hotel Mirabeau, situado en Paris Rue de la Paix nº 8, ocupado por el Excmo Sr. General D Ramon Cabrera, los Excmos Sres Duque de Santoña Marques de Manzanedo, y D Rafael Merry del Val, comisionados por el Gobierno de España, para negociar, con dicho General Cabrera, las bases de una fusion patriotica del partido Carlista y los demas partidos monárquicos, bajo el reinado de S.M. D. Alfonso XII, y los Sres. Excmo Sr. D Francisco Pareja de Alarcon, D José Indalecio Caso, D Julio Nombela D. Rafael Hernandez y Cabrera y D Juan de Dios Tovar y Cabrera amigos y auxiliares los tres primeros, sobrino el cuarto, y Secretario el quinto del General, que tambien se hallaba presente:

El Excmo Sr. Merry leyó la comunicacion que, con el Excmo Sr Duque de Santoña, dirigieron, en nombre del Gobierno de S.M. al Excmo Sr. Capitan General D Ramon Cabrera, comprendiendo las bases de una fusion generosa y patriotica, proyectadas por dicho Gobierno y el mencionado General, en beneficio de la Nacion y del partido Carlista

El Excmo Sr D Francisco Pareja de Alarcon leyó la respuesta á dicha comunicacion, formulada por el Excmo Sr. General Cabrera y acto continuo, con

la emocion propia de quien lleva á cabo un hecho trascendental, de quien dá á la Patria todo lo que tiene, firmó el ilustre General su respuesta, que es un explícito reconocimiento de D. Alfonso XII como Rey de España.

Un abrazo del General con los representantes del Gobierno, sancionó la fusion anhelada, y despertó en los circunstantes la dulce esperanza de que aquel abrazo, repetido muy tarde: por todos los españoles, realizará la fraternidad salvadora de la Patria.

Los representantes del Gobierno de S. M. y las personas allegadas al General, fueron los primeros en dar el ejemplo. El acto solemne y trascendental para bien del País y gloria de los que á él han contribuido, terminó haciendo todos los circunstantes fervientes votos por la felicidad de la Nacion.

Y, para que en todo tiempo conste y sirva de grato y honroso recuerdo á los suscritos, levantan este acta de la que cada uno conservará copia, y la firman en Paris á 11 de Marzo de 1875.

El Duque de Santoña
Marqués de Manzanedo

Ramon Cabrera

Rafael Homedes

Rafael Merry del Val

Franco Pareja de Alarcon

Julio Nombela

Juan de Dios de Továr.

J. J. Caso

puertos de la costa situados desde el abra de Bilbao á Fuenterrabía, y efectuóse sin gran decisión aunque causándose los consiguientes daños: los puertos que estaban indefensos llegaron á artillarse, y jugaron tan acertadamente algunas piezas, que practicando el 26 de mayo un reconocimiento sobre Zumaya, Deva y Motrico, el brigadier Barcaíztegui, reventó en su mismo cuerpo una granada arrojada desde Motrico, y le destrozó por completo. Pareciendo á muchos duro el bombardeo, se trató del bloqueo de la costa; y justamente cuando se establecía, ó cruzaban al menos las aguas de Vizcaya y Guipúzcoa los buques de guerra, se efectuó en Bermeo un nuevo desembarco de 2,000 fusiles de aguja, 4 cañones, sables, cartuchos, etc. Volvióse á pensar en el bombardeo y se lanzaron algunos proyectiles á Mundaca, Bermeo, Lequeitio, Ondárroa, Motrico y al pequeño Elanchove, cesando en agosto sin más resultado qne producir ruinas, pues en este segundo período del bombardeo hubo más decisión que en el primero. Tambien fué causa de que se decidiese el bombardeo de San Sebastián por los carlistas.

Antes había considerado el Consejo de ministros insostenible la inmovilidad en que estaba el ejército del Norte, y cuando el que ocupaba Navarra presentaba un frente de operaciones de una extensión de más de 40 kilómetros, y era un peligro inminente ante un enemigo que tenía de su parte el país y era activo, si bien no se le utilizaba debidamente. Se atendió con previsión á Vitoria, y se encomendó al general Tello la conducción de un convoy, que llevó á su destino, á pesar de pretender impedirlo los carlistas, que no le opusieron los mismos obstáculos á su regreso á Miranda.

Cuando los canjes verificados en el Centro y Norte parecían humanizar la guerra, las medidas de rigor que adoptó el gobierno contra los bienes y personas carlistas, empezaron á darla ese carácter de ferocidad peculiar comúnmente de las luchas civiles y que nos hacían retroceder más de un siglo. Llegaban á 13,000 los destierros acordados; Estella y otras poblaciones carlistas se vieron invadidas, y los lamentos de los emigrados llevaron á su campo la exasperación: unos y otros beligerantes rivalizaban en terribles disposiciones, y la guerra prometía llevarse con todo su feroz salvajismo; pero los sucesos se precipitaban haciendo variar el aspecto de las cosas y de las personas. Pérula relevó á Mendiri en el mando en jefe del ejército carlista; corrió á Álava á impedir el paso de los liberales á Vitoria; ocuparon éstos á San Formerio; no pudiendo pensarse en marchar por la carretera, desembocaron al amanecer del 7 de julio en el condado de Treviño 25 batallones, 7 escuadrones, 6 baterías y 3 compañías de ingenieros; la concentración de estas tropas y su despliegue en el campo de batalla se verificaron con rapidez y precisión geométrica, y entre siete y ocho de la mañana habían entrado en línea y ocupado sus respectivos puestos de combate todas las fuerzas del general Quesada, cuyo plan, bien concebido, consistía en hacer un cambio de frente, sirviendo de eje la izquierda, avanzar el ala derecha, atravesar los montes de Vitoria y caer sobre esta ciudad. Peleando Loma y Pino por la derecha y centro, y avanzando, sostenía Tello en la izquierda un sangriento combate, adquiriendo la lucha un carácter de desesperado encarnizamiento, cuando los

carlistas iniciaron un vigoroso ataque de frente, llegando las guerrillas á mezclarse y embestirse á bayonetazos. Logroño y Soria no cedían; este último batallón había agotado sus municiones; era imposible relevarlo en aquellos momentos; la línea de combate empezaba á ceder el terreno, cubierto de muertos y heridos, y en tan terrible trance, el general Tello envió por la caballería, y cuando ésta llegó ordenó personalmente al coronel Contreras cargar al enemigo. Éste fué el instante decisivo del combate. Puesto Contreras á la cabeza de 98 jinetes, cargó á fondo, arrollando y acuchillando las guerrillas enemigas y sus reservas y sembrando el campo de cadáveres. Se municionaba en el ínterin Soria, reemplazábanle en la línea otras fuerzas, no quedaba á Tello ni un hombre de reserva; hacen los carlistas el último esfuerzo, recrudécese el combate, se cruzan las bayonetas, llegan en este momento los dos batallones enviados por Loma, amenazan el flanco izquierdo del enemigo, vacila éste, y acaba por retirarse perseguido, quedando Tello, después de cinco horas de combate, dueño del campo, aunque á costa de sensibles pérdidas que demostraban el encarnizamiento de la pelea. Sobre 800 bajas entre muertos y heridos experimentaron ambos combatientes en esta batalla de Zumelzu ó Treviño. Si cuando los carlistas se retiraban hubiera salido á su encuentro la guarnición de Vitoria, el desastre fuera completo. Pérula consideró esta jornada como un triunfo, que estuvo muy lejos de serlo para sus huestes.

Más que hasta entonces iban á experimentarse en Álava los rigores de la guerra. Se dispuso, cumpliendo las órdenes del gobierno, incendiar las mieses, salvando á algunas su verdor; se prendió á ayuntamientos y mayores contribuyentes por no satisfacer los pedidos que se hacían; se ejecutaron algaradas por la llanada para imponer á los pueblos, á los que se exigían tributos, y se distribuían entre las tropas cuantos víveres se encontraban, destruyéndose los sobrantes. Estas algaradas destructoras se efectuaban en la Rioja y en Navarra, ejecutándolas igualmente los carlistas en propiedades liberales. En Vizcaya procuraba el general Villegas distraer la atención de sus enemigos que se acumulaban sobre Álava. Estas fuerzas carlistas se encomendaron al conde de Caserta, que no pudo hacer mucho, porque la guerra en esta provincia les era perjudicial, ocupando Quesada la posición estratégica de Vitoria, que le permitía amenazar y atacar varios puntos á la vez. Pérula quería llevar la lucha á Navarra, aumentar las fuerzas de Guipúzcoa para obligar á los liberales á acudir á los dos puntos, sacando así las fuerzas de Álava, donde servían mal, quedando Caserta en fortificar los puntos importantes que se le señalarían y en Vizcaya los inmediatos á Somorrostro, para asegurar la posesión de las ricas minas de Ortuella.

El movimiento que los carlistas ejecutaron sobre Logroño, decidió á Quesada á avanzar hasta Villarreal, que cañoneó y las posiciones que le defendían, regresando al siguiente día á Vitoria. Don Carlos efectuó una excursión por Álava y Guipúzcoa, prodigando consuelos y alentando esperanzas, y marchó á Estella, acompañándole un lucido séquito de jefes y los príncipes de Nápoles y Parma.

En Guipúzcoa se entretenían los carlistas en bombardear á Hernani, una de las poblaciones que más codiciaban y á la que desde fin de mayo

á setiembre arrojaron más de cuatro mil bombas y granadas. Para facilitar las cada día más difíciles comunicaciones de San Sebastián con Hernani, se decidió Blanco á apoderarse de Montevideo, y lo consiguió, procediendo á fortificar las posiciones conquistadas, cuyos trabajos molestaban los carlistas desde Santiagomendi, y hasta trataron de sorprender aquella posición y el fuerte de Daneta, siendo rechazados. El general Trillo que reemplazó á Blanco, dando la debida importancia á la posición de Urcabe sobre Oyarzún, dominando la carretera de San Sebastián á Irún, así como las posiciones de Zubelzu y Glazeta cercanas á la última villa y también en la carretera, amagó un desembarco en Guetaria para atacar á Garate, se hicieron dueñas las tropas liberales de las posiciones anteriores, y si algunas fueron tomadas sin resistencia, la tuvo el brigadier Vitoria, que tomó á viva fuerza las alturas de Eguiola y peña de Recarte, y efectuó su retirada bajo el fuego enemigo, experimentando algunas pérdidas.

Confiado por los carlistas el mando interino de las operaciones militares en Guipúzcoa al conde de Caserta, no se mostró muy satisfecho del estado en que estaban las fuerzas y los ánimos en aquella provincia, y pidió se le relevase para irse con los alaveses, reemplazándole á poco don Eusebio Rodríguez, que empezando su carrera militar de soldado en 1844, y peleando en 1872 contra los carlistas, siendo ya comandante, al verse de reemplazo, se presentó á Dorregaray. Difíciles eran las circunstancias para el nuevo jefe carlista, pero supo hacer frente á sus enemigos en su ataque á Choritoquieta y posiciones inmediatas, y el general Trillo tuvo que pasar por la amargura de retirarse al frente del enemigo; «lo exigían las circunstancias que pueden más que el hombre y hacen fracasar las mejores combinaciones de la guerra.»

Impresionó esta retirada en San Sebastián, cuyo bombardeo comenzó aquella noche, desde la falda de Arratsain, arrojando los cañones carlistas cerca de doscientas granadas. En represalias dispuso Trillo el bombardeo de Usurbil, Lasarte, Urnieta, Ergobia y Astigarraga, sin más resultado que producir desgracias aumentando los estragos de la guerra.

Los carlistas habían avanzado bastante su línea, que la conservaron en ocasiones sólo dos batallones, habiendo unos quince en San Sebastián. Para vencer á los defensores de don Carlos, ó romper su línea, necesitaba Trillo más fuerzas, y las pedía, y las corporaciones de San Sebastián: temiendo su llegada los carlistas, volvieron á llamar los tercios, formados de casados. Pudieron así continuar el bombardeo de Guetaria, Hernani y San Sebastián, habiendo día, el 29 de noviembre, en que se lanzaron á esta ciudad 96 granadas, y á la patria de Juan de Urbieta más de 4,000 en los meses de octubre, noviembre y diciembre.

El general Quesada se quejaba de falta de fuerzas, porque «dadas las proporciones que ha alcanzado aquí la guerra, decía, sólida organización con numerosa artillería el enemigo, su sistema general de atrincheramientos con obras de la mayor importancia en los pasos obligados y difíciles, en este país tan frecuentes, no hay que pretender ni esperar nunca llamarlo á otro terreno para buscar en combates parciales probables ventajas, que siempre que se obtuviesen satisfarían la impaciencia pública, pero también con dureza juzgaría el menor revés, de tantas consecuencias

en estos momentos... sin cuerpos diferentes y bastante numerosos para bastarse á sí propios, con medios de alimentarse y de proveer á sus múltiples necesidades, no puede verse el enemigo seriamente amenazado, ni llamarle fuera de sus defensas á un combate en que no espero ventajas, que nosotros tampoco podemos hoy buscar (y sí sólo probables desastres) si avanzamos inconsideradamente al territorio que tienen elegido y preparado para resistir.» Esto no obstante, avanzó Quesada desde Villarreal á Murguía, llegó á Orduña sin ser hostilizado, acudiendo Loma procedente de Quincoces, y, después de causar los posibles desperfectos en las minas de Barambio y en Lezama y Amurrio, Quesada regresó á Vitoria y Loma á Valmaseda.

En auxilio de las fuerzas liberales atacadas en Lumbier acudió el general Reina desde Tafalla, Rodríguez Espina desde Puente la Reina, y la brigada Araoz desde Berdún. A pesar de la naturaleza de las fuertes posiciones de la ermita de la Trinidad, se atacaron de frente, no pudiéndolas tomar en cuatro horas de porfiado combate, y de haber sido protegidas las primeras fuerzas con otras de refresco, teniendo que retirarse con grandes pérdidas. Dueños los carlistas de la sierra de Leire, molestaban con sus fuegos á los que de ella se empeñaban en echarles. Eran inferiores en número los carlistas, pero sus posiciones no podían ser más excelentes: ocupaban las alturas que rodean á Lumbier, y desde ellas causaron numerosas bajas á los liberales, que pudieron haber sido mejor dirigidos. Indemnizábase de estas pérdidas el general en jefe en la Sierra de Toloño, apoderándose de San León, de Peñacerrada, y de Bernedo, cuya defensa tenía recomendada don Carlos, al que manifestó Pérula la imposibilidad de sostener líneas extensas, añadiéndole que la situación de la causa era gravísima, que el país estaba cansado y las diputaciones no ayudaban, por lo que era necesario reconcentrar las fuerzas. Don Carlos le alentaba y le pedía un plan que no fuera local ni raquítico; en su concepto, entendía que el principal punto de mira había de ser «destrozar una columna ó un cuerpo de ejército, echarnos sobre él á lo Lácar, á la bayoneta; así economizaremos sangre y municiones é infundiremos terror. Esto conseguido no debemos parar: es preciso dar golpe sobre golpe, con resolución, con confianza en Dios.» Estimuló á las diputaciones para que con preferencia á los demás servicios alentaran la construcción de armas, cartuchos y calzado, y dirigió á su ejército una alocución desde Durango, diciendo que había llegado la hora tan deseada, víspera de grandes batallas, y que la revolución guiada por un príncipe iba á intentar el último esfuerzo (1).

---

(1) Recordaba pasadas glorias y añadía en esta alocución:

«Pues bien; á corazones tan esforzados no se debe ocultar la verdad, que crecerán vuestros alientos al compás que arrecien los peligros. Ciento, doscientos mil hombres, tal vez, arrojará Madrid sobre estas provincias; vengan en buena hora. Con soldados como vosotros sólo se cuenta el número de enemigos después de la victoria; vengan en buen hora, que contra vuestros pechos se estrellará su feroz ímpetu, como se estrellan contra el inmoble peñasco las rugientes olas del mar embravecido.» Recuerda la titánica lucha contra Napoleón, el *no importa* de aquellos héroes; dice que la constancia es la victoria, y añade:

«A los que procuren desanimaros, despreciadlos; á los que intenten sembrar entre

De todo necesitaban los carlistas para hacer frente al gran conflicto que les amenazaba. Se apoderaron sus enemigos de la línea de Alzuza á San Cristóbal, que no dejaba de ser un peligro para Pamplona, por lo que celebró con luminarias y campaneo la conquista de aquellas posiciones desde donde les cañoneaban los carlistas diariamente, experimentando un terrible bombardeo además de verse asediados, y se preparaban las operaciones que habían de terminar la guerra.

Acordado en Madrid un plan de campaña y la reorganización del ejército del Norte, se disolvieron los de Cataluña y del Centro, y se constituyó con sus fuerzas el ejército de la derecha que ocuparía el territorio de Navarra, guiándole el general Martínez de Campos, y Quesada el de la izquierda, que comprendía las provincias Vascongadas y las del distrito militar de Burgos. Las fuerzas de ambos ejércitos eran 121 batallones muy completos, 64 escuadrones, 24 compañías de ingenieros y 37 baterías: en junto eran más de cinco veces superiores en número á los carlistas, y con superabundancia de recursos y toda clase de medios.

El ejército carlista sumaba en 31 de diciembre de 1875: 200 jefes superiores, 2,063 de comandante á alférez y 29,807 de la clase de tropa. Incluyendo la administración y sanidad militar, clero castrense, etc., arrojaba un total de 32,976 hombres, 1,769 caballos y 680 mulos, no incluyéndose las fuerzas de Rioja, Cantabria, Asturias y Aragón, como tampoco los que se encontraban en los hospitales. Constituían su artillería más de 80 piezas de campaña y 29 de plaza.

Por dimisión de Pérula se confirió el mando de los carlistas al conde de Caserta, quien antes de emprender las operaciones deseó llenar los almacenes de cartuchos para poder sostener varios combates seguidos.

Al aproximarse las operaciones decisivas, temióse por Estella, y encargó don Carlos se defendiese á todo trance. *Confianza y á vencer*, fué el grito que se dió á los carlistas, y para alentar don Carlos á su gente, recorrió la izquierda de su línea hasta el monte Garate, visitó la fábrica de fundición de Azpeitia, marchó á Estella, reconoció las posiciones de la Solana, re-

---

vosotros la desconfianza, denunciadlos á vuestros jefes para el castigo. Esperando la hora del combate, santificad vuestro corazón elevándolo á Dios, á Dios por quien combatimos, y que, una vez más, con su brazo todopoderoso anonadará á nuestros enemigos tan soberbios. Torpes manejos han hecho estériles las fatigas de nuestros hermanos de Cataluña y del Centro, pero pronto se oirá en sus ásperas montañas el grito de *desperta ferro*, y en sus cumbres tremolará de nuevo nuestra bandera inmaculada. Las demás provincias de España agítanse para auxiliarnos, que pruebas recientes tienen de nuestra abnegación y de nuestro patriotismo.

»Voluntarios, adelante. Penalidades sin cuento nos esperan; hambre, frío, desnudez, cansancio: las sufriré con vosotros. Las grandes causas necesitan inmensos sacrificios; pero venceremos, yo os lo aseguro. Voluntarios, con vuestra constancia salvaréis las santas creencias de nuestros padres, salvaréis á España, salvaréis la monarquía, salvaréis nuestras antiguas libertades. Al combate, voluntarios: pensad que si vivos, ceñirán nuestras frentes la corona de los héroes; la palma gloriosa de los mártires cubrirá el sepulcro de los que peleando por Dios, por la patria y por su rey, mueran en los campos de batalla.—Vuestro rey y general, *Carlos* (*).»

(*) Al dirigir esta alocución á las diputaciones vascongadas y navarra, sin ocultarlas el peligro, las estimulaba á enardecer el espíritu público.

vistó sus fuerzas, dirigió una pequeña operación militar contra los liberales que ocupaban el monte de San Bartolomé y pueblo de Baigorri, ascendió al fuerte de Santa Bárbara de Oteiza y escribió á Elío una carta que era un programa, ó más bien una alocución, pues le decía que al llegar los momentos críticos daba gracias al cielo por proporcionarle á él y á su ejército la ocasión de patentizar que eran dignos sostenedores de la causa de Dios y de la patria. «Si llegan hasta tu retiro noticias funestas de mi campaña, no desmayes, mi viejo soldado. Las grandes causas sufren á veces grandes reveses. Semejantes al altivo cedro, se doblan á impulso del huracán, pero no se rompen, para levantarse después con majestuosa gallardía. Si perdemos una batalla, buscaremos sobrada revancha. Un triunfo definitivo sin contratiempos, no tiene gloria. La virtud es tanto más meritoria cuanto más grande ha sido la lucha. Lucharemos, pues, amigos míos, y venceremos, porque Dios está con nosotros. Ruégale que no me abandone, mientras yo le ruego que conserve tu vida.» Regresó por Alsasua á Tolosa, y recorrió después los puntos avanzados de la línea de Guipúzcoa.

Esperaban los carlistas que comenzarían las operaciones por la extrema izquierda liberal, por considerarla el punto más estratégico, aunque no el más seguido por todos, continuándolas después por Guipúzcoa: Pérula temía más por Navarra, y escribía que si eran allí derrotados, todos los carlistas sucumbirían sin luchar apenas. A Navarra y Vizcaya necesitaban acudir, porque sobre ambos puntos iban á caer cual irresistible avalancha numerosas tropas liberales.

Sospechaban los defensores de don Carlos que el principal objetivo de Martínez de Campos sería apoderarse de la frontera francesa, colocando en ella un cuerpo de ejército que, operando á rataguardia de ellos, pudiera invadir todo el país, y producir funestas consecuencias para los carlistas; pero confiaban en que no podrían los liberales forzar sus líneas y llegar á la frontera; y que, aun cuando lo consiguiesen, podrían los carlistas dejar aislado el cuerpo de ejército que efectuase aquella operación y concluir con él antes que pudiesen socorrerle. No dudaban que Moriones podía correr por Irún á Vera, pero confiaban en la fortaleza de la línea de Guipúzcoa; para impedirlo necesitaba Martínez Campos atravesar toda Navarra, un extenso territorio dominado por los carlistas.

Se pensó que Loma iniciara las operaciones sobre la línea del Cadagua, apoyado directamente por Moriones, á fin de amenazar por retaguardia las fuerzas carlistas que ocupaban á Guipúzcoa, á lo cual contestó el segundo desde San Sebastián que necesitaba su cuerpo de ejército completa libertad de acción para salir del círculo que le ahogaba; que su situación era especial, por no tener más apoyo que aquella ciudad ni otra comunicación que la insegura por mar, y obligado á permanecer en un terreno reducido y encerrado en una línea enemiga, como pocas fuerte; que nunca podía darse por terminado el estudio de aquellas posiciones, en las que el terreno impedía el desenvolvimiento de la menor maniobra, «robustecido por numerosas obras de fortificación, muchas de ellas permanentes y acasamatadas en alturas inaccesibles, unidas por comunicaciones cubiertas y blindadas, y sembrado todo por innumerables trin-

cheras y fosos; y todo tan hábilmente dirigido y ejecutado, que no hay manera para estas tropas de moverse, sin que no lo hagan siempre á la vista y bajo el fuego cruzado de los enemigos. He conocido, añadía, varias situaciones críticas por las que ha pasado nuestro ejército en esta guerra, y no considero ninguna tan asfixiante y peligrosa como la actual.»

Loma, de acuerdo con Villegas, consideró necesario, como base de todas las operaciones en Vizcaya, establecer lo primero la línea del Cadagua hasta Bilbao; concertando su movimiento, que consistía en extender su derecha sobre Viérgol y adelantar por la izquierda hasta Nava, á fin de estar encima de las líneas carlistas del Berrón y monte Celadilla sobre Valmaseda, apoderarse de ésta, subir á la sierra de Ordunte, caer sobre Mollinedo y no parar hasta dominar la carretera de Valmaseda y Avellaneda, combinando estas operaciones de doble movimiento envolvente, con la subida de fuerzas de Bilbao á la altura de Santa Águeda, corriéndose por la cresta á tomar posición en Galdames ó Triano sobre Sodupe. Así los carlistas se verían envueltos y atacados por tres puntos á la vez y en gran peligro, sin más retirada que hacia Galdames y Durango. Telegrafióle Quesada que hiciera el movimiento preparatorio que proponía, y lo ejecutó tan exactamente como lo había proyectado, quedando las tropas en los nuevos cantones y la línea avanzada ocupada por el general Villegas, después de algún fuego en las avanzadas del Berrón, y en el ataque á la torre de Gipano, con algunas pérdidas. A los ocho días, mejorado algún tanto al tiempo, atacó Goñi las posiciones de Valmaseda, apoderándose del monte de Celadilla y entrando en la población á costa de algunas bajas; Villegas se situó en Güeñes y sobre Sodupe; Espina fué por el valle de Carranza; Cassola, desde Bilbao, se apoderó de Santa Águeda, las Cruces, San Felipe y Pilón de Azúcar, y se unieron estas fuerzas con las de Villegas. Carasa, que mandaba aquella parte de la línea carlista, se vió precisado á retirarse á Zornoza y sus inmediaciones: un batallón, el de Arratia, se tiroteó desde las alturas de Dima con las tropas de Quesada. Éste había ocupado la línea de Villarreal como se proponía, apoyando su derecha en Arlabán y su izquierda en Murua, venciendo escasa resistencia. Córdova ocupó á Ochandiano, Alarcón, San Antonio de Urquiola; quedó enlazada la comunicación con Durango; Ciria arrojó á los vizcaínos y sedentarios de las elevadas alturas en que hicieron frente y el general en jefe penetró en el valle de Arratia, donde pereció el brigadier Verdú. Siguió por Ceberio y Arrancudiaga á Miravalles, presentándosele una compañía de sedentarios, y entró en Bilbao en la tarde del 1.º de febrero de 1876.

En contacto Quesada con la extrema izquierda liberal, no sólo se estableció sólidamente la línea del Nervión, sino que se abrió el camino á Zornoza y Durango, adonde se retiraron los carlistas sin oponer los obstáculos y la resistencia que podían haber opuesto en posiciones tan favorables: dejaron libre al enemigo la entrada á Guipúzcoa y Vizcaya.

La división carlista de Guipúzcoa, que contaba sobre 6,200 hombres, ocupaba una línea de casi constante combatir, con más de 100 fuertes ó reductos, baterías y trincheras, para ofender á Guetaria, Hernani, San Sebastián, Rentería, Pasajes é Irún en posiciones bien elegidas. Más que

triplicadas eran las fuerzas liberales que las carlistas, pero las posiciones de éstos importaban más que el número de sus enemigos. Hernani seguía bombardeado; había ya recibido sobre 10,000 proyectiles y unos 2,300 San Sebastián: acercábase sin embargo el término de aquel alarde de fuerza sin obtener resultado positivo, porque no decaía el ánimo de los defensores de aquella heroica villa, ni amenguó en lo más mínimo la decisión de los liberales de la ciudad.

Reconoció Moriones la línea enemiga, comprendió los grandes sacrificios de sangre que iba á costar al ejército si se decidía á romperla, y adquirió el convencimiento de que lo menos costoso sería tomar las posiciones de Garate. Entreteniendo con algunos amagos á los carlistas, envió á Guetaria á Mariné, embarcado sigilosamente en Pasajes, se apoderó valerosamente de las elevadas posiciones de Garate y quedó libre Guetaria de su largo asedio.

A este puerto se trasladó Moriones, donde reunió 14 batallones, teniendo por objeto envolver las líneas enemigas.

Al mismo tiempo se apoderaban los liberales, cerca de Hernani, de las posiciones y reducto de Vidarte, á costa de 300 bajas; tanta fué la resistencia que los carlistas opusieron. No fué menor la que presentaron en Mendizorrotz y Arratsain y donde se repitieron las cargas á la bayoneta; peleóse cuerpo á cuerpo; consiguieron los liberales dominar el Bordacho, rodeándole, siendo tal su posición que le había considerado inatacable el mismo Moriones: defendían este punto unos 40 carlistas, y agotados los cartuchos y granadas de mano, se defendieron á pedradas arrojando hasta las tejas: rechazaron toda propuesta de rendición, y auxiliados oportunamente, hicieron retroceder á los que en tan apurada situación les tenían. En estos últimos ataques experimentaron ambos combatientes unas 700 bajas. Los carlistas celebraron con repiques de campanas el haber rechazado á sus enemigos: necesitaban inspirar aliento y confianza. De parte de los liberales, nada más elocuente y gráfico que las siguientes palabras de la comunicación oficial del mismo general señor Morales de los Ríos, que dirigió aquellas acciones. «Ha habido bravura en las tropas, poca inteligencia en algunos jefes encargados de los detalles, y olvido por parte de los jefes de brigada de las instrucciones que verbalmente y repetidas veces les he dado.»

Todos olvidaron las instrucciones recibidas. Moriones sólo ordenó se hiciera una demostración sobre las líneas de Arratsain, no empeñar combate; que se repitiera al día siguiente el ataque hasta ver si se podía conseguir apoderarse de la derecha del Oria para comunicarse con el cuerpo que estaba en Guetaria, que operaría en el mismo sentido, para conseguir después un paso por el río. Tan precisas instrucciones no se cumplieron, culpándose al general Morales de los Ríos, no á los demás jefes y brigadieres.

El 1.° de febrero regresó Moriones á San Sebastián, donde recibió tres batallones más. Le avisó Quesada avanzase sobre Cestona para comunicarse con Loma que se dirigía por Marquina á Elgoibar y Deva, mientras iba el general en jefe á Elgueta; Moriones contestó que remediada la mala situación en que había quedado la división Morales se embarcaría para

Guetaria. si la mar lo permitía, creyendo poder efectuar el movimiento que se le prevenía.

Los carlistas, en tanto, satisfechos con el triunfo obtenido, reanudaron el bombardeo de San Sebastián Hasta la madrugada del 6 de febrero, el total de los proyectiles lanzados á la ciudad ascendía á 2,177. También se reanudó el bombardeo de Hernani.

Proponíase Moriones llamar fuertemente la atención de sus enemigos sobre Garatemendi, por medio de ataques falsos á las posiciones de las Meagas é Indamendi; embarcar de noche tropas en Guetaria, que desembarcando en Pasajes y en San Sebastián y unidas á la tercera división, atacaran por sorpresa las posiciones centrales de la línea carlista, apoyando después las tropas que desde San Sebastián y por la carretera de Hernani marcharían sobre Santiagomendi: el fracaso que experimentó la división de Morales de los Ríos lo impidió todo, se abandonó por completo este plan y se esperaron los movimientos del ejército de la izquierda, que seguía avanzando.

El de la derecha, formado casi todo de las fuerzas de Cataluña, se reunía en Navarra. Su jefe el general Martínez de Campos trató de inspirar confianza en el país, ordenando que á nadie se molestara: cesaron los destierros, terminando así muchos abusos cometidos con formas legales, y desistiendo del ataque á Estella, juzgó lo mejor dirigirse al Baztán con suficientes fuerzas; dejó á Primo de Rivera instrucciones para atacar á Santa Bárbara de Oteiza, enviando una brigada á amagar á Monte Jurra, y emprendió Campos su movimiento el 29 de enero, tomando las posiciones de Alzuza y Elcano. Siguió el ejército su marcha por los altos de Zay y de Zubiri, pernoctó en Saigós después de sostener varios tiroteos durante la marcha, que se hacía por fuera de caminos y por bosques frondosos, lo cual, y el estado del piso, hizo que la retaguardia no pudiera pasar del alto de Belzunegui: contrariando esto bastante al jefe liberal, por no serle posible sorprender el puerto de Velate, adonde supo se reconcentraban algunos batallones carlistas, se decidió á tomar el de Eugui. de donde salió, y á las nueve de la noche empezó á llegar la vanguardia á Elizondo, sin saberse si había ó no enemigos en esta población. Aquí se encontró sin raciones, pues aunque había dado tres al soldado y llevaba una en las acémilas, con tan penosa marcha las perdió, produciendo esto un gran conflicto. No había más remedio que avanzar á toda costa para proporcionarse víveres y calzado en Francia, y decidió apoderarse de Dancharinea sin disparar un tiro, por no violar el territorio francés: algunas fuerzas con picos abrieron paso; así se restableció la comunicación con Francia, y el general Blanco llegó á Urdax, abandonando la aduana los carlistas; no pudo ir Campos á Vera al día siguiente por estar descalzos muchos cuerpos, y lo sintió, porque su posesión le había de costar después muchas bajas, á causa de que daba tiempo á los carlistas para prepararse en tan accidentado terreno, dificultando más la operación la gran nevada que cayó por espacio de cuatro días.

Primo de Rivera se apoderaba el 30 de enero del fuerte de Santa Bárbara de Oteiza, á costa de muy sensibles pérdidas. Esta conquista ponía á aquellas fuerzas liberales en tan excelentes condiciones como eran

fatales las en que quedaban los carlistas, que no podían hacerse ya muchas ilusiones. Si la ocupación del Baztán por los liberales sorprendió á unos carlistas, parece que no la ignoraban otros, que hubieran podido, si no impedirla, porque no tenían fuerzas bastantes que oponer á las muy superiores de sus enemigos, sí estorbarla mucho y no dejar pasar columna alguna, porque el terreno favorecía perfectamente la defensiva. Si en los liberales hubo excelente previsión, vióse en sus enemigos algo más que indisculpable confianza y lamentable descuido.

En cuanto supo don Carlos la entrada de los liberales en el Baztán, llamó á Tolosa al conde de Caserta, conferenciaron el 2 de febrero, se comprendió lo terrible de su situación, teniendo al enemigo á retaguardia, y aunque se confió en que, quedando aisladas las fuerzas de Martínez de Campos, podían atacarlas con éxito y hacerlas entrar en Francia, lo cual pudieran haber hecho ó intentado á estar más prevenidos, no era ya posible en cuanto el jefe liberal estableció sus comunicaciones con Francia, apoderándose de Dancharinea y se fortificaba en Elizondo. Todo lo que no hubieran hecho los carlistas el primer día era después inútil.

Corrió el conde á unirse con Pérula que estaba en Leiza, para atacar á Campos ó contenerle al menos, y se situaron fuerzas en Vera para impedir que los liberales de San Sebastián se diesen la mano con los de Elizondo; pero otra fuerte nevada estorbó las operaciones. Al detener estas nevadas á unos y otros combatientes, perjudicaron más á los carlistas que á los liberales, porque necesitaban aquéllos más movilidad. Caserta y Pérula llegaron el 3 á Vera con dos columnas, reuniendo un total de doce batallones, dos escuadrones y ocho piezas: marcharon aquellos dos jefes á Narbarte, y Larumbe á Peñaplata. Don Carlos deseaba se atacara y lo mandaba á Caserta y á Pérula, que no podían hacerlo por la superioridad de fuerzas de su enemigo y las posiciones que había tomado, impidiéndolo también la constante nevada de aquellos días. Nuevas disensiones entre los jefes carlistas empeoraron la situación de su causa.

El ejército de la izquierda avanzó el 4 de febrero á Durango y Guernica, llegando el día siguiente á la primera y ocupándola sin la menor resistencia, siendo de notar que, tratándose de un pueblo eminentemente carlista, sólo se ausentó el alcalde, y se recibió á las tropas con repique de campanas. La brigada Ciria, que ocupaba la vanguardia, peleó en Abadiano y sus inmediaciones con los carlistas, que á las ocho de la noche se retiraron á Elorrio, contando unos y otros combatientes más de 200 bajas. Sangre derramada inútilmente, y aun se empeñaban en derramar más los fanáticos defensores de una causa que llamaban santa y era parricida; cuando ni aun la esperanza de triunfo podían abrigar, perdida ya por ellos casi toda la provincia de Vizcaya, y cuando acabaran de perderla toda, sucedería en grande escala lo que en pequeña acontecía, las deserciones, pues llegaron á presentarse en tres días 142 individuos.

Los carlistas que ocupaban los altos de Elgueta iban á verse en breve envueltos: algunos de sus jefes confiaban en que no habría combate porque siendo cuestión de tiempo el tenerse que retirar de aquellas posiciones y dejar libre el puerto de Elgueta, podrían pasarle los liberales sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre: debió haber habido me-

nos precipitación por parte de los liberales y excusado la acción, que duró seis horas y fué encarnizada, porque resistieron tenaces los carlistas al abrigo de sus excelentes posiciones, excepto los batallones de Bilbao, Durango y Orduña, que se mostraron débiles. Sobre 400 bajas experimentaron los liberales y 300 los carlistas.

Vizcaya estaba perdida para éstos. Prescindiendo de que las triplicadas fuerzas de Quesada podían envolver todas las posiciones de aquéllos, el avance de Loma por Marquina y Elgoibar les envolvía completamente y tenían que retirarse antes de que llegaran á Vergara si no querían verse copados. Era imposible la lucha con tan superiores fuerzas, que bastaban ellas solas para terminar la guerra. De nada servía que los carlistas se parapetasen en los altos de Descarga ni en los de Elosua. ni en los que defienden el camino de Azpeitia á Tolosa, cuyos desfiladeros se prestaban á la defensiva, porque en todas partes podían verse atacados por el frente, por los flancos y por retaguardia, y en tales condiciones no hay defensa posible.

Empeoraba á cada momento la situación de los carlistas, y para hacerla más crítica, al pedir el conde de Caserta raciones, las negó la diputación de Guipúzcoa y el que se llamara más gente á las armas, como incesantemente pretendían algunos jefes. Confiaban otros, por ciertos tratos con conocidos federales, que se efectuaría una revolución, sobre la cual se cruzaron telegramas significativos.

Quesada penetró en Guipúzcoa ocupando á Vergara, Moriones avanzó á darse la mano con Loma y Villegas que habían triunfado en Mendaro y Sasiola, y se unieron luego en Azcoitia, extendiéndose la línea liberal desde Oñate y Mondragón hasta Deva y Zarauz. En todos los pueblos se recibía á las tropas con repique de campanas: las presentaciones á indulto eran grandes.

Abiertas por don Alfonso las primeras Cortes de la nueva monarquía, el 15 de febrero, manifestó ante ellas su obligación y deseo de contribuir personalmente á la pronta conquista de la paz y marchó la noche siguiente á Vitoria, el 18 á Vergara, dió el 19 una orden general al ejército condenando tan injustificada guerra y la temeraria obstinación de sus sostenedores, y revistó en Azcoitia y Azpeitia algunas fuerzas.

Los carlistas habían retrocedido á Ormaíztegui para cubrir la línea del Segura y comunicar con las fuerzas situadas en la Barranca; convocó don Carlos consejo en Beasain para que le iluminara en tan críticas circunstancias; acordóse en él, á propuesta del joven don Leoncio Grande, caer de improviso todas las fuerzas carlistas que se podían reunir inmediatamente, más de 10,000 hombres y 14 piezas de montaña, sobre el flanco derecho enemigo, que se apoyaba en Mondragón y Oñate, mas al siguiente día se hizo imposible la realización del plan. Desertaban muchos carlistas con armas y municiones, y se notaban síntomas de descontento en los que quedaban.

Para realizar el plan acordado en el consejo celebrado en Beasain, se llamaron los batallones 4.° y 5.° de Castilla que estaban en el Baztán, y Campos, aprovechando la marcha de estas fuerzas, rompió por el punto que ocupaban y no había sido cubierto, no obstante las órdenes de don

Carlos. Tratóse de remediar esta falta, pero ya era tarde, era de todos modos necesaria la marcha rápida sobre el Baztán de fuerzas bastantes á atajar en su avance á los liberales é impedirles llegar á Vera, y corrieron Caserta, Cevero y Brea, regresando el 4.° y 5.° de Castilla que acababa de llegar á Villafranca, marchando también los cántabros. A poco fué allí don Carlos desde Tolosa, después de saber que los guipuzcoanos tenían que abandonar la línea de San Sebastián, replegándose sobre su derecha.

Las tropas liberales avanzaron, sosteniendo algunas fuerzas de Loma un ligero combate en el monte Hernio, haciendo los carlistas derramar sangre inútilmente, porque á nada conducía la defensa de aquella posición, estando á su frente Loma con 20 batallones y Quesada en la carretera de Azpeitia á Tolosa, donde entró don Alfonso el 21, recibido con verdadero entusiasmo: su presencia era la paz tan deseada.

Campos, que había querido penetrar en Guipúzcoa, é impidiéronselo las nieves y la falta de aprovisionamiento y de calzado, consiguió, sin embargo, su primer objetivo, que fué la destrucción de las fábricas de Urdax y Vera, y ocupar á Dancharinea, privando á los carlistas de valiosos recursos Necesitaba avanzar á Vera, lo cual había de facilitarle la brigada Navascués favoreciendo el establecimiento de puentes en Endarlaza para pasar el Bidasoa; «si no, lo juzgo imposible, por ser invadeable y tener los carlistas minado el puente de Vera.» Y añadía en este importante telegrama: «reconocen este punto para ocuparlo ó no, según convenga; para conservar aduana en Dancharinea dejo á Prendergast con seis batallones, porque aquella posición es malísima; si no paso pronto el Bidasoa, volveré sobre Velate, combinado con Primo, porque en Vera no puedo surtirme de víveres. Sin embargo, si V. E. opina otra cosa sírvase decírmelo (1).» No podía ser más grave el contenido de este parte, que evidenciaba la crítica situación en que se hallaba aquel distinguido jefe liberal, y que aun pudo empeorarse.

En este mismo día 17 algunas compañías navarras cayeron sin disparar un tiro sobre las fuerzas liberales que ocupaban el alto de Auzcue, sosteniendo un rudo y sangriento combate al arma blanca, apoderándose de aquellas posiciones, experimentando unos y otros grandes pérdidas. Recogieron los carlistas 137 fusiles é hicieron 14 prisioneros. En la mañana siguiente atacaron las tropas de Campos á sus enemigos, aprovechando ocasión oportuna, por las tres Mugas, defendidas y Peñaplata, por cuatro batallones que se batieron bizarramente, dando y rechazando cargas á la bayoneta, hasta que cansados y quemado el último cartucho, después de doce horas de fuego, se retiraron. Ocuparon los liberales el alto del Centinela, quedando libre el paso de los Pirineos. Había que dominar el alto de Arichulegui y Peñaplata, en cuyas empinadas cimas se guarecían los carlistas. Apoderado el general Blanco de las posiciones que rodean á Peñaplata, atacando á la bayoneta, se estableció en aquella elevada posición dominando el camino de Vera que facilitaba el avance de

(1) Telegrama cifrado de Martínez de Campos al ministro de la guerra, fechado en Elizondo el 17 de febrero.

Campos, esperando sus órdenes en Endarlaza la brigada Navascués. Se batió el 19 á los carlistas posesionados del alto de las Palomeras, apoyando su flanco izquierdo en Francia, facilitó Navascués la marcha á la abandonada Vera, y el ejército de Navarra se dió la mano con las fuerzas procedentes de Guipúzcoa.

Primo de Rivera atacaba el 17 á Monte Jurra, cuyos defensores se fueron retirando por escalones y haciendo fuego, quedando posesionado el liberal de la falda de Monte Jurra, de los pueblos en ella asentados, y del alto llamado Monverde, á costa de unas 400 bajas, no siendo muchas menos las de los carlistas. Trataron éstos, guiados por Calderón, de recuperar al día siguiente á Monverde; mas no lo consiguieron, y quedó su jefe herido y prisionero. Se peleó bravamente y se derramó no poca sangre, enseñoreándose al fin de estas jornadas los liberales de las posiciones de Monte Jurra, en cuyas elevadas crestas anidan las águilas.

Las rivalidades que había entre corporaciones y personas carlistas revestidas de autoridad, fueron descendiendo hasta esas capas sociales en las que la educación ni la política ocultan los sentimientos del corazón, y se manifiestan en lamentables explosiones. Existía á principios de febrero tal descontento y desmoralización en algunas fuerzas de Navarra, que tuvieron lugar feroces y repugnantes escenas.

Aun perdida Santa Bárbara de Oteiza, esperaban los carlistas defender á Estella, confiando en las montañas que la rodean; perdido Monte Jurra, era imposible la defensa y ni aun la conservación; así que, Lizárraga consultó en seguida á Caserta, y convocó junta de generales que acordó abandonar la plaza y fuertes, incluso el inaccesible Monjardín. El ayuntamiento, en tanto, oficiaba al jefe liberal que si pensaba entrar en Estella, el municipio saldría á recibirlo; y Primo de Rivera, que había preparado algunos morteros para bombardear la ciudad cumpliendo las órdenes del gobierno de «que antes de entrar en Estella la hicieran sufrir todo el rigor de la guerra,» en cuanto recibió el oficio del ayuntamiento, consideró una inhumanidad cumplir lo que se le mandaba, y entró en la población santa de los carlistas, teatro á la sazón del robo y del pillaje, ejecutado por los mismos defensores.

Gran desorden reinaba en todas partes entre los carlistas: aumentaban las deserciones y cundía el desaliento en todos. En el consejo celebrado en Leiza el 23, se planteó francamente la cuestión diciéndose que se había llegado al último momento de la guerra y no quedaba más recurso que presentarse al enemigo ó huir á Francia, si esto se podía, porque el intentarlo acaso costara la vida. Se sublevaron algunas fuerzas gritando: ¡mueran los traidores que nos han vendido! se insultó á Carasa y á otros jefes, á quienes se pretendió matar, debiendo algunos su salvación á la velocidad de sus caballos: los vizcaínos pidieron á gritos volver á sus casas; las deserciones se contaban por centenares, y muchos de los que desertaban, á la voz de que *ya no hay generales*, robaban y atropellaban, llegando el caso de tener que sostener el fuego contra algunos grupos, resultando muertos y heridos.

En esta situación reemplazó Lizárraga á Caserta en el mando; dió el de la división de Vizcaya al marqués de Valdespina y el de la de Guipúz-

coa á Egaña, creyéndoles con autoridad suficiente para reducir á la obediencia á vizcaínos y guipuzcoanos, y lo que consiguió fué sacrificar al segundo. Aconsejó Lizárraga á don Carlos tomase el camino de la frontera para resistir á su amparo, si aun se podía, ó entrar si no en Francia, y el 24 salió aquel señor de Santisteban, atravesó el puerto de Velate, y en medio de las aclamaciones de los castellanos, sus más leales y consecuentes defensores y no los menos bravos, fué á Olagüe: allí tuvo también la satisfacción de encontrar otra brigada leal y bien dirigida, la valenciana de Boet, cuya disciplina era excelente.

La deserción de los navarros era hasta por batallones, sin que nadie tuviera el suficiente influjo para contenerlos: llamóles don Carlos á Vizcarret para pedirles cuenta de lo que ocurría, pero ya era tarde para usar de rigor. Trataron algunos de convenir con Quesada para salvar los fueros vascongados, mas nadie se atrevió á proponerlo á don Carlos, que no se mostraba tampoco muy partidario de tales franquicias, por él y por todos los vascongados tantas veces infringidas, atropelladas y escarnecidas, por atender más á la conveniencia que al respeto de unos fueros que les hacían acomodaticios.

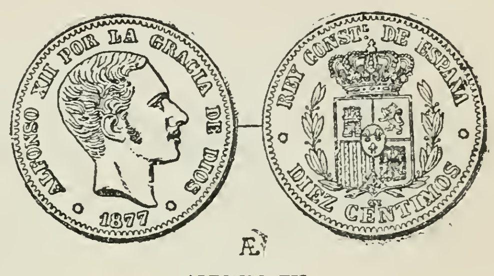
Descompuesto el carlismo, como acabamos de ver, no era fácil que el consejo de generales presidido en Tolosa el 21 por don Alfonso, pudiera acordar operación á virtud de la marcha definida y plan del enemigo, porque no tenía ninguno serio: fué inútil aquel consejo. Las tropas liberales podían ir sin inconveniente á todas partes; sin obstáculo alguno fué Campos solo á Hernani, y el rey el 22 á San Sebastián, recibido con arcos de triunfo y aclamaciones: regresó el 24 á Tolosa, donde se presentaron hasta 6 batallones carlistas, habiéndose entregado otros 2 á Campos en Berástegui, procedentes de las fuerzas que aun pretendieron disputarle el paso, y no consiguieron los oficiales que los soldados hicieran fuego: en su marcha á Pamplona se acogieron á indulto hasta 9 batallones, además de compañías sueltas.

Por Alsasua marchó el rey á Pamplona, recogiéndose en el trayecto cañones y pertrechos de guerra, y don Carlos que había ido el 26 á Burguete, no muy activamente perseguido, acompañado sólo de los batallones castellanos, tan unidos, tan leales y tan resueltos como siempre, fué el 27 á Valcárlos, y ya en la frontera de Francia se despidió de aquellos fieles y valerosos restos de su ejército, que formaron en la carretera de Valcárlos al puente de Arnegui, límite del territorio español: los vítores y aclamaciones ahogaban los sonidos de las trompetas y clarines que tocaban la marcha real; conmovióse don Carlos y se conmovieron todos, y cuando pisó el suelo extranjero y dió el adiós á España, el dolor embargaba la acción de unos, la desesperación hacía á otros romper las espadas y arrojar los fusiles, y los franceses contemplaban absortos aquella escena de lealtad y firmeza, asombrándose de ver desfilar silenciosamente aquellos miles de hombres que habían ayudado á sostener por espacio de cuatro años una lucha verdaderamente titánica. Recibido don Carlos por el subprefecto de gran uniforme, las tropas francesas formadas le tributaron honores regios. En Pau dió un manifiesto á los españoles y una alocución al ejército.

El general Blanco llegó á poco á Valcárlos, empujando á los que emigraban y recogiendo á los rezagados y 25 cañones, etc.; la brigada Bargés quedó guardando los valles del Roncal y Salazar, hasta la refundición de los ejércitos de derecha é izquierda en el del Norte.

Las fuerzas que quedaban á Pérula y otros jefes navarros se dirigieron á Francia, donde penetraron el 28 por San Juan de Pie del Puerto, hostilizadas algunas de estas fuerzas por los naturales del país.

Expatriados unos carlistas, presentados otros, aun quedaba en pie ostentando la bandera de don Carlos el castillo de Población, á cuyo gobernador don José María Montoya se le ofrecieron 25,000 duros por la entrega de aquel fuerte, lo cual rechazó dignamente, y se sostuvo hasta el 2 de marzo.



ALFONSO XII

Después de visitar don Alfonso el teatro de la guerra desde Pamplona á Estella y Logroño, fué á Vitoria y por Durango á Bilbao, recibido en todas partes con grandes demostraciones de entusiasmo, inspiradas por la deseada paz, y tratando los vascongados que se olvidaran recientes desgracias para que se tolerasen antiguos fueros. Al dejar la tierra vascongada firmó en Somorrostro el escrito que fué el anuncio de la muerte de los fueros que aun existían en esta nación de tantos antiguos privilegios, que si pudieron ser un día justo testimonio de regias mercedes, hoy estorbaban la unidad nacional que constituye la grandeza de los pueblos modernos (1). Al regresar por

---

(1) Tiene importancia este documento por sus consecuencias; dice así:

«Soldados: No puedo alejarme de vuestra presencia sin manifestaros la profunda gratitud de mi alma. Merced á vuestro esfuerzo ha sucedido á la proclamación de mi nombre, primero el predominio de vuestras armas, y después la terminación de la guerra civil. Vuestras virtudes militares han restablecido la paz, y me han alcanzado el título más glorioso á que puede aspirar un monarca.

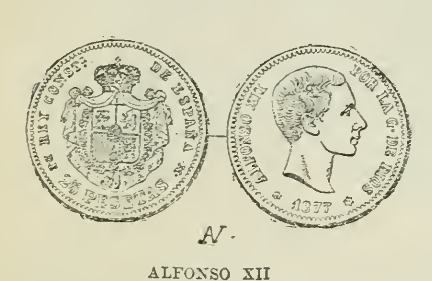
»Cuando ayer, en tierra extranjera, contemplaba lleno de angustia la discordia y ruina de España, sólo me consolaba el considerarme de todo punto ajeno á tanta desventura. Hoy aquel triste consuelo lo habéis convertido en inmenso júbilo, dándome ocasión de remediar desgracias, acontecidas en mi ausencia, y de enjugar lágrimas que, gracias al cielo, no han corrido por causa mía. Debo á la Providencia el haber permanecido lejos del mal, y á vosotros la pura satisfacción de haber contribuído á su remedio.

»Gracias, soldados. Grabados quedan en el corazón de vuestro rey los rudos sacrificios de que habéis dado tan constante ejemplo en la presente guerra. Dios hará que no sean estériles para el bien. Su recuerdo no se apartará nunca de mi memoria: él me estimulará constantemente á cumplir como bueno los altos deberes que la Providencia me ha confiado, y mantendrá viva mi fe en el porvenir de la patria, que bien merece y puede alcanzar un poco siquiera de bienestar y sosiego la que es madre de tan honrados hijos; y harto demuestran los recientes sucesos, que las enconadas pasiones, contrarias á la salud de la patria, no han inficionado el corazón del pueblo español, que

Valladolid á Madrid, al frente de una gran parte del ejército, en representación de todo él, hizo su entrada en la corte en medio de las más grandes demostraciones de entusiasmo.

La conclusión de la guerra, tan esperada para unos é inexplicable para otros, fué un hecho natural, dados los muchos y valiosos gérmenes de muerte que el ejército carlista llevaba en su seno. Los que en un principio arrostraban contentos los mayores peligros, prodigaban generosos su sangre y sacrificaban impávidos su vida, habían ido perdiendo aquella fe que producía su heroísmo. Empezaron por desconfiar de sus caudillos, dudaron del éxito de su causa, y acabaron por abandonarla.

Debemos consignar aquí lo que en otra obra hemos dicho: el vencimiento de la causa carlista á consecuencia de una gran batalla, se hubiera sufrido con resignación; pero ser vencidos sin pelear, aun cuando se presentara como disculpa la inmensidad numérica del enemigo, que no dejó de ofrecer lados vulnerables, que no se supieron aprovechar, produjo aquel desaliento, consecuencia lógica de lo que sucedía. Si la inacción es un moho que corrompe y enerva el espíritu del soldado, la mala dirección le exaspera é insubordina.



ALFONSO XII

En resumen: puede decirse que el partido carlista sufrió en la última

---

afortunadamente en los grandes conflictos, aparece siempre, como hoy en vosotros, valeroso y sencillo, lleno de abnegación y bravura, sensible á los estímulos del pundonor y de la gloria, y enriquecido, en fin, de todas las cualidades que forman soldados dignos de este nombre, y capaces de garantizar este ejemplo y la prosperidad de las naciones.

»Mejor asunto merecían vuestras proezas que el funesto que os ha dado la guerra civil. Horrible guerra en que el golpe que se da y el que se recibe, todos causan dolor: desgracia superior á todas: y para mayor amargura de nuestros corazones, sólo España le ofrece ya en el mundo frecuentado teatro.

»Espero en Dios que no ha de repetirse; y si común ha sido la pena, los beneficios de la paz que habéis conseguido, alcanzarán en cambio á todos los españoles. y á ninguno debe humillarle su derrota, que al fin hermano del vencedor es el vencido.

»Soldados: Los ásperos trabajos que habéis soportado, las continuas lágrimas que vuestras honradas madres han vertido; el triste espectáculo de tantos compañeros que gimen en el lecho del dolor ó descansan en el seno de la muerte; todos estos males, aunque espantosos y por todo extremo lamentables, quedan reducidos al espacio de una sola generación; pero fundada por vuestro heroísmo la unidad constitucional de España, hasta las más remotas generaciones llegará el fruto y las bendiciones de vuestras victorias.

»Pocos ejércitos han tenido ocasión de prestar un servicio de tal importancia. Tanta sangre, tantas fatigas, merecían este premio.

»Soldados: Con pena me separo de vosotros. Jamás olvidaré vuestros hechos, no olvidéis vosotros, en cambio, que siempre me hallaréis dispuesto á dejar el palacio de mis mayores, para ocupar una tienda en vuestros campamentos, á ponerme al frente de vosotros, y á que en servicio de la patria, corra, si es preciso, mezclada con la vuestra, la sangre de vuestro rey *Alfonso*.

»Cuartel Real en Somorrostro, á 13 de marzo de 1876.»

guerra las consecuencias de su alejamiento de la vida pública Al estallar la revolución de setiembre, los carlistas carecían de hombres políticos propios, y se vieron fatalmente condenados á sufrir la dirección de muchos de sus antiguos enemigos, convertidos al carlismo por la fuerza de las circunstancias, más que por convicciones propias. Los carlistas, con gran fe en la legitimidad de su causa, se veían mandados por hombres que carecían de ella, y si no todos, algunos, en previsión del porvenir, huían de inutilizarse por completo á los ojos de los demás partidos. De aquí la abundancia de teorías y la escasez de hechos verdaderamente im-



ALFONSO XII

portantes que se observó en la vida del partido carlista, si se exceptúa el brillante período en que acudieron á las Cortes hábilmente capitaneados por la reconocida capacidad del señor Nocedal. Llegó la guerra, y al entusiasmo de los voluntarios correspondía en varios jefes una frialdad evidente. En algunos de ellos podía percibirse el deseo, ó la esperanza de hallar la mejor fórmula para que fueran reconocidos del lado de acá los grados que hubieran obtenido en las filas carlistas. O no se sabía ó se tenía olvidada la historia de aquel partido; se desconocían ó se desdeñaban sus aspiraciones; no se habían estudiado ó no se comprendían sus necesidades, y se descuidó lo fundamental para atenerse á lo accesorio.

Don Carlos sufrió los sinsabores y asumió las responsabilidades que pesan sobre un monarca, y no disfrutó de las satisfacciones que produce el reinar. Hubo ministros é intrigas palaciegas y no gobierno; y anheloso don Carlos del acierto, buscaba eminencias y encontraba nulidades, consejeros vulgares, cortesanos de grandes pretensiones y escasas facultades,

que sólo tenían en su abono la adhesión á la causa ó el propósito de servirla, aunque con poca elevación de miras: creían en su optimismo seguro el triunfo, y en vez de batallas se daban bailes.

En estas condiciones la fe, que traslada montañas, y el entusiasmo, que hace olvidar el propio interés, pudieron prolongar la lucha, pero no bastaron á obtener el resultado á que aspiraban los que creían sacrificarse en beneficio del país, los que sólo veían en la causa carlista el sostenimiento de los santos principios y fundamentos en que descansan la religión, la sociedad y la familia.

La guerra se localizó, y desde ese momento, el desenlace final ya no pudo ser dudoso para ningún espectador imparcial: cuatro provincias no podían conquistar á toda España, y ni aun sostenerse mucho atenidas á sus propios recursos.



CARLOS VII (PRETENDIENTE)

Mirada la cuestión desde esta altura, desaparecen los detalles en que han creído algunos ver la explicación de los últimos acontecimientos narrados. No hubo traidores, así lo creemos de buena fe, en los jefes carlistas. Si hubo débiles, desertores en esperanza de mayor medro, y algunos, muy pocos, en connivencia con el enemigo, no fueron verdaderamente traidores á la causa, á la que hicieron poco daño, sino poco apreciadores de su propia honra. No se esterilizan los sacrificios hechos por un gran partido como el carlista, porque tal ó cual jefe capitulase, ó entregase sus fuerzas al enemigo, ó no las utilizase debidamente. Un partido, cuya historia es casi toda militar y registra hechos dignos de una epopeya, puede ser vencido por un convenio como el de Vergara, pero no porque le abandonen algunas altas individualidades.

Ninguna tan elevada y del valer de Cabrera; y fué desgracia para el partido carlista no haberle tenido á su frente al principio de la guerra; mas sin él, llegó á la altura á que no había llegado en la guerra de los siete años, reuniendo mayores elementos ¿Los habría tenido mayores con Cabrera? No creemos fácil la respuesta.

La empresa del carlismo era gigantesca; pero es evidente que, cuando se debía hablar se hizo la guerra, y cuando se debía pelear se gastaba el tiempo en ocupaciones propias de la paz.

La última guerra civil es ejemplo de que la fe, el entusiasmo y las rectas intenciones, no crean por sí solas hombres de Estado, y de que los po-

líticos prácticos, si carecen de aquellas cualidades, sólo desventuras pueden acarrear á los que se fían de sus artes empíricas.

Había terminado la guerra, y se necesitaba consolidar la paz, base de la riqueza, del bien público, y afianzar la libertad, como fuente de regeneración y de progreso, curando el bienestar público los males por la lucha causados, y borrando la civilización el fanatismo en unos, la intransigencia en otros y arraigando en el corazón de todos el santo amor á la patria para que, amada como madre, nos consideremos todos como hermanos.

CAPÍTULO VI

Cuba.—Filipinas

Si terrible fué en la Península la guerra civil, lo era mayor la que se sostenía en Cuba, donde había que combatir con el clima, con la naturaleza toda, que si no producía enfermedades extenuaba.

Continuaba el mando de Caballero de Rodas, que tuvo que arreciar en el sistema de imponerse, no sólo procurando exterminar á los insurrectos que estaban con las armas en la mano, sino á los laborantes y á los que con ellos simpatizaban y les ayudaban, ampliando los embargos de las propiedades, llegando á más de 4,000 las fincas embargadas, importando muchos millones de pesos. Este mismo gran valor fué causa de que se cometieran grandes abusos con tales bienes, cuya administración no puede seguramente presentarse como modelo.

Prósperamente para la causa española comenzó el año de 1870 en Cuba, inspirando confianza y fe en el porvenir la alocución del capitán general —6 de enero—aunque no disipó completamente fundados recelos, que los abrigaban y grandes los voluntarios. La guerra seguía, se procuraba disminuir su importancia, por lo que se ocultaba la verdad de los hechos, y como más pronto ó más tarde se sabían, de aquí cierto malestar y desconfianza que se llevaba á exagerados límites. Los enemigos de España no cesaban en sus propósitos, llevaron su saña hasta asesinar á Castañón, director de *La Voz de Cuba,* lo cual impresionó hondamente en la Habana, al saberse el asesinato cometido en Cayo Hueso, adonde su desventura llevó á Castañón á batirse en duelo: al efectuarse en la capital de Cuba sus honras fúnebres, se cometieron en represalias lamentables atropellos y asesinatos. Esto exacerbaba los ánimos de todos, de suyo bastante excitados.

Para inspirar más confianza y obtener resultados, marchó Rodas á Puerto Príncipe; fué útil su presencia en Camagüey, ayudándole don Napoleón Arango, que acababa de abandonar á los insurrectos, á que le imitasen otros, y presentáronse, en efecto, muchas familias, lo que unido á la activa persecución que experimentaron las partidas, que causó más de 500 muertos á los enemigos, en aquella *campaña de los cien días,* que así se llamó á la que emprendió el capitán general, hizo creer cuando en julio regresó á la Habana, que el Camagüey podía considerarse pacificado, no contribuyendo poco á esta creencia la prisión y muerte que experimentaron los cabecillas Goicuria, Agüero, Arredondo, Casanova y otros que aca-

baron su azarosa existencia en el patíbulo. Estaba seguramente bastante abatida la insurrección, pero entonces fué cuando más empeño pusieron los laborantes en sembrar desconfianzas en unos y alentar á otros; les servían bien en Madrid, dimitió el mando Caballero de Rodas, reemplazóle el conde de Valmaseda, recibido con grande entusiasmo en la Habana, y fué despedido Rodas con las muestras de consideración y aprecio á que se había hecho acreedor por su buen comportamiento, del que dejó gratos recuerdos.

El nombramiento del pacificador del departamento oriental para el mando superior de Cuba, no podía menos de ser bien recibido por el elemento español, por los servicios que había prestado en su larga permanencia en la isla, lo que le facilitaba el cabal conocimiento de las personas y de las cosas, además de contar con grandes simpatías. Bien acogidas sus proclamas, en las que otorgaba perdón á los arrepentidos y declaraba guerra decidida y enérgica á los rebeldes que continuaran en armas, y sin producir los resultados que en Madrid esperaban algunos de la misión que llevó á los Estados Unidos á don Nicolás Azcárate, ocasionando el fusilamiento en Cuba del poeta Zenea, que se mostró más partidario de los insurrectos que de la misión de paz que le llevó al campamento de ellos, dedicóse Balmaseda á introducir la desunión en el campo enemigo, á alentar á los amigos de escasa fe, á mover activamente las tropas, obteniendo la presentación de importantes insurrectos en la jurisdicción de Colón, y en las combinadas operaciones de la campaña que empezó, dióle por resultado la inmediata pacificación de aquel territorio, la completa tranquilidad en Las Villas, quedar libre la Vuelta de Abajo de la ridícula expedición que á poco desembarcó en aquellas costas, y dispersos en los bosques los principales caudillos insurrectos. Solían reunirse para efectuar algún ataque meditado, ó para sufrir un descalabro como el que experimentaron en la Torre de Pinto ó de Colón, en el distrito de Puerto Príncipe, mientras Balmaseda recorría las Cinco Villas. Marchó el general después al Júcaro y á Vertientes, dando por terminada la resistencia sostenida hasta allí en las jurisdicciones de Sancti Spíritus y Morón, llamó á la obediencia á los camagüeyanos, que se corrieron á las jurisdicciones de Bayamo, Manzanillo y Jiguaní, por el conde pacificadas antes, contribuyendo á reproducir en ellas la guerra el desembarco que efectuó el *Virginia* de 200 venezolanos, batidos luego, y para limitar el territorio de los insurrectos activó la terminación y defensa de la trocha abierta desde el Júcaro por Ciego de Ávila á Morón, ó sea desde el mar del Sur al del Norte de la isla, en una extensión de 4 á 5,000 metros, con una anchura de 500, y de ellos doce transitables, que formaban el camino militar y una verdadera muralla por los numerosos fuertes que la defendían. Efectuó después otra salida á Nuevitas y Puerto Príncipe, haciendo política de atracción á la vez que movía las tropas, mereciendo especial referencia las que constituían el corto destacamento del poblado de Jara que se defendieron gloriosamente. Eran frecuentes los hechos de esta naturaleza en los que se demostraba el heroísmo que inspira la voz de la patria, y cuando lejos de ella se pelea, aunque se combatiera en terreno á ella perteneciente.

Cuando los insurrectos no progresaban con las armas, procuraban

aumentar sus elementos de combate y aun arreglar su organización, que harto lo necesitaba, y reunían su cámara de representantes, parodia ridícula de representación nacional, que más que congreso de elegidos diputados era un club de ambiciosos demagogos y de insensatos parricidas, pues justamente en aquellas circunstancias se esmeraba el gobierno de Madrid en dar los mayores derechos y libertades á Puerto Rico y á Cuba, que por cierto más sabían aprovecharlas los laborantes que los españoles. Así que, cada vez que Balmaseda regresaba á la Habana, tenía que apaciguar los ánimos harto excitados, particularmente en los voluntarios, que viendo peligros en todas partes, fingidos unos y verdaderos otros, y no muy satisfechos del proceder de algunos ministros que desvirtuaban con una mal entendida generosidad justificados rigores de las autoridades de Cuba, era de temer que un suceso cualquiera prendiese fuego á los hacinados combustibles y se produjera un verdadero incendio. Cuando los ánimos están exaltados, la ofuscación guía nuestras acciones, y no suelen ser laudables las consecuencias. Así sucedió con un hecho estudiantil que no tenía la importancia que se le dió, como lo demuestra que hasta los dos ó tres días no empezó á adquirir gravedad á causa de que la opinión pública fué formando la bola de nieve. Las inconveniencias que unos estudiantes de medicina se permitieron en el cementerio donde reposaban los restos de Castañón y otros mártires de la patria, fueron tomando grandes proporciones hasta el punto de presentar lo que no pasaba de una travesura escolar de mal género y vituperable, como una terrible profanación. Poco prudentes las autoridades, dieron pábulo con sus desacertadas providencias á la exageración de los descontentos y al extravío de la opinión pública, se impuso á la autoridad militar la de unos pocos voluntarios, se sometieron los presos á un consejo de guerra, que procedió sin imparcialidad ni independencia, y condenó á ocho de los estudiantes á sufrir la pena capital y á presidio otros. Tuvo resonancia este hecho en toda Europa y en América, y los numerosos comentarios que sobre el fusilamiento de los estudiantes se publicaron, en pro unos y en contra otros, adolecían de tal apasionamiento que ninguno habló á la opinión con verdadera sinceridad. En vano pensó Balmaseda evitar el atentado que se cometió; llegó tarde á la Habana, y profundamente impresionado comprendió la imposibilidad de pacificar la isla mientras no se tomasen medidas definitivas para destruir el germen de los laborantes é instigadores que, excitando á los españoles más impresionables, entorpecían el desenvolvimiento de una política que había de acabar la guerra.

Los auxilios que de todas partes recibían los insurrectos reanimaron la lucha, lo cual hizo necesarios los fusilamientos y las proclamas de atracción dirigidas á las partidas insurrectas, de cuyos documentos pudo considerarse por entonces el último el que en 14 de mayo de 1872 expidió en Cauto del Embarcadero, ofreciendo indulto á todos los que se presentasen, con excepción de Céspedes, de los individuos de la cámara y de varios cabecillas. Durante las campañas de Balmaseda habíanse presentado más de cuarenta mil y se lisonjeaba ahora en completar este favorable resultado; pero los frecuentes desembarcos de expedicionarios, y la ineficacia de la anterior proclama, le hicieron conocer que no acabaría la guerra en

el plazo que se había propuesto, y cumplido que fué el 30 de mayo, dimitió el mando, reemplazándole interinamente el segundo cabo don Francisco Ceballos. Continuó éste con actividad la persecución de los enemigos de la patria, atendiendo también á las excitaciones de la opinión, no siempre movida por legítimas causas, lo cual le impedía muchas veces salir á campaña para evitar con su presencia el crecimiento de las facciones y las inconveniencias de ciertos jefes militares que ocasionaron sensibles descalabros á nuestras tropas.

A las contrariedades de cada día, se añadía la penuria del Tesoro, no sólo de la Metrópli sino de Cuba. Había pagado para la expedición á Méjico más de 2 millones de pesos (1) y excedían de 10 los malgastados en la funesta guerra de Santo Domingo (2). No podía menos de resentirse no sólo el Tesoro de aquella isla sino el del gobierno central. De aquí los apuros, cada día crecientes, y la terrible situación en que se puso al Banco español de la Habana, aunque no fuese gravosa para todos, que muchos medraron á costa de la patria, á la que sacrificaban, alardeando sin embargo de mucho patriotismo. El total de la deuda existente á favor del Banco en julio de 1871, á cuya época alcanzan las últimas noticias (3) sobre esta clase de deuda en el ministerio, ascendía á cerca de 12 millones de pesos. Las emisiones de billetes del Banco Español de la Habana, por cuenta del gobierno, desde febrero de 1869 á 23 de mayo de 1872, sumaban 17 millones de pesos, y rebajados por recaudación, subsidio y bienes embargados, etc., cerca de 7 millones, debían quedar en circulación por cuenta del gobierno, en el expresado mes de 72, más de 40 millones de pesos (4). Después se fueron haciendo emisiones considerables.

La crítica situación en que se hallaba la isla de Cuba al terminar el año de 1871 hizo concebir á algunos buenos españoles el proyecto de formar en Madrid una asociación que, con el título de Centro Hispano Ultramarino, y sin afiliarse á ninguno de los partidos políticos de la Península, se ocupara de esclarecer los asuntos antillanos, influir en las resoluciones del gobierno, rectificar la opinión extraviada en muchos puntos, preparar soluciones ventajosas para aquellos países y combatir el filibusterismo, haciendo política de atracción, puramente española, sin considerar enfrente de sí otra agrupación que la enemiga de la integridad nacional.

Constituído el Centro en 26 de noviembre de 1872, y nombrada por aclamación su junta directiva, su primer paso, y no el más fácil por cierto, fué tratar de llevar al ánimo del gobierno la persuasión de que los capitanes generales que se habían sucedido en el mando de la gran Antilla, desde el grito de Jara, ó por obcecación ó por fines particulares, habían ocultado siempre el verdadero estado de la insurrección y el incremento

(1) De 1861 á 1867 se habían hecho en Cuba para esta expedición, pagos importantes 2.290,222-04 pesos fuertes.

(2) De 1862 á 1870 se pagaron pesos fuertes 10.318,406-62. Tenemos á la vista el estado anual de pagos.

(3) Escribimos en 1881.

(4) 40.304,054 con 42.

que iba tomando, presentándola por el contrario como falta de fuerzas y fácil de vencer á poca costa. Luchó enérgicamente contra la inexplicable influencia que habían logrado en las esferas del gobierno los deportados de Cuba y los condenados á severas penas por los consejos de guerra que, lejos de cumplirlas, se paseaban en completa libertad por las calles de Madrid y apoyados por elementos afines alucinaban á los gobernantes con frases de humanidad y aspiraciones á libertades, cuyo verdadero objeto era llegar en plazo más ó menos corto á la definitiva separación de la madre patria. Puso de manifiesto, rechazó con indignación y atacó con violencia el vergonzoso proyecto de vender la isla de Cuba á los Estados Unidos, y logró en este particular que á su voz respondiera la voz unánime del patriotismo ultrajado.

Proponiéndose el Centro una propaganda fructífera, dió en distintas ocasiones manifiestos al pueblo español sobre cuestiones de trascendencia; creó y sostuvo periódicos y revistas; formó centros, comités y casinos en todas las poblaciones importantes de la Península, Cuba y Puerto Rico: reunió en Madrid á los delegados de los centros ultramarinos, á cuya resolución presentó un largo catálogo de preguntas relativas al régimen y administración de los países antillanos; clamó repetidamente contra la inmoralidad de los empleados; demostró la falta de condiciones de muchos de los que iban á aquellas lejanas tierras á ocupar puestos de importancia, y pidió un día y otro, aunque sin éxito, que la deuda contraída con motivo de la guerra tuviera la garantía subsidiaria de la nación en cuya defensa se habían invertido los fondos

A fines de diciembre de 1872, amenazada la seguridad de Cuba y Puerto Rico por impremeditados proyectos de reformas políticas y sociales que el gobierno se proponía llevar á cabo, sin tomar en cuenta el estado de guerra de la una y de conspiración latente en la otra de esas islas, y no encontrándose el Centro Hispano Ultramarino con fuerzas suficientes para contrarrestar planes que habían de causar en no lejano tiempo la completa ruina de aquellos países y su pérdida para España, formó «La Liga Nacional para mantener la integridad del territorio,» á la que con noble abnegación unos y con miras interesadas otros concurrieron, olvidando ó aparentando olvidar diferencias de sistemas, las representaciones de los diferentes partidos políticos, desde el carlista hasta el republicano, que, en el mes de enero de 1873, reunidos en los salones del Centro sostuvieron con profunda convicción y singular energía la honra de la patria é hicieron llegar hasta el mismo trono los sentidos acentos de sus fundados temores.

El Centro Hispano Ultramarino pidió y obtuvo con frecuencia refuerzos para el mermado ejército de Cuba y durante la guerra civil mandó, previa la venia del gobierno, una comisión de su seno al campo carlista, para tratar de fijar las bases de un convenio, según el cual los prisioneros de uno y otro bando que en lugar de esperar su canje en las prisiones quisieran ir á servir voluntariamente á Cuba, fueran enviados allá á defender unidos la patria común (1).

---

(1) Vivió la institución desde últimos de 1871 á principios de 1876 sin recibir

En Cuba continuaba en tanto la guerra. Fué activa y eficaz la persecución de las partidas en los primeros meses de 1872, se habían reñido rudos combates, y lejos de estar próximo el término de la lucha al cesar en el mando el conde de Valmaseda, había tomado inesperadamente gran incremento, llegando hasta pelear los insurrectos á pecho descubierto, y aprestarse á forzar la Trocha del Júcaro. No pudiendo Ceballos, por falta de fuerzas, operar activamente en todas partes, adoptó quedar á la defensiva en las jurisdicciones de Holguín y Bayamo y redoblar la ofensiva en Cuba y en el Centro, para echar de aquí al enemigo y caer luego con todas las fuerzas sobre él. Libráronse rudos combates; se reconcentraron los insurrectos en la jurisdicción de Bayamo, llegó el caso de acometer con todo el grueso de las fuerzas á los insurrectos, solicitó Ceballos á principios de abril de 1873 los buques de vapor necesarios para el rápido movimiento de las tropas, y antes de que se reunieran fué reemplazado en el mando por el general Pieltain.

La campaña del verano de 1873 fué tan desastrosa para las armas españolas como favorable para los insurrectos, que cobraron nuevo aliento y adquirieron gran preponderancia, abatiéndose el espíritu de nuestros soldados, que soportaron que el enemigo tomara la ofensiva. En estas críticas circunstancias se encargó en aquel mismo año del mando militar de la isla el general Jovellar, coincidiendo con su toma de posesión la captura del vapor *Virginius* y la llegada del ministro de Ultramar señor Soler, á conocer el estado en que todo se hallaba en aquella Antilla y á plantear reformas poco meditadas, aunque muy convenientes algunas.

En el corto tiempo que Jovellar desempeñó su mando, tres meses, apenas le tuvo para hacer frente á los peligros con que amenazaba la captura del *Virginius*, creyéndose inminente una guerra con los Estados Unidos; procuró levantar el espíritu del soldado, mejorar su suerte y la de la guerra, y tranquilizar á los alarmados voluntarios de la Habana.

Al general Jovellar relevó el marqués de la Habana, que no consideró necesarios los refuerzos que aquél había pedido para terminar la guerra de Cuba; mas en cuanto se encargó del mando y conoció desde el terreno, mejor que desde Madrid, la situación de la guerra, pidió refuerzos que eran seguramente necesarios. La guerra, como el mismo general dijo, había tomado, por consecuencia de la campaña de 1873 y de las acciones ocurridas posteriormente hasta la de las Guásimas en marzo de 1874, el carácter más grave, y había alcanzado una importancia militar que nunca tuvo desde el principio de la insurrección, aumentándose las dificultades para batir y derrotar á los insurrectos. No era ya posible, en efecto, hacer la guerra como anteriormente, dividiendo el territorio en zonas que recorriesen pequeñas columnas aun de 500 hombres para perseguir y batir al

---

cantidad alguna ni de individuos ni de corporaciones, bastando á cubrir todas las necesidades la cuota de entrada y la de dos duros mensuales que pagaban los socios.

Todos trabajaron con abnegación y celo, no obteniendo del gobierno ni puesto público ni recompensa alguna, que tampoco pretendieron, y al dar por terminada su misión entregaron al Casino Español de la Habana la cantidad sobrante de sus fondos que era de cuatrocientos noventa y cinco pesos, quince centavos, con destino á los soldados inutilizados en la campaña.

enemigo por todas partes, encontrando aquellas columnas puntos poco distantes en que racionarse y dejar sus enfermos: cuando los insurrectos podían presentar fuerzas de 3 á 4,000 hombres aguerridos y con armamento Remington, y 800 á 1,000 caballos acostumbrados á lanzarse sobre nuestras tropas con machete en mano, eran precisas, no una, sino diferentes columnas, por lo menos de 2 á 3,000 hombres, que marchasen combinadas contra el enemigo. Éste llegó á formar sus campamentos, siendo los principales el que amenazaba á Holguín, Cuba y Bayamo, y el que hacía lo mismo á Manzanillo, constituyendo en cada uno un pueblo con mujeres y niños, mercados, etc.

Creciendo los insurrectos efectuaron ventajosas operaciones militares, siendo notable la sorpresa de San Jerónimo, pueblo de importancia militar por hallarse á la mitad del camino central entre Puerto Príncipe y la Trocha del Júcaro, y por el punto en que bifurcaban las comunicaciones con Occidente, Vertientes y Magarabola, contándose en este poblado cinco fuertes, de que se apoderaron los enemigos, reduciéndolos á cenizas. Estos y otros triunfos obtenidos por los insurrectos, hicieron que algunos cabecillas, como Pancho Jiménez, procedieran con los soldados que aprisionaban no sólo como la humanidad exige sino hasta con loable generosidad, quedándose sólo con las armas y municiones y devolviéndoles la libertad. Hasta llegó el caso de coger convoyes, tomar de ellos lo que únicamente necesitaban y dar en cambio objetos y artículos de más valor y dejarles que continuaran su marcha y los que los custodiaban. Circulando las partidas en muchas direcciones, llevaron su respeto á la propiedad á un límite que parecía increíble después de los terribles precedentes que tanto habían escandalizado. Por desgracia para la humanidad no todos obraban como el caballeroso Pancho Jiménez y algún otro, continuando los demás cometiendo toda clase de excesos y tropelías, que más perjudicaban á su causa que la favorecían. La conducta de Pancho llevó á sus filas á muchos y valerosos soldados españoles. Así hacía aquel jefe insurrecto atrevidas y fructíferas algaradas, y penetró en la ciudad de Sancti Spíritus, sin derramamiento de sangre, sin el menor atropello y pagando en las tiendas cuanto consumieron. Desde esta ciudad, sin que nadie le hostilizara, se dirigió sobre la jurisdicción de Trinidad, contemplóle el enemigo á muy corta distancia, pero no le molestó, y Jiménez levantó su campo á media noche.

Estos y otros parecidos sucesos alarmaron al país y particularmente á los españoles que habían confiado en las pomposas ofertas de los periódicos oficiales: se adoptaron varias providencias para tranquilizar los ánimos, y hubo la fortuna de que una columna tropezara con las fuerzas de Pancho, y después de un reñido combate, las derrotara completamente, con abundante derramamiento de sangre.

Comprendiendo los insurrectos que nada podían prometerse en los departamentos del Centro y Oriental, donde la riqueza estaba casi aniquilada, agotada la gente para su recluta, y los pocos poblados que no se habían destruído, estaban defendidos por fuertes destacamentos, decidieron la invasión de las Villas, que les abrían ancho campo por sus numerosos ingenios con elementos para formar un grande ejército de negros;

existían en ellas además sobre 14,000 blancos presentados que podían nuevamente incorporárseles, abundantes recursos y cuanto podía halagarles. Había que atravesar para ello la Trocha del Júcaro, y sin vacilar apenas, se lanzó á esta empresa Máximo Gómez y la cruzó el 6 de enero de 1875, con numerosas fuerzas, sin arrostrar más peligro que el insignificante tiroteo de un fuerte que le ocasionó cinco bajas, á pesar de haberla cruzado por dos distintos puntos y tener que romper estacadas y cruzar fosos, acampando después á media legua de la Trocha para descansar y racionarse, sin que nadie les molestase. Tres días después, hallándose Gómez en la Damajagua, se le aproximó una de nuestras columnas, bastando unos cuantos tiros de las guerrillas de Gómez para que aquélla contramarchase. Sucediéronse no pocos desastres; los insurrectos ocuparon pueblos importantes é incendiaron los poblados de Jíbara, Ranchuelo, Río Grande, Marroquí y otros, sin que las columnas movidas en su persecución lograran alcanzarles, excepto la mandada por Fortún, que batió á la caballería enemiga en la inmediación de Cabayguán, pero sin obtener ninguna ventaja positiva; todo lo contrario; se perdieron fuertes importantes, quedando prisioneras sus guarniciones, se habían pasado á los enemigos guerrillas de 100 hombres con armas y caballos, y habían recogido armamentos, municiones y multitud de víveres y efectos, sin experimentar revés ni contratiempo. Esto les alentó á invadir las Villas occidentales, penetraron en la rica jurisdicción de Cienfuegos, donde no había una columna siquiera que la defendiese; se produjeron nuevos desastres, la ruina y miseria de muchas familias, y con la noticia de estos hechos coincidieron las no menos funestas de los departamentos del Centro y Oriental, en los que fueron machetadas guerrillas, degollados destacamentos, incendiados ingenios é insubordinados los soldados del fuerte Purino. Habíanse presentado antes grandes partidas en las jurisdicciones de Holguín, las Tunas y Bayamo, crecía la insurrección á la vez que se abatía el espíritu público, y comprendiendo Concha que no podía continuar dirigiendo la guerra desde la Habana, salió de ella el 7 de febrero revistando en Colón lucidos regimientos de voluntarios. Disponiendo desde Santa Clara algunas operaciones que dieron buen resultado, aunque éste no era definitivo, regresó á los pocos días á la Habana para volverse á la Península por haber sido relevado por el conde de Balmaseda.

Además de los refuerzos que el nuevo capitán general de Cuba llevó consigo, se le fueron enviando hasta 18,000 hombres, que todos eran ya necesarios, pues á los pocos días de haberse encargado del mando, fuerzas insurrectas entraban en la jurisdicción de Sagua, quemando veinte ingenios, y se invadía también la jurisdicción de Colón.

No tenía seguramente igual aquella lucha, en la que todo se conjuraba contra nuestros soldados, en la que los oficiales estaban sin paga y obligados á alimentarse con el rancho de sus compañías, pues ni aun la ración de etapa se les facilitaba, no recibiendo hacía años el plus de campaña. La ración con frecuencia era inadmisible: en los hospitales se carecía hasta de lo necesario para la asistencia del soldado, que contrariado hasta por los elementos, se desesperaba unas veces y se abatía las más. La ida de Balmaseda remedió algún tanto las escaseces.

Afortunadamente para la causa española, los insurrectos se destrozaban á sí propios. Casi todo el año de 1875 pasó sin que pudieran emprender las operaciones que proyectaron, por no haber recibido del extranjero los refuerzos que esperaban, confiando en reiteradas promesas. Como si esto no fuera bastante, iniciaron en su campo una serie de motines y pronunciamientos, que bastaran por sí solos para aniquilarles. Al motín militar efectuado en las Tunas por Vicente García contra el mando político de Cisneros, reemplazado por Spoturno, presidente de la cámara, sucedió el pronunciamiento del 14 de mayo de 1876 en Santa Rita; cuyas consecuencias no eran ya solamente divergencias y desuniones entre los insurrectos, sino desmembramiento de fuerzas, pasándose muchos á los españoles, ocultándose otros, y cundiendo este funesto ejemplo, menudearon las insurrecciones y pronunciamientos, gracias á los cuales quedó el territorio de Holguín á merced de los españoles.

Herido Maceo en el combate de Barajagua, púsose al frente de sus reducidas fuerzas Máximo Gómez, mientras llegaba Díaz, que se le reunió en agosto—1877—informándole del mal estado en que se hallaba Bayamo, no tan sólo por las activas operaciones que ejecutaron los españoles, sino porque también había penetrado allí la indisciplina é insurrección. Era esto ya el preludio de los importantes sucesos que preparaban é iniciaron las presentaciones de Bello, Santisteban y Varona, precediendo la suspensión de hostilidades en el territorio de sus operaciones. El presidente de aquella parodia de república determinó entonces pasar á Oriente á contener el mal, y mientras se ocupaba de los preparativos de su viaje, se reunió la cámara y le quitó el mando del ejército; precisamente cuando necesitaba el apoyo de todos, pues se presentaba en Oriente un gran peligro, que hacía necesario se robusteciera al gobierno en tan supremos momentos: allí empezó la agonía de la revolución cubana; no haciendo la cámara más que entorpecer y crear obstáculos, efecto de su inexperiencia y apasionamiento, disputando á aquella sombra, á la que casi no se obedecía, los harapos de su nominal poder. En aquel mismo día se nombró á Máximo Gómez general en jefe, cuyo cargo no aceptó. Tiempo hacía que estaba en la mente de todos la necesidad de un jefe superior militar que imprimiese unidad de acción á las fuerzas insurrectas, y consiguiese que la disciplina no fuese una ilusión; mas ambiciones por una parte y temores á la dictadura por otra, no permitieron que la revolución tuviese un hombre que la dirigiese; lo cual la hubiera sido más útil que un gobierno puramente civil, obra de una camarilla de representantes que coartaba los medios de acción al ejecutivo. Así corría su existencia efímera y triste, debiéndola sólo á los esfuerzos titánicos de los jefes militares, que era á quienes menos se oía; en cambio, sólo se atendía al diputado que defendía los derechos del pueblo, induciendo á que se pusieran en práctica bellísimas teorías, se establecieran instituciones democráticas, constituyendo en fin una república. Esto, según ha manifestado el mismo Máximo Gómez, era bellísimo; mas no se debía estar por lo bello, sino por lo útil, porque se exponía la república á morir de consunción con sus lujosas galas de leyes y democracia: se necesitaba ejército y era lo que no se trataba de hacer, contentándose con

poner en práctica con el mayor entusiasmo las doctrinas democráticas republicanas. A su virtud, al poco tiempo era ficticia la disciplina, la obediencia convencional: jefes y oficiales aptos y necesarios, quedaron anulados por ser contrarios á aquellas doctrinas: se predicaban los derechos, no los deberes, se buscaba una popularidad absurda á costa de lo que más necesitaban, que era formar un ejército, y aquello fué un caos: para dar colocación á algún jefe había que explorar la opinión del soldado, y el gobierno, si puede llamarse así aquella lánguida y triste entidad moral, no terminaba nunca la laboriosa tarea de las modificaciones, no había para nadie, excepto los diputados, estabilidad en ningún puesto, no se podía contar con fuerza alguna, pues sin poder castigar la deserción la tropa salía de los cuarteles cuando le acomodaba.

Había entablado ya por este tiempo Martínez de Campos, que dirigía las operaciones militares de la isla, tratos de paz con los enemigos, que ahorcaron á Varona y Castellanos por proponerla, pudiendo fugarse los compañeros á quienes se reservaba igual suerte. Lejos de mejorar esto la situación de aquella república, la empeoró. Preso el presidente Estrado se le reemplazó con don Vicente García, que manifestó que la república moriría en sus manos. Estaba ya en la agonía, pues hasta se constituyó en Holguín un gobierno provisional independiente de la cámara.

Ensayando Martínez de Campos una política completamente nueva en Cuba y aprovechando las discordias de los enemigos, iba aniquilando la revolución, nutriendo su ejército con sus despojos, y haciendo que los más intransigentes pensasen ya en tomar una determinación. Máximo Gómez propuso á la cámara se pasase una comunicación á Campos, diciéndole que deseando una parte del pueblo la paz, suspendiera las hostilidades para que reunido el pueblo en una asamblea pudiera deliberar libremente sobre sus destinos. Cuando de esto se trataba, la aproximación de fuerzas españolas lo dejó todo en suspenso, preparándose á emigrar algunos jefes.

Martínez de Campos había comprendido, y era en él arraigada creencia, que no se acabaría la guerra de Cuba con los sistemas que se habían seguido, á pesar de cuantas ventajas se consiguieran, fundándose en que la situación financiera era insostenible; en que aquella guerra no podía llamarse tal, sino una caza en un clima mortífero para los españoles, en un terreno igual al desierto, encontrando comida perjudicial, careciendo en fin de todo, á la vez que todo sobraba al enemigo; reconocía que la conclusión de la guerra era cuestión de tiempo, pero no podía calcular cuánto tardaría en reducir á los enemigos, porque mientras estuvieran en armas, decía, «no hay que hacerse ilusiones, el peligro existe aún en la parte pacificada; podrá no venir, pero amenaza; se creía antes que el carácter de estos habitantes no era propio para la guerra: tanto el blanco como el negro nos han demostrado lo contrario. Las promesas nunca cumplidas, los abusos de todos géneros, el no haber dedicado nada al ramo de fomento, la exclusión de los naturales de todos los ramos de la Administración, y otra porción de faltas dieron origen á la insurrección. El creer los gobiernos que aquí no había más medio que el terror, y ser cuestión de dignidad no plantear las reformas hasta que no sonase un tiro, la han continuado: por ese camino nunca hubiéramos concluído,

aunque se cuaje la isla de soldados; es necesario, si no queremos arruinar á España, entrar francamente en el terreno de las libertades: yo creo que si Cuba es poco para independiente, es más que lo bastante para provincia española, y que no venga esa serie de malos empleados todos de la Península, que se dé participación á los hijos del país, que los destinos sean estables. Si se cree que esto es ponerles la situación en las manos, yo opino que es peor sus enemistades encubiertas, y que no necesitaron el 68 tener cargos públicos para sublevarse, y hoy son aguerridos, y si entre ellos no hay grandes generales, hay lo que necesitan, notables guerrilleros (1).»

Terminada la guerra civil de la Península, se había dado el mando del ejército de Cuba al general Jovellar, con un refuerzo de 15,000 hombres, que contribuyeron, y las acertadas medidas del general, á mejorar algo la triste situación de la Antilla. Pero no veía inmediato el término de la guerra, pidió el reemplazo, y á la vez que se le confirmaba en el desempeño de la capitanía general de Cuba, se confirió la dirección de las operaciones militares al general Martínez de Campos, no escaseándose á uno y otro jefe facultades y recursos, empleadas unas y otros en hallar el arbitrio de acabar aquella guerra por otros medios que por los hasta entonces empleados. Dada la gravedad que la lucha entrañaba, y lo costoso que era en dinero y sangre, no podía rechazarse ningún medio que á su conclusión contribuyera, y cuando no se trataba de apelar á ninguno criminal, que debe siempre rechazarse. Se trató, por el contrario, de convencer á los jefes insurrectos de la inutilidad de su empeño y de los males que causaban no sólo á la patria sino á la isla, y ya satisfaciendo la ambi-

(1) Y añadía en carta dirigida al señor Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de ministros:

«Yo soy menos liberal que ustedes, y deploro ciertas libertades; pero la época las exige; la fuerza no constituye nada estable; la razón y la justicia se abren paso, tarde ó temprano. No bien aprueban ustedes los artículos de la capitulación, ya empiezan á poner cortapisas, entendiendo que los diputados no deben ir hasta la renovación de las Cortes: no comprendo esto: si hay alguna dificultad que impida ir nuevos diputados á esas Cortes, ciérrense éstas. Yo, particularmente á Martín Herrera le indiqué la conveniencia de que fueran diputados y estuvieran ahí, ya para arreglar la cuestión de la esclavitud, cuestión pavorosa que sin ella no hubiese durado tanto la guerra, en la que yo no quiero entrar porque me considero incompetente, pero que la religión y la humanidad rechazan; no creo que se resuelva en un día, pero tampoco creo que la ley Moret sea suficiente. Es tan compleja, que he dudado ni aun indicarla, pero me ha costado trabajo discutir en este terreno: en las conferencias que he tenido con el enemigo ha visto usted que ni se habla de ella.

»Pues bien: creo que es la mayor de las debilidades que he conocido en mi vida: no me he atrevido á tocarla porque vulnera intereses respetables, porque afecta al modo de ser de Cuba; pero creo que si no se toca por el gobierno, las naciones extranjeras, que no tienen por qué mirar nuestros intereses, la tocarán. Yo considero que la iniciativa debe partir del gobierno para encauzar la cuestión y que no se resuelva atropelladamente: la abolición en un día sería la muerte de Cuba; es preciso poner la ley del trabajo, de instrucción y la colonización, y estudiar los medios de indemnización, ya señalando el plazo para que el trabajo durante ese tiempo indemnice al dueño, ó ya fijándola con cargo al Estado: pero esto último sería ruinosísimo, y como no habría de qué pagar, sería un engaño.»

ción de unos, el interes de otros, y en algunos nobles y patrióticos sentimientos, se comenzaron las negociaciones, con varia fortuna seguidas, ayudándolas los insurrectos con sus propias rencillas y divisiones. Fueron dando resultados beneficiosos para la paz los tratos que entabló Martínez de Campos, se suspendieron en algunos puntos las hostilidades para inspirar más confianza y abreviar las negociaciones en las que entraron hasta los más intransigentes, los que no proclamaban otro lema que *independencia ó muerte.* Aceptada por éstos la suspensión de hostilidades, enviaron comisiones pidiendo prórrogas, reunieron las cámaras y las fuerzas de sus respectivos mandos, se transmitió la orden al presidente para pasar al campamento á tratar del asunto, sabiendo que no iban á conseguir la independencia por que peleaban; se entablaron las mismas negociaciones en la parte Oriental: representantes de la cámara celebraron con Martínez de Campos una conferencia en el Chorrillo; el insurrecto general García regresó al campamento participando haber ofrecido al general español mandarle las proposiciones ó condiciones en que debía hacerse el arreglo, mas no pudiendo los supremos poderes de la república entender en el negocio por parecerles inconstitucional, debían volver al pueblo sus facultades para que, como soberano, resolviese su destino. Así se hizo, redactándose una manifestación á la cámara, que firmaron varios, y desapareció aquella entidad moral que vivió nueve años agonizando. El general García asumió los poderes como jefe del departamento. Muchos se lamentaban del poco fruto que hasta entonces se había sacado de tantos años de inmensos sacrificios.

Había que sustituir el poder de la cámara, para lo que se hizo formar en cuadro toda la gente de que en aquel sitio se disponía, frente á la tienda del general García; les explicaron minuciosamente lo que era preciso hacer y les preguntaron si estaban por la paz; los que desearan la guerra les dijeron que fueran á formar un grupo debajo de un árbol allí inmediato, y los que de distinto modo pensasen permanecieran en sus puestos: nadie fué debajo del árbol. A los oficiales se les pidió el voto por escrito: sólo dos opinaron por la guerra. Procedióse después al nombramiento de un comité por votación, y resultaron electos por mayoría de votos el doctor Luaces y los jefes militares Rodríguez, Suárez, Spoturno, Ros, Collazo y Trujillo. Como Martínez de Campos había exigido una pronta resolución, puesto que habían transcurrido ya muchos días, prorrogándose siempre los plazos, fué una comisión á participarle lo ocurrido y que debía entenderse con el comité, el que se ocupaba de redactar las proposiciones. Terminado todo el 9 de febrero, llevaron los comisionados á Martínez de Campos las proposiciones (1), que fueron aprobadas, fijándose el día 28 para efectuar la capitulación en la forma convenida.

---

(1) Las siguientes: «Constituído en junta el pueblo y fuerza armada del departamento del Centro y agrupaciones parciales de los otros departamentos, como único medio hábil de poner término á las negociaciones pendientes en uno y otro sentido, y teniendo en cuenta el pliego de proposiciones autorizado por el general en jefe del ejército español, resolvieron por su parte modificar aquéllas, presentando los siguientes artículos de capitulación.

En el ínterin convino García con el comité pasar á las Tunas para recoger alguna gente: para evitar que la que estaba con el comité se fuese á los puestos españoles á simpatizar con éstos, prohibió saliese nadie del campamento. Distintas comisiones fueron á Manzanillo, á Bayamo, á Holguín, á las Villas, para Oriente y hasta para el extranjero, cerca de los representantes de Cuba. El resultado, en general, fué satisfactorio á la paz. Era profundo el convencimiento de la imposibilidad de la independencia de Cuba, dificultada por sus mismos partidarios: era considerada la paz como una necesidad imperiosa.

»Artículo 1.° Concesión á la isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfruta la isla de Puerto Rico.

»Art. 2.° Olvido de lo pasado respecto de los delitos políticos cometidos desde el año de 1868 hasta el presente, y libertad de los encausados ó que se hallen cumpliendo condena dentro y fuera de la isla; indulto general á los desertores del ejército español, sin distinción de nacionalidad, haciendo extensiva la cláusula á cuantos hubiesen tomado parte directa ó indirectamente en el movimiento revolucionario.

»Art. 3.° Libertad á los esclavos y colonos asiáticos que se hallan hoy en las filas insurrectas.

»Art. 4.° Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del gobierno español podrá ser compelido á prestar ningún servicio de guerra mientras no se establezca la paz en todo el territorio.

»Art. 5.° Todo individuo que quiera marchar fuera de la isla queda facultado, y se le proporcionará por el gobierno español los medios de hacerlo, sin tocar en población, si así lo desea.

»Art. 6.° La capitulación de cada fuerza se efectuará en despoblado, donde con antelación se depositarán las armas y demás elementos de guerra.

»Art. 7.° El general en jefe del ejército español, á fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los demás departamentos, franqueará todas las vías de mar y tierra de que pueda disponer.

»Art. 8.° Consideran lo pactado con el comité del Centro como general y sin restricciones particulares para todos los departamentos de la isla que acepten estas condiciones.

»Campamento de San Agustín.—Febrero 10 de 1878.—*E. Luaces.—Rafael Rodríguez*, secretario.»

Es importante el siguiente documento:

«ACTA DE LA TERCERA SESIÓN DEL COMITÉ

»*Suárez*, *Rodríguez*, *Spoturno*, *Luaces*, *Roa*, *Collazo*, *Pérez*, *Trujillo*

»En el campamento de San Agustín, á 10 de febrero de 1878, con asistencia de los miembros expresados, se procedió á recibir á los comisionados Luaces y Roa, quienes manifestaron que entre otras objeciones al pliego que le fué presentado al general en jefe español, oponía la de tener que consultar al gobierno de Madrid sin impartir su apoyo.—Considerando el Comité lo dudoso de la aprobación por el Gobierno español, y que nos era de vital importancia aprovechar el tiempo, dada la actitud de las Villas y el estado general de la revolución, convino modificar el artículo 1.° admitiendo el que en esencia había propuesto el jefe español.—El art. 2.°, sustituyendo la palabra «amnistía» con «olvido de lo pasado,» y suprimir el art. 6.°, despachándose en seguida á Luaces y Roa para presentarlas con esa alteración.—Terminó el acto con las formalidades de costumbre.—Presidente, *Emilio L. Luaces*.—Secretario, *Rafael Rodríguez*.»

Variada la forma de la capitulación, pues en vez de efectuarla en despoblado, cual se decía en el convenio, se efectuaría en el Camagüey, como sucedió en efecto, formalizándose allí el convenio del Zanjón, que terminó la guerra en Cuba, aquella desastrosa lucha que costó á la Metrópoli perder más de 140,000 hombres y unos 700 millones de pesos fuertes.

Estudiada aquella guerra, siquiera ligeramente, vemos que la época más brillante para los insurrectos fué de 1874 á 1875, en cuyo período contaban sobre 7,000 hombres aptos para el combate, cuya mayoría era gente de color, pues los blancos que había eran del campo. Aquella juventud cubana que tan briosa se mostraba, había desaparecido sin que fuera reemplazada; eran escasos los hombres de cierta inteligencia que había entre los iniciadores, sin que tampoco hubiera quien les sustituyese; el resto de los cubanos, 30,000 hombres con las armas en la mano y formados en las filas españolas probaban, dice uno de los jefes insurrectos, Máximo Gómez, su amor á la independencia dando muerte á la república; una gran mayoría permanecía inactiva en las poblaciones dando recursos á los españoles y esperando que con sus buenos deseos triunfara la libertad, y los menos desempeñaban la difícil y arriesgada tarea del laborante; otra parte en la emigración sacrificada estérilmente por torpezas ó desgracias que hacían insuficientes sus esfuerzos, pues á Cuba jamás llegó lo suficiente para cubrir las necesidades de la insurrección, según los mismos insurrectos han manifestado públicamente (1).

(1) Añade el citado Gómez: «En cuanto al pueblo ejército que se hallaba á nuestro lado, había sufrido un cambio completo; aquellas masas, que durante nueve años tuvieron siempre la muerte á los ojos, que presenciaban día tras día los más horrendos crímenes, que no pensaban nunca hallar ni dar cuartel, variaron al sentir los efectos de la conducta del político general Campos; perdido el entusiasmo de la primera época, y no reemplazado por el orden y la disciplina, era lógico lo que aconteció, la traición nos rodeaba por todas partes; no podía haber confianza, escuadrones enteros fueron poco á poco incorporándose al enemigo armados y montados; los prisioneros de guerra, los que no se ponían al servicio del enemigo, como Esteban Varona y otros, marchaban al extranjero en vez de volver á ocupar su puesto; en esta última campaña no ha habido un solo ejemplo.»

Laméntase después de la falta de unión, causa del posterior desastre; que el mismo desaliento y desunión que se sentía en el campo existía en la emigración, y prosigue:

«Esa falta que se sentía era ese entusiasmo perdido ya y que en los primeros días hacía ver todos los obstáculos superables y todos los sacrificios pequeños; era que ya las pasiones se hacían sentir, y pequeños odios y bastardas ambiciones convertían á los hermanos en enemigos; y como prueba, véase lo que decía el señor José A. Echevarría, publicado en el número 195 de *La Independencia*, de Nueva-York:

»Y en fin, una consideración, que no sin acerbo dolor se ve obligado á expresar en este momento, ha oprimido el ánimo del comisionado para no interrumpir su silencio en las circunstancias en que se le exigía. Al rechazar la posibilidad de convenios falaces y deshonrosos con España, habría tenido que hacerlo no sólo en nombre del gobierno, del ejército y del pueblo residentes en el territorio de la República, sino también en el de la emigración cubana. Mejor dicho, sus protestas hubieran tenido que ser más enérgicas si cabe, en nombre de la última que de los tres primeros, porque los emigrados ó algunos de ellos eran precisamente los que con toda vehemencia pedían la manifestación, mientras que aquéllos proseguían en silencio, pero inmutables y acordes en su propósito de consolidar la República, sin reparar en sacrificios, sin dudar jamás de su

Creyóse á raíz de lo convenido en Zanjón que la paz era efímera, aun cuando se sometieron después los que al principio la rechazaron; mas ya se ha visto que tenía profundas raíces y han contribuído á consolidarla los gobiernos todos de la nación, aun cuando no todos concedieran á los cubanos las libertades que es posible concederles y de que hoy disfrutan ampliamente. No todos las merecen, por la tendencia separatista en que muchos insisten para daño de la isla aunque redundara en particular provecho propio, por la facilidad de obtener repentino y elevado medro; pero ni el carácter, ni la laboriosidad, ni las condiciones físicas, cuando menos, de los partidarios de la emancipación, son lisonjera ni segura garantía de la prosperidad de la isla, ni aun de que fuera duradera la paz que hoy soportan. De ardiente y exquisita imaginación los cubanos, podrán ser constantes en sus propósitos, y no les arredrarán, como no les han arredrado los mayores sacrificios ni la muerte, pero no tienen la constancia del laborioso trabajo que la política y sus vicisitudes exigen en el hombre público, ni se ven libres de esas pasiones que á fuer de ser grandes engendran desconfianzas y odios, produciendo esos mutuos sacrificios de víctimas inmoladas á los celos, á la rivalidad, á todas las naturales consecuencias de las pasiones exageradas, de intereses bastardos, de aspiraciones encontradas.

Varias intentonas ha habido después de la paz de Zanjón para renovar la guerra, y todas han fracasado, aun siendo perseguidas débilmente las primeras partidas que se presentaron, las cuales no hallaron protección ni ayuda.

No significa esto que se haya desistido de los deseos emancipadores que tanto halagan á los cubanos, sino que ellos mismos están convencidos de la esterilidad de sus esfuerzos, lo cual no es obstáculo para que el levantamiento de algunas partidas más obedeciera á procurar medros personales que á la defensa de la idea separatista.

Algunos han pensado en la conveniencia de la conservación de Cuba, poblada como está de enemigos de España; pero esto es hoy un problema que no nos compete resolver; bastando á nuestro objeto haber trazado á grandes rasgos y harto sumariamente, ciertos hechos que puedan dar una idea, siquier ligera, de los más importantes sucesos en aquel rico florón

---

triunfo y sin cuidarse de intervenciones extrañas. ¿Ofrecía la emigración el mismo espectáculo de compacta fraternidad y entusiasmo? Siendo igual en todos, según se encarece, el fervor patriótico, ¿era en todos igual la abnegación para auxiliar á sus hermanos militantes de Cuba? Más aun: ¿podía el comisionado diplomático con perfecta serenidad de espíritu, sin embargo de poseer la confianza de su gobierno, llevar la voz de aquellos mismos que pugnaban por mancillar su moralidad política? En tales condiciones, ¿podían tener autoridad las afirmaciones de un gobierno á cuyos representantes se hacía una guerra sin tregua? Diráse que á ello daban lugar los representantes: sea, pues no es esta ocasión de defensas ni recriminaciones deplorables, pero las circunstancias eran esas, y aun cuando no hubieran existido las razones expuestas, habría bastado la última para que el comisionado, antes que comprometer el prestigio de la República con protestas innecesarias, prefiriese arrostrar las censuras que se le hacían y llenar en silencio sus deberes, sujeto al juicio de su gobierno. Por fortuna no le ha sido desfavorable.»

de la corona de España, á la que tanto debe, y es sin embargo un insaciable cementerio de españoles.

Durante el mando del general Izquierdo en Filipinas—1871—fué debidamente atendida la instrucción primaria, recibió grande impulso la colonización de Mindanao, donde dejó gratos recuerdos el brigadier Golfín; creáronse colonias penitenciarias, á las que se enviaron compañías penitenciarias que dieron excelente resultado; adquirió verdadera importancia la naciente población de Puerto-Princesa de la extensa y notable isla de la Paragua, á lo que contribuyó no poco la línea de vapores-correos del Sur, creando esas relaciones comerciales que fomentan la civilización de los pueblos (1); y á la vez que atendía á las múltiples necesidades administrativas de la capital y algunos pueblos de su gobierno, procuraba librarles de los malhechores que infestaban las provincias centrales de Luzón. La situación de Cavite y la Pampanga exigió la declaración de estado de sitio; pues ya ocurría que para prender algún cabecilla de los que ya trataban de emanciparse de la tutela de España, había que empeñar reñido combate como el que sostuvo la guardia civil de Imus para la aprehensión de Soro que se defendió con valor heroico.

No le inspiraba á éste un criminal latrocinio, sino aspiraciones de más gravedad para la madre patria, á la que interesaba ahogarlas en su origen. Así que, cuando ocurrió la famosa insurrección militar de Cavite —20 enero 1872—pudo contenerse por la prontitud con que se cayó sobre ella. El destacamento de artillería de la ciudadela denominada Fuerza de San Felipe, se declaró en insurrección contra la autoridad de España y casi simultáneamente se sublevaron en el cuartel donde se organizaban para acudir á la defensa del arsenal, todos los soldados de infantería de marina, asesinando á un capitán y un sargento europeos, y al oficial de guardia; abandonó su puesto la guardia de infantería de marina establecida en la puerta exterior del arsenal, que fingiendo iba á asaltar la muralla, penetró en la fortaleza, volviendo sus armas contra los leales, quedando desde entonces encerrados todos los sublevados en la Fuerza de San Felipe; rechazaron la acometida de las fuerzas que guiaba el gobernador; se enviaron dos comisionados á noticiar á la autoridad superior lo que sucedía y pedirla auxilio, cuyos comisionados fueron asesinados; no evitó esto que el capitán general tuviera el debido conocimiento de cuanto pasaba, apresurándose á enviar al general Espinar con algunas fuerzas á sofocar tan grave insurrección, no aislada, pues en el inmediato pueblo de Bacoor aparecieron 400 hombres que se dirigían á Cavite Viejo, de acuerdo con los insurrectos. Se había estado sosteniendo el fuego con los insurrectos de Cavite, y urgiendo triunfar de ellos, se dispuso el asalto que se efectuó al grito de ¡Viva España! pasando las tropas españolas á cuchillo á los insurrectos que no se rindieron á la primera intimación.

Fuese por la ineptitud de los jefes de aquella insurrección, ó porque no recibieran la ayuda que esperaban, pues la misma población indígena, le-

(1) En tiempo del general Izquierdo se estableció también la línea de vapores correos mercantes á Singapoor, haciendo respetar nuestra marina de guerra el pabellón español en las aguas joloanas.

jos de apoyar el movimiento, huyó asustada de tan criminal conducta, y los batallones indígenas que guarnecían Manila y Cavite, si bien no pudieron ocultar que estaban minados, se prestaron impuestos por sus jefes y oficiales á sofocar la rebelión, es lo cierto que los insurrectos, posesionados del castillo y pudiendo imponer la ley mientras no llegaran los refuerzos de Manila, nada hicieron para asegurar el triunfo de su propósito ó prepararle al menos: ni aun la resistencia estuvo á la altura de la rebelión. Es verdad que siendo su principal cabeza un reverendo eclesiástico, no estaba obligado á ser un mediano militar, aunque pudiera haber sido un mediocre político. Los que dirigieron la sublevación de Cavite fueron dos cabos de infantería de marina, que por haber sido acusados el día antes por medio de un anónimo que avisaba la revolución que se preparaba en Manila y Cavite, se les redujo á prisión. Hiciéronse después varias, un consejo de guerra condenó á ser pasados por las armas á 41 y sólo se cumplió la fatal sentencia en 13 de ellos, confinándose á muchos. En los diferentes procesos que se formaron resultaron complicados hasta curas, por lo que el señor arzobispo de Manila prohibió la lectura de periódicos democráticos de la Península, habiendo alguno de ellos costeado y escrito por varios de los que fueron condenados, sacerdotes indígenas, contra quienes más especialmente se dirigió el prelado (1), habiendo sido tres de aquéllos ajusticiados.

Grande asombro causó en Manila la anterior insurrección, trocado á poco en temor, por la grave significación que aquel hecho tenía. Era la repetición del grito emancipador que otros habían dado anteriormente, más ó menos velado; pero siempre ingrato por lo mucho que debían á los españoles, no sólo los curas indígenas, sino todos los pobladores de aquel país, que no fueron en un principio otra cosa que hordas de salvajes, como lo son hoy los igorrotes y demás indios refractarios á toda civilización. La insurrección de Cavite debió haber estallado en tres puntos diversos, aprovechando la ocupación de nuestra escuadra y nuestras tropas en Joló: faltó aliento á aquellos revolucionarios y se acudió con fuerzas á dominarlos, sucediendo al triunfo los merecidos castigos; porque además de exigirlos la insurrección los reclamaban los manes de las víctimas, por los insurrectos sacrificadas al grito de: ¡Muera el Castila! ¡Viva la independencia!

Consecuencia de la insurrección de Cavite, hubo un motín en el presidio de Zamboanga, donde estaban extinguiendo sus condenas los penados por aquel hecho. Si en Cavite no lograron atraerse al pueblo, el de Zamboanga batió á los sublevados, conquistando aquél por su valerosa lealtad, el título de heroica villa.

Reemplazado Izquierdo por el general don Juan de Alaminos — enero

(1) Así decía: «Levantemos, pues, la voz, inspirados también por el deber de nuestro cargo pastoral, para anatematizar con toda la indignación que se merece la insurrección provocada entre las sombras por la deslealtad de algunos sacerdotes del país que, para escándalo del mundo, de la religión y de la Iglesia, han tomado por desgracia una participación desatentada en tan punible pensamiento, uniéndose en vil consorcio con otros hijos del país tan descarriados como ellos.»

de 1873—se halló con la grave cuestión que produjo el nombramiento del señor Alcalá Zamora para el obispado de Cebú, rechazado por Su Santidad, por lo que el arzobispo de Filipinas no pudo darle posesión: hiciéronse tirantes las relaciones entre dicho metropolitano y el general que ejercía el vicepatronato de las iglesias de Asia: llegó aquél á encontrarse con el pasaporte para abandonar el país; mas con mejor consejo el general, y convencido de que no habría autoridad eclesiástica que autorizase lo que el metropolitano rechazaba, desistió de su empeño, y envió el asunto á la resolución del ministerio. La muerte del señor Alcalá Zamora terminó la cuestión. Otra nueva surgió á poco con el clero, á causa de ordenarse á las Hermanas de la Caridad abandonar las islas porque no podían, con su escaso personal, asistir á domicilio á los enfermos, so pena de desatender los establecimientos que estaban á su cuidado, y hubo al fin de suspenderse una orden tan poco meditada. Continuaron la guardia civil y los cuadrilleros la cruda guerra contra las partidas de malhechores; se atendió á la administración en todos sus múltiples ramos: no la favoreció el casi total cambio de personal que llevó á aquel archipiélago la república que sustituyó al reinado de don Amadeo, y los continuos atropellos cometidos por los moros joloanos, negándose además á dar la satisfacción que se les pidió durante el mando del general Izquierdo, hizo necesario el bloqueo de los puertos de aquella isla de piratas. Fué su consecuencia anunciar que el puerto principal de Joló no estaba habilitado para el comercio universal, lo cual era una ampliación del tratado de 1851, en el que no se consignó resuelto tan terminantemente este punto. Si esto podía perjudicar al comercio, ganó con la habilitación para el extranjero y de altura de los puertos de Legaspi, Taclobán y Leyte.

Al embarcarse para la Península el general Alaminos—marzo de 1874—entregó el mando al segundo cabo señor Blanco Valderrama. Antes de dejar aquél á Manila, quiso se empacaran en Tesorería unos seis millones de reales para pagar en Cagayán é Isabela las colecciones atrasadas de tabaco, encargando que se remitieran antes que él se embarcara; así se hizo; á los pocos días se supo con asombro y sorpresa que los trescientos mil pesos en oro habían resultado, al abrir en aquella provincia los cajones, calderilla en insignificante cantidad y perdigones. Formóse causa criminal, un voluminoso expediente administrativo, pero el tesoro filipino no se reintegró de tan valioso robo. Si sucesos de esta naturaleza no recomendaban la administración de Filipinas, no la favorecían mucho las discusiones que hubo entre autoridades y empleados que amenguaban el principio de autoridad y su prestigio. Cesó todo con la llegada del nuevo capitán general don José Malcampo—junio de 1874.

Sabedora la nueva autoridad del caos burocrático que existía en las islas, quiso se le facultara para nombrar los empleados, lo que no le fué concedido, justificando hechos posteriores la acertada resolución del gobierno.

Era arraigada idea en el general Malcampo la necesidad ó conveniencia de una expedición á Joló, cuyos habitantes precisaron por sus demasías á establecer cruceros constantes sobre sus costas, surgiendo á cada buque extranjero que se apresaba, una complicación diplomática Desea-

ba Malcampo concluir con aquella situación en honra y provecho propio al mismo tiempo, sin reflexionar que dada la crisis por que atravesaba la Península, podían aumentar con la expedición las complicaciones diplomáticas, como ocurrió, resolviéndose por un protocolo firmado después de la expedición.

Allegados algunos recursos, dispuso Malcampo una potente expedición, embarcándose en la fragata *Carmen* con el contraalmirante don Manuel de la Pezuela, y el 5 de febrero de 1876 zarpó de la bahía de Manila la escuadra y fuerza expedicionaria (1), á la que dirigió su jefe una alocución dando cuenta de que en Joló se había insultado á nuestra bandera arrancándola de donde la colocó el esfuerzo de nuestras armas en la memorable jornada de febrero de 1851; de actos de piratería faltando á solemnes compromisos y hasta atreviéndose á atacar uno de nuestros establecimientos militares, en donde recibieron los joloanos duro escarmiento, por lo que era la misión de los españoles clavar otra vez y para siempre nuestro pabellón en aquella tierra de antiguo sometida á nuestro dominio, y castigar la rebeldía y mala fe de sus moradores: que siendo innecesario recomendar el valor, recomendaba la moderación después del combate, la clemencia y generosidad con los vencidos, la subordinación, la disciplina y la obediencia, pues los jefes enseñarían á sufrir con resignación las penalidades de tan ruda campaña, que sería corta, pero gloriosa.

El 8 fondeó la expedición en la rada de Zamboanga, alojándose las fuerzas en unos camarines de nipa y caña: agregáronse 400 valientes voluntarios zamboangueños y moros leales de Magay, y 464 indígenas de

(1) La siguiente: Capitanía general de Filipinas.—Fuerzas expedicionarias á Joló.—Estado Mayor.—*Relación de los vapores transportes, con expresión de los cuerpos que cada uno ha conducido desde Manila á esta plaza.*

VAPORES	CUERPOS
Fragata de guerra *Carmen*	El Excmo. señor general en jefe y 24 guardias de S. E.
León	Cuartel general. Una compañía de artillería de montaña. Regimiento infantería n. 6.
Salvadora	Regimiento infantería n.º 1.
Zamboanga	Regimiento infantería n.º 7.
Panay	Tres compañías del regimiento n.º 4.
Leite	Una compañía del regimiento n.º 4. Tres oficiales de administración militar. Obreros de la maestranza de artillería. Brigada sanitaria. Brigada presidial.
Marqués de la Victoria	Segundo batallón del regimiento artillería peninsular.
Mactán	Una compañía de artillería de montaña. Planas mayores de artillería é ingenieros, sanidad y administración militar.
Emuy y Ormac	Dos compañías de guardia civil.
Lorrogón	Una compañía de obreros de ingenieros.

Zamboanga 18 de febrero de 1876.—El brigadier, jefe de Estado Mayor, *Joaquín Sánchiz.*

Cagayán y Misamis, guiados por el padre agustino fray Ramón Zueco; el 20 zarparon todos los buques de la rada de Zamboanga, dieron fondo por la tarde entre la isla de Bacungán y la de Joló, sobre cuyas costas se practicó un reconocimiento, y elegido el punto de desembarco en el pueblecito de Paticoló, á una legua de la capital de Joló, en la mañana del 22, protegido por los fuegos de los buques, se empezó á desembarcar las tropas, á lo que se opuso tenaz resistencia, rechazada, arrojando al enemigo al interior de los montes, con gran número de bajas, teniendo poco más de 30 nuestras tropas. Destinado el 24 para el avance general, las dificultades que se presentaron hizo se dilatara hasta la madrugada siguiente, que se efectuó marchando nuestras fuerzas por el interior de aquellos bosques seculares casi vírgenes: fué en extremo penosa, faltando agua, y molestando los joloanos desde las ramas de los gigantes árboles, por las que con la más ágil facilidad, rival de la de los monos, recorren largos espacios. Por torpeza ó mala fe de los guías perdióse la vereda, hubo que sestear para atender á los heridos y enfermos de asfixia, y buscar agua, obligando también esta necesidad á pernoctar en aquellos bosques; todos estos obstáculos contrariaron el plan de avance de la columna que debía flanquear por el interior para atacar por retaguardia á Joló, mientras otras fuerzas avanzaban por la costa. Desistióse por completo de internarse en la parte alta de la isla, por ser impracticable para tal movimiento la espesura de los montes, y se resolvió atacar á Joló siguiendo la playa; por lo que, al amanecer del 29 la escuadra rompió el fuego sobre las costas de Joló y las fuerzas desembarcadas avanzaron. Detuvo una hora el avance una lluvia torrencial: en seguida una media brigada con 4 piezas, ametrallando al enemigo, se posesionó de un bosque á la carrera, se asaltaron valerosamente dos fuertes ó cottas, avanzaron todas las fuerzas sobre Joló saltando zanjas y pasando esteros; y venciendo desesperada resistencia, fué ocupado Joló, huyendo sus defensores á un barrio inmediato en el interior de un bosque, donde había una fuerte cotta, que fué asaltada, hallándose en ella 12 piezas de artillería. Los joloanos se retiraron al interior de la isla y nuestras tropas se dedicaron á talar las malezas y bosques inmediatos para ensanchar el círculo de defensa, construyendo los ingenieros un fuerte provisional de ocupación, en tanto que la marina efectuaba algunas excursiones, matando fanáticos, talando sementeras, incendiando casas y desguazando más de 80 embarcaciones. Destruyóse también el pueblo de Lacul-Lapac, residencia habitual del sultán, y los no menos importantes pueblos de Parang y Maibún, no sin tener que vencer la resistencia que sus defensores opusieron.

Para asegurar la posesión de Joló y establecer la ocupación permanente, se empezó la construcción de un fuerte llamado Alfonso XII, denominándose el campamento Nuestra Señora de las Victorias, y la cotta alta del Paulimán Arab, fuerte Princesa de Asturias. El valioso triunfo que Malcampo obtuvo fué recompensado con los títulos de conde de Joló, vizconde de Mindanao, para sí, sus hijos y sucesores legítimos.

Mal se avenían los indómitos joloanos con la ocupación militar y la activa vigilancia de los cañoneros de guerra que les impedían sus piráticas correrías, no desaprovechaban la menor ocasión de hostilizar á los

españoles, y posteriormente—setiembre de 1877—algunas partidas del sultán se emboscaron en las malezas inmediatas á Joló y procuraron impedir el abastecimiento del mercado, hostilizando además por mar y tierra todos los puntos fortificados. A tanto llegó su valerosa audacia, que se lanzaron al asalto de las trincheras que rodeaban la plaza y á los reductos, obligándoles á retirarse los metrallazos y granadas que contra los joloanos se dirigieron. Aun insistieron en sus ataques, pretendiendo tres veces el asalto en los siguientes días, hasta que salieron pequeñas columnas á hostilizarlos estratégicamente por los flancos, é impedir que recibieran nuevos refuerzos de Paticoló, obligándoles á retirarse precipitadamente.

Si merece consignarse que los chinos comerciantes auxiliaron á las tropas españolas, haciéndolo con decisión y valor, en ellos poco general, no debemos omitir que el comerciante austriaco Krieger ofreció en el momento del peligro su persona y ocupó un puesto de honor en el combate, que también ocuparon el suyo dignos misioneros, y que cuantos extranjeros fueron testigos del valor de los españoles, se felicitaban de la dominación de éstos en Joló, á pesar del desconocimiento de nuestro derecho que en otras partes se tenía; derecho que consignó nuevamente el mismo sultán de Joló y sus dattos principales, que convinieron en Licup (Joló), el 22 de julio de 1878, las capitulaciones que aseguraban los triunfos obtenidos y la paz con Joló (1).

---

(1) Artículo 1.° Declaramos indiscutible la soberanía de España en todo el archipiélago de Joló y sus dependencias, y como consecuencia natural de este hecho, nos constituimos súbditos leales de S. M. el Rey don Alfonso XII y de sus sucesores en el poder.

Art. 2.° El Gobierno español me concederá un sueldo anual de 2,400 pesos, 700 al heredero de la sultanía Datto Baradurin, y 600 á cada uno de los Dattos Paduca, Datto Radchelaut Dhainal Abidín, Paduca Datto Jaruro Navasid, Paduca Datto Muluc Baudarasa Ausara Pulán, que son de mi Consejo, y á fin de resarcirles de algún modo las pérdidas que han sufrido.

Art. 3.° España tiene el derecho de ocupar los puntos que le convengan en el archipiélago de Joló y sus dependencias, respetando los pueblos, familias y propiedades: y en el caso de expropiación forzosa por conveniencia general, se indemnizará según tasación. Suplicamos se exceptúe de esta parte, para que nos sirva de residencia, desde punta Sinnugán hasta Cadungdung costa Sur, pudiéndolo ocupar el Gobierno en caso de guerra con extranjeros.

Art. 4.° Se me facultará para cobrar derechos á los comerciantes y buques extranjeros que trafiquen en puntos no ocupados por establecimientos del Gobierno.

Art. 5.° Se me concederá comunicar directamente con el Gobernador Capitán General, siempre que tenga queja del Gobernador ó de alguno de los comandantes de los buques.

Art. 6.° Se me autorizará para expedir licencias de armas portátiles de fuego, á cargar por la boca, á los joloanos que lo soliciten, previa la presentación de dos testigos de reconocida honradez que garanticen su buen uso, así en tierra como en las embarcaciones.

Art. 7.° Se me autorizará para expedir pasaporte á las embarcaciones joloanas; pero cuando éstas hayan de salir del archipiélago de Joló se presentarán antes al Gobernador, quedando exceptuados de esta formalidad los Dattos principales y algunos comisionados míos, con obligación de mi parte de dar conocimiento de los que sean á la mencionada autoridad.

Parecía que aquí debían terminar las vicisitudes por que han pasado no sólo Joló sino otras posesiones inmediatas, y sin embargo parecen renacer las complicaciones: aunque el patriotismo nos impulsa á ser parcos en este asunto y tratar de él como pisando sobre ascuas, nos atendremos sólo á los hechos históricos. A lo que dejamos expuesto al tratar de los incontestables derechos de España sobre Joló (1), debemos añadir que en 1598 el gobernador general envió una expedición de 200 españoles que allí desembarcaron, pusieron sitio al fuerte en que residía el sultán y mataron muchos enemigos; pero tuvieron que regresar sin haber hecho nada importante: en 1629 se envió una escuadra al mando de don Carlos de Lugo, que arrasó la ciudad de Joló: la escuadra que á las órdenes de don Lorenzo Olaso fué al año siguiente no hizo más que la anterior: ocho años después, marchó Corcuera contra Mindanao, y Almonte, de su orden, sobre Joló, al frente de 600 hombres entre españoles y naturales, se establecieron fuertes y misiones, se empezaron á cristianizar muchos joloanos y se formalizó el pago de tributos: en 1640 se apoderaron los holandeses de nuestras fortificaciones de Formosa y ayudados por los naturales atacaron á los españoles en Joló; á cuya virtud se ordenó á los jefes de Mindanao y Joló que después de ajustar con los indígenas las mejores paces

---

Art. 8.° Procuraremos que los piratas y malhechores desistan de sus malas inclinaciones, y en caso de no poder evitarlo daremos aviso al gobernador de Joló para que tome sus medidas, siempre que tengamos conocimiento de donde están, no exigiéndosenos responsabilidad si no tuviésemos noticia de ellos, obligándonos á prestar los auxilios de todas clases de que pudiéramos disponer para la persecución de dichos piratas y malhechores.

Art. 9.° Se nos permitirá el libre ejercicio de nuestra religión y costumbres: los misioneros católicos tendrán libertad para visitar y residir en cualquier punto de Joló y sus dependencias, dándonos noticia antes para que los hagan acompañar si hubiera peligro, y en caso de que así no lo hagan, no se nos exigirá responsabilidad de alguna desgracia. Igualmente lo harán cualquier europeo ó indio cristianos que quieran internarse.

Art. 10. Nos obligamos á entregar los criminales y delincuentes cristianos, así como se nos devolverán los moros que se encuentren en el mismo caso.

Art. 11. Joló y sus dependencias arbolarán la bandera española en sus pueblos y embarcaciones. Si alguna de ellas no la llevara no se le hará cargo si tuviera pasaporte, y yo usaré la de guerra en el punto donde resida.

Art. 12. Nos obligamos, así como lo hará el Gobierno, á cumplir fielmente lo estipulado, y rogamos se aclare perfecta y debidamente cualquier duda ó diferencia que surgir pueda antes de proceder á hacer uso de las armas.

Art. 13. Todo lo expresado en la capitulación anterior se observará sin alteración á no mediar mutuo acuerdo.

Y conforme en un todo ambas representaciones con la anterior lectura por ser la de las mismas susodichas bases cuyas copias obran en poder de los expresados Gobernador y Sultán de Joló, se firmó por ellos y acompañantes esta acta en el punto, lugar, día, mes y año que en cabeza se citan.—El Sultán de Joló (sigue rúbrica y estampilla).—El gobernador de Joló, *Carlos Martínez.—Mujamad Jaruro Navasid*.—El Comandante de la Estación naval, *Francisco Fernández de Alarcón y García.—Mujamad Dhainal Abidín.—Mujamad Baradurin.—Mujamad Pulán.*—Intérpretes, *Alejo Álvarez.—Pedro Ortuoste.*

(1) Véase la página 378 del tomo XXIII.

posibles, se retirasen á Manila para defender la capital en caso de un ataque serio por parte de los holandeses; esto no impidió que saliera una flotilla contra el primogénito del sultán de Joló y contra el rey del país de Yuptup en Borneo, y encontrando á éste en Murías y Masbale, murió en la refriega; se mandó una flotilla á Borneo, que incendió, taló é hizó 200 prisioneros; en 1646 hubo repetidos ataques de Joló y Mindanao contra las islas, y para evitarlos se organizó una expedición que venció á los joloanos, se asentaron paces «muy á favor de las armas del rey y seguridad de los naturales,» prometiéndose que había de cesar el pirateo: reprodújose el año de 1667 por el gobernador Salcedo el aviso que dió al rey de España de que tenía ajustadas paces con los reyes de Joló y Mindanao; dice el año de 1679 el gobernador Juan de Vargas haber recibido una carta del rey de Joló diciéndole que uno de los dos de Borneo deseaba ajustar paces, á lo cual contestó que estaba pronto á hacerlas con adecuadas capitulaciones. Bastantes años después, en 1720, Dutari, régulo de Butig, intentó tomar por asalto la fuerza de Zamboanga en combinación con el de Joló y el de Mindanao; fueron rechazados, y el marqués de Torre Campo recibió una embajada del sultán de Joló, á la que correspondió enviando á don Miguel Aragón que no obtuvo más resultado que celebrar un tratado, que fué quebrantado en seguida: su sucesor don Fernando Valdés, expidió en 1737 expediciones que incendiaron las guaridas de los joloanos, ajustando paces en las que se estipuló: 1.º Que el sultán con todos sus principales dattos jurarían paz inalterable y firme y amistosa fe con los españoles y naturales de las islas sujetas á la corona de España, y lo propio juraría el gobernador de Filipinas, sin poderse ocupar con pretexto alguno mientras la parte ofendida no reconviniese á la otra con el agravio, previniéndola del rompimiento y de los motivos; 2.º que se reputarían por enemigos los que lo fuesen de los españoles, no incluyéndose las naciones europeas como Holanda, Francia é Inglaterra, por no tener facultades para el rompimiento el gobierno de Filipinas; pero en el caso de que ellas intentasen extorsiones contra los joloanos ó españoles, serían obligados los que quedasen libres á mantenerse neutrales; 3.º que el comercio había de ser libre para los súbditos de ambas naciones en uno y otro reino, con tal de que los que fueran de éste ó aquél llevasen licencia sellada y firmada del gobierno superior para su seguro y lo mismo del sultán sus vasallos; 4.º que si los de una de las dos naciones hostilizasen durante la paz á los de la otra, fueran obligados ambos gobiernos á resarcir los daños y castigar á los causantes; y 5.º que se devolviesen los cautivos de ambas partes.

Duraron estas paces; mas ya en 1754 se registran nuevas agresiones de los joloanos y se repiten las expediciones para su castigo; en 1759 es tomada Manila por los ingleses, éstos ocuparon también una parte de la isla de Joló, de la que fueron expulsados por los mismos joloanos; y con el sultán de estos y dattos ajustó en 1836 el capitán general de Filipinas un tratado en el que se aseguraba por ahora y siempre la paz más firme de los españoles y naturales de *todas las islas* sujetas á la corona de España, con los tributantes *de las tribus sometidas* al sultán y sus dattos; ofrece la protección de su gobierno, el auxilio de armadas y soldados para las

guerras que el sultán tenga necesidad de sostener contra enemigos que le ataquen, ó para sujetar los pueblos que se rebelen en toda la extensión de islas *que se hallan dentro del límite del derecho español y corren desde la punta occidental* de Mindanao *hasta Borney* (Borneo) y *la Paragua*, con excepción de Saulocán y los demás terrenos tributarios del sultán en la costa firme de Borney.

Después de la aclaración de 1850 y el tratado de 1851, en cuyo artículo 7.° es reconocida por el sultán y dattos de Joló la soberanía de España sobre su territorio, soberanía robustecida ahora, no sólo por el derecho de conquista, sino por la clemencia del vencedor, no podrá levantarse fortificación de ninguna especie en el de su mando sin un permiso expreso del gobernador de Filipinas; deberá prohibir también la compra y uso de armas de fuego de toda especie sin una licencia de la misma superior autoridad, siendo reputadas como enemigas las embarcaciones donde se encuentren armas de otra especie que las blancas que usan en el país desde tiempo inmemorial. Los mandarines de los pueblos del Sandacán, firmaron el 27 de julio de 1862, ante el comandante del buque español *Santa Filomena*, don Vicente Carlos Roca, un acta de vasallaje en la que se dice: «Nosotros todos mandarines de los pueblos de Sandacán, en la isla de Borneo, reconocemos solemnemente por nuestra reina y señora á doña Isabel II, á cuya poderosa monarquía de derecho pertenecía ya este territorio, por ser parte integrante del sultanado de Joló, que ha sido incorporado á la dicha monarquía; y rogamos á nuestra excelsa soberana se sirva darnos la protección de su nombre y su gloriosa bandera... ofreciendo nosotros la más sincera sumisión y lealtad...» No es esto seguramente lo que ha distinguido á aquellos indios: pero sigamos narrando algunos hechos históricos. El rey de Prusia recibió en 1866 carta de uno de los soberanos de la Polinesia, sultanado de Joló, con regalos de perlas de mucho precio, pidiendo su amparo y protección, y aunque no dió aquel soberano, por el pronto, gran importancia á la petición, manifestó que en ningún caso reconocería los derechos de la corona de España respecto de los Estados que son sus feudatarios. Rusia y Francia hicieron tentativas para establecerse en las costas de Borneo, y hay noticias de la cesión informal hecha por los años de 1866 y 67 de varios territorios situados en Borneo, Balabac y la Paragua á favor de un cónsul de los Estados Unidos: Italia también parece haber manifestado intenciones de ocupar algunos territorios de aquellos países por tantos codiciados. De aquí que las relaciones comerciales que con ellos entablaban algunas naciones, se trataran de aprovechar para hacer un gran contrabando de armas, que era lo que los joloanos y borneses deseaban. Apresados algunos de estos buques contrabandistas, produjéronse reclamaciones á las que se contestaba sosteniendo siempre el derecho de España á la soberanía de Joló, y por consiguiente á apresar aquellos buques que llevando contrabando de guerra para los rebeldes, infringían las medidas políticas, administrativas y de guerra que había adoptado el gobierno español. Este negó terminantemente la pretensión de Alemania, y cúmplenos consignar que la nota alemana estaba redactada con una moderación y una mesura que constituían el mejor elogio de su digno representante.

Condenado el *statu quo* respecto á Joló, hay una circunstancia que el patriotismo nos impulsa á tratar, ya que no con la extensión que el asunto requiere, con la que permite una historia general, que debe sin embargo ser más explícita tratándose de hechos contemporáneos de gravedad inmensa. Se ha presentado como lo más temido que en realidad peligroso en este negocio, la idea de sobra extendida, y que no sólo al vulgo alcanza, que se tiene generalmente, de que apenas ose España allí, ó en cualquiera región del globo, dar muestras de salir de la inacción á que sucesos históricos, y desdichas de la suerte, la redujeron desde fines del siglo XVII, hasta no hace muchos años, encontraría inmediatamente un obstáculo insuperable en la fuerza de otras naciones más poderosas, y esto no pasa de ser una preocupación. Tan ridícula es la fanfarronada de ciertas superioridades españolas, como degradante y poco fundado, el que nos dejemos encadenar los brazos por quiméricos temores á Estados, quizá más fuertes que nosotros, pero á quienes no por eso es lícito, ni posible, atropellar ya hoy la razón y el derecho que nos asisten. Y diremos más en apoyo de esta nuestra constante idea. En realizar nuestra dominación en Joló y sus dependencias todas, inclusa muy señaladamente la costa NE. de la isla de Borneo, ningún riesgo de guerra extranjera corríamos; antes por el contrario, obviábamos el peligro de que alguien se nos anticipara á establecerse, como ha sucedido ya en Labuán, en un territorio indudablemente nuestro.

Hemos dicho en otra obra, y en esta historia acabamos de aducir elocuentes datos auténticos, porque se trata de hechos históricos, no muy conocidos por ser muchos de ellos inéditos, que refutados victoriosamente los supuestos derechos de Inglaterra á la anterior región, en el estado actual del mundo, la situación relativa de la Gran Bretaña y de nuestro país, no consiente ya, ó no debe consentir que aquélla se lance sin título ni razón á procederes agresivos que pudo permitirse impunemente en tiempos para nosotros calamitosos. Y sin embargo, cuando esto escribíamos, ¡qué ajenos estábamos de que hubiera un ministro, y un ministro español, que se atreviera á escribir la siguiente carta que damos á conocer al público, íntegra, por primera vez, aunque su lectura llene de rubor nuestro patriotismo!

«Ministerio de Estado.—Dirección de asuntos políticos.—Al Ministro Plenipotenciario de S. M. Británica—Palacio 15 abril de 1876.—Muy señor mío: La festividad de estos días ha sido causa de que no haya contestado antes como deseaba, y era bien fácil, á la Nota que con fecha 10 del corriente se sirvió V. E. dirigirme relativa al comercio británico en el Archipiélago de Joló.—El objeto único de la expedición militar enviada por el Gobernador General de las islas Filipinas contra el sultán de Joló, era obligar á éste al cumplimiento de los tratados que le ligan con España y acabar si es posible, ó por lo menos disminuir la piratería que en aquel Archipiélago se oculta: objeto en esta última parte igualmente á intereses comerciales del mundo, y muy parecido si no idéntico al que lleva á China la acción combinada de tres grandes Potencias.—El bloqueo que por consecuencia de aquel estado de guerra fué necesario establecer, ha cesado ya felizmente y con esto han desaparecido también los incon-

venientes y obstáculos para todo el comercio en general.—En consecuencia, no sólo tengo la satisfacción de poder dar á V. E. esta completa seguridad, sino que por parte de nuestras autoridades y de la marina no se volverán á oponer dichos obstáculos, sino que el comercio de Inglaterra como el de todas las demás naciones amigas encontrará en ella el más decidido apoyo cuando le necesitase y pueda prestársele.—Es igualmente satisfactorio para mí convenir como convengo con V. E. en que las relaciones que pueden existir entre España y Joló no dan derecho á uno ni otro Estado para prohibir ó intervenir en el tráfico directo de los súbditos británicos y otros extranjeros con los puertos de dicho Archipiélago, tráfico que debe ser y será respetado con arreglo á los principios del Derecho marítimo internacional.—Creo que con esta contestación quedarán cumplidamente satisfechos los deseos del Gobierno de S. M. Británica que en su citada Nota se sirvió V. E. transmitirme.—Aprovecho, etc., (firmado).—FERNANDO CALDERÓN COLLANTES.»

Consecuencia de esta funesta comunicación fué el no menos funesto protocolo de marzo de 1877 que los representantes de Alemania y de Inglaterra se apresuraron á negociar apoyándose en la poco meditada declaración del señor Calderón Collantes, y que ajustó el ministro de Estado don Manuel Silvela. En él se consignaba esta cláusula:

«Las autoridades españolas no impedirán de manera alguna ni bajo ningún pretexto la libre importación y exportación de toda clase de mercancías, *sin excepción alguna*, salvo en los puertos ocupados y de conformidad con la declaración tercera, y que asimismo en los no ocupados efectivamente por España, ni los buques, ni los súbditos referidos, ni las mercancías se someterán á impuesto alguno, derecho ó pago cualquiera, ni á ningún reglamento de sanidad ni de otra clase.»

Es decir que se podía comerciar con armas de todas clases, municiones y cuanto hayan menester los jaloanos para hacer la guerra á los españoles. No es de extrañar que un marino ilustre que mandaba en Mindanao, apreciara tan lógica y debidamente la nota y el protocolo, que formuló en términos tan resueltos como enérgicos su dimisión, manifestando que no tenía noticia de que nación alguna hubiera hecho jamás una dejación tan completa de sus derechos como lo hacía el gobierno español de los mares de Joló y Borneo. ¡Cuántas y cuán terribles consecuencias han tenido para España aquella nota y aquel protocolo! La fertilísima región de Sandacán, asentada en la isla de Borneo, está hoy en poder de las ingleses, á pesar de la sumisión á España que hicieron sus mandarines en 1862 y acabamos de dar á conocer. ¿Cómo ha podido desconocerse en 1876 y 77 la importancia de Joló y Borneo, de sus mares, cuando desde su descubrimiento no ha cesado de concedérseles la debida importancia (1)? La isla de Labuán y otras se hallan también en poder de los

(1) El 12 de setiembre de 1861 dirigió el general O'Donnell al ministro de Estado esta real orden:

«Y como quiera que del examen de dicho expediente (se trataba de un expediente instruído para redimir los esclavos que solían entonces hacer los piratas salvajes de Joló y Borneo) aparece en primer lugar el hecho de haber intentado los ingleses apo-

ingleses, y como si esto no fuera bastante, se ha dado recientemente por la Inglaterra á los que explotan y rigen la costa Norte de Borneo (1), una carta real otorgando á una compañía todos los atributos de la más amplia y cumplida soberanía, como son: el poder de vida y muerte, el derecho de propiedad sobre el suelo y sobre lo que hay encima y debajo del suelo, el de hacer leyes, acuñar moneda, formar un ejército y una armada. La Inglaterra apoya su derecho en que en 1769 fueron vendidos por el sultán de Joló á la Compañía de las Indias Orientales aquellos territorios de Borneo, y en que reinando la anarquía entre los indios, la vida y los bienes de los colonos ingleses están amenazados, y para asegurar una y otros se apoderan del territorio que les conviene; diciendo además que, «cuanto más se ejerza la influencia inglesa en el Norte de Borneo, más se extenderá nuestro comercio. Si se nos adelanta en Borneo una potencia extranjera, nuestro comercio en Labuán se verá enteramente comprometido (2).» A esta invitación contestó el gabinete británico realizando la ocupación á que se le estimulaba, y aunque bajo la forma modesta de una compañía comercial, es una compañía que tiene cañones y soldados.

En cuanto á Holanda, si bien sus colonias envuelven y bloquean, por decirlo así, el Sur del Archipiélago filipino, difícil, si no imposible, sería que con las armas se opusiera á nuestra ocupación de la costa Noroeste de Borneo, y como en la Francia allí, tanto por gratitud por lo que con ella hemos hecho en Cochinchina, como por su propio interés en todos aquellos mares, no podemos menos de encontrar un aliado, ó cuando menos un benévolo mediador, y como, en fin, no hay en aquellas regiones por qué temer á los Estados Unidos de la América del Norte, es imaginario el peligro de una guerra con extraños, á no haber ministros exentos de todo patriotismo y faltos de la aptitud más rudimentaria.

Nos hemos detenido un poco en lo que respecta á Joló, por la verdadera importancia que tiene, como acaba de demostrarse en el Parlamento español, donde se ha dado la razón á lo que muy anteriormente

---

derarse de una manera sobrepticia de la isla de Borneo, no obstante el haberse justificado con los documentos existentes en el archivo de Indias de Sevilla que ha sido siempre española, sin que á pesar de esto se sepa si se han hecho ó no contra aquella pretensión las reclamaciones oportunas, ni el éxito que en su caso hayan tenido; es la voluntad de S. M. llame la atención de V. E. sobre esta circunstancia, así como respecto de otro hecho consignado en el mismo expediente con relación á la isla de Labuán, de la que también quisieron apoderarse los ingleses de un modo indirecto, comisionando al efecto, con el título de agente confidencial del gobierno británico, á un tal Brooke, sin duda el mismo que aparece poseyendo la colonia de Serawak en la isla de Borneo, no á título de delegado de su gobierno, sino como simple particular y en virtud de tratados con los sultanes indígenas. Semejante derecho sería abusivo siempre al lado de los derechos reales y valederos que tiene España sobre aquellos países, y si se tiene en cuenta que también Inglaterra puso sus miras en Joló cuando sus primeros pasos sobre Borneo, desistiendo luego completamente ante la presencia de nuestro protectorado en aquel territorio, fácilmente se concibe que igual resultado negativo deberán tener sus pretensiones de ahora, si con la misma energía que entonces se obra por parte de España en Labuán y en Borneo.»

(1) Compañía del Norte de Borneo.

(2) Comunicación del gobernador inglés de Labuán al gobierno de Inglaterra.

tenemos manifestado en esta misma obra, ocupándonos de aquellas posesiones.

Prosiguiendo la reseña á grandes rasgos de la historia de Filipinas, diremos que al tomar posesión el general don Domingo Moriones del mando en el que reemplazó á Malcampo, restableció valerosamente la disciplina á la que habían faltado los buenos y alucinados soldados del regimiento Peninsular que se sublevaron contra su coronel en los últimos días de la jefatura de Malcampo, que no se cuidó de castigar aquella falta, y lo hizo Moriones, quien si tuvo que hacer frente á cuestiones de tal naturaleza, hallóse también con que se debían gruesas cantidades por cosechas pasadas á los productores de tabaco de Cagayán é Isabela, víctimas de la usura llevada al último límite, al negociar los resguardos que se les daba para justificar sus créditos, hasta el punto de carecer de vestidos y de alimento, dándose el caso inaudito en aquellos países de morir de hambre algunas personas. De acuerdo con el señor Carreras y González, director general de Hacienda pública, se atendió á tan respetables pagos, y se dispuso que en lo sucesivo se pagara siempre al corriente, cesando así la usura de los prestamistas que entrañaba grande inmoralidad. Se resolvió la crisis monetaria producida por la introducción de moneda extranjera, se empezaron á estudiar las reformas económicas que la no muy floreciente situación de la Hacienda filipina exigía, y para mejorar las condiciones higiénicas del campamento y defensas de Joló, se realizaron algunas mejoras.

Los continuados ataques de los moros joloanos hicieron necesario una expedición al centro de la isla, guiada por el brigadier Gamir, que se efectuó sin contratiempo alguno; y á virtud de las relaciones que se entablaron con el sultán, se fundó sobre las ruinas de la Joló moruna una Joló española, con muchas calles rectas tiradas á cordel y con magníficas plazas. Moriones y el contraalmirante Polo de Bernabé giraron una visita á los establecimientos militares del Sur, y al regresar á Manila telegrafió al gobierno el reconocimiento de nuevo de los derechos de España por el sultán de Joló, entrando nuestro establecimiento en esta isla en un período normal y fijo, que contrastaba con la situación que se atravesaba antes de tomarse por Moriones estas medidas, habiendo llegado á ser tan crítica la situación de nuestras fuerzas que no pocas personas sensatas alimentaban la idea de la necesidad de abandonar la isla, cuya ocupación fué tan costosa. «Sólo falta, ha dicho persona competente, el señor Gobantes, que se emprenda con constancia el desmonte de Joló, en los puntos que sea conveniente, pues declarado en el gobierno anterior puerto franco el ocupado por nuestras fuerzas, el comercio dará importancia á aquella plaza con el transcurso de unos cuantos años.»

El mando y administración del general Moriones fué seguramente fructífero para Filipinas, aquel blasón adquirido por la España de Felipe II y conservado hasta nuestros días con mayor florecimiento que el que tenía al adquirirle nuestros mayores, porque hoy es un manantial de riquezas y de poder. Aquel inmenso Archipiélago, cuya población conocida se ha fijado en unos seis millones de habitantes, puede contener con holgura más de 40. Sus frutos son excelentes y abundantísimos, y alguno, como el

abacá, exclusivo y lucrativo, que exporta por más de 16 millones de duros: produce en exorbitante abundancia los artículos de primera necesidad para el indígena. Así ha dicho el ilustrado comisario de Agustinos, Fray C. Herrero, conocedor de aquel país por su larga residencia en él: «Unas provincias que pueden dar más importancia y riqueza á la metrópoli que las antiguas Américas, ¿no sublimarán el amor patrio de los buenos españoles, ó excitarán la ambición y la avaricia de los que buscan la grandeza en sus goces y apetitos?..... Los hombres sensatos y de amor propio, sean federales, unitarios, liberales monárquicos ó absolutistas, todos defenderán lo que con tanta gloria y derecho hemos poseído, lo que puede dar á España tanta grandeza y prestigio ante las naciones como honor y satisfacción á todos los españoles.»

En efecto, el Archipiélago filipino no necesita más que ser conocido para ser admirado: no nace nuestra admiración de su conocimiento, sino del estudio que hemos procurado hacer de esas envidiables y envidiadas posesiones, presentadas por cuantos las han visitado como el más grandioso, rico y digno florón de la corona de España.

FIN DEL TOMO VIGÉSIMO CUARTO

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS DEL TOMO VIGÉSIMO CUARTO

LIBRO DÉCIMONONO

PERÍODO CONSTITUYENTE

PÁGINAS

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

LIBRO VIGÉSIMO

REINADO DE DON AMADEO

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

PÁGS.

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO

LA REPÚBLICA

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

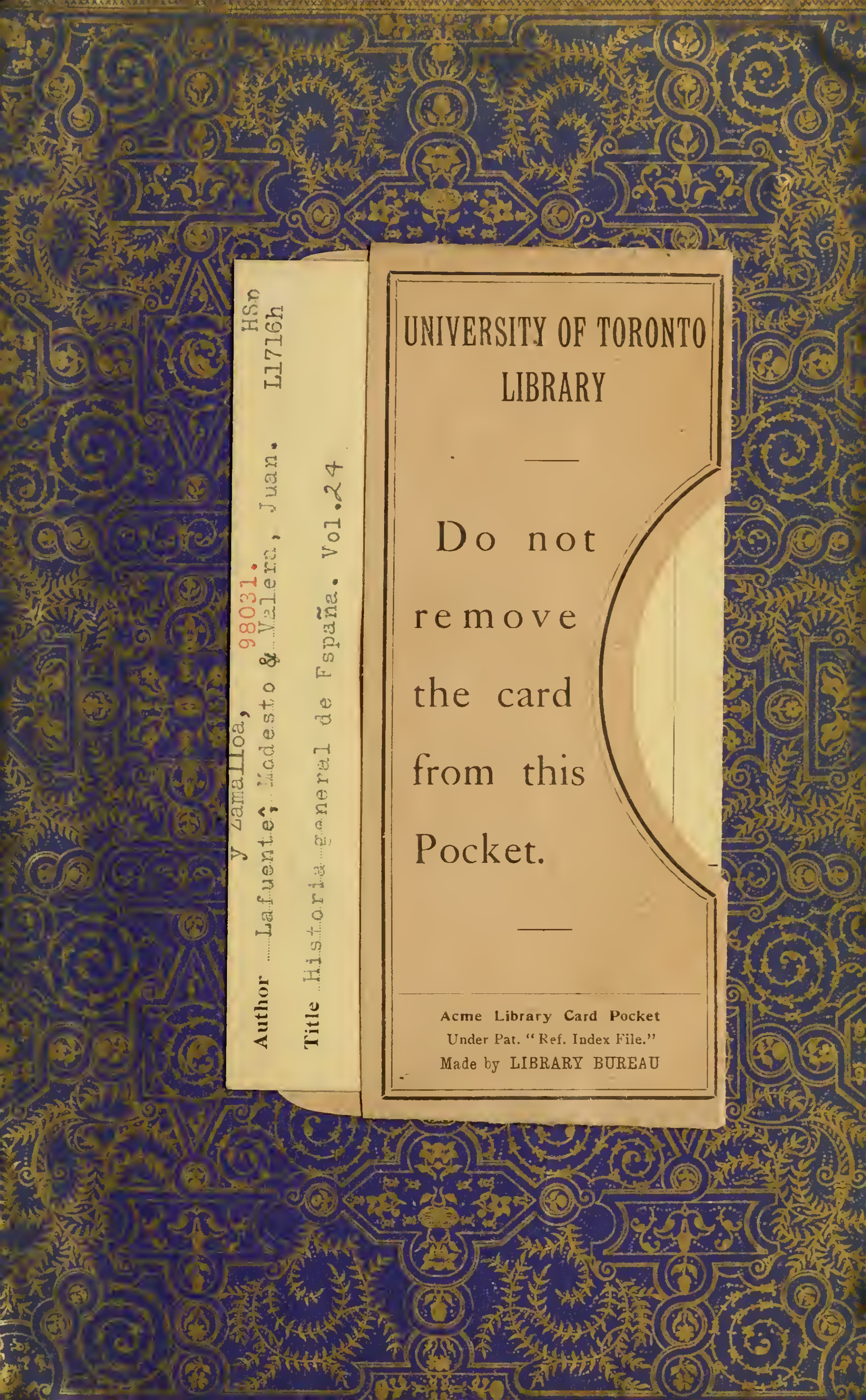
LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO

EL PODER EJECUTIVO Y LA RESTAURACIÓN

CAPITULO PRIMERO

PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS




HSp
L1716h
Author Lafuente, Modesto & Valera, Juan.
y Zamalloa, 98031.
Title Historia general de España. Vol.24
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not
remove
the card
from this
Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

